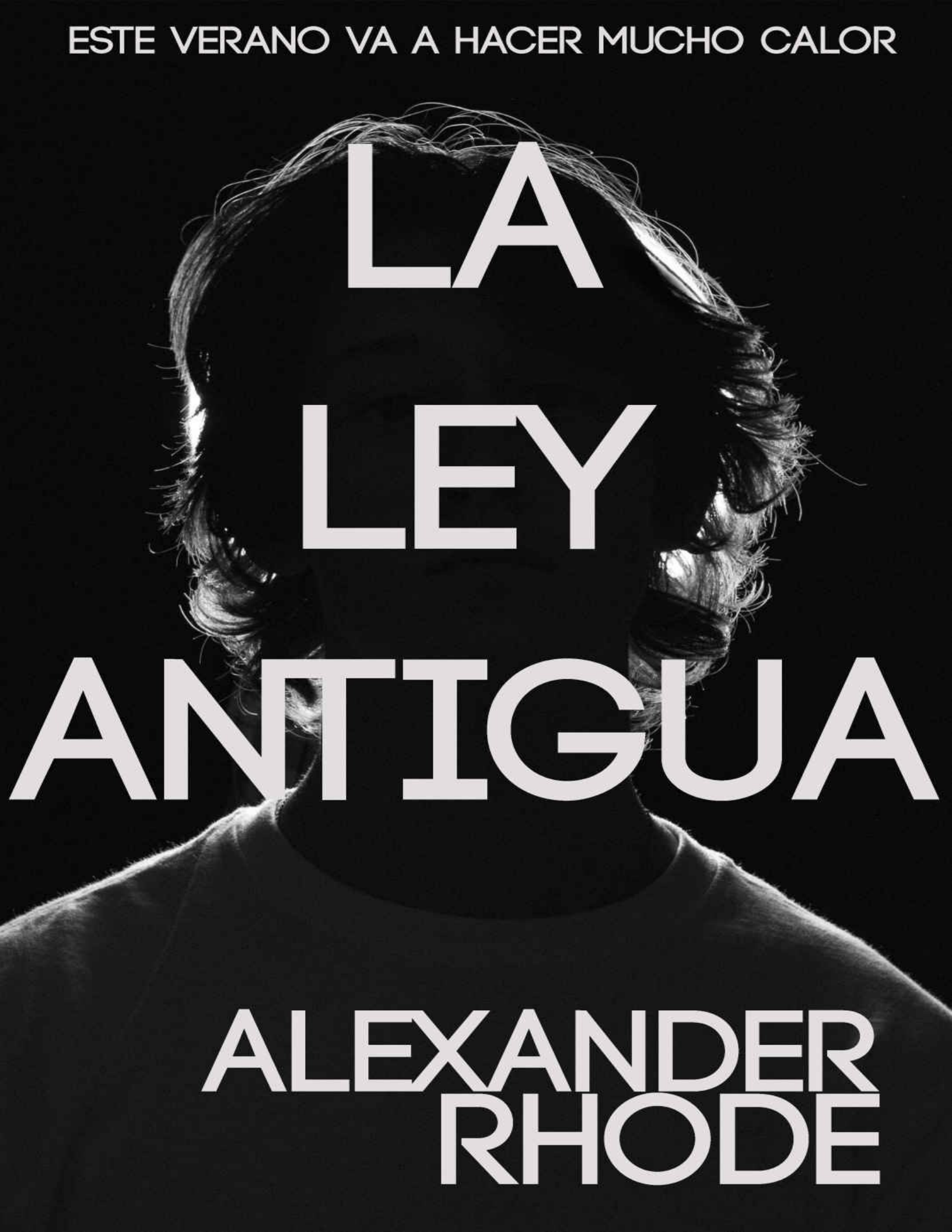
ESTE VERANO VA A HACER MUCHO CALOR



LA LEY ANTIGUA

ALEXANDER RHODE

LA LEY ANTIGUA

ALEXANDER RHODE

Título original: La Ley Antigua

© Alexander Rhode, 2020

Diseño de portada: Alexander Rhode

Primera edición: Febrero, 2020

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi mujer, a mi hija
A mi familia
Porque aunque todo cambie,
Nada nos cambie

ÍNDICE

PARTE I
- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10

PARTE II
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17
- CAPÍTULO 18
- CAPÍTULO 19
- CAPÍTULO 20

INTERLUDIO

PARTE III
- CAPÍTULO 21
- CAPÍTULO 22
- CAPÍTULO 23
- CAPÍTULO 24
- CAPÍTULO 25

PARTE IV
- CAPÍTULO 26
- CAPÍTULO 27
- CAPÍTULO 28
- CAPÍTULO 29
- EPÍLOGO
- NOTA DEL AUTOR

PARTE I

1990

CAPÍTULO 1

Todavía recuerdo el día en que todo empezó. Lo recuerdo como si acabara de pasar apenas unos instantes antes. Hoy se cumplen exactamente veinte años y dos semanas. Y ese día, como hoy, el calor era asfixiante. Un calor que hacía que a uno se le pegase la camiseta a la espalda, que el sudor se acumulase en los mofletes y que el cuero cabelludo estuviese permanentemente húmedo, era como si en algún lugar del planeta, alguien hubiese encendido la gran caldera y nos estuviésemos cocinando todos a fuego lento. Tal vez fuese eso lo que pasó en realidad, tal vez sea eso lo que nos está ocurriendo ahora, otra vez. Luego, al llegar a casa, mi madre repetía siempre la misma frase, cuánto añoro aquella frase, «Guillermo, a la ducha, la cena ya está en la mesa, venga, no hagas enfadar a tú padre que estará a punto de llegar y no le gusta nada verte así».

El 7 de julio de 1990 quedaría grabado en mi cerebro para siempre, cada fragmento, cada gesto, cada sensación. Después de todo uno no ve todos los días lo que yo vi aquella tarde de verano.

Vicente «el Mapache» timbró la puerta de mi casa para jugar un rato a las canicas, como solía hacer todos y cada uno de los días de verano sobre las cinco de la tarde. Uno hubiese jurado que si el Mapache faltaba un día a su cita con el timbre de mi casa, ese día el mundo se acabaría. Más tarde se unieron Juan «el Molinero», Raúl «el Casco» y Miguel «el Italiano». El parque que había justo enfrente de la finca donde yo y algunos de mis amigos vivíamos era un buen lugar para pasar las tardes de esos tres meses de vacaciones que por aquel entonces nos parecían interminables. Un lugar en el que los primeros sueños, las primeras decepciones y los primeros amores, tuvieron su espacio de recreo.

El Mapache y yo habíamos apartado con las manos y con los pies un montón de grava del parque, la suficiente como para poder formar un círculo de aproximadamente metro y medio de diámetro. El Mapache se encargó de hacer el gua, adoraba esa tarea, luego, cuando los demás iban llegando, tarde o temprano acababan soltando la frase «¿quién ha hecho el gua?», y el Mapache respondía orgulloso: «yo, quién si no». A mí me tocaba perfeccionar el círculo donde pasaríamos las siguientes dos horas pelándonos las rodillas. Primero quitaba cualquier piedrecita de grava que hubiese podido quedar, y después formaba un pequeño montículo a lo largo de todo el contorno del círculo. Ese día, recuerdo que me quedó un círculo perfecto, o casi, por desgracia, el Mapache y sobre todo el Italiano siempre tenían que sacarle algún defecto, aunque el único defecto que tuviese en realidad es que no lo habían hecho ellos.

La abuela de Lorena y de Verónica Bel, las dos auténticas súper modelos de quinto de EGB, llegó con unas amigas un poco más tarde y ocuparon los dos mejores bancos del parque. Esas mujeres formaban parte del paisaje. Sacaban sus herramientas de costura y se tiraban más de media tarde dándole a la lengua y a los dedos, sobre todo a la lengua. No he podido olvidar sus caras de espanto ni sus gritos desesperados. Fue horrible. No sé si volvieron al parque después de aquella tarde, a lo mejor es porque yo también dejé de frecuentarlo, o al menos dejé ir tanto como hasta ese día. La madre de Richi también estaba en el parque, se llamaba Noelia, más tarde os hablaré de ella, también las madres de Luna, José Luis Silvestre y de Víctor Nieves, Niven para los amigos. De ellas no recuerdo sus nombres, solo la forma en la que sus ojos se llenaron de miedo y de angustia, de terror y también cómo se rompía algo en su interior.

El Italiano había empezado con su recital de bromas, algunas de las cuales eran bastante molestas, sobre todo para el que estaba siendo el centro de la diana sobre la que trataba de disparar todo su ingenio de Italiano, que normalmente solía ser el Molinero. Esa tarde ya había tenido tiempo de bajarle los pantalones en un par de ocasiones, tirarle encima un globo de agua y reírse un buen rato de su hermana Cristina. Y solo porque tenía sobre peso y le habían puesto gafas. Apenas unos años después, yo acabaría volviéndome totalmente loco por Cristina. Las vueltas que da la vida.

El Italiano siempre llevaba puesto en palillo sobre su oreja derecha. Había visto en alguna película de mafiosos sicilianos que eso mismo hacían los chicos que pretendían ser malos, solo que ellos lo hacían con un cigarro en lugar de con un palillo. El padre de Miguel el Italiano era de ascendencia Italiana, eso era cierto, su segundo apellido era Bassuro, o algo así, lo recuerdo bien porque algunos chicos para meterse con él le llamaban el Basura. El Italiano perdía totalmente la cabeza cuando escuchaba esa broma, pero quitando de eso, se sentía tan orgulloso de sus raíces que no había día que no contase alguna anécdota de la vieja Italia, de sus calles y sus monumentos, de su historia y de las grandes batallas que allí se libraron. Cuánto echo de menos al Italiano. A él y a todo en general.

Raúl el Casco fue el último en llegar, diciendo, como era habitual en él, que su madre no le dejaba salir de casa tan pronto. A lo mejor esa era una de las razones por las que siempre llegaba con tan mal humor, le fastidiaba horrores que empezáramos a jugar antes de que él llegara y se pasaba buena parte de la tarde tratando de que jugásemos a otra cosa, a cualquier otra cosa en la que él estuviese desde el principio. Días más tarde su mal humor se volvería todavía más crudo, más irracional, aunque eso no podíamos saberlo entonces, no podíamos imaginar que una cosa así podía pasar.

El Sol estaba empezando a darnos un pequeño respiro, los gritos de los niños más pequeños que jugaban a pasarse la pelota o a correr unos tras otros formaban un agradable estruendo de vida. El bar Valencia se había empezado a llenar de hombres que llegaban de trabajar y mi hermano pasaba con unos amigos cerca de donde estábamos. Me dedicó un saludo con la cabeza y eso hizo que me sintiera mayor, que me sintiera fantásticamente bien, es de los pocos buenos recuerdos que tengo de ese día.

No sé muy bien quién lo dijo, eso no lo recuerdo bien, no veo esa imagen con claridad, puede que fuera el Italiano, o el Casco, no sé bien, pero alguien lo dijo, de eso no cabe duda, «eh, ¿habéis visto esa mujer de allí? ¿Qué está haciendo?». Mis ojos buscaron con rapidez a lo largo y ancho del parque en busca de esa mujer de la que hablaban, concretamente buscaba a una mujer que estuviese haciendo algo fuera de lo común. El Mapache estaba a punto de quedarse con otra de mis canicas, el Molinero no le quitaba los ojos de encima a Raquel Arriaga, que había llegado hacía unos momentos con su amiga del alma Nuria Leiva, pero allí no había rastro de ninguna mujer que levantase mis sospechas.

El Mapache acabó llevándose otra de mis canicas, como era de esperar, y empezó su ritual de risas y de burlas, a las que se unió rápidamente el Italiano repitiendo esa frase suya que tanto nos molestaba cuando estábamos en un apuro, «¡porca miseria! ¡porca miseria!». Mi corazón empezó a experimentar su primera taquicardia, la primera de muchas. Algo no iba bien, podía sentirlo, todavía no sé muy bien cómo, pero podía. El parque se había ido apagando en cuestión de segundos, era como si el silencio se hubiese propagado entre todos y cada uno de los adultos que allí había como si fuese una descarga de corriente eléctrica.

Y al fin la vi. Una mujer de unos dieciocho años estaba sentada en la cornisa de la finca donde

yo vivía. Esa mujer se llamaba Lidia Dengra, y era vecina mía. Las piernas le colgaban hacia fuera y tenía las manos apoyadas sobre la cornisa, como la que está sentada al borde de una piscina o de un banco de un parque mientras algún chico coquetea con ella. Pero Lidia no estaba haciendo ninguna de esas cosas. Recuerdo cómo el viento mecía sus cabellos, la finca tendría unos veinticinco metros de altura, suficientes como para saber, aunque uno fuese un niño de doce años, que esa altura era mortal. No recuerdo qué estaban haciendo en esos momentos el Mapache, el Italiano o el Casco, pero sí recuerdo que guardaban silencio, como yo, como la mayoría de personas que estábamos aquel día en el parque. Era como estar presenciando en directo el desenlace de una película de ciencia ficción, o un espectáculo de circo. Estoy seguro que ninguno de los allí presentes comprendíamos nada en absoluto de lo que estaba pasando. Nada.

La distancia desde el parque hasta la finca donde Lidia balanceaba sus piernas con gracia sería de unos cincuenta metros más o menos, eso hacía que resultase imposible ver su rostro con nitidez. No podía ver la expresión de sus ojos, si estaba llorando o se había pintado los labios, pero me pareció que no estaba triste, solo asustada, eso me pareció entonces. Mi corazón latía cada vez con más fuerza, me costaba tragar saliva y sentía cómo las palmas de las manos me habían empezado a sudar. En el fondo sabía lo que venía a continuación. Un sentimiento extraño que no supe identificar en un primer momento, pero que más tarde identifiqué como la certeza exacta de lo que iba a suceder a continuación. Lidia apoyó sus dos manos con más fuerza en el poyete de la terraza de la finca, cogió impulso, y saltó.

La imagen de Lidia precipitándose al vacío no he conseguido sacármela de la cabeza. No lo he conseguido a día de hoy. Mierda. Recuerdo que no gritó, que el silencio se contuvo durante los dos o tres segundos que tardó en recorrer aleteando los brazos la distancia entre la terraza de la finca y el sucio alquitrán de la calle. Tampoco he podido olvidar que cuando su cuerpo tocó el suelo, las gargantas estallaron en una tormenta de gritos, chillidos y palabras de desespero. La abuela de Verónica y Lorena Bel estaba mirando hacia donde yo estaba, no en dirección a la finca desde donde Lidia se había tirado. Ella se giró un poco más tarde, cuando se escuchó el espantoso ruido de esa pobre chica al impactar contra la tierra. Recuerdo cómo se llevó las manos a la cabeza y al pecho, cómo su cara se arrugó como una pelota de papel, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos como si alguien acabase de abrir la compuerta de una presa.

Algunas de las madres se acercaron a la pequeña verja que delimitaba el parque para ver bien qué es lo que había ocurrido y si la muchacha seguía con vida. Mi madre me dijo horas más tarde que Lidia no había sufrido. No fueron las únicas personas que se acercaron a ver de cerca la tragedia. Nunca entenderé esa extraña propensión que tienen algunas personas por querer ver con sus propios ojos lo que ya saben que ha ocurrido, la desgracia que acaba de pasar. Supongo que es algo así como una reacción natural, uno de esos actos reflejos que se hacen sin pensar, como por ejemplo caminar hasta nuestra casa, como por ejemplo levantarnos para ir al baño en mitad de la noche.

No tuve el valor de acercarme a ver el cuerpo de Lidia, ni el valor ni las ganas, y doy gracias por ello. No imagino cómo habría sido crecer con esa imagen en mi cabeza, cada día, después de cada buenas noches o al despertar por las mañanas. Salí corriendo del parque, como la mayoría de los que allí estábamos y que apenas comprendíamos qué acabábamos de presenciar. Algunas madres se esmeraban en taparle los ojos a sus pequeños, que a su vez luchaban por intentar robar alguna imagen de lo que sus madres trataban de evitar a toda costa que viesen. Atravesé la maraña de gente que se acababa de formar alrededor del cuerpo de Lidia. Todos los hombres que estaban en el bar Valencia habían salido a la calle y en su mirada había consternación, y en sus caras la

viva imagen del dolor. El cuerpo de Lidia yacía apenas a unos metros de la puerta y muchos de ellos. Los que estaban cerveza en mano en la calle, incluso vieron cómo el cuerpo de esa joven impactaba contra el suelo de esa forma tan violenta. Llamé al timbre de mi casa. Una vez, dos veces, tres veces. Rogaba por favor que me abrieran, quería huir de allí como fuera. El portal de la calle se abrió y subí como un rayo escaleras arriba hacia mi refugio, hacia mi hogar.

Mi madre salió a mi encuentro con lágrimas en los ojos, al escuchar el griterío y el tumulto que se había formado en la calle se había asomado al balcón y había podido observar la tragedia con sus propios ojos. Nunca he podido olvidar el abrazo que me dio, estaba llorando, pero una parte de ella estaba feliz, podía sentirlo a través de su pecho, feliz porque yo estaba vivo, porque podía abrazarme una vez más y ese abrazo era un regalo. No paraba de repetir «¿lo has visto? ¿Lo has visto?», «no, mamá, no lo he visto, bueno sí, no lo sé, un poco supongo». Volvió a abrazarme con más fuerza y a preguntarme si estaba bien. Yo sentí unas náuseas como no he vuelto a sentir en mi vida y tuve que salir corriendo al cuarto de baño. Vomité. Vomité con todas mis fuerzas. Casi tanto que en ese momento pensé que todo el interior de mi cuerpo, todas mis tripas y toda mi sangre, acabaría en el interior de la taza del váter si no paraba en algún momento de hacer fuerza con mi garganta y con la parte baja de mi abdomen. Después rompí a llorar, y mi madre no supo qué decir, creo que fue la primera vez que no supo cómo consolarme, se limitó a observarme, se limitó a dejar que mi propia naturaleza lo asimilase.

Ese día no pude dormir. Mi padre trató de hablar conmigo más tarde. Me dijo que estuviera tranquilo, que esos episodios eran difíciles de digerir, pero que con el tiempo lo conseguiría, que no tuviera prisa, que ese tipo de heridas necesitaban tiempo, necesitaban que no pensara en ellas, paciencia. Me contó una tragedia que había ocurrido unos cuantos años atrás, un tren había descarrilado cerca de donde vivíamos, murió mucha gente, y las personas que esperaban en el apeadero, vio tan de cerca esas horribles muertes que gran parte de ella tardó un largo tiempo en reponerse. Creo que mi padre se arrepintió en el acto de haberme contado esa historia, aunque entendí a la perfección lo que quería decir. No era el primero que pasaba por algo así ni sería el último, y el mundo no había dejado de girar por ello ni la gente dejado de sonreír en los momentos de felicidad. Y sí, era completamente normal sentirse deshecho ante el sufrimiento ajeno, «eso significa que eres buena persona, hijo, eso significa que tus sentimientos son puros, que son buenos».

Mi madre me dijo días más tarde que Lidia había hecho «eso» porque tenía problemas, problemas mentales, que llevaba tiempo bajo tratamiento y que algo había fallado, un reajuste de la dosis del medicamento que recibía o algo parecido, que esos tratamientos no siempre funcionaban y que por eso había hecho «eso». No recuerdo haber escuchado alguna vez la palabra prohibida en mi casa. En mi casa «Eso» no era una novela de Stephen King, en mi casa «Eso» era cuando alguien se quitaba la vida.

Nunca me creí esa historia de los problemas mentales y del fallo en la medicación. Menos aún después de lo que pasaría más tarde, de lo que estaba por llegar.

CAPÍTULO 2

No me gusta estar aquí. No me gusta este lugar. Quiero irme a casa y olvidarme de todo, y dormir, y soñar con cómo era el mundo antes de ese 7 de julio de 1990. Pero alguien se ha empeñado en que lo cuente todo, desde el principio, y yo no sé si esto valdrá para algo, si tendrá algún sentido, solo sé que los recuerdos me hacen daño, es como si estuviese hurgando en una vieja herida y esa herida estuviese llena de pequeñas astillas que se clavan más y más en el fondo de mi piel, en la piel de mi corazón.

Este calor es horrible. No entiendo cómo la gente puede aguantarlo. No entiendo cómo la gente se va a buscar todavía más sol. El aire acondicionado ha dejado de funcionar y no parece que tengan intención de arreglarlo pronto, me ha parecido escuchar que los técnicos de mantenimiento han decretado el estado de «servicios mínimos». No entiendo cómo a los demás no parece que les moleste igual que a mí. Yo puedo sentir el peso del aire, de su humedad, el esfuerzo que tienen que hacer mis pulmones cada vez que suben y que bajan. Y no quiero estar aquí, es el último lugar en el que me gustaría estar en estos momentos, pero alguien se ha empeñado en que debo quedarme, en que no me puedo ir, y que haga un esfuerzo por recordar, cada detalle, hasta el más insignificante puede ser importante, eso me han dicho.

El parque de enfrente de mi casa tardó en reponerse al menos un par de semanas. Mi madre decía que era porque la gente le estaba guardando luto a Lidia. Pero a mí más bien me pareció que la gente le cogió algo de miedo a ese parque, al menos eso es lo que yo sentía, y no era el único. El Molinero dejó de venir a jugar con nosotros, nos dijo que su madre no le dejaba ir a ese parque, que allí pasaban cosas malas. Verónica y Lorena Bel tampoco volvieron a ir por allí, ni Richi el Loco, ni el Tortuga, ni Franki, ni muchos otros que el paso de los años ha ido sepultando en algún lugar de mi memoria.

El siguiente día clave fue el veintitrés de julio de ese año. Baladrar se preparaba para acoger las festividades patronales. Las calles se veían limpias, sin una lata de refresco o una cajetilla de tabaco a la que darle una patada mientras paseabas. De una parte a otra de las calles habían colocado banderitas con el antiguo escudo de armas de Baladrar y con los colores de la comunidad. Las peluquerías tenían la agenda tan llena que tuvieron que prolongar la jornada de trabajo hasta más allá de las nueve de la noche. Y lo más importante, yo y los demás chicos nos habíamos puesto en marcha para preparar las competiciones anuales de la semana de fiestas. Yo participaría en el campeonato de canicas, haciendo pareja con el Italiano, el Mapache lo haría con Raúl el Casco, y el Molinero con Niven. También nos planteamos participar en el torneo de futbito, pero al final decidimos hacerlo en el de béisbol. Ninguno éramos grandes deportistas, creo que ningún niño o niña de mi quinta lo era por aquel entonces, pero esas competiciones las vivíamos tan intensamente que eran todo un acontecimiento para nosotros, para todo el pueblo.

El Italiano y yo formábamos una gran pareja, cada vez nos entendíamos mejor, en cierta manera, creo que la experiencia de ver a Lidia caer, de algún modo nos hizo madurar de golpe. Como si ese día hubiésemos perdido parte de nuestra niñez en aquel parque y eso nos hubiese unido más todavía, de otra forma a la que lo estábamos antes, de una parecida a la que lo están los hermanos. Recuerdo que ese día, ese fatídico 23 de julio, antes de que cada uno partiésemos hacia nuestras casas, el Italiano se acercó a mí y me dijo: «eh, Guille», y después me abrazó. «Lo vamos a hacer muy bien, ya lo verás, eres un buen amigo, Guille, eres un buen amigo». No he podido

olvidar ese abrazo, ni ese momento. Creo la infancia es el momento de la vida en el que la amistad adquiere un valor tan grande que incluso llegar a hacer daño a nuestro corazón, aunque también nos hacer sentir invencibles. Es curioso cómo la unión nos hace fuertes, cómo la soledad nos absorbe y nos consume hasta la última gota de alegría. Hoy en día puedo decir que el Italiano fue el mejor amigo que jamás he tenido.

Cuando llegué a casa sentí al instante que algo iba mal. Era una sensación extraña, casi imperceptible, pero sin duda ahí estaba. Serían las nueve de la noche, quizá un poco antes. Todo estaba en silencio. No se escuchaba la música rock de mi hermano. No se escuchaban los discos de R.E.M. de mi hermana. Avancé hacia el salón y una pequeña ráfaga de aire hizo que se me erizara la piel de la espalda y de los brazos. No hacía frío en julio, no en ese año, nunca en esa ciudad. Empecé a sentirme mal de verdad. Otra vez las horribles náuseas que experimenté el día que Lidia se tiró.

A la que vi primero fue a mi hermana, estaba sentada en una punta del sofá, de brazos cruzados y mirándome con seriedad, con tristeza, parecido a como se ponía cuando había bronca en casa y cobrábamos todos sin ninguna razón de peso aparente, al menos que nosotros supiésemos de antemano. Mi hermano estaba sentado en la otra punta del sofá, ojeando una revista, alzó la vista y me dedicó uno de esos saludos suyos moviendo el cuello hacia arriba, como diciendo: «qué pasa, chaval». Mi madre estaba sentada en la mesa del salón, lloraba. Tenía un montón de pelotitas de papel del váter esparcidas por la mesa y no dejaba de llorar y de moquear. Nunca había visto a mi madre así y eso hizo que el corazón me empezara a latir con más fuerza, con mucha fuerza, con violencia. Nadie allí decía nada y yo me estaba temiendo lo peor. No veía a mi padre por ningún lado y en mi cabeza empezó a dar todo vueltas. Quería llorar, como mi madre, como todas aquellas personas el día en que Lidia hizo «eso», pero las lágrimas no salían de mis ojos, y mi padre allí no estaba.

—Ven Guillermo, acércate.

La voz de mi madre me sonó a tragedia de las grandes, de las que uno no sabe a ciencia cierta si algún día se repondrá.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué ha pasado? —Sentí cómo mis palabras temblaban al pasar por mi garganta, cómo eran estranguladas por mi tráquea y lo que salió por mi boca no fue más que el puro esqueleto de mi voz.

Mi madre me estrechó entre sus brazos y rompió a llorar todavía con más fuerza. No sabía que alguien podía llorar con tanta fuerza. Se habían formado dos enormes bolsas bajo sus ojos y parecían estar bombeando las lágrimas contenidas durante toda una vida de sonrisas y alegrías.

—Guillermo, ha pasado algo, algo malo, muy malo.

Mi pecho empezó a vibrar, la cabeza me seguía dando vueltas, mi hermano no dejaba de mirarme y mi hermana era ahora la que estaba ojeando la revista que acababa de dejar mi hermano. Y mi padre no estaba por ningún lado, ni sus llaves habrían esa maldita puerta de la calle como hacían todos y cada uno de los días de mi vida.

—Tu amigo Miguel... les ha pasado algo a sus padres… han muerto, Guillermo, hace un rato.

Mi madre rompió de nuevo a llorar y volvió a abrazarme con fuerza. A mí me costó asimilar unos segundos lo que acababa de decirme. Supongo que a mi cabeza le estaba resultando insoportable buscarle un sitio a esa noticia, un lugar donde alojarla. Hacía unos minutos que había estado jugando con el Italiano, y ahora sus padres estaban muertos, y el Italiano estaría ahora llamando a la puerta de su casa y no sé si allí habría alguien para abrirle. No podía creer lo que acababa de oír. Mi cerebro trató de imaginar lo que estaría sintiendo el Italiano en estos momentos

y creo que llegó a desbordarse, o a colapsarse. Es posible que fuera porque solo el hecho de tratar de sentir lo que el Italiano estaría sintiendo en estos momentos, hizo que una enorme ola de dolor me cubriese por completo, dejándome si acaso el aire justo para seguir respirando, para no ahogarme en mi propia pena.

Si la noche en que Lidia murió no pude dormir, la del 23 de julio fue una auténtica pesadilla de siete horas la que me sumergió en una especie de trance, de estado catatónico en el que apenas pude decir, repetidas veces, apenas cuatro simples palabras, «no tengo hambre, mamá».

Mis padres me dijeron que los padres del Italiano se habían caído a la vía del tren y que no habían sufrido, que ahora estaban en el cielo y que el Italiano saldría de esta, con ayuda pero saldría. No me creí ni una sola palabra. Ni una sola. Tenía doce años pero no era estúpido. A veces cuando recuerdo mi infancia no entiendo cómo es posible que los adultos, nuestros padres, pensasen que nuestra capacidad para entender las cosas fuese tan limitada, que nuestra capacidad para tragarnos una mentira, por gorda que fuera, tan ilimitada.

Mi hermano me confesó lo que yo ya sabía, lo que mis padres no se habían atrevido a decirme por miedo a que no supiese enfrentarme a una verdad tan dolorosa, pero mi hermano solo era cuatro años mayor que yo y él todavía no entendía de contar medias verdades ni de maquillar la realidad. Los padres del Italiano no se cayeron a la vía del tren. Saltaron cogidos de la mano unos segundos antes de que el tren pasase a toda máquina. Varias personas lo habían visto y no había lugar a dudas. Nadie entendió aquello, no dejaron notas, ni arreglaron ningún testamento, ni se despidieron de ningún ser querido. Fue un golpe muy duro para todo Baladrar, que decretó de inmediato la suspensión de la semana de fiestas.

El entierro fue a los dos días. Varios familiares de la vieja Italia tuvieron que cruzar el mediterráneo para despedirse de Antonio Real Bassuro y de Josefina Rodríguez. Mis padres insistieron en que yo debía asistir, que los niños no iban a los entierros, pero sí a los de sus seres queridos, pero sí al de los padres de un mejor amigo, del Italiano.

Fui cogido de la mano de mi madre, mi padre estaba cabizbajo y no paraba de fumar, nunca antes lo había visto fumar tanto ni con los ojos tan rojos como esa vez. Yo solo tenía ojos para mi gran amigo Miguel, al principio me costó encontrarlo, había mucha gente y se había concentró toda en una pelota de lágrimas y de gritos de desconsuelo en un lugar muy próximo del altar de la iglesia, donde aguardaban dos modestos ataúdes. Cuando vi al Italiano comprendí al instante que el chico al que yo conocía, con el que había compartido tantos momentos de mi infancia, ya no estaba. Su alma debieron llevársela sus padres cuando saltaron delante de ese maldito tren. Aquello no era ni la sombra de Miguel, era como uno de esos muertos vivientes que a pesar de haber resucitado no conservaban ni un ápice de humanidad. No sé si en aquel momento era consciente de lo que estaba pasando, de lo que había pasado, daba la impresión de estar en otro lugar, ausente, desplazado de su cuerpo en alguna parte del universo.

—Guillermo, ve con tu amigo Miguel, ahora te necesita más que nunca, ve junto a él, hijo mío.

Mierda. No quería ir. Tenía miedo de ir, y no ha pasado ni un solo día en el que no me haya arrepentido de haber sentido eso, ni uno solo.

—Vamos, Guillermo, ¿no me has oído? Ve junto a tu amigo.

—Mamá... creo que no me apetece... hay mucha gente y no sé qué decir...

—¿No sabes qué decir? ¿Acaso no lo sabes? —Mi madre parecía enfadada conmigo, y eso era lo último que necesitaba en ese momento. Más tarde entendería que en realidad solo estaba enfadada con el mundo—. Ve y dile que lo sientes, que lo sientes mucho y que cuente contigo para lo que sea.

Mi madre me soltó la mano, hasta ese momento no sabía que la estaba apretando con tanta fuerza. Me temblaban las piernas. Me costó llegar hasta él, lo recuerdo como si entre nosotros dos hubiese una cuesta de cincuenta metros de largo y al menos dos de desnivel. Cuando estuvimos cara a cara no supimos qué decir. Ninguno. A él le costó reconocerme, a mi aguantarle la mirada. Después él se lanzó a mis brazos y yo lo acogí rompiendo a llorar. Él parecía haber estado aguardando hasta ese preciso momento para descargar toda la rabia y todo el dolor que había sentido, yo creo que no he vuelto a estar tan unido a alguien como lo estuve en ese momento con el Italiano.

A partir de ese día ya nada volvió a ser lo mismo. Ni por asomo. Las cosas solo empeorarían y todavía no éramos conscientes de lo que era el miedo verdadero, de que todavía quedaba mucho verano por sufrir, por maldecir, por gritar.

CAPÍTULO 3

1

Los dos hombres que acaban de salir de aquí me han hecho sentir fatal. Me han dejado hecho polvo, más aún de lo que ya estoy. No sabría decir muy bien por qué, es esa intuición otra vez, esa que no se puede expresar con palabras pero que el lenguaje de nuestro interior entiende a la perfección y nos lo traduce a base de certezas. Su trato ha sido muy impersonal, su forma de dirigirse a mí, dejémoslo en incriminatoria, y su forma de mirarme... Dios, me han estado mirando como si yo fuese el culpable de todo y hubiese algo que no les estuviese contando. Luego han insistido en que siga recordando, desde el principio, pero sin entrar tanto en los detalles, no sé que se han creído pero desde luego hasta donde yo sé nadie va a venir a decirme a mí cómo contar esta historia, y menos después del caso que mi hicieron en su día, menos aún después del caso que me hicieron hace tan solo unos días.

Me han dejado claro que este lugar no es una cárcel. Que no estoy detenido ni me retienen en contra de mi voluntad. Pero que sería bueno para todos que permaneciera aquí dentro unos cuantos días más hasta que se aclare todo, ¿es eso posible?, hasta que sepan con certeza qué pinto yo en todo esto. Tiene gracia el asunto, cuando han salido he escuchado cómo cerraban la puerta de mi habitación con llave y en la única ventana que tengo hay una jodida reja de acero forjado que no atravesaría ni con un maldito tanque. Si eso no es estar retenido, que baje Dios y lo vea, si es que aún está por alguna parte, si es que ha existido alguna vez. No sé por qué esta gente se empeña en no decir las cosas por su nombre, en camuflar sus verdaderas intenciones bajo mentiras tan patosas y burdas, me recuerda a cuando era un niño y mis padres hacían exactamente lo mismo, aunque de eso ya hace mucho tiempo.

Mas tarde ha venido una enfermera. Era guapa. Me ha dicho que se llamaba Alexandra. Parecía que le habían dado órdenes de no hablar conmigo, o eso o es que yo le doy miedo. Al principio le ha costado decir ni tan siquiera un «hola». Mantenía una distancia prudencial y se había puesto unos guantes que casi le llegaban hasta el codo. Parecidos a esos que se ponen los médicos cuando van a operar a alguien. Tenía los ojos de un tono verde esmeralda, eran bonitos, me han recordado a los de Cristina, la hermana del Molinero. Cuánto la echo de menos. No sé si algún día conseguiré olvidarla, no sé si algún día podré romper la promesa que le hice aquel día. Me ha sacado un par de tubos de sangre, quieren asegurarse de que estoy bien, eso es todo, eso es lo que ha dicho. No sé si ella lo sabe, pero no es el primer análisis de sangre que me hacen desde que estoy aquí. No importa, no he querido molestarla con preguntas que la hiciesen sentir incómoda. Era bonita su compañía y no he querido estropear el momento. Cuando se iba a marchar se ha parado junto a la puerta y me he preguntado si necesitaba algo, si me encontraba bien. Parece ser que esos tres metros desde la puerta de la habitación hasta mi cama han sido suficientes para que Alexandra se sintiese segura. Me ha hecho gracia. Parecía un animalillo asustado. Le he dado las gracias.

—Gracias, Alexandra, no necesito nada, ¿si llamo a este timbre vendrás tú a ver qué necesito?

—Sí, si llamas antes de las diez de la noche, sí.

—Gracias, Alexandra, si no nos vemos que pases una buena noche, has sido muy amable.

—Buenas noches, Guillermo, que descanses.

Me ha parecido que era una chica dulce. Me ha parecido que justo antes de salir, antes de cerrar la puerta, me ha mirado directamente a los ojos. No lo había hecho hasta entonces, me ha mirado y ha hecho el intento de regalarme una pequeña sonrisa, pero finalmente no lo ha conseguido. Se veía a la legua que había algo dentro de ella que estaba deseando salir de allí como fuera, que estaba cagada de miedo y que yo era la causa de ese miedo.

2

El Italiano y yo no volvimos vernos después del entierro de sus padres. Un tío lejano suyo se lo llevó a vivir con él a la vieja Italia. Y yo me dije, vaya, al final iba a ser cierto lo de que el Italiano tenía sangre romana por sus venas. Se instaló en un pueblecito cercano a Roma llamado Nemi, un pueblo precioso, como los que se veían en los cuentos y en las películas de aventuras. Mi madre también me dijo que allí el Italiano volvería a ser feliz, que allí conseguiría olvidarlo todo y empezar una nueva vida. Y yo quise creer que podía pasar algo así.

Me dolió en el alma no haberme podido despedir de él. Pero todo pasó muy deprisa. Su tío Roberto, que vestía con un look parecido al que lucía Stallone en la primera película de Rocky, gabardina de piel negra y sombrerito de lado, había venido para el entierro de sus padres y el trabajo lo esperaba allá en Nemi. En un par de días habían empacado todo lo necesario para que el Italiano pudiese rehacer su vida con algunas de las cosas que lo habían acompañado durante gran parte de su corta existencia. Roberto regentaba un *ristorante* y yo me imaginé que Miguel crecería entre las mejores pizzas de Italia. Lo imaginaba lleno de harina y bromeando con los clientes, paseando con una bella mujer cogida de su brazo. También imaginé que sus nuevos amigos, en lugar de llamarlo el Italiano, ahora lo llamarían el Español.

Esos pensamientos hicieron que algo de la pena que ahogaba mi corazón se aligerase un poco. Me resulta curioso cuándo alguien con quien hemos estado muy unidos, desaparece de nuestras vidas y de repente es como si su imagen se congelase en el tiempo y en el espacio y en nuestro interior dejase para siempre de crecer. Su cuerpo ya no experimenta más cambios, y su carácter y personalidad permanecerán inalterables con el paso de los años. Ahora solo es un número en una agenda de teléfonos, una foto en la pared, un nombre escrito en un anuario, o en una carta, o junto al nuestro en la orla del colegio.

3

La marcha de Miguel hizo que todos nos distanciásemos un poco, al menos un tiempo. El Mapache dejó de llamar a mi casa con tanta regularidad. Lo cierto es que yo también le di largas en más de una ocasión. No sé, en ese momento no era muy consciente de por qué lo hacía, pero supongo que era porque no me sentía muy bien llevando la misma vida y haciendo las mismas cosas como si nada hubiese pasado. En cierta manera era como una forma de respeto hacia el Italiano. Al Casco no le vi el pelo en toda la semana siguiente, con el Molinero pasé media tarde en su casa, su madre me había invitado a merendar y mi madre prácticamente me había obligado a ir. Así que fui, me comí un par de sándwiches que más tarde vomitaría y me volví otra vez para casa. A Niven lo vi una mañana en el supermercado y apenas nos dijimos hola con la mirada. Como veis, un pobre

bagaje para un niño de doce años que debería estar exprimiendo cada segundo de esas merecidas vacaciones de verano.

Esa semana apenas comí, sencillamente había perdido el apetito. Los primeros días mis padres respetaron mi negación a alimentarme asombrosamente bien, pero la pérdida de color en la piel y la más que evidente creciente debilidad que manifestaba día a día hicieron que al final tuvieran que forzarme a comer. Aunque lo que no me atreví a manifestar fue que la verdadera debilidad que sentía no era física, sino de espíritu, mental. Sentía como si todo a mi alrededor fuese de una fragilidad tan endeble como lo es un castillo de arena en un día de lluvia. Lo único en lo que pensaba era que todo mi mundo, que todos mis seres queridos, desaparecerían de mi vida de un momento a otro, y que yo no podría hacer nada por evitarlo, por retenerlos a mi lado. Dicen que todos los niños pasan por una fase parecida, en la que experimentan un gran temor ante la perspectiva de perder a sus padres, o a sus hermanos, ante la posibilidad de quedarse solos en este mundo que están empezando a conocer pero que no comprenden, que no quieren comprender. A mi desde luego esa fase por la que pasé no me pareció en absoluto algo normal, yo sentí verdadero temor, yo estaba absolutamente seguro de que tarde o temprano pasaría algo malo, y lo que había hecho que los padres del Italiano o mi vecina Lidia hicieran «eso», volvería de nuevo para cobrarse más vidas.

Hacía siete días exactos que los padres del Italiano se habían ido, era 30 de julio y yo estaba viendo una película de hombres lobo con mi hermano. Mi padre se había bajado un rato al bar, le encantaba «bajarse al bar» a eso de las ocho de la tarde para volver una hora después con el cuerpo «alegre», como solía decirle mi madre. Mi hermana Carmina estaba en casa de su amiga Elena, que vivía justo en el piso de arriba, disfrutaban escribiéndoles cartas a novios imaginarios que después nunca llegaban a mandar.

Cuando sonó el teléfono recuerdo que en la película de hombres lobo la chica protagonista estaba a punto de ser alcanzada por el que hasta ese momento pensaba que solo era un chico normal, algo misterioso pero normal.

Mi madre descolgó el auricular y apenas bastó la forma en que dijo "¿diga?" y "dime, Rosa" para saber que algo muy malo acababa de ocurrir. Mi madre se sentó en la silla que había junto a la mesita en la que teníamos el teléfono, se había llevado una mano al pecho, alzó un poco los ojos y su mirada se encontró con la mía, mientras al otro lado, alguien le estaría contando al oído un montón de cosas feas. Nunca he creído en la telepatía ni en ningún otro tipo de habilidad extrasensorial especial, pero me apostaría la vida a que en ese momento los dos supimos perfectamente lo que estaba pensando el otro. Mi madre colgó el teléfono y yo ya hacía rato que me había desconectado del hombre lobo, mi hermano seguía absorto. Me levanté del sofá y me dirigí hacia ella.

—¿Qué ha pasado, mamá? O mejor dicho, a quién...

Mi madre me miró durante unos segundos sin decir nada, como si estuviese delante de alguien unos cuantos años mayor que yo, de alguien con algún tipo de respuesta a lo que estaba ocurriendo.

—Raimundo, el abuelo de Laura Millet... y Noelia Santos, la madre de Richi..., los dos van a tu colegio, Guillermo, ¿sabes quién son verdad? ¿Y cómo sabías que...?

—Sí mamá, sé quiénes son... ¿Cómo ha sido?

—Raimundo ha tenido un accidente con el coche, ha sido esta mañana, y la madre de Richi... todavía es pronto para saberlo, pero al parecer ha resbalado en la ducha y se ha dado un golpe en la cabeza..., lo siento, Guillermo, yo... no sé qué decir la verdad... es horrible, todo esto es

horrible...

La pobre mujer estalló en un llanto lleno de vacío, lleno de miedo. Imagino que debió pensar que todas esas muertes me estarían traumatizando, devorando por dentro, y que ella no era capaz de dar ninguna respuesta. Que no podría soportar durante mucho más tiempo el peso de esa aterradora realidad sobre sus hombros, como la que trata de sostener con sus manos una brasa incandescente y lo único que hace es quemarse, y lo único que sabe es que al final tendrá que dejarla caer.

Esta vez no lloré, esta vez fue como si todas las lágrimas hubiesen ido a parar a los ojos de mi madre y lo único que hice yo fue concluir que mis sospechas eran ciertas, que todos mis temores se estaban convirtiendo en realidad.

Cuando conoces a alguien en profundidad, sabes identificar cuándo está mintiendo y cuándo está siendo sincero, al menos a mí resulta fácil saberlo, al menos de las personas a quienes he estado realmente unido en esta vida. Las muertes de Raimundo Quiroga y de Noelia Santos no fueron un accidente. La carretera en la que Raimundo había estrellado su coche contra uno de los nogales más bonitos de todo Baladrar, había sido arreglada hacía unos meses, coincidiendo con la llegada de la primavera. Esa carretera era muy frecuentada cuando llegaba el buen tiempo, familias enteras, parejas de enamorados y pandillas de niños pasaban por allí para llegar al jardín botánico, el lugar más hermoso del pueblo. No es que Baladrar estuviese en la vanguardia de la seguridad vial, pero en esa zona del pueblo no había curvas cerradas, ni grava en la carretera, ni tramos rectos demasiado largos en los que alguien tuviese ocasión de dar una pequeña cabezadita. Raimundo no llevaba puesto el cinturón de seguridad cuando se estrelló, tampoco había bebido, no encontraron las típicas marcas en el suelo de goma quemada que se producen cuando alguien trata de reaccionar después de haberse dormido al volante. Su corazón no había sufrido ningún infarto ni su cerebro ningún ictus, simplemente se había salido de la carretera a una velocidad que doblaba el límite legal. Punto y final. De todos esos detalles "extraoficiales" me enteré tiempo después, no eran de dominio público y me costó lo mío acceder a ellos, de todas formas solo sirvieron para confirmar lo que yo ya sabía.

A la madre de Richi el Loco la habían encontrado ahogada en la bañera de su casa. Tenía una buena brecha en la cabeza, eso era cierto, y también lo único que coincidía con la versión de mi madre. Pero también era cierto que tenía el estómago lleno de somníferos y que había preparadas un par de cuchillas de afeitar nuevas a estrenar en la jabonera que después de tanto insistir había atornillado a mala gana su marido Jacinto el Oso. Algunas personas también dijeron que Noelia Santos no estaba muy bien de la cabeza, por eso le había salido un hijo así, y que a veces se le olvidaban las cosas, como por ejemplo unas cuchillas de afeitar sobre la bañera, como por ejemplo que se había tomado ya diecinueve tranquimazines antes de tomarse la pastilla número veinte.

Nadie hablaba de otra cosa en el pueblo. Cinco muertes en menos de un mes, todas ellas no esperadas o prematuras, todas ellas dejando a su paso familias rotas, agujeros tan grandes como el que deja una bala de cañón en la pared. Ni los más ancianos recordaban una racha tan mala. No escuché ni una sola vez a nadie plantear siquiera la posibilidad de que todas esas muertes tuviesen algún tipo de relación, no escuché a nadie preguntar por qué todas esas personas habían hecho "eso". Es como si de repente todos se hubiesen puesto de acuerdo en mirar hacia otra parte, en no decir las cosas por su nombre. Daba la impresión de que los inundaba algún tipo de miedo atroz a pronunciar la palabra maldita, a pensar en la palabra maldita.

Tiempo después escucharía, entre otras teorías, que los medios de comunicación eludían la

publicación de cualquier tipo de noticia que tuviese que ver con el suicidio para evitar el temido "efecto llamada", también conocido como "efecto Werther" o "efecto Copycat". Estos términos giraban en torno a las conductas de imitación que se producían entre la población cuando un hecho tan trágico tenía lugar, sobre todo si la persona a la que se imitaba era un personaje público, sobre todo si ese personaje público tenía miles de seguidores juveniles. Tal era la evidencia de la existencia y la creencia en este extraño fenómeno social, que incluso los Centros para el Control y Prevención de las Enfermedades (CDC) dieron órdenes claras a los medios de comunicación sobre cómo informar de tales casos y cuándo sencillamente no debían hacer mención alguna. Por eso fue tan difícil buscar información fiable al respecto. La mayoría de las veces tan solo encontré alguna explicación alternativa y enrevesada a lo que tan evidente parecía haber ocurrido, pero la tónica general fue que ni tan siquiera incluyeron esas muertes en muchos de los registros oficiales, simplemente quedaron archivadas como «accidentales». Es posible que el CDC, ya por aquel entonces, supiese algo que nadie antes nos había dicho, que nadie más se había atrevido a decir. Que había algo realmente maligno detrás de todas esos «accidentes», algo totalmente desconocido para ellos y a lo que le tenían tanto miedo que ni tan siquiera se atrevían a pronunciar.

CAPÍTULO 4

1

Los resultados de la última resonancia magnética han sido normales. No han encontrado hallazgos significativos en el escáner cerebral que me han hecho esta mañana, y no sé qué llevaría el contraste ese que me han inyectado pero ya he vomitado dos veces durante la tarde. Me han dicho que eso también era normal.

Alexandra se acaba de marchar hace un rato. Ha vuelto a sacarme dos tubos de sangre. Dice que todo está bien, pero que todavía siguen buscando, que aún hay un par de cosas que quieren mirar más a fondo. Me hace gracia la forma en que se dirige a mí, me da la impresión que cree que está hablando con un niño de cuatro años o con alguien que no entiende las cosas. Debe ser esa extraña barrera que a veces se forma entre el profesional sanitario y el paciente la que impide que nuestra relación sea más fluida, más natural. Eso será.

Esta mañana han vuelto a hacerme otra visita esos dos hombres que visten de traje negro y corbata azul y que nunca sonríen, Vincent y Ralph. Así es como han dicho que se llamaban. Deben ser extranjeros porque nadie llama así a sus hijos en este país. En este país se hubiesen llamado Vicente y Rafa. Su español era perfecto, y eso me ha hecho pensar que tal vez sean dos súper agentes de la CIA o algo parecido. Lo cierto es que sus miradas eran intimidatorias, su forma de preguntar la sentía como la flecha que sale de una ballesta y se clava en la carne de una manzana en un abrir y cerrar de ojos.

Deben tener unos cuantos años más que yo, pero no muchos más, eso me ha recordado que, ciertamente, hay personas que se mueven por esta vida a una velocidad realmente alta, porque yo, con treinta años, todavía siento que aún no sé ni dónde demonios está la pista de despegue, en cambio ellos parecen haber ido y vuelto ya cien veces. Yo todavía me siento como aquel niño de doce años que tenía miedo a morir, que tenía miedo a que sus padres muriesen. La única diferencia entre antes y ahora es que por aquel entonces, sabía perfectamente lo que era, un niño, en cambio ahora no sé quién diablos soy ni tampoco lo que soy, desde luego no un adulto, desde luego no como lo son Vincent y Ralph, desde luego no como lo eran mis padres y los padres de mis amigos a esta misma edad.

Las preguntas que me han hecho estaban relacionadas con lo que ha ocurrido en las últimas dos semanas, algunas de ellas han hecho que incluso me sonrojara un poco. Querían saber con cuántas personas había estado y quienes eran, si había mantenido relaciones sexuales, cuántas y con quién, al menos no han preguntado por las posturas. Han estado revisando mis registros telefónicos. Han preguntado si había estado en contacto con algún animal. También si tomo algún tipo de medicamento o consumo alguna droga. Con qué comida me alimento, de qué marca y dónde hago la compra habitualmente. Si he notado algo extraño en mi orina o en mis esputos y cómo me he sentido durante las últimas semanas. Si he padecido de insomnio, migrañas o cefaleas. Si me ha pasado cualquier cosa fuera de lo normal que crea importante comentar. Si he tenido algún tipo de molestia corporal, si bebo agua del grifo o embotellada y un sin fin de preguntas más que a partir de ahora trataré de olvidar.

Me ha dado la risa en más de una ocasión, me han entrado ganas de preguntar eso de «eh,

¿dónde está la cámara, amigo?», pero me lo he guardado para mí justo antes de soltarlo. Hace tiempo que la gente no sonríe y a mí eso es lo que más pena me da. Antes de que se fueran les he preguntado si querían que siguiese recordando y anotando todo lo que pasó en el verano de 1990, en el verano del miedo, en Baladrar, y también que cuándo podría irme. Me han dicho que por supuesto que debo seguir anotándolo todo y que todavía no me puedo ir, todavía falta un poco para que controlen la situación y no pueden dejar que alguien tan importante como yo ande por ahí suelto. Eso es lo que me han dicho, no sé si porque realmente lo piensan o porque es su forma de decir que no tienen intención de hacerme daño, que quieren ser amigos míos.

Al menos sí es verdad que, a pesar de no ser personas que le hagan a uno sentirse cómodo, ya no me molesta tanto su compañía. Quizá sea porque echo de menos el contacto humano y me conformo con muy poco. Echo de menos las palabras de afecto, sobre todo las de mis seres queridos. Todavía no me atrevo a pensar en ellos, en todos ellos, pero tiempo tendré para ello, eso espero.

2

La muerte de Lidia la sentí como una puñalada por la espalda, a traición, la de los padres del Italiano como un disparo a bocajarro en la boca del estómago, en cambio las del abuelo de Laura Millet y la madre de Richi el Loco ya fueron algo menos cruentas, algo así como un par de puñetazos en la cara. No es que no me importasen, ni que no las sintiese, es que creo uno tiene una capacidad limitada para sentir dolor, y en esos momentos la mía estaba ya casi sobrepasada.

Mi madre siempre me dijo, desde que tengo uso de razón, que yo tenía una sensibilidad especial para sentir el dolor ajeno, que incluso sentía demasiado, y que algún día, si no aprendía a controlar todos esos sentimientos, acabarían por hacerme daño, por hacerme daño de verdad. Porque uno debía aprender que el mundo era un lugar precioso, pero también un lugar cuyas tierras eran hostiles, y que igual que el cuerpo humano disponía de un sistema inmunológico para combatir las infecciones, también necesitaba de una coraza de sentimientos que le protegiese contra la maldad en el mundo, contra las penas y las tristezas, y eso era algo de lo que, según ella, yo carecía.

Es posible que lo que voy a relatar a continuación no se sostenga científicamente, al menos no demasiado, entre otras cosas porque apenas tengo datos reales que apoyen mi versión de los hechos y porque parece extraído de una novela de ciencia ficción, pero os aseguro que es cierto. También es posible que mi memoria me jugara alguna mala pasada por aquel entonces. Todo pasó muy rápido y todo se volvió muy feo en cuestión de unos cuantos días. Pero lo que sí es seguro es que pasó, de eso no hay duda, yo estuve ahí para verlo, y ahora, gracias a Dios, estoy aquí para contarlo.

Os aseguro que no me detendré en los pequeños detalles, para no hacer esto más largo y porque esos pequeños detalles, los que dotan de vida a la realidad, son los que más duelen. Así que pasaré muy rápido por esta parte de la historia, de puntillas, como un faquir sobre una pista de cristales rotos.

El 1 de agosto de 1990, dos días después de los "accidentes" de Raimundo y de Noelia, Julio Samper, el único empleado fijo del cementerio del pueblo, fue hasta el árbol donde Raimundo había estrellado su coche y clavó en él una enorme corona de flores, preciosas amapolas rojas rodeadas por paniculata y por margaritas blancas. Después se subió al árbol, ató en él una soga de

al menos un par de centímetros de diámetro, se la pasó por el cuello y saltó. Nuria Belmonte pasaba por allí conduciendo su nuevo Fiat justo en el momento en el que el peso del cuerpo de Julio empezaba a tirar con fuerza de la rama del nogal bajo la que se balanceaba de forma siniestra. Paró su coche y corrió hasta él para intentar socorrerlo, trató de cogerlo por las piernas y de alzarlo hacia arriba, pero Julio era un hombre pesado, demasiado para sus delgados brazos. Nuria contó cómo sus piernas se movían de forma descontrolada, parecían tratar de buscar un apoyo, sus manos en cambio no daban muestras de arrepentimiento alguno, antes de que su cara se pusiese morada y de que su cuerpo dejara de moverse, sonrió, eso dice Nuria. Julio sonrió. Aunque sus ojos estaban llenos de puro miedo.

Cuando Nuria llegó a casa, le contó a su marido, Diego Latorre, lo que acababa de ver. Nuria estaba totalmente fuera de sí, y según Diego, nunca había visto a su mujer en un estado de histerismo como en el que se encontraba en ese momento. Estaba aterrorizada, muerta de miedo, se encerró en su habitación y no quiso ver a nadie hasta ese mismo día por la noche. Diego echó la puerta de su habitación abajo de una patada cuando su mujer dejó de responder a sus preguntas, tras él venían sus dos hijas, Malena y Estrella, de nueve y catorce años. El cuerpo de Nuria estaba lívido, "parecía una muñeca de cera", esas fueron las palabras de Diego. Nuria se había cortado las venas de ambos brazos y se había tumbado en la cama, de lado, en posición fetal, igual que hacía cada noche cuando se preparaba para dormir y se dejaba abrazar por detrás por el marido al que tanto amaba.

Ese mismo día, en el casco antiguo de Baladrar, cerca de la iglesia, la casa de Beatriz Solanas y Alberto Ruiz, una de las más antiguas del pueblo, había empezado a arder a las siete horas de la tarde aproximadamente. El incendio se propagó a una velocidad endiablada, eso decía el informe de los bomberos, solo consiguieron sofocar el fuego cuando ya no quedaban enteros ni los cimientos. Murieron los dos, no tenían hijos. Cuando encontraron sus cuerpos, dicen, estaban cogidos de la mano. La autopsia no pudo aportar demasiados datos, los cuerpos estaban totalmente calcinados, pero en la casa encontraron los restos de un par de garrafas de gasolina.

Al día siguiente, el 2 de agosto de 1990, encontraron muerta a la madre de Niven en el garaje de su casa, Graciela Bahamontes. Aquí la historia se retuerce un poco, hay algunos datos contradictorios entre sí y que todavía, a día de hoy, no se han podido esclarecer. La madre de Niven no había ido a dormir a casa la noche del 31 de agosto. Su marido, Carlos Nieves, lo denunció a la policía al día siguiente, pero tratándose de un adulto, le dijeron que de momento no podían hacer nada, tan solo esperar. La mañana del segundo día de septiembre, Carlos entró en el garaje de su casa para buscar una bombilla de recambio y se quedó de piedra al ver a su mujer en el interior de su coche. Se había asfixiado con el humo del motor. Algunas personas dirían más tarde que fue el propio Carlos quien la mató y el que lo preparó todo para que pareciese un suicidio y así poder quedarse con todas las propiedades de su mujer. Otros dijeron que fue un tema de deudas, un ajuste de cuentas, y que la madre de Niven pagó con su vida.

El 4 de agosto, entre las doce del mediodía y las ocho de la tarde, encontraron muertos en sus casas a Jacinto el Oso, padre de Richi el Loco, y a Catalina Viedma, una tía soltera de Luna, una compañera de clase. Estas dos últimas muertes fueron catalogadas como naturales y los datos que se incluyeron en sus historias clínicas fueron clasificados con el más alto nivel de confidencialidad, siendo su paradero actual totalmente desconocido. Tiempo más tarde, correría el rumor de que a Jacinto el Oso lo encontró su hijo Ricardo. Se había rebanado el cuello con la navaja de afeitar de su abuelo, y que por eso Richi el Loco no pudo soportarlo más y acabó en el psiquiátrico en el que estuvo hasta los 18 años. Por aquel tiempo recuerdo que mis padres me

contaron que Ricardo se había ido a vivir fuera, con unos parientes lejanos. Y quizá fuera así al principio, al menos eso fue lo que me dijo él mismo días después de que todo ocurriese, que se iba a casa de unos parientes lejanos. También dijeron que Catalina Viedma había ingerido gran parte de una garrafa de lejía de cinco litros antes de morir.

Podría dar datos más concretos de todas esas muertes, pero para ello tendría que volver al lugar donde guardé toda la documentación que conseguí reunir relacionada con lo que yo llamé "el verano del miedo", pero para ello tendría que volver al lugar donde todo empezó, Baladrar.

3

La muerte de Catalina Viedma fue la última de ese verano. En total, doce personas muertas en menos de un mes, de las cuales tan solo tres, y a mucho apurar cuatro, fueron consideradas oficialmente un suicidio. Con la llegada de septiembre, los días habían empezado a ser más cortos y el calor a darnos un respiro. Las calles amanecían vacías y anochecían totalmente desiertas. Baladrar se convirtió en un pueblo fantasma, triste, desolado. Todo el mundo se esforzó en olvidar, y de qué manera.

Nadie hablaba de lo ocurrido, eludían el tema como si eso supusiese algún tipo de desafío a la muerte, o quién sabe, al mismo diablo. La gente agachaba la cabeza y seguía su propio camino pensando que así, la muerte o lo que quiera que fuese aquello que hiciera que todas esas personas hicieran "eso" pasaría de largo y centraría su atención en algún otro lugar. Al menos así es como yo lo vi, como yo lo viví. Si preguntas por ahí, es posible que haya gente que te de su propia versión de la historia, no me cabe la menor duda. Es posible que te cuente que simplemente fue mala suerte, una mala racha. Algunos otros puede que incluso no le den la mayor importancia, como si aquellos días no hubiesen sido tan distintos a los de cualquier otro verano.

Me da mucha rabia cuando recuerdo algo, algún hecho o anécdota del pasado, y las personas que me rodean, partícipes o no de esos hechos, tratan de desmentir y desvirtuar mis recuerdos. Como si me los estuviese inventando o mi memoria no fuese más que un viejo trasto defectuoso. Siempre he pensado que era porque ellos no lo recordaban exactamente así, o tal vez que incluso no lo recordasen, pero con el paso de los años he llegado a pensar que sí lo recordaban, pero por algún tipo de vergüenza o de negación hacia sí mismos, intentaban evitar a toda costa que alguien, en este caso, yo, tirase de la cuerda y sacase a la superficie todos esos recuerdos que dormían en el fondo de la memoria. Es posible que con el paso de los años me haya vuelto más mal pensado. No me siento cómodo hablando de mí mismo, menos aún de mis virtudes, si es que tengo alguna. Pero si tuviese que destacar algo de mí mismo, algo que me diferencia de los demás, eso sería mi memoria. A pesar de haber tratado de rehacer mi vida, de pasar página y emplear mi tiempo en forjarme un buen futuro, no ha habido día en que no haya tenido al menos un pensamiento, pequeñito, un recuerdo de aquellos días, de todos los que vendrían después.

Con la primera persona con la que traté de hablar seriamente del asunto fue con Juan el Molinero, bueno con él y con su hermana Cristina, que años más tarde acabaría convirtiéndose en la pareja más estable que he tenido y sin duda alguna a la que más he querido. Cristina era un par de años mayor que nosotros, y sí, como el Italiano decía, tenía sobre peso y le acababan de poner unas enormes gafas de culo de garrafa, pero qué queréis que os diga, a mí siempre me pareció guapa. Cuando les expuse mis temores, cuál era mi teoría sobre lo ocurrido en el último mes en Baladrar, al principio se lo tomaron a risa, sobre todo Juan, pero hubo un pequeño detalle que

hizo que la actitud de Cristina cambiara, y con ella también la de Juan.

—Podéis pensar lo que queráis, pero os aseguro que se esconde algo maligno detrás de las doce... bueno, las doce ya sabéis qué —Por aquel entonces yo era un poco supersticioso y no me gustaba pronunciar ciertas palabras.

—Venga, no te enrolles Charles Bóyer... al grano —dijo Cristina secamente, a Juan eso le hizo una gracia tremenda.

—No me enrollo, pero es que las cosas hay que contarlas bien, para entenderlas hay que contar las cosas bien desde el principio...

—De eso nada, monada, que no tenemos todo el día, dime por qué tendría que creerte, venga, aligera, imagina que estás ante un jurado y que esta es tu última oportunidad, así que ya sabes, elige bien tu última bala, vaquero.

Me quedé un par de segundos fascinado ante el verde de los ojos de Cristina, luego ella se subió un poco las gafas y se recolocó el tirante del sujetador, por aquel entonces yo todavía no sabía ni qué era eso ni tampoco muy bien para qué valía, pero el sonido de la goma elástica golpeando su piel morena todavía no lo he olvidado.

—Está bien, allá voy...

Los dos abrieron bien los ojos y por un momento dudé de lo que iba a decir. Todavía hoy tengo serias dudas de lo que dije.

—Yo estuve con Lidia el día que se tiró...

—¿Qué? ¿Cómo que estuviste con Lidia el día que se tiró?

—Pues eso, que estuve con ella, y...

—¿Y qué?

Cristina se estaba poniendo nerviosa y a Juan apenas lo escuchaba respirar.

—El día que Lidia se tiró, por la mañana, ella y su madre estuvieron en mi casa. Su madre y mi madre eran bastante amigas, ¿lo sabíais?, y a veces ella se pasaba por casa o mi madre por la suya, yo la acompañaba muchas veces, y a veces Lidia también venía a mi casa. No sé, pero creo que le gustaba mi hermano, se lo oí decir una vez a mi primo Rodrigo...

—Guillermo, por favor, al grano...

—Lo que estoy intentando deciros es que yo la conocía bien, y no era ninguna loca Ella jamás dijo nada acerca de quitarse la vida, de hecho Lidia estaba llena de vida. Era una chica muy alegre y ese día, sin ir más lejos, estuvo contando muy ilusionada que al año siguiente, cuando terminase el instituto, tenía pensado estudiar medicina. Teníais que haberla visto, ardía en deseos por vivir, por experimentar experiencias, por ayudar a que este mundo fuese un poquito mejor, ¿por qué iba entonces a querer hacer algo así? ¿Eh? ¿Por qué? ¡Lidia no estaba enferma, por el amor de Dios! ¡Ni tampoco tenía problemas!

No sé si fue porque ellos tampoco tenían una respuesta o porque realmente llegué a convencerlos en ese momento, pero antes de que Juan tratase de romper el hielo con una de sus infantiles carcajadas, Cristina se le adelantó.

—¿Estás seguro de eso? No sé, ¿no podría ser que alguien la hubiese empujado desde atrás?

En Cristina acababa de nacer la duda.

—No lo sé, Cristina, podría ser... pero lo que es seguro es que Lidia no se tiró por voluntad propia.

Yo tuve la desgracia de verlo en directo, al llamado «caso cero», y en absoluto pensé en la posibilidad de que alguien la hubiese empujado por detrás. Fue ella la que se tiró, seguro, dije ese "puede" solo porque al menos pude ver que en los ojos de Cristina cobraba vida la teoría de que

algo extraño podía haber en todo aquello, y no quise estropearlo.

Luego me arrepentí de lo que acababa de decirles, el fondo era bueno, pero no la forma. Yo no estuve con Lidia ese día, ni ningún otro, pero sí es cierto que era vecina mía y que me cruzaba con ella habitualmente y nunca la vi triste, ni llorando, ni tratando de hacerse daño. Me inventé aquello porque quería dotar de mayor realismo a mi teoría, y Cristina y Juan se lo tragaron, y ahora me arrepiento, y ahora, después de tantos años, todavía no sé si aquello estuvo bien. Todavía me pregunto sí en lugar de haberme inventado algo así hubiese sido sincero, mi vida hubiese transcurrido de la misma manera. Porque de lo que no me cabe duda, es que aquella tarde en la que Cristina y Juan creyeron en mi historia, fue la primera de lo que sería una obsesión que dura ya veinte años, una búsqueda sin fin por encontrar una explicación, una respuesta que no sé si algún día obtendré.

CAPÍTULO 5

1

—¿Sabes por qué estás aquí, Guillermo?

Los ojos de Ralph son azules y parecen ausentes de vida.

—Sí, claro que lo sé.

—Eh, Guillermo, mírame.

—Te estoy mirando.

—No, ahora me estás mirando, ya te he dicho que me mires cuando te hablo. Te lo volveré a repetir, ¿sabes por qué estás aquí?

—Sí, la pregunta es, ¿lo sabes tú?

Hoy es uno de esos días en los que no me gusta la compañía de Vincent y de Ralph.

—Mira, Guillermo, solo espero que no hayas estado riéndote de nosotros todo este tiempo, ¿sabes de qué se te acusa, verdad?

—Sí...

—¿Sí? Pues deja ya de preguntarnos de una maldita vez que cuándo podrás irte, porque sabes de sobra que no puedes, así que ya puedes empezar a colaborar con nosotros de una vez si no quieres acabar ya sabes dónde.

—Estoy colaborando...

—No, no lo estás. Joder con el niñato, ¡que me mires cuando te hablo!

—Ya lo hagooo...

—Ralph, déjalo ya, anda. Hoy ya no vamos a sacar nada más, vámonos a ver si se le aclaran un poco las ideas y tú mientras tratas de tranquilizarte un poco.

—Te aseguro que cuando vuelva vas a empezar a hablar, ¿me has oído, niñato? ¡Me has oído!

—Vale, Ralph, ya está, vámonos.

Vincent y Ralph se han ido dando un portazo, luego le han dado un par de vueltas a la cerradura y han pasado el cerrojo. Sí esos dos son súper agentes de la CIA que baje Dios y lo vea. Menudo par de estúpidos. Me parece que no tienen ni idea de nada y que están peor que al principio.

2

El sol ya no quema tanto como lo hacía cuando llegué aquí. En un par de días estaremos en septiembre. Ha pasado ya una semana. Una semana encerrado aquí. Sin poder ver a nadie a excepción de a mis «amigos» Ralph y Vincent, de Alexandra y de la doctora Karen. El primer día me pareció ver también a otra persona que no he vuelto a ver, lo vi asomado por el ojo de buey de la puerta de mi habitación, debía ser algún celador o alguien de mantenimiento, tenía cara de asustado.

La doctora Karen tiene los ojos verdes como Alexandra, y como Cristina. Parece que todas las mujeres con los ojos bonitos se han puesto de acuerdo últimamente para desfilar delante de mí. No sé exactamente cuál es su especialidad, cuando le pregunté me respondió con un seco «soy

doctora, en general». A excepción de Alexandra, que me tiene miedo, todos los demás son bastante antipáticos en este lugar. No sé que les habrán contado, qué es lo que estarán pensando, pero esto cada vez tiene peor pinta, porque no soy ningún ingenuo, en absoluto, y esto cada vez tiene peor pinta. Esas acusaciones contra mí, que tampoco han tenido el valor de explicarme claramente, son muy duras. Y peligrosas.

Una hora después de que se hayan ido Ralph y Vincent, ha entrado la doctora Karen y se ha sentado en un lateral de mi cama. Se ha puesto a revisar unas hojas que llevaba cogidas con un sujeta papeles y apoyadas sobre una elegante y fina carpeta revestida en piel. La doctora Karen es una de esas mujeres sofisticadas, con clase. Cuando ha terminado de revisar los papeles que traía, se ha quitado las gafas y las ha dejado caer con sensualidad sobre su pecho, la montura y la cadenilla dorada de las gafas hacían un bonito contraste con su piel de porcelana.

—¿Y bien?

—Todo bien, Guillermo, todo está correcto.

—Vale, genial, ¿cuándo me podré ir? ¿Ha revisado lo que le dije? ¿Lo de las proteínas? Necesito salir de aquí, doctora, lo necesito, y no quiero ponerme en este plan, pero yo no sé si todo esto que estáis haciendo es legal... no lo sé, pero no me gustaría nada tener que llamar a mi abogado para averiguarlo...

La doctora Karen me ha mirado y se ha sonreído, no a mí, sino para ella misma. Es como si yo fuese algún tipo de broma y a ella esa clase de humor le pareciese graciosísimo.

—He estado viendo lo de las proteínas, Guillermo, no he encontrado nada raro.

—¿De verdad? ¿Lo ha mirado bien?

—De verdad, no hay ninguna proteína descontrolada, ni desnaturalizada como tú dijiste, tus proteínas están perfectamente, Guillermo.

—Ya sé que están bien doctora, pero, ¿y las de los otros? ¿Las ha mirado? ¿Las ha comparado?

—Sí, lo he hecho, Guillermo, y ya te he dicho que no he encontrado nada.

—Es que no lo entiendo... tiene que haber algo... y tienen que encontrarlo antes de que sea demasiado tarde...

—Sí, en eso tienes razón, antes de que sea demasiado tarde...

—¿Cuándo podré salir, doctora?

—Guillermo, ya me han dicho Ralph y Vincent que has estado insistiendo con ese tema, creo que ya te había quedado claro que en estos momentos eso no iba a ser posible... ¿Puedo preguntarte algo? Y solo contéstame si vas a ser sincero...

—Tiene gracia eso de pedirme que sea sincero viniendo de vosotros... pero sí, pregunte, seré sincero, igual que lo he sido hasta ahora.

La doctora Karen tiene los ojos verdes como Cristina y Alexandra, pero su mirada no es dulce, ni afable, es dura y penetra como la punta de flecha de un anzuelo.

—¿Sabes por qué estás aquí y por qué no puedes salir aún?

Otra vez esa maldita pregunta. Hoy es el día de esa dichosa pregunta.

—Sí, claro que lo sé, cuántas veces quiere que lo repita, sé porque estoy aquí, perfectamente, aunque lo que no termino de entender es por qué me tratan como si yo fuese...

—Está bien, Guillermo, mañana continuaremos, trata de descansar un poco, adiós.

La doctora Karen me ha dejado con la palabra en la boca y se ha marchado sin decir nada más. Y a mí no me queda otra cosa que seguir esperando, que seguir recordando, al menos mis recuerdos todavía son míos y nadie puede impedir que recuerde, que lo recuerde todo.

3

El 12 de agosto de 1990, algo más de una semana después de que encontraran muerta en su casa a Catalina Viedma, la última de los doce del verano del miedo, me encontré con Richi el Loco en el parque que había delante de mi casa. Al principio sentí un ligero cosquilleo en la boca del estómago, no sabría decir si por miedo a estar junto a alguien que había perdido recientemente a sus dos padres, como si las desgracias o la mala suerte se pegaran (¿es así?), o por vergüenza a no saber de qué hablar ni qué hacer con él. Pero rápidamente esa sensación se disipó, solo fue cuestión de romper un poco el hielo. Éramos niños, y entonces le dábamos más importancia al momento presente, al que estábamos viviendo en ese preciso instante, en lugar de centrar toda nuestra atención en lo que había pasado y en lo que podría pasar.

El Mapache daba muestras de haber recuperado su costumbre de aporrear el timbre de mi casa a las cinco de la tarde, todavía quedaba algo de verano y en el ánimo de Baladrar empezaban a asomar pequeños brotes verdes. Hay que ver lo rápido que la gente olvida. Vicente se puso a agujerear el suelo con la mano en forma de cazo, estaba preparando su famoso *gua*, y yo mientras empecé a trazar mi círculo. No sabría decir la de horas que pasé durante mi infancia haciendo esa tarea, en cambio ahora lo veo tan lejano que incluso a veces parece formar parte de algún sueño, y no de un recuerdo.

—Mira, por ahí viene Richi el Loco, ¿no se había ido a vivir fuera? ¿Nos vamos a jugar a mi casa?

—No lo sé, Vicente, ¿no crees que deberíamos decirle algo?

—¿Algo? No sé a ti, pero a mí me da un poco de cosa que esté con nosotros.

Cuando Richi llegó hasta nosotros todavía no habíamos decidido qué hacer, pero el Mapache ya estaba guardando sus canicas en la pequeña bolsita de ante que tan orgulloso lucía.

—Bueno, Guillermo, yo me tengo que ir ya.

—¿Ya te vas? —dijo Richi mirándolo con tristeza.

El Mapache estaba como asustado, no lo miró ni a la cara.

—Sí, mi madre me ha dicho que hoy volviese pronto, ¡hasta luego, cocodrilo!

El Mapache desapareció a la carrera y nos quedamos Richi y yo solos.

—¿Tú también te vas?

Richi estaba bastante más delgado que la última vez que lo vi, tenía el pelo algo grasoso y llevaba puestos unos pantalones remendados con unas rodilleras que lucían la lengua de los Rolling Stones. Esos pantalones se los había arreglado su madre, ahora estaba solo en el mundo y eso me dio una pena terrible.

—No, yo aún no me voy, ¿te apetece que juguemos un rato? —dije señalando el círculo del suelo.

—No he traído canicas.

—No importa, yo te dejo unas cuantas, mira —dije enseñándole una pequeña bolsita algo más humilde que la que tenía el Mapache—. Mi padre me las compró esta mañana, han traído nuevas en el kiosco de Ramiro.

En cuanto dije la palabra «padre» me mordí la lengua. Richi estaba se decidió entre las nacaradas o las transparentes con vetas moradas, recuerdo que esas eran preciosas. Finalmente se quedó con las transparentes.

Nos tiramos al suelo sin decir ni una palabra, yo le dejé ganar un par de manos, no es que

Richi estuviese manco, pero esa tarde no daba pie con bola, estaba como ausente y la mayoría de sus disparos salían desviados. De todas formas lo vi sonreír un par de veces y yo me sentí orgulloso por no haberme largado de allí como hizo el Mapache, porque estar en ese preciso instante con Richi era exactamente lo que quería hacer. Ni siquiera me pude despedir del Italiano, y al ver a Richi sentí como si la vida me estuviese poniendo a prueba otra vez, una segunda oportunidad.

El parque estaba lejos de sus mejores días, pero al menos ya se empezaban a ver de nuevo a algunas madres con sus carritos de bebé, a algunas abuelas con sus nietos de dos y tres años, y sobre todo, que era lo que en ese momento a mí más me importaba, se empezaban a ver otra vez grupos de chicas. Recuerdo que esa tarde, en medio de la cuarta mano, vi a Cristina llegar con cuatro amigas suyas. Se sentaron en unos bancos que había cerca de donde yo y Richi nos arrastrábamos por una fracción de orgullo caniquil. Nos saludamos con el cuello, como hacía mi hermano conmigo cuando me veía a lo lejos, y una de sus amigas, Vera, le dijo sin ningún tapujo y algo de desdén en su voz: «¿Quién es ese?» Yo agaché la cabeza con timidez al escuchar a Vera decir eso. Por aquel entonces las chicas me daban un poco de miedo, ¿qué tontería, eh?, y esperé a que Cristina le contestase con un «no es nadie», o algo parecido. En cambio sus palabras fueron: «ese tiene un nombre, se llama Guillermo, y es amigo mío y de mi hermano, ¿qué pasa?». Yo no me atreví a levantar la vista en dirección a Cristina, pero ese es uno de los momentos más bonitos que he vivido en mi vida. Es indescriptible lo que se siente cuando alguien da la cara por ti de esa forma tan valiente, más aún si no te lo esperas. Vera le respondió un: «ah, vale chica, tampoco hace falta que te pongas así». Después de eso continuaron comiendo pipas y ojeando el último número de la *súper pop*.

El sol se estaba empezando a esconder por detrás de mi finca, y en el parque, como quien se da el testigo en una carrera de relevos, parecían intercambiarse las madres y abuelos que habían llegado con sus niños, por chicos y chicas que rondaban la adolescencia y la primera juventud. Venían a aprovechar el candor de esa luz entre cálida y suave para hablar de sus cosas y, quién sabe, atreverse a lanzarse por primera vez hacia el chico o la chica que le gustase.

Cuando acabamos de jugar la sexta mano, Richi miró su reloj de pulsera y empezó a darse palmadas en el culo y en las perneras del pantalón para quitarse todo el polvo acumulado.

—Me tengo que ir ya, Guille.

—Vale, Richi, yo también me voy a ir ya para casa.

Los dos nos quedamos mirándonos un par de segundos, sin saber qué más decir.

—No sé cuándo volveremos a vernos, Guille, me voy a vivir a otra ciudad.

—¿Muy lejos?

—Sí, eso parece, muy lejos.

—Bueno, Richi, yo...

—Mi padre se cortó el cuello con la vieja navaja de afeitar de mi abuelo.

Richi me soltó aquello de golpe y a mí se congeló medio corazón. Todo el mundo le llamaba Richi el Loco porque siempre decía lo primero que se le pasaba por la cabeza, aunque no tuviera ningún sentido o, como en esta ocasión, lo que acabase de decir fuese una de esas verdades que superan la ficción.

—Lo encontré en el baño de mi casa, estaba todo lleno de sangre, creo que cuando lo vi todavía estaba con vida porque vi cómo le caía una lágrima por la mejilla, ¿y los muertos no lloran, verdad Guille? Además, me pareció escucharle decir algo, ¿y los muertos no hablan, verdad Guille?

En ese momento recordé las palabras que mi madre me dijo que tenía que decirle al Italiano.

—Yo... lo siento mucho, Richi, siento mucho lo que te ha pasado, si puedo hacer algo por ti... puedes contar conmigo para lo que sea...

—Mi tía dice que nada de eso ocurrió así, que a mis padres los mataron.

—¿Que los mataron? ¿Quién?

Las conversaciones con Richi solían ser de ese estilo, saltabas de un tema a otro sin poder detenerte ni terminar con ninguno. En ese momento, solo imaginar con la idea de que eso pudiese ser verdad, de que a sus padres los hubiesen matado, por inverosímil que pareciese, y que hubiese un asesino por ahí suelto, hizo que estuviese a punto de mearme encima.

—¿Quieres saber que me dijo mi padre? ¿Qué fue lo que escuché?

Richi hizo una pausa y a mí el corazón me había empezado a latir con tanta fuerza que tuve que abrir la boca para dejar escapar algo de presión.

—¿Qué es lo que te dijo?

—¡Ricardo! ¡Ven! ¡Tenemos que irnos!

Una mujer le hacía gestos con el brazo desde la entrada del parque, junto a ella había un coche con el motor encendido.

—Tengo que irme ya.

Richi me tendió la mano igual que habíamos visto hacer cien mil veces a nuestros padres, yo se la estreché y al rozar su piel sentí un frío polar.

—Hasta pronto, Richi, adiós.

Richi sonrió y salió corriendo del parque, se metió en el coche que lo esperaba y vi cómo desde la ventanilla del asiento trasero me decía adiós con la mano.

Yo no tenía ni idea de que pasaría mucho tiempo antes de que Richi y yo volviésemos a vernos, ni tampoco que eso que le dijo su padre se convertiría en una obsesión para mí, en un enigma más por descifrar de aquel fatídico e interminable verano que en su día me pareció que nunca terminaría, y que hoy en día, estoy convencido de que todavía no ha terminado.

CAPÍTULO 6

1

Días después de mi encuentro con Richi el Loco, yo aún seguía dándole vueltas a eso que le dijo su padre antes de morir y que al final no le había dado tiempo a contarme. Incluso hubo una temporada en la que tenía pesadillas casi todas las noches recreando cómo debió ser el momento en el que Richi encontró a su padre, pesadillas tan intensas que llegué a tener que meterme en la cama de mi hermano en un par de ocasiones después de despertarme cagado de miedo.

En el sueño yo veía cómo parpadeaba una luz amarillenta y tenue a través de la pequeña rendija de la puerta del baño de lo que debía ser la casa de Richi, aunque en realidad se parecía bastante al baño de mi casa. Yo me acercaba lentamente, todo estaba en silencio y solo escuchaba mi propia respiración y el glup-glup de una de esas gotas de agua que podrían estar cayendo hasta la eternidad. Estaba sudando, la frente la tenía empapada y me tenía que estar apartando el flequillo mojado de la cara constantemente, iba descalzo y los pies se me resbalaban en el suelo de terrazo pulido cuando trataba de acelerar el paso, así que no tenía más remedio que avanzar poco a poco. Al llegar al baño mi mano empujaba la puerta con lentitud, las bisagras chirriaban, algo en mi interior sabía lo que iba a encontrarme allí dentro, pero aún así no podía evitar hacerlo. Un enorme charco de sangre, como la ola que va ganándole terreno a la arena en la orilla del mar, avanzaba lentamente hasta mojarme los pies. La recuerdo caliente, pegajosa, como si a alguien se le hubiese caído un batido de sirope de fresa al suelo. El padre de Richi estaba tumbado dentro de la bañera, una mano le colgaba por fuera y todavía sujetaba débilmente una vieja navaja con el mango nacarado y la hoja curva. Yo me acercaba hasta él poco a poco y con cada paso sentía como si algo en mi interior estuviese a punto de explotar. Un gran corte cruzaba el cuello de Jacinto el Oso de lado a lado, el corte era feo, los bordes de la herida se había retraído un poco a lo plástico quemado, no paraba de salir sangre, la bañera rebosaba agua roja, tenía los ojos cerrados y allí dentro el calor era cada vez más insoportable. El espejo del baño estaba totalmente empañado y el vapor de agua había formado una especie de nube densa que hacía que cada vez me fuese más difícil ver con nitidez lo que tenía frente a mí, que cada vez el aire fuese menos respirable. Luego el padre de Richi abría los ojos de golpe y empezaban a caerle lágrimas, lágrimas que rodaban mejillas abajo como si fuesen canicas transparentes y diminutas. Su boca se abría con lentitud y sus ojos se quedaban en una extraña quietud, mirándome fijamente, decía: "Ven, acércate", "Ven, acércate un poco más, Guille", "tienes que acercarte un poco más, Guille, hay una cosa muy importante que tengo que decirte, no puedes irte sin que te diga esto, Guille, es muy importante...". Luego yo me despertaba de un golpe, sudando tanto o más como lo hacía en la pesadilla.

Nunca llegué a escuchar qué es lo que el padre de Richi quería decirme, siempre repetía las mismas palabras, que me acercara más y más, que tenía algo importante que decirme. Creo que nunca llegué a contarle a nadie ese espantoso sueño que aún a día de hoy me asusta solo el recordarlo.

Cuando le conté al Mapache lo que me había dicho Richi acerca de su padre, no se creyó ni una palabra, por supuesto no le conté lo de mis pesadillas. Me dijo que Richi el Loco estaba loco,

y que su madre le había dicho que a los locos no había que hacerles ningún caso. En cambio Juan el Molinero y su hermana Cristina sí me prestaron más atención. A Juan se le notaba cada vez más nervioso cuando yo sacaba el tema de la muerte de los doce, se veía a todas luces que le daba un miedo terrible hablar de ello. Pero el interés de su hermana Cristina, por el contrario, iba en aumento. Cuando escuchó lo que me había dicho Richi, igual que me pasó a mí, no dudó ni un instante en que algo extraño se escondía detrás de la muerte de Jacinto el Oso, y de que por muy Loco que estuviese Richi, no tenía ningún sentido que se hubiese inventado algo así.

Les propuse a Juan y a Cristina hacer una excursión con las bicis. Hacía días que me picaba mucho la curiosidad por ir a ver el viejo nogal donde se había estrellado con el coche Raimundo Quiroga. Todo el mundo decía que le habían fallado los frenos, pero yo ya hacía bastante tiempo que no me creía nada que tuviera que ver con la versión oficial de la muerte de los doce. Por aquel entonces yo aún no tenía ni idea de que en ese árbol también se había colgado Julio Samper, también conocido como Julio el Enterrador. Cristina respondió que sí antes de que terminase siquiera de preguntárselo, en cambio Juan dijo que tenía las ruedas de la bici pinchadas y no vino. Esa fue la primera vez que Cristina y yo salimos solos, sin nadie más, y recuerdo que a pesar del susto que nos daríamos más tarde, fue una experiencia genial.

A veces, cuando cierro los ojos, todavía puedo sentir cómo la brisa acariciaba la piel de mi cara aquella tarde de septiembre. Recuerdo que traía consigo un refrescante olor a lavanda y a jazmín, es difícil hoy en día encontrar paseos como el que había desde Baladrar hasta el jardín botánico. Yo iba delante y me giraba constantemente para ver si Cristina todavía me seguía, no sé por qué pero tenía la impresión de que en cualquier momento se lo pensaría mejor y daría marcha atrás. Pero no fue así. Llegó conmigo hasta el final, hasta el viejo nogal.

Cuando llegamos junto a ese elegante y majestuoso árbol, nos quedamos unos cuantos segundos admirando su belleza y su extraña soledad, la lentitud con la que sus hojas abanicaban nuestras caras. No había más árboles junto a él, es como si hubiese decidido vivir en solitario por algún motivo, al margen de todos los demás, y el resto hubiese aceptado su decisión con la solemnidad y el inquebrantable respeto que deben tener los árboles. Su enorme copa proyectaba una sombra de al menos cinco o seis metros de diámetro, quizá más, recuerdo que bajo su cobijo y a través de sus hojas y de sus ramas, llegaba hasta mis oídos un aire filtrado, rítmico, era como si acabase de introducir la cabeza dentro de una partitura musical. Desconozco si Cristina sintió algo parecido, pero para mí ese fue un momento mágico. Dejamos las bicis en el suelo y al principio no dijimos nada más. Le dimos un par de vueltas al enorme tronco, observando las muescas y arañazos que debían ser el resultado del choque frontal del Talbot de Raimundo Quiroga. La quietud que había bajo ese árbol era un poco inquietante, no había ni un solo pájaro rondando sus ramas, ni un solo nido que visitar ni poyuelo que alimentar. Estaba solo, él y la tierra de la que se alimentaba.

Fue Cristina la que dijo de subir. Yo entrelacé mis dos manos para que ella pudiera apoyar un pie y alzarse hacia arriba. Detrás de ella fui yo, que necesité de una mano suya para terminar de llegar hasta donde ella estaba.

—¿Has visto esto? —dijo Cristina señalando unos cuántos pétalos rojos que habían sobre una de las gruesas ramas.

Yo me quedé observándolos unos instantes, acariciando su suave superficie, todavía no se habían secado, todavía conservaban algo de olor. Estaba sentado a horcajadas sobre la parte en la que el tronco parecía dividirse en dos grandes brazos, Cristina estaba sentada de lado sobre uno de ellos, muy cerca de donde yo estaba.

—¿Cómo habrán llegado hasta aquí?

—No lo sé.

—Guillermo.

—Qué.

—¿Has visto esa rama de ahí? Parece que está a punto de partirse, tiene una grieta enorme.

Una de las ramas que quedaba por encima de nuestras cabezas estaba a punto de romperse, nos llamó la atención porque tenía al menos un palmo de grosor y ramas así no se partían solas a no ser que alguien o algo tirase de ellas con mucha fuerza, o quién sabe, fueran alcanzadas por algún rayo.

—Sí, tienes razón, está a punto de partirse.

—Guille...

—Qué...

—¿Crees que Raimundo Quiroga sufrió antes de morir?

—Espero que no, Cristina, espero que no.

—¿Nos vamos? Me apetece irme a casa.

Cristina parecía asustada. La verdad es que no tengo ni idea de por qué fuimos hasta allí, no creo que visitar el lugar donde alguien ha muerto recientemente sea un destino apetecible para nadie.

—¿No quieres que demos un vistazo más?

—Aquí no hay nada más que ver, Guille, vámonos, anda.

—Cómo quieras, Cristina.

Antes de que iniciásemos el descenso del nogal, una voz grave rompió ese silencio antinatural en el que nos encontrábamos.

—¡Eh! ¡Vosotros dos! ¡Bajad de ahí ahora mismo!

A unos doscientos metros más o menos vimos la figura del guarda campos. Llevaba puestas unas botas de goma verdes que le llegaban casi hasta las rodillas, un chaleco estilo pescador con un montón de bolsillos, una gorra que le tapaba media cara y colgando de su hombro derecho su escopeta de sal. Cuántas veces me tocó correr durante mi infancia delante del guarda campos. Cristina empezó a bajar del árbol a toda prisa, yo estaba tras ella y no le quitaba los ojos de encima a esa figura de otro tiempo que había acelerado el paso y se dirigía hacia nosotros con cara de pocos amigos. Cristina se abrazó al tronco y se dejó caer raspándose la cara interna de los brazos y de los muslos.

—Venga, Guille, date prisa, ya llega.

—Espera un momento, Cristina.

—Guille, por favor, baja ya, ¿qué tengo que esperar?

No sé cómo no lo habíamos visto antes, alguien había grabado algo con una navaja en una de las ramas del árbol, "por favor, pensad en mí, hay alguien más aquí, ya está llegando, ya está aquí, por favor, no os olvidéis de mí".

—Hay algo escrito aquí, Cristina.

—Guille, por favor, baja de una vez, yo me largo. Qué bonitos eran los ojos de Cristina cuando ella miraba hacia arriba y el que estaba arriba era yo.

A mí se me había olvidado que el guarda campos cuando te veía en su territorio disparaba, y después si acaso preguntaba. Me bajé del árbol arrastrando mi cuerpo por su corteza mientras Cristina se subía a la bici y trataba de atinar con los pies en los pedales. Cuando me subí a la bici tenía al guarda campos casi encima, Cristina ya se había alejado unos cuantos metros y trataba de coger algo de velocidad. Todavía no sé muy bien por qué el guarda campos hizo aquello, me tenía

casi al alcance de su mano, estaría a unos dos metros si llega, podría haberse abalanzado sobre mí si hubiese querido, pero en lugar de eso cogió la escopeta y me apuntó con ella mientras yo intentaba salir de allí como fuera. "Pam-pam". Disparó dos veces, una por cada fuerte picotazo que sentí en mi espalda, pero no me detuve. Cristina se giró al escuchar el ruido de los disparos y al ver que yo iba tras ella aceleró más su pedaleo. No me giré para ver qué hacía el guarda campos ni si le había dado por seguirnos. Pedaleamos con todas nuestras fuerzas y no nos detuvimos hasta que llegamos a la entrada del pueblo.

—¿Tú estás loco o qué, Guille? ¿Por qué no bajabas del árbol? ¿Qué estabas haciendo allí arriba?

—Había algo, Cristina, alguien había escrito algo allí arriba.

—¿El qué? Yo no he visto nada.

—Pues allí estaba, te lo juro, era... no sé cómo explicarlo, como una advertencia tal vez, o un ruego, tendría que pensar más en ello...

—No quiero que volvamos más por allí, Guille, no me gusta ese lugar, prométeme que no iremos más por allí.

—De acuerdo, Cristina, te lo prometo.

Me encantó que Cristina me pidiera que yo le prometiese algo. Porque las promesas duran toda la vida, ¿no? Además, creo que ahí yo estaba tan asustado o más como lo estaba ella.

—Guille...

—Dime...

—¿Te duele? ¿Te ha hecho daño?

—Bah... no ha sido nada...

—¿Me dejas ver dónde te ha dado?

A mi me daba una vergüenza tremenda que Cristina me viese la espalda, pero más aún negarme a lo que me estaba pidiendo.

—No ha sido nada, de verdad —dije mientras le daba la espalda y me levantaba la camiseta con rapidez. A ella se le escapó un tierno suspiro al ver mis heridas de guerra. Pasó sus dedos por mi espalda y sentí cómo se erizaba la piel de todo mi cuerpo, tenía los dedos suaves y un tacto divino.

—¿Que no es nada? Creo que necesitas que alguien te cure esto, Guille, tienes un poco de sangre y todo ¿sabes?

—Qué va, te prometo que no es nada, Cristina, casi no me duele ya, no es la primera vez que me llevo uno de estos.

—Vale, Guille, como veas, me tengo que ir ya para casa, nos vemos, ¿vale?

—Vale, Cristina, ya nos veremos.

Si me pongo bajo una buena luz y miro con atención, todavía se puedo ver en mi piel las dos pequeñas marcas que me hizo el guarda campos ese día.

Un par de días después, escuché decir a mis padres que habían talado el nogal contra el que Raimundo había chocado, que a los jóvenes les había dado por ir hasta allí para hacerse los graciosos o para impresionar a alguna chica.

Cuando le conté a Cristina lo que había leído en aquel árbol, no sé si no me creyó del todo o le dio tanto miedo que no quiso creerme en absoluto, en cualquier caso ya no pudimos volver allí para verlo, ya no había inscripción que ver ni nogal al que visitar.

2

Las vacaciones de verano llegaban a su fin. Cada día que pasaba el estado anímico de Baladrar se veía un poco más reforzado. Aquellos que habían sufrido mayores pérdidas, como mi gran amigo el Italiano, Richi el Loco, o el matrimonio formado por Alberto Ruiz y Beatriz Solanas, cuya casa ardió de forma misteriosa en cuestión de un par de horas llevándose por delante a sus dos únicos habitantes, o bien no tenían familiares o bien los que quedaban se habían marchado. Esa circunstancia parecía ser propicia para aligerar un poco la carga moral que tenías que soportar cuando estabas cerca del familiar de un posible afectado. Es triste lo que voy a decir a continuación, pero no tener que ver a toda esa gente sufrir la pérdida nos vino bien a casi todos para poder rehacer nuestras vidas como si nada hubiese pasado o, al menos, como si hubiese pasado menos de lo que pasó. Nos ayudó a olvidar que en algún sitio, gente como el Italiano o Richi todavía tenían un largo camino por recorrer hasta poder pasar página de verdad.

Una de las muertes que más me inquietaban era la de la madre de Víctor Nieves, o Niven, que era como todos lo llamábamos. Niven era uno de esos chicos, seguro que todos habéis tenido alguna vez a uno parecido cerca, que por algún motivo nadie se hacía responsable de su amistad, nadie levantaba la mano y decía «sí, he sido yo quien le ha dicho a Niven que viniese a jugar con nosotros al parque». Pero aún así, siempre estaba ahí, y nunca nadie le dio la espalda ni le dijo «eh, tú, vete con tus amigos a otra parte», porque todos sabíamos que sus únicos amigos éramos nosotros. Es posible que esa actitud generalizada hacia él estuviese relacionada con que pertenecía a una clase social diferente a la nuestra. La madre de Niven tenía pasta, pasta de verdad. Había heredado una vieja fábrica de calzado de sus abuelos que con el tiempo convirtió en un negocio tan próspero que llamó la atención de un grupo de accionistas norteamericanos. Los estadounidenses se quedaron con el 51% de la empresa y la catapultaron tan alto que a los tatarabuelos de Niven se les hubiese cortocircuitado el cerebro siquiera de imaginar semejante proeza. Como resultado, Niven vivía en la casa más lujosa del pueblo y no, no iba al colegio público como íbamos todos los demás.

La muerte de su madre estuvo rodeada de mucha polémica. Carlos Nieves, el padre de Niven, declaró ante un montón de policías dos días antes de que él mismo la encontrase cadáver, eso escuché decir a mis padres, que su mujer había desaparecido sin dejar ni rastro. Por lo que se decía, los policías dirían más tarde que Carlos Nieves trató de denunciar la desaparición de su mujer tan solo para no levantar sospechas sobre él. Nadie entendía que si la intención de Graciela Bahamontes era quitarse la vida, que era lo que él afirmaba, no tenía ningún sentido desaparecer durante dos días para después suicidarse en el garaje de su propia casa. Además, Carlos procedía de una familia humilde y se rumoreaba que su matrimonio atravesaba una grave crisis desde hacía unos cuantos años, por lo que era perfectamente posible que en un arrebato de rabia ante una posible petición de divorcio por parte de ella, la hubiese matado para quedarse con todo.

Nunca se pudo demostrar que Carlos Nieves fuese el asesino de su mujer. Sencillamente no encontraron ni una sola prueba contra él, aparte del dichoso móvil que lo dejaba a él y a su hijo

como únicos herederos de la fortuna de la fábrica de calzado.

Días después de que enterrasen a Graciela, Carlos se fue con su hijo una temporada fuera «para despejarse» y para «olvidarse de toda aquella locura», esas fueron sus palabras. El caserón en el que vivían había quedado vacío y se rumoreaba que algunas noches, cuando todo estaba en silencio, podían escucharse algunos ruidos que procedían del interior, gritos de lamento y súplicas pidiendo ayuda. Al menos eso es lo que escuché decir a algunos grupos de jóvenes un poco más mayores que yo, entre ellos a mi hermano y a sus amigos. Cuando le pregunté directamente a mi hermano si él había ido por allí y se sabía algo al respecto me contestó muy serio algo que nunca olvidaría.

—No te acerques nunca por allí, ¿entendido? En esa casa no se te ha perdido nada, así que quítate esa idea de la cabeza.

—¿A qué idea te refieres?

—Sabes a qué idea me refiero, ya sabes que puedo leer tu mente, hermanito —Mi hermano Enrique dijo esa frase dándome unos tiernos golpecitos en la frente, como si estuviese tocando a una puerta—. En serio, Guille, prométeme que no irás nunca por allí.

Yo me quedé unos segundos como embobado, nunca había visto a mi hermano tan serio y lo que me estaba pidiendo estaba directamente relacionado con la posibilidad real de que en la casa de mi amigo Niven, rondase el fantasma de su madre.

—Guille, ¿Estás tonto? Promételo, venga, o le diré a los papás lo que pretendes.

—De acuerdo, Enrique, te lo prometo...

—¿Y las promesas entre hermanos son...?

—...para toda la vida...

—Así me gusta, campeón —Mi hermano me removió un poco el pelo y luego me pasó un brazo por detrás de mis hombros apretándome contra su pecho. No es porque fuera el mío, pero creo que tuve una gran suerte al nacer teniendo a mi lado a alguien como mi hermano Enrique, y también a alguien como mi hermana Carmina.

—Enrique...

—Qué...

Mi hermano había vuelto a coger la revista Mundos Misteriosos que tanto adoraba y que publicaba fantásticos relatos de ciencia ficción quincenalmente, llamarme nostálgico, pero hoy en día ya no se publican revistas así.

—¿Puedo preguntarte una cosa más?

Dejó la revista en la mesa y me miró con más seriedad.

—Qué cosa.

—¿Tú crees en los fantasmas? Me refiero a los fantasmas de verdad.

En esta ocasión creo de veras que mi hermano trató con todas sus fuerzas leer mi mente, se veía preocupado.

—No, los fantasmas no existen, Guille, eso son todo invenciones de la gente mayor para que vosotros, los más pequeños, os asustéis y no hagáis tonterías como ir por ahí entrando en casas que no son vuestras, ¿entiendes?

—Sí...

—Recuerda lo que me has prometido...

—Sí...

Desde luego que no rompí la promesa que le hice a mi hermano, porque las promesas entre hermanos duran toda la vida, por eso en esta ocasión alguien haría el trabajo sucio por mí, algo

que me costaría muy caro, demasiado, pero al menos creo que mereció la pena intentarlo.

CAPÍTULO 7

1

Vincent acaba de entrar en la habitación con sumo cuidado. Es la primera vez que lo veo venir solo, no sé dónde se habrá dejado a Ralph pero desde luego no lo voy a echar de menos, y menos aún después de la última conversación que tuvimos.

—Ten, ponte esto.

Vincent me ha tendido un chándal que acaba de sacar de una bolsa de deporte y ahora está sacando unas zapatillas.

—¿Qué es esto? —Sé de sobra lo que es, pero no me refiero al chándal, sino a la situación en general.

—Ya habrá tiempo para preguntas más tarde, Guillermo, ahora tenemos que darnos mucha prisa, hazme caso —dice Vincent en lo que parece un susurro.

—¿Significa esto que nos vamos? —digo eso mientras me pongo en pie y empiezo a meter mis pies por las perneras de los pantalones de algodón que me ha traído. Desde luego no sé qué pretende pero necesito salir de aquí como sea.

—¿Tú qué crees que significa? Venga, date prisa, nadie sabe que estoy aquí —Los ojos de Vincent se mueven deprisa, no me pierde de vista ni un instante ni tampoco deja de controlar la pequeña ventana de ojo de buey de la puerta. Eso que veo en su frente parecen gotas de sudor, vaya, los agentes de la CIA también sudan.

—¿Quieres decir que ni Ralph ni la doctora Karen saben que me voy?

—Por supuesto que no, estúpido —Vincent ha dicho «eggstúpido» en lugar de un limpio «estúpido», eso me lleva a pensar que tal vez no sea norteamericano, sino ruso, ¿de la antigua KGB tal vez? ¿Un agente doble? No me jodas...

En menos de un minuto he terminado de ponerme el chándal negro de algodón y las zapatillas, también negras. No hay ningún espejo en la habitación pero debo de tener pinta de ninja o de ladrón profesional. Vincent se acerca más al ojo de buey y mira si hay alguien ahí fuera.

—Eh, Vincent, un momento, en serio, ¿de qué va todo esto? ¿Dónde vamos?

—Guillermo, tenemos que irnos ahora —Vincent pronuncia «ahoga», ¿su idioma nativo lo está traicionando?

—No hasta que me digas a dónde vamos y por qué estás haciendo esto.

No me fío de él, no me fío nada.

—Escúchame, sé que tú no tienes nada que ver con lo que ha pasado, pero ellos opinan otra cosa, en serio, en un par de minutos la enfermera del turno de noche entrará a trabajar y lo primero que hará será su ronda, si quieres salir de aquí tiene que ser ahora, confía en mí.

Miro un momento a esos ojos extranjeros y no sé por qué pero confío en él, aunque algo en mi interior me dice que todo esto es muy extraño.

—De acuerdo.

Vincent abre la puerta lentamente, yo voy tras él.

—Ahora —Otra vez acaba de decir «ahoga», el maldito acento ruso.

Sale disparado hacia delante y yo lo sigo. Tiene una espalda enorme y su zancada se come los

metros del pasillo a bocados. Pasamos por delante de lo que parece ser un control de enfermería y a mí se me detiene la respiración por si hay alguien ahí metido, bajo el mostrador, enchufando el maldito cable del ordenador o recogiendo una moneda apenas sin valor. Pero no sale nadie. Llegamos a un ascensor. Vincent pulsa el botón y yo no dejo de mirar hacia todas partes por si por uno de esos pasillos aparecen de repente Ralph o la doctora Karen y lo jode todo, no creo que Alexandra me delatara, o eso espero.

Subimos al ascensor sin decir ni una palabra. Vincent pulsa un botón y a mí la vista me traiciona. Me ha parecido que pulsaba el último piso, el quinto. Mierda. Efectivamente ha pulsado el quinto.

—Eh, ¿Por qué has pulsado el quinto?

—Sschhh... Calla, confía en mí —Vincent acaba de pronunciar «confija en mí» y yo me estoy empezando a arrepentir de haberme ido con él.

—¿La salida está en el quinto? En serio, Vincent, dime dónde me llevas, por favor —A mí me están empezando a temblar las piernas y entrando ganas de llorar, ¿por qué todo es tan complicado?

—Confía en mí, en serio, si te digo que es por aquí es que es por aquí.

Las puertas del ascensor se abren y yo estoy tentado de empujar a Vincent fuera y bajar otra vez abajo, al cero, donde debería estar la maldita salida. Pero no lo hago, Vincent parece haber leído muy bien mis intenciones y me coge de un brazo para que no me «despiste». En esa planta está todo oscuro, ¿ahorro energético», qué coño, qué es todo esto. Y hace frío, bastante frío para ser verano. Llegamos al final del pasillo y Vincent abre una puerta metálica.

—Pasa.

—¿Qué?

—Que pases, Guillermo, no tenemos todo el día —Vincent parece nervioso—. Yo tengo que ir detrás para volver a cerrar.

Yo paso delante y detrás de mí viene Vincent. Cierra esa puerta metálica y frente a mí lo único que hay son unas escaleras.

—Venga, sube.

A mí ya no me cabe ninguna duda de que todo esto no es normal, de que todo esto tiene muy mala pinta. ¿Hay acaso ahí arriba un helicóptero o nos vamos a tirar en ala delta?

Subo las escaleras y siento cómo las piernas empiezan a fallarme, Vincent viene detrás de mí y escucho cómo su respiración se agita, cómo sus pasos golpean con fuerza cada escalón. Al final de esa escalera hay otra puerta, yo ya no pregunto, la abro y salgo al exterior. Estamos en la terraza de ese pabellón de lo que sea, el cielo está bastante oscuro y respirar aire natural hace que mis pulmones se inflen al máximo de su capacidad, a continuación me mareo levemente, como con esa primera calada que das a un cigarrillo la primera vez que dices "lo quiero probar".

—Adelante, sigue, ya casi hemos llegado, un poco más y habremos llegado.

Parecen haberme abandonado las fuerzas y no me muevo ni un milímetro, estoy atenazado, estoy cagado de miedo, aquí arriba el viento está empezando a arreciar y es un poco molesto, hace que me zumben los oídos.

—Venga, Guillermo, ¿a qué esperas? Muévete.

Cojo aire y reúno algo de fuerzas. Camino. Doy unos cuantos pasos hasta situarme justo en el centro de esa enorme terraza. Odio las terrazas superiores de los edificios, las odio, todos sabéis por qué.

—Guillermo, te he dicho que camines, no te lo repetiré otra vez. Camina.

—¿Que camine? Aquí no hay a dónde ir, Vincent. ¿Qué es todo esto? ¿Qué es lo que viene a continuación? —Nada bueno, nada bueno puede salir de aquí arriba.

—Tú sigue recto, cuando hayas llegado lo sabrás, créeme.

Doy unos cuantos pasos y cada vez veo más cerca el final de esa terraza, el pequeño murete de apenas un metro de alto que la separa de la nada, de la capa de aire que hay hasta llegar al suelo. Llego hasta el final, y desde luego no hay ningún helicóptero ni tampoco un ala delta. Mucho menos una colchoneta hinchable esperándome ahí abajo. Creo que me estoy empezando a marear.

—Súbete ahí arriba, Guillermo.

—¿Qué? ¿Dónde? —Mierda. Mierda. Mierda.

—Que te subas ahí arriba.

Necesito mirar a Vincent a los ojos, necesito saber que esto es real y no uno de esos sueños que se sienten tan cercanos, tan intensos. Vincent sujeta una pistola a la altura de su cintura que apunta directamente a mi cabeza.

—¿Y si no quiero subir?

—Pues disparo. Sube.

—Me parece que no.

Vincent se acerca un poco más, va a dispararme, lo va a hacer, puedo verlo en sus ojos, está apretando los dientes, ya me ha disparado un par de veces con la mirada. Joder. Joder. Joder.

—En serio, Guillermo, súbete ahí arriba ahora mismo, o te mato aquí y ahora, tú decides.

Voy a morir. Este cabrón me va a matar. Mierda. Mierda. Mierda. Subo como puedo al pequeño muro, la superficie sobre la que me apoyo apenas tiene unos treinta centímetros de ancho. Me mareo. Me voy a caer. No quiero mirar abajo. No quiero. Pero no puedo evitar mirar y ahora me tambaleo. Está muy alto. No quiero morir. No quiero morir. No quiero morir.

—Venga, a qué esperas. Salta. La salida es por ahí, Guillermo, venga, salta de una vez y acabemos con esto. Verás qué rápido llegas abajo.

Creo que voy a llorar. No quiero morir. Y me voy a echar a llorar. Este cabrón me ha engañado y antes de matarme me va a hacer llorar de auténtico miedo.

—¿Por qué haces esto, Vincent?

—Yo no estoy haciendo nada, Guillermo, te estoy ofreciendo una salida, y esa salida la tienes delante de tus ojos. ¿No es eso lo que te gusta?

—¿El qué? ¿A qué te refieres?

—No te hagas el estúpido, los dos sabemos perfectamente a qué me refiero. No te lo repetiré otra vez, o saltas ya o te disparo.

—Vincent, no, no lo hagas por favor ¿qué quieres? Pídeme lo que quieras y te juro por todo lo que más quiero que lo haré, te lo suplico, no lo hagas.

—Ya es demasiado tarde, te hemos dado todas las oportunidades del mundo y no has querido aceptarlas. Voy a contar hasta tres. Luego dispararé.

—No, Vincent, haré lo que me pidas, diré lo que haga falta, no me mates, por favor, te lo pido por favor.

—Uno...

—Vincent, no...

—Dos...

—No lo hagas, joder, no lo hagas...

—Tres.

—No. No. No. No. No. No.

Venga dispara de una vez, cabrón. Dispara. Mátame. No quiero verlo. No quiero darte el gusto de ver cómo me matas. No quiero. Venga a qué esperas. Cabrón. Acaba conmigo ya si es eso lo que quieres.

—Eh, idiota, abre los ojos de una vez.

Este cabrón quiere que sufra. Quiere hacerme sufrir.

Abro los ojos y su mirada ha perdido esa dureza, esa agresividad.

Y yo caigo en la cuenta de que me he meado encima. Lo he hecho. Ha conseguido que me meara entero y no me he dado ni cuenta. Y tengo lágrimas en los ojos. Ha hecho que me cagara de miedo.

—¿Vas a bajar o te vas a quedar ahí arriba toda la noche?

Estoy temblando. Bajo de nuevo a la terraza y estoy a punto de caerme, tropiezo conmigo mismo. Las piernas apenas me sostienen. Tengo la frente perlada de sudor. La boca tan seca que la siento como si estuviese llena de tierra. Odio las alturas. No las soporto y este cabrón me ha tenido ahí arriba varios minutos. Creo que he tenido una especie de infarto. Me duele mucho el pecho. Y ha intentado que saltase, joder. Lo ha intentado.

—¿Te ha gustado la experiencia? Pues prepárate porque esto es solo el principio, te juro por mi vida que hablarás, te lo juro. Y que te mataré. Eso te lo aseguro. Ah, y ni se te ocurra hablarle de esto a nadie, ¿entiendes? ¿Entiendes?

2

Creo que nadie antes me había humillado de la forma en la que lo ha hecho Vincent. No me esperaba esto de él, no me lo esperaba. Se suponía que él era el bueno y Ralph el malo, pero Vincent es mucho peor. No sé por qué me ha hecho esto. De verdad que no lo entiendo. Lo único que yo intento es ayudar a que todo esto se solucione, pero por lo visto ellos tienen otros planes para mí.

Me he pasado más de media vida tratando de descubrir qué pasó entonces, qué está pasando ahora, y lo único que he conseguido han sido injustas acusaciones contra mí, que la gente a la que quería se apartase de mí como si yo fuese la fuente de la vida de la auténtica mala suerte. Por lo visto, a mi paso, dejo desgracias y dolor. Quizá tendría que haber saltado como quería Vincent que hiciese, quizá esa sea la única forma de acabar con todo esto, como hizo Lidia aquella tarde de agosto.

Ya no estoy seguro de nada. No sé si vale la pena seguir hablándoles del verano de 1990, no sé ni habré estado perdiendo el tiempo todos estos días, todos estos años. Estoy demasiado deprimido para pensar en cosas feas, en cosas malas. Pero no consigo recuperar ningún recuerdo bonito ahora mismo. Ojalá fuera tan fácil, poder proyectar algo bello y borrar en un instante lo mal que me siento. Pero no puedo.

Mañana será otro día. Otro puto día aquí encerrado mientras ahí fuera la gente..., en fin, ahí fuera la gente está haciendo «eso».

3

Hoy me he levantado en mitad de una horrible pesadilla. De esa pesadilla de la que os hablé en la

que Jacinto el Oso, el padre de Richi, me decía «ven» desde la bañera después de haberse cortado el cuello. Hacía años que no soñaba con eso y casi había olvidado lo terrible que era.

Esta mañana no han venido a traerme el desayuno. Me he asomado unas cuantas veces por el ojo de buey y no he visto a nadie ahí fuera. Debe ser parte del plan de Vincent. Anoche dijo que lo de hacer que me subiera allí arriba era solo el principio, imagino que lo de matarme de hambre, o de soledad, es la segunda fase de su plan. De todas formas no me apetece ver a nadie. Estoy cansado y prefiero estar solo. Que se jodan. No necesito su comida y no voy a suplicar. No lo haré. Son ellos los que tendrían que estar pidiendo que les ayudase, pidiéndome que les contara todo lo que sé. Pero no parece que vaya a ser así, al menos de momento.

4

La casa de Niven estaba rodeada por un enorme jardín. Alrededor de todo el perímetro se levantaba una majestuosa verja de acero de al menos dos metros de alto. Recuerdo haber estado corriendo por el interior de esa gran fortificación cuando alguna vez jugamos allí a pillar o al escondite. Pero eso no ocurrió más de tres o cuatro veces a lo sumo. Los chicos no se sentían muy a gusto yendo allí, o mejor dicho, los padres de los chicos no se sentían demasiado a gusto con que sus hijos fueran a jugar allí. Baladrar era un pueblo pequeño, tranquilo, casi familiar, pero cuando alguien hacía algo que se salía un poco de la norma, como por ejemplo montar una fábrica de calzado y forrarse de arriba abajo, entonces la gente empezaba a hablar, a elucubrar, a pensar en que tal vez, todo ese dinero no viniese de la fábrica de calzado, sino de otro tipo de negocios. Como por ejemplo el de la venta de drogas, como por ejemplo el del blanqueo de dinero, como por ejemplo el de la malversación de fondos del estado. No sé lo tengáis en cuenta, solo era un pequeño pueblo que intentaba seguir siendo así, pequeño y tranquilo.

Cuando le propuse a Cristina y al Molinero lo de ir a echar un vistazo a la casa de Niven noté cómo en sus ojos empezaba a arder una llamita de insana curiosidad y otra de un miedo paralizador. En esta ocasión quise introducir a dos personas más en nuestro particular comando, a Raúl el Casco, que desde la muerte de los doce nos habíamos distanciado un poco, y cómo no, a Vicente el Mapache, que desde que le hiciera aquel feo a Richi en el parque le había estado dando algo de largas, digamos que no me encontraba muy cómodo a su lado.

Lo de introducir a nuevos miembros en nuestro particular club no fue por otra razón que porque yo era plenamente consciente de que el miedo y el temor, en grupo, se llevaba mucho mejor, y también porque los echaba de menos. Se apuntaron todos ellos y también Vera, esa chica que me había mirado con indiferencia aquella tarde en el parque y que ahora, según me había dicho Cristina, estaba deseando formar parte de todas esas misiones que hacíamos relacionadas con la muerte de los doce. Por lo visto Cristina se lo había estado contando todo con pelos y señales.

Recuerdo que cuando vi aparecer a Vera y me miró a los ojos, esta vez lo hizo con admiración y respeto, y yo me sentí como el capitán general que está a punto de comandar a sus tropas hacia la gloria, hacia la victoria definitiva.

Les expliqué que por una deuda de honor, un pacto entre caballeros, yo no podía entrar en esa casa, ya sabéis que era cierto, y ellos vieron que mis palabras estaban cargadas de convicción y de auténtico pesar. Ninguno puso en duda mi valor y aceptaron de buen agrado la función que les encomendé a cada uno de ellos.

El plan era bastante sencillo, pero requería de tres principios básicos e inquebrantables;

organización, valor y determinación. Así se los hice saber y todos ellos recibieron esas tres palabras como si hacer un buen uso de ellas y lucirlas con orgullo y honor fuese el mágico plan que la vida tenía preparado para cada uno de ellos. Cuánto echo de menos esos tiempos.

Yo y Cristina nos encargaríamos de tener controlado el llamado «perímetro de seguridad», básicamente vigilaríamos que nadie ajeno a nuestro club misterio se acercara a donde nosotros estábamos. Principalmente nos preocupaba que algún adulto, como por ejemplo la policía haciendo su ronda o cualquier padre o madre que estuviese paseando a su perro, le echara el ojo a la casa ante cualquier ruido imprevisto que desde su interior pudiese salir. Vera y Vicente el Mapache ayudarían a Raúl el Casco y al Molinero a subir por esa súper verja para poder colarse en el jardín y esperarían en esa posición, la parte de atrás de la casa. Tendrían que estar listos para ayudarles a volver a salir, en este caso con una buena cuerda que yo había cogido «prestada» de la ferretería de mi tío Esteban. Una vez dentro, el Casco y el Molinero tendrían que hacerse cargo de la parte más complicada, meterse en el interior del garaje donde habían encontrado muerta a la madre de Niven. El Casco sería el que entrase primero, era bastante más delgado que Juan y por supuesto mucho más escurridizo, lo suficiente como para caber por el pequeño ventanuco que hacía de respiradero del garaje y que siempre se quedaba entreabierto, al menos eso es lo que habíamos visto desde el exterior. Después, el Casco tendría que abrir la puerta de acceso de personas del garaje para que Juan pudiese entrar con él y no se quedara allí dentro solo.

Esperamos a que empezara a anochecer, aproximadamente a las ocho de la tarde, teníamos tiempo de sobra antes de que nuestros padres empezaran a preocuparse por nosotros, que eso solía ser a las nueve de la noche más o menos, dependiendo de la hora a la que se cenara en cada casa. Sí, lo sé, imagino lo que estaréis pensando, pero en aquella época y en un pueblo como Baladrar, un niño de nuestra edad a esas horas en la calle no era un motivo de preocupación. Todo era más tranquilo entonces.

El plan marchaba según lo previsto. Cristina y yo controlábamos que a nadie le diese por meter las narices allí dentro, Vera y el Mapache, sobre todo el Mapache, que usó su espalda como taburete y su cuello como punto de impulso, ayudaron al Casco y a Juan a entrar en el jardín. Hay que ver cuánto valor podía llegar a tener el Mapache si estaba cerca una chica guapa y mayor que él, como era Vera. El Casco subió esa verja casi sin ayuda, después le tocó el turno a Juan, que seguía mostrándose muy reacio a escudriñar en todo lo que según él era «miedo». Pero viendo el grupo tan compacto que habíamos formado no quiso quedar de menos y que después tuviésemos que contarle la aventura tan emocionante que habíamos vivido. Esta parte que viene a continuación os la cuento de oídas, yo estaba con Cristina en la parte delantera de la casa y no estaba allí para verlo, pero sí para escuchar hasta el último de los detalles que más tarde me contarían.

El Casco cogió carrerilla y de un salto se colgó del ventanuco del garaje, subió a pulso y metió la cabeza y medio cuerpo dentro antes de que a Juan le hubiese dado tiempo a decir «cuidado». Daba gusto ver al Casco hacer gala de su gran condición física, estoy seguro que si se lo hubiese propuesto habría llegado a ser un gran atleta. Juan esperaba impaciente cerca de la puerta del garaje, agazapado tras un pequeño seto por si desde el exterior lo veían. Esa parte ya la había previsto yo, era muy difícil que alguien lo pudiese ver porque desde el exterior, con el gran seto que la madre de Niven había hecho plantar a lo largo de toda la verja, era prácticamente imposible que alguien pudiese ver lo que estaba ocurriendo junto a esa puerta, aún así, el Molinero quiso adoptar precauciones extras. Los minutos pasaban y la puerta del garaje no se abría, obviamente desde fuera no éramos conscientes de nada. Juan empezó a dar golpecitos en la puerta y a susurrar con fuerza «Casco», «Casco, ¿dónde te has metido?». Pero el Casco no daba

señales de vida. Aproximadamente cinco o diez minutos después de que hubiese entrado, por fin, abrió la puerta del garaje, justo cuando Juan estaba a punto de largarse de allí corriendo. El Molinero, según contó más tarde, casi se lo hace encima nada más ver al Casco. «Miedo», «Miedo, joder, eso era miedo», esas fueron sus palabras. La cara de Raúl el Casco estaba pálida, parecía sacado de La noche de los Muertos Vivientes, tenía los ojos entrecerrados y se movía como un sonámbulo, «pasa Juan, es aquí, pasa, Juan, es por aquí». Su voz parecía haber perdido toda vitalidad y tras esas palabras volvió a meterse dentro del garaje, dejando la puerta abierta. Allí dentro estaba todo muy oscuro, una triste bombilla se balanceaba en el centro y no dejaba de crear extrañas y terroríficas sombras. Según contó Juan, él tan solo quería asomarse un poco para ver qué demonios era eso que estaba ahí y de paso llevarse al Casco de vuelta. En el medio del garaje estaba aparcado el viejo Mercedes, el coche donde habían encontrado muerta a la madre de Niven. El Casco estaba junto a la ventanilla trasera izquierda, de pie, inmóvil, mirando hacia el interior. Según pude averiguar años después, en ese asiento es donde encontraron muerta a Graciela, pero por aquel entonces no lo sabíamos, ninguno de nosotros lo sabía.

—Eh, Casco, venga vámonos, ya hemos visto suficiente, ahora vámonos ya, joder.

—Es aquí, Juan, ¿no quieres verlo?, ven, Juan, está justo aquí —dijo el Casco señalando la ventanilla del coche.

—No, no quiero ver nada, Raúl, vámonos antes de que venga alguien y nos corten las pelotas.

—Aquí, Juan, es aquí...

El Casco se había quedado como atrapado en un bucle. Allí dentro hacía mucho calor, en palabras del propio Juan, «hacía un calor como si allí dentro hubiese un montón de personas respirando al mismo tiempo después de la clase de gimnasia». Al final, Juan se armó de valor y entró decidido a llevarse al Casco de allí a rastras, estaba empezando a sentir cómo sus intestinos se aflojaban y quería acabar ya con esa estúpida misión. Cuando llegó hasta donde estaba Raúl, lo cogió del brazo y antes de marcharse de allí con él pudo ver algo en la ventanilla sobre la que estaba el Casco, alguien había escrito algo allí con el dedo y con el vaho que se había formado allí dentro, se veía a la perfección, «no dejéis que os atrape como a mí, no dejéis que os ocurra lo que a mí, no dejéis que la oscuridad os atrape». Juan se quedó mirando esa frase unos segundos, según él como alelado, apretó con fuerza del brazo del Casco y salió de allí con él dando un portazo.

Tardamos bastante en conseguir que el Casco espabilara, que recobrara sus facultades físicas y mentales, todos estábamos muy asustados, más de lo que lo habíamos estado en la vida. Juan dijo que él no había escuchado nada allí dentro, pero que sí pudo ver aquella frase y sentir algo extraño. Vera no dejaba de preguntar, «pero ¿el qué?, ¿qué has sentido?», y Juan no respondía otra cosa que: «algo extraño, algo muy extraño, pero sobre todo, miedo, mucho miedo». Tiempo después matizaría eso de «algo muy extraño», y esa matización haría que todos nos cagásemos aún más. El Casco, por su parte, siempre juró y perjuró que todo lo que pasó mientras estuvo en el interior de ese garaje había sido como una especie de sueño, del que solo recuerdas unos cuantos detalles, que se van difuminando con las horas y con los días hasta el punto de evaporarse por completo en la galaxia del olvido.

No sé si el incidente en el garaje de Niven tiene algún tipo de explicación científica o no, imagino que sí, porque como he dicho en alguna ocasión, yo no creo en fantasmas, al menos hoy puedo decirlo, porque siendo un niño la óptica con la que se ven las cosas es muy diferente y a la edad de doce años puedes llegar a creerte casi cualquier cosa. Con el paso de los años he pensado en unos cuantos factores que podrían haber hecho que el Casco y el Molinero se sintieran

como se sintieron allí dentro. Como por ejemplo un escape de gas, allí abajo tenían la caldera, el grupo electrógeno y sobre todo un montón de trastos viejos relacionado con la fábrica de calzado, incluidos un montón de botes de cola, de disolventes y de otros productos químicos utilizados en la industria del zapato. Todo ello, sumado al insufrible calor que estábamos padeciendo ese verano, pudo haber creado una pequeña atmósfera tóxica allí dentro, además del componente de sugestión que un niño de esa es capaz de acumular encima. No lo sé, os digo que no lo sé, pero lo que sí sé es que la frase que vieron escrita en la ventanilla, suponiendo que eso sí fue cierto, si concuerda con una teoría que elaboré un tiempo después acerca de la muerte de los doce. Una teoría que, tal vez podría ser clave para entender lo que está ocurriendo ahora, porque por lo que vi justo antes de que me encerraran aquí, si la muerte de los doce fue terrible, lo de ahora podría estar cogiendo tintes apocalípticos.

Ese día todos llegamos tarde a casa, aguantamos como pudimos la bronca que nos esperaba y nos fuimos a la cama con el culo caliente y dándole vueltas a lo que había ocurrido, a esa frase escrita en la ventanilla del viejo Mercedes. De lo que yo no tenía ni idea es de las consecuencias que esa pequeña aventura tendría, de lo que cambiaría mi vida para siempre.

CAPÍTULO 8

1

No sé ve a nadie ahí afuera. Este lugar debe ser como un recinto abandonado o una especie de retiro espiritual. Porque no se ve movimiento ahí afuera. Todavía no han venido a traerme nada de comida, mucho menos a darme los buenos días. La pequeña ventana que da al exterior, el ojo de buey con vistas al pasillo y mis recuerdos son mis únicos entretenimientos, mis pasatiempos.

Acabo de acordarme de que hoy he soñado con el Italiano. Ayer me acosté deseando proyectar un recuerdo bonito y resulta que al final lo tuve, en sueños pero lo tuve. Aunque bueno, los sueños no son recuerdos, ¿no? No importa, el caso que ha servido para que me levantase de mejor humor, para que ahora esté de mejor humor. Hace muchos años que no nos vemos y me he hecho la promesa a mí mismo de que en cuanto salga de aquí, si todo va bien y las cosas se solucionan, pondré fecha y hora para hacerle una visita al Italiano. Nunca se sabe, a lo mejor es posible que incluso empiece una nueva vida allí en Nemi, en la bella Italia.

Imagino que mi gran amigo debe de estar casado con una bella romana, es posible que regente la Pizzeria-Ristorante de aquel tío suyo que quería parecerse a Rocky Balboa. Incluso podría ser que tenga ya un par de niñas preciosas a las que estrujar entre los brazos y reír de sus sorprendentes ocurrencias. Podría ser que estuviese en alguna casa rodeada de árboles florales, junto a un bonito lago con embarcadero privado y un banquito de madera desde el que disfrutar de cada anochecer junto a su mujer y sus hijas, ¿no sería maravilloso? Por supuesto que sí. Sería fantástico que el Italiano tuviese una vida así, ojalá no me equivoque y al menos sea feliz, se lo merece.

2

A los dos días de haber entrado en la casa de Niven y a falta de unas dos semanas para el inicio del curso escolar, ocurrió algo que cambiaría el rumbo de mi vida para siempre, algo que era una consecuencia directa de una de mis «locas ideas». No recuerdo esta fecha con exactitud, pero debía ser a principios de septiembre. Pasé la tarde en el parque, hablando de los doce con el resto del club del misterio. Sí, ya sé que cada vez os digo una cosa, pero qué os voy a contar que vosotros no sepáis, cada día a alguien le daba por cambiarle el nombre a nuestra pequeña pandilla como si algún día fuésemos a ser recordados por ese nombre y no por lo que estábamos haciendo, hay que ver la afición que tenemos las personas de ponerle nombres a las cosas, ¿eh? A lo mejor es porque eso nos hace sentir un poquito mejor, casi como si tuviésemos algo cercano al control.

El único que no había venido había sido el Casco, que desde el suceso en la casa de Niven estaba atravesando por un proceso a medio camino entre la vergüenza y el enfado hacia nosotros. El Mapache me había dicho que Raúl le contó que se sentía utilizado por haber tenido que ser él el que entrara y no ninguno de nosotros, y también que se sentía especialmente molesto conmigo, por haber sido el artífice de todo el «tinglado».

Esa tarde estuvimos preparando el siguiente movimiento, bueno, mejor dicho, yo había

preparado el siguiente movimiento y la mayoría de ellos se limitó a realizar aportaciones y a poner cara de susto. Abrían mucho los ojos y se daban codazos mientras yo les recordaba todo lo que habíamos descubierto hasta el momento y las «zonas muertas» que todavía nos quedaban por explorar. El término «zona muerta» se lo escuché decir una vez a mi hermano mientras hablaba con su amigo Esteban. En realidad yo no sabía muy bien a qué se referían con «zona muerta», pero me gustó el término y me lo apropié. Lo utilicé como sinónimo de «lugar por explorar o nunca antes descubierto», tierra virgen, vamos. Mucha gente dice que todos, tarde o temprano, acabamos repitiendo los mismos errores de nuestros padres y hermanos, o también imitando aquello que más odiamos. Yo puedo decir que crecí tratando de imitar tan solo aquellas cosas que más admiraba de mi hermano, y que todos los errores que he cometido en esta vida no han tenido nada que ver con esa imitación. Todo lo contrario, han sido por obra y gracia de mi persona, única y absolutamente como consecuencia de mi dura cabezota.

Hay que ver lo intensamente que se vive cada experiencia a la edad de 12 años, más si son especialmente impactantes. He de reconocer que aparte de querer averiguar qué había detrás todas esas muertes, también había una parte de mí que estaba como enganchado a esa sensación. A ese miedo, a las palpitaciones detrás del pecho, la respiración agitada y los gritos de guerra en mitad de la retirada del campo de batalla. Estaba enganchado a la sensación que significaba para nosotros la conquista de una nueva «zona muerta».

La próxima aventura sería la más arriesgada hasta la fecha, y puedo decir que no hicimos ninguna estupidez semejante con posterioridad a esa. Pero tampoco voy a dar la espalda a los hechos tal y como ocurrieron. El plan consistía en coger una de esas tablas *ouija* y probar suerte con ella en casa de Catalina Viedma, la última de los doce. ¿Qué tontería, no? Hacer la *ouija* en casa de alguien que había muerto recientemente era una estupidez de proporciones gigantescas, más teniendo en cuenta cómo teníamos todos el nivel de sensibilidad en lo que se refiere a sucesos extraños. Cualquier ruido, cualquier elemento no esperado, podría desencadenar un estado de pánico y de terror masivo, con todo lo que ello podría suponer, pero en ese momento juro que no pensábamos así.

Una vez tuvimos la misión bastante perfilada, cada uno se retiró a su hogar, y yo abrí con orgullo la puerta de casa con mis recién estrenadas llaves. Mi madre me había entregado una copia por fin después de la muerte de los doce. Dijo que si algo malo volvía a pasar y yo estaba jugando en la calle como en las otras ocasiones, no quería correr la suerte de que yo necesitase volver a casa y no hubiese nadie. Cuando eres niño, esos pequeños detalles, como tu primer juego de llaves, se guardan en algún lugar de tu alma y adquieren la forma de uno de esos viejos videos que se han desmagnetizado y rayado de tanto echarlo hacia delante y hacia detrás para ver las partes que más nos gustan, las más importantes. Durante los primeros días de tener mi juego de llaves en propiedad, siempre encontraba algún momento del día en el que quedarme pasmado admirando su forma, el peso del metal, sus dientes subir y bajar, la redondez de la arandela que las unía.

3

Mi hermano Enrique estaba en el sofá del salón ojeando una revista. Me miró un par de segundos y luego bajó la mirada sin ni siquiera decirme «hola». Vi decepción en su rostro, vi un gran enfado en su silencio. Mi hermana Carmina salía de la ducha con una toalla enroscada por encima del

pecho y haciendo lo propio con otra sobre su gran melena rizada. Cierro los ojos y todavía puedo sentir el aroma a fresas y a lavanda que desprendía mi hermana cuando salía de la ducha. Se quedó mirándome y soltó una de esas sonrisas sarcásticas que tan bien se le daban y tan mal me lo hacían pasar.

—La que has liado, chavalito, la que has liado...

—¿Qué? ¿Qué he liado?

—Tú sabrás... yo no digo nada... ahora cuando vengan los papás ya te lo explicarán ellos...

—Carmina, no sé a qué te refieres... pero si esto es una de tus bromas no tiene ninguna gracia...

Carmina caminaba despacio hacia su habitación y se estaba terminando de enroscar la toalla en el pelo, formando una especie de cucurucho invertido. Yo no sabía a qué se refería, aunque sí era consciente de que debía estar relacionado con la muerte de los doce. Cuando llegó a su habitación yo intenté colarme tras ella, pero por aquel entonces era bastante más fuerte que yo, aparte de ser dos años mayor también me sacaba una cabeza y unos cuantos centímetros de brazo.

—¿Pero qué haces, enano? ¿Dónde crees que vas?

—Carmina, por favor, dime qué pasa, ¿qué es lo que he hecho, eh? ¿Qué he hecho?

A mí estaban a punto de saltarme las lágrimas de la congoja que me estaba subiendo cuerpo arriba.

—¡No! Y deja ya de acosarme, mocoso, pero ya te vale ya... esta vez te has pasado, Guille, te has pasado...

Me cerró la puerta en las narices, echó el pestillo y en menos de diez segundos se empezaron a escuchar los primeros acordes de *Losing my religion*. Carmina ya no iba a decir ni una palabra más y la idea de ir hasta el salón para plantarle cara a Enrique me aterraba. Aún así necesitaba saber qué estaba pasando antes de que llegaran mis padres de donde fuera que estuviesen, necesitaba tener preparada una excusa razonable y defenderme de aquello de lo que se me estaba acusando.

—Enrique, ¿me puedes decir qué ha pasado?

Me miró otra vez de esa forma tan cruel, sin decir ni una palabra, su cara desprendía rabia, el enfado había dejado paso a la rabia y yo cada vez estaba más asustado.

—¿Tú a mí qué me prometiste? ¿Eh? ¿Qué me prometiste?

—¿El qué? —Mi voz había empezado a temblar de esa forma que precede al llanto del que sabe que ha hecho algo mal.

—¿El qué? Ya te vale, Guille, ya te vale, me has decepcionado no sabes cuánto...

—¿Pero me puedes decir qué he hecho joder? —dije alzando un poco la voz, casi desesperado.

—Eh, encima ahora serás tú el ofendido, ¡y no digas tacos! ¿Cómo quedamos acerca de la casa de tu amigo Niven? ¿Eh? ¿Cómo quedamos?

Joder se habían enterado, no sé cómo pero se habían enterado, y yo no tenía ni idea de cuánto la había cagado esta vez, ni idea.

—Yo no entré en esa casa, Enrique, te lo juro que yo no entré...

—¿Ah no? ¿Y entonces quién? ¿Quién entró, Guille? ¿Me lo puedes explicar para que lo entienda?

—¡No fui yo de verdad! ¡Entraron Juan y el Casco! ¡Lo juro! ¡Puedes preguntárselo a quien quieras, pregúntaselo al Mapache o al propio Juan!

—Mira, Guille, sé de sobra lo que has hecho, y no sabes cuánto me has decepcionado, creía que las promesas entre hermanos duraban toda la vida... pero ya veo que tú no piensas lo mismo...

—¡Enrique, por favor! ¡No rompí la promesa! ¡No la rompí! ¡Juro que no la rompí!

Ya sabéis lo mucho que yo admiraba a mi hermano, lo mucho que me importaba su opinión, y no pude soportar más la situación que se me venía encima y estallé en un llanto desconsolado. En uno tan grande que cuando recuerdo esto todavía me parece paladear el disgusto tan amargo que en ese momento tenía. Mis lágrimas debieron enternecerle, porque no tardé demasiado en sentir un mano suya sobre mi espalda. Luego me rodeó por detrás de mis hombros y me apretó contra su pecho como tantas veces hacía, entonces todavía estallé en un llanto aún más grande.

—Eh... vale... ya está, Guille, ya está... ¿quieres contarme lo que ha pasado? ¿Eh? ¿Te apetece contármelo?

—No-no quiero que te enfades conmigo, Enrique... no-no quiero que te enfades conmigo... y-y-y no rompí la promesa... no la rompí... —Las palabras me salían ahogadas y entrecortadas, ya sabéis lo difícil que es llorar y hablar a la vez.

—Vale, Guille, te creo... de verdad que te creo... pero estuvisteis rondando la casa, joder, y un amigo tuyo sí entró ¿no?

—Si-si... el Casco y Juan... fueron ellos...

—¿Y quién les convenció para que entrasen, Guille? ¿Eh? ¿No fuiste tú? ¿No les dijiste tú que entrasen?

—Sí, pero ellos querían, Enrique, ¡yo no los obligué! ¡Ellos también querían!

—Vale, Guille, está bien, tranquilízate ¿vale? Todo se arreglará, como siempre que se lía, hazme caso... pero que sea la última vez que haces algo así, ¿de acuerdo? Y si te digo que no debes hacer una estupidez como esa significa que tampoco debes estar cerca de gente que la haga... todo esto es por tu bien, Guille, es por tu bien, no porque me apetezca hacerte la puñeta, ya lo sabes...

—Lo hice para averiguar qué hay detrás de la muerte de los doce, lo hice para averiguar por qué hicieron eso... solo quería saber porqué hicieron eso, Guille, solo quería saber porqué lo hicieron...

Mi hermano entrecerró los ojos y no supo qué mas decir, no supo si tenía que estar más enfadado todavía o más preocupado, se quedó pensando unos segundos y no dijo nada más. Mis padres acababan de llegar y ahora es cuando me enteré «de lo que era bueno», como solía decir mi madre cada vez que me amenazaba con darme una tunda que luego nunca me daba.

Mis padres tomaron asiento y mi hermano hizo ademán de marcharse a su habitación. Pero le dieron el alto.

—No, Enrique, quédate tú también —dijo mi madre bastante seria.

Enrique resopló un poco y se dejó caer nuevamente en el sofá.

—Guille —Mi madre era la que solía llevar la voz cantante cuando había algo importante que decirnos—. Estamos muy disgustados con lo que has hecho... con todo lo que has estado haciendo durante este último mes...

—¡Pero, mamá!

—¡No! Calla, Guillermo, y escucha lo que tenemos que decirte —Mi hermana había parado de escuchar a REM y se acercaba hasta el salón con reprobación—. Esta tarde he estado hablando con la madre de tu amigo Raúl, hace dos días que no come, dos días, Guille, por culpa de lo que hicisteis en casa de Víctor Nieves...

—Pero, mamá...

—Que no, Guille, espera a que acabe. Lo de entrar en casa de Víctor ha sido la estupidez más grande que se te ha ocurrido en la vida, y sí, ya sé que tu no fuiste el que entraste, pero

convenciste a Raúl y a Juan para que lo hicieran, y no me digas que no fue así porque sé de sobra lo que has hecho. ¿Es que no te das cuenta de lo que podría haber pasado, Guille? ¿No sabes que entrar en casa de otra persona sin su permiso es un delito?

Yo me había cruzado de brazos y no levantaba la vista del suelo, todos allí me miraban como si fuese un dictador.

—Lo que habéis hecho se llama allanamiento de morada, ¿y sabes lo que eso significa? Que si os cogen y os denuncian pasaría algo muy malo, Guille, pasaría que yo o tu padre podríamos acabar en la cárcel, ¿entiendes, Guille? En la cárcel, maldita sea...

Mi madre tenía un disgusto tremendo, se le notaba en la voz y en la forma de gesticular, a mí aquello se me estaba haciendo interminable.

—Nos hemos enterado de otras cosas también, Guille, sabemos que has estado indagando sobre lo que pasó hace unas semanas... ¿me estás escuchando?

Yo no era capaz de levantar la cabeza, estaba aterrorizado, enfadado, me sentía engañado, traicionado, humillado, ¿quién se había ido de la boca? El Casco, estaba claro, pero ¿y Juan? ¿El Mapache tal vez? No sabía quién de ellos habría sido pero en ese momento los odié a todos.

—Sabemos que todo esto ha sido muy duro para ti, Guillermo, lo que le pasó a los padres de tu amigo el Italiano o a los de Richi fue algo horrible, pero nos gustaría que si algo te está preocupando mucho tuvieses la confianza para preguntárnoslo a nosotros, ¿entiendes, Guille? No puedes ir por ahí metiéndote en las casas de los demás ni contando historias de miedo a tus amigos, ¿sabías que Vicente hace días que se levanta en medio de la noche con horribles pesadillas por culpa de esas historias? ¿Lo sabías?

Traición. Solo podía pensar en eso. Traición. Chivatos.

—Lo siento, mamá... yo... no sé qué decir... no lo haré más, lo prometo...

Yo había soltado ya todas las lágrimas con mi hermano Enrique y ahora solo me quedada afrontar la situación con la mayor dignidad posible. Salir del paso asumiendo el castigo que me impusieran.

—Guillermo... tu padre y yo llevamos tiempo queriendo decirte algo...

El corazón se me hizo un puño. ¿Os han soltado alguna vez una frase así? Como diría el Molinero, «eso era miedo, joder, miedo».

—Hemos estado hablándolo mucho y hemos decidido que es lo mejor, el curso que está a punto de empezar lo vas a hacer en otro colegio, en uno alemán...

Yo alcé la cabeza como un resorte y vi a mi madre a punto de echarse a llorar, mi padre no quería ni mirarme a los ojos y mi hermano Enrique miró a mis padres con enfado, con rabia, se notaba que la noticia le había cogido tan de sorpresa como a mí y que no le hacía ninguna gracia. Carmina me miró con pena, con cara de «lo siento hermanito, me parece que tampoco era para tanto lo que has hecho».

En ese momento no me contaron todos los detalles. Pero lo cambiarme a ese colegio alemán era mucho peor de lo que ya en ese instante me imaginé. El tal colegio alemán era un maldito internado, de lunes a viernes, pero internado al fin y al cabo. Mis padres me dijeron que no solo era por lo que había pasado ese verano y lo que yo había estado haciendo, cosa que sin duda les preocupaba muchísimo, sino que lo tenían pensado desde hacía un tiempo. Argumentaron que mis notas habían bajado mucho en el último curso y tenían miedo que me «desviara» demasiado, que me «perdiera» por culpa de tantos entretenimientos y tanta calle.

No os podéis imaginar lo que pataleé, lo que lloré, la fuerza que hicieron mis hermanos para que no me fuera, pero no hubo manera, terminé yéndome muy a mi pesar. Odié a mis padres una

buena temporada por ello, cosa de la que me arrepiento profundamente, y esa fue la razón por la que, en lugar de quedarme acongojado en un rincón, decidiese continuar, ir un poco más allá. Todavía tenía cerca de dos semanas de vacaciones y me propuse aprovecharlas, ya no la podía cagar más, bueno, tal vez quizá un poco más sí. Pero el caso es que quedaban unas cuantas «zonas muertas» por explorar y no me iría sin intentarlo, solo o acompañado, porque antes de dar ni un solo paso más tendría que averiguar quién se había ido de lengua, quién era el traidor.

CAPÍTULO 9

1

Al fin se han dignado a traerme algo de comida. Tengo que decir que me estaba entrando algo de intranquilidad. No es que todo esto no sea ya de por sí extraño, pero los últimos acontecimientos no sé exactamente qué significan. Aunque imagino que deben de tener alguna explicación, como todo en esta vida, ¿no?

Ha sido Alexandra la que ha venido. Hoy estaba preciosa. Se había recogido el pelo en una bonita trenza y eso hacía que tuviera toda la cara despejada. No sé por qué no se hace ese peinado más a menudo con lo que le favorece, puede que sea una norma del centro la de no resultar demasiado atractiva, temas de profesionalidad.

Al principio se ha mostrado algo más distante de lo habitual. Es cierto que nuestra relación es más bien anecdótica, pero en los últimos días creí ver algún acercamiento, algún progreso. En cambio hoy parecía rehusar cualquier tipo de comunicación conmigo, cuando le he preguntado qué tal estaba se ha limitado a mirarme con ese par de ojos verdes que tiene y nada más, no ha contestado. Luego ha sacado la aguja y el garrote, yo me he arremangado, ya sabía lo que venía a continuación, me ha sacado un par de tubos de sangre en el más absoluto silencio y después me colocado una tirita sobre una pelota de algodón.

Antes de irse le he dado las gracias por la comida, ella se ha quedado parada junto a la puerta, pensando, y luego me ha mirado durante un par de segundos. No he sabido cómo interpretar esa mirada, siempre me ha resultado difícil descifrar las intenciones de la gente con los ojos grandes y claros como los de Alexandra, como los de Cristina, no sé, es como si me hipnotizaran. Pero lo que más me ha sorprendido es lo que me ha dicho a continuación, que ha dado pie a la conversación más larga que hemos tenido hasta la fecha. Al menos ahora ya sé el por qué de esa barrera que nos ha mantenido tan distanciados todo este tiempo.

—Guillermo, ¿te importa si te pregunto algo?

—Por supuesto que no, dime.

—¿Has tenido algo que ver con la muerte de esas personas?

—¿Tú qué crees, Alexandra?

—No lo sé, por eso te lo pregunto...

—Pues no, por supuesto que no he tenido nada que ver, te doy mi palabra, te lo juro, lo prometo, lo que tú consideres que te da más confianza viniendo de un desconocido. No sé qué más puedo hacer o decir para que me creáis, esto es muy duro para mí, sabes. Me he pasado más de media vida intentando decirle a todo el mundo lo que se nos venía encima, lo que un día terminaría pasando, y lo único que he conseguido es ver cómo la gente a la que quería y en la que confié, o ha muerto o me ha dado la espalda...

—Entonces, esas personas que estaban contigo en la terraza de ese edificio, ¿en serio no las conocías de nada? ¿No fuiste tú quien las tiraste o las indujiste para que se tiraran?

Me ha dolido mucho cuando Alexandra me ha hecho esa pregunta tan directa, mucho. Creo que podéis imaginaros lo doloroso que puede llegar a ser que te acusen de algo así.

—Claro que no, Alexandra, yo no he tirado a nadie de ningún sitio, pero tampoco te voy a mentir, no sé cómo demonios llegué hasta allí ni por qué yo no acabé tirándome igual que ellos, imagino que algo en mi interior impidió en el último momento que hiciera «eso». Me he cansado

de deciros que esto no es la primera vez que pasa, es precisamente lo que llevo escribiendo en el cuaderno que me disteis desde que llegué aquí. Ya ocurrió algo semejante en 1990, que es lo que he estado intentando resolver todos estos años. Pero no se por qué nadie me hizo caso entonces, ni tampoco ahora. Supongo que negar los errores y la evidencia son las dos grandes negaciones a las que recurrimos cuando nuestro orgullo o nuestro desconocimiento nos impiden reconocer algo. Si supiese exactamente qué pasó allí arriba, por qué la gente hace "eso", te lo contaría, se lo contaría a todos para evitar que volviese a ocurrir, pero por desgracia no lo sé. Debe haber algo que se me escapa, he creído tenerlo en la punta de los dedos en más de una ocasión, pero esto me viene grande, Alexandra, muy grande... no sé, quizá no exista forma de entenderlo, ni de pararlo, y esto sea simplemente lo que terminará de matarnos a todos...

—No digas eso... no creo que sea para tanto...

—Ya... ¿cuántos van? ¿Cuántos suicidios van ya, Alexandra?

—No lo sé...

Me ha dado algo de pena decirle eso a Alexandra, se la ve tan inocente y tan frágil que lo único que uno siente estando a su lado son ganas de cuidarla, de decirle que el mundo es maravilloso y que todo va a ser genial, que la vida es de color de rosa. Pero no he podido evitar ser sincero con ella, decirle de corazón lo que realmente pienso, ¿nunca os ha pasado que con determinadas personas os es prácticamente imposible mentir? ¿Que actúan como si fuesen una especie de confesores a los que se lo sueltas todo sin ningún tipo de precaución? Pues Alexandra es para mí una de esas personas.

—Ayer escuché decir a la doctora Karen que no todavía no han encontrado nada en tu sangre ni en el resto de tu cuerpo... creo que esa es la razón por la que no te dejan salir realmente...

—¿A qué te refieres?

—A que es posible que ya no piensen que tú tuvieras algo que ver con esas muertes... ahora están tratando de averiguar si...

Alexandra no ha terminado la frase. Se ha quedado como bloqueada y eso me ha molestado, yo estoy siendo sincero con ella pero lo visto no ocurre lo mismo al revés.

—¿El qué, Alexandra? ¿Qué están tratando de averiguar? ¿Eh? ¿El qué?

—Adiós, Guillermo, que descanses...

—¡Alexandra, espera!

Se ha marchado de la habitación y me ha dejado con la palabra en la boca. Al menos creo que eso que no me ha querido decir (quiero pensar que es así), es que se han dado cuenta de una maldita vez que, aparte de que yo no he tenido nada que ver con ninguna de las muertes, hay algo ahí fuera que se está extendiendo, algo realmente malo, que deben estar manteniendo en el más absoluto secreto porque todo esto les ha cogido por sorpresa y porque no tienen ni idea de qué se trata, ni idea. Y ahora dice que no encuentran nada en mi interior, deben pensar que es un virus, o una bacteria o algo así, aunque yo creo que debe de tener que ver más con otra cosa, no sé muy bien con qué, pero algo más profundo, más interno.

2

Lo que más me duele de todo el asunto, y no es por echarme flores, es que si se dignasen a escucharme, si me dejasen contarles todo lo que sé, tal vez pudiera servirles de ayuda. Trabajar en equipo, colaborar juntos para intentar encontrar la solución a esta terrible enfermedad o lo que

quiera Dios que sea. Pero no, los de sanidad, la CIA, el gobierno o quién quiera que sean esas personas que me mantienen aquí retenido, creen que basta con echar mano de sus rígidos protocolos, de sus medidas de contención que solo entienden de cuarentenas y de exterminar pueblos enteros para acabar con el problema, pero nada de eso les servirá esta vez. No se dan cuenta que yo les llevo unos cuantos años de ventaja y que por muchos recursos de los que dispongan, no lo han visto crecer, a lo que sea que hace que la gente se suicide. No lo han visto evolucionar como yo, porque sinceramente nadie ha tenido huevos a plantarle cara al problema, nadie ha querido verlo hasta ahora. Baladrar fue el principio, que yo sepa, ya no estoy seguro de nada, pero han habido más episodios, algunos más, aunque no sé la magnitud que debe tener el de ahora, pero mucho me temo que debe ser más grande aún de lo que me imagino. Porque si tomamos como termómetro de la situación el día en el que me encontraron en esa terraza, solo ese día, cayeron diez personas al suelo, diez personas aparentemente felices y con vidas normales que saltaron sin ningún motivo aparente. Diez personas que saltaron y una que por alguna razón no lo hizo, yo.

3

Quedaban menos de dos semanas para que terminasen las vacaciones de verano, unas vacaciones que nunca olvidaría y que el final de las mismas marcarían para siempre mi vida. No solo porque me iría a otro colegio a estudiar, alejado de mis amigos y de mi familia, sino por todo lo que había vivido y lo que aún me quedaba por vivir.

Me propuse que tenía que acelerar todo lo que pudiese la operación "zonas muertas", porque una vez empezado el curso escolar todo se complicaría mucho y quién sabe si el irme a otro colegio acabaría por distanciarme demasiado de mis amigos, de mis camaradas, y con ello de lo que habíamos empezado, de lo que teníamos que terminar como fuera. Pero antes que nada tenía que averiguar en quién podía confiar y en quién no. Tenía claro que no podía volver a permitirme que mis padres se enterasen de que yo andaba por ahí metiéndome donde no me llamaban y poniéndome en peligro, a mí y a los demás, que era lo que mi madre me había dicho con tanto pesar. No quería preocupar a nadie ni que nadie se interpusiese en mi camino. Es posible que os preguntéis el por qué de tanto interés, y lo cierto es que cuando lo pienso fríamente, a mí mismo me cuesta encontrar una respuesta muy diferente del «porque sí», pero sí os soy sincero del todo, creo que ese interés nacía y nace directamente del centro de mi ser, es como si ese misterio me atrajese hacia él, y yo no pudiese controlarlo, como esa irresistible tentación a la que nunca eres capaz de decir que no.

Raúl el Casco se había ido de la lengua a base de bien, de eso no me cabía ninguna duda, pero no era el único. Mi madre sabía cosas que Raúl no podía haberle dicho, sencillamente porque había muchas cosas de las que él no tenía conocimiento. En un primer momento pensé que Juan el Molinero debía ser el otro chivato, siempre se había mostrado muy esquivo con todo lo relacionado con la muerte de los doce y ya sabéis que en más de una ocasión había declinado participar en cualquier actividad que estuviese relacionada, aunque la actividad consistiese únicamente en una inocente conversación. Pero después de hablar con Cristina en el parque cambié de opinión, ella me aseveró que su hermano no había dicho ni una palabra, a pesar de que mi madre había a hablar con la suya para preguntarle qué sabía del asunto.

—Juan no nos ha traicionado, Guillermo, te lo puedo asegurar, y si no se echa para atrás, no

creo que falte a nuestra próxima misión. Puedes estar tranquilo, Guillermo.

Por la forma en la que Cristina me habló aquella tarde, empecé a creer realmente que tanto ella como el resto de los chicos me habían tomado como una especie de líder, de capitán general del pequeño comando que habíamos formado. Hasta ese momento no había caído en la cuenta de que siempre era yo quien llevaba la voz cantante y quien se encargaba de diseñar las misiones. En ese momento me sentí muy orgulloso de tener unos amigos tan buenos como los que tenía, aunque alguno que otro no hubiese aguantado la presión y se hubiese ido de la lengua. En cierta medida, y más viendo la edad que teníamos, qué más podía pedir.

Imaginé que Vera, la amiga de Cristina, tampoco sería el topo. Había sido la última en entrar al grupo y lo había hecho por voluntad propia, por un interés desmedido hacia todo lo que rodease el misterio y el mundo de lo oculto, razones de peso para pensar que ella no tiraría piedras contra su propio tejado. Solo me quedaba una persona: el Mapache. Vicente Alfonso Maupoey, conocido por todos como el Mapache. Ya me había dado la espalda el día que Richi vino a jugar al parque, dejándonos solos. No tuvo el valor de ir al entierro del Italiano y estuvo más de una semana sin venir a jugar al parque desde la muerte de Lidia. No digo que el Mapache fuera mala gente, pero si un cobarde y un pusilánime capaz de cualquier cosa con tal de salvar el pellejo y de evitar «llenarse las botas de barro», que era la expresión que siempre utilizaba para referirse a «meterse en un problema». Muchas veces, cuando algo le daba mala espina, la expresión la dejaba en un escueto: «eso es barro», otras veces lo reducía aun más y solo decía: «barro».

—Te lo pregunto porque creo que hasta ayer éramos amigos, Vicente, ¿le has contado a tu madre todo lo que hemos estado haciendo y hablando sobre la muerte de los doce?

—No...

—Vicente, por favor, no pasa nada, en serio, pero quiero que me cuentes la verdad, ¿le has dicho a tu madre que yo os he estado contando historias de miedo y que hay una maldición aquí en Baladrar que acabará con todos nosotros y cosas por el estilo?

El Mapache estaba a punto de echarse a llorar, la montura de carey de sus enormes gafas le estaba empezando a resbalar por el puente de la nariz y tenía los mofletes sonrosados.

—Yo no he sido, de verdad, Guillermo, ¡no he dicho nada!

—¿Y si no has dicho nada por qué estás llorando?

—¡No estoy llorando! ¡Y no he sido yo, joder!

—Vale, Vicente, vale, ya veo que ni siquiera te vas a atrever a confesarme que se lo contaste todo a tu madre, ya te vale... ya te vale... —dije eso y me di media vuelta.

—¡Mi madre me obligó, Guillermo, me obligó a contárselo, te lo juro! ¡Dijo que si no se lo contaba todo me castigaría todo el año sin salir a la calle y sin merendar! ¡Juro que es la verdad!

El Mapache estaba empezando a cogerse un berrinche de los buenos, me dio pena verlo así. Su cuerpo parecía una bayeta húmeda, el pecho le temblaba como el de una brasileña en los carnavales de Río y las gafas las tenía casi en la punta de la nariz. Me dio pena verlo así, qué queréis que os diga, después de todo solo era un niño, igual que yo.

—Vale, Vicente, tranquilo, ya te he dicho que no pasa nada ¿vale?

—No-no quiero que dejes de ser mi amigo... no-no dejes de ser mi amigo, Guillermo... no lo hagas.

—Por supuesto que no, Vicente, tú y yo vamos a ser amigos toda la vida, toda la vida... ¿te parece bien?

—¿De-de-de verdad?

—Te lo prometo.

Siempre me ha dado pena no poder cumplir esa promesa, otra más, aunque ¿quién sabe? La vida da muchas vueltas y uno nunca sabe si en la próxima parada habrá alguien inesperado esperando a que a bajes, para cobrarse lo que le debes, o para estrecharte entre sus brazos.

4

Entrar en la casa de Catalina Viedma era la siguiente misión. Entrar y rastrear la casa en busca de alguna prueba que nos pudiese conducir hacia alguna circunstancia extraña relacionada con su muerte, y luego hacer la *Ouija,* como ya sabéis, la maldita y estúpida *Ouija*. Para eso tendríamos que contar con la ayuda de alguien ajeno a nuestro comando. Alguien a quien tendríamos que convencer de que no íbamos a robar nada y de que no podía irse de la lengua bajo ningún concepto. Ese alguien era Ángel Bocanegra, también conocido como Boca. No iba a mi clase, sino a la clase del Mapache. El caso es que era dos años mayor que nosotros, es decir, de la quinta de mi hermana Carmina, de Cristina y de Vera. Repetía séptimo de EGB por segundo año consecutivo, y a esa edad, en mi colegio, que alguien repitiese el mismo curso dos veces seguidas solo podía significar una cosa, que era alguien muy muy malo.

El piso donde vivía Ángel estaba pegado al de Catalina Viedma y desde la ventana de su cuarto de baño, el cual daba al patio de luces, se podía llegar perfectamente al cuarto de baño del piso de Catalina estirando un poco la pierna. Vale, sí, la misión tenía su riesgo. Podías resbalar o simplemente que fallaras un poco los cálculos y te irías al suelo desde la altura de un tercero. Luego habría que ver si la ventana del cuarto de baño de la casa de Catalina estaba abierta o no, pero ese era el menor de los problemas, esos pisos eran muy viejos y prácticamente ninguna ventana cerraba bien, con empujarla un poco bastaría para que se abriese. El mayor problema sería convencer a Ángel.

Ángel tenía bastante mala fama. Todo el mundo en el pueblo lo conocía de sobra, él siempre era el primero en saltarse una clase, en insultar al profesor, en llevar al patio del colegio un cigarrillo cuando los demás solo pensaban en darle patadas a un balón, o en esperarse a la salida para pelearse con alguien simplemente porque «lo había mirado mal». Ninguna madre ni ningún padre quería ver a sus hijos relacionarse con Ángel, sencillamente porque «era una mala influencia». Pero tendríamos que saltarnos todos nuestros miedos y prejuicios y pasar por el aro de Ángel si queríamos entrar en casa de Catalina.

—¿Pero vosotros estáis mal de la cabeza o qué os pasa? Ni loco entro yo a la casa de la vieja... —dijo Ángel cuando Cristina, Vera, el Mapache y yo le planteamos el problema. A Vicente le di otra oportunidad, sí, ya sé que se había ido bien de la lengua, pero me rogó tanto que quería seguir en el grupo y tenía tanto miedo a que dejásemos de ser sus amigos, sobre todo yo, que decidí que habría que intentar confiar de nuevo en él. Hablo en primera persona porque los demás no lo querían en el grupo, los demás no se lo habían perdona y fui yo, el más perjudicado de todo aquello y el que más razones tenía para sentirse molesto con él, quien intercedió para que se quedase. Y he de decir que el Mapache no lo hizo mal esta vez, nada mal. Bien por el Mapache.

—Solo tienes que entrar en su piso y abrirnos la puerta, Ángel, tardarás un par de minutos como máximo, del resto ya nos encargamos nosotros —dijo el Mapache tratando de ganar puntos.

—Mira, Mapache, o como te llamen tus amiguitas, no sé quién te has creído que eres para venir a pedirme algo así, a mí, pero debes de estar mal de la cabeza para haberme planteado que haga una locura de ese estilo. Mapache —Ángel dijo Mapache de tal forma que sonó a insulto.

—¿Qué quieres a cambio? —dije yo mirándolo con seriedad.

Ángel me miró desafiante, luego miró al suelo, estaba pensando cómo sacar partido de todo aquello, porque en el fondo todos sabíamos que le importaba un pimiento entrar en casa de Catalina, todos conocíamos su historial y había hecho cosas mucho peores.

Hizo una pequeña pausa y nos miró con determinación y una sonrisa de pura maldad.

—Vale, de acuerdo, supongamos que hago esa tontería que me estáis pidiendo, ¿y entonces?

—Eso, ¿entonces? —intervino Vera.

—Bien, entonces quiero que en primer lugar este de aquí me haga todos los deberes durante el primer trimestre —dijo Ángel poniendo una mano sobre el hombro sudoroso del Mapache—, y en segundo lugar —Alzó la mirada y se detuvo en Vera—, quiero enrollarme con ella.

—¿Qué? —contestaron Vera y Cristina casi al unísono.

—Lo que habéis oído, quiero enrollarme con ella o no hay trato —dijo señalando a Vera con el dedo.

—Ni lo sueñes, capullo —dijo Cristina con enfado.

—Tu calla, gorda, que contigo no quiero nada.

—¿A quién has llamado gorda, retrasado? —dije aquello porque me salió del alma, no pensé ni un segundo a quién se lo estaba diciendo.

—¿Cómo me has llamado? ¿Eh? Repítelo si te atreves, vamos, repítelo si tienes huevos, enano.

Ángel pegó su frente a la mía y su respiración se empezó a acelerar de forma escandalosa. Mis ojos se encontraron con los suyos y ahí fue donde conocí la pura agresividad, la que no se justifica, la que no se prevé.

—Eh, vale ya, ¿no? ¡Parecéis críos los dos, ya está bien! —La voz de Vera fue el sonido de la campana al final de un asalto en el que el aspirante está a punto de ser machacado.

—Pasó de ti, enano, de ti y de todos vosotros, niñatos —dijo Ángel dándose la vuelta.

—Eh, Ángel —dijo Vera antes de que se fuera y perdiésemos la oportunidad de entrar en casa de Catalina.

—Qué.

Vera se acercó a él y le dio un beso en todos los labios, sin previo aviso y sin calentar, un beso largo y profundo, con lengua, sí, por supuesto. A todos nos cogió por sorpresa, sobre todo a Cristina, que se quedó mirando el espectáculo con cara de asco. El Mapache y yo estábamos algo sorprendidos, pero sobre todo embobados, nunca habíamos besado una chica y hasta ese día, estar tan cerca de una y de esa forma tan íntima nos parecía casi ciencia ficción. Cuando las manos de Ángel empezaron a amasar el culo de Vera fue cuando terminó la función. Vera se apartó de él y le dijo que ya estaba bien, que era un guarro.

Ángel no pareció quedar satisfecho del todo con el beso, así que hizo prometer a Vera que cuando acabásemos de hacer lo que fuéramos a hacer en aquella casa tendría que volver a besarse con él. Cristina y yo le dijimos a Vera que no era necesario que hiciera algo así, que si era preciso no entrábamos, pero ella dijo que ya no le importaba, que un beso era solo eso, un beso, no era para tanto.

Lo del Mapache tampoco hubo forma de negociarlo y tuvo que comprometerse a hacerle los deberes a Ángel durante el primer trimestre del año.

Siempre que recuerdo el día en que entramos en casa de Catalina hay algo en mi interior que hace que me emocione de tal manera que me resulta complicado evitar que se me salten las lágrimas. En aquella misión se concentraba toda esa parte mágica de la infancia, esa esencia que

te hacía creer con toda la fuerza de la que eras capaz de generar que había algo nuevo por descubrir en cada minuto que vivías, que los días podían ser eternos, interminables, que los veranos duraban todo el año, y que los amigos y las amigas que tenías, eran el mejor regalo del mundo.

Lo hicimos a las siete de la tarde aproximadamente. A esa hora, según Ángel, su madre solía ir a visitar a su hermana y su padre estaría en el bar, por lo que estaría solo en casa, sin nadie que interrumpiera nuestros planes. Ángel nos dijo que esperáramos en el rellano del piso donde vivía, donde confluían su puerta y la de tres vecinos más, una de ellas era la de Catalina, las otras dos no quisimos ni preguntar. Si algún vecino entraba o salía y nos veía ahí plantados diríamos que lo estábamos esperando a él para ir a dar una vuelta. Creo que los dos o tres minutos que estuvimos esperando a que Ángel abriera la puerta del piso de Catalina han sido los más largos y tensos que he vivido en la vida. Yo y los demás nos sentíamos como si estuviésemos realizando el mayor atraco del mundo, o a punto de encontrar el tesoro mejor guardado, o quién sabe, vigilando mientras un compañero nuestro trataba de sustraer del despacho de la directora una copia del examen que tendríamos al día siguiente. Las pulsaciones eran un pum-pum-pum que se aceleraba más y más con cada segundo que pasaba. Cristina se mordía las uñas compulsivamente, Vera estaba sentada en la escalera y parecía estar a punto de irse de allí corriendo. El Mapache sudaba, no sé qué más estaba haciendo pero lo recuerdo como un motor de sudoración a pleno rendimiento que generaba a su alrededor una pequeña nube de calor húmedo a la que nadie le apetecía acercarse. Juan el Molinero no paraba de repetir en voz muy baja, casi un susurro inaudible, «miedo», «miedo», «eso es miedo», «miedo, joder», y yo no le quitaba los ojos de encima a esa puerta que esperaba a que se abriese de un momento a otro como el que reza al cielo tras años de sequía.

La puerta del piso de Catalina se abrió con sigilo, despacio, todos nos quedamos parados unos instantes esperando a que Ángel asomara la cabeza. Y en cuanto le vimos el flequillo de pájaro loco fuimos directos hacia él como una estampida de bisontes maleducados e inanes. Ángel se hizo a un lado para evitar que lo arrollásemos y tropezásemos con él, aún así nos costó entrar por esa estrecha puerta todos a la vez. Todavía recuerdo al Mapache tratando de entrar al mismo tiempo que Juan y cómo las gotas de sudor de uno y otro saltaban como si alguien estuviera echando gotitas de agua en una sartén llena de aceite hirviendo.

Una vez dentro, todos respiramos de alivio. Ángel nos dijo que no hiciésemos ningún ruido extraño, que teníamos que ir con mucho cuidado porque la vecina de al lado era una cotilla y si presentía algo extraño no dudaría en llamar a la policía. La verdad es que no sé cómo fuimos capaces de hacer algo así, entrar en una casa que no era nuestra y en la que alguien había muerto recientemente, y más después de las advertencias que a mí particularmente me habían hecho. No sé si todos los niños han hecho durante su infancia locuras como esta o parecidas, aunque a mí desde luego me parece que no. Pero ya sabéis que había algo en la muerte de los doce que me empujaba a seguir, a hacer cosas que no me habría planteado hacer ni en sueños apenas un mes antes. A lo mejor solo era, y es, una obsesión, o una adicción a los estados de máxima tensión y a lo prohibido, a lo que nadie más se atreve a hacer. Porque os puedo asegurar que yo no creo en el destino, ni tampoco en la predestinación.

Nos sorprendió a todos que Ángel se quisiera quedar, «así os controlo mejor», fueron sus palabras, pero la realidad es que lo que todos allí vimos es que no dejaba de meterle mano a Vera. Ella se apartaba, pero solo cuando veía que alguien la estaba mirando, nunca sabré si realmente le gustaba Ángel, o lo que le hacía, o simplemente no sabía decir que no.

—Dicen que la encontraron tirada en la cocina —dijo Ángel mirándome a mí.

—Gracias, Ángel.

—No hay de qué.

Cristina, Juan y yo fuimos directos a la cocina y en teoría el resto se quedaría preparando la *ouija* en la vieja salita que Catalina tenía llena de adornos de todo tipo. También había una mesa camilla, una de esas redondas con un brasero en el centro de las patas, ideal para un evento como ese.

Cuando entramos en la cocina les dije que mirasen bien, pero que no tocaran nada, sobre todo algún objeto que pudiera ser una prueba de peso de que algo extraño había ocurrido en la muerte de Catalina. Tenéis que entender que a esa edad, ni se nos pasó por la cabeza que antes que nosotros ya había pasado por allí un equipo de emergencias sanitarias, un médico y algunos familiares de la «vieja», como diría Ángel. Era una cocina modesta, los muebles se veían viejos y las puertas de los armarios estaban la mayoría hinchadas y desencajadas. Había una diminuta mesa pegada a la pared y dos sillas también minúsculas con un respaldo metálico que dolía de verlo. No imagino qué uso le daría Catalina a ese par de sillas y a esa mesita, es posible que tan solo fuesen decoración.

Allí dentro olía a cerrado, a humedad vieja y podrida. En las esquinas de la pila del fregadero había algo de moho. El contrachapado de las paredes desprendía frío y el silencio de ese lugar empezaba a ser molesto, solo se escuchaban nuestras tres respiraciones tratando de no agitarse demasiado y el temblar de las cañerías.

—Creo que yo va a salir.

—De acuerdo, Juan, enseguida salimos tu hermana y yo.

Nos quedamos Cristina y yo solos, nos miramos fijamente un segundo antes de continuar nuestra búsqueda. Esa fue la primera vez que me apeteció besarla, no sé si por la adrenalina que mi cuerpo estaba segregando en ese momento, porque al ver a Vera y Ángel besándose me había empezado a picar fuerte la curiosidad sexual, o porque fue en ese preciso instante cuando me enamoré de ella.

—¿Has mirado ya bajo de los muebles, Guillermo?

—No, iba a hacerlo ahora.

Me tiré al suelo y asomé la cabeza bajo las patas de los muebles de almacenaje. Allí solo había esa capa de polvo peludo y grasiento que se pega en las superficies que están fuera del alcance de la vista. Recorrí el resto de muebles bajeros de la cocina y tampoco encontré nada. Mi decepción era desilusión, era un cristal a punto de romperse en mil pedazos de lágrimas de niño de doce años. Cristina estaba buscando por el interior de los armarios superiores, por la nevera apagada y desgomada, por los cajones de los cubiertos de mango de resina azul celeste. Nada. No había nada allí dentro.

—¿Nos vamos?

—Espera un poco, Cristina, tiene que haber algo en alguna parte, espera un poco, por favor.

—De acuerdo.

Quise comprobar yo personalmente los muebles en los que ya había mirado Cristina. Aparté unos cuantos recipientes de productos de limpieza para ver si había algo tras ellos, pero solo encontré polvo y más polvo. Puse mi cara a ras del banco de la encimera para si veía algo inscrito en su superficie, no sé, tenía la esperanza de encontrar un mensaje secreto o algo así, como en el árbol en el que habían muerto Julio Samper y Raimundo Quiroga, o en la ventanilla trasera del coche de la madre de Niven. Pero esta vez no tuve tanta suerte. Y en ese momento me sentí dolido,

triste y muy desilusionado.

—Vamos, Guillermo, es arriesgado estar tanto tiempo aquí, podría venir alguien.

—Vale, Cristina, vámonos ya.

Antes de salir de la cocina me paré un momento en la puerta, quería tener una imagen completa, en perspectiva, como cuando alguna vez en un museo te plantas delante de una obra de arte y te aconsejan que para apreciar bien su grandiosidad hay que guardar una distancia mínima para evitar que tu atención se desvíe hacia alguna de las partes y pierdas de esa manera la percepción del conjunto. Buscaba algo que fuese diferente al resto, que desentonara, fuera de lugar. Cristina ya había desaparecido de allí y debía estar reunida con los demás en la salita donde haríamos la *ouija*. Y de repente fue cuando lo vi, cuando apareció ante mis ojos, lo había tenido delante todo este tiempo y no había sido capaz de verlo. El suelo. Era el suelo lo que desentonaba. Vale que las baldosas eran viejas y estaban desgastadas, pero había una zona de aproximadamente un metro cuadrado, unas ocho baldosas más o menos que tenían otro color, estaban un poco más limpias, las juntas entre baldosa y baldosa se veían más nítidas, más vacías. Si te acercabas mucho no se apreciaba demasiado, pero si te alejabas era cuando se veía bien el cambio de tonalidad. No es que hubiese escrito un mensaje en ellas ni nada por el estilo, pero aquello tenía que significar algo, lo intuía, no podía ser casualidad. Me tiré de nuevo al suelo y empecé a rastrear y a olisquear cada centímetro cuadrado. Pegaba mi mejilla a las baldosas para tratar de ver algo con el reflejo de la luz, algo que estuviese muy a ras de suelo. No os hacéis una idea de la cantidad de cosas que puede haber delante de nuestros ojos y que no somos capaces de ver hasta que abrimos mucho los párpados y nos colocamos en la posición correcta. En el suelo no vi nada a simple vista, tan solo ese más que evidente desgaste o abrasión extra, ahora que sabía que ahí estaba, claro. A medida que mi cara empezó a adaptarse al frío suelo, me empezó a llegar un olor reconocible pero que un principio no supe identificar. Cerré un momento los ojos y respiré profundamente, una vez, dos veces. Lejía. Los poros de cada baldosa desprendían un fuerte olor a lejía cuando pegabas bien tu nariz a ellos. Olisqueé otras zonas de la cocina para ver si desprendían el mismo olor, pero nada, ese olor provenía solo de esa zona. Alguien había estado echando grandes cantidades de lejía en esa pequeña zona de la cocina, de eso no cabía duda, y eso solo podía significar dos cosas. Primero que alguien había estado limpiado esa zona a conciencia, y segundo, si Catalina había muerto en esa cocina y alguien había estado limpiando mucho una zona, me pareció obvio que no había muerto de un infarto ni nada parecido, sino que había habido sangre derramada. Alguien había tratado de eliminar cualquier rastro de que allí se había producido una muerte fea y desagradable como el resto.

Salí de allí emocionado, no era mucho lo que había encontrado, pero en ese momento para mí significó que estaba en el camino correcto, que no era ninguna fantasía lo que yo creía y que valía la pena seguir arriesgando mi vida y las de mis amigos.

Llegué a la salita dispuesto a contárselo al resto, pero al llegar me pidieron que guardara silencio. Estaban todos sentados alrededor de la mesa camilla, con la *ouija* en el centro y unas cuantas velas como única iluminación de ese pequeño cuarto que desprendía olor a viejo y a iglesia. La verdad es que el ambiente que habían creado daba un poco de miedo. El movimiento de la luz de las velas jugaba a desfigurar los rasgos de las nuestras caras, el olor a cera quemada parecía estar adueñándose de esa pequeña burbuja de fantasía y de terror infantil que habíamos creado.

Fue Vera quien empezó a darnos órdenes sobre cómo proceder. Hasta ese momento no había caído en la cuenta de quién había ido detrás del tema de la *Ouija*, quién había propuesto el

«juego» y había insistido en que lo probásemos, pero entonces lo vi claro, había sido Vera, desde un principio. Yo tenía la cabeza demasiado metida en la investigación de la muerte de los doce como para pararme a pensar en las intenciones que otros pudiesen tener en nuestra visita a aquella casa, ni se me pasó por la cabeza.

Nos recitó las instrucciones una a una como si fuese una médium o una bruja auténtica, de las que les cambia la voz y su rostro nos muestra su reverso más siniestro. Había que estar en silencio, repitió varias veces que aquello no era un juego, era un ritual, y que no «valía reírse», «no vale reírse porque eso hace enfadar a los fantasmas». Tan solo teníamos que poner el dedo índice sobre ese pequeño objeto con forma de castaña, o de corazón, según se mire, y dejar nuestra mente en blanco, no pensar en nada, sobre todo no pensar en cosas malas. Pusimos todos el dedo sobre el puntero, incluido ángel, al que obviamente nadie se había atrevido a decirle que se fuera, que no era uno de los nuestros. Vera hizo la primera pregunta.

—¿Hay alguien más con nosotros?

Todos nos quedamos en silencio, con nuestra mirada puesta en el puntero, esperando a que ocurriera algo, pero no se movió ni un milímetro. Recuerdo que las manos me sudaban y que allí dentro estaba empezando a oler no solo a iglesia vieja, sino también a pies y a humanidad en plena efervescencia hormonal.

—¿Hay alguien ahí? Si hay alguien ahí que responda, «sí», por favor.

A Ángel se le escapó una pequeña sonrisa a la que se unió el Mapache y después Juan.

—Por favor, si vais a empezar a reíros y a burlaros mejor os marcháis —dijo Vera muy seria, muy lejos de la chica que había estado dejando que Ángel le metiese mano hacía solo unos instantes.

—Eh, ¿qué hacéis? Callad ya de una vez o me lío a hostias con los dos, un poco de respeto, joder —añadió Ángel mirando al Mapache y a Juan, que se miraron mutuamente sin saber cómo responder a aquello.

—Por favor, solo queremos establecer un contacto, si hay alguien ahí haznos una señal, si hay alguien más con nosotros, que diga, «si».

Joder, no os recomiendo que juguéis nunca al tablero maldito, no lo hagáis por favor, ni dejéis que vuestros hijos lo hagan, habréis oído miles de historias y podréis pensar lo que queráis, pero yo os puedo asegurar que tiene algo, algo que es peligroso, no sé bien lo que es, pero es muy peligroso, y os recomiendo que no corráis el riesgo de averiguarlo.

—Repetiré otra vez la pregunta y después cerraremos el contacto, ¿hay alguien más con nosotros? ¿Hay alguien más ahí?

La voz de Vera me estaba empezando a resultar bastante inquietante. No apartaba los ojos del puntero y parecía como si todo a su alrededor no existiera en ese momento. Todo estaba en silencio. Si alguna vez se os ocurre hacer una estupidez así no lo hagáis junto a alguien con dificultades respiratorias porque os aseguro que escuchar cómo el aire entraba y salía por los orificios nasales del Mapache estaba a punto de hacer que me cagara encima. Y entonces sucedió. El puntero se movió como un par de centímetros y todos sostuvimos la respiración un instante.

—¿Habéis sido vosotros? —dijo Cristina mirando a Ángel y al Mapache.

Ángel se quedó mirándola muy serio y después soltó una pequeña sonrisa muda.

—Capullo...

Y entonces volvió a suceder, pero mucho más intenso, el puntero se fue directo al «sí», situado en la esquina superior izquierda del tablero. Ninguno de nosotros abrimos la boca, tan solo continuamos apoyando nuestros índices en esa superficie plástica. Empecé a notar cómo la piel de

mi nuca se tensaba y algo parecido a como si cien mil hormigas hubiesen empezado a corretear por encima de mi cabeza. El puntero volvió a moverse y se fue directo al «no», después empezó a deslizarse muy rápidamente sobre el tablero entre el «sí» y el «no». Nuestros ojos iban de un lado a otro y ni tan siquiera teníamos fuerzas para observar qué estaba haciendo el resto. No sé qué pasaría por las cabezas de los demás, pero yo tenía el cerebro como bloqueado y no podía pensar, no sabía cómo actuar ni si aquello que estaba ocurriendo estaba pasando realmente. Pero podía sentir el miedo, en lo más profundo de mi ser, el miedo a lo desconocido y a ser engullido de la forma más horrible que se pueda imaginar por algún ser maligno y horripilante salido del rincón más oscuro y tenebroso del universo. No sé quién fue el primero, pero alguien levantó el dedo del puntero y después lo seguimos todos casi al unísono, como el que aparta la mano una vez se ha dado cuenta de que esa llama está empezando a quemar. Todos menos Vera.

—Eh, ¿qué estáis haciendo? No os podéis marchar aún, ¡habéis roto el círculo, idiotas!

Todos salimos de allí corriendo, menos Vera, que se quedó según ella nos dijo después, «cerrando la comunicación para evitar que el espíritu con el que habíamos contactado se enfadase y cayera una maldición sobre todos nosotros».

A día de hoy no puedo asegurar si el puntero del juego del diablo se movió realmente «solo» o todo fue una broma de alguno de los que allí estábamos. Desde luego nadie confesó nunca haber movido ese puntero, nadie.

A partir de ese día Vera empezó a insistir con que debíamos repetir, que teníamos que volver allí porque aquello que había movido el puntero había sido el espíritu de Catalina, que por alguna razón no se había ido en paz y todavía se encontraba allí atrapada. También decía que a lo mejor Catalina tenía que decirnos algo importante, algo muy importante sobre su muerte. Me insistió a mí particularmente muchas veces, sabía de mi interés por todo lo relacionado con la muerte de los doce y pensaba que así me convencería, incluso me llegó a ofrecer a cambio, esto me da aún a día de hoy un poco de vergüenza contarlo, un rato a solas con ella, dejaría que le hiciera lo que yo quisiese. No consiguió convencerme de ninguna de las maneras. No volví a esa casa nunca más, ya había conseguido lo que quería saber y una segunda visita tan solo podría traernos más problemas. Aunque Vera no pensaba lo mismo. Aquel día la marcó de alguna manera. No sé ni por qué, ni cómo, pero tiempo después me enteraría de que había tenido serios problemas relacionados con todo eso de la Ouija, una especie de adicción o algo así, una historia extraña y con muchos misterios que quizá otro día os cuente.

CAPÍTULO 10

1

—Buenos días, Guillermo, ¿qué tal te encuentras esta mañana?

—Buenos días, doctora, bien, me encuentro bastante bien, gracias.

La doctora Karen ha venido esta mañana a primera hora y ha traído unas cuantas noticias bajo el brazo, algunas buenas, otras no tanto.

—Verás, Guillermo, en primer lugar me gustaría disculparme contigo, creo que el trato que te hemos dado no ha sido del todo correcto, no me siento orgullosa de ello y me hago totalmente responsable de las molestias que te hayamos podido ocasionar.

Hoy, los ojos verdes de la doctora Karen estaban como apagados, como escondidos en el fondo de un pozo impregnado de negrura y dolor.

—Disculpas aceptadas, doctora, se lo perdono todo con una condición.

—¿Cuál?

Es una mujer atractiva, sin ninguna duda, tiene una de esas sonrisas que parece estar diseñada para agradar, para confiar en ella, para creer en ella.

—Que me responda a unas cuantas preguntas, creo que me lo debe, yo he dejado que me hicieseis todas las pruebas que habéis querido apenas sin preguntar y he respondido a todo lo que me habéis preguntado con total sinceridad, así que... considero que es justo...

—De acuerdo, Guillermo, tú pregunta y yo te responderé lo mejor que pueda.

Cuando os dije que la doctora Karen era una mujer sofisticada me refería a que cada parte visible de su cuerpo desprende un exquisito cuidado y una meticulosidad extrema para que cada una de esas partes tenga la apariencia exacta que ella desea que tenga. Nada en ella parece casual y hasta el punto concreto en el que apoya sus gafas sobre su nariz o la distancia que hay entre el último botón abrochado de su blusa y la base de su cuello parecen haber sido calculados al milímetro.

—En primer lugar, me gustaría que me dijeseis la razón por la que me habéis hecho tantas pruebas, algunas de ellas, por no decir casi todas ellas, incluso me las habéis hecho dos veces.

—Verás, Guillermo, creo que ya sabes la respuesta a esa pregunta, pero si lo que quieres es oírla de mi propia voz... estás en tu derecho. En un principio, cuando te encontramos en aquella azotea y te trajimos directamente aquí, pensamos que padecías alguna patología mental, un cuadro severo de percepción de la realidad alterada acompañado de fuertes impulsos homicidas. No respondías a ningún estímulo, estabas sumido en un estado de estupor mental del que llegamos a pensar que no saldrías...

—Pero salí...

—Sí, obviamente, saliste, Guillermo, saliste. Fue entonces cuando empezaste a contarnos todas esas historias del pasado sobre extraños suicidios de personas cercanas a ti y, francamente eso tan solo nos condujo a reafirmarnos en nuestra opinión acerca de que habías sufrido diversos episodios traumáticos en tu infancia que te habían llevado a desarrollar una grave enfermedad mental. Enfermedad que podría haberte llevado a cometer asesinatos que parecían ser suicidios, como el de las diez personas que se tiraron de esa azotea en la que te encontramos. Pensamos que

tú habías sido el que los había tirado, o el que los había obligado de alguna forma a que ellos lo hiciesen...

La doctora Karen parece tan profesional, sus palabras resultan tan elocuentes que uno tiende a creer en todo lo que dice sin dudar ni un instante en su veracidad. Creo que podría llegar a enamorarme profundamente de la doctora Karen, y digo podría porque en estos momentos tan solo existe un hueco en mi corazón, y ese hueco todavía sigue estando ocupado por Cristina, así que ese «podría» es en realidad un imposible.

—Tienes que entender que no tenía mucho sentido tu presencia en esa azotea, es cierto que desde un primer instante se planteó la idea de que tú también fueses a hacerlo y que al final te lo pensaras mejor, que pertenecieseis a una secta o algún colectivo con tendencias suicidas, pero en cuanto empezaste a contarnos todas esas historias... eso solo te perjudicó, Guillermo, comprobamos lo que dijiste acerca de la muerte de... ¿cómo lo llamabas?

—De los doce, la muerte de los doce.

—Eso. La muerte de los doce. Tratamos de comprobar rápidamente su autenticidad y tan solo nos fue posible cotejar una de ellas, la de la chica que saltó por la terraza de esa finca en 1990...

—Pero doctora, ese tipo de muertes no se registraban como es debido, la gente no se atrevía siquiera a reconocer su existencia...

—Está bien, Guillermo, déjame acabar, a pesar de no haber podido comprobar lo que nos contabas...

—Pero si no me habéis dejado acceder a mis archivos, a los que guardo en Baladrar...

—Guillermo, tranquilo, déjame terminar, sé que tú no mataste a esas personas, y sé que tampoco nos has estado mintiendo, ahora lo sé y ya te he dicho al principio que me disculpases por haber dudado de tu palabra, pero tienes que entender que aquí tenemos mucho trabajo y que esto no está siendo fácil, nada fácil...

—¿A qué se refiere?

—Ya sabes a qué me refiero, Guillermo, a que está ocurriendo eso que tú nos dijiste, se está extendiendo y no sabemos cómo pararlo...

La doctora Karen ha entornado un poco los ojos y a mí me han entrado ganas de abrazarla y de decirle que no se preocupara, que conseguiríamos dar con la solución, pero luego he recordado todo el tiempo que me han tenido aquí dentro como una cobaya y me ha vuelto el enfado y he pensado que tampoco le vendría mal lamentarse un poco soportar las consecuencias de sus decisiones.

—¿Cuánto de grave es doctora?

—Guillermo, eso es algo difícil de determinar, todavía no sabemos qué está ocurriendo ni por qué...

—Cuánto de grave.

—Mucho, Guillermo, la situación es bastante delicada.

Me han entrado unas ganas terribles de llorar que no he podido contener. La doctora Karen me ha pasado un pañuelo que olía a lavanda. Siempre pensé que eso que hacía que las personas se suicidasen algún día terminaría de alguna forma por extenderse como un virus mortal, siempre lo pensé, pero nunca llegué a creérmelo del todo, en el fondo de mí no quise creer que algo así podía llegar a ocurrir.

—¿En serio no sabéis nada? ¿Ninguna pista de por qué ocurre?

—Teorías muchas, hallazgos escasos.

—¿Escasos? ¿Eso quiere decir que hay alguno?

—Prácticamente nulos.

—Por eso tantas pruebas, ¿no? Buscabais algo en mi interior ¿verdad?

—Exacto, Guillermo, hemos buscado por todas partes, por todos tus sistemas moleculares, el comportamiento celular, la existencia de bacterias, parásitos, virus…, en fin, cualquier tipo de agente biológico que fuera desconocido para nosotros... y nada, estás perfectamente.

—¿Han pensado en algún agente químico?

—¿Te refieres a si esto es el resultado de un ataque con armas químicas?

—Sí, o de una droga u otro tipo de sustancia química que manipule la consciencia durante un tiempo... no sé...

—No hemos encontrado ningún rastro químico de ningún tipo, Guillermo, lo sé, es bastante desesperanzador, pero la situación está así y no podemos ni queremos ocultártela...

—¿Las proteínas?

—Sí, Guillermo, ya te dije en una ocasión que miramos las proteínas, no te estaba mintiendo, te juro que lo miré al milímetro y no encontré absolutamente nada, ¿por qué ese empeño con las proteínas si se puede saber?

—No sé, una vez leí que si se aumentaba mucho la temperatura las proteínas de nuestro cuerpo podían llegar a desnaturalizarse, a perder su estructura y eso nos conduciría directamente a la muerte, y ya le he dicho que tanto el verano de 1990 como el verano en que nos encontramos ahora el calor era insufrible, era bastante peor de lo que suele ser... era solo una idea...

—Está bien, Guillermo, está bien, de todas formas no hemos encontrado nada ni en ti ni en los demás como tú...

—¿Los demás como yo?

—Guillermo, no eres el único que ha logrado sobrevivir a lo que sea eso, hay unos cuantos más que han estado a punto pero que al final no lo han hecho... exactamente igual que tú...

—¿Piensa que podríamos ser inmunes o algo así?

—Algo así...

La doctora Karen tenía aspecto de agotada, física y mentalmente. Debe de ser muy duro dedicarte en cuerpo y alma a una misión y ver cómo fracasas diariamente, estrellándote siempre contra la misma pared, y ver como todas las esperanzas depositadas en ti han sido en vano, y ver como todo a tu alrededor se ha empezado a desvanecer como los instantes finales de un sueño.

—¿Cuándo podré irme, doctora?

—Eso es lo otro que quería decirte, puedes irte cuando quieras, Guillermo. Hoy mismo, cuando hayamos terminado de cerrar tu expediente podrás marcharte, aunque si te quieres quedar eres bienvenido...

—¿Quedarme? ¿Y por qué me querría quedar, doctora?

—Todavía no sabemos si eso que te infectó todavía sigue en tu cuerpo, de alguna forma, y que eso pueda conducirte a que lo vuelvas a intentar, y en ese caso estudiar el fenómeno justo en el momento en el que está teniendo lugar, pero ya te he dicho que no estás obligado a nada, no tenemos derecho a retenerte más tiempo ni tampoco sabemos que eso que te acabo de contar vaya a suceder de esa forma, de hecho ninguno de los que lo vencisteis en el último momento lo habéis vuelto a intentar...

Me he quedado unos instantes valorando la propuesta de la doctora Karen. Colaborar con alguien es lo que siempre he querido, desde un principio, tener un respaldo que escuchase mi historia y que creyera en ella igual que yo. Pero después he pensado que no es este el equipo que busco, no son estos los compañeros con los que deseo buscar la verdad.

—Está bien, doctora, agradezco mucho si sinceridad, si no le importa, prepáreme el alta médica o como lo llamen, vuelvo a casa.

—Como quieras, Guillermo, ha sido un placer tenerte aquí con nosotros.

La doctora Karen se ha marchado y me ha dejado aquí solo. En unas horas podré irme y todavía no sé con qué me encontraré ahí fuera. No ha querido decirme de qué número de muertes estamos hablando, no sé si por no asustarme o porque no tienen ni idea, pero antes de irme volveré a preguntárselo.

Tampoco ha parecido muy interesada la doctora en mi historia, en el suceso original, pero imagino que eso va con su profesión, con su idiosincrasia. En ningún momento ha pensado que lo que pasó en 1990 tenga algo que ver con lo que está pasando ahora. Por lo menos ya no piensa que estoy loco, que es lo que me ha llamado de esa forma tan elegante en más de una ocasión. Y por lo que he podido deducir, tampoco cree que tenga la más mínima importancia estudiar este fenómeno en su globalidad, desde el principio, solo le importa buscar una cura, una solución, estudiándolo *in situ*, ahora. De todas formas, antes de marcharme, he de terminar de ordenar mis ideas si lo que quiero es reanudar mi búsqueda, todavía tengo unas horas para terminar de recordar todo lo que sucedió en el original, en el verano de 1990.

2

Después de visitar la casa de Catalina les conté a los demás lo que había visto en el suelo de la cocina de su casa y mis consecuentes sospechas acerca de que su muerte no había sido casual, sino que se había producido de forma deliberada, de que cabía la posibilidad de que también había hecho «eso». Todos me miraron con algo de recelo, todos menos Cristina. Qué bonita fue aquella mirada verde esmeralda con la que me dio todo su apoyo y que yo recibí como el avistamiento de un faro en alta mar después de haber estado perdido en el océano durante días. Existe una grandísima diferencia entre ser el único que piensa una cosa y que haya una persona más que te apoya, es muy fina la línea que separa al «loco» del «es posible que tenga algo de razón», y más en un pueblo pequeño como lo era Baladrar.

Quedaba apenas una semana para que empezase el curso y ese era el tiempo que me había marcado como tope para investigar la muerte de los doce. Una vez me internaran en ese estúpido colegio alemán solo estaría en Baladrar los fines de semana y supuse que mis padres querrían pasar algo de tiempo conmigo, así que los ratos libres para callejear y para dejar volar la imaginación se verían seriamente reducidos.

Todavía quedaban algunas "zonas muertas" por visitar, en realidad casi todas. El problema es que algunas de ellas eran lo que yo pasé a llamar "zonas muertas intocables". Las muertes de los padres del Italiano no se investigarían bajo ningún concepto, una cuestión de honor y respeto entre camaradas, no se removería nada que tuviese que ver con la memoria y el honor de sus padres. Además, estaba bastante claro que se habían tirado a las vías del tren, a pesar de que en el pueblo hubiesen querido decir públicamente que se "habían caído". Lo que nadie se había atrevido a decir es por qué lo habían hecho ni si había alguien o algo detrás de su muerte, como en el resto de los doce. El otro punto intocable era el de la pareja que había ardido en el incendio de su propia casa, Beatriz Solanas y Alberto Ruiz. La casa había quedado reducida a una fachada medio derruida, un montón de escombros y toneladas de ceniza y carbón. A uno le daba la impresión de que todos esos restos todavía desprendían calor cuando pasabas por delante. Podríamos habernos

colado dentro pasando por debajo de las bandas de seguridad que había colgado la policía alrededor de todo el perímetro de la casa, pero francamente, nadie tenía la esperanza de que allí dentro fuésemos a encontrar nada que nos pudiese ayudar. Así que decidimos pasar al siguiente de la lista.

Ante tal perspectiva, los "zonas muertas" no "intocables" eran la muerte de los padres de Richi, la de Nuria y la de mi vecina Lidia, la primera, la que abrió el ciclo de los doce. Es cierto que investigar los padres de Richi tampoco me parecía muy ético, la verdad, pero necesitábamos de esa investigación para corroborar que todo cuadraba, que todo tenía un sentido, al menos yo así lo creía. De Julio Samper solo sabíamos que lo habían «encontrado muerto», a secas. Pero después de preguntar un poco, terminamos sabiendo lo que se decía entre susurros, que se había colgado en un árbol, el mismo en el que Raimundo Quiroga había estrellado su coche. Cristina y yo decidimos que como allí ya habíamos estado ya no era necesario volver, además, el árbol lo cortaron unos días después de nuestra visita y lo más importante, yo recordé que aquel primer día en el que ella y yo salimos solos por primera vez le prometí que no volveríamos a ese árbol nunca más, y las promesas entre hermanos y entre la gente que se quiere son para toda la vida, ¿no?

Una vez decididos los puntos calientes planeamos cómo y cuándo llevaríamos a cabo las siguientes operaciones, no había tiempo que perder si lo que queríamos era explorarlos todos antes de que yo me fuera. He de confesar que me costó levantar el ánimo de los chicos después de la sesión *ouija* en casa de Catalina. Ninguno de nosotros se atrevía a hablar más de cinco minutos seguidos del asunto a parte de Vera, que seguía obsesionada con el tema y con volver a repetir, allí o en cualquier otro lugar. Además, a partir de ese día Ángel había empezado a dejarse caer con nosotros y eso no gustó demasiado al resto, al menos al principio. Nos encontraba como «por casualidad» en el parque, en la antigua vía de tren abandonada o en lo que nosotros llamábamos la casa de Freddy Krueger, una antigua fábrica de cuchillos abandonada, y allí se quedaba a escuchar todo lo que decíamos mientras trataba de meterle mano a Vera. Está claro que éramos niños, pero nunca en la vida he vuelto a ver a alguien meterle mano a otra persona con tanto descaro como lo hacía Ángel con Vera. De todas formas como ella no le decía nunca nada todos allí supusimos que le gustaba, aunque bastante tiempo después nos enteraríamos de que no era así. Pobre Vera.

Recuerdo que tuve que tirar de sentimentalismo y de todo el poder de convicción que pude reunir para volver a levantarles el ánimo. Les dije que teníamos que hacerlo por los padres del Italiano, por la madre de Niven, por Lidia, mi vecina, y por todos aquellos que habían muerto por culpa de algo que nadie entendía, por culpa de algo que algún día volvería y se cobraría muchas más vidas. Eso pareció alentarlos y que recuperasen las ganas por hacer un último esfuerzo, por acompañarme en aquellas últimas misiones. Incluso Ángel, aparte de meterle mano a Vera, parecía mostrar un interés real y sincero en las misiones de nuestro pequeño club del misterio y nos acompañó en el resto de misiones que hicimos. A los demás, aunque Ángel tuviese esa fama tan horrible y fuese bastante desagradable, en el fondo creo que empezó a gustarles su presencia, quizá porque se sentían más protegidos estando al lado de alguien con esa fama de perdonavidas, quizá porque en el fondo todos lo admirábamos un poco, todos deseábamos tener algo de esa fuerza interior que tenía para imponerse a las adversidades y para plantarle cara a cualquiera.

La primera de las misiones que nos quedaban la hice yo solo. Consistía en ir a ver el escenario de la muerte de Lidia y pensamos que como ese lugar era la terraza de la finca donde yo vivía lo mejor sería evitar que armásemos mucho revuelo. Viendo que yo tenía fácil acceso y que no me hacía falta ayuda decidimos que en cuanto tuviese una oportunidad la completaría. Eso fue lo que todos decidimos, pero en realidad lo que yo sentía, lo que yo quería, es tener ese momento para mí

solo. Sé que os puede parecer raro, o egoísta, pero Lidia era vecina mía de toda la vida, y era mi finca de la que estábamos hablando, así que traté de evitar que alguien más subiese allí arriba. Esa misión era mía, Lidia había sido la primera y yo lo había presenciado, y a veces pienso que fue en ese preciso instante cuando perdí toda la inocencia de la infancia, cuando el Guillermo que todos conocían se fue para no volver más. Esa misión era mía, mía y de nadie más.

Aproveché un momento en el que mis padres y mi hermana Carmina se habían ido a comprar y mi hermano se había encerrado en su cuarto con su amigo Esteban para jugar al viejo Spectrum 48k, para llevar a cabo mis planes. Yo conocía a la perfección el lugar donde mi madre guardaba la llave que abría la puerta de acero desde la que se accedía a la terraza: en el tercer cajón del mueble recibidor, bajo unas cuantas mantillas de punto blanco. Abrí la puerta sin hacer ruido y la cerré con la misma delicadeza. Subí las escaleras despacio, de puntillas, mi piso era el tercero y la finca tenía cinco más la terraza. En cuanto a nivel de riesgo es posible que esta fuese la misión más sencilla, pero en cuanto implicación emocional puede que para mí fuese la más complicada. No os podéis imaginar cuánto me empezaron a temblar las piernas cuando subí aquel último escalón, cuánto me costó encajar la llave en la cerradura de la vieja puerta color butano. Cuando salí a la terraza lo primero que sentí fue cómo una fuerte ráfaga de viento me envolvía entre sus incansables brazos, parecía estar dándome la bienvenida por tener el valor de subir allí arriba yo solo. Había ropa tendida, sábanas principalmente, pero también pantalones, camisetas y hasta ropa interior. Algunos vecinos solían subir allí para tender prendas grandes o cuando querían que la ropa se secase antes. Unas sábanas me acariciaron la cara cuando pasé junto a una hilera de ropa, allí arriba el aire era más frío, serían las siete de la tarde aproximadamente y el calor ya no era tan intenso. De camino hacia el lado de la cornisa desde donde se tiró Lidia me pude arrepentir como cien veces de haber subido allí arriba. Empecé a sentir el miedo como algo real y amenazante por sí solo, algo capaz de matarme allí mismo sin necesidad de tirarme por una terraza ni de cortarme las venas, matarme de forma fulminante. ¿Habéis tenido alguna vez esa sensación? ¿Habéis sentido alguna vez tanto miedo que algo en vuestro interior os ha empezado a decir que vais a morir, que vais a morir ahora? Pues yo sentí exactamente eso aquella tarde.

No sé si empecé a llorar en ese momento, cuando llegué hasta la cornisa o cuando volví a casa. Pero os puedo asegurar que lloré. Mucho. A medida que me acercaba al pequeño murete de apenas un metro veinte que delimitaba la terraza empecé a sentir náuseas, es como si mi cuerpo rechazase ese lugar, ese momento, el viento cada vez soplaba con más fuerza y a mis piernas les costaba avanzar hacia delante. Puse mis dos manos sobre los ladrillos de teja naranja que había sobre el murete de la terraza, los mismos sobre los que Lidia apoyó sus manos para coger impulso y saltar al vacío, y os juro que en ese momento sentí que me moría, que me iba a morir en ese preciso instante. Me embargó una pena y una tristeza tales que de pronto me pareció absurdo todo aquello que estaba haciendo, de pronto me pareció absurda mi vida, la vida. Me asomé como pude por encima del murete y al ver a la gente del tamaño de una hormiga caminar hacia ningún sitio y a los coches aparcar en la más absoluta nada, sentí un mareo como nunca antes lo había sentido, como si alguien me hubiese dado cien vueltas con los ojos vendados y después me hubiese soltado allí arriba. Desde ese día me han dicho que tengo vértigo, he dicho que tengo vértigo, y no sé si las demás personas con esa alteración sienten lo mismo cuando están a una determinada altura, pero os puedo jurar por lo que más quiero que lo que yo sentí fue como si alguien o algo tratase de empujarme hacia abajo, y lo peor de todo es que ese algo o alguien lo sentía en mi interior. Era como si una extraña atracción estuviese tirando de mí desde abajo, desde el suelo, y al mismo tiempo fuese totalmente consciente de ese horror. Me aferré a la cornisa y traté de coger aire, de

tranquilizarme, era tal el miedo que sentía que llegué a pensar que cualquier movimiento que hiciese haría que me cayese hacia delante como cayó Lidia. Reuní fuerzas como pude, intenté pensar en cosas bonitas, en cosas graciosas, en mi primera clase de parvularios, en el primer diente que me cayó, en la fiesta de mi once cumpleaños, en aquel primer día en que mi padre me quitó los ruedines de la bici. Me impulsé hacia atrás y conseguí alejarme al menos un metro de la cornisa. Pero entonces vi algo que hizo que me acercara de nuevo, vi algo que alguien había rayado sobre la parte superior de la cornisa, el punto más o menos exacto desde según mis cálculos, Lidia se había tirado. Me acerqué con el corazón haciéndome algo muy raro, me palpitaba despacio, pero cada palpitación era de una fuerza tan brutal que sentía como si alguien me lo estuviese retorciendo con las manos, igual que se hace al escurrir un trapo mojado. Eran solo dos palabras lo que allí había escrito, dos palabras que nunca olvidaré y que aún a día de hoy creo en ellas con todo mi corazón: «¿POR QUÉ?

Bajé de la terraza corriendo y al entrar en casa me fui directo a mi hermano y me lancé a sus brazos llorando. No preguntó ni tampoco quiso saber, simplemente me abrazó con fuerza y me dijo: «yo también te quiero, Guillermo, yo también te quiero». Jamás en mi vida creo que volveré a vivir un momento de amor fraternal tan puro y bonito como viví aquella tarde de septiembre.

3

No les conté a los demás lo que me había pasado en la terraza de mi finca. Al menos no todo. Ya os dije que esa misión era mía y que la mayoría de lo que sentí y vi aquella tarde lo guardé para mí. En cambio sí les conté algo “añadido” a lo que había visto. Dije que allí arriba había como unos arañazos en la pared, justo donde vi escrito ese "¿por qué?" que tanto me intrigaba. Pensé que dotar de más detalles y elementos a lo que había visto no estaba de más. No me enorgullezco de haberles contado esa pequeña mentira, pero tampoco os voy a mentir, no soy perfecto, tengo muchos defectos, y a esa edad, uno de ellos era que si tenía que mentir para salirme con la mía, muchas veces lo hacía.

La visita a casa de Nuria Belmonte era la siguiente misión, la penúltima. La versión oficial es que la habían encontrado muerta en su casa, punto y final. Pero la versión que se rumoreaba era otra muy distinta y bastante más desagradable. Sin ir más lejos yo mismo pude escuchar esa versión alternativa en los recreativos un par de semanas después de que la encontrasen. Escuché cómo Lucas, que era un año mayor que mi hermano Enrique y tenía fama de consumir algún tipo de droga, le contaba aún amigo suyo que Nuria Belmonte, que era tía segunda suya o algo así, la habían encontrado en su cuarto desangrada después de haberse cortado las venas. Lucas no tuvo ningún tipo de reparo en dar incluso algunos detalles escabrosos y muy íntimos relacionados con el estado en el que habían encontrado a su tía, todo ello mientras le daba fuertes golpes a los laterales metálicos de la máquina de Pinball a la que estaba jugando. Aunque Lucas no tuviese muy buena fama, no tenía ningún sentido que se inventase semejante historia, así que ni yo ni el resto dudamos de que debiera ser verdad. A veces pienso, sobre todo cuando recuerdo los detalles de esta historia, que resulta curioso la forma en la que ciertas noticias y hechos casuales relacionados con la muerte de los doce, como el haber escuchado a Lucas contar esa historia, aparecían ante mis ojos como por arte de magia. Y no os voy a engañar ni tampoco a mentir con relación esto, en más de una ocasión he llegado a pensar que era ese propio misterio que yo trataba de desvelar el que me seguía día tentando y llamando día tras días, como si quisiese que

fuese tras él. ¿No os ha ocurrido nunca que no habéis escuchado nunca hablar de un tema o escuchar decir una simple palabra, y a partir de un primer día no dejas de escuchar eso mismo por todas partes? Pues eso mismo me sucedía a mí con este tema. Es posible, o al menos eso es lo que yo creo, que cuando piensas mucho en un tema tu estado de alerta y tu nivel de atención hacia cualquier cosa o palabra clave relacionado con el mismo se eleva de tal manera que hace que cualquier comentario, por escueto que sea, llegue hasta nuestros oídos de la misma forma que le llega a un tigre el olor a comida a kilómetros de distancia.

El plan era el siguiente, Nuria tenía dos hijas, Malena, de nueve años, y Estrella, de catorce años, que iba a la misma clase que Cristina y Vera. La idea era que ellas pudiesen de alguna forma hablar con Estrella, preguntarle qué es lo que ella sabía acerca de lo que le había pasado a su madre y si nos dejaría entrar en su casa para echar un vistazo, que solo queríamos ayudar, saber la verdad. La verdad real de lo que había pasado. Lo sé, este asunto era muy delicado, demasiado, pero a esa edad todavía no sabíamos medir demasiado bien en qué lugar se encontraban los límites entre lo que estaba bien y lo que estaba mal. No se nos pasó por la cabeza que hablarle de ese tema a una persona que había perdido recientemente a su madre era algo que estaba bastante fuera de lugar. Eso es lo que pienso ahora, pero lo que pensaba entonces era que ese era un buen plan y que por qué no iba a funcionar, y lo cierto es que funcionó, no sé cómo pero funcionó.

Cristina y Vera se habían distanciado un poco desde la sesión *ouija* en casa de Catalina y el posterior romance entre Vera y Ángel, digamos que tenían pendiente una conversación entre mujeres, una conversación entre amigas. Pero funcionaron muy bien juntas para esta misión, volvieron a recuperar parte de esa amistad que tenían.

Las dos mujeres de nuestro grupo nos contaron que Estrella se había cogido un buen berrinche cuando le sacaron el tema. No tardó en confesar que ella misma había podido ver a su madre desangrada en la cama, su cuerpo tenía el color de una de esas manzanas amarillas que se están empezando a arrugar. En el suelo había un charco de sangre enorme y pegajoso, pero allí dentro no olía a fresas salvajes ni a agua de rosas, allí olía a sudor rancio, a calor y a aire muerto y viciado, un olor que todavía conservaba en lo más profundo de sus fosas nasales. Su padre rompió a llorar y a gritar casi de inmediato y se abalanzó sobre el cuerpo de su madre. La cogió entre sus brazos y la abrazó y la besó con todas sus fuerzas mientras no paraba de llorar y de gritar. Estrella les había contado que desde entonces su padre estaba como ido. Se pasaba el día sentado en un sillón del salón en silencio, sujetando una vieja foto en la que aparecían ellos dos de jóvenes, poco tiempo después de que hubiesen empezado a salir en 1970. Todo ello fumando cigarrillos sin parar, en palabras de la propia Estrella: «fumando todo el tiempo, todo el tiempo». Verónica, una tía soltera suya por parte materna, se había ido a vivir a su casa una temporada. Decía que sus sobrinas «no podían estar desatendidas y que la vida seguía, por muy triste que fuera perder a una esposa o a una madre, la vida seguía y había que mirar hacia delante». Estrella les contó que su tía Verónica nunca se había llevado bien con su padre, Diego, y que en el fondo lo culpaba por lo que había hecho su hermana. No le cabía ninguna duda de que si su hermana se había quitado la vida era porque no era feliz, y la preocupación principal de un marido tenía que ser que su mujer fuera feliz. Así que, si no lo había conseguido y ni siquiera se había dado cuenta de que su esposa no lo era, eso lo convertía en cierta manera en responsable directo de lo que le había pasado a su hermana.

A Estrella le aterraba la idea de tener que irse a vivir con su tía. Todos los días se encargaba de recordarle a ella y a su hermana Malena que si su padre no mejoraba tendrían que irse a vivir con ella, «porque la vida continúa y vosotras dos todavía tenéis mucha por delante». Cuando

Cristina y Vera le preguntaron a Estrella si creía o había pensado que podía haber algo raro detrás de la muerte de su madre, ella les contestó que no tenía ni idea, pero que no podía entender por qué su madre había hecho algo así. Su madre era la persona más feliz del mundo y nunca dejaba de sonreír, cada día y en cualquier situación. Las dos amigas le contaron a Estrella la investigación que estaban llevando a cabo ellas y algunos amigos más y las sospechas que tenían acerca de que todas esas muertes ocurridas entre Julio y Agosto podían tener una causa común que nadie había descubierto aún, que cabía la posibilidad de que la muerte de su madre tuviera una explicación razonable. Cuando le propusieron a Estrella si podría ser que entraran ellas dos y algún amigo a echar un vistazo en su casa ella no lo dudó ni un instante, «mi madre no era ninguna suicida, eso lo tengo claro, y si esto puede servir para que mi padre y nosotras podamos dormir por las noches adelante, haced lo que debáis». Cristina me contó a mí personalmente, solo a mí, que le había afectado profundamente la conversación con Estrella, que a través de ella había podido experimentar una minúscula parte de lo que debía ser ese dolor y que eso la había dejado totalmente desecha.

—¿Te lo imaginas, Guillermo? ¿Te imaginas lo que debe ser perder a un ser querido de esa forma tan horrible?

—Pues si te soy sincero últimamente no he tenido tiempo ni de pensar en eso en profundidad... pero sí, no me cabe la menor duda de que ese dolor debe ser insuperable...

—Estrella me dijo que no sabía si algún día podría superar lo de su madre, que tal vez su tía tuviera algo de razón. También se sentía culpable por no haberse dado cuenta de que su madre necesitaba ayuda, de que no estaba bien, y que se si se mató no fue solo por culpa de su padre, como decía su tía Verónica, sino de su padre y de ella y su hermana Malena, de todos ellos por no haberla hecho feliz.

Nunca había visto a Cristina tan afectada hasta la fecha, había visto su parte dura, respondona y divertida, pero no su parte sensible, no su parte emocional, y os he de confesar que a pesar de verla en ese estado, a punto de venirse abajo y de bajar los brazos, me gustó. Me gustó esa parte de ella y me pareció muy tierna y muy dulce.

—Yo no creo eso, Cristina, ya sabes que no creo que esas personas hicieran «eso» porque quisieran hacerlo, algo las obligó, algo las empujó, y juntos demostraremos que lo que estoy diciendo es cierto y Estrella y el resto de personas afectadas puedan descansar en paz, incluido mi amigo el Italiano, incluido Niven.

—¿En serio piensas eso de corazón, Guillermo? ¿Tan seguro estás que no lo hicieron por voluntad propia?

Me pareció siempre tan terrible la perspectiva de que la muerte de los doce no se diferenciara en nada a la de tantos otros suicidios que, a veces, como en esta ocasión, dudaba sobre si toda esta teoría que había elaborado y todos nuestros hallazgos no fueran más que un producto de mi imaginación. Una parte más de un mecanismo de protección que yo mismo habría forjado para evitar que todo aquello me afectara demasiado. Como el niño que concentra todos sus miedos y fantasmas en la figura del monstruo imaginario del armario. Pero en estos momentos no podía permitirme un paso atrás, no a tan solo unos días de empezar una nueva vida en el colegio alemán.

—No me cabe ninguna duda, Cristina, ninguna. Las personas solo se suicidan cuando están muy enfermas de la cabeza o cuando alguien o algo las obliga a hacerlo, pero nadie en su sano juicio haría eso porque sí, nadie.

Ya os dije que a veces mentía.

—¿En serio?

—Te doy mi palabra.

Cristina se inclinó un poco hacia mí, yo abrí bien los ojos, ella parecía estar a punto de echarse a llorar, yo cada vez la veía más cerca, ella puso sus brazos sobre mi pecho, tiernamente, y yo la abracé con todas las fuerzas que mis brazos de niño de doce años pudieron reunir. Fue la primera vez que la abrazaba y recuerdo que cerré los ojos y respiré tan profundamente que me pareció que el aire inundaba mi cuerpo y me llevaba volando hasta alguna nube, hasta el cielo infinito o detrás de alguna bandada de pájaros. Es una de las experiencias más bellas que jamás he tenido. A veces pienso que cuando la gente ensalza tanto la infancia, cuando pensar en esos años le trae tan buenos recuerdos, es debido a que en esos años se concentran la mayor parte de nuestras primeras experiencias en muchas facetas de la vida, y esas primeras experiencias suelen ser las que con mejor recuerdo se conservan, son el despertar a la vida.

Aprovechando que el padre de Estrella había salido al médico para arreglar unos papeles de su baja laboral y que su tía Verónica se había marchado a comprar con su hermana Malena, hicimos la visita a su casa.

Al entrar en la habitación de sus padres recordé ese olor a rancio que Estrella había descrito, todavía perduraba en el ambiente. Un par de moscas zumbaban contra el cristal de la ventana y la bombilla de la lámpara apenas emitía luz. Estrella era una chica guapa, una de las más guapas de su curso. Pero la muerte de su madre la había afectado de tal manera que estaba casi irreconocible. Tenía el pelo muy descuidado, aceitoso y lleno de nudos, las uñas de las manos mal recortadas y unas ojeras tan profundas y marcadas que la hacían parecer mucho mayor. Me supo mal que invadiéramos su casa de esa forma, concretamente la habitación de sus padres, pero era la única forma de investigar el caso de su madre. Fuimos todos, incluso Ángel, y entramos allí como un escuadrón policial antidroga.

Me quedé unos segundos observando la cama, las mesillas de noche, el despertador digital que había en una de ellas, los marcos de fotos en las que se veía a Estrella y a su hermana Malena de pequeñas.

—Ese era el lado de la cama de mi madre, fue ahí donde la encontramos.

Me dolió en el alma ese comentario. La madre de Estrella se había ido a morir en su propio lado de la cama, era como si hasta en ese momento no hubiese querido importunar ni a su marido ni a nadie, esa mujer era una bendita.

Me agaché y miré por debajo de la cama para ver si veía algo, me extrañó que estuviera todo tan limpio, no olía a lejía como en casa de Catalina ni tampoco había manchas de ningún tipo. Si no fuera porque Estrella nos estaba diciendo que ella mismo la vio allí tumbada, no nos creeríamos que había muerto desangrada en ese cuarto.

—Está todo muy limpio —dije eso por no decir que me extrañaba que no quedara ni rastro de la muerte de su madre.

—Tampoco hubo que limpiar demasiado, cuando mi madre se cor... —Estrella empezó a temblar, estaba a punto de tener un ataque de histeria—. Pu-pu-puso un cubo bajo sus dos brazos para que cayera allí toda la sangre y no manchara demasiado la habitación.

Estrella rompió a llorar y salió corriendo de la habitación, Cristina fue tras ella para consolarla. Vera en cambio se quedó allí dentro conmigo, con Ángel, con el Mapache y con Juan. Confieso que desde la sesión *ouija* me daba un poco de miedo cómo le había cambiado la mirada a Vera. Se le había endurecido, y miraba todo aquello como si estuviese buscando su propia verdad. Lo miraba con ansiedad, casi con un morbo enfermizo diría, aunque por aquel entonces tan solo supe identificar que no me gustaba su actitud ante lo que estábamos viendo, nada más.

Miré en el interior de los cajones de la mesilla de Nuria Belmonte. Ropa interior en el primero, un par de novelas de bolsillo en el segundo, y medias en el tercero. A continuación hice algo que nadie se esperaba, ni yo mismo supe por qué lo hice. Sin mediar palabra me tumbé en la cama, en el lado en el que Nuria Belmonte había muerto. Me puse de lado, en posición fetal, mirando hacia la ventana que daba a la calle. Recuerdo que se hizo el silencio, los demás me dijeron más tarde que se quedaron como paralizados cuando hice «eso tan raro». Me quedé con los ojos abiertos unos segundos, viendo la misma imagen que Nuria debió ver antes de morir, una ventana, una silla, una mancha de humedad en la pared. Nada más. Cerré los ojos y traté de imaginar que estaría sintiendo la madre de Estrella en esos momentos previos a su muerte. Qué le estaría pasando por la cabeza, si llegó a escuchar los golpes de su marido contra la puerta de su habitación, los gritos de dolor y de desconsuelo cuando la encontró y la estrechó entre sus brazos. Una fuerte náusea me subió desde el centro del estómago y me levanté de golpe, cogí aire por la nariz y traté de aguantar el vómito.

—Vámonos.

Todos me miraron con incredulidad cuando dije aquello, con cierto aire a decepción. Pero no podía estar ni un segundo más en esa habitación, me sentía igual que el día que vi a Lidia tirarse desde la terraza.

—Vámonos, por favor, aquí ya no hay nada más que ver.

Nos fuimos de allí y no dijimos ni una palabra. Cristina se quedó consolando a Estrella y, como un lejano murmullo, escuché cómo Ángel preguntaba «¿qué le ha pasado?», «que lo ha sentido, en su interior ha podido sentirlo», fue lo que le respondió Vera. Nunca supe a qué se refería Vera con aquello, nunca se lo pregunté.

4

La experiencia en casa Estrella no fue todo lo bien que esperábamos. No encontramos ni palabras escritas, ni señales extrañas, ni ninguna otra prueba que nos indicase que allí había pasado algo raro. Aunque lo cierto es que bien mirado, que su madre pusiera un cubo de plástico bajo sus dos muñecas para recoger toda la sangre que resbalara entre sus manos no nos pareció muy normal, pero ¿quién éramos nosotros para juzgar qué era normal y qué no dentro del comportamiento de un suicida? Os prometo que después de ese día estuve muy cerca de abandonar, más de lo que he estado nunca. Empecé a pensar en que todo aquello que estábamos haciendo no era más que un juego de niños que habían pasado muchas horas frente al televisor. Se me pasó por la cabeza que todo lo que habíamos elucubrado no había sido más que una fantasía mía, la más grande que jamás había tenido. Y también pensé que si la gente a veces hacía «eso», era porque de repente se sentía muy triste y no veía otra salida, eso es lo que mis padres habían tratado de explicarme. Luego me dije que no podía obviar el hecho de que, si nadie allí estaba investigando esas muertes ni pensaba en ellas como una extraña enfermedad capaz de volver a matar en cualquier momento, era porque no existía tal enfermedad ni ninguna otra razón para preocuparse. La gente se suicidaba, punto. Durante toda la historia había existido esta práctica y nadie había tratado de buscarle más explicación que la de que «cada persona tiene sus razones». ¿Por qué iba yo a ser el único en darse cuenta de algo que para todos los demás pasaba desapercibido? Me vine un poco abajo.

Fueron Juan y su hermana Cristina los que me animaron a continuar. Quedaban tres días para que empezara el nuevo curso escolar. Era viernes por la tarde y yo estaba tirado en la cama

escuchando una cinta de Mecano de mi hermana. Me encantaba ese grupo. Mi madre dio dos golpecitos en la puerta de la habitación y antes de que yo contestase la abrió. Entraron Cristina y Juan como dos guardias civiles.

—Hace un par de días que no te vemos, Guillermo.

—Sí, ya lo sé, el lunes me marcho a ese colegio alemán y no estoy para muchas fiestas, la verdad.

Yo me había levantado y me había puesto a sacar algunos libros de la estantería que tenía sobre mi escritorio. Tenía pensado llevarme unos cuantos porque intuía que en ese internado me aburriría bastante.

—¿No vas a venir? —dijo Cristina con una mezcla entre decepción y reprobación. —¿A dónde?

—¿A dónde? Ya sabes a dónde, Guillermo.

Cristina se había cruzado de brazos, esa tarde estaba preciosa. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas y había inclinado el cuello hacia un lado, esperaba una respuesta mía. Juan miraba a su hermana con devoción y después me miraba a mí con expectación.

—Lo siento, pero no me acordaba, chicos, es que no sabéis el lío que he llevado últimamente, tengo que preparar aún un montón de cosas para el colegio ese alemán...

Dije aquello y me di cuenta al instante de que me había estado compadeciendo casi a diario en los últimos días, de que estaba suplicando que los demás se compadecieran de mí. Eso me hizo sentir que todavía quedaba en mi interior bastante del niño que yo pensaba que ya se había marchado para no volver. El niño que pataleaba cuando las cosas no salían como él quería, o el que hacía preguntas para las que sus padres no tenían respuestas.

—Pues no lo sientas tanto y vámonos, los demás están abajo esperando.

Los demás eran el Mapache, Vera y probablemente Ángel. Me senté en la cama y me quedé unos segundos mirando al suelo.

—¿Qué pasa, Guillermo?

—Nada, Cristina... es solo que...

—¿Qué? Venga, no tengas miedo, dilo.

—Da igual, déjalo.

—¿Que no sabes si todo esto tiene el mínimo sentido? Eso mismo nos preguntamos mi hermano y yo todos los días y no por ello hemos dejado de creer, aunque sea un poco, así que mueve el culo de una vez y vamos a terminar lo que hemos empezado.

Esa tarde aprendí dos cosas muy importantes que jamás he olvidado. Una, que eso de que las niñas maduran antes que los niños es totalmente cierto, y dos, que hasta la más fuerte convicción y la más férrea creencia se pueden ir totalmente abajo si no vigilamos sus puntos débiles a diario, porque todas, absolutamente todas, tienen una grieta por la que empezar a pudrirse como lo hace la dura coraza de un submarino. Mi convicción se había agrietado un poco, pero hubiese sido suficiente para hundirla de no ser por la visita que recibí esa tarde.

Bajé a la calle con Juan y con Cristina dispuesto a enfrentarme a la última misión, la que nos llevaría a la casa de Richi y pondría fin a nuestra investigación. Abajo esperaban Ángel y Vera, que los sorprendimos nuevamente besándose, y el Mapache, que poco a poco se estaba convirtiendo en una especie de escudero de Ángel.

La casa donde hasta hacía poco había vivido Richi estaba en las afueras de Baladrar, en la

zona que nuestros padres solían llamar el extrarradio, o simplemente la zona pobre. Los edificios de viviendas se veían peor acabados que donde vivíamos el resto, más apiñados los unos con los otros y con una diferencia de alturas entre ellos bastante llamativa a simple vista. Allí no se había respetado ningún orden en la estética ni en la planificación de vías y calles, parecía que la gente había plantado allí sus casas de un día para otro casi sin preguntar. Las calles eran mucho más estrechas y estaban condenadas a vivir en una interminable sombra, «allí no solo no llega bien la red eléctrica, el alcantarillado o el camión de la basura, sino que tampoco parece que se vean entrar mucho a los rayos del sol, ¿os habéis fijado en Edu Oriol o en Carmen Piles? Tienen la piel blanca como la cera y los ojos claros como los vampiros. No sé qué pensar del extrarradio, no sé qué pensar de los que viven en el extrarradio». Esas palabras se las escuché decir una vez a mi hermano cuando estaba hablando con unos amigos suyos en su cuarto, y desde entonces crecí con una imagen mental del extrarradio de Baladrar. Esa imagen se correspondía con uno de esos lugares grises y cubiertos por una fina y permanente niebla que tanto miedo me habían dado en algunas películas de terror, con sepulturas a ambos lados de la carretera y con gatos negros que saltaban de tejado en tejado como una sombra diabólica, o tal vez, con un gran cráter en el algún cercano desde el que emergían sustancias radiactivas que afectaban a todos los que allí vivían.

La realidad era que la «zona pobre» tan solo era un conjunto de casas humildes, donde la mayoría de personas que vivían allí eran familias que se fueron a vivir a esa zona cuando todavía estaba activa la antigua mina de cobre, «La Cobriza». Según me contó mi padre una vez, bajo la entrada sellada donde aún se podía leer el nombre grabado en piedra de «La Cobriza», se escondían miles y miles de metros subterráneos donde ese mini poblado de mineros trabajaba día y noche extrayendo cientos de kilos de cobre a la semana. Todo ello hasta el día en que la empresa inversora Canadiense «Altered Mines», que era la propietaria, decidió parar su actividad porque los ingresos no eran suficientes y porque allí abajo cada vez ocurrían más desgracias.

El padre de Richi era natural de Huelva y se había trasladado a Baladrar con solo dieciocho años única y expresamente para trabajar en La Cobriza. Dicha oferta de trabajo se la hicieron como un favor a su difunto padre, que se había tirado toda la vida trabajando en la mina de Huelva «Cueva espejo». Dicha mina pertenecía a la misma empresa, y fue el lugar donde el abuelo paterno de Richi terminó sus días después de quedar atrapado bajo una vagoneta que se salió del raíl.

Las casas del extrarradio eran humildes, sí, pero estaban habitadas con familias como la mía, con personas con las mismas ilusiones y las mismas necesidades que las que vivían en la zona nueva de Baladrar.

La sensación de estar en esa zona era parecida a la de estar en un pueblo que no conoces y que visitas por primera vez. La gente allí parecía distinta, el aire allí parecía distinto, y el movimiento de personas por la calle era prácticamente inexistente. Un par de ventanas se cerraron cuando entramos al barrio, como si fuésemos portadores de la peste o algo peor. Lo de que el sol allí no entraba era bastante cierto, pero no por ello convertía al extrarradio en un lugar frío, todo lo contrario, allí no corría ni una brizna de aire y el poco que había parecía que se te pegaba a la piel como un chorretón de azúcar líquido.

—Mira, por allí va un cobrizo, ¿le preguntamos si sabe dónde vivía Richi? —dijo Ángel señalando a un niño de unos siete u ocho años que había salido a la calle con una pelota de baloncesto en la mano. Muchas personas de Baladrar se referían, de forma despectiva, a las personas que vivían en esa zona como «los cobrizos».

—No hace falta, Ángel, yo sé dónde vivía —dijo Juan el Molinero —, una vez fui a su casa

para hacer un trabajo de matemáticas —añadió Juan al darse cuenta que todos nos habíamos quedado mirándolo.

Sí, sé que el plan para entrar en casa de Richi no tenía nada de especial, pero con el poco tiempo que habíamos tenido para prepararlo y los mínimos recursos de los que disponíamos, todavía podíamos sentirnos afortunados. Ángel sería el encargado de abrir la puerta de su casa, «esas cerraduras las abro yo con la punta de la polla». Así se refirió textualmente a su capacidad para abrir cerraduras, oficio heredado de su padre, Leandro el Chatarra. «En ese barrio piojoso de cobrizos no hay ni una cerradura que valga la pena, ni una, y os digo que esa cerradura la abro yo con la punta de la polla», fue lo que contestó cuando le preguntamos si estaba seguro de que podría abrirla sin armar mucho revuelo.

Esperamos un momento a que no hubiese nadie a la vista en el pequeño callejón donde había vivido Richi, y Ángel se puso manos a la obra. Acercó su tostado cuerpo a la puerta, sacó una especie de alfiler del grosor de un lápiz, lo puso sobre la cerradura y empezó a dar golpes sobre su cabeza con una piedra. En apenas unos segundos se escuchó un ¡dum! a metal barato, y donde había estado golpeando Ángel con su punzón de acero había ahora una agujero del tamaño de una moneda.

—Adelante, chicos, ¿qué os ha parecido? —dijo Ángel empujando la puerta con suavidad e invitándonos a entrar.

Fuimos muy cautelosos al entrar. Todo lo contrario a cuando lo hicimos en casa de Catalina. El barrio pobre nos daba a todos un poco de respeto, sobre todo por la quietud antinatural que allí reinaba. También porque en cierta manera todavía quedaba en nuestro interior alguno de esos miedos del pasado que nos hacían pensar que en cualquier momento aparecería un gato negro del infierno, un niño vampiro, o una bruja con trescientos años y una escoba voladora. Nada más lejos de la realidad. Aquello tan solo era una casa humilde, con muebles viejos pero aparentemente con todo lo que tenía una casa normal y corriente. Una cocina, un salón, un par de habitaciones, y un cuarto de baño.

Cristina, Juan y yo fuimos directos al cuarto de baño. Fue allí donde murió Noelia Santos, la madre de Richi, y muy poco tiempo después Jacinto el Oso, su padre. Me vino a la memoria aquel sueño recurrente que tuve durante muchos días en el que el padre de Richi me llamaba moribundo desde la bañera porque tenía algo muy importante que decirme. Algo que Richi estuvo a punto de contarme aquella tarde en el parque y que todavía tardaría unos cuantos años más en saber qué era. Al contrario que en la casa de Estrella o en la de Catalina, allí la limpieza no había sido muy profunda. Las baldosas del suelo estaban sucias, no sabría decir si era sangre o no, pero tenían como una fina capa de tierra encima y las juntas entre baldosa y baldosa estaban completamente ennegrecidas. El grifo del lavabo goteaba. Cristina trató de cerrarlo con todas sus fuerzas, pero aún así siguió goteando. El mueble espejo tenía todo el contorno desconchado y había adquirido un color verdoso. La tapa del váter estaba agrietada y la cortina de la bañera llena de manchas negras de humedad.

Vera apareció por detrás de nosotros y empezó a inspeccionarlo todos con los ojos bien abiertos. Cristina revisó el interior del mueble espejo y del que había bajo el lavabo, casi se queda con una puerta en la mano y a mí me sacó una pequeña sonrisa. Juan estaba inspeccionado la zona cercana a la taza del váter y al bidé, y yo miraba con detenimiento los azulejos de la pared y las baldosas del baño. No os mentiré, buscaba un mensaje en alguna parte, estaba convencido de que en algún lugar lo encontraría y ya sabéis que la esperanza y la ilusión de un niño pueden llegar a tener un poder inimaginable. Ángel entró poco después en el cuarto de baño y tras él, casi como

una sombra, apareció el Mapache, los dos con un cigarrillo en la boca. A Ángel ya lo habíamos visto fumar en alguna que otra ocasión, pero a mí particularmente me sorprendió ver al Mapache con un cigarro entre los labios. Lo cierto es que estaba un poco ridículo porque sujetaba el cigarro con el pulgar y el índice y tenía los otros tres dedos de la mano levantados, como el que apura una colilla pero con la diferencia de que al Mapache todavía le quedada todo el cigarro. Me dio un poco de lástima porque me dio la impresión de que hacía aquello tan solo por agradar a Ángel. Tal vez debió pensar que así sería un tipo duro y que podría llegar a tener algo de la chulería de Ángel. Y así abrir puertas, y así enrollarse con chicas guapas de pechos grandes como Vera.

El calor allí dentro empezó a ser inhumano. Me entraron ganas de decirle a Ángel y al Mapache que hicieran el favor de salir de allí, pero si habíamos logrado entrar en la casa de Richi había sido gracias a Ángel. Así que no me pareció apropiado echarlo, y tampoco era plan de echar solo al Mapache. No sabéis lo mucho que pueden llegar a sudar seis chicos y chicas de entre doce y catorce en años en verano. Pero os adelanto que en ese viejo cuarto de baño empezó a oler bastante mal en cosa de pocos segundos. Entre el humo del tabaco, el nerviosismo de habernos colado en una casa que no era nuestra, y estar completando la última misión, el vapor de calor húmedo empezó a inundar las paredes y el techo. Un vapor se impregnaba en nuestros brazos y en nuestra frente. Ángel y el Mapache dijeron que se iban fuera a inspeccionar otra habitación, menos mal porque me estaba empezando a ahogar de verdad y, como yo, imagino que el resto. Juan salió con ellos, imagino que en su cabeza había empezado a rodar el disco de «miedo», «miedo», «eso es miedo, joder, miedo, miedo, es miedo...». Debió preferir salir antes de que fuese demasiado tarde para pararlo. Nos quedamos Vera, Cristina y yo. Hubo un momento en el que Vera se acercó mucho a donde yo estaba y pude sentir cómo aplastaba sus pechos sobre mi espalda. Fue un momento incómodo porque yo no supe si moverme, si decirle que eso sobre lo que tenía pegadas sus tetas era mi espalda, o simplemente tratar de hacerme el idiota como si no me hubiese dado cuenta de nada. Esa fue la primera vez que me di cuenta de que Cristina sentía algo por mí, algo que en ese momento no supe identificar muy bien qué era. Cuando sentí que Vera separaba su cuerpo del mío me giré y vi que ella y Cristina estaban mirándose de una forma muy extraña. Luego Vera bajó la mirada y salió de allí sin decir nada. Entonces pasé a ser yo el que quedó bajo esa extraña mirada de Cristina. Luego ella resopló por alguna parte de su cuerpo y siguió mirando por el interior de los armarios del cuarto de baño. Os juro que en ese momento no supe qué significaba aquello, aunque no cabe la menor duda de que fueron los primeros celos de Cristina.

Nos habíamos quedado nosotros dos solos y el cuarto de baño todavía estaba envuelto en esa pequeña neblina que se había formado. Muy parecida a la que se forma cuando nos duchamos con agua muy caliente y cerramos la puerta para que no entre el frío. Vera se había sentado sobre la tapa del váter y miraba a la nada pensativa. Yo iba a decirle si se encontraba bien, si podía hacer algo por ella, en ese momento también me di cuenta de que mi felicidad y mi estado de ánimo habían quedado de alguna forma ligados a los suyos. Fue entonces cuando alcé la mirada y vi algo en el espejo que hizo que me parara en seco, que incluso mis pulmones y mi cerebro sufrieran un pequeño espasmo que los dejó momentáneamente paralizados. Al principio pensé que había sido Cristina o alguno de los demás para hacerse el gracioso, pero después de hablarlo con los demás me quedó claro que no habían sido ellos. Alguien había escrito algo allí con el dedo y solo se podía ver con el cristal empañado, tal y como lo estaba ahora. Eso que había escrito ocupaba todo el cristal y sí, daba un poco de miedo. «Llega por la noche, cuando estás durmiendo, no puedes ver su cara pero sí su sombrero, su larga capa y su bastón negro, si aún estás a tiempo, haz solo una cosa, corre». Es cierto que no se leía perfectamente, no os voy a mentir, pero para mí que

ponía eso. Cristina, en cambio, dijo que solo leía con claridad la parte de «llega por la noche cuando estás durmiendo» y «su larga capa y su bastón negro». Llamamos al resto para que pudieran leer el mensaje. Todos excepto Vera dijeron que solo veían con claridad lo que había dicho Cristina, que dijo que ella leía exactamente lo mismo que yo. Eso provocó otro mini duelo de miradas entre las dos mujeres del que ni yo ni nadie quisimos participar.

Vera propuso hacer la *ouija*, dijo que aquel era un buen lugar para establecer un contacto, pero todos teníamos ganas de irnos y declinamos la oferta.

Salimos del barrio de los cobrizos cansados y cabizbajos, y con muchas dudas sobrevolando nuestras cabezas. Esa última misión no solo ponía fin a nuestro pequeño periplo por el terror, sino que marcaba también el final de las vacaciones de verano, unas vacaciones que nos distanciaría, que nos devolvería casi con total seguridad a nuestro antiguo yo. Cristina y Vera empezarían el instituto en un par de días, lo que significaba entrar de lleno en otra etapa de la vida, lo que significaba nuevos amigos, nuevos profesores, y quién sabe si también nuevos amores. Ángel y el Mapache iban a la misma clase, y por lo visto en los últimos días, es posible que el Mapache continuase pegándose a Ángel como si él fuese el gran amigo que toda la vida había estado esperando. Juan el Molinero es el que más pena me daba, él, el Italiano, el Casco y yo habíamos sido inseparables desde el primer curso de primaria, pero ahora la cosa se había quedado bastante coja. El único que le quedaba a Juan era Raul el Casco, pero sus padres le habían prohibido tajantemente que se juntase con nosotros después del incidente en la casa de Niven. Yo me iría en un par de días a ese colegio alemán que no solo me distanciaría de mis amigos, sino también de mi hermano, de mi hermana, de mis propios padres, de todo mi mundo y de esa preciosa etapa llamada infancia que, sin darnos cuenta, acababa de cerrar su último capítulo.

No habíamos pensado en que todo aquello que hacíamos tendría un final. Es duro pegarse de morros con el final de algo cuando lo único que deseas es que no se acabe. Cuando lo único que quieres es que la rueda continúe girando, aunque no sepas hacia dónde va. No importa, porque es lo único que tienes y no lo quieres perder porque sabes que después de eso, solo está la vida normal, la vida corriente y normal de la que todos deseábamos en cierta manera escapar. Habíamos reunido unas cuantas pruebas, sí, pero nada más. ¿Qué venía ahora? ¿Ir con ellas a la policía y esperar a que nos dieran la medalla al valor? ¿Contárselo a todas esas familias y esperar que eso les sirviese de algún consuelo? No. Desde luego que no. Porque todavía no habíamos descubierto nada, todos lo sabíamos aunque no lo dijésemos, yo el primero, tan solo un hilo prácticamente invisible del que seguir tirando.

El verano del miedo había acabado, y con él las muertes que trajo consigo, y con él nuestro pequeño club de los doce. Pasaría mucho tiempo antes de que yo reanudase mi búsqueda, antes de que volviésemos a coincidir todos en una misma habitación y hablar de lo que supusieron aquellos días para todos nosotros. Si hubo algo en lo que coincidimos fue que aquel verano nos cambió, a todos, nos cambió para siempre.

PARTE II

2010

Epidemia de Verano

CAPÍTULO 11

1

Hace apenas un par de horas que salí del centro donde he estado recluido las tres últimas semanas y desde entonces todo han sido nuevas y extrañas sensaciones para mí.

Todas malas. Muy malas.

Al salir del centro he sentido esa extraña sensación que te dice, date prisa, que te dice, no te des la vuelta, no te gires, no te pares, continúa, porque es posible que en cualquier momento alguien desde una torre de control apriete el gatillo y a través de la mira telescópica de su rifle vea tu cuerpo caer como en un videojuego. Pero no ha sido así. No tengo ningún agujero en la cabeza y mis piernas todavía se mueven, todavía no han olvidado el camino a casa.

Al despedirme de la doctora Karen, estrecharle la mano y recoger todos los papeles de mi alta médica he tenido la fuerte sensación de que esa sería la última vez que la vería. No sé qué pensar de esto pero ha sido una sensación agridulce, como si le estuviese estrechando la mano a un cadáver en lugar de a una bella mujer como la doctora Karen. Ya sabéis que no creo en fantasmas, ni en premoniciones, ni en los espíritus que se comunican a través de la *ouija*, pero tampoco voy a negar lo que siento ni a hacer como que las cosas no pasan. A lo mejor tan solo se ha debido a la conversación que hemos tenido.

A Vincent y a Ralph no los veo desde hace días. Tampoco los echo de menos. No he preguntado por ellos porque si os soy sincero, no me importa lo más mínimo dónde puedan estar ni haciendo qué. Me lo hicieron pasar muy mal en más de una ocasión y por mucho que sean de la CIA, la KGB o algún cuerpo de élite español cuya existencia desconozca por completo, no tienen derecho a tratar a nadie como me han tratado a mí. Menos aún sin pruebas sólidas de nada, como se ha podido comprobar finalmente.

Alexandra estaba muy rara esta tarde. La he visto de lejos un par de veces mientras esperaba a que estuviesen todos mis papeles y se me ha quedado mirando como si estuviese a punto de decirme algo y no se atreviera a dar el paso. Al final no he podido saber si quería hablar conmigo o no. Es rara Alexandra, pero me hubiera gustado despedirme de ella. Acercarme a Cristina a través de sus verdes ojos. Me pregunto si ella estará bien y si todavía pensará en mí como yo lo hago con ella.

Lo peor de todo ha sido cuando le he preguntado a la doctora Karen sobre la cantidad de muertes que se han producido hasta la fecha desde que todo volvió a empezar, la fea tarde del 7 de Julio de este año, hace poco más de tres semanas, justo veinte años después del verano del miedo que ya todos conocéis.

—¿Para qué quieres saberlo?

—¿Cómo que para qué quiero saberlo? ¿Tengo derecho, no? ¿O es que el gobierno todavía trata de mantenerlo en secreto?

La doctora Karen no confía en mí. Había un matiz en sus ojos que la delataban, no se fiaba un pelo de mí y estaba tratando de ganar tiempo para contarme algo parecido a la verdad. Algo creíble pero no la verdad.

—Ya te he dicho esta mañana que bastantes. El número exacto es algo que se desconoce,

tampoco sabemos el motivo de cada una de las muertes, cada persona es un mundo y podría tener sus propios motivos, ¿entiendes? No todo es tan sencillo como tú lo cuentas en tus relatos, Guillermo, no todo pasa como a nosotros nos gustaría que pasara.

Esta mañana desde luego estaba más amable. Al menos ha dejado entrever que ha leído algo de todo lo que le he dejado escrito de lo que ocurrió en el verano de 1990, eso significa que lo de que ya no me tiene por un loco quizá sea cierto.

—Doctora, por favor, yo mejor que nadie entiendo lo que está pasando, y créame, si hay alguien que esperase que algo así pasaría ese soy yo. Llevo más de veinte años dándole vueltas al asunto, en serio, sea sincero conmigo, por favor, como yo lo he sido con usted, me parece que es lo justo...

La doctora Karen no estaba tan perfecta como esta mañana, como en otras ocasiones. Demasiado cansancio acumulado, demasiada frustración bajo sus párpados.

—No es seguro, son solo cifras aproximadas, son solo números, Guillermo, datos que hay que procesar y analizar debidamente...

—Por favor, Karen...

—Dos... mil...

—¿Qué? ¿Dos mil has dicho?

—En la ciudad de Val, sí...

—¿Cómo que en la ciudad de Val? ¿Quiere decir que se ha extendido a otras ciudades? ¿A cuántas?

—No lo sé, Guillermo, yo no me dedico a la estadística ni a la numerología ¿entiendes? Yo estudio el cuerpo humano, enfermedades, microorganismos, ¿entiendes porqué no quería decirte, cuántos han muerto? ¿Eh, lo entiendes? Sabía que te ibas poner así, lo sabía...

—¿Y cómo debería ponerme, Karen? ¿Eh? ¿Cómo? ¿Me retienes aquí tres semanas mientras el mundo se viene abajo y pretendes que me vaya como si nada? ¿Qué pensabas, que no me iba a enterar? ¿Ibas a dejar que me marchase sin haberme dicho ni una palabra? ¿Eh?

—No me levantes la voz, Guillermo. Vuelve a hacerlo y te juro que llamo a seguridad y hago que vuelvan a encerrarte.

No me esperaba esto de la doctora Karen, demasiada soberbia, demasiada frustración.

—Está bien, doctora, me parece que eso no va a ser necesario. Adiós.

Le he estrechado la mano y ha sido cuando la he notado tan fría, tan vacía de vida.

Dos mil personas solo en la ciudad de Val. Todavía no puedo creerlo. Nunca pensé que podría llegar a extenderse tan rápido. Solo espero que en el resto de ciudades el número de muertes sea algo anecdótico. Y espero que no haya salido de España. Pero sea lo que sea, está claro que si la zona más afectada ha sido Val, y supongo que dentro de la misma, Baladrar, es porque esa allí, donde yo nací, de donde proviene el problema, tal y como yo pensaba.

Me pregunto si mi familia estará bien. Enrique. Carmina y las niñas, mi padre, mi madre, Cristina. Todos los demás. Me pregunto cuántas de esas dos mil personas que han muerto en Val pertenecen a Baladrar.

2

El tren que va hacia Baladrar va medio vacío. En el vagón en el que yo voy hay solo cuatro

personas, todas ellas llevan una mascarilla respiratoria de esas que se atan con dos gomas por detrás de la nuca. Todas menos una, que además de la mascarilla también lleva unas grandes gafas de protección como las que usan los carpinteros. Una mujer mayor tiene apoyada la cabeza contra la ventanilla y está tosiendo. Una pareja de una edad similar a la mía ocupa la fila de asientos que hay a mi lado. Están cabizbajos, mirando al suelo. Ella ha puesto una mano sobre las de él y eso ha hecho que él empiece a llorar. Una joven, la que lleva la mascarilla y las gafas de protección, está leyendo una revista y levanta los ojos cada dos minutos aproximadamente para controlar que nadie se ha acercado a ella. Me recuerda un poco Lorena Bel, compañera de primaria y después también del colegio alemán.

No imagino lo que debe de estar pasando por la cabeza de todas estas personas. Pero supongo que deben pensar que lo que esté haciendo que la gente enferme y haga "eso" sea algo que se transmite por el aire, o por el contacto físico. Es normal. El miedo a morir es normal. No sé qué es lo que deben haber estado diciendo estos días por televisión. Pero por lo que se ha dicho en otras ocasiones de alarma social, imagino que habrán estado dando directrices sobre qué medidas debe adoptar la población para contener lo que sea que nos está matando, o mejor dicho, que está haciendo que nosotros mismos nos matemos. Las medidas de precaución y de protección en estos casos suelen ser estándar y vagas, como siempre, como siempre que no tienen ni idea de nada.

Lávese bien las manos antes de llevarse algo a la boca. Tape con un apósito cualquier tipo de herida abierta que tenga y asegúrese de haberla desinfectado antes debidamente. Evite el contacto directo con personas que presenten síntomas febriles o hemorragias bucales o nasales. Use protección respiratoria si lo cree conveniente. Use protección ocular normalizada si lo considera necesario. Use preservativo si mantiene relaciones sexuales. Acuda a su médico más cercano si en las últimas horas su temperatura corporal ha subido por encima de treinta y ocho grados o, si ha estado en las últimas cuarenta y ocho horas con una persona que haya hecho «eso» o, si ha tenido impulsos suicidas de cualquier tipo. Bla-Bla-Bla-Bla-Bla. Nada. Si tuvieran algo ya lo habrían parado. Y la gente ya habría dejado de hacer "eso".

He vuelto a apagar y a encender el móvil y nada. No hay cobertura. Estoy empezando a pensar que se debe de haber estropeado. Ojalá pudiera ponerme en contacto con mi familia y con Cristina para asegurarme de que están bien, ojalá no les haya pasado nada y estén todos bien.

Espero que cuando llegue a casa todo esté donde lo dejé. Donde lo guardé. Si mamá no ha hecho una reforma integral de la casa en los últimos días no debe por qué haber dado con mi archivo secreto. Todos los documentos que conseguí reunir cuando hice aquella segunda investigación. La que me costó tanto a nivel personal, a nivel emocional, a nivel sentimental.

El tren acaba de hacer una parada. Saguín. Eso significa que ya queda poco para llegar a Baladrar. Saguín es la población vecina de Baladrar. Y lo que acabo de ver por la ventanilla ha hecho que se me pongan los pelos de punta. Cerca del andén hay cuatro militares armados con una metralleta. Alzo la vista y veo que hay un par de camionetas verdes un poco más allá. Es obvio que la estación de Saguín está vigilada por militares. ¿Qué mierda significa eso? Una pareja de unos cuarenta años se ha acercado al tren y los militares no les han dejado subir. Ahora discuten acaloradamente.

Me digo que no puede ser. Esto no puede estar pasando. Una mujer con dos niños lo ha intentado por otra puerta y tampoco han podido. Los militares les han dado el alto y uno de ellos incluso le ha levantado el arma a la mujer. Apuntándola a la cabeza. La niña más pequeña que iba con ella se ha puesto a llorar y la madre se la ha llevado junto con su otro hijo diciéndole algo al militar que no he podido escuchar. ¿A dónde me lleva este maldito tren? ¿Por qué no dejan subir a

nadie más?

Levanto la cabeza y descubro a la chica con las gafas y la mascarilla de protección mirándome, agacha la cabeza con rapidez y empieza a pasar hojas de su revista. La pareja que comparte asiento ha roto a llorar, antes era él quien lloraba, ahora son los dos los que lloran. La anciana que apoya su cabeza contra el cristal parece haberse quedado dormida, no se mueve en absoluto, pero parece que respira.

Necesito saber qué pasa. Qué está pasando. Me estoy empezando a poner muy nervioso. Localizo a la chica de las gafas que se parece a Lorena Bel, que se ha cambiado de asiento no sé por qué, y me dirijo hacia ella. Cuando llego hace como que sigue leyendo su revista, pero no me quita ojo de encima por la parte superior de sus gafas. Luego hace ademán de levantarse, y yo no sé por qué hago esto, pero no puedo evitarlo. La sujeto de un brazo y evito que se marche, en contra de su voluntad.

—Eh, ¿qué haces? ¡Suéltame, me haces daño!

—No grites, por favor, no quiero hacerte daño, te lo prometo, solo quiero hablar contigo.

—¡Que me dejes! ¡No tienes derecho a tocarme! ¡No tienes derecho! ¡No tienes derecho!

—Está bien, está bien. Tranquila, por favor, no grites, te juro que no quiero hacerte daño, pero por favor necesito que hables conmigo un momento, te lo suplico.

La chica no debe tener más de veinte o veintidós años. Yo tengo treinta y dos, y debe pensar que soy un acosador al que le gustan las niñas. Ahora me arrepiento de haberla asustado de esa manera. La revista que llevaba en las manos se ha caído al suelo. Mundos Misteriosos. Joder qué recuerdos. Me agacho y la recojo. Al devolvérsela me mira con recelo y estira la mano con mucha cautela, como si tuviese miedo de que yo guardase algún tipo de cepo entre la revista y mi brazo y fuese a apresarla.

—Me has hecho daño... —dice frotándose la delicada piel de su brazo derecho. A través de las gafas de protección puedo ver unos ojos inocentes, una expresión de miedo. Ella tiene tanto miedo como yo. Tal vez más.

—Lo siento... perdóname, por favor. Acabo de salir del hospital y no sé qué es lo que está pasando ni qué hacían ahí esos militares. Me he puesto un poco nervioso, eso es todo. No hace falta que hables conmigo si no quieres. Por cierto, ¿te encuentras bien, te he hecho mucho daño?

Tiene el pelo color violeta. Sus rasgos son bonitos, la mascarilla y las gafas le tapan media cara, pero por lo que se puede ver es una chica bonita. Todavía se frota su brazo derecho y me mira con un poco de temor. Me da pena haberla asustado. Me levanto y me doy la vuelta para marcharme, lo último que quiero es molestar a nadie y menos a esa inocente chica.

—¿Cómo que no sabes qué está pasando? ¿Te estás quedando conmigo? —dice ella de pronto.

Me giro al escuchar su voz y, tras hacer una pausa, me vuelvo a sentar. Es un poco agresiva al hablar para lo delicado de su piel y la finura de sus contornos. Hubiera apostado a que tenía la voz más dulce.

—No no, para nada, te estoy diciendo la verdad. Como ya te he dicho llevo unos días en el hospital y no he podido enterarme de las últimas novedades. En realidad no me he expresado del todo bien antes, sí sé lo que está pasando, pero no hasta qué punto, no sé qué hacían ahí esos militares, ni porqué lleváis todos esas mascarillas... si pudieras ponerme al día te lo agradecería...

A través de la mascarilla escucho su respiración, difícil y ruidosa, me recuerda al ruido que hacía Fuego al dormir, el gato de Cristina. No sé para qué demonios se ponen esas mascarillas, recuerdo haberme probado una en una ocasión y son un horror, además de que sirven de bien poco.

—Medidas de contención. Lo de las mascarillas es por las medidas de contención que ha recomendado el CDC, ¿no te has enterado de eso? Dicen que es posible que se trate de un arma química, aunque yo tengo mi propia teoría...

—¿Ah sí? ¿Y cuál es tu teoría?

Esta chica me está empezando a resultar graciosa. Me recuerda a mí cuando empecé la facultad.

—¡No es un arma química! ¡Están equivocados! ¡Es un parásito de origen extraterrestre! ¿No te das cuenta? No se conoce ningún síntoma previo, no hay dificultad respiratoria, ni bullas bajo la piel, ni mucho menos se ve a gente poniéndose verde o morada, ¿entiendes? ¡Es un arma biológica de origen extraterrestre!

Se pone un poco nerviosa al hablar y a pesar de la situación me hace un poco de gracia.

—Perdona, todavía no me he presentado, debes pensar que soy un maleducado, yo soy Guillermo...

Le tiendo la mano y ella se queda pensando unos segundos. Abre una pequeña mochila que lleva colgando en la espalda y saca un par de guantes de piel, se los pone y me da la mano.

—Y yo Violeta.

—¿Cómo? ¿Violeta, dices?

—Sí, Violeta, ¿estás sordo? ¿Qué pasa?

—No, nada, perdona, Violeta, es que me ha parecido raro que tengas el pelo violeta y que te...

—¿Y qué me llame Violeta? ¿Qué tiene eso de raro?

—Nada, tienes razón, he sido un estúpido, tienes un nombre precioso. Y un pelo muy bonito.

Se hace un pequeño silencio, Violeta se ha cruzado de brazos como una niña de doce años y yo me he quedado un poco parado porque al parecer se ha ofendido de verdad. Deberé tener más cuidado a partir de ahora. Mi sentido del humor y el suyo puede que no sintonicen demasiado bien.

—¿Y los militares? ¿Sabes qué hacían los militares en la parada de Saguín?

—¿Pues qué van a hacer? Impedir que entre más gente al tren ¿es que no has visto el último noticiero?

—No, ya te he dicho que no, Violeta...

—El gobierno ha declarado el estado de excepción, por recomendación directa de la OMS y del CDC, van a cerrar carreteras, trenes, aeropuertos, van a parar las comunicaciones, van a... impedir que entre y salga más gente del país, pero sobre todo de Val, y en concreto de Baladrar. Puedes considerarte un afortunado. La verdad es que pensé que los militares nos harían bajar del tren, pero al final no lo han hecho. Supongo que vamos al interior del foco les ha dado un poco igual. Bastante han hecho con parar a esas personas que trataban de entrar.

—Espera, ¿cerrar las carreteras? ¿Cortar las comunicaciones? ¿Eso va en serio?

—Pues claro, ¿no sabes lo que es un estado de excepción? El gobierno nos ha retirado un montón de derechos y hasta se va a instaurar un toque de queda para que nadie ande por ahí más tarde de las diez. Al menos durante unos cuantos días. Hasta que todo se aclare.

No puedo creer lo que está diciendo Violeta, no puedo creer que esto esté pasando. Debe haber algo que no me ha contado, no es posible que todo se esté viniendo abajo de esta forma tan repentina. Creo que me está entrando algo de ansiedad, me estoy mareando, esto no puede estar pasando, no puede ser verdad. Cierro los ojos un momento y apoyo mi cabeza en el respaldo, tengo que controlar la respiración, la respiración, controlar la respiración como me enseñó la

doctora Nora Moon, la respiración...

—Eh, ¿te encuentras bien? Guilllermo, ¿te encuentras bien? Te has puesto blanco como la luna...

—Sí, estoy bien, es solo que necesito un poco de aire, respirar un poco de aire nada más...

—No pretendía asustarte...

—No es culpa tuya, Violeta, es solo que no tenía ni idea de que estuviésemos tan mal... y no sé qué habrá sido de mi familia...

Vuelvo a cerrar los ojos y trato de controlar el pánico. Hacía tiempo que no me sentía así. Las vibraciones del tren me tranquilizan un poco, me recuerdan a cuando era niño y mis padres nos llevaban a mis hermanos y a mí a pasar el día en la ciudad de Val. Solíamos ir al parque Monumental a dar de comer a los patos, luego paseábamos por el mercado Antiguo y después comíamos bajo el puente de los enamorados. Por la tarde íbamos al cine Principal y regresábamos a casa al anochecer. Aquellos días fueron realmente maravillosos. Pero todo eso fue antes del maldito verano del miedo, cuando no existía el misterio de los doce, ni las mascarillas de protección, ni los suicidios en masa, ni los estados de excepción.

—¿Sabes cómo llaman a todas esas muertes?

—Cómo... —respondo sin abrir los ojos. Violeta se ha acercado más a mí.

—Epidemia de Verano, ¿qué originales son, eh?

Epidemia de verano...

—¿Ves lo que te digo? No tienen ni idea de nada, le han puesto ese nombre porque no tienen maldita idea de nada. Pero como las muertes empezaron en verano, pues ya está, epidemia de verano... es por el tío ese que sale en la tele, creo, vamos...

—¿Qué tío? ¿Qué tío de la tele?

—El tío ese que dice que él vio como todo empezó, que toda la culpa fue del verano. Maldito verano joder si es verdad...

—¿Cómo se llama?

—No sé... no me acuerdo... pero la gente se reía de él al principio, no sé... puede que tenga razón en algunas cosas. Espera un momento —dice Violenta buscando entre las páginas de la revista Mundos Misteriosos— Mira, ¿ves?

Violeta me enseña las páginas centrales de la revista Mundos Misteriosos, y leo los titulares de algunos de los artículos que hay escritos: «¿Es la Epidemia de Verano de origen extraterrestre?». «Cinco claves para entender lo que está pasando y cómo evitarlo: el calor, el...». Ahora recuerdo porqué dejamos Enrique y yo de leer esa revista. Sensacionalismo barato hasta en los peores momentos.

—¿Me dejarías la revista para que pueda echarle un vistazo?

Violeta se queda pensando unos segundos, mirando la revista.

—Esta revista contiene información muy valiosa sobre la epidemia... incluye un manual de supervivencia y todo...

No le quita el ojo de encima a la revista. Una parte de ella quiere dármela, pero hay otra que no se quiere desprender de ese tesoro. Cada vez me cae mejor Violeta.

—No importa, Violeta, no he debido pedírtela, solo quería saber un poco más de todo lo que está pasando...

—Ten... es tuya...

Violeta me tiende la revista y escucho su respiración ruidosa. Tiene las gafas de protección ligeramente empañadas, debe estar pasando un calor insufrible porque a mí se me está empezando

a pegar la piel a los asientos del tren.

—Hacemos una cosa, le daré solo un vistazo y cuando llegue a mi parada te la devuelvo, ¿te parece bien?

—Vale... ¿cuál es tu parada?

—Baladrar.

—Anda, igual que yo, del foco principal. ¿Eres de allí? No te había visto nunca.

—Llevo unos años viviendo fuera, en Madrid. Tú serías bastante pequeña cuando me fui, ¿cuántos tienes? ¿Veintidós?

—¿Veintidós? ¿En serio? ¡Diecinueve! ¡Flipao! ¡Tengo diecinueve!

Ver así a Violeta hace que rompa a reír. Ella también ríe y no deja de repetir «que estoy *flipao*». Tiene las gafas completamente empañadas pero aún así no se las quita, no debe de ver apenas nada.

—¿Sabes una cosa?

El qué.

Esta chica es una caja de sorpresas y su actividad mental un torbellino de ideas.

—Hay gente que dice que se transmite a través del sexo...

Al decir eso Violeta se sonroja ligeramente, ha querido aparentar que está familiarizada con ese tema y le ha salido el tiro por la culata.

—No lo creo, Violeta, y pienso que tú tampoco lo crees, ¿me equivoco?

—No sé...

—¿No te ahogas con esa mascarilla y esas gafas?

—Un poco... pero en el punto tres del manual de supervivencia lo decía bien claro, las principales vías de entrada de cualquier agente biológico a nuestro cuerpo son boca, ojos, órganos sexuales, heridas abiertas...

—Vale, vale, de acuerdo.

Ya estamos llegando. Pasamos por delante del barrio de los cobrizos y me viene a la memoria aquel día que entramos en casa de Richi. Aquella tarde fue el final del último verano verdadero.

Alguien ha clavado en una ventana un molinillo de viento y al pasar el tren junto a él se ha puesto a rodar haciendo que los colores con los que está pintado se fundan unos con otros creando una ilusión óptica muy bonita, como un arco iris circular y en movimiento.

—¿Cuál es tu casa? —dice Violeta con la voz cada vez más embozada. Debe de estar deseando llegar a casa para quitarse todo eso de encima.

—¿Mi casa?

—Sí, ¿dónde vives?

—Junto al parque de las flores viven mis padres, ¿y tú?

—En el barrio de los cobrizos.

—Ah, ¿y te gusta?

—Bueno, no está mal, supongo que como cualquier otro sitio, cada vez vive más gente allí ¿sabes? El barrio se está volviendo a poner de moda.

El tren acaba de llegar a Baladrar. Le devuelvo la revista a Violeta y ella la guarda con cuidado en su mochila. Salimos y el aire está cargado de aromas que me son familiares. Es como si cada lugar, igual que cada persona y cada casa, tuviese un olor particular que solo eres capaz de identificar cuando has pasado mucho tiempo a su lado.

—Hasta pronto, Violeta, ha sido un placer, y disculpa otra vez las molestias.

Le tiendo la mano y Violeta me da la suya enguantada.

—Igualmente, perdona por haberme puesto así antes, es que… tal y como están las cosas...

—No pasa nada, Violeta, has sido muy amable. Hasta pronto.

—Hasta pronto, Guillermo.

Nos quedamos un par de segundos sin decir nada. Es un poco incómodo porque probablemente los dos estemos pensando lo mismo, será difícil nos volvamos a ver en breve. Ella se va hacia la zona sur de Baladrar, el barrio de los cobrizos, yo me dirijo a la zona norte, donde todo empezó, el lugar en el que Lidia se tiró hace más de veinte años.

CAPÍTULO 12

1

Hace ya casi tres años de la última vez que vine a Baladrar. Tres años desde que discutí con mi familia, con Cristina, con todo mi mundo. Para los que no se han movido parece que todo sigue igual, pero para el que ha estado ausente, los cambios son evidentes. Las calles son las mismas, sí, pero se las ve más viejas. Las fuentes y las plazas no se han movido, siguen estando en el mismo lugar, es solo que las distancias en la ciudad son más grandes y todo parece más lejano, en cambio aquí, en Baladrar, todo está al alcance de la mano. No se ve a nadie por la calle. Es prácticamente de noche y me estoy empezando a temer que sea cierto lo del toque de queda que ha dicho Violeta. No hay coches circulando. Al menos sí se oye el ruido de algunos televisores. Me estaba empezando a temer que me encontraba en uno de esos pueblos fantasmas que solo existen en las pesadillas y en el cine. Me vuelvo a hacer la pregunta de cuántas de esas dos mil personas de Val eran de Baladrar. Pero sobre todo me pregunto si alguna de esas personas era alguien de mi familia. Eso hace que sienta un poco de pánico.

El ruido de un coche hace que sienta algo de alivio, todavía hay movimiento y no soy el único que está en la calle a estas horas, viene por detrás de mí y me subo a la acera para que no me atropelle. Me giro por instinto y las luces me deslumbran ligeramente. Escucho cómo se para el motor, las luces se apagan y se abre la puerta del conductor. No tardo en reconocer a la persona que sale de su interior.

—¿Alexandra? ¿Eres tú?

—Hola, Guillermo, perdona por haberme presentado así, pero necesitaba hablar contigo.

—¿Hablar conmigo? —Me digo que ha tenido tres semanas para hablar conmigo y apenas me has dirigido la palabra.

—Imagino lo que debes estar pensando, pero créeme, no he podido encontrar ningún otro momento en el que podamos hablar tranquilamente, lo siento si te he asustado, pero necesito que hablemos de una cosa. Están cerrando muchas carreteras y me ha costado llegar aquí, tu pueblo. Es importante.

—No pasa nada, Alexandra, me parece bien. Pero tal y como están las cosas, y después de ver todo lo que está pasando y que nadie me ha contado, entenderás que quiera ir a casa primero, hace tiempo que no veo a mi familia y estoy un poco preocupado. ¿Te parece bien si hablamos mañana? De todas formas dime de qué se trata y mañana con tranquilidad hablaremos...

No la había visto nunca con ropa de calle y es más atractiva de lo que imaginaba, no le sienta nada bien el uniforme sanitario. El verde de sus ojos se intensifica a medida que se acerca más a mí, me recuerda a cuando Cristina quería convencerme de algo, le pasaba exactamente lo mismo.

—Guillermo, tenemos que hablar ahora, por favor.

—¿Tiene que ser ahora? Pues venga, hablemos, ¿qué quieres? —Me digo que espero que tenga una buena razón para retenerme aquí a estas horas, porque mis ganas por llegar a casa son cada vez más grandes.

—¿Te importa si subimos al coche y vamos a un lugar más tranquilo?

—¿Más tranquilo que esto? ¿Has mirado a tu alrededor? En serio, Alexandra, me estás empezando a asustar, dime de qué se trata y después decidiré si subo o no a ese coche contigo.

Junto a nosotros pasa un camión de la basura que interrumpe brevemente nuestra conversación. Dos hombres van de pie en la parte trasera, llevan puesta una mascarilla como la que llevaba puesta Violeta. Uno de ellos se queda mirándome y yo no puedo evitar seguirlo con la mirada, su rostro me resulta familiar pero me es imposible saber a ciencia cierta quién es con esa mascarilla y con la poca luz que hay en la calle.

—En serio, Guillermo, sube al coche conmigo, no te estaría pidiendo esto si no fuera estrictamente necesario.

Miro a Alexandra a los ojos, veo preocupación y urgencia. Quiero ir ya a mi casa, ver si mi familia está bien, necesito descansar, necesito organizar mínimamente mi vida, o yo también me vendré abajo. Pero intuyo que si Alexandra ha venido con el coche hasta aquí debe ser por una buena razón, una muy importante. Es posible que la doctora Karen o alguien de su equipo hayan descubierto algo importante en las últimas horas y solo quiera hacerme partícipe del hallazgo.

—Cinco minutos, Alexandra. Cinco minutos y después me iré.

—De acuerdo.

Subimos al coche, Alexandra me mira otra vez con preocupación mientras se ajusta el cinturón de seguridad, arranca el motor y salimos de allí.

2

Vera levantó la mano derecha a duras penas y cogió el teléfono móvil. La tenía tan hinchada que le costaba doblar los dedos. Empezó a deslizar la agenda de contactos y pequeñas gotitas de sangre cayeron encima de la pantalla. Le habían abierto un buen tajo en el pómulo derecho, un solo puñetazo, directo y seco. Se fue a la letra C y pulsó el nombre de Cris.

Vamos, por favor, contesta Cris, por favor, Cris, contesta. Te necesito ahora más que nunca, coge el maldito teléfono. Se dijo Vera temblando de arriba abajo.

Al otro lado de la línea se escuchó una voz diciendo que el teléfono móvil al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura.

Un grito ahogado y quejumbroso se escapó entre sus labios.

Siguió buscando en su agenda de teléfonos con mucha dificultad. La mano derecha le temblaba cada vez más, ese animal le había dado dos fuertes pisotones cuando se apoyó para intentar levantarse del suelo, había escuchado con total claridad un crack. Todo daba vueltas a su alrededor. Estaba empezando a ver un poco borroso, y por su mente se paseó un pensamiento entre lo irónico, lo patético y lo más triste de su vida. Pensó que la próxima que quisiera cogerse un buen pedo, le pediría a Ángel que le diese una buena paliza, una como la que acababa de darle, así por lo menos se ahorraría el dinero en la bebida y su hígado y sus riñones no sufrirían el paso del alcohol.

Pulsó el nombre de Juan M y la llamada se cortó al instante. Ahora la que no tenía cobertura era ella.

Se arrastró como pudo hasta el sofá. Le dolían las costillas. Apoyó la mano derecha en el suelo para tratar de gatear y un fuerte dolor hizo que se le escapase un grito intenso, largo, lleno de rabia y angustia. Tragó saliva y se le acabó de desprender un premolar. Lo escupió al suelo y cerró los

ojos intentando contener el dolor.

Se lo había advertido en más de una ocasión. Que algún día la mataría de una paliza. Iba en serio Ángel. Muy en serio. Esta vez había estado cerca. Muy cerca. La salvó que el estúpido de su hermano había empezado a aporrear la puerta con insistencia porque llegaban tarde al trabajo, esa noche les tocaba hacer guardia con el camión de basura.

—Te ha salvado la puta campana, zorra. Espero que cuando vuelva tengas todo esto recogido si no quieres volver a cobrar de verdad.

La casa estaba hecha un verdadero asco. Cuando Ángel se emborrachaba y empezaba a ver fantasmas de infidelidad y traición se ponía hiperviolento. No solo con ella, también con todo lo que tenía a su alrededor. Tenía especial predilección con las cosas que rompían, con las cosas que hacían *crack*. Había estrellado una botella de licor de café contra la pared del salón y el suelo estaba lleno de cristalitos y de un líquido negro que se había ido volviendo cada vez más espeso con el paso de los minutos. La mesilla donde tenían el teléfono fijo tenía ahora dos patas partidas, eso pasó cuando ella cayó encima después de la primera patada. Un par de sillas estaban tiradas en el suelo y el jarrón que le regaló Cristina cuando se mudó allí con Ángel había quedado reducido a polvo de porcelana.

Necesitaba ir a un hospital. Cuando respiraba sentía como si le estuvieran clavando un cuchillo entre las costillas y ese cuchillo estuviese a punto de llegarle al corazón.

Empezó a pensar en lo absurdo que resultaba todo. Sobre todo su vida. La vida que ella había elegido. A ella no la mataría ese virus o lo que fuese que estaba infectando a todo el mundo, lo mismo que estuvieron investigando en su particular club misterio cuando solo eran unos niños. No, a ella la mataría alguien de carne y hueso. Alguien a quien dejó que un día metiera su tosca lengua en su boca. Sus manos llenas de grasa de chatarra bajo su camiseta almidonada. Alguien a quien desde entonces no había sabido cómo decirle que no.

Y ese día se remontaba veinte años atrás. Cuando todo empezó.

3

—¿Vas a sacar al perro a estas horas, Cristina? Son casi las diez...

—Serán solo cinco minutos mamá, Tierra se ha tirado toda la tarde bebiendo y te aseguro que como no lo saque un rato, mañana por la mañana pisarás un buen charco amarillo cuando menos te los esperes.

—Está bien, hija, ya sabes lo que acaban de decir por la tele, que sea entrar y salir, ¿vale?

—Sí... mamá... no tengo quince años, ¿sabes? Enseguida vuelvo...

—Cristina, espero un momento por favor...

—Qué...

—¿Vas a salir así a la calle?

—¿Así, cómo?

—Pues así como vas, ¿no te pones la mascarilla?

—Mamá, ya te he dicho que ponerse esa mascarilla es una estupidez, falsa sensación de seguridad, ¿entiendes?

—En la tele han dicho que...

—Sé de sobra lo que han dicho en la tele, mamá y ya sabes lo que pienso al respecto, son todo estupideces para que la gente no se alarme y piense que el gobierno tiene la situación bajo

control...

—Bueno... lo que tú digas...

—Sí, lo que yo diga...

—¿A Tierra tampoco lo vas a proteger?

—¡Por Dios, mamá, es un perro!

—No me hables así, Cristina, no olvides que soy tu madre...

—Es que dices cada cosa...

—Digo lo que han recomendado los expertos en salud pública y control de enfermedades, que los animales, y eso incluye a nuestro querido Tierra aunque nos pese, pueden ser potenciales portadores del virus...

—¿Pero se puede saber de qué estás hablando?

—Te he dicho que no grites, hija...

—Es que no paras de decir tonterías, mamá, ¿un virus? ¿Qué locura es esa? ¿Quién ha dicho eso si se puede saber?

—Lo ha dicho la doctora Karen Schnneider que es una eminencia en el campo de la...

—Vale mamá, lo que tú digas, ahora vengo.

Cristina cerró la puerta de su casa dejando a su madre con la palabra en la boca y en cuanto llegó a la calle le soltó la correa a Tierra para que se diese unas cuantas carreras nocturnas. Eso lo relajaba más que nada, tanto al animal como a ella.

No terminaba de acostumbrarse a vivir de nuevo en casa de sus padres. Después de haber estado compartiendo piso con Vera primero, y con Guillermo después, se había vuelto demasiado independiente como para tener que estar otra vez acatando las normas familiares. Hacía ya cerca de tres años desde que Guillermo y ella lo habían dejado. Todavía lo echaba de menos. Se preguntaba a menudo si algún día volvería a por ella, si la echaría de menos como ella a él.

Ella no se lo había dicho a nadie, pero esforzaba por estar cada día a las diez en punto de la noche en la esquina que cruzaba su calle con la calle Altamira. Allí era donde quedaban cuando empezaron a salir, era un punto de visión ciego y eso evitaba que sus padres o su hermano Juan husmearan desde las ventanas de casa si ella se subía a un coche, se daba la mano con un chico, o si recibía aquel bonito primer beso. Ahora tan solo era un chaflán en el que vigilar que Tierra no se alejara demasiado y en el que esperar a que el hombre del que se enamoró cuando tenía solo catorce años, apareciera como si nada y la estrechara entre sus brazos para no volverla a soltar nunca más. Es bueno creer en que algo así, casi mágico, puede llegar a suceder en cualquier momento.

Pero lo cierto es que sus esperanzas reales de que eso ocurriese eran prácticamente nulas. Hacía más de un año que habían perdido todo el contacto. Durante las últimas tres semanas, cuando había vuelto el «miedo», como habría dicho su hermano veinte años atrás, ella lo había llamado unas cuantas veces para ver cómo estaba y para disculparse por todo lo que le dijo cuando rompieron definitivamente. Desgraciadamente los últimos acontecimientos le estaban dando la razón que ella y los demás trataron de arrebatarle por todos los medios, pero su móvil estaba fuera de servicio y no tenía ninguna otra forma de ponerse en contacto con él. Esa noche era su última esperanza. El gobierno había «recomendado» que todo aquel que tuviese previsto desplazarse por el interior del país para reunirse con su familia o volver a su hogar lo hiciera como muy tarde ese día por la noche, después se pararían los transportes públicos y se cerrarían las autovías y carreteras principales durante al menos un mes y nadie podría entrar ni salir de los principales núcleos urbanos. Sobre todo en el área de Val, y más aún de Baladrar. Así que si

Guillermo no había vuelto todavía era muy probable que no lo hiciese tampoco durante el próximo mes, como poco. Pensar en la posibilidad de que podría haberle pasado algo hacía que su cerebro se quedase completamente paralizado, igual que un microbio a cien grados bajo cero, así que sencillamente tan solo pensaba en aquellas posibles situaciones en las que Guillermo continuaba con vida.

El plan del gobierno era evitar la circulación masiva de personas para impedir que aquello que se estaba propagando con extrema rapidez entre la población dejase de hacerlo cuanto antes. Lo llamaban «medidas de protección colectiva», mientras que las «medidas de protección individuales» eran aquellas que estaban destinadas a proteger una o más partes de una sola persona, principalmente las vías de entrada más importantes en la transmisión de agentes químicos o biológicos. Esto incluía la boca, la nariz, los ojos y los órganos sexuales. Estas medidas son las que recomendaban el uso de mascarillas, gafas, guantes, preservativos o incluso los más alarmistas, trajes herméticos de cuerpo entero. La sangría de muertos era muy alarmante, y lo peor de todo es que el crecimiento de esa extraña plaga dibujaba una curva hacia arriba con una pendiente tan acusada que a este ritmo la raza humana podría estar en verdadero peligro de extinción en apenas un par de meses.

Cristina conservaba la esperanza, igual que todos, de que toda esa avalancha de suicidios no fuese más que algo puntual. Algo debido a una causa de otra índole a lo que se estaba insinuando. Quería creer que eso de que podía ser debido a un agente biológico o químico fuese tan solo una falsa alarma, pero sobre todo, que lo que estuviese matando a la población no fuese tan letal como parecían arrojar las cifras actuales. De todas formas, ese pensamiento la tranquilizaba bastante, no era la primera vez que la humanidad se enfrentaba a una pandemia que amenazaba con acabar con gran parte de la población mundial. La Peste Negra se llevó por delante a más de setenta y cinco millones de personas, la Gripe Española entre cincuenta y cien millones, el Tifus a unos cuatro y el Cólera a unos tres, por citar solo a unas cuantas de las grandes plagas. Siempre se encontró la manera de salir adelante, siempre se dio con una cura, con una forma de pararlo. El problema era que ahora se enfrentaban a algo diferente. Ahora no había enfermedad, no había síntomas previos, no existía un margen de tiempo para despedirte de los familiares, para estudiar el virus, la bacteria o lo que fuese que los infectaba. La gente estaba en plenas facultades y un instante después podía estar cortándose las venas. Lo cierto es que todos estaban aterrados. Todos.

Cristina perdió de vista a Tierra unos instantes y lo escuchó ladrar a unas dos manzanas de allí. Empezó a llamarlo y a ir tras el rastro que dejaba con cada nuevo ladrido. Normalmente Tierra era un perro obediente, uno de esos que cuando lo llamas tarda apenas unos segundos en doblar una esquina y correr hacia ti como una bala. Pero esta vez tan solo se escuchaban los ladridos alejarse cada vez más. Cristina aceleró el paso y por su cabeza se cruzaron malos pensamientos. Correr por el pueblo donde había vivido prácticamente toda su vida sin cruzarse con ninguna persona hizo que se sintiera como la víctima de uno de esos macabros videojuegos en los que todo el mundo ha desaparecido por arte de magia de la noche a la mañana. Torció una nueva esquina y Tierra seguía sin aparecer en su campo de visión. Se estaba alejando bastante de su barrio y la dirección que habían tomado sus pasos la llevaban directamente al extrarradio, al barrio de los cobrizos. No quería ir hasta allí. Esa zona del pueblo la aterraba desde pequeña, cuando fueron a casa de Richi, y si podía evitarlo nunca iba allí sola. Pero no podía volver a casa sin Tierra, ese animal y ella eran inseparables desde hacía unos tres años y no soportaría que le ocurriese algo malo. Empezó a gritar su nombre con más fuerza, con más desesperación, arrastrando la «a» para que su voz llegara lo más lejos posible y se adentrara bien profundo en las orejotas de su perro.

Cruzó el Parque de los Cipreses y después giró hacia la avenida López-Uriarte. Por fin. A lo lejos pudo distinguir la figura de Tierra en medio de la calle. Estaba ladrándole sin parar a un grupo de personas que iban vestidas con largas túnicas negras. La cabeza y la cara también las llevaban tapadas por un capuz alto acabado en una larga punta, parecido a los que usaban el Ku Klux Klan o los nazarenos y que asustaba solo de verlo. No serían más de veinte, pero al llevar cada uno una antorcha formaba un conjunto bastante llamativo a lo lejos. La luz del fuego hacía que sus sombras se proyectaran adoptando formas muy extrañas y en constante movimiento. Se dirigían a buen ritmo hacia el barrio de los cobrizos y parecían estar murmurando una especie de oración corta que repetían constantemente, dos de ellos sujetaban una pancarta de tela y la llevaban bien alto, pero desde donde ella estaba no se podía leer lo que ponía.

—¡Tierraaaaa! ¡Ven aquí ahora mismo!

Al escucharla tan cercana, Tierra se giró y dudó nuevamente en si seguir a esas personas o volver con su dueña. Dos de los encapuchados también se giraron, pero continuaron hacia delante.

—¡Tierraaaa! ¡O vienes o te quedas sin cenar!

La voz de Cristina empezó a sonar desesperada, no se atrevía a salir corriendo hacia Tierra por miedo que el animal huyese de ella escapando de un rapapolvo. Finalmente el perro volvió a girarse al escuchar la voz de Cristina a punto del llanto y esta vez sí, empezó a correr hacia ella cogiendo velocidad como una avión a punto de despegar.

—¿Por qué te has ido, eh? ¿Por qué? ¡No vuelvas a hacerlo, Tierra, no vuelvas a hacerlo por favor! ¡Que sepas que estás castigado!

Cristina se abrazó a Tierra en cuanto llegó hasta ella y de sus ojos brotaron tres o cuatro lágrimas. Volvió a enganchar la correa al cuello de Tierra y apresuró el paso para llegar cuanto antes a casa. El animal lanzó un par de débiles ladridos a modo de disculpa y agachó la cabeza acatando el enfado de Cristina. No había tenido tiempo ni para pensar en lo aterrada que estaba. No tenía ni idea de quiénes eran esas personas ni qué es lo que iban a hacer, pero desde luego no se le antojaba que fuera nada bueno. Iban hacia el barrio de los cobrizos, cada uno con una antorcha y ocultando sus rostros, se imaginó por un momento que sus intenciones no eran otras que quemarlos a todos, quemarlos a todos vivos.

Llegó a casa pasadas las diez y media y se encerró en su habitación. No le apetecía hablar más con su madre. Guillermo no había regresado a Baladrar en el último que habría en mucho tiempo, ahora ya era un hecho, y no sabía si volvería a verlo algún día. El «miedo» había vuelto, y esta vez no era algo con lo que unos niños pudieran jugar a los detectives o a los cazafantasmas, esta vez iba totalmente en serio, y había vuelto para jugar la partida definitiva, para cobrarse todas las vidas que aquel verano de 1990 se dejó.

CAPÍTULO 13

1

Mi frente y mi espalda están cubiertas por una fina capa de sudor pegajoso y caliente. Odio sudar. Mojar la ropa con fluidos corporales y apestar a cloaca de vertedero. Enciendo el ventilador que tengo justo delante de mi cara y no pienso en los millones de ácaros que deben desprender esas aspas cada vez que se ponen en movimiento. Mejor dicho, sí lo pienso, pero no me importa.

Todavía no puedo creer lo que me ha dicho Alexandra. Mis padres están muertos.

Enciendo la tele y la mayoría de cadenas solo emiten esa imagen de barras de colores, algunas de ellas acompañadas por un continuo e interminable Bip, otras ni eso, tan solo esa imagen inamovible, silenciosa e hipnótica. Lo que no sé es si solo nos han cortado las comunicaciones a los habitantes de Val y de Baladrar o es algo generalizado a nivel de toda España.

El único consuelo que tengo es que ellos no murieron haciendo «eso». Aunque ahora que lo pienso eso no es ningún consuelo. Muertos son como todos los demás.

La cadena número dos está emitiendo un comunicado. El hombre que está frente a la cámara no es un presentador. Es un portavoz del gobierno. Está aclarando, por si alguien todavía no se ha enterado, que el gobierno ha decretado el «estado de excepción» por el tiempo mínimo de un mes, prorrogable a otro más. En resumidas cuentas, el portavoz dice que el régimen de excepción está contemplado en la constitución española y que su implantación se debe a que la situación que estamos viviendo actualmente es de un riesgo gravísimo. Ha hecho especial énfasis en la palabra «gravísimo», alargando mucho la «i» y haciendo una pequeña pausa antes y después. Recuerda que en situaciones así, por el bien del país, el presidente tiene la potestad y también la obligación como máximo mandatario a suspender algunos de los derechos fundamentales de la población, recalca que es por nuestro bien, por el bien de todos. De esta forma, y con carácter inviolable, se suspende la libertad de comunicación, de expresión y de información, la libertad de elegir residencia y de circular por el interior del territorio nacional, se retira la inviolabilidad del domicilio, el derecho a reunión, el derecho a huelga, el derecho a...

Alexandra me ha contado que uno de los ex mineros que pudieron reconvertirse profesionalmente tras el cierre de La Cobriza, Rubén Sastre, conducía el autobús en el que murieron mis padres hace apenas tres días. Tres días, maldita sea. Podría haberlo evitado si la doctora Karen no me hubiera mantenido tanto tiempo encerrado como a una rata de laboratorio. Claro que, ella no podía saber que a Rubén le daría por hacer «eso» mientras conducía su autobús lleno de pasajeros. Se estrelló contra un depósito de gas natural y explotó como una bomba atómica. Dice Alexandra que incluso apareció en el cielo uno de esos gigantescos hongos formado por humo y fuego. No sufrieron. Encontraron sus cuerpos carbonizados, pero no sufrieron. Eso dice Alexandra y yo quiero creerla.

En la cadena número uno están emitiendo ahora un pequeño reportaje sobre medidas de protección básicas. Es de bastante mala calidad y me recuerda a esos anuncios de la teletienda que salieron en los noventa. Hay que lavarse bien las manos siempre, deteniéndose especialmente en la zona de las uñas y de las yemas de los dedos. Sobre todo antes de comer o de tocar cualquier mucosa de nuestro cuerpo. Las mascarillas de protección respiratoria FFP3 son ideales para

evitar las enfermedades que se transmiten por gotas o por fluidos, lo que suele ocurrir cuando alguien tose o estornuda cerca de nosotros. Cubren nariz y boca y se atan por detrás de la nuca con unas gomas. Llevan incorporada una válvula que permite una correcta exhalación del aire al exterior y que evita la acumulación de vapor húmedo y de dióxido de carbono entre la mascarilla y nuestra cara. En otras palabras, nos están diciendo que no moriremos ahogados en el propio veneno que nuestro cuerpo genera cada vez que respira.

Los guantes de látex o de vinilo de usar y tirar son ideales cuando haya que entrar en contacto físico con otra persona, hacer la compra, o ir al trabajo, eso en el caso de que todavía exista el trabajo. También pueden usarse guantes de otro tipo de materiales siempre y cuando sean lavables y desinfectables. Las gafas de protección son ideales para una óptima protección ocular, aunque su uso no se considera tan necesario como el de los guantes o la mascarilla, ya que es más difícil que un fluido de otra persona entre en contacto con el lagrimal de nuestros ojos, a no ser que alguien desde una distancia muy cercana tosa o estornude delante de nuestra cara. No obstante, hay que tener en cuenta que la mejor medida es sin duda evitar cualquier tipo de contacto con el resto de personas y mantener una distancia de seguridad de al menos un par de metros cuando sea estrictamente necesaria la interacción interpersonal.

La doctora Karen sabía perfectamente lo que le había ocurrido a mis padres y no ha tenido el valor de decírmelo a la cara. Ha tenido que ser Alexandra, a escondidas y poniéndose en peligro, la que ha evitado que me encontrara con una casa vacía, de luto, llena de dolor y de lágrimas, llena de muerte. No se lo perdonaré en la vida. Alexandra dice que no, pero estoy convencido de que la única razón por la que me ha dejado salir ha sido por pena al enterarse de lo que le había pasado a mis padres. Si no llega a ser por eso aún estaría allí encerrado, al margen de todo lo que ha ocurrido durante estos últimos días.

Alexandra acaba de salir de la ducha del modesto hostal en el que nos encontramos ahora mismo. Lo había previsto con antelación y había reservado antes de que yo me viniera abajo, sabía cómo reaccionaría cuando me contase la horrible desgracia que acababa de golpear a mi familia.

—¿Qué tal estás, Guillermo? ¿Tienes hambre? ¿Te apetece que bajemos a ver si nos pueden servir algo de comer?

Apenas conozco a esta mujer y me da la sensación de que al contrario no ocurre lo mismo. Se ha enrollado una toalla en el pelo. Me recuerda a mi hermana Carmina, la echo de menos, me pregunto si estará bien.

—Yo no tengo hambre, pero si quieres bajamos.

—Te vendrá bien comer algo, Guillermo, y si te apetece después nos podemos poner un poco con eso —dice Alexandra girando su cabeza hacia una carpeta que hay en una de las camas de la habitación. Es un extenso dossier que ha traído consigo, contiene todas las líneas de investigación que hay abiertas en el instituto de investigación de la doctora Karen y los avances que hay en cada una de ellas. Entre el montón de papeles he podido ver una de las hojas de todo lo que les escribí sobre el verano del miedo durante el tiempo que estuve allí encerrado. El Instituto Schneider forma parte de los Centros de Control para Enfermedades y en situaciones como la que nos encontramos ahora, tiene plenos poderes sobre «las muestras» y goza de plena independencia jurídica. Hablando claro, pueden hacer lo que les de la real gana en situación de alarma social grave.

—Me parece bien, me vendrá bien tener la mente ocupada —respondo con lágrimas en los ojos.

Meto la cabeza entre mis piernas y vuelvo a sumergirme en mis recuerdos. Ahora mismo estoy psicológicamente deshecho, pero sé que en cuanto me calme un poco voy a querer quemar hasta la última gota de mi sangre para encontrar la solución a todo esto, y para ello tengo que recordar. Recordar todos los detalles, todo lo que he visto, de cada minuto invertido.

Alexandra tiene unas piernas bonitas. Aparte de la toalla en la cabeza, también se ha enrollado una alrededor del cuerpo, justo por encima de los pechos. Está buscando en el interior de un pequeño bolso de viaje. Ha venido preparada, sabía a lo que venía y lo que le esperaba.

—En algún momento tendré que pasar por casa de mis padres, allí tengo guardada mucha información que nos podría ser útil.

—Claro, cuando quieras, también puedo ir yo, si a ti no te apetece entrar.

Me pregunto por qué me estará ayudando, por qué habrá decidido venir hasta aquí para estar conmigo sabiendo de antemano que es posible que no pueda volver a salir de este pueblo en bastante tiempo, tal vez nunca.

—¿Por qué haces esto, Alexandra?

—¿Por qué hago el qué?

—Esto, venir hasta aquí, impedir que fuera solo a casa de mis padres, ayudarme, alojarte aquí conmigo, apenas hemos hablado en tres semanas, y sin embargo...

—Porque creo en ti, Guillermo, siempre he creído en todo lo que decías y pienso que la doctora Karen está equivocada...

—¿A sí? ¿En qué?

—En todo. Para empezar no ve más allá de su propio ombligo y no sabe rectificar ni adaptarse sobre la marcha, se le mete una idea en la cabeza y va a muerte con ella hasta el final, cueste lo que cueste. Y en segundo lugar, ha perdido esa parte de ella que la convirtió en quién es hoy. Se empeña en andar siempre por el mismo camino y no se da cuenta de que estamos ante algo totalmente nuevo, algo que precisa que exploremos nuevas vías, que andemos por nuevos caminos aunque sea totalmente a oscuras.

—¿Y crees acaso que yo estoy en el camino correcto?

—No lo sé, tal vez sí, tal vez no, pero sí creo en que es posible que todo empezara aquí, como tú afirmas, y si eso es cierto, tal vez haya una forma de encontrar el origen de todo...

—Y acabar con esta plaga de raíz...

—Exacto.

Alexandra está sentada sobre la cama y, a veces, cuando habla mueve bastante los brazos, no demasiado, se nota que reprime los instintos de su cuerpo a cada momento, debió de tener una educación bastante estricta. Me pregunto qué pasaría si en este preciso instante esa toalla que lleva enroscada por encima de los pechos se le soltara. Qué situación más embarazosa, eh. Dejar volar la imaginación hacia situaciones así hace que desdramatice un poco todo lo que está pasando.

2

—¿Quieres, Violeta?

—No, no quiero...

—¿Ya no fumas?

—Pues no, ya no fumo, ¿no lo ves?

—Pues mejor, más para mí, me voy pillar un ciego...

—¿Piensas quedarte así toda la vida?

—¿Así, cómo?

—Fumando y bebiendo y diciendo tonterías con tus amigos todo el tiempo.

—Eh, eh, tranquila, cómo estás hoy ¿no? Que yo no te hecho nada, eh...

—Ya sé que no me has hecho nada, Barry, pero hay cosas más importantes en la vida que estar todo el día colocado...

—Ya empezamos... si te vas poner bajonera ya te puedes largar por dónde has venido, bonita, ¿no has leído el cartel que hay fuera en la puerta?

—Sí...

—Pues eso, *don´t worry, be happy* —dijo Barry sintiéndose orgulloso de su lema.

—Quizá ahora no sea tiempo de estar feliz, Barry, quizá sea tiempo de estar triste, preocupado, de pensar en nuestros seres queridos, en los que no se han ido, en los que todavía están con nosotros, en todo lo que está pasando.

—Vale, ya está, se acabó, o cortas el rollo o te largas de una vez, guapa, que me está dando un bajón de oírte... ¡y quítate esa puta máscara y esas gafas de una vez, joder! ¿Piensas que yo te voy a contagiar de algo o qué? ¡A ver si os enteráis de una vez! ¡Yo no la llevo, quien la lleva la palma! ¿Te enteras? ¡La palma!

Violeta se acordó de cuando solo era una niña y jugaban en las calles del barrio a «tú la llevas». Uno era el que «la llevaba» y tenía que intentar pasársela a otro para quitársela de encima, bastaba con tocarlo, rozarlo con la punta de los dedos, y ya se la habías pasado. Los niños y niñas corrían como si realmente su vida estuviese en juego y el juego fuese algo más importante que la vida misma.

—No me gusta que me hables así, Barry, ya lo sabes...

Barry y Violeta se conocían desde niños, habían crecido juntos y vivido un sinfín de experiencias el uno al lado del otro, el problema era que mientras que para Barry el mundo no pasaba más allá de los límites del barrio de los cobrizos, para Violeta el mundo empezaba justo cuando terminaba ese viejo barrio de mineros. Pero eso era algo de lo que raras veces habían hablado y que cada vez tenían los dos más presente, en sus silencios, en todas las pequeñas pausas al hablar.

—Bah... que te den... haz lo que te dé la gana, yo no me pienso mover de aquí, y si tiene huevos que venga lo que sea eso que nos está jodiendo y que ponga la cabeza bajo mi culo, a ver si le gusta —Barry se levantó del sillón en el que estaba tirado, abrió la ventana del pequeño cuarto y sacó la cabeza y medio cuerpo fuera—. ¿Me has oído, hija de puta? ¡Ven a por mí si tienes huevos! ¡Aquí te espero, maldita zorra!

A Violeta se le escapó una pequeña sonrisa viendo cómo Barry gritaba a la nada.

—Me voy a marchar ya, Barry, se ha hecho un poco tarde.

—¿Pero qué dices? Si aún son las diez, ¿por qué no pedimos algo para cenar?

—Estoy cansada, Barry, el viaje a la ciudad me ha dejado agotada, ya sabes cómo me encuentro cada vez que voy a ver a mi padre. Además, dudo mucho que las empresas de comida a domicilio continúen funcionando... —dijo Violeta bajando la mirada.

—Bah... que le den a tu viejo, pasa de él, se marchó y os dejó a ti y a tu madre más tiradas que una colilla...

—Eso no es verdad, Barry...

—¿Ah no? ¿Y qué es verdad? ¿Que se enamoró de otra mujer y que nadie es responsable de

quién se enamora?

—No me apetece hablar ahora de eso...

—Pues no hables...

—Pues eso hago...

—Que te den.

—Que te den a ti, Barry, me marcho —Violeta se levantó del hundido sofá en el que se encontraba y se dirigió hacia la puerta, Barry dio un salto como si se acabase de clavar una tacha en un pie y se puso delante de la puerta para impedir que saliera.

—¿Qué estás haciendo, Barry? Déjame salir por favor...

—No si no me das antes un beso.

—Ahora no me apetece, Barry, ¿me dejas salir?

Barry entrecruzó sus brazos por detrás de la cintura de Violeta y trató de besar su cuello.

—Te he dicho que ahora no me apetece, Barry...

La excitación de Barry crecía por momentos y los besos en el cuello habían pasado a mordiscos en la oreja y a lametazos a la altura de la nuca.

—Barry, de verdad...

Violeta se había excitado ligeramente pero aún así quería irse de allí cuanto antes, no le apetecía dejarse llevar, no le apetecía estar con Barry, tan solo quería estar a solas con ella misma, ¿tan difícil era eso de entender?

—Venga, mi bomboncito... ¿por qué no pasamos un buen rato tú y yo, eh? Venga, vamos a la cama y te hago eso que tanto te gusta...

—Que no, Barry, que me quiero marchar, de verdad.

—¡Joder, qué coñazo eres! —dijo Barry levantando la voz—. ¡Ya nunca quieres follar, hostia! ¿Es que ya no te pongo? ¿Te gusta otro? ¿Eh? ¿Es eso lo que pasa?

—Déjame, Barry, no me apetece hablar ahora, estás borracho.

Violeta había bajado la mirada y le hablaba a Barry sin mirarlo a los ojos, no le ocurría normalmente, pero a veces cuando había bebido bastante se ponía un poco violento, aunque por el momento todavía no le había puesto la mano encima.

—Bah... pasó de ti, eres un cría de mierda, que te den... —dijo Barry volviendo al sillón en el que se había pasado las últimas tres horas.

Violeta abrió la puerta de la pequeña salita de la casa de Barry y salió de allí a punto de echarse a llorar.

De camino a su casa pensó en el chico que había conocido en el tren, Guillermo, en el brillo que aún conservaba en la mirada y en el respeto con el que la había tratado en todo momento. Pensó que tal vez todavía existían hombres como los de antes, como decía su madre, y que a lo mejor, ella no estaba destinada a estar junto a un hombre como su padre, o como Barry, a lo mejor ella podía aspirar a alguien que estuviese dispuesto a quererla y a cuidarla tanto como ella a él.

No le había dicho nada a Barry para no violentarlo más, pero le daba un miedo atroz mantener relaciones sexuales, con él o con quien fuese. Tanto en las últimas noticias que habían dado por televisión como en la revista Mundos Misteriosos dejaban bien claro que no se podía descartar que la Epidemia de Verano fuese una enfermedad de transmisión sexual. Mucha gente se había tomado en los últimos días el panorama actual de Val como los albores del apocalipsis, del fin del mundo, y eso les había dado pie a hacer todo aquello que no hubiesen hecho si no pensaran que tal vez podían estar viviendo los últimos días de la raza humana. Y eso implicaba mantener más relaciones sexuales de lo normal, con menos protecciones y sin importar cómo ni con quién. El

CDC y la OMS estaban alertando de que esas prácticas podían estar contribuyendo a que la plaga se extendiese todavía con mayor rapidez y que en estos momentos había que mantener la calma más que nunca, utilizar la cabeza y no dejarse llevar por las emociones ni por los estados de alarma y contagio social. Violeta tenía muy claro que ella no la iba a coger por esa vía de entrada, ni por esa ni tampoco por las que dependiesen directamente de las medidas de higiene y de protección personal que ella adoptase.

Al llegar a casa se quitó la máscara y las gafas de protección y respiró una buena bocanada de aire ciclado. Tiró los guantes en la papelera que tenía junto a la puerta y fue a ver a su madre. Estaba tal y como la había dejado cuando salió de casa, medio desnuda en el sofá y completamente grogui. Se acercó a ella, comprobó que respiraba y la dejó dormir la mona mientras ella se preparaba algo de cena.

Mañana sería otro día y ella trataría por todos los medios de mantenerse con vida, de sobrevivir un día más mientras el mundo parecía estar volviéndose loco a su alrededor.

3

En el bar del hostal estaba cerrada la cocina y nos ha tocado ir al pueblo. No recuerdo haber estado nunca en el Bar Lauria, es posible que sea nuevo. Aquí los bares cambian de nombre cada dos o tres años, aunque el nuevo bar sea prácticamente igual y el dueño sea el mismo. Deben pensar que el marketing y la identidad de un local son conceptos que se repelen mutuamente. La comida es más que discreta. Se nota que es un bar de café y cerveza. La mayoría de clientes son hombres y apenas se les escucha hablar entre ellos. Allí dentro nadie lleva ni mascarilla ni gafas de protección ni tampoco guantes de látex, eso hace que recuerde cómo eran las cosas antes, que sienta otra vez qué era vivir sin miedo.

Dos o tres hombres no le quitan el ojo de encima a Alexandra. Ella puede hacer lo que le dé la gana, pero es un poco molesto cómo la miran, deben estar pensando que ella y yo estamos juntos y que ellos no son menos que yo. Es difícil de explicar, pero ese tipo de extraños desafíos masculinos son más frecuentes de lo que parecen. A mí ahora mismo me la suda completamente esos estúpidos desafíos, y más teniendo en cuenta que yo nadie es propietario de nadie, pero tampoco creo que sea apropiado que traten a Alexandra como si fuese un pedazo de carne. Así que por ese lado, sí me molesta.

Me levanto y voy a la barra a por un par de cervezas más. Espero a que la camarera me atienda y no puedo evitar fijarme en el hombre que está sentado junto a mí, en un taburete alto con un soporte circular para apoyar los pies, está jugando con la punta de un cigarrillo encendido sobre los bordes de un cenicero de cristal. Tal y como están las cosas ni tan siquiera me había parado a pensarlo cuando hemos entrado, pero la gente debe de haberse pasado la ley antitabaco por el forro porque aquí dentro están fumando casi todos los presentes. Tiene el pelo largo, peinado hacia atrás y muy grasiento, como si hiciese días que no se lo lavara. Lleva puesta una camiseta negra con un gran dibujo por delante y otro por detrás, igual que las de los grupos musicales de rock tipo Metallica o Iron Maiden. Su pantalón vaquero es gris, y sus zapatillas tipo Converse están bastante sucias y desgastadas. Su rostro me resulta familiar, aunque viéndolo de perfil no alcanzo a reconocerlo. Ahora me está mirando de reojo. Puedo ver cómo sus pupilas apuntan directamente hacia mí.

—¿A qué has venido? ¿Qué coño se te ha perdido a ti aquí? —dice de pronto.

Es Richi, joder. El puto Richi el Loco. No lo había reconocido, pero cuando se ha girado hacia mí lo he identificado al instante. Debe de haber perdido por lo menos diez kilos y la barba de una semana que lleva tampoco ayuda demasiado.

—Hey, Richi, no te había reconocido, ¿qué tal te va?

Me arrepiento al instante de haber hecho esa estúpida pregunta. Él me mira y sonríe con cierta sorna.

—Creo que deberías largarte por donde has venido, aquí ya tenemos bastantes problemas ¿sabes?, a la gente del pueblo no le gusta que le vengan intelectuales de ciudad a remover su mierda y sus miserias ¿entiendes?

Recuerdo el verano en el que yo estaba terminando la carrera de Periodismo y fue cuando decidí reanudar en serio la investigación del verano del miedo para el trabajo de fin de carrera. Y sí, puse patas arriba el pueblo entero, no es algo de lo que me sienta orgulloso, pero tampoco me arrepiento en absoluto. Hice lo que tenía que hacer y punto, y no fue por mi carrera ni por obtener el cum laude, fue porque necesitaba saber la verdad. Con Richi no acabé del todo bien, en esa época fue cuando me confesó lo que le dijo su padre antes de morir, cuando lo vio en la bañera desangrado y desfalleciendo.

—Este es mi hogar, Richi, y no he venido a buscar problemas, he venido a estar con los míos, con mi gente.

—Ya... ¿y quién es tu gente?

Richi apaga el cigarrillo en el cenicero y de su boca sale un buen chorro de humo. Yo me quedo observándolo, me ha molestado eso que ha dicho, no tiene derecho, sabe perfectamente que este es mi sitio.

—Siento lo de tus padres... —dice Richi después de estudiar si en mi mirada y en mi expresión corporal hay sinceridad.

—Ya... gracias... yo lo siento más, créeme.

Richi se levanta del taburete y se ajusta una gorra verde militar, deja unas monedas en la barra y se guarda el paquete de tabaco en el bolsillo del pantalón. Se ha calado tanto la gorra que apenas se le ven los ojos. Antes de marcharse hace una pequeña pausa y me mira nuevamente de reojo.

—Si te veo por los cobrizos te pego un tiro. Adiós.

Dos hombres que están en un extremo de la barra han escuchado perfectamente la amenaza que acaba de hacerme Richi, esperan un respuesta por mi parte. Yo cojo mis dos cervezas y vuelvo a la mesa con Alexandra, que debe de estar pensando que este es un pueblo de locos. Richi sale del Bar Lauria.

—¿Quién era ese, Guillermo? ¿Os conocíais?

—Alguien a quien no veía hacía muchos años, déjalo, no tuvo una infancia fácil.

—¿Es el mismo Richi del que hablas en tu historia del verano del miedo?

Alexandra tiene los ojos bien abiertos y su oído está perfectamente afinado. Ha escuchado con claridad las cuatro palabras que he cruzado con Richi y negar que es el mismo del que hablo en el verano del miedo es absurdo.

—Sí, aunque no sabría decir si es la misma persona que era entonces. ¿Nunca te ha pasado?

—¿El qué?

—Encontrarte con alguien mucho tiempo después de haberlo visto por última vez y descubrir que no queda prácticamente nada de aquel a quién tú conocías...

—¿Te puedo preguntar algo?

Ella va a lo suyo y solo le interesan las respuestas a las preguntas que tiene en la cabeza. Me surge la duda de cuál sería mi actitud si en lugar de tener delante a una bella joven de ojos verdes que me recuerda al amor de mi vida tuviera a una mole de cien kilos con barba frondosa y una camiseta de Led Zeppelin.

—Sí, claro, faltaría más, pregunta.

—¿Puedo saber qué fue lo que le dijo su padre antes de morir? A Richi, me refiero...

A Alexandra se nota que le puede la curiosidad, tiene alma de científica, necesita llegar al fondo de las cosas, y eso hace que me recuerde a mí mismo.

—Bueno... eso es algo que Richi me confió a mí personalmente... que me dijo después de prometerle que guardaría eso para mí, que no hablaría de ello con nadie ¿entiendes?

Miento. Miento porque quiero que ella me insista y porque recurro a la mentira siempre que quiero conseguir algo de alguien. Richi no me pidió nada de eso ni me hizo prometer nada. Estamos hablando de mi tema, y quiero alargar al máximo el momento.

—Vaya... perdona, yo... no sabía que...

—Bah, no te preocupes, es normal que tengas curiosidad, yo estuve imaginándome lo que el padre de Richi le dijo justo antes de morir durante mucho tiempo, aunque eso ya debes saberlo si has leído mi historia...

—¿Y crees que es importante lo que le dijo? Para la historia, para descubrir la causa de todas estas muertes, de todo lo que está pasando...

—¿Y quién te dice que no haya descubierto ya la causa y esa causa no haya forma de pararla?

Alexandra abre bien los ojos, es muy impresionable, se asusta con facilidad y eso me parece muy tierno. No todo el mundo sabe conservar algo de inocencia en su interior.

—Era broma, Alexandra, ¿me prometes que si te cuento lo del padre de Richi sabrás guardar el secreto?

Cuando a alguien le pides que por favor te guarde un secreto se crea inmediatamente un vínculo entre tú y esa persona. No sé por qué hago esto, pero no puedo evitar desear que Alexandra se sienta atraída por mí, que se sienta en deuda conmigo. Porque desde luego yo a ella no la deseo, yo sigo deseando a Cristina, y Cristina no está aquí. Con Alexandra, simplemente estoy a gusto. Es agradable su compañía.

—Por supuesto que sí, puedes confiar totalmente en mí, te prometo que todo lo que me cuentes quedará entre tú y yo.

Al decir «tú y yo» se ha sonrojado.

—Está bien... —Hago una pequeña pausa y observo cómo Alexandra no para de rascarse el pulgar con su dedo índice, es un como un tic que debe activarse cuando está nerviosa, no sé si ella es consciente—. Richi me contó que su padre le dijo que él no había sido, que él no quería matarse, que lo habían obligado, y que tenía que ser fuerte porque «eso» volvería algún día y tendría que estar preparado para hacerle frente.

—¿Lo habían obligado? ¿Alguien lo obligó a cortarse el cuello?

—Ya lo sé... es de locos... pero desde luego eso no hizo más que reafirmar lo que yo me temía, que su suicidio y el de todos los demás no fue algo voluntario. Algo o alguien lo provocó, el padre de Richi era un tipo rudo y algo violento, pero no estaba loco como muchos dijeron, ni él ni su hijo, aunque supongo que cuando la mayoría empieza a creer algo con mucha fuerza es muy difícil hacerles ver lo contrario...

—Me pregunto si cuándo todas esas muertes pasaron, alguien te hubiese hecho caso, estarían las cosas como están ahora...

Eso es imposible saberlo, en cualquier caso ya no importa, lo único que importa ahora es si existe alguna forma de pararlo... ¿te puedo preguntar algo, Alexandra?

—Sí, claro, faltaría más...

Se ruboriza y cruza sus brazos a la altura del pecho. No se siente cómoda hablando de sí misma.

—¿Trabajas desde hace mucho para la doctora Karen?

—Un par de años más o menos, hice el doctorado con ella y después me ofreció un puesto fijo de investigadora, sé que no debes tener una opinión de ella muy buena, pero créeme, es una eminencia en el campo de la microbiología y las enfermedades contagiosas.

—¿Eres doctora? ¿No eres demasiado joven?

—¿Joven? ¿Cuántos años me echas?

—No sé, ¿veintidós?

Se sonríe y da un pequeño sorbo a su cerveza que le deja el labio superior manchado de espuma.

—Unos cuantos más, veintiocho... pero todo el mundo me echa menos años...

Eso parece halagarla.

—¿Crees que la doctora se encontraba cerca de descubrir la verdad? Antes dijiste que habías traído los resultados de las diferentes líneas de investigación...

—Bah... la doctora Karen es la mejor estudiando las enfermedades, de eso no me cabe la menor duda, su especialidad es comprender en toda su magnitud cómo se desarrollan las enfermedades, cómo el cuerpo humano reacciona ante los diferentes tipos de patógenos y cuál es la mejor forma de enfrentarse a ellos, pero ya te dije que no creo que esa sea la causa...

—¿Y entonces? ¿Cuál crees que es la causa?

—No tengo ni idea, Guillermo, por eso estoy aquí contigo. El problema es que no creo que lo que sea eso que está matándonos a todos esté producido por algún tipo de agente biológico, pero al mismo tiempo no se conoce ninguna enfermedad contagiosa que no esté producida por un patógeno... así que, la pobre se encuentra atrapada en el interior de la propia telaraña de la ciencia que tanto ama y que tan bien conoce...

—¿Entonces no crees que la ciencia tenga nada que ver con esto?

—Yo no he dicho eso, lo que realmente creo es que la ciencia que nosotros conocemos no es la causante...

No estoy seguro de lo que está intentando decirme, pero si está aquí conmigo es porque está tan perdida como yo, de eso no me cabe ninguna duda.

Meto mis ojos en el fondo de la jarra de cerveza y observo cómo decenas de microburbujas tratan de subir hasta la superficie hasta convertirse en el aire que respiramos. El recuerdo de mis padres acaba de invadirme por completo y estoy a punto de venirme abajo. Necesito ver a mis hermanos. Necesito saber cómo están. También a Cristina. Lo necesito o me vendré abajo.

—Tengo que ir a ver a mis hermanos, Alexandra... —La voz sale de mi garganta como un eructo agrio e insonoro.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—No sé si es una buena idea, Guillermo...

—Claro que lo es, ¿qué sabrás tú?

Noto que me acaloro. La dos cervezas me han puesto algo agresivo y lo pago con ella. Es tan frágil como una de esas mariposas que cuando intentas tocarlas lo único que haces es dañarlas.

—Lo siento, Guillermo... no pretendía...

—¿Qué es lo que no pretendías?

Jessica, la camarera del bar Lauria, lleva colgando del bolsillo derecho de su camisa una pequeña chapa metálica color bronce con su nombre inscrito. Está limpiando las mesas que hay junto a la nuestra y me lleva a pensar en el primer trabajo que tuvo mi hermana Carmina. Pienso que también tendría que soportar las miradas obscenas y las vulgares insinuaciones que está recibiendo ahora mismo esa joven, Jessica. Su mirada es triste y cansada. Es posible que este pensamiento haya sido lo que me ha llevado a hablarle así a Alexandra y no las cervezas, o quién sabe, quizá han sido las dos cosas.

—No pretendía decirte lo que tienes o no que hacer, perdona si me he metido donde no me llaman, tienes todo el derecho del mundo a querer ver a tu familia... yo solo intentaba protegerte...

—No pasa nada, Alexandra, ya sé que no era tu intención...

Me pregunto cuál es en realidad su intención. Porque no termina de convencerme eso de que cree en mí y en mi historia. Ella, una doctora en microbiología que según parece ha estado trabajando codo con codo durante los últimos meses con una eminencia en la materia. Me centro en salir de ese lugar y dejo aparcado el tema «Alexandra» para más tarde.

Salimos del local y las dos cervezas junto a la hamburguesa que me he tomado hacen que el sudor vuelva a brotar de mi frente. Es una noche calurosa y no corre ni una brizna de aire. Odio sudar, ya lo sabéis. Parece que el viento sufra de parálisis permanente y que el oxígeno a nuestro alrededor esté a medio hacer porque cada vez que respiro siento que mis pulmones trabajan y trabajan para nada. Decido que la primera parada será en casa de mi hermana, necesito verla, a ella y a las niñas, necesito que estén bien para continuar, no podré hacer esto si ellas no están.

CAPÍTULO 14

1

Era la tercera vez que lo intentaba y la tercera vez que fracasaba. Si Vera no conseguía bajar de ese sofá y ponerse en pie para arreglar todo ese desastre antes de que Ángel volviera de trabajar, probablemente la paliza que recibiría sería definitiva.

Los oídos le zumbaban. Cada vez que movía la boca o los labios su pómulo derecho le tiraba tanto que parecía que el tajo que tenía abierto estuviese tratando de abrirse todavía más. Pensó en esas bolsas de patatas fritas que cuando metes la mano con brusquedad terminas de romper el envoltorio del todo y provoca que todo el contenido se desparrame por el suelo. Eso hizo que se llevara una mano a ese pómulo entreabierto, sujetándolo para que el interior de su cara no terminase en un charco en el suelo.

Las costillas se le seguían clavando en la carne cada vez que respiraba, como si algo o alguien le estuviese pellizcando y retorciendo la piel de su torso con saña, pero no desde fuera, sino desde el interior de su cuerpo. A pesar de ello había conseguido fumarse cinco cigarrillos durante la última hora. Daba caladas pequeñas, cortas, apenas satisfactorias, pero al menos la habían mantenido entretenida durante un rato mientras el dolor remitía, a decir verdad el dolor más que remitir se asentaba. Había tenido que tirar la ceniza y las colillas al suelo porque no tenía ningún cenicero a mano y cada vez que miraba el desorden se revolvían las tripas todavía más. La casa apestaba. El olor a cerveza reseca, licor de café y a cañería había ido en aumento. El calor siempre hace que los malos olores se intensifiquen, más aún si la casa donde vives es humilde y los sifones y sumideros hace siglos que están para cambiar.

Una fina línea de agua empezó a caer desde su lagrimal y al pasar por la herida de su mejilla sintió un pequeño escozor, eso hizo que el silencioso llanto se avivara todavía más. Vera había adquirido tanta destreza llorando en silencio que incluso cuando estaba sola, reprimía sus instintos más primitivos hasta el punto de casi terminar ahogándose en su propio llanto.

Recordó aquella primera vez que Ángel metió sus manos llenas de grasa por debajo de su camiseta. La mayoría de "primeras veces" son difíciles de olvidar porque son experiencias únicas, el resto es posible que solo sean una mala copia y que esa copia sea cada vez más diferente del original. Ángel venía de echar unas cuantas horas en la chatarrería de sus padres y no se había tomado ni tan siquiera la molestia de lavarse bien las manos. Le dejó el sujetador blanco lleno de manchas negras y ella le dijo que no importaba, ya se encargaría de limpiarlo antes de que su madre se diese cuenta. El sujetador acabó en el cubo de la basura porque aquello no había quien lo limpiase. Siempre pensó que su relación con Ángel no iría a ningún sitio porque sencillamente a ella no le gustaba, ni él ni mucho menos lo que le hacía. Pero “aguantar” era lo que había visto en su casa y pensó que decir "no" a los hombres no era apropiado, más si el hombre que te pretendía te daba miedo y estaba acostumbrado a conseguir lo que quería.

Reunió todas las fuerzas que pudo y consiguió flexionar el tórax y sentarse en el sofá. Con una mano se sujetaba las costillas y con la otra su pómulo abierto. Soltó un grito de dolor y sintió cómo se le humedecía la mano con la que se sujetaba el pómulo derecho. La capa de sangre reseca

que estaba taponando esa herida se había agrietado y la sangre fresca había empezado a brotar otra vez. Echó un vistazo a la pantalla del teléfono móvil. Sin cambios. El indicador de la cobertura seguía señalando el «sin señal».

Maldijo a Ángel otra vez. A él y a toda su familia de chatarreros. Apretó sus pies contra el suelo y estiró sus rodillas para ponerse en pie. El pinchazo que sintió en las costillas hizo que se le cortara en seco la respiración durante un par de segundos. Llegó hasta el baño dando pequeños pasos y se horrorizó al ver su cara frente al espejo. No pudo evitar que se le escapara una sonrisa burlona cuando se le pasó por la cabeza que Ángel había tenido la delicadeza de abrirle esta vez el lado derecho de su cara y no el izquierdo como las últimas dos veces. Abrió el cajón del mueble del lavabo y sacó un blíster de comprimidos de codeína que guardaba en el interior de una caja de pastillas anticonceptivas. Desprendió dos unidades y las tragó con un poco de agua del grifo. Respiró hondo y repitió la operación con dos más.

Necesitaba que el dolor desapareciese durante algunas horas para poder limpiar y arreglar la casa, y también para poderle preparar a Ángel esa sorpresa que desde hacía ya algún tiempo rondaba por su cabeza.

2

—¿A dónde vas?

—¿Tú qué crees? —dijo Carmina mientras se subía las bragas y buscaba su sujetador entre la pelota de ropa y de sábanas revueltas.

—¿Por qué no llamas a casa y le dices a tu marido que te han pedido que dobles el turno esta noche?

—Ya sabes que eso no puede ser, ya te dije que mi marido está empezando a sospechar algo y además hay dos niñas que me esperan y que como puedes imaginarte tengo ganas de ver.

—Venga, Carmina... —dijo Vicente mientras se levantaba y la rodeaba por detrás pegando su torso en la suave piel de su espalda—, solo uno más y después te acerco yo a casa...

—Que no, Vicente, por favor no sigas..., además ya te dije que esto se tenía que terminar, no puedo seguir así, ¿entiendes?, no podemos seguir así...

—¿Así, cómo? Pensaba que te gustaba...

—Y me gustas, Vicente, pero tengo una familia y no quiero echarlo todo por la borda por... —Carmina hizo una pequeña pausa y se llevó una mano a la boca mientras entrecerraba sus ojos y cogía aire ruidosamente, estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Por qué? Venga, dilo, ¿echarlo todo por la borda por alguien que no tiene un trabajo fijo como Javier? ¿O es porque hace que te recuerde a tu hermano?

—Déjalo ya, Vicente por favor..., no quiero seguir hablando de esto ahora, ¿vale?

Carmina había encontrado el sujetador, se había colocado los tirantes sobre los hombros y las copas sobre sus pechos, se llevó las manos por detrás de la espalda para abrocharse el cierre. Vicente se quedó observándola unos segundos, adoraba ese pequeño ritual, ese momento en el que se despedía de esos pechos hasta la próxima visita, como en una función de teatro en la que tus

ojos registran y procesan con entusiasmo esa última imagen que ven antes de que se cierre el rojo telón. Se abalanzó sobre ellos sin mediar palabra y antes de que ella se diera cuenta ya le había quitado de nuevo el sujetador y había pasado a la fase caricias apasionadas y besos cautivadores.

—Vicente, por favor, ya te he dicho que no... —Carmina trató de quitárselo de encima sin mucho entusiasmo.

—Solo un minuto, Carmina, déjame estar aquí solo un minuto y después dejaré que te vayas y no te molestaré más, te lo juro —dijo Vicente mirando a Carmina con ojos suplicantes y hundiendo la cabeza entre sus pechos. Carmina cerró los ojos y emitió un pequeño jadeo. No dijo nada y dejó que Vicente hiciese lo que le viniera en gana con ellos.

Esa situación se venía repitiendo durante los últimos tres meses y todavía no había encontrado ni la forma ni la fuerza necesaria para pararla. Cada vez veía a Vicente más enganchado a ella y a ella cada vez le costaba menos fingir ante su marido que todo estaba bien entre los dos. La vida sexual con su marido había entrado en fase terminal después del segundo embarazo, de la llegada de Lucía, y hacía ya algunos años que estaba totalmente muerta. No sabía muy bien el porqué de esa falta de interés mutuo, pero hacía mucho tiempo que no veía en los ojos de Javier ningún deseo sexual por ella, nunca la tocaba ni la besaba. Era como si al haberse convertido en madre hubiese dejado de ser mujer para él. Había oído que no era extraño que a un determinado prototipo de hombres les sucediera eso mismo tarde o temprano, y también, que ese prototipo era el que buscaba una mujer que de forma inconsciente se pareciese a su madre. El ciclo se cerraba una vez llegaban los hijos y el interés por la mujer pasaba a ser puramente maternal. De hecho, Javier nunca le ocultó que ella le recordaba a su madre, cosa a Carmina siempre le molestó sobremanera y se esforzó en negar. A pesar de ello, en su interior sabía que algo de verdad había en esa similitud de caracteres. Se preguntó si suegra también tuvo alguna vez sexo fuera del matrimonio y eso hizo que se le escapara una sonrisa y se sintiese menos culpable.

Antes de marcharse tuvo que darse una buena ducha. El sexo con Vicente era bastante intenso y él no solo sudaba a mares sino que también la hacía sudar a ella. Una cosa era saber mentir y otra muy distinta apestar a fluidos corporales. Su marido podría estar ciego, pero el olfato lo seguía conservando. Vicente trató de repetir otra vez en la ducha y ella no supo ni quiso negarse. Eso era lo que realmente le atraía de Vicente, que siempre tenía ganas de ella y que esas ganas parecían ir cada día en aumento. Y eso le hacía sentirse atractiva, que todavía estaba viva y que en el fondo seguía siendo ella misma. Ese siempre fue uno de sus miedos, perderse para siempre en ese mar de indeterminación y de falta de objetivos que supuso para ella la llegada de la edad adulta.

Salió de su casa dándole un dulce beso en los labios y prometiéndole que volverían a verse.

Miró el reloj y vio que eran las once y media pasadas. Sintió un fuerte golpe en el pecho, como si algo o alguien hubiese tirado hacia arriba de uno de esos desatascadores que hacen ventosa sobre un desagüe, solo que en el lugar de un desagüe el tirón de presión se había producido sobre la desembocadura de sus aortas. No podía entender cómo era posible que se le hubiese hecho tan tarde. Su marido la esperaba para las diez como muy tarde y debía estar muy preocupado, también sus hijas que, habían heredado de ella esa propensión a la espera impaciente. Cogió el teléfono móvil. Sin cobertura. Aceleró el paso hacia su coche, lo tenía aparcado a unas cuantas manzanas de la casa de Vicente para evitar sospechas. Se le empezaron a pasar por la cabeza multitud de pensamientos negativos. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Lo último que deseaba era que Javier y las niñas sufrieran por su culpa, y no le cabía la menor duda de que a esas horas debían estar subiéndose por las paredes. Ella fue precisamente la que le inculcó a su marido el deber de la puntualidad para con ella y con la familia y la obligación inexcusable de llamar si iba a sufrir

algún retraso. En cambio ahora era precisamente ella la que se estaba saltando a la torera su propia norma, añadiéndole el agravante de cómo estaban las cosas en Baladrar, en todo Val. Empezó a idear una buena excusa de camino al coche. Su marido confiaba en ella y no tenía por qué dudar de su historia. Lo único que necesitaba era pensar en algo convincente. Algo que pareciese totalmente natural y factible.

La noche era más oscura de lo normal. Había varias farolas fundidas y apenas se veía luz en las ventanas de las casas junto a las que pasaba. No sería de extrañar que, si esa aterradora plaga seguía avanzando, tarde o temprano los sorprendiesen con que iban a cortar el suministro eléctrico como medida de contención y seguridad.

Se le ocurrió que podía decirle a su marido que le habían pedido que hiciese caja esa noche, pero hacer caja en una farmacia veinticuatro horas nunca había llevado más de media hora y eso era algo que Javier sabía perfectamente. Normalmente se cuadraban las cifras al final de cada turno y después se hacía un recuento total al final de cada semana. Javier estaba al corriente porque fue precisamente él quien les ayudo a implantar ese sistema de recuento. Descartó la idea y se centró en pensar en una manera de sacar provecho de la situación actual. Aducir que habían encontrado a una persona muerta en el baño de la farmacia, uno de esos nuevos suicidios sin causa aparente, que la ambulancia había tardado mucho en llegar y tuvo que quedarse para velar el cadáver y dar las pertinentes explicaciones, y claro, al no tener cobertura no había podido llamar. Era un buen argumento, el problema era que su marido podía encontrarse por casualidad con su compañera Belén y hablar con ella del asunto y descubrir todo el pastel, demasiado arriesgado.

Uno de esos coches que van hasta arriba de hormonas juveniles y prácticamente rozando el suelo con los bajos pasó muy cerca de ella mientras estaba cruzando un paso de peatones. Sintió cómo de las ventanillas se desprendía un aire impregnado de colonia barata y vapor de humo de tabaco alcoholizado. Desde más o menos el centro de su estómago le subió un par de arcadas. Uno de los chicos le grito un par de ordinarieces y los otros le rieron la gracia. Pensó en cómo era posible que ese tipo de comportamiento tan estúpido le resultase atractivo a más de una jovencita e inmediatamente después recordó que a ella, con dieciséis años, también le volvían loca los chicos malos. Como resultado de ese torbellino de sentimientos enfrentados su mente solo pudo pensar en una palabra definitoria y esclarecedora, «joder».

Se apresuró un poco más. Ya estaba llegando. Pensó nuevamente en lo que le diría a su marido al llegar a casa y en ese momento solo pudo desear que estuviesen bien él y las niñas. Ahora lo veía claro, la estupidez que había estado cometiendo durante los últimos meses, la insensatez de la infidelidad, todo por su egoísmo, su propio placer.

Giró en la calle Escultor José Luna y avanzó casi a la carrera. Al llegar al final de la calle su respiración se cortó en seco. Gélida de miedo descubrió que su coche allí no estaba. Miró en la acera de enfrente por si se había equivocado, pero allí tan solo había una tira de contenedores seguida de un par de puertas de garaje. No le cupo la menor duda, le habían robado el coche y lo primero que pensó es que hasta su casa tenía aproximadamente una hora andando a buen paso. Ahora sí que estaba bien jodida. Apoyó las manos sobre sus rodillas y abrió la boca tratando de morder ese aire que se estaba tornando insoportable. Pensó en Javier, pensó en sus hijas Lucía y María, en Vicente, y en su hermano Guillermo, pero sobre todo en sus padres, en sus padres muertos. Se dejó caer en el suelo y no tuvo fuerzas para reprimir el llanto que la embargó como la colosal ola que hace desaparecer edificios enteros en cuestión de segundos.

Su vida estaba al borde de un precipicio y ese precipicio acababa de cogerla de las manos y estaba tirando de ellas hacia abajo. Hacia su frío e inerte vientre.

3

—¿Dónde está la mamá? ¿Por qué no ha venido todavía?

—La mamá ha tenido que quedarse en el trabajo unas horas más, cariño, vuelve a la cama, anda. No te preocupes por nada, princesa, vuelve a dormirte y ya verás como cuando te despiertes mamá estará ahí para darte un beso.

—¿Me lo prometes?

Javier hizo una pequeña pausa antes de responder. Si había algo que odiaba era prometer algo que no podía cumplir, él era un hombre práctico, que creía firmemente en la fiabilidad de los números y no en la volatilidad de las palabras.

—¿Quieres que papá te cuente un cuento?

—¡Vale!

Por suerte, Lucía solo tenía cuatro años y era fácilmente manipulable y desviar su atención hacia otro objetivo más asequible en ese momento. Al contrario que María, dos años mayor que ella, quien siempre se mostraba mucho más obstinada.

—Ve a la cama, preciosa, el papá irá enseguida.

Lucia bajó del sofá de un salto y corrió hacia su cuarto con su inseparable perrito de peluche Luca bajo el brazo.

Javier se asomó por la ventana por quinta vez durante la última hora y se preguntó dónde demonios estaría Carmina. Nunca había llegado tan tarde y en la farmacia no le cogían el teléfono. Los móviles estaban sin cobertura desde hacía unas cuantas horas, junto con el correo electrónico y el resto de formas de comunicación relacionadas con internet. Maldijo al gobierno y a sus medidas «excepcionales», ¿tan grave era la situación como para cortar prácticamente todas las comunicaciones? ¿Qué era lo que no querían que supiesen? Pensó en acercarse hasta la farmacia pero eso implicaba tener que llevarse a María y a Lucía con él, y no le apetecía hacer que las niñas pasasen por una situación así. Decidió esperar y encenderse otro cigarrillo. Hacía ya más de cinco años que lo había dejado pero, entre los problemas con Carmina, y la epidemia de suicidios que estaba atemorizando a toda la población, había vuelto a caer en silencio, a espaldas de su mujer. Su voluntad era de hierro, pero su corazón de paja. Se había forjado una coraza de acero con la que proteger su espíritu pero esa coraza tan solo había podido atársela a su alma con finos hilos de lana. Era frágil, era débil, pero eso era algo que solo él sabía.

Se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Carmina se hubiese convertido en una víctima más y eso hizo que el pulso se le acelerase. Dio dos fuertes caladas al cigarrillo y lo tiró por la ventana mientras recuperaba las esperanzas de ver de vuelta a su esposa cada vez que escuchaba el ruido de un coche acercándose. Luego el coche pasaba de largo y su cuero cabelludo se tensaba unos milímetros más. Esa extraña epidemia era algo abominable. La ciencia y la medicina le parecían en ese momento una tremenda basura, todavía no tenían ni la menor idea de lo que estaba pasando y solo habían demostrado estar capacitados para contar cadáveres. Personas muertas. Un ejército de suicidas. Se imaginó que de repente todas esas personas volvían a la vida con sus cuellos partidos, sus muñecas abiertas de par en par, sus órganos internos hechos papilla o la parte trasera de su cabeza con un agujero del tamaño de una pelota de golf. Y la idea ya no le pareció tan descabellada como lo parecía en las películas de George A. Romero. El mundo se había revelado definitivamente contra los seres humanos, ya no le cabía la menor duda, y no se iba

a detener hasta acabar con cada uno de ellos, incluidos él y su familia. Pero necesitaba esa noche, estar con su mujer esa noche y decirle una vez más que la quería, que la quiso desde el primer día en que la vio y que lo perdonase por no habérselo demostrado más a menudo, por no haberla hecho sentir cada día como la mujer más maravillosa del mundo.

Un coche se detuvo frente a su casa. Su corazón volvió a coger velocidad. No era el coche de su mujer, pero guardaba la esperanza de que el suyo se le hubiese estropeado y alguien la hubiese acercado hasta casa. Pero tampoco fue eso lo que sucedió a continuación. De ese coche tan solo salieron una joven con pinta de estudiante modelo de Yale acompañada del lunático de su cuñado Guillermo. ¿Qué hacía ese aquí?

4

—¿Te puedo pedir un favor, Guillermo?

—Claro, dime Alexandra —respondo con algo de acritud. Estoy a punto de ver a mi hermana y Alexandra vuelve a interrumpirme.

—No dejes que eso me invada, Guillermo, por favor, prométeme que si notas algo raro en mí, si ves el menor indicio de que vaya a hacer «eso», lo impidas. No permitas que me mate, no quiero morir, tengo miedo...

Sus ojos brillan en la oscuridad. Resplandecen con las diminutas lágrimas que afloran bajo sus párpados. La miro fijamente y miento. Por supuesto. Miento porque es justo lo que necesito en este momento.

—Claro, Alexandra, te prometo que no dejaré que te pase nada, que estaré ahí para protegerte, confía en mí, te lo prometo.

Alexandra sonríe, se acerca a mí y me besa en los labios. Un beso rápido. Casi inexistente. Casi insignificante. Ultraligero.

—Gracias, Guillermo, eres un encanto.

Yo no puedo evitar devolverle la sonrisa, a pesar de que ese beso no me ha hecho gracia. Acaricio su mejilla y ella frota su cara contra mi mano. Es tierna Alexandra. Es dulce. Es bella. Enigmática. Pero me parece que se está equivocando.

—Vamos, anda, es un poco tarde para visitas.

Salimos del coche y, antes de apretar el timbre, la puerta se abre.

Javier. Apenas ha cambiado. A parte de las canas que han invadido su cabeza tiene prácticamente el mismo aspecto de santurrón que tenía hace unos años.

—Hola, Javier, buenas noches, cuánto tiempo...

—¿Qué quieres, Guillermo? ¿A qué has venido?

—He venido a ver a mi familia, tan solo eso, ¿hay algún inconveniente en que vea a mi hermana y a mis sobrinas?

No soy una persona rencorosa. Olvido con facilidad y no suelo tener en cuenta las viejas rencillas. Pero ahora mismo me acaban de venir a la cabeza las palabras que nos dijimos unos años atrás y eso está condicionando mi actitud. Porque nos dijimos cosas bastante fuertes.

—La niñas están durmiendo y Carmina no está, buenas noches, Guillermo.

—Espera un momento, Javier, no cierres por favor.

—Qué.

—¿Mi hermana y las niñas están bien?

La mirada de Javier es esquiva. Hundida. Todavía no ha conseguido vencer a esa timidez que lo hace parecer tan pequeño y antiguo. Porque la timidez puede resultar agradable a una edad, incluso graciosa, sobre todo cuando se balancea entre determinados estadíos de moderada introversión, pero sin duda alguna, cuando avanza, cuando se hace vieja, entonces se hace pesada y se hace fea, es molesta y te hace parecer sospechoso aunque no lo seas.

—Sí, están bien, ya te he dicho que las niñas están durmiendo y Carmina trabajando.

—¿Ahora?

—Sí, le han pedido que hiciese unas cuantas horas extra, ya sabes, una compañera está de baja...

—De acuerdo, Javier, ¿puedes decirle cuando la veas que he estado aquí?

—Se lo diré.

—Gracias, dile también que mañana estaré en casa de nuestros padres, voy a alojarme allí, de todas formas volveré a intentar que nos veamos.

Los ojos de Javier se mueven arriba y abajo y esas gafas que lleva sin tratamiento antirreflejos impiden que pueda leer bien en su interior, tras expresión indiferente.

—Buenas noches, Guillermo.

Javier cierra la puerta antes de que me dé tiempo a decir buenas noches.

—¿Qué quieres hacer ahora? —dice Alexandra, que no ha dejado de observarme durante todo el encuentro con mi cuñado, algo que me ha hecho sentir aún más incómodo.

—No lo sé, ir al hotel supongo.

—Claro, como tú veas.

Subimos al coche y Alexandra no deja de mirarme de reojo. Desde que le he levantado la voz en el bar Lauria su forma de dirigirse a mí ha cambiado. Si antes era cauta al hablar, ahora su prudencia raya el acobardamiento y parece haber mudado la piel y dejado salir a la luz al ser servicial que lleva dentro.

De camino al hotel nos cruzamos con una mujer que pasea a tres perros y tanto ellos como ella llevan una mascarilla de protección. La imagen parece sacada de un cómic ambientado en una realidad distópica. Nos detenemos detrás del camión de la basura y vuelvo a ver al mismo hombre que vi nada más llegar a Baladrar. Esa mirada taurina, la inclinación de su frente hacia delante y la intensa y delimitada línea del nacimiento de su pelo a unos escasos tres dedos de las cejas. Es Ángel. Me ha costado reconocerlo con la máscara puesta y la chaqueta reflectante. Pero sin duda es él. Vuelve a mirarme tal y como lo hizo cuando bajé del tren y estoy seguro de que él también me ha reconocido, pero no me saluda. Los días que pasamos juntos en aquel lejano verano del miedo parecen pertenecer a otra vida, tan lejanos que se observan desde una distancia tan absurda como la que nos separa del sol o de la luna o de cualquier otro maldito astro que toda la vida veremos pero que nunca tocaremos.

—¿Crees en Dios, Guillermo?

La pregunta me coge desprevenido.

—¿Que si creo en Dios?

Responder a una pregunta con otra pregunta es una evasiva, es ganar tiempo. No me gustan ese tipo de preguntas existenciales. Nunca me han gustado. Me incomodan porque todavía no he conseguido elaborar una respuesta que esté a la altura de la pregunta, de la eterna pregunta.

—Sí, en Dios, el cielo, el infierno, en todo eso —añade Alexandra entrecerrando los ojos al

decir «todo eso».

—No —Y me digo que yo solo creo en la vida, y en la muerte, ¿qué más quiere?

Alexandra me mira y no dice nada. Sujeta el volante con tosquedad, con los codos prácticamente estirados. No se siente cómoda conduciendo, no disfruta. La carretera es oscura. Ella ha puesto el aire acondicionado porque el calor no cesa, todavía aprieta a pesar de ser casi las doce de la noche.

—¿Tú sí? —pregunto al ver que mi «no», seco y tajante, la ha decepcionado.

—No lo sé...

Bajo la ventanilla. Me gusta sentir el aire golpear en mi frente, aunque sea caliente. Notar cómo mis ojos se inundan y se resecan de viento. El aire de Baladrar puede que no sea el más limpio y refrescante del mundo, pero fue el encargado de llenar de oxígeno cada una de mis células durante toda mi infancia, y eso hace que me sienta en casa.

—Quiero decir que no estoy segura, hay una parte de mí que es totalmente atea, que está convencida de que esto es todo y no hay nada más... pero hay otra parte...

—¿Que quiere creer? —La ayudo a terminar la frase.

—Sí...

—Tienes todo el derecho a creer en lo que tú quieras, Alexandra, pero tienes que tener en cuenta una cosa...

—¿El qué? —dice mientras me mira de reojo con suavidad. Su cuello continúa apuntando al frente. Y a mí se me van las ganas de decirle lo que le iba a decir. Que no pierda el tiempo con creencias de mierda.

—No importa, déjalo, estoy un poco cansado y no tengo ganas de hablar, mañana será otro día.

—Claro, como tú veas.

Al llegar al hotel pienso nuevamente en mi hermana Carmina, también en mi hermano Enrique, y luego en Vicente el Mapache, en Juan el Molinero, en Vera, en Cristina, en Raúl el Casco, y por supuesto, en el Italiano. Estar en Baladrar no solo ha supuesto un viaje en la dimensión espacial, sino también en la temporal. Estar aquí me retrotrae a otra época. Los recuerdos se han ido alimentando desde que llegué y están a punto de aflorar a la superficie, de instalarse en mi cabeza y abrirse camino hacia el centro de mis pensamientos.

Mañana me instalaré en casa de mis padres y buscaré todos los documentos que guardé durante la investigación que me llevó casi tres años de mi vida. Después haré unas cuantas visitas sin demora.

CAPÍTULO 15

1

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada, doctora Schnneider.

—Llámame Karen, por favor Vincent, ¿alguno de los patrones enzimáticos que os pedí que revisarais?

—Negativo, sin evidencias sustanciales.

—¿Y las curvas del sistema inmunitario? ¿Has probado ya los nuevos anticuerpos?

—Sí...

—¿Y?

—Sin resultados...

—Ya... ¿alguna novedad acerca de los priones?

—Ninguna, no se han detectado proteínas priónicas en el último sujeto, mismos resultados que en los anteriores.

Ralph permanecía de pie mientras la doctora Karen se masajeaba las sienes. Estaba sentada en una silla ergonómica parecida al butacón del comandante de una nave espacial. Frente a ellos, separado por un amplio vidrio laminado de seguridad, se retorcía en una camilla Ignacio Gala. Le faltaban las dos piernas y el brazo derecho. Lo habían recogido después haberse tirado a las vías del tren y haber fracasado en su intento por acabar con su vida. Consiguieron salvarlo de forma casi milagrosa y llevaba una semana bajo la tutela y la total atención de la doctora Karen y su equipo.

—Doctora... perdón, Karen...

—Dime, Ralph.

—¿Qué hacemos con el sujeto setenta y ocho?

La doctora alzó la mirada con elegancia y sus ojos parecían estar haciendo un esfuerzo por acercarse al dolor de Ignacio Gala, al sufrimiento por el que había tenido que pasar durante la última semana. Pero como la que despierta de un sueño pasajero, su mirada recuperó el aire de profesionalidad. Y se llenó de insignificancia y distancia.

—Llévalo a su habitación y adminístrale cuarenta miligramos de morfina. Mañana quiero hacerle nuevas pruebas.

—Claro, doctora, digo Karen, como usted quiera.

Ignacio Gala no había dejado de gritar y de maldecir durante cada uno de los minutos que había estado despierto desde que llegó al instituto de investigación. Suplicaba que lo dejaran morir. Que lo dejaran terminar lo que había empezado. Ese comportamiento lo hacía único. Ninguno de los sujetos que estaban allí o que habían sido estudiados hasta la fecha había manifestado tal deseo. Tenía la duda de que Ignacio tuviese esa actitud debido al estado en el que se encontraba, pero su perfil psicológico no denotaba un estado depresivo ni ningún otro trastorno psiquiátrico que pudiera conducirlo a ese insidioso afán por quitarse la vida. Podía entender que tuviese pensamientos suicidas transitorios, pero no que esa actitud fuese una constante tan inflexible y persistente. Se asemejaba a un perro con la rabia. Parecía una de esas personas que se

encuentran bajo los efectos de una posesión demoníaca y que no se reconoce a sí mismo ni a su propia familia.

El Instituto Schnneider contaba actualmente con treinta y cinco pacientes en sus instalaciones. Unas instalaciones que disponían no solo de los mejores equipos de diagnóstico y análisis celular, sino de un equipo de profesionales con unas cualificaciones y unos conocimientos en la materia bastante por encima de la media. Habían llevado a cabo un estudio exhaustivo de los diferentes microorganismos que podrían estar siendo los causantes de esa misteriosa enfermedad que se estaba propagando a pasos agigantados y que no había forma de pararla. Karen era una de las mayores expertas del mundo en el conocimiento de los diferentes tipos de agentes biológicos capaces de invadir el cuerpo humano y ser la causa de una enfermedad o de un proceso patológico. En sus inicios se especializó en las bacterias, pero más tarde amplió sus conocimientos al campo de los virus, protozoos, hongos, parásitos y hasta conocía a la perfección la compleja estructura molecular de los llamados priones, causantes de algunas de las encefalopatías más comunes y mortales. Había buscado en la sangre, en el tejido óseo, en la piel, en la médula espinal, en el líquido cefalorraquídeo, en el corazón, hígado, sistema linfático, incluso en el tejido cerebral, pero sus resultados no habían dado ni un solo fruto hasta la fecha. Estaba segura de que se le escapa algo. Algo que estaba delante de sus narices y era incapaz de ver, y eso hacía que cada día sus medidas fueran cada vez más severas, sus métodos más invasivos, y su ética más inhumana.

La última línea de investigación abierta trataba de observar el fenómeno de un modo más holístico, más global. Por una parte continuaba a la busca y captura del agente infeccioso que se estaba encargando de propagar la plaga a lo largo y ancho de todo Val y que ya había saltado a alguna que otra ciudad. Ella era la mejor en ese campo y si había alguien capaz de identificar a ese microscópico criminal en serie esa era ella. Pero por otra parte no podía dejar de lado el hecho mismo de que las personas terminasen por suicidarse en lugar de enfermar como lo hacían con cualquier otro tipo de agente biológico. Lo que estaba buscando era algo que se estaba encargando de modificar la voluntad de las personas, de empujarlas a hacer algo que en cualquier otro caso jamás hubieran hecho, y el comportamiento humano se regulaba desde un único centro, el cerebro.

Había contactado con algunos de los psiquiatras y neurólogos más prestigiosos del mundo para tratar el problema de forma conjunta. Necesitaba saber si el cerebro de sus pacientes tenía algo en común con el cerebro de los pacientes con alteraciones neurológicas o psiquiátricas y, concretamente, con aquellos cuyas alteraciones desembocaban en conductas con una marcada tendencia suicida.

El doctor Montgomery Spencer, uno de los reyes de la neuropsiquiatría moderna y afincado en Massachussets, insistía en que había que centrarse en la bioquímica de los pacientes, bucear en las profundidades de los océanos celulares hasta dar con el patrón enzimático que se había alterado en esos pacientes, una alteración tan grande como para convertirlos en suicidas. La mayoría de los pacientes del doctor Spencer presentaba ese tipo de problema enzimático en mayor o menor medida. Muchos casos podían llegar a controlarse con medicación. Pero hasta la fecha no habían sido capaces de detectar ninguna anomalía en el espectro enzimático de los pacientes de la llamada Epidemia de Verano.

La doctora Ure, una de las mayores expertas en neurología, estaba convencida de que el problema era encefálico. Estaban frente a una encefalopatía totalmente nueva y que todavía no habían sabido ver ni diagnosticar. Naomi Ure tenía el convencimiento de que debía existir algo

minúsculo, oculto en algún alimento o producto de consumo regional que guardaba en su interior a un misterioso pasajero, el cual era el responsable de estar provocando cambios a nivel cerebral. Le recordaba al caso de la enfermedad de las vacas o Enfermedad de Creutzfeldt-Jakob y su particular forma de contagio. Priones a medio camino entre el ser vivo y el ser inerte capaces de aguardar silenciosos en el interior de algún alimento y de producir una grave enfermedad neurológica en el ser humano una vez ingerido y metabolizado. Con un inicio y un desarrollo tan discreto que resultaba prácticamente indetectable en los primeros estadíos. La doctora Ure llamaba a ese tipo de enfermedades «viudas negras». Las noches que se excedía en el número de copas de vino que solía tomar para cenar, solía gritar a los cuatro vientos que una «viuda negra» acabaría un día con toda la humanidad, y que después tan solo quedarían microbios y bacterias, y animales. Y entonces llegaría la era del reino de los animales, de los microbios y las bacterias.

Karen, el doctor Spencer y la doctora Ure habían estado compartiendo sus conocimientos durante las últimas semanas, pero los resultados no llegaban, y la plaga avanzaba deprisa, el tiempo no estaba de su parte y cada día que pasaba era una dolorosa derrota, una pérdida de cientos de personas. Tanto el doctor Montgomery Spencer como la doctora Naomi Ure habían viajado hasta Val antes de que cerrasen los aeropuertos para reunirse los tres juntos y llevar a cabo un estudio unido de la misteriosa plaga.

Karen hacía días que no dormía, mientras esperaba la llegada de sus colegas norteamericanos pensó en la inesperada traición de su hija, de Alexandra. Hacía tiempo que algo no le dolía tanto. A decir verdad la había dejado bastante tocada anímicamente. No se lo esperaba de ella.

2

La falta de información por parte del gobierno es preocupante. No se han dado nuevas cifras acerca del número de fallecidos. Continúan esos absurdos publirreportajes sobre medidas de protección y sobre la importancia de mantener la calma, como si la calma fuese algo que todos tuviésemos de entrada. Debe ser tal el pánico en el seno del gobierno, que ni tan siquiera se atreven a hacer públicos datos como por ejemplo cual es el impacto de toda esta crisis en la economía del país. No hay que olvidar que el turismo es uno de los pilares de nuestra economía, y en estos momentos el turismo se ha paralizado por completo. Tampoco se dice cómo están reaccionando el resto de países ante esta crisis, ni se han visto afectados.

Después de haber estado revisando los documentos que Alexandra trajo con ella, he llegado a la conclusión de que la doctora Karen y su equipo están tan perdidos como yo, como el resto. Uno de los estudios era puramente estadístico y ha sido el que más información útil me ha aportado. El rango de edad de los afectados va desde los 16 a los 67 años. Casi nada. No se observan campanas de Gauss ni concentración de curvas en los extremos, por lo que hablar de una edad media en los afectados no es apropiado. Al menos los niños y los ancianos se libran de la quema, y es posible que eso signifique algo. Hay una ligera mayoría de mujeres sobre hombres, aproximadamente un 55% frente a un 45%. Eso indica que posible que el sexo tengo algo que ver en cuanto a la predisposición a la hora de padecer la enfermedad. Desde luego que la primera víctima fue una mujer, si es que estoy en lo cierto y esa primera fue mi vecina Lidia. En los informes que ha traído Alexandra también se habla de que no se ha podido determinar todavía al paciente cero. Los primeros casos documentados, los cuales han sido el centro de todas las miradas, no solo del Instituto Schnneider, sino también del resto organismos mundiales para el

control de enfermedades altamente contagiosas, fueron los que sucedieron aquí, en Baladrar. Fue hace poco más un mes, y ese día murieron siete personas.

No sé si fue la primera de este nuevo ciclo o si el resto de muertes de ese día se produjeron antes o después, pero el día que figura en los informes de Alexandra como el "día cero", yo estaba viendo en directo las noticias de las nueve del canal siete.

Alicia Gadea sonreía, era joven y hermosa, como casi todas las presentadoras de noticias. Sus labios parecían estar hechos con pétalos de flor y su voz entre acordes de una dulce flauta. Aunque esa noche había algo distinto en sus ojos, no veo nada relacionado con los ojos en los informes de Alexandra, pero es algo que yo sí pude ver, que todavía puedo ver. Era como si ese brillo natural que todos tenemos formando una película transparente alrededor de nuestros ojos hubiese desaparecido, lo he visto en otras personas que están enfermas, que su vida se apaga. El brillo había desaparecido ese día en los ojos de Alicia Gadea. A pesar de las luces y las cámaras de televisión. No había brillo. Tan solo dos esferas redondas y sin esmaltar, perdidas en el espacio infinito como rocas lunares.

Lo que ocurrió a continuación fue un poco fuerte, muy desagradable y muy traumático. A nadie se le había ocurrido aquel día activar la famosa advertencia de «las imágenes que van a ver a continuación pueden herir la sensibilidad del espectador». Lógico, ¿quién podía saber que algo así iba a pasar?

Alicia estaba terminando de dar el titular de una noticia sobre un triste caso de maltrato infantil, cuando sin mediar palabra se agachó, sacó su bolso y extrajo unas tijeras pequeñas de esas que acaban con la punta en curva y que suelen usarse para cortarse las uñas. El esmaltado de las dos pequeñas y afiladas hojas centelleó a la luz de los focos del plató de televisión. Fue todo muy rápido y a nadie le dio tiempo a reaccionar. Con su mano izquierda tiró de la piel de su cuello y con su mano derecha clavó la punta de las tijeras y empezó a cortar carne alrededor de su garganta. La sonrisa de Alicia había desaparecido, pero su expresión no era de dolor, solo triste, la expresión más triste que he visto en mi vida. No me apetece recordar todos los detalles de ese horror, solo que el realizador del canal siete se quedó tan perplejo y conmocionado que tardó más de la cuenta en cortar la señal que más de cuatro millones de personas pudieron ver en directo.

A veces pienso que los recuerdos feos como el de la muerte de Lidia o el de la de Alicia, pueden ser capaces de teñir de gris toda nuestra vida hasta contaminar cada uno de sus segundos de penas y de tristezas. En mi caso al menos así es como ha sido, y así es como creo que será el resto de mi vida, un constante vaivén entre la melancolía y la tristeza más dañina.

—¿Estás listo, Guillermo? ¿Vamos?

Alexandra acaba de salir del cuarto de baño y lo primero que llama mi atención es que se ha recogido el pelo en una larga trenza que ha dejado caer con disimulo por delante de su pecho derecho.

—Sí, cuando quieras.

—¿Estás bien?

Dejo de mirar por la ventana y la vuelvo a mirar a ella. Se ha acercado más a mí y creo que su intención ha sido la de poner una mano sobre mi espalda, pero al final la ha retirado.

—Sí, bueno, ya sabes, pensaba en mis cosas, vayámonos, todavía hay mucho que hacer.

—¿Quieres que te prepare algo de comer, mamá?

Violeta se había acercado al sofá y de rodillas trataba de hablarle a su madre cara a cara. Verónica miró a su hija unos segundos y del fondo de sus ojos, como en la superficie del caldero donde se está cocinando una pócima venenosa, pareció burbujear la ira y la vergüenza.

—No, no tengo hambre.

En la tele no dejaban de repetir ese modesto reportaje sobre medidas de prevención básicas frente a la Epidemia de Verano.

—Venga, mamá, tienes que comer algo, tienes que estar fuerte, si no comes te debilitas, ya lo sabes...

—Te he dicho que no tengo hambre, Violeta, además, ¿tú qué sabrás lo que tengo o no tengo que hacer?, tu madre soy yo, ¿me entiendes?, yo soy la madre y soy quien dice cómo se hacen aquí las cosas, ¿te queda claro?

Verónica se había incorporado y su aliento apestaba a podredumbre. Estaba de mal humor, y en cuanto Violeta se dio cuenta se levantó, no tenía el cuerpo para más estúpidas broncas con su madre alcohólica.

—Sí, me queda claro, hasta luego, mamá.

—¿Compraste lo que te pedí ayer?

—La tienda estaba cerrada.

—¿Cerrada? No me lo creo, ¿cuándo vas a ir?

—No lo sé, mamá, tengo mucho que hacer, ¿sabes?

—¿Qué tienes tu que hacer aparte de zorrear con el analfabeto ese de Bartolo? Vaya nombre...

Violeta estaba en el umbral de la puerta del salón. Dudó unos segundos en si continuar con esa estúpida conversación y decirle a su madre todo lo que pensaba de ella y de su vida, o marcharse de allí y guardarse otra vez para ella toda su rabia.

—Qué. ¿Es que ahora te has vuelto tonta? ¿Además de zorra ahora eres tonta? ¡¿Cuándo vas a ir a comprar lo que te pedí?! ¡¿Eh?! ¿¿Cuándo?!

Violeta se alejó de allí sin mediar palabra. No soportaba ver así a su madre. No soportaba cómo la trataba, sus insultos, su degradación, su irracional agresividad.

—¡Eso! ¡Vete! ¡Vete y deja a tu madre enferma! ¡Es lo único que sabéis hacer la juventud de hoy en día! ¡Abandonáis a vuestras madres cuando enferman! ¡Vergüenza! ¡Vergüenza me da que seas mi hija!

Violeta se encerró en su cuarto y no pudo evitar que las lágrimas salieran a propulsión de sus ojos. Vio su kit de prevención contra la Epidemia de Verano sobre la cama y de pronto le pareció algo absurdo e innecesario. Cogió la mascarilla, las gafas y los guantes de piel y los tiró con furia contra la pared. Se fue al cuarto de baño y cerró la puerta con pestillo. El grifo goteaba, siempre goteaba, pero ahora el goteo parecía estar amplificándose en un eco que procedía de las entrañas del desagüe y adueñándose del sonido de todo el cuarto de baño como una infección mortal. Se quitó la camiseta del pijama y observó su cuerpo desnudo frente al espejo. Las lágrimas resbalaban por sus carnosas mejillas. Maldijo sus pequeños pechos. Maldijo la suave redondez de su abdomen. Su ombligo. Sus hombros. El color de su piel. Sus brazos. Sus manos. Sus lunares. Sus muñecas. Las lágrimas eran de rabia, eran de dolor, eran tristeza.

Empezó a recorrer el azul de las venas de sus muñecas, la fragilidad de la piel, de los tendones. Sacó una navaja de afeitar del armario que había tras el espejo del cuarto de baño. Sus dedos estaban imprecisos. Las lágrimas le impedían tener una visión nítida. Extendió la hoja de la

navaja y sujetó el viejo mango nacarado con su mano derecha. Esa navaja era de lo poco que su padre se dejó en casa cuando se marchó dejándolas a las dos solas. Allí no había nadie para evitar lo que iba a hacer, nadie se preocuparía por ella ni la recordaría si desaparecía ahora mismo. Acercó el filo de la hoja a su muñeca izquierda, su mano temblaba como nuestros dientes cuando el frío de verdad aprieta. Presionó con cuidado la hoja sobre el azul de sus venas, se miró otra vez al espejo, su vida no tenía ningún sentido, la vida no tenía ningún sentido, una gota de sangre salpicó la blanca porcelana del lavabo, otra gota de sangre dibujó un arco imperfecto alrededor de su muñeca, la hoja de la navaja cortaba, parecía tener vida propia y estar hundiéndose en su carne por sí sola. A veces tenía la impresión, y en ese momento más que nunca, que la vida solo se sostenía mientras hubiese ahí fuera alguien pendiente de que no desapareciésemos, mirando nuestra existencia y preocupándose por ella, y que cuando ese alguien no estuviese nos perderíamos para siempre en el espacio, vacío e infinito. Volvió a mirarse a los ojos, un pequeño y casi invisible brillo revoloteaba alrededor de sus pupilas, recordó aquel cumpleaños a los siete, aquella fiesta de instituto a los dieciséis, aquella vez que sus padres la llevaron a montar caballo con trece, a la feria con ocho, de acampada a los nueve. Hubo un tiempo en que fue feliz, pero la vida la había abandonado y su condena era su propia vida. En ese momento sintió como si todos esos buenos recuerdos estuviesen tirando de ella hacia dentro, hacia el latir de su corazón y hacia las cinco comidas diarias con sus amaneceres y sus anocheceres. Dejó caer la navaja en el lavabo, y después se derrumbó en el suelo, rompiendo a llorar con todas sus fuerzas. Se abrazó a sí misma sintiendo la frialdad de las baldosas de la pared.

Y se dijo: Adiós tristeza. Adiós soledad.

4

Alexandra acaba de aparcar delante de casa de mis padres. Del parque que me vio crecer.

De pronto la ansiedad entra de golpe tras mis costillas y bloquea parcialmente mi centro respiratorio. No es la primera vez que me pasa, aunque tampoco es algo que me haya pasado durante toda la vida, sé muy bien desde cuándo me ocurre. No sé por qué diablos he tardado tanto en volver a mi tierra, a mi pueblo, no sé cómo pudo joderse todo de esa forma tan fea.

—¿Estás seguro de querer entrar? —dice Alexandra mirándome con cautela. Con una mano se acaricia la trenza, la otra la tiene sobre el volante y le está empezando a sudar. El calor es insoportable, es horrible, insufrible. Odio el calor.

—Sí, lo estoy, vamos.

Saco las llaves de mi bolsillo y abro el portal de la finca. El piso de mis padres era el primero, subimos por la escalera y siento cómo mis piernas me pesan, es como si se resistieran a llegar. Me detengo un momento delante la puerta, siento mis axilas mojadas, mi espalda empapada. Me giro y veo a Alexandra tras de mí, esperando, observándome. No sé qué debe estar pensando.

Al entrar lo primero que veo es el mueble del recibidor. Es el mismo que cuando yo vivía allí, el de toda la vida. Los muebles de antes no son como los de ahora. La madera es maciza, antigua, preparada para soportar polillas, humedades y lo que haga falta.

Todo parece estar igual que cuando me marché de casa. Aunque a la vez tengo la sensación de que todo es diferente. Es como en uno de esos sueños en los que reconoces el lugar en el que te

encuentras, como por ejemplo tu casa, pero al mismo tiempo no se parece en nada a ese lugar, ¿raro, no?

La presencia de Alexandra tras mis pasos me está resultando algo molesta. Ella es una intrusa en este viaje de vuelta al pasado, a "mí" pasado.

—¿Te importa si continúo yo solo?

Alexandra me mira con esos ojos redondos, verdes, inocentes, y se queda momentáneamente sin saber qué decir. Yo la miro y algo en mi interior la quiere zarandear por los hombros y gritarle que se largue de allí de una vez.

—¿Tú solo?

—Sí, yo solo, puedes quedarte en la cocina si quieres, ¿te parece bien?

—Sí, claro. ¿Quieres que prepare café?

—Está bien.

Me siento mal por no ser más amable con ella, pero últimamente me irrita casi todo, y algunas cosas de Alexandra especialmente.

Entro despacio a mi antiguo cuarto. Desde la cocina me llega la secuencia de los sonidos previos a la preparación de café en una cafetera italiana. Mi antigua habitación está ahora llena de trastos. Pero tras ellos siguen estando mis cosas, mi vieja identidad. El póster de Star Wars. Mi colección de libros de ciencia ficción. La estantería de Cd´s. El escritorio que me compraron mis padres cuando acabé el instituto.

Abro las puertas del armario y todavía están colgadas muchas de mis cosas. Camisas y chaquetas de los noventa tan pasadas de moda que pronto volverán a estar de moda. Todo parece tal y como lo dejé. Cierro los ojos y meto mi cabeza entre ese montón de perchas y de ácaros. Respiro. Respiro con fuerza y trato de que los recuerdos cojan fuerza, de que ese aire viejo y encapsulado disuelva la capa de olvido que se va formando con los años sobre nuestro pasado.

Me tiro al suelo a la altura de mi escritorio y saco el último cajón. Está oscuro, así que meto el brazo hasta casi el hombro y mis dedos rozan la superficie de mi archivo secreto. Sonrío.

Termino de sacar la caja cartón azul morado y la coloco entre mis piernas. Con la caja he arrastrado unas cuantas pelotas de polvo que instintivamente vuelvo a empujar hacia el fondo del escritorio. El polvo con el polvo. Siento una ligera gran emoción justo antes de abrirla, como si estuviese a punto de partir el candado de un cofre lleno doblones de oro. Me llega el aroma a café recién hecho. La cafetera ha empezado a burbujear. Voy a abrir la caja pero el chirrido de unos goznes en movimiento hace que me detenga en seco. Una puerta se ha abierto, de eso no hay duda.

¿Se habrá atrevido Alexandra a meterse en algún cuarto de la casa? Lo dudo. Ella es una de esas personas que adora las órdenes, que espera a que le digan lo que tiene que hacer en lugar de moverse por iniciativa propia, hecho que contraste bastante con su llegada relámpago aquí, a Baladrar. Descarto la idea de que Alexandra esté vagando por la casa a sus anchas y pienso que la puerta se ha movido empujada por una ráfaga de aire. Me concentro en mi caja secreta. En mi pequeño cofre del tesoro. Levanto la tapa y...

Otra vez. Ese chirrido. Me quedo paralizado. ¿Hay alguien más en la casa? Siento cómo alguien se me aproxima desde atrás, y no es Alexandra. No es su aroma lo que llega a mi nariz, eso seguro. Mi corazón se acelera. El miedo. Se acerca. Pienso en girarme con rapidez y tirarme contra las piernas de quien quiera que sea. No lo va a ver venir. Lo voy a sorprender, sea quien sea. Así que contaré hasta tres y después me giraré.

Uno...

¿Y dónde demonios está Alexandra si no es ella la que viene? ¿Qué está haciendo?

Dos...

Ya no se escucha la cafetera burbujeando, alguien me quiere hacer daño. Alguien o algo.

Y tres.

—¿Guillermo? ¿Eres tú?

Respiro. Respiro.

Es mi hermano Enrique.

—¿Enrique? —Mi voz acaba de sonar como la de una corista con afonía, qué vergüenza—. Sí, soy yo, vaya susto me has dado.

Me levanto y al apoyar las manos en el suelo se me resbalan un poco. Las tengo completamente sudadas. Asco de calor.

Nos quedamos mirándonos unos segundos. Qué hace él aquí. Qué hago yo allí, debe pensar. Tiene el pelo aceitoso y la barba muy descuidada. Su aspecto no es bueno. Es el de alguien que ha estado bebiendo. Sus ojos están enredados por una fina telaraña de capilares de sangre. Miro hacia abajo y lleva puestas unas viejas zapatillas de andar por casa.

—¿Qué haces aquí? ¿No sabes llamar? Un poco más y te pego un tiro, pensé que erais saqueadores, o violadores, o algo peor...

No me había dado cuenta hasta ahora, pero Enrique tiene una pistola en su mano derecha. ¿Desde cuándo tiene un arma?

—¿Saqueadores? ¿Violadores? —No sé qué ha querido decir exactamente con eso, pero en el mundo que yo conozco las cosas no están tan mal.

—Sí, violadores, saqueadores, asaltadores, toda esa lacra que nos está terminando de matar...

Siento el impulso de abrazarlo. Es mi hermano. Mi hermano mayor. Pero no lo hago, hay una barrera que nos separa. No se ve, pero está ahí, él lo sabe, yo lo sé. Se guarda la pistola en la cintura del pantalón como un vaquero en el lejano oeste.

—Pues ya ves, qué decepción, solo soy tu hermano pequeño, y no, no he venido ni a saquear, ni a violar a nadie, he venido a...

—¿Y la jovencita de ojos verdes?

—¿Alexandra?

—Como se llame, ¿está contigo?

—Sí, claro, bueno, quiero decir, ha venido conmigo, sí. Enrique...

—¿Qué?

Hay algo en su expresión. En su mirada. No es la edad, ni el paso del tiempo, es otra cosa, mucho peor, es decepción, desilusión, abatimiento.

—Me alegro de verte... —digo eso de corazón, porque lo siento con todas mis fuerzas. Mi hermano está bien, aunque algo le pasa. Pero al menos está vivo, está aquí, conmigo, y eso ahora mismo es más que suficiente.

—Ya...

—¿Estás viviendo aquí?

Mi pregunta hace que se sonroje. La última vez que estuve aquí él vivía con su mujer, Claudia, y con su hijo Mateo.

—¿Quién? ¿Yo? No... bueno, sí, un poco, temporalmente...

—¿Y Claudia y Mateo?

—Nos hemos dado un tiempo, necesitaba pensar...

—¿Pensar?

—Sí, joder, pensar, ¿ahora estás sordo? Nosotros los adultos pensamos ¿Entiendes? Y después actuamos. Hay otros que primero la joden y después piensan cuánto la han jodido. ¿Te suena de algo?

Se está alterando. Enrique siempre me ha dado un poco de miedo cuando se altera. A lo mejor es porque él es el mayor y yo el pequeño, y es así como tiene que ser.

—Sí, un poco.

Silencio. Es cuanto podemos progresar en estos momentos.

—¿Qué es eso de ahí? —dice Enrique mirando mi caja secreta.

—Cosas mías...

—Ah... cosas tuyas, ¿y qué cosas son si puede saber?

No es él. No lo reconozco. Algo ha cambiado en su interior. Pero no es el Enrique que yo conocía, el que siempre me protegía, el que siempre entendía mis problemas, mis preocupaciones.

—¿Se puede saber qué te pasa, Enrique?

—¿A mí? ¿Qué me pasa a mí?

Se acerca. Agresividad. Me quiere golpear. Lo veo en sus ojos y en cómo tiembla su labio inferior. Bajo la mirada, no acepto su desafío, de ninguna manera pelearé con mi hermano, nunca.

—Pensaba quedarme aquí unos días, si a ti no te importa, claro...

Me mira de arriba abajo y sale del cuarto resoplando.

—Haz lo que te dé la gana, como siempre.

Cojo mi caja y me dirijo a la cocina. Escucho unos gemidos.

Alexandra.

Está atada burdamente a una silla y tiene la boca cerrada con cinta aislante. Se está revolviendo en la silla y la trenza baila sobre sus pechos como si tuviese vida propia, como el rabo de un gato. Mi hermano abre una cerveza y me mira encogiéndose de hombros, ¿qué?

—Joder, Enrique ya te vale eh...

Quito la mordaza a Alexandra y la desato mientras ella no deja de mirar con rabia a mi hermano, que está apoyado en el banco de la cocina dando sorbos a la cerveza.

—¿Estás bien? —pregunto por cortesía, no presenta ningún signo de haber sufrido daño alguno.

—Sí, estoy bien —dice cogiendo aire y recuperándose del pequeño sofoco por el que acaba de pasar—. ¿Y ese quién coño es? ¿Tú de qué vas, eh?

Las palabras de Alexandra me sorprenden, también a mi hermano, que me mira frunciendo el ceño, parece un perro gruñendo cuando le quitan el plato de comida de delante.

—Perdona, Alexandra, es mi hermano Enrique, por lo visto está viviendo aquí...

—Temporalmente... —matiza Enrique con rapidez.

—Está viviendo aquí temporalmente y al verte ha pensado que éramos unos intrusos...

—Déjalo, no importa, estoy bien, es solo que me he asustado un poco... —dice Alexandra con fuego en la mirada mientras se frota las magulladas muñecas.

—Joder, claro que está bien... si no le he hecho nada... —dice Enrique mirando a Alexandra como si fuese una falsa acusadora. Yo miro a Enrique con preocupación. La rapidez con la que se ha bebido la cerveza confirma mis sospechas acerca de que tiene un problema con el alcohol.

—Vámonos, Alexandra, hay un par de cosas que me gustaría hacer primero.

—Claro, como tú veas, ¿has recuperado tus cosas?

—Sí...

—Eh, ¿qué cosas? Esta casa ya no es tuya, ¿entiendes?

—Vamos, Alexandra —digo cogiéndola con suavidad por el brazo para salir de allí lo antes posible.

—Eh, ¿a dónde vais? Te he hecho una pregunta, ¿estás sordo? —dice Enrique bloqueándonos la salida de la cocina.

—Enrique, ¿nos dejas salir? Hace un rato no te importaba lo más mínimo cualquier cosa que tuviese que ver conmigo...

—Pues ahora sí...

Vuelvo a bajar la mirada, no quiero enfrentarme a él, no quiero, pero me lo está poniendo difícil. Otra vez esa mirada suya amenazante. Alexandra se ha puesto ligeramente detrás de mí y se ha cogido de mi brazo, se protege.

—Bien, ¿quieres saberlo? ¿Quieres saber cuáles son mis planes? Eso que has visto antes era la caja donde guardé todos los archivos de mi investigación, ¿recuerdas? Y ahora, como podrás comprobar, todo se ha vuelto una mierda y necesito acabar con esto, necesito saber, Enrique, necesito que esto acabe, todos lo necesitamos, o el mundo se irá a la mierda. Y aunque no te lo creas, necesitaba ver a mi familia ¿te parece bien? Mi familia.

Enrique me mira por primera vez desde que nos hemos reencontrado de la misma manera que lo hacía antes, en el tiempo de la felicidad. Aún queda algo ahí dentro de él, tras esa capa de ira y agresividad, como los árboles que no dejan ver el resto del hermoso bosque. Se hace a un lado y baja la mirada. Alexandra y yo pasamos junto a él. Alcohol. Definitivamente apesta a alcohol.

—Eh, Guillermo.

Me giro antes de salir de allí y veo a mi hermano a escasos tres metros de mí. Mi hermano mayor. Tiene los ojos aún más enrojecidos. Siento lástima por él. Siento amor por él. Es lo único que siento. Pero no me lo está poniendo fácil.

—Qué...

—Puedes quedarte aquí... podéis quedaros aquí... si queréis... —dice con súplica en la mirada, con necesidad, con urgencia.

Le ha costado decirlo. Decir eso le ha supuesto un gran esfuerzo. Ahora baja otra vez la mirada y ladea la cabeza apoyando sus brazos en la cintura. Claro que quiero. Me acerco a él y lo abrazo con todas mis fuerzas en un impulso primitivo e irracional. Él me devuelve el abrazo y aunque no lo escucho, siento su cuerpo llorar, ese temblor, húmedo y caliente que acompaña al llanto.

—Lo siento, Guillermo —dice mi hermano tratando de templar la voz—, lo siento mucho...

—No pasa nada, Enrique, yo también lo siento..., ya tendremos tiempo de hablar, pero ahora tenemos que acabar con esto, ¿te parece?, hay que acabar con esto antes de que sea demasiado tarde.

Él me mira fijamente y asiente, por primera vez en mi vida me mira con admiración. Es poderosa esa sensación, la de sentirse admirado. Algo que hacía mucho que no sentía.

CAPÍTULO 16

1

Hacía mucho tiempo que Barry no sabía lo que era despertarse con el electrizante sonido del viejo despertador. Pero esa mañana empezaba a trabajar en la mina y no quería llegar tarde. No quería que Violeta dejara de quererlo, no quería decepcionarla, quería hacer bien las cosas y eso incluía encontrar un trabajo, una estabilidad. Quería que ella se sintiese orgullosa de él, protegida por él, y no temerosa de él, como la última vez. Pero por alguna razón, la vida siempre se terminaba cruzando en su camino con alguna de sus múltiples tentaciones para desviarlo de su propósito, de sus auténticos planes. Era como si en algún lugar del cosmos hubiese una fuerza imparable que se interponía ante su buena voluntad, sus buenas intenciones. Y nadie sabía lo duro que era luchar día tras día contra eso, contra esa fuerza que lo empujaba a tomar malas decisiones, a obrar mal, a decepcionar y a fallar. Pero esa mañana no fallaría. Esa mañana se había propuesto empezar una nueva vida, poner la primera piedra de lo que sería el nuevo Barry, el que siempre había querido ser y no el que había terminado siendo.

Se dio una refrescante ducha de agua fría, antes había pasado la máquina de cortar el pelo por toda su cabeza y la había dejado como un campo de césped recién cortado. Su abuela siempre le dijo que si algún día aprendía a utilizar su enorme cabezón llegaría a ser alguien en la vida, porque dentro de esa enorme cabeza y tras esa mata de pelo tenía que haber un gran cerebro, solo era cuestión de ejercitarlo, de aprender a utilizarlo. Su abuela ya no estaba. Tampoco sus padres. Se hizo un café doble para terminar de despejarse. Madrugar hacía que sintiese su cuerpo entumecido y su cerebro como sumergido en la taza de un váter. Decidió pasar antes por casa de Violeta. Quería que ella lo viera. Con sus propios ojos. Necesitaba su fuerza. Quería que ella viera al nuevo Barry, al que no se quedaba parado viendo la vida pasar y diciendo tonterías con sus amigos.

—¿Sabes qué hora es, Barry? Estaba durmiendo ¿sabes?... ¿Y se puede saber a dónde vas?

Violeta dio un pequeño bostezo mientras estudiaba los diferentes cambios que presentaba Barry.

—¿Lo adivinas?

—No... ¿Por qué te has cortado el pelo?

—Hoy empiezo una nueva vida, princesa, tal y como te dije, hoy empiezo en la Cobriza. Hacía tiempo que quería decírtelo, solo espero que no la hayan clausurado de forma inesperada —dijo Barry exultante y pasándose una mano por la cabeza recién rasurada. —¿No te gusta mi nuevo look? —Su cara, al no estar bajo los efectos ni del cannabis ni del alcohol, se veía más vital, más despejada, parecía incluso la cara de otra persona. Su pelo, su nuevo look, en absoluto era del agrado de Violeta. De hecho a ella le vino a la memoria la de veces que le había dicho que no le gustaban las cabezas rapadas, o medio rapadas, o lo que fuese eso que había hecho con su pelo.

—¿Estás de coña, no? —dijo Violeta molesta.

—¿De coña? ¿Cómo que de coña? ¿A qué te refieres?

—Yo alucino contigo, Barry... alucino...

Violeta no podía entender que Barry no fuese consciente, que ni tan siquiera recordase que ella detestaba esa vieja mina, que detestaba ese corte de pelo.

—¿Qué pasa ahora? ¿Por qué te enfadas?

—Por nada...

—Venga ya, Violeta, ¿qué pasa aquí?

—Nada...

—Violeta, ¿me quieres decir qué ocurre de una maldita vez?

Barry se estaba poniendo nervioso. La actitud de Violeta era lo que lo estaba poniendo nervioso. No soportaba que ella le hablase con segundas, era algo que lo desquiciaba totalmente. Como si él fuese estúpido y no fuese capaz de comprender nada de lo que pasaba por su cabeza.

—Nada, Barry, déjalo...

—¿Nada? ¿Cómo que nada?

Barry se estaba arrepintiendo de no haber empezado el día como siempre, fumando y bebiendo. Violeta cayó en la cuenta de que había olvidado ponerse su kit de protección y se vio tentada de volver a entrar a casa para enfundarse su mascarilla y sus gafas, pero se temió que si lo hacía, Barry se enfadaría, como siempre.

—A ver si lo entiendes, Barry, ¿Cuántas veces te he dicho que esa mina no es más que un jodido agujero tan lleno de mierda que ni tan siquiera las ratas quieren entrar en él? ¿Y cuántas veces te he dicho que no me gustan las cabezas rapadas? ¿Eh? ¿Cuántas? Pero claro, tú siempre a lo tuyo, tú solo escuchas lo que te tenga que decir Ismael, León o quienes coño sean tus amigos, ¿no es así? ¿Qué importa lo que opine Violeta? En el fondo pienso que no te importa en absoluto ni lo que yo piense ni opine, ¿verdad?

—Pues no, eso no es verdad, y tampoco veo qué tiene de malo trabajar en una mina, ¿En qué quieres que trabaje si se puede saber? ¿En el jodido instituto Schneider? Yo no tengo estudios como tú, ¿recuerdas? Pero al menos lo intento, lo intento, joder, pero parece que tú no estés por la labor de dejarme.

Violeta se había cruzado de brazos y miraba hacia otra parte. Estaba más que harta de Barry. La noche anterior tuvo muchas dudas, con relación a todo, pero esa mañana se había levantado con energías renovadas y las cosas muy claras, y una de ellas era que ya no quería estar con Barry, ya no estaba enamorada de él y no lo quería junto a ella.

—Mira, Barry, ve a la Cobriza, en serio, tienes razón, si es lo que crees que es mejor para ti, ve, yo no soy quién para decirte lo que tienes que hacer o no.

Barry se quedó observando a Violeta, contemplando sus palabras, el significado de sus gestos y la expresión de sus ojos. No sabía interpretarla. Nunca supo. Nunca tuvo ni idea si estaba siendo sincera, sarcástica, irónica o diciéndole que no quería volver a verlo en su puñetera vida. Sentía como si cada uno hablase en un idioma distinto y ese idioma estuviese empujándolos hacia diferentes direcciones. Se fijó en el vendaje que llevaba en su muñeca izquierda, pero no dijo nada, su cerebro estaba medio bloqueado. Narcotizado.

—En serio, Barrry, no he debido decirte eso, ve, pero prométeme que irás con cuidado, por favor.

—Sí, te lo prometo, Violeta, hasta luego.

Barry se dio media vuelta y salió andando hacia la Cobriza. Tal vez a la espera de que Violeta le dijese como tantas veces eso de «espera, Barry, perdona todo lo que te he dicho, ya sabes que te quiero con locura y que mi vida sin ti no tiene ningún sentido». Pero no escuchó nada. Tan solo esa fuerza imparable de su interior que ya está otra vez empujándolo hacia donde no debía ir,

hacia donde él no había escogido ir.

Violeta quiso decirle algo más. Pero prefirió callar. Callar ahora significaba dejarlo marchar, dejarlo marchar de verdad. Por primera vez en mucho tiempo, y tras lo que había estado a punto de hacer la noche anterior en el cuarto de baño de su casa, esa mañana se había sentido fuerte, y esa sensación era debido a que sentía qué era exactamente lo que tenía que hacer, cuál era su misión en la vida.

Entró en casa. Se puso algo de ropa y su kit anticontagio y salió disparada hacia su primer destino. El parque donde veinte años antes murió Lidia, la primera del verano del miedo, tal y como publicaron en aquel viejo documental que tantas veces había visto. Es posible que lo que estaba matándolos a todos fuese de origen extraterrestre, o fruto de una plaga divina, quién sabe, tal vez una nueva enfermedad de transmisión sexual, pero amaneció estando completamente segura de que todo empezó allí, en su pueblo, y que alguien ya advirtió de todo aquello hace mucho tiempo. Y entonces se dijo que a lo mejor podría ser posible, solo posible, que ella hubiese nacido para parar todo aquello, como una elegida de Dios o de la madre naturaleza. Nacida para salvar al mundo. Ese documental lo hizo un chico del pueblo que había estudiado periodismo, se llamaba El Verano del Miedo, y lo tacharon de faltarle el respeto a la memoria de los muertos, de sensacionalista y de fomentar las conspiraciones y el morbo a costa del sufrimiento de las familias de las víctimas.

2

—¡Eres un mentiroso, papá! ¡Un mentiroso apestoso y te crecerá mucho la nariz!

—Por favor, Lucía, cálmate, y no me hables así, soy tu padre.

—¡No! ¡Ayer dijiste que cuando despertase mamá estaría aquí, y es mentira! ¡No está! ¡Eres un mentiroso apestoso y te va a crecer la nariz!

Lucía no había dejado de llorar y de gritar desde que se había levantado. Su madre no estaba y ninguna explicación tenía sentido alguno para ella.

—Lucía...

—¡No! ¡Eres un mentiroso!

—Por favor, Lucía ya está bien, te he dicho que mamá volverá cuando menos te lo esperes, y así será —Javier no pudo evitar levantar la voz y eso hizo que Lucía parara en seco de llorar durante unos segundos, a continuación empezó a llorar de nuevo, pero con más fuerza.

—¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Mentiroso!

Javier no soportaba ver a su hija así. Carmina era la que mejor sabía manejárselas, calmarlas, sobre todo a Lucía, que era la que más carácter había sacado. Pero allí no estaba. No sabía nada de ella desde el día de antes por la tarde. Se había cansado de llamar a la farmacia pero todavía no había conseguido que le cogiesen el teléfono. Maldijo el estado de excepción. ¿Qué demonios pasaba con los teléfonos móviles? ¿Por qué habían cortado las líneas de la noche a la mañana?

—¿Sabes qué vamos a hacer, cariño?

Lucía lo miró sorbiéndose la nariz y cruzando sus regordetes brazos a la altura de la panza.

—Qué...

—Vamos a subirnos al coche, María, tú y yo, y vamos a ir en busca de mamá, ¿qué te parece? Como si fuésemos de excursión, ¿qué te parece? —Javier trató de imprimir entusiasmo a sus palabras, algo que solo consiguió a medias. María se acababa de asomar a la puerta del salón.

Llevaba colgada a la espalda su mochila de las excursiones.

—Yo ya estoy lista, papá —dijo María acercándose hasta donde estaban su padre y su hermana.

—Estupendo, cariño, estupendo, ¿quieres ayudar a tu hermana a vestirse mientras el papá se da una ducha?

María asintió con la cabeza sin decir nada. Cogió a su hermana de la mano y las dos desaparecieron de su vista en cuestión de segundos. Lucía se dio la vuelta y miró a su padre con enfado.

Javier sentía que estaba a punto de venirse abajo. De desmoronarse como uno de esos edificios que derriban de forma controlada, con dinamita y un perímetro de seguridad.

Entró al cuarto de baño, abrió el grifo de la ducha y se encendió un cigarro mientras llegaba el agua caliente. Estaba seguro que no encontrarían a Carmina en la farmacia. Seguro. Allí no había absolutamente nadie. Y no tenía ni idea de lo que haría después. Por primera vez en su vida no sabía cuál era el siguiente paso, qué es lo que venía a continuación. Sintió el miedo invadir su cuerpo, sus pulmones, su cerebro. Sintió que algo malo le había pasado a su mujer y que la vida sin ella se complicaba. Se complicaba bastante.

3

Miércoles 10 de Agosto de 2010.

Comunicado oficial del Gobierno:

La Epidemia de Verano continúa extendiéndose, pero a menor ritmo. Las medidas preventivas están dando sus primeros frutos y es posible que la epidemia esté remitiendo. Se han contabilizado hasta la fecha una cifra cercana a las cuatro mil víctimas en España, la gran mayoría en el área de Val. Se han contabilizado algunas víctimas en Europa y Norte América, aunque se desconoce si puede deberse a lo mismo que está afectando a este país. La región que más muertes cuenta después de España, es el estado de California.

Aunque todavía no se ha conseguido aislar el agente biológico causante de la epidemia, existe optimismo desde los Centros para el Control de las Enfermedades y la OMS en que muy pronto darán con él.

Se recuerda que es muy importante que todo el mundo continúe con su vida y que no deje de ir al trabajo, disfrutar de sus momentos de ocio ni de relacionarse con sus familiares y allegados. Es tiempo de mantener la calma y trabajar para que todo continúe funcionando como hasta ahora.

Todos los días se emitirá un nuevo comunicado del Gobierno en los informativos de las 21.00 horas.

Saludos y que pasen una feliz noche

4

Todavía no puedo creer que Enrique vaya a acompañarme en esta aventura. Hacía tiempo que no me sentía tan feliz. Mis padres están muertos. Pero mi hermano sigue aquí, a mi lado, y eso me hace muy feliz.

Hemos estado repasando todo el caso, desde el principio, y los tres estamos de acuerdo en que si hay un sitio por el que empezar ese es el caso de Lidia Dengra, el primero, el *paciente cero* como dirían los del CDC.

Alexandra nos ha hecho un breve resumen de todo lo que se ha investigado en el instituto Karen Schnneider y he podido observar cómo a mi hermano se le caía literalmente la baba. Me parece que cuando ha dicho que él y Claudia se estaban dando un tiempo se estaba refiriendo a que tenían un problemón de los gordos, se refería a infidelidad, a engaño, a la ruptura de un jarrón de porcelana en mil pedazos. No conocía esa faceta mujeriega de mi hermano, no sabía que guardara al viejecillo verde en su interior ni que ese ancestral viejecillo gobernara sobre él.

Alexandra, además, también nos ha expuesto otro tipo de teorías que durante las últimas semanas han ido cogiendo fuerza entre la población, entre diversos sectores de la población para ser exactos. Mi hermano se ha hecho el interesante y ha dicho que él había oído hablar de todas y cada una de ellas, y que no son más que un montón de chifladuras. Yo, obviamente, desde la habitación en la que me encontraba me ha sido imposible enterarme de nada hasta ahora.

Una de las teorías con más adeptos es la «bíblica» o «religiosa». Así es como ella la ha llamado Alexandra mientras le quitaba la goma a su trenza y se ajustaba el tirante del sujetador, he podido ver cómo Enrique se relamía ante tal común gesto. La teoría «bíblica» consiste básicamente en la creencia de que todo lo que está ocurriendo no es más que la manifestación de una gran plaga, y que esa plaga no es más que la antesala del apocalipsis. El fin del mundo. Incluso se han extraído pasajes del Libro de las Revelaciones en los que, según dicen, ya se afirmaba y se advertía con exactitud lo que está ocurriendo justo ahora.

El Señor es rey eterno; los paganos serán borrados de su tierra.
Salmos 10:16

Miren, ya viene el día, ardiente como un horno. Todos los soberbios y todos los malvados serán como paja, y aquel día les prenderá fuego hasta dejarlos sin raíz ni rama —dice el Señor Todopoderoso—.

Malaquías 4:1

Ahora bien, ten en cuenta que en los últimos días vendrán tiempos difíciles.

La gente estará llena de egoísmo y avaricia; serán jactanciosos, arrogantes, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, insensibles, implacables, calumniadores, libertinos, despiadados, enemigos de todo lo bueno, traicioneros, impetuosos, vanidosos y más amigos del placer que de Dios.

Aparentarán ser piadosos, pero su conducta desmentirá el poder de la piedad...

...también esa gente se opone a la verdad. Son personas de mente depravada, reprobadas en la fe. Pero no llegarán muy lejos, porque todo el mundo se dará cuenta de su insensatez...

2 Timoteo 3:1-5;8b-9ª

A mi no cabe ninguna duda de que son solo frases sacadas de contexto que podrían haber sido aplicadas en muchos otros momentos de la historia, aún así me da mucho miedo que mucha gente

empiece a creer en ellas. El fanatismo, las poderosas creencias, el poder que ellas les otorgan a los creyentes, eso es lo que me da realmente miedo. Eso y lo que puedan llegar a hacer por ellas. Alexandra ha añadido que la teoría bíblica recomienda no mantener ninguna práctica sexual hasta que todo haya pasado, esto me suena de algo. Se ha ruborizado ligeramente después de decir eso y sus ojos verdes parecían estar envueltos en llamaradas de un fuego salvaje. Los «biblicionistas» defienden que lo que está ocurriendo es posible que sea solo un aviso y que todavía podamos pararlo, que aún estemos a tiempo, pero para ello recomiendan unos meses de reflexión para toda la especie humana, de retiro espiritual y de olvidarse de la procreación por un tiempo, del placer carnal y del materialismo en el que está sumergida toda la población mundial. Me pregunto qué pensaran de esto en África. La humanidad está enferma y la cura en el espíritu. Desechan las medidas de protección propuestas por el gobierno y su plan para confrontar la pandemia se basa única y exclusivamente en la abstinencia sexual. En la reflexión y en la oración. No sexo, no plaga. Ese es su lema.

A mí me ha dado la risa, qué queréis que os diga.

Enrique ha traído tres cervezas más. Creo que Alexandra bebe sencillamente porque piensa que es de mala educación rechazarla, se ha dejado casi la mitad de las dos primeras rondas, y confirmo que mi hermano tiene un serio problema la bebida, no es por cuánto bebe, ni tampoco por lo que bebe, es por cómo bebe. Lo hace como si le fuesen a quitar la cerveza de las manos y esa cerveza contuviese el elixir de su vida.

La teoría «negacionista» me ha dado incluso un poco de miedo. Desde luego yo no sé cómo es posible que en tan poco tiempo haya habido tiempo para el nacimiento y crecimiento de toda esta gran variabilidad de formas de ver y de vivir el mismo problema. Los «negacionistas» no quieren ni oír hablar de Epidemias de Verano, de mascarillas de protección, agentes biológicos o pandemias mundiales. Piensan que pensar y hablar de lo que está pasando es precisamente lo que lo alimenta, lo que está haciendo que se extienda por todo el planeta. No existe ninguna epidemia, no existen ese tipo de agentes biológicos, todo es fruto de una poderosa sugestión a nivel mundial y la única forma de pararla es no hablar de ella, negar su existencia, si no crees en ella, deja de existir, así de sencillo.

Los «negacionistas» también deben creer que el SIDA es una invención de las farmacéuticas o que la depresión es tan solo una forma de represión. En fin, cada cual a lo suyo.

Otra de las teorías que nos ha expuesto Alexandra es la de los «extraterrestrials». Al principio creí que estaba bromeando, nunca pensé que tantas personas pudiesen estar de acuerdo y creer firmemente en una teoría tan descabellada. Pero luego vi que iba totalmente en serio. Me recordó a Violeta, la chica que conocí en el tren cuando llegué a Baladrar. Ella ya me habló de esa teoría. También pude ver con mis propios ojos cómo en una revista de tirada nacional, como Mundos misteriosos, se hacía eco de esa creencia y la exponía como una más que posible explicación a lo que estaba sucediendo. El recuerdo me lleva a pensar en Violeta y en mi deseo de que esté bien, de que todo lo vaya bien. Me pareció buena chica, un poco solitaria, pero buena chica.

Los «extraterrestrials» piensan que una nueva especie vive entre nosotros, venida de un planeta muy lejano y cuya intención no es otra que la de colonizarnos. Los alienígenas podrían estar ocultos entre nosotros, ser uno de nosotros, con apariencia totalmente humana, pasando desapercibidos y utilizando algún tipo de arma o de virus indetectable para infectarnos poco a poco. Los equipos de protección son vitales para evitar el contagio. Pero lo realmente importante es guardar las distancias, evitar cualquier tipo de contacto con los desconocidos y también con nuestros conocidos que manifiesten algún tipo de comportamiento extraño o anómalo. Los

«extraterrestrials» son muy desconfiados, huraños, no se fían casi de nadie, ni de su propia madre, piensan que los alienígenas son en realidad seres muy débiles, minúsculos quizá, por eso necesitan esconderse entre la población y atacar por las espaldas, metiéndose en nuestra cabeza para obligarnos a que seamos nosotros mismos los que acabemos con nuestra propia vida, con nuestra propia raza.

La teoría de los "extraterrestrials" nos ha dejado parcialmente noqueados a mi hermano y a mí. Mentalmente fatigados. El cerebro medio girado, retorcido como la bayeta del fregadero después de escurrirla. Le he pedido a Alexandra que deje el resto de teorías para más tarde porque estamos a punto de sufrir una sobredosis de información. Que lo mejor ahora será concentrarnos en lo nuestro, en nuestro plan de investigación personal. La chica de ojos verdes y pelo trenzado es un pozo de sabiduría, una fábrica de historias y de detalles tan grande que uno necesita un mapa para no perderse en ella. Tiene grandes virtudes Alexandra. Y una de ellas es sin duda saber callar, tal y como ha hecho cuando le he pedido que dejásemos la ciencia ficción para más tarde.

Cuando he abierto mi archivo particular los recuerdos me han asaltado como una tribu aborigen que defiende su territorio hasta la muerte. Todo lo que recopilé entre los años 2000 y 2001 sigue aquí, todo el material que utilicé tiempo después para el documental que lo mandaría todo a la mierda. Incluso están los másteres de las entrevistas, no sé si desmagnetizados o qué, pero aquí están, como si acabasen de resucitar, de volver a la vida. Les quito la capa de polvo que tienen encima y al sentir el tacto de esas viejas cintas de casete, artificial y de plástico, los ojos se me cierran y una tormenta de imágenes empieza a desfilar ante mi consciencia. Escucho gritos. Veo a gente llorar. Familiares maldecir. Peleas de bar. Insultos. Reproches…

—Eh, Guillermo...

Enrique está chasqueando los dedos delante de mi cara como si fuese un hipnotista sacando del mundo de las ilusiones a su voluntario.

—Eh, Guillermo, ¿todo bien por ahí?

Tras él está Alexandra, los dos comparten un ligero rubor a la altura de los pómulos, fruto del alcohol supongo, y de este jodido calor.

—Sí sí, estoy bien, los recuerdos, supongo, y este calor que no cesa... —digo mientras me levanto del suelo de la cocina y me tambaleo ligeramente. Tengo que cogerme del brazo de mi hermano para no caer. Lo que me faltaba, ahora no solo tengo vértigo, también me mareo estando a ras de suelo.

—Guillermo, ¿te encuentras bien? —dice Alexandra con gesto de preocupación.

Durante un segundo todo cuanto veo se vuelve borroso, sombras de colores difuminadas parecidas a lo que se ve cuando miramos a través de la mampara empañada del baño.

—Sí, supongo que sí —Abro y cierro los ojos de forma repetida para asegurarme que mi visión es normal otra vez—. Estoy bien, tranquilos, creo que necesito hidratarme un poco.

—Ten, bebe —Alexandra se ha afanado en llenarme un vaso de agua que me pasa con delicadeza. Se asegura de que lo tengo bien agarrado para que no se me caiga. Su piel me roza la mano y la siento muy suave, como una gasa de algodón. Liquido el vaso de agua casi de un trago y siento mi cuerpo como un tractor con el depósito de gasolina lleno.

—¿Os parece si nos vamos ya?

—Claro, como tú veas —dice Alexandra servil y dejando a su yo científica para más tarde.

—Sí, claro, ¿a dónde? —Enrique todavía anda algo perdido. Para él todo esto es bastante nuevo, la muerte de los doce, la Epidemia de Verano, los virus, las bacterias, las plagas... está un

poco aturdido, y lo entiendo.

—A casa de Lidia Dengra, quiero hablar otra vez con sus padres, necesito saber todo cuanto rodeó los últimos días de Lidia, con quien salía, qué lugares frecuentaba, si notaron algún cambio en su comportamiento, quiero saber qué piensan ellos de todo esto, qué pensaron en su día...

—¿No fuiste a hablar ya con ellos en su día? —dice Enrique castigándome con su apretado entrecejo.

—Aquello acabó mal, Enrique, apenas puede hablar con ellos, no sé si te acuerdas...

—Claro que me acuerdo —Las cejas de mi hermano se retuercen como si estuviesen a punto de reventarme en la cara.

—Pues hay que intentarlo otra vez.

—¿Y no crees que si no quisieron hablar contigo entonces tampoco van a querer hacerlo ahora? —Enrique no está haciendo de abogado del diablo, sino de su mayor y más retorcido guardaespaldas.

—No lo sé, Enrique, pero hay que intentarlo, hay que empezar de nuevo otra vez, y esta vez no voy a fallar, hablarán conmigo, créeme.

Otra vez veo la admiración y el respeto en los ojos de mi hermano, y eso me revitaliza, que crea en mí hace que me sienta invencible.

Tocamos el timbre de la puerta doce y esperamos a que alguien nos abra. Parecemos vendedores ambulantes, aunque en realidad pienso que solo somos vendedores de sueños, de sueños de que todo acabe, de que el cuerpo de Lidia descanse.

Nos abre la puerta un anciano que así a bote pronto le echo por lo menos cien años. Su piel parece estar fabricada en cuero rugoso, del que todavía está sin trabajar. Sus manos son aproximadamente el doble que las mías, manos de hombre de los de antes, trabajadas, curtidas. Cada uno de sus dedos parecen martillos y el grosor de sus uñas cortezas de cerdo. Lleva un pantalón de tergal subido hasta bien arriba del ombligo y su tórax es de tipo tonel, igual de ancho que de profundo.

El anciano no dice nada. Espera a que seamos nosotros quienes demos el primer paso.

—Hola, buenas tardes, perdone que le molestemos pero, ¿podríamos hablar con Gabriel Dengra o con Clara Nores?

El anciano dice que no con su encogido cuello. Parece una tortuga rechazando una cucharada de comida.

—No están, lo siento... —dice el anciano mientras trata de cerrar la puerta.

—Disculpe, ¿sabe cuándo volverán? —pregunto impaciente antes de que me cierre la puerta en las narices.

—¿Y quién pregunta si se puede saber?

—Necesito hablar con ellos, señor, es por algo muy importante.

—Pues no están, lo siento...

—Por favor... espere... —Hago una pequeña pausa porque dudo si pedirle al anciano si podemos pasar, nunca se me ha dado bien abordar a la gente desconocida. Hay algo en mis modales que les incomoda, que les hace sentirse acosados y rehúsan estar cerca de mí.

—Ya le he dicho que no están, y dudo mucho que vuelvan, caballero, y si lo que tú y tus amiguitos estáis pensando es entrar a robarme, lo tenéis claro conmigo, pequeños bastardos, no sabéis quién soy yo... —La voz del anciano se ha endurecido como la garganta de una iguana y sus palabras parecen piedras.

—Es por su nieta Lidia, estamos investigando su muerte y todo lo que está pasando ahora, sé que ella no lo hizo voluntariamente, algo la mató, y ese algo es lo que está acabando con todos nosotros —El anciano abre los ojos con esfuerzo, tiene los párpados tan caídos que apenas se distingue el color de su iris, me lo acabo de jugar todo a una carta y espero a que me de la patada, tal y como me la dieron en su día.

—¡Pues claro que mi nieta no se mató! ¡Siempre dije que no lo hizo! ¡Que ella nunca haría algo así! —La voz del anciano nos ha sorprendido a todos y nos ha dejado sin palabras.

—Por supuesto que no lo hizo, señor —añade Alexandra con su voz más dulce—, pero necesitamos que nos ayude para demostrárselo a todos, para que su muerte no haya sido en vano y podamos parar esto antes de que sea demasiado tarde.

Al entrar en casa de Lidia me siento como si estuviésemos profanando un templo sagrado. El anciano se llama Matías Nores, y era el padre de la madre de Lidia, Clara Nores. Pero ahora su hija tampoco está, ni su yerno, dejaron Baladrar para marcharse a la ciudad, a Val, fue poco tiempo después de que un chico removiera toda la mierda y provocara una gran crisis en el pueblo con sus preguntas y su estúpido documental. Obviamente no le digo que ese chico era yo. Matías se mueve por la casa como uno de esos viejos trenes que iban a vapor. Le cuesta arrancar, coger inercia, pero una vez en marcha, es difícil de parar, todavía guarda vitalidad tras esa capa de cayos y de piel enraizada.

El cuarto de Lidia está tal y como ella lo dejó. Sus padres nunca se atrevieron a tocarlo, siempre guardaron en su interior una vaga esperanza de que todo aquello no fuese más que un horrible sueño, una confusión, y de que su hija algún día volvería, aunque eso es imposible, ¿no?

A mí me embarga una emoción que apenas puedo contener y que está a punto de hacer que rompa a llorar. Allí vivió Lidia, allí soñó Lidia, lloró, se ilusionó como cualquier otra joven llena de vida. Incluso es posible que allí escribiese sus primeras cartas de amor. Pero todo eso fue antes de que su vida se truncase para siempre.

—¿Le importa si pegamos un vistazo a las cosas de su nieta, Matías?

—Adelante, chico, ya estáis dentro, así que...

Enrique y Alexandra han entrado detrás de mí y se mueven con sigilo, como debe ser. Parece que los tres andamos con cuidado de no despertar a alguien, como si el espíritu de Lidia estuviese dormitando en algún rincón de esa vieja y adolescente habitación y tuviésemos un miedo atroz a quebrantar su eterno descanso. De pronto me acuerdo de Vera, si estuviese allí seguro que nos propondría hacer una *Ouija*. Espero que todo le vaya bien.

Mi hermano se dedica a mirar en los sitios más escondidos. Debajo de la cama. Encima del armario. Detrás de los cuadros que hay en la pared. Incluso está intentando mover el armario ropero de cuatro puertas. Parece un caco especialista en cajas fuertes. Alexandra en cambio está siendo más sutil. Explora con la mirada. Observa. Se detiene en los pequeños detalles. Ha encontrado un viejo álbum de fotos y lo mira con delicadeza, con respeto. Yo trato de ver toda la escena en conjunto. Identificar algún elemento extraño allí dentro, algo que no encaje. Ya sé, ya sé, que eso no es muy científico, pero en estos momentos, me fío más de mi instinto que de mi propio intelecto.

Encima de la cómoda hay tres porta-retratos. Uno en el que aparece Lidia vestida con una especie de toga, el día de su graduación supongo. Otro en el que se la ve a ella con unos amigos y amigas, están en la playa. Lidia está subida en los hombros de un chico fornido y bronceado que

no me suena de nada pero que me recuerda a los Beach Boys. Con una mano está haciendo el signo de la victoria, una uve con sus dedos índice y anular, su cara rebosa felicidad, vida, ilusión. Estoy a punto de echarme a llorar otra vez, no sé qué demonios me pasa, pero siento cada sentimiento con una intensidad que apenas puedo soportar. En la tercera foto aparecen Lidia y sus padres. Es una foto de estudio, están posando en un bonito jardín, mirando a la cámara y esperando a que la vida no les defraude. Tras los porta-retratos hay un objeto que llama mi atención, es un pedrusco negro, muy brillante, tanto que incluso según el ángulo con el que lo mires parece plateado. Es posible que incluso sea capaz de brillar en la oscuridad, tiene el tamaño de un melocotón y está apoyado sobre una peana de madera rojiza, probablemente de nogal. Me quedo como hipnotizado viendo el pedrusco y me acerco más a él para tocarlo.

—¿Te he gusta, eh chico? A mi nieta le encantaba esa vieja piedra, se la regalé yo, ¿sabes?

—Sí, la verdad es que es preciosa, ¿qué es?

—Coltán, muchacho, eso es coltán, qué demonios, y lleva ahí desde que tú andabas en pañales...

—¿Coltán?

—Sí, coltán. Ya veo, ya, no sabes lo que es ¿eh? Esa piedra contiene dos de los metales con más valor de hoy en día, el Tantalio y la Colombita. ¿Y sabes una cosa? Yo extraje esa maldita piedra con mis propias manos, esa y cientos de toneladas más como esa... pero claro, los jóvenes de hoy en día solo sabéis gastar y usar los malditos ordenadores y esos teléfonos inteligentes, ¿pues sabes otra cosa? todos esos aparatos del demonio funcionan gracias al coltán, sí señor, al coltán...

—Vaya, no sabía que...

—Ya veo ya, chico... yo empecé a trabajar en la Cobriza con solo quince años. Antes las cosas no eran como ahora, y te aseguro que éramos felices, uyyy, ya lo creo que lo éramos...

Matías habla mirándome a mí, a esa piedra y a la nada. Parece que se esté moviendo entre dimensiones paralelas y que de un momento a otro su piel se vaya a resquebrajar como la tela de una camiseta podrida y acartonada.

—Chico... en esa vieja mina me dejé mis mejores años, uyyyy, ya lo creo... más de treinta años sacando minerales y polvo, mucho polvo...

Matías disfruta hablando de su pasado, su vida, su juventud, y a mí me gusta escucharlo. Enrique y Alexandra continúan buscando algo que pueda ser importante entre las cosas de Lidia.

—¿Sabes qué fue lo que me dijo el capataz en mi primer día de trabajo?

—¿Qué le dijo?

—Me dijo... —Matías tuerce la boca como popeye para empezar la interpretación de su más que probable difunto capataz, mira al infinito y hace una pequeña pausa antes de hablar—. Chico... ¿ves ese pico? ¿Ves esa pala? ¿Ves esa carretilla de ahí? Sí, claro que lo veo capataz. Pues acostúmbrate a verlos porque van a ser tus mejores amigos aquí dentro, y probablemente también allí afuera, esta es tu vida a partir de ahora y te aseguro que no es peor que la de los que viven ahí arriba, en la superficie.

—Vaya...

—Chico... antes las cosas no eran como ahora, entrábamos a trabajar cuando todavía estaba amaneciendo y salíamos en la más negra noche, algunos días tragábamos tanto polvo que se nos ponía la lengua totalmente negra y en nuestros pulmones no había espacio ni para el humo de un buen cigarrillo... uyyy, cuántos cigarrillos me fumaría yo allí abajo, no tantos como Ladislao, el capataz, esa cabroncete fumaba a todas horas, a todas, ya lo creo... cuánto tiempo, eh Ladislao...

cuánto tiempo...

Matías parece inmerso en un sueño, es como si estuviese relatando algo que está viendo en ese mismo momento, algo que está sucediendo a tan solo unos metros de donde nosotros estamos, a mí me sabe mal interrumpirlo porque me da la impresión de que ese hombre necesita hablar y de que no tiene a nadie más. Hablar, tan solo necesita eso.

—Vaya, Matías, debió ser apasionante trabajar allí abajo, ¿nunca sintió miedo?

—¿Miedo? —Matías me mira como si le hubiese dicho el peor insulto del mundo, y yo la verdad es que solo lo he dicho por decir algo y que no hable él solo—. Chico... miedo sentí el día que Rafa Chueca me partió estos tres dientes de aquí con solo un golpe de maza —dice Matías enseñándome un lateral de su dentadura superior—, creí que me mataría ¿sabes?, los dos estábamos enamorados de la misma mujer, y Rafa Chueca no supo perder...

—Al final lo eligió a usted...

—Chico... aunque ahora me veas así... yo tenía mucho éxito con las mujeres....

Matías sonríe y a mí me hace gracia que prácticamente todos, es decir, todos los ancianos con los que he hablado en esta vida hablan de ellos mismos en el pasado como si hubiesen sido los reyes de la belleza y del trabajo bien hecho. Este calor me va a matar, me paso una mano por la frente y aireo un poco mi camiseta.

—Hace calor, eh chico...

—Ya lo creo...

—Pues eso no es nada con el calor que hacía allí abajo, uyyyy, aquello sí era calor... Chico, tú solo piensa que teníamos que bajar a más de un kilómetro de profundidad para empezar a trabajar, y allí abajo, en las entrañas de la Tierra, las piedras estaban tan calientes que te juro por mi vida que cuando nos caían las gotas de sudor sobre ellas desprendían vapor, como en una maldita sartén caliente cuando se cae encima una gota de agua...

Solo de imaginármelo me entran ganas de vomitar y siento que vuelve el mareo, como el que he sentido antes en casa. Pero prefiero no decir nada para no preocupar.

—Pero lo mejor de todo era cuando encontrábamos una buena roca del maldito coltán, esa piedra puede hacer que llegues a perder la cabeza, chico, es realmente preciosa, uyyyy, sí, ya lo creo, preciosa, y no sabes cómo brillaba allí abajo, a la luz de los faroles de gasolina. Ya lo creo, sí, cuánto tiempo, eh Ladislao, cuánto tiempo... creo que todos los que allí trabajamos no nos quedamos medio ciegos de tanta oscuridad como dijeron los médicos, nos quedamos ciegos por ese maravilloso resplandor... sí, ya lo creo sí....

Matías empieza a toser y su boca se abre espantosamente, trata de arrancar moco desde lo más profundo de sus pulmones. Saca un pañuelo de tela de su bolsillo y suelta un escupitajo que se viene arrastrando por toda su garganta, es espeso como la gelatina y de un color entre el rojo y lo negruzco. A mí se me hiela la sangre al ver aquello. Matías dobla el pañuelo por la mitad y se lo mete en el bolsillo otra vez como si tal cosa.

—Chico... fueron años realmente maravillosos, trabajábamos todo el tiempo, sí, pero te aseguro que éramos felices, que disfrutábamos como locos de nuestro tiempo libre, ya lo creo sí... todavía no puedo creer que ese viejo agujero haya vuelto a abrir...

—¿Cómo dice? ¿El qué ha vuelto a abrir?

—Chico... ¿en qué mundo vives? ¿No sabes que la Cobriza ha vuelto a abrir sus puertas? Los malditos canadienses dicen que han encontrado un auténtico océano de coltán allí abajo, mucho más abajo, esos malditos canadienses solo piensan en abetos y en el dinero...

—No tenía ni idea...

Enrique me mira y está a punto de decir algo, pero se calla. Observo que Alexandra está sentada en una silla y atiende muy sonriente a la conversación que estamos teniendo Matías y yo. Ya ha dejado de buscar, supongo que porque ya no hay nada más que buscar. Me pregunto cuánto tiempo lleva así, observándonos. Me pregunto qué estará pensando, qué se esconde tras esos ojos verdes. Creo que ha llegado la hora de marcharse de allí.

—Matías, tiene que disculparme, pero tenemos que marcharnos, ha sido un verdadero placer hablar con usted —digo mientras me levanto y le tiendo la mano. Me sabe mal que nos marchemos de esa forma tan repentina, pero no tenemos tiempo que perder y me estoy mareando de nuevo otra vez.

—No hay de qué, joven, no hay de qué... —dice Matías mientras me da la mano y nos acompaña hasta la puerta balanceándose en sus arqueadas piernas como una peonza antes de caer rendida.

—Perdone, Matías, ¿le importa si le hago una última pregunta?

—Dispare, joven, dispare.

—¿Sabe si Lidia dijo algo antes de...? Ya sabe, o si había empezado a ir con otras personas...

—Mi nieta no hizo absolutamente nada que no hiciese cualquier joven de su edad ¿entiende? Siempre fue una chica sana, que le encantaba estar con sus amigos, con su familia, ¿entiende?, y con ese novio suyo, a mi no me gustaba, y al final pasó lo que tenía que pasar...

—¿El qué?

—¿El qué? Se fue con otra, la dejó por otra, el maldito canalla. Ese tipo era un canalla, chico...

El rostro de Matías se ha endurecido todavía más y noto cómo su respiración se agita ligeramente. Me sabe mal alterarlo.

—Muchas gracias, Matías, eso es todo, ha sido muy amable...

—Hasta pronto, chico... vuelve cuando quieras.

—Lo haré.

Y lo digo en serio. Lo haré.

Salimos de allí y la decepción hace que a ninguno de los tres nos apetezca decir nada. Creo que pondría la mano en el fuego a que los tres estamos pensando algo así como, ¿qué coño estamos haciendo? ¿Qué mierdas esperábamos encontrar? No tenía ni idea de que Lidia tuviese un novio que acababa de dejarla, ni idea. ¿Estaba deprimida? ¿Eso es todo? ¿Se quitó la vida por desamor? Eso echaría abajo todas mis teorías. Y nos quedaríamos sin paciente cero.

Me vuelven a venir a la cabeza Cristina, mi hermana, incluso el Mapache o Juan, incluso Vera o Rául. Y decido que nuestra próxima parada no tendrá nada que ver ni con la muerte de los doce ni con la Epidemia de Verano. Necesito aire fresco, necesito ver a mi gente.

CAPÍTULO 17

1

Stuart Hicks estaba exultante esa mañana. Las cifras cuadraban. Si todo salía bien y nada se interponía en su camino pronto empezarían a desfilar camiones llenos de coltán desde Baladrar. Su padre cerró aquella mina por falta de seguridad, al menos eso fue lo que le dijo, y también porque el coltán apenas se utilizaba fuera de las más grandes empresas de aeronáutica. Pero ahora las cosas habían cambiado. El mercado había cambiado. La empresa familiar todavía tenía en su poder los derechos de explotación de ese agujero español, y los hallazgos descubiertos por su equipo de investigación no podían ser más esperanzadores. Un océano de coltán se escondía en las profundidades de ese pueblo, mucho más abajo de la zona que su padre estuvo explotando entre los años cincuenta y casi el final de los ochenta.

Las tareas de excavación, instalación de vías de acceso y de medidas de seguridad de las nuevas galerías estaban a punto de terminar. Muy pronto empezaría la fiesta de verdad, y Altered Mines empezaría a cotizar en bolsa a lo grande. Hacía ya un par de meses que había vuelto a abrir sus puertas, pero con el descubrimiento de las nuevas galerías subterráneas tuvo que reinvertir hasta el último dólar de la empresa en acondicionar y preparar el asalto mundial al mercado de las comunicaciones, al mercado del presente y del futuro. Un yacimiento de coltán como el que había allí abajo podía convertirlo en uno de los hombres más ricos del planeta, todas las empresas de telefonía móvil y de equipos informáticos matarían por tener un suministro rápido y exclusivo de coltán de primerísima calidad, justo como el que estaba en su poder.

La puerta de cristal de su despacho se abrió y lo sacó de sus divagaciones de golpe, en realidad ya había ido saliendo paulatinamente durante los últimos quince segundos, justo el tiempo que llevaba escuchando los tacones de Brenda Harris acercándose desde el ascensor hasta su despacho. En las oficinas de Altered Mines todos los empleados debían calzar, o bien zapatos de tacón, en el caso de las mujeres, o bien zapatos con suela rígida ultra compacta y reforzada con madera, en el caso de los hombres. Stuart Hicks decía que podía identificar a las personas por el ruido que hacían al andar, y esa era la razón por la que todos debían de llevar un calzado con una ligera sonoridad al pisar el suelo. Era una forma con la que Hicks podía controlar al personal que se encontrase en sus proximidades y así evitar que se relajasen, que él mismo se relajase.

—Buenos días, Stuart.

—Buenos días, Brenda, cuéntame —dijo Stuart sin levantar los ojos de su escritorio. Comparaba las decenas de gráficas que tenía sobre la mesa de su despacho. Se aflojó ligeramente la corbata y se atusó el pelo hacia el lado derecho de su cabeza. Parecía un niño a punto de poner en marcha una de esas grandes maquetas de trenecitos.

—Las vías de acceso a la galería Wilson están listas.

—Excelente, Brenda, excelente. Qué más, cuéntame más cosas.

La galería Wilson era la primera de las nuevas zonas de explotación, la que se encontraba de forma contigua a la galería Woods, la original y que había sido explotada hasta dejarla sin un mísero gramo de oro gris. Stuart decidió ponerle ese nombre a la nueva galería en honor a su

difunto padre.

—Se han hecho las pruebas pertinentes con los generadores y los ingenieros han dicho que están listos para funcionar, que podrían estar funcionando de forma independiente y sin detenerse ni un minuto durante al menos diez años...

—Excelente, Brenda, excelente. Qué grandes noticias, qué grandes noticias. Adoro a esos malditos ingenieros, adoro a esos malditos cabezas cuadradas...

—Sí, son realmente buenos, Stuart.

—Y lo suyo me cuestan... —dijo Stuart levantando la mirada de la mesa para mirar a Brenda por encima de sus gafas de pasta. Brenda aprovechó para comprobar que el último botón del escote de su camisa seguía en su sitio—. Más, señorita Harris, cuénteme más cosas.

Brenda llevaba un sujeta papeles metálico y pasaba arriba y abajo las hojas que tenía cogidas a la pinza superior. Para ella aquel era el peor momento del día. Ejercer de portavoz de las vicisitudes y problemas de la empresa no era en absoluto de su agrado porque Stuart Hicks tenía fama de ser de los que se cargan al mensajero. Al menos sus dos predecesoras en el cargo de directora general habían sido despedidas después de una inofensiva conversación como la que estaban teniendo ahora.

—Los refrigeradores funcionan, pero va a hacer falta que instalen alguno más. La temperatura allí abajo sigue siendo muy alta, no enfrían lo suficiente, el calor que emana esa tierra a esa profundidad es extraordinariamente alto...

—Excelente, Brenda, excel... ¿Cómo dices? —Stuart volvió a mirar a Brenda por encima de las gafas.

—Un refrigerador más, al menos uno, tal vez dos, tres en el peor de los casos, eso es lo que me han dicho los ingenieros...

—Jodidos ingenieros, solo saben gastar, gastar, gastar. No tienen ni idea de lo que es trabajar duro, ni idea, ¿no son ingenieros? ¡Pues que ingenien algo que sea más barato, demonios! —Stuart se levantó de la mesa y volvió a atusarse el pelo, estaba empezando a sudar—. ¿Tienes idea de cómo se trabajaba antes, Brenda? ¿Tienes idea? Antes la gente iba allí abajo a morir, por Dios, y no se quejaban, ninguno se quejaba, y si se quejaba ya sabía dónde tenía la puerta de salida... Por Dios, otro refrigerador, ¿tienes idea de cuánto cuesta cada uno de esos bichos?

—Sí, Stuart, de hecho fui yo quien...

—Más, Brenda, cuéntame más cosas antes de que me irrite.

Brenda todavía tenía un par temas que contarle a Stuart y dudaba por cuál de los dos empezar. Sin saber muy por qué, en ese preciso instante recordó que le prometió a su perro Duke comprarle un buen bocado de carne de buey hace dos días y todavía no había cumplido con su palabra. Temió que algún día Duke se hartase de ella por ineficiencia. Se pellizcó la piel de su muñeca derecha como castigo.

—La selección y formación del nuevo personal ha finalizado de forma satisfactoria, están listos para empezar a trabajar el lunes que viene doscientos operarios más, todos ellos han pasado los exámenes de salud y su condición física es óptima.

—Excelente, Brenda, eso sí que es excelente. Muy bien, muy pero que muy bien.

—Stuart...

—No sabes las ganas que tengo de que inauguremos la galería Wilson, no lo sabes, Brenda, va a ser como la culminación de una vida, ¿entiendes lo que te quiero decir? Va a ser algo realmente excelente, Brenda, excelente, sí... —Stuart dijo eso mientras abría la vitrina de cristal envejecido y esmaltada en un sucio gris industrial. Ese mueble le había costado echar a un trabajador, sacó un

whisky de doce años y llenó el culo de dos vasos—. Esto hay que celebrarlo, Brenda, hay que celebrarlo...

—Stuart... hay otra cosa de la que quería hablarte...

—Qué ocurre ahora, Brenda —dijo Stuart mientras olfateaba medio bizqueado uno de los vasos.

—Han encontrado algo allí abajo...

—¿Algo? ¿Quién? ¿Qué han encontrado? —Los casi dos metros de canadiense se tensaron como la cuerda de un arco antes de disparar. Brenda se humedeció los labios y ensayó mentalmente cómo decirlo de la forma más rápida y menos dolorosa posible, parecido a cuando le arrancaba a su ex pareja esos indeseables pelos que le salían por encima de las orejas.

—Es algo así como... una bacteria...

—¿Algo así? ¿Una bacteria? ¿Qué bacteria? ¿Quién dice eso? —Stuart se acercó a Brenda y la miró como si ella fuese la única responsable de la noticia que le estaba dando.

—Los científicos, dicen haber encontrado una bacteria desconocida allí abajo, Stuart...

—Bien, Brenda, a ver si lo entiendo, ¿y se puede saber qué tiene eso de raro?

—Los científicos dicen que esa bacteria es diferente... que su forma de vida no es común...

—No es común, no es común..., ¡al grano, Brenda! ¡Me estás poniendo nervioso! ¡Qué demonios ocurre con esa bacteria!

—En realidad no ocurre nada, Stu... es solo que piensan, bueno sobre todo Robert Tucker piensa que puede ser un importante hallazgo. Esa bacteria no se alimenta como el resto de seres vivos, es capaz de vivir en los lugares más inhóspitos, no necesita el oxígeno, tampoco el hidrógeno ni la luz del sol como cualquier otro ser vivo, incluso puede soportar temperaturas superiores a los 60ºC... y eso es sencillamente increíble, Stu, maravilloso a nivel científico...

Brenda emanaba entusiasmo, Stuart arrugaba más y más la cara con cada una de las palabras de su directora general. Estaba a punto de soltarle un escupitajo encima.

—¡Qué estás queriéndome decir, Brenda! ¡No me jodas!

Stuart dijo esa frase tan cerca de ella y con tanta potencia que Brenda que vio cómo dos pequeños salivazos surcaban los cielos hasta posarse en su frente. Ni siquiera tuvo el valor de limpiarse por si eso incomodaba a su jefe.

—Que esa forma de vida podría esconder muchas respuestas, Stu, podría ser la clave de otras vidas, en otros planetas, vidas extraterrestres, Stu, extraterrestres...

—Vidas extraterrestres... —repitió Stuart Hicks en un suave susurro mientras su mente volaba hacia el más allá y su frente se relajaba. Con el sofoco, la cortina de pelo rubio platino le había caído sobre su ojo derecho y pequeñas gotas de sudor se le habían acumulado bajo la bolsa de los ojos, parecía que acabase de llegar de una noche de marcha.

—Sí, lo sé, Stu, es algo...

—Excelente...

—Sí, excelente, Stu, podría ser un hallazgo vital para la raza humana. Esa bacteria podría tener millones de años, ¿te das cuenta? Podría llevar millones de años allí abajo, o tal vez, que no siempre hubiese estado allí y que...

—¿Qué? ¿Qué? ¿Tal vez qué? —dijo Stuart con la boca totalmente abierta y la lengua reseca, sus ojos eran dos pelotas de golf. Brenda lo tenía cautivado y había conseguido devolverlo a algún estado cercano a la niñez, cuando todo era inocencia y fascinación.

—Que esa bacteria fuera de origen extraterrestre, Stu...

—Origen extraterrestre... —dijo Stuart sin apenas respirar y dejando volar su mente otra vez al

más allá—, pero eso es...

—¿Excelente? —dijo Brenda resplandeciente. Jamás pensó que esa noticia fuese del agrado de Stuart, de Tiburón Hicks, como todos los operarios lo llamaban de puertas para adentro, nombre heredado directamente de su estancia en Harvard.

—Excelente...

Stuart estaba procesando esa fascinante información, pero en apenas unos segundos en su mente empezaron a chocar posibilidades, ferrocarriles llenos de preguntas, llenos de problemas y de controversias...

—Brenda —dijo Stuart enderezándose y atusando su fina cortina de pelo—, ¿quién más conoce lo que me acabas de contar?

—¿Cómo?

—¿Que quién conoce lo de la maldita bacteria?

—Pues... nosotros y los científicos... creo...

—Pues nadie más puede enterarse de ese hallazgo, ¿me has oído? Nadie, y por lo que respecta a esos científicos y al gordo de Robert Tucker ya pueden ir olvidándose de jugar a los médicos con ella, que la devuelvan al agujero del que la sacaron y que no hablen de ella nunca más...

El tono de voz de Stuart había recobrado toda su autoridad, toda su mala leche.

Prométeme que tú siempre estarás ahí Duke, prométemelo. Se dijo Brenda para sí misma.

—Pero, Stu...

—Ni peros ni caramelos, se hará lo que yo diga y punto, que para eso soy el que os pago y el que manda. No quiero volver a oír hablar de la asquerosa bacteria nunca más, somos una empresa minera, señorita Harris, no un jodido instituto de investigación. Ese bicho podría mandar todos nuestros planes a paseo, y eso es justo lo que no deseo, ¿te queda claro?

—Sí, Stuart, me queda claro... —dijo Brenda mirándose la punta de los zapatos.

—Pues bien, ahora déjame trabajar y asegúrate de que Robert Tucker y su equipo se deshacen del gusano.

—Como tú digas, Stuart, hasta luego.

Brenda se inclinó sutilmente hacia delante y salió de allí mientras Stuart observaba desde atrás cómo movía las caderas al andar.

En cuanto se quedó solo, Stuart se aflojó aún más el nudo de la corbata, se acercó al gran ventanal de su despacho, puso las manos sobre sus caderas, y contempló ese pueblo una vez más. Pensando si tal vez, su padre obvió contarle algo relacionado con el cierre de la mina en los años ochenta.

¿No olvidaste contarme algo relacionado con un bicho antes de morir, verdad Wilson? Porque si es así, te juro que me mearé en tu tumba, padre. Palabra de Hicks.

2

Cuando Vera escuchó la puerta de casa cerrarse de un fuerte golpe abrió los ojos de par en par. Una espantosa sensación de miedo y angustia recorrió todo su cuerpo en milésimas de segundo. Se había quedado totalmente dormida. Tomó tantos analgésicos para el terrible dolor de su cara y de sus costillas que se quedó frita durante tantas horas como Ángel había estado fuera. No sabía qué hora era, ni tan siquiera qué día era, el dolor de cabeza era tan grande que llegó a pensar si no se le habría hinchado el cerebro fruto de los golpes y estaría comprimiéndole las paredes del cráneo.

La casa estaba hecha un verdadero asco y sabía que su pareja vería eso como un desafío, y nadie en aquel pueblo desafiaba a los Bocanegra, y menos una mujer, y menos la mujer de uno de ellos.

Se incorporó con un dolor tan extremo que le cortó la respiración, como un puñetazo en la boca del estómago. Escuchó cómo Ángel avanzaba tambaleándose por la casa, tropezando con cada centímetro de pared. A esa marcha pendular ella la llamaba en su cabeza «arrastrarse de pie». Venía borracho, y eso no era bueno. Pensó en las diferentes posibilidades y solo encontró dos opciones, o intentar escapar, o tratar de hacerle frente, que era lo que se había propuesto antes de quedarse dormida. No había podido trazar su plan, el cual pasaba por coger a Ángel desprevenido, por que encontrara la casa arreglada y se relajara, un buen masaje en los hombros, tal vez también en su «aparato», un plato de sopa caliente, dos o tres cervezas más, y… bum, tajo en el cuello desde atrás y listo para el viaje. Pero ahora lo que se encontraría es a un psicópata con ganas de infligir dolor, daño, de hacer sangre.

Al bajar de la cama sintió un fuerte olor a orín que casi le provoca el vómito. Se había meado encima. Los narcóticos habían relajado tanto su cuerpo que ni tan siquiera el reflejo vesical había logrado que se despertara. Se había formado un pequeño charco amarillo ámbar en la cama y el miedo a que Ángel lo viera hizo que le entraran unas terribles ganas de llorar, de tirarse al suelo, rendirse y esperar a que Ángel la acabara de rematar. Definitivamente ese era su final, el final de Vera Lázaro. La violencia doméstica se cobra una nueva víctima en Baladrar, ese sería la más que probable escueta nota de prensa con la que su vida pasaría a la historia. Su vida.

—¡¡Veraaaaaa!!

Un rugido como el de un animal herido y que huele la sangre de su enemigo correr, retumbó por todas las habitaciones de la casa hasta llegar a sus oídos, al centro mismo de sus miedos más profundos.

Vera miró hacia su alrededor y no vio más que cuatro irregulares paredes color blanco desteñido y una puerta con marcas de nudillos empotrados por la que ya aguardaba ver, de un instante a otro, la silueta del miedo. El nauseabundo olor a orín lo sentía cada vez más profundo. Había pasado por sus fosas nasales y empezaba a bajar por su garganta, como si se acabase de tomar un chupito doblemente fermentado de sus propios fluidos de desecho.

—¡¡Veraaaa!! ¡¡¿¿Dónde te has metidoooo, maldita puuuuta!!??

La voz de Ángel era abyecta, parecía que se hubiese tomado la molestia de arrastrar cada una de sus palabras por una poza llena de odio y lodo.

Escuchó cómo echaba abajo la puerta del baño de una sola patada, una de las pocas que quedaban intacta y no era por otra razón que porque la habían cambiado recientemente. En estos momentos, Ángel estaría viendo los blisters vacíos de codeína y su odio estaría creciendo por momentos, casi tanto como el miedo de Vera. Las costillas las sentía astilladas, las sentía con ganas de abrirse camino entre sus órganos, quizá en busca de esa estación central y de no retorno llamada muerte. Se acercó ligeramente a la puerta y sintió el olor a basura y alcohol que siempre desprendía Ángel después de volver de trabajar.

—¡¡Veraaaaaa!!

Dos metros, tres a lo sumo, y lo tendría encima. Ella estaba apoyada en la pared, junto al marco de la puerta, apenas de pie, la herida de su pómulo parecía que se había abierto porque una gota de sangre resbaló por su mejilla y besó la comisura de sus labios. Sus ojos se encontraron con el sucio colchón de su habitación, donde las únicas promesas que allí hubo nunca fueron de amor, sino de perdón. Vera pidiendo perdón por no ser más atenta, Ángel pidiendo perdón por haberla golpeado tan fuerte. Vera disculpándose por haberlo puesto en ridículo al ponerse esa

falda tan corta. Ángel prometiendo que se controlaría con la bebida y que la próxima vez se golpearía él mismo en lugar de darle a ella bien fuerte en la cara y en la parte posterior de los muslos. Aquella era su historia de amor, tan sucia y para el retiro como el colchón que tenía delante de sus ojos.

—¡¡¡Veraaaaa!!!

Vera cerró los ojos. Estremecida. Rendida. Esperando a que Ángel acabase con ella de una vez. Un segundo, dos segundos. Pero un inesperado golpe a madera hueca y podrida por la humedad, hizo que sus párpados dejaran pasar otra vez la luz. Acababa de ocurrir un pequeño milagro, uno de esos que no salen en las noticias, pero que Vera sabía muy bien que eran obra de alguien del el más allá, de un «espíritu bueno», como ella los llamaba. Ángel debió tropezar con sus propios pies al entrar en el cuarto, quién sabe, quizá al percibir el fuerte olor a orín, o tal vez por la fuerte borrachera que llevaba, chocó contra el armario de la habitación y cayó al suelo desvencijado con una fea brecha en la frente. Su respiración era ruidosa, su prominente abdomen subía y bajaba con dificultad, a Vera se le saltaron las lágrimas de alegría, de felicidad, a pesar de que eso hiciese que el dolor de sus costillas aumentase más todavía.

Se puso ropa limpia, cogió el bolso y salió de allí antes de que Ángel se despertase de nuevo. Porque estaba seguro de que lo haría, y que lo primero que pensaría sería en cómo dar con ella, en cómo acabar con ella. Tendría que aprovechar la pequeña ventaja que los espíritus buenos le habían dado para poder escapar de Ángel para siempre, o la próxima vez no tendría tanta suerte.

3

Según me ha dicho mi hermano, Cristina sigue soltera, estuvo con un tío dos años mayor que ella, un banquero o algo así, pero no salió bien. Eso me ha hecho muy feliz. No sé si ella sigue pensando en mí como yo en ella, si me espera, ni si tengo alguna posibilidad de recuperarla, pero desde luego ahora no solo tengo ganas de intentarlo, sino que pienso que puedo lograrlo.

Juan, mi gran amigo Juan, el hermano de Cristina, vive ahora con su novia Noa, no tienen hijos, todavía. Por lo visto le va bien a Juan, estudió informática y montó una tienda de ordenadores que fue una buena fuente de ingresos durante un tiempo, pero después, con la irrupción de los grandes almacenes como Media Markt, Worten o PcCity, la gente del pueblo dejó de comprar y Juan de contar monedas y billetes. Ahora trabaja para una gran empresa como analista de sistemas, no ha sabido decirme cual es esa gran empresa. Tengo ganas de ver a Juan.

Vicente Maupoey, el Mapache, anduvo unos años a la sombra de los Bocanegra, de Ángel y su hermano Armando, los chatarreros. Pero después cambió de vida y se hizo policía nacional. Recuerdo que la última vez que lo vi se estaba preparando las oposiciones, por lo visto al final lo consiguió. Estuvo dos años destinado en Andalucía, no me ha dicho en qué ciudad, pero desde hace un año aproximadamente patrulla por Val. No me ha dicho si tiene o no pareja, ni hijos, ni más datos personales suyos. Vicente nunca fue del agrado de Enrique y lo que sabe de él es solo de oídas. En realidad como la mayoría de lo que la gente conoce o cree saber del resto en este pueblo, tan solo «oídas». Me pregunto qué pesará más al final, si la reputación de una persona o su imagen real, también es posible que las dos cosas terminen siendo la misma y que lo demás no importe una puta mierda.

De Raúl el Casco dice que apenas lo ve ni sabe de él, sale poco y no tiene ni la menor idea de si estudia, trabaja, o está metido en una maldita secta por internet. Me hizo gracia eso último, mi

hermano parecía renegar de la sociedad en la que vivimos y mostrar un cierto poso de incredulidad ante algo así, además de hablarme como si en lugar de fuera de Baladrar yo me hubiese pasado los últimos cinco años fuera del planeta Tierra. Ya sé, ya sé, Enrique, que la gente hoy en día se ha vuelto tan cómoda que incluso forma parte de sectas que operan única y exclusivamente por internet. Funcionan igual que el resto en todos los sentidos, te piden dinero, te piden que estés con ellos, que pienses como ellos, que comas lo que ellos, que vistas igual que ellos, incluso que des tu vida por ellos si es preciso. Solo que no es necesario que te muevas de casa, todo se hace con un fácil y rápido click. Todo desde el sofá del salón o la silla que tienes frente al ordenador. Recuerdo el trauma que supuso para Raúl cuando se coló en casa de Niven, y solo espero que eso no haya determinado el resto de su vida para siempre, en cualquier caso, que no lo haya hecho para mal.

Precisamente de Niven le pregunté a continuación. Carlos sigue viviendo en casa de sus padres, en la que nos colamos. Está totalmente forrado, la empresa familiar sigue prosperando y está casado con una modelo, o ex modelo, o futura modelo, lo que sea, y tiene un par de hijas.

Me he quedado de piedra cuando me ha contado lo de Vera. Es posible que su novio, todavía Ángel el chatarra, el Bocanegra, le pegue, le pegue de verdad. A mí se me ha partido el corazón y me han entrado unas ganas terribles de dar con él y enseñarle que a las mujeres no se les pega, que sea valiente y se atreva conmigo.

El termómetro marca cuarenta y cinco grados. Aunque a mí me da la impresión de que son muchos más. Pero el problema no solo es la temperatura, no había caído en la cuenta, pero apenas corre aire, cada vez menos. Me pregunto qué estarán pensando ahora los «biblicionistas», o los «negacionistas», qué dirán acerca de esto, probablemente nada. No corre el aire y eso hace que el sol abrase cada vez más. Los aparatos de aire acondicionado se están estropeando y los técnicos no dan abasto. Dicen que no solo han perdido personal en los últimos tiempos, lógico, nadie está a salvo de la Epidemia de Verano, sino que les está empezando a fallar el suministro de piezas de recambio, los transportistas están empezando a espaciar cada vez más sus repartos, imagino que ellos tampoco están a salvo de la Epidemia de Verano. Y si tenemos en cuenta que el estado acaba de cerrar las vías de comunicación, especialmente las que entran y salen de Val…

No sé dónde estará mi hermana y su familia, pero en su casa no estaban. Tengo muchas ganas de verla, a ella y también a las niñas. Mi hermano tontea con Alexandra y piensa que lo que le funcionaba con veinte años le va a funcionar con casi cuarenta.

Enrique, deja de enseñarle tus músculos a Alexandra porque si le gustase esa clase de hombres ya se habría dado cuenta de que precisamente tú no eres uno de ellos, y deja también de hacerte el gracioso con ella porque ya deberías haberte dado cuenta de que todavía no le has arrancado ni media sonrisa y a estas alturas lo que debes estar es dándole pena. Hermano, creo que lo mejor sería que te concentrases en esa pausa que os habéis dado tú y Claudia, y que lo que podría quedarse en un "susto" no se convierta en un infarto masivo de miocardio.

Rodeamos el parque de las Termas y avanzamos por la calle Escultor Santiago Graz, todo está muy en calma. Apenas hay gente en la calle y los que hay llevan una mascarilla puesta, otros también las dichosas gafas de protección. Pasamos por delante de la casa de Niven y parece que mi hermano haya decelerado la marcha. Observo cada detalle de la fachada, empiezo a recibir todos esos recuerdos que aletean por allí como mariposas buscando una flor que polinizar, en este caso, yo soy esa flor. Aparcamos junto al Corner Beer. Yo no lo conocía. Es un local relativamente nuevo, pero mi hermano dice que sirven la mejor cerveza del pueblo, cerveza de importación, alemana, garantía de calidad, afirma.

Un camarero con aspecto de tabernero vikingo deja de hablar con una mujer de mediana edad que está sentada en una mesa cercana a la nuestra y se acerca a ver qué queremos. La mujer de mediana edad nos mira de reojo, se enciende un cigarrillo y continua leyendo el ladrillo que apenas le cabe entre las manos.

—¿Qué hay, Enrique? decidme, ¿qué os pongo?

—Hola Aarón, pues que sean tres cervezas.

Pues eso, que sean tres cervezas, por qué no.

El camarero, por lo visto, Aarón, tiene una frondosa barba de al menos un palmo de larga. Casi tan rizada como el vello púbico pero con un aspecto algo menos limpio. Lleva puesta una camiseta negra que le llega hasta casi las rodillas y pantalones tipo leggins, también negros. Está sudando incluso más que yo, pero su expresión es la de alguien que sabe convivir con esa situación. Lleva la camiseta permanentemente medio mojada y su olor corporal es el de una hormona salvaje, o de un zoológico.

La terraza del Corner Beer está medio vacía, pero los pocos que allí estamos, a pesar de dar la impresión de que cada uno va a lo suyo, no nos quitamos el ojo de encima. La mujer de mediana edad no debe estar muy concentrada en la lectura porque no deja de mirarnos. Una pareja de jóvenes dirigen sus miradas a cualquier parte menos a ellos mismos, que es lo que ambos tienen justo enfrente. Un hombre de unos sesenta años con pinta de parado ojea un periódico con desinterés mientras se frota un tupido bigote y bosteza permanentemente. Dos hombres de unos treinta años hablan en voz muy baja, susurran algo que apenas ellos mismos escuchan porque ambos tienen los codos apoyados en la mesa y su cuerpo inclinado hacia delante. En un balcón alguien ha pinchado un molinillo de viento en un macetero, está completamente inmóvil, con parálisis de cintura para arriba, igual que de cintura para abajo.

Aarón nos planta las tres cervezas en la mesa y se marcha de allí sin decir ni una palabra, de su frente brota el sudor como gotas de rocío en una ventana.

—¿Cuál es la próxima parada? —dice mi hermano después de darle un buen trago a su pinta.

—Los siguientes en suici... en hacer eso en mil novecientos noventa, fueron los padres de mi amigo Miguel, el Italiano, pero va a ser difícil investigar algo de ellos a estas alturas, llevan más de veinte años muertos y ningún familiar suyo vive por aquí desde entonces...

—El Italiano... cuánto tiempo sin escuchar ese nombre, ¿qué tal le va? —dice mi hermano rebasando la línea media de su cerveza. Apuesto a que en menos de cinco minutos está pidiendo otra.

—Espero que bien, no sé nada de él hará por lo menos... no sabría decirte... pero bastante tiempo...

—¿Algún nexo de unión entre los padres del Italiano y Lidia Dengra? —dice Alexandra. Llevaba un buen rato callada y su intervención nos sorprende un poco, sobre todo a mí, y en realidad no es por su intervención en sí, sino por su pregunta.

—En principio no, no hallé ninguna relación entre los padres del Italiano y mi vecina Lidia, de todas formas ahora poco podemos hacer ya, tanto el círculo cercano al Italiano como a Lidia son casi inexistentes..., y aunque pudiésemos contactar con alguien, ya te digo que no creo que encontraríamos nada en común, simplemente murieron haciendo eso, punto y final.

—Ya, pero si de verdad murieron por la misma causa, ¿no crees que tal vez eso fue así porque también había algo que de algún modo los unía? Algo con lo que ambos estuvieran en contacto de algún modo...

—Alexandra, los padres del Italiano y Lidia Dengra no tenían nada en común, créeme, ya te he dicho que en su día lo investigué, a fondo, y no me llevó a ningún sitio, ¿por qué demonios crees que todo el mundo me odia aquí? ¿Por pasearme por las calles sin molestar a nadie? ¿Por hacer preguntas que no fueran incómodas?

Le levanto la voz a Alexandra y me siento fatal por ello casi en el preciso momento en el que mis palabras están saliendo por mi boca. No sé qué tiene esa chica pero me irrita, a lo mejor simplemente es porque es demasiado perfecta y tanta perfección también molesta. Enrique me mira como si me acabase de mear encima del Guernica, después le hace una señal a Aarón con la mano para que repita ronda. Aarón dice "afirmativo", con un preciso y rápido movimiento de su corto cuello. Parece una de esas personas súper efectivas en su trabajo que se encuentran justo en el nivel inmediato inferior a su nivel de incompetencia. Por tú bien, y por el bien de todos, por favor, Aarón, no asciendas nunca.

—Lo siento, Guillermo, no era mi intención meterme con tu trabajo, solo trataba de aportar algo... pero si eso te molesta, mejor me guardo para mí mis opiniones... —dice Alexandra cruzándose de brazos, es la primera vez que la veo enfadada, apenas la conozco pero hubiese jurado que hacía falta mucho más para alterar su buen ánimo.

—No te pongas así, mujer, mi hermano está un poco nervioso estos días... no te lo tomes a mal... —dice mi hermano pasándole una mano por el brazo desnudo a Alexandra.

—Yo no te pedí que vinieras, Alexandra, estás aquí porque te da la gana, si no te gusta cómo estoy llevando esto te puedes marchar cuando quieras —digo para terminar de arreglarlo.

Los ojos de Alexandra han empezado a brillar y eso hace que el verde resplandezca todavía más. Aarón se acerca con la siguiente ronda y se hace el silencio. Yo miro la mesa que tenemos a unos tres metros y que está ocupada por una pareja de veinteañeros. Es posible que no se haya dirigido la palabra desde que hemos llegado, simplemente ignorarse es su principal preocupación. Ella cotorrea algo en el móvil, aunque no sé el qué porque nadie tiene cobertura en este maldito pueblo. Él parece enfadado y está cruzado de brazos. Aarón se marcha en silencio y mis ojos se cruzan con los de Alexandra, que tiemblan ligeramente como una llama en aparente calma.

—Perdón, Alexandra, no he debido decirte eso, no sé por qué lo he hecho...

—No pasa nada, Guillermo, de todas formas tienes razón, no sé qué estoy haciendo aquí, mejor me marcho por donde he venido —dice Alexandra levantándose y sacando la cartera de su bolso.

—Alexandra, espera —Algo en mi interior hace que me levante yo también y que me impide dejarla marchar, lo cierto es que he sido un completo estúpido con ella casi desde que llegó—. No te vayas.

—¿Que no me vaya? ¿Por qué? ¿Por qué no debería irme?

—No te vayas, por favor... —No sé por qué pero me cuesta decirlo, tampoco sé si en realidad debo, a veces hace falta que te den un pequeño empujón como ese para que te des cuenta de lo que realmente piensas—. Porque creo que sin ti yo solo no voy a poder, te lo pido por favor, no te vayas, Alexandra, te necesito ahora más que nunca.

Esta vez no estoy mintiendo, de hecho creo que pocas veces he sido más sincero. Ella posee conocimientos que yo ni sabía de su existencia, una forma de pensar limpia de impurezas y de absurdas divagaciones, es como si todos sus razonamientos trazasen líneas rectas y directas.

No dice nada, no responde, sus ojos todavía navegan en una gran lágrima que solo es capaz de sostener a medias, pero se sienta y vuelve a dejar su bolso en la silla de al lado. Así que entiendo que de momento se queda.

—Eh, Aarón, ¿puedes venir un momento, por favor? —dice mi hermano sorprendiéndome tanto

a mí como a Alexandra. Ninguno de los dos esperábamos esta intervención suya justo ahora, cuando estamos a punto de marcharnos.

—Dime, Enrique.

—Quería hacerte una pregunta, si no es mucho pedir, puedes no contestar si no quieres.

El rostro de Aarón se acaba de tensar como la piel de un tambor.

—Sí, claro, pregunta.

—¿Tu conocías a Lidia Dengra? ¿Te acuerdas? Aquella chica que se tiró, ya sabes, creo que era de tu edad si no recuerdo mal...

La expresión de Aarón se endurece. Sus cejas se acercan una a la otra y justo entremedias se forma una arruga apretada. Sus ojos pasan de mi hermano y se clavan en mí, luego en Alexandra.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? ¿Es que no tuviste bastante ya con el maldito documental? ¿Quieres más? —remata Aarón mirándome a mí.

Joder. Y yo que pensaba que hasta ahora todos habían olvidado mi polémico documental y por supuesto a mí, pero no. Aarón ha sabido quién era yo desde el principio, así como también la mujer madura que hace como que lee pero que no deja de mirar de reojo hacia donde yo estoy.

—Ey, Aarón, tranqui, tío, solo queremos saber, no queremos problemas. Solo saber qué cojones está pasando, con quién salí Lidia antes de... ya sabes, antes de que se matara. Nos han dicho que salía con un tío y que la cosa no salió bien, y había pensado que tal vez tú, ya sabes, como eras de su misma edad… Esto no deja de ser un pueblo, tú ya me entiendes, pues igual sabías quién era ese fulano, tú ya me entiendes.

Aarón vuelvo a apretar las cejas y a escrutarme con la mirada, no mira a mi hermano, me mira a mí, y de qué manera.

—Sí, salía con un tío, y ese tío era amigo mío, ¿contentos?

—¿Crees que podríamos hablar con él? Por favor... —matizo y albergo la esperanza de que Aarón sepa leer en mi interior, sepa ver más allá y comprender de alguna forma que mis intenciones son buenas, que son totalmente honorables.

—¿Con Fabio Laiseca?

—Sí —interviene mi hermano para no quedarse al margen. Observo que los pómulos de Alexandra están ligeramente encendidos y que observa embobada la acción.

—Sí, claro, no hay problema, pero llegáis una puta semana tarde, estampó su coche contra una farola... —La voz de Aarón empieza a temblar y está a punto de echarse a llorar, pero aguanta. Sí, tiene alma de vikingo y los vikingos jamás lloran, los vikingos mueren luchando, directos al Valhalla.

—Lo siento, Aarón... no era nuestra intención molestar... —dice mi hermano poniendo una mano sobre el hombro de Aarón, gesto que el barbudo repele con un suave pero firme manotazo.

—La tía esa, Lidia, sí, estuvo unos meses con mi amigo Fabio, pero esa tía no era lo que parecía. Fabio se quedó totalmente destrozado, joder... nunca lo había visto tan jodido por una mujer, esa Lidia... joder parecía que lo tenía como embrujado...

Aarón le confiere a su relato cierto aire de misterio que, ciertamente, me acojona un poco. Por otra parte se nota que hacía mucho tiempo que necesitaba descargar.

—Pues justo nos han dicho hace poco que fue él quien la dejó a ella y ella quién se quedó hecha polvo, por eso hizo lo que hizo, ¿cómo se come eso? —dice Enrique que parece desenvolverse bien con gente como Aarón.

—No tenéis ni idea, ni idea, ninguno de los tres. Esa tía, mal que me pese, era un demonio de cuidado. Fabio no era nadie, nadie a su lado. Y no sabes la de mierda que tuvo que aguantar antes

de que decidiera dejarla, antes de que lo obligásemos a dejarla, mejor dicho.

—¿En serio? —pregunta mi hermano Enrique con la garganta pidiendo más cerveza.

—Claro que en serio, coño, te lo estoy diciendo, esa tía era un puto zorrón de mucho cuidado que tenía a un montón de tíos como embrujados.

—¿Embrujados? ¿Qué quieres decir? —Ahora soy yo el que pregunta.

—¿Que qué quiero decir? Lidia Dengra tenía algo, no sabría bien cómo definirlo, algo especial, extraño, que volvía locos a los hombres y que hacían que perdiesen totalmente la cabeza por ella... —dijo Aarón moviendo su cuello de guerrero a izquierda y a derecha.

—Perdona, Aarón, ¿quieres decir que había estado con otros tíos antes de estar con tu amigo Fabio y todos habían acabado igual? —pregunto porque intuyo que Aarón tiene tantas ganas de hablar que como no haya alguien que redirija la preguntas se va acabar perdiendo en su mundo de recuerdos y fantasía épica.

—No, coño, antes no, al mismo tiempo, joder, esa tía estaba con varios tíos a la vez, Fabio era uno de ellos y el muy inu... —Aarón se muerde la lengua, se nota que la historia todavía le afecta —. Fabio pensaba que él era especial, que Lidia los dejaría a todos y se iría con él, joder... no lo entiendo, no lo entiendo, si hasta se tiraba a un tío casado que casi le doblaba la edad, coño...

—¿En serio? ¿A quién? —pregunta mi hermano. Alexandra está empezando a bizquear. El alcohol está pasándole el recibo de lo servido y los párpados parece que le pesan casi tanto como el paso de los años.

—No sé quién era, no me lo dijo, no sé a quiénes más se follaba la muy... en fin, no me gusta hablar mal de gente que ya no está para defenderse, pero te aseguro que si hubiese sabido quiénes eran habría tenido unas palabras con ellos. Fabio sufría mucho con el tema y no le gustaba hablar demasiado de ello, al menos no conmigo ni con ninguno de nuestra peña, porque ya sabía lo que había...

¿Sería posible que Lidia Dengra, mi adorable vecina, hubiese cogido algo en algún extraño lugar y a través de sus múltiples relaciones lo hubiese ido transmitiendo poco a poco entre los vecinos de Baladrar?

—Muchas gracias, Aarón, tu información nos ha sido muy útil, ojalá pueda servirnos de ayuda para acabar con toda esta horrible plaga —digo mirando al vikingo y tendiéndole la mano, es hora de que nos marchemos, el calor empieza a ser insoportable y todavía hay muchos otros sitios que hay que ver. Aarón se lo piensa unos segundos, pero finalmente me estrecha la mano casi por obligación, sin mirarme a los ojos.

Abandonamos el Corner Beer algo mareados, al menos yo, imagino que también Alexandra, esta vez no se ha dejado las cervezas a medias y en estos momentos debe de estar medio flotando. Ha sacado la mano por la ventanilla y parece estar tratando de acariciar el viento, que solo existe cuando mi hermano aprieta con fuerza el acelerador.

Tal vez Alexandra tenga razón y pasé por alto algún vínculo entre Lidia y los padres del Italiano, así como entre ellos y el resto de los doce de mil novecientos noventa. Lo cierto es que si la información que nos ha dado Aarón, el camarero vikingo, es cierta, es más que posible que sí existiera algún tipo de relación, de contacto entre todas las víctimas del verano del miedo, de ser así, ¿qué cojones es lo que se están pasando unos a otros y que los está matando? A lo mejor esa relación, ese vínculo siempre estuvo ahí y yo no fui capaz de verlo, nadie fue capaz o a lo mejor es que no quisieron verlo y si lo vieron no quisieron decirlo. Ahora no me cabe ninguna duda de que el temor a que se me pasara por alto algo tan importante, aflorando desde mi subconsciente,

después de haber estado investigando durante tanto tiempo, ha sido la causa de haber reaccionado de esa forma con Alexandra. El miedo al estrepitoso fracaso de toda una vida.

CAPÍTULO 18

1

—¿Qué hacemos con ella, Dani?

—De momento déjala ahí, te aseguro que no se va a ir a ningún sitio.

—Ya sé que no se va a ir a ningún sitio, coño, la he atado yo, pero se ha cagado encima, ¿entiendes?, y puede que estemos en el umbral del puto fin del mundo, pero precisamente por eso no quiero vivir mis últimos días oliendo a mierda, así que tú dirás, si vamos a salir a por provisiones, o la soltamos, o la limpiamos, o a ver qué pasa, pero no me apetece volver y encontrarme con este pestazo, tú verás...

—Vale, me parece bien, Cuba, cámbiala y luego nos vamos.

—¿Yo? ¿Por qué coño tengo que cambiarla yo?

—Joder, porque a ti es a quien le molesta el puto olor, hostia.

—Y tú fuiste quien dijiste de trincarla capullo.

—No será porque tú no te la has tirado, ¿a que no?

—No tantas veces como tú.

—Porque no se te levanta tanto como a mí, anormal.

—¿No será porque no soy un puto enfermo como tú y aún me queda algo de humanidad?

—No, será porque la madurita me recuerda a la puta de tu madre y eso hace que no pueda dejar de follármela a todas horas, imbécil.

—¿Qué has dicho? A que te parto la boca, capullo.

—Venga, a ver, pártemela, maricón de mierda.

Los orificios nasales de Antonio Gans, también conocido como «Cuba», se dilataron tanto que allí dentro cabía el pulgar de un albañil. Miró el *piercing* que su inseparable amigo Dani Rojo tenía en la ceja izquierda y pensó en arrancárselo de un tirón. Dani se acercó a Cuba y se quedó prácticamente a un centímetro de chocar con su nariz. Ninguno de los dos llevaba camiseta, el calor era insoportable, llevaban dos días sin salir y allí dentro olía a cloaca, a vertedero podrido. Tenían las persianas bajadas para que ningún vecino curioso pudiese ver lo que hacían allí y el aire acondicionado no funcionaba desde hacía más de dos semanas. Ni siquiera tenían un mísero ventilador que removiera un poco el aire, existencias agotadas, rezaba en la puerta de los establecimientos de productos electrónicos. Se estaban quedando sin oxígeno y sus cerebros, en esas condiciones, se volvían todavía más agresivos.

—Psssss, paso de ti, capullo... —dijo Dani dándole la espalda a Cuba—, yo me largo, tú haz lo que te dé la gana con la puta.

—Eso, vete, lárgate como haces siempre, pero piensa que en algún momento habrá que hacer algo con ella, o nos hacemos cargo, o la largamos de aquí, coño, no es tan difícil, joder.

Dani Rojo suspiró apretando bien fuerte los dientes, tanto que Cuba pudo ver perfectamente cómo se tensaba el músculo de su mandíbula. Después se puso una camiseta blanca de tirantes y comprobó el dinero que le quedaba en la billetera, la cerró de un golpe y se pasó una mano por los ojos, luego miró a su amigo con vergüenza.

—¿Te queda algo de pasta, Cuba?

—¿No puedes ir a un cajero?

—Sí, claro, ¿a cuál? Ya no va ninguno, mierda. Y Bruno me ha dicho que ya no aceptan tarjetas de crédito en ningún sitio. A este paso, si los tenderos se ponen tontos los vamos a tener que atracar.

—No digas tonterías. El del parque de las Termas, por ejemplo, o el de la calle Gustavo Laiz, esos sí funcionaban hace unos días.

—Bueno, pues ya veré qué hago —Dani abrió la puerta con intención de marcharse, lentamente, dubitativo.

—Eh, Dani...

—Qué...

—Espera, te acompaño, hay unas cuantas cosas que quiero comprar.

Salieron del viejo y pequeño piso que Cuba había recibido como herencia en dirección a los grandes almacenes ComTown, el establecimiento comercial más grande del pueblo. Los primeros años del siglo veintiuno empezaron las negociaciones para abrir un centro comercial en las afueras de Baladrar, cerca del jardín Botánico, pero al final, la fuerza de la unión de pequeños y medianos empresarios consiguió paralizar el proyecto.

Necesitaban aprovisionarse bien de productos de primera necesidad. Sus prioridades eran café, leche, sal, azúcar, comida en lata, cerveza y bebidas alcohólicas de alta graduación, galletas, pasta, arroz y legumbres, aunque podría servirles cualquier cosa con una fecha de caducidad elevada o también los llamados productos no perecederos. Los últimos rumores que les habían llegado eran muy catastrofistas, la Epidemia de Verano estaba avanzando cada vez con más fuerza y la producción y transporte de productos de alimentación estaba empezando a escasear de verdad. Si bien es cierto que la proliferación de los «survivalistas» estaba acelerando la desaparición de productos básicos en los supermercados.

Los «survivalistas» estaban haciendo acopio de cantidades descomunales de alimentos y de otro tipo de productos que ellos consideraban "potencialmente útiles en un futuro cercano", obligando al resto a hacer casi lo mismo para no quedarse sin nada. Este grupo, cada vez más numeroso, era una tribu urbana que antes de la Epidemia de Verano apenas contaba con seguidores en este país. Su principal creencia era que nos encontrábamos frente a la extinción de la raza humana y que solo los más fuertes sobrevivirían. Solo aquellos que consiguiesen aguantar la fuerte marea que se nos venía encima y que serían los supervivientes de la "gran criba". Algunos incluso se habían encerrado en sus propias casas temiendo algún tipo de contagio aéreo y las habían tapiado como si fuesen búnkeres, saliendo única y exclusivamente cuando necesitaban aprovisionarse, y siempre protegidos al máximo y armados hasta los dientes con utensilios caseros. Lógicamente, todos y cada uno de ellos había abandonado su trabajo y sacado del banco todo el dinero que les había sido posible, es decir, el que les habían dejado sacar.

Estuvieron prácticamente todo el camino sin dirigirse la palabra. Dani era quien conducía, con la ventanilla bajada y un brazo por fuera, luciendo tatuaje de brazalete. Cuba hacía lo propio desde el asiento de copiloto. Nunca llegaron a imaginar que el mundo se iría a la mierda de esa forma, tan de repente, sin todavía una causa clara. Era como si de la noche a la mañana la gente se hubiese vuelto completamente loca. A efectos prácticos eso era simple y llanamente lo que estaba sucediendo, ni más ni menos.

Nadie desde el gobierno ni desde ningún otro medio de comunicación serio ofrecía ni una explicación lógica a lo que estaba sucediendo, ni mucho menos garantías de remisión. Todo lo

contrario, los mensajes y comunicados oficiales y extraoficiales cada vez eran más desalentadores. No de forma directa, pero a poco que alguien supiese leer entre líneas, podía ver con claridad que todo se había ido a la mierda y que a pesar de que el gobierno dijese que estaban muy cerca de encontrar la cura, de dar con la solución al problema, las casi diez mil víctimas con que ya contaba el país no hacían presagiar nada bueno. Hacía un par de días que esa cifra era justo la mitad, se había duplicado en solo dos días, y a ese ritmo, en cosa de una o dos semanas, es posible que muy pocos quedasen con vida. Evidentemente el problema ya no era solo de Baladrar, ni de Val, se estaba extendiendo al resto del país, quién si al resto del planeta.

Cuba empezó a pensar que después de todo, aquello que estaban viviendo no era tan distinto de lo que había visto multitud de veces en el cine, su gran pasión. En todas esas películas postapocalípticas en las que la sociedad se regía por otras normas, en las que los productos de primera necesidad eran escasos, y en los que todo el mundo tenía que aprender a buscarse la vida, a defenderse, a utilizar los medios que fuesen necesarios para poder coger aquello que les hiciese falta para sobrevivir. Luego pensó que tener a una mujer, a una madre como él mismo un día tuvo, atada en el salón de su casa para divertirse con ella y por qué no decirlo claramente, violarla cuantas veces quisieran, había sido una total equivocación, una locura que pese a todo, todavía podía empeorar. Pero también podían hacer bien las cosas y hacer que aquello parase, que todo terminase y que cada uno siguiese su propio camino, durase lo que durase. Decidió, en el más absoluto silencio, que cuando volviesen a casa la soltaría. Antonio Gans tuvo que criarse a solas con su padrastro alcohólico de profesión y atracador en sus ratos libres, y no había recibido lo que se dice una buena educación. Pero a través del cine, había aprendido a distinguir con claridad qué estaba bien y qué estaba mal. Aún así, algo dentro de él lo empujaba a menudo, sobre todo cuando se encontraba bajo los efectos de las drogas o el alcohol, a hacer cosas tan terribles como la que había hecho. Luego siempre se arrepentía y se pasaba el día pensando en eso tan horrible que había hecho, hasta que llegaba el día en que algún hecho aún peor pasaba a ocupar el centro de sus preocupaciones. Así era la vida de Cuba, tanto antes como después de que cerraran el video club en el que llevaba siete años trabajando.

Dani aparcó de mala manera cuando llegaron al parking del ComTown, cruzado y ocupando dos plazas, de todas formas no habían muchos coches a los que molestar. El camino hasta allí se le había hecho muy largo. Hacía ya un tiempo que lo habían despedido de la Metalúrgica Hermanos Bas, donde trabajaba como soldador. La nueva reestructuración de la planta estaba dirigida única y exclusivamente a la extracción de los metales de las rocas de coltán que llegaban desde Altered Mines, y eso hizo los soldadores sobrasen. Desde entonces tenía la impresión de que todo transcurría muy lentamente, una extraña sensación de paso del tiempo lento, como cuando era un niño y los días parecían no terminar nunca. Solo que ahora, en lugar de vagar por los parques y las calles de Baladrar buscando algún animal que maltratar o chica a la que molestar, se dedicaba a dejar la mente casi tan en blanco como la de una iguana. Y cuando molestaba a alguien lo hacía de verdad. Y cuando se cruzaba con algún animal, no lo maltrataba, lo mataba. Dani Rojo era una de esas personas que era mejor tenerlas siempre ocupadas, porque el tiempo libre hacía que su mente pensara únicamente en hacer cosas malas, muy malas. La Epidemia de Verano estaba sacando lo peor de él y de otros como él que hasta ese momento habían vivido ocultos en la sociedad, controlados por el propio sistema. Pero ahora la tormenta se había desatado, y ya no había nada ni nadie que los contuviese. Decidió que cuando regresaran a casa, se desharía de esa zorra que ya no era de su agrado. Le aplastaría la cabeza a palazos y la metería en algún contenedor cercano, estaba convencido de que ahora todo valía, después saldría a por su siguiente víctima, algo dentro

de él había despertado, y el hambre de ese algo era insaciable.

2

Karen Schneider llevaba varias noches sin dormir. Por las mañanas se miraba al espejo y comprobaba cómo a su edad, los periodos cortos de mucho estrés y duro trabajo dejaban imborrables huellas en la piel y en el rostro. Una vez se rebasan los cincuenta todo se acusaba de una manera más drástica. Estaba al borde de la desesperación, de rendirse por completo. Se le pasó por la cabeza dejarlo todo y pasar el tiempo que le quedara de vida encerrada en casa y haciendo lo que más le gustaba, diseñar y confeccionar prendas de ropa. El momento en el que, después de haber imaginado un vestido, una falda o un blusa, pasaba a ser algo material y podía verlo y tocarlo con su propias manos, era algo mágico, incomparable a nada. Hacer que algo que solo estuviese en su cabeza se convirtiese en algo real, hacía que se sintiese poderosa, completa.

Pensó en que tal vez, si hubiese tomado decisiones distintas, si hubiese optado por ir en otras direcciones, es posible que nada de lo que ahora estaba pasando hubiese pasado. El efecto mariposa. Un pequeño gesto, una minúscula acción que puede llegar a cambiarlo todo. Así de importante se creía, así de vital se había sentido siempre.

La llegada de Montgomery Spencer y de Naomi Ure no había servido de mucho. A decir verdad, no había servido de nada, si no se tenía en cuenta el sufrimiento añadido a sus pacientes, claro. Los "rescatados" habían pasado de ser estudiados y analizados con meticulosidad y respeto, a ser sometidos a verdaderas torturas físicas y psicológicas en pro de la ciencia, en pro de la humanidad. Se dijo a sí misma que ninguno de ellos era muy diferente a terribles personajes de la historia como el doctor Josef Mengele o Aribert Heim. Ese pensamiento hizo que sintiera náuseas y que, a lo mejor, eso que estaba sintiendo en ese momento no eran otra cosa que los síntomas previos a lo que estaba estudiando, a la Epidemia de Verano, y que si así era, pues que así fuese.

Abrió el grifo de la lujosa bañera que tenía en la gran estancia privada que había hecho construir en las instalaciones de su Instituto de investigación. Esperó a que se llenara y observó su cuerpo desnudo desde la distancia. Acarició sus pechos una vez más, todavía se mantenían tersos y firmes pese a los años, cerró los ojos y recordó la primera vez que un chico los tocó. Tim Curly, capitán del equipo de béisbol del instituto Rainbow. Solo tenía dieciséis años, y se sintió mal por lo que hacía, por lo que le hacían. Siempre pensó en aquel día como si el tiempo no hubiese pasado y ese día todavía fuese ayer. Justo en ese momento comprendió que es posible que fuera porque nunca nadie después volvió a tocarla de esa manera, con esa pasión. Acarició sus brazos y experimentó un breve pero intenso cosquilleo en su sexo, otra náusea apareció de golpe detrás de su garganta y le recordó lo mal que lo pasó durante el embarazo de Alexandra. Se sentía mareada, cansada, con ganas de llorar, con ganas de terminar, *el tiempo se acaba Karen, de hecho es posible que ya haya acabado*. Se dijo en silencio.

Desenfundó el elegante bisturí de diamante negro que recibió tras doctorarse en biología molecular y lo dejó sobre uno de los lados de la bañera. Metió dentro sus piernas y sintió cómo el agua tibia recorría cada centímetro de su piel. Cogió aire y se sumergió por completo, abrió los ojos bajo el agua y se despidió del mundo con una sonrisa. Pensó en su hija, lo más bonito de su vida. Se disculpó con ella por no haber sabido hacerlo mejor. Emergió de nuevo a la superficie y cogió el bisturí con decisión, lo apoyó con firmeza sobre la vena radial de su muñeca izquierda y

contó hasta tres.

Uno.

Adiós Alexandra.

Dos.

Adiós, Tierra.

Tres.

Adiós, vida mía.

Tres fuertes golpes en la puerta de su estancia hicieron que se detuviera en seco, miró a izquierda y a derecha, luego al techo, ¿había alguien observándola? O a lo mejor, tal vez, tan solo fue la providencia.

—¡Karen! ¡Karen! ¡Lo hemos encontrado! ¡Lo hemos encontrado!

Los gritos desde la puerta pertenecían al doctor Spencer, a Monty, como a ella le gustaba llamarlo. Karen salió de la bañera mojando todo a su paso, el corazón le latía con fuerza.

—¡Ya voy, Monty!

—¡Abre, Karen! ¡La tenemos! ¡Tenemos a esa hija de puta!

Justo al abrir la puerta y ver la cara de asombro que se le quedó al doctor Spencer, recordó que acababa de salir de la bañera y que no llevaba puesto nada encima, tan solo los restos de agua deslizarse entre sus pechos, hacia abajo, entre sus muslos y goteando con sensualidad por el vello de su pubis. En un acto reflejo trató de taparse los pechos con una mano y el nacimiento de su vagina con la otra, pero esa postura no hizo sino excitar aún más a Monty.

—Ohh, lo siento, Spencer, me has metido tanta prisa que no me he dado ni cuenta, pasa —dijo Karen mientras corría con gracia a por una toalla y Spencer aprovechaba para verle bien el culo.

Montgomery cerró la puerta y se recreó viendo a Karen anudarse una toalla por encima del pecho mientras acariciaba su fino y extravagante bigote tipo manija, terminado en un cuerno enroscado en cada uno de sus extremos. Todo marchaba, tenía a la bacteria causante de todo en su mano y a la mujer por la que llevaba suspirando más de veinte años delante de sus narices, desnuda y totalmente húmeda, ¿podía pedirle algo más a la vida?

—¿Qué es lo que tenéis, Monty? ¿Qué habéis encontrado?

El entusiasmo se podía ver en la resplandeciente llama que acababa de prender en los verdes ojos de Karen.

—¿Lo adivinas?

—Vamos, Monty, no te hagas el interesante, cada segundo que pasa hay una persona que muere en algún lugar.

—Una bacteria, ¿puedes creerlo? ¡Una bacteria! ¡Lo sabía! ¡Sabía que era una de esas pequeñas y malnacidas asesinas! Y nada de viudas negras como decía Naomi. ¡Nada viudas negras como decía la lunática de Naomi!

Montgomery Spencer hablaba y reía a la vez, era difícil entenderlo. El poco pelo que le quedaba lo llevaba cardado y peinado hacia detrás a secador, dos patillas ultrafinas que le llegaban hasta casi la mitad de la cara y ese bigote manija, hacían de su imagen algo muy singular.

—¿Una bacteria? ¿En serio? ¿Dónde está? ¿Cómo la habéis encontrado? ¿Ha sido en Ignacio Gala, verdad? No, en Adriana Rin, ¿cierto? La bacteria estaba en Adriana Rin, ¿me equivoco?

Adriana Rin era una joven de treinta años a la que sus padres habían encontrado balanceándose del techo del garaje de su casa con una soga al cuello. Se había colgado con la goma de una manguera y gracias a que sus padres habían bajado a buscar el álbum de fotos de aquel primer

verano que pasaron juntos en el año que empezaron a salir, pudieron evitar el desastre justo a tiempo. *Ha sido nuestro amor lo que la ha salvado ¿verdad Bob? Ha sido nuestro gran amor lo que ha salvado la vida de nuestra pequeña, mi querido Bobby, nuestro gran amor* —dijo la señora Rin cuando consiguieron cortar la goma que estaba estrangulando a su única hija y comprobaron que todavía respiraba.

Adriana Rin corría veinte kilómetros diarios, no comía hidratos de carbono simples, no probaba el azúcar ni la sal, ni mucho menos las bebidas alcohólicas. Estaba lo que se dice en plena forma y por su cuerpo no circulaba ni un gramo de grasa no deseada. Adriana llevaba preparándose para las olimpiadas desde hacía tres años, salto de altura. Y su novio, Marcos de Castro, un alto directivo de Metalúrgica Hermanos Bas, le acaba de pedir matrimonio hacía apenas dos meses. Desde el estallido de la Epidemia de Verano su condición física y su estado de ánimo se había ido mermando día a día, llegando a hundirse completamente tras la muerte de su prometido Marcos después de haber ingerido dos cajas de paracetamol de una sentada. A ojos de Karen, Adriana presentaba lo que ella llamaba un «cuadro de evolución completo», una línea clara que unía la salud óptima con la enfermedad total, pasando por todos los estadíos intermedios entre un estado y otro. Durante la última semana, Karen, llegó a convencerse por completo de que si había alguien en quien poder hallar la causa de todo aquello, esa era Adriana Rin.

—No, querida, no la encontramos en Adriana Rin, de hecho la encontramos en su "ex", prometido, Marcos de Castro —dijo Spencer con la boca llena de orgullo.

—¿Cómo dices? ¿Pero Marcos lleva muerto más de una semana, no?

—En efecto, querida, ¿recuerdas hace un par de días cuando te propuse esa nueva línea de investigación?

—¿La de dejar los cadáveres al sol para estudiar una posible proliferación bacteriana post-mórtem?

—Exacto, querida, hace un par de días quise volver a proponértelo, pero, ya sabes, no estabas en tu mejor momento y yo y Ure... En fin, querida, lo hicimos, de hecho, yo y la loca de los priones. Llevamos el cuerpo de Marcos y el de tres individuos más a la terraza cubierta que hay en el pabellón D, y allí han estado los cuerpos hasta ahora, bajo el estudio con lupa de un gran equipo, por supuesto.

—Joder, Monty, eso es asqueroso, esos cuerpo deben estar en plena fase de descomposición...

—No, querida, la ciencia y la medicina no tienen nada de asqueroso, de hecho, ya te dije que no hay nada como dejar morir a una persona para que sus malditos huéspedes den la cara. Con el sistema inmune derribado, esos estúpidos microorganimos aceleran su reproducción y su crecimiento porque piensan que la unión hace la fuerza y que van a poder sobrevivir de alguna forma al cadáver que los alberga. Ja. No saben quién es Montgomery Spencer.

—No puedo creerlo Monty, un trabajo excelente, has hecho un trabajo excelente, sin duda alguna.

—No, querida, excelente no, de hecho puede que este sea el mayor descubrimiento de la humanidad, y no he sido yo solo, el mérito también es tuyo, querida.

Karen irradiaba tanta felicidad que hasta las finas y largas arrugas que habían empezado a extenderse desde la comisura de sus ojos y de su boca hacia toda su cara parecían estar desapareciendo.

—¿Y ya sabes qué tipo de bacteria es? ¿Un neumococo? ¿Un estafilococo?

—No, querida, es algo totalmente nuevo, un mal bicho de cuidado que no se parece a casi nada

de lo que hemos visto hasta ahora. No se alimenta como las demás, no vive como las demás, no se reproduce como las demás, de hecho, todavía no sabemos si puede morir, ni tampoco de dónde proviene, es una criatura excepcional, querida, por su forma yo diría que se asemeja a las de la familia de las enterobacteriaceae, una de esas cabronas a las que la OMS llama bacterias de la era post-antibiótica. Esas mamonas chupa sangre que podrían acabar con todos nosotros y que, de hecho, lo están haciendo, querida, lo están haciendo. Pero todavía es pronto para saberlo con certeza, estamos a la espera de que la gran experta dicte su veredicto...

Spencer inclinó su rostro con un amplia sonrisa e hizo un pequeño amago de guiñarle su ojo derecho a Karen, pero justo en el último momento, por suerte, recordó que ella le contó en una ocasión que no soportaba a la clase de hombres que hacían eso y que jamás podría estar con alguien así, eso fue en una noche de celebración, en una noche de alcohol y sinceridad brutal.

—Quiero verla, Monty, quiero verla ahora, deja que me vista y vayamos hacia allí inmediatamente.

—Claro, querida, vístete, que Monty te llevará a ver a ese gusano en cuanto usted desee, señora Schnneider —dijo Montgomery Spencer haciendo una pequeña reverencia con el cuello y con su mano derecha.

Karen se quedó observando durante unos dos o tres incómodos y silenciosos segundos a Monty, a la espera de que naciera de él mismo esa caballerosa discreción de dejar un pequeño espacio de intimidad para que una dama pudiera arreglarse en condiciones. Pero viendo que Monty no dejaba de observarla con una gran sonrisa en su cara mientras le sacaba punta a uno de los cuernos de su bigote manija, se dio la vuelta con una sonrisa, dejó caer la toalla a sus pies y se vistió para el deleite y júbilo del viejo zorro de Monty. Se dijo que en esta ocasión, se tenía más que ganado ese regalo. Disfruta, Monty, que a lo mejor incluso me vuelvo loca y te pido que pases aquí la noche. Pensó Karen mientras se terminaba de poner su fina y cara lencería

—¿En qué tejido la habéis hallado? ¿En el cerebral, verdad? —preguntó Karen justo antes de que las puertas del ascensor se abrieran—. Naomi está totalmente convencida de que la alteración es cerebral, de que ese es el único modo de modificar la conducta humana de esa forma tan severa.

—No, querida, de hecho no se encontraba en ningún tejido interno, la muy canalla estaba en el exterior, en la epidermis, ¿puedes creerlo?, bajo las uñas de las dos manos de nuestro buen amigo Marcos, en todos y cada uno de sus dedos, querida.

—¿Lo dices en serio? ¿Bajo las uñas? ¿En ningún otro sitio?

—No, querida, solo allí, escondidas bajo el tejido ungueal.

—¿Estás seguro de eso, Monty? ¿Habéis mirado bien?

—Querida... te aseguro que hemos escaneado el cuerpo de Marcos de arriba abajo. Empezando por el cerebro y acabando por el colon. Y no hemos encontrado absolutamente nada fuera de lo normal, tan solo la que se esconde detrás de las uñas, de hecho.

Las puertas del ascensor que los llevaría del ático al sótano que unía los diferentes pabellones del instituto de investigación se cerraron y sobre la mente de Karen Schnneider planeó una duda enorme, razonable, desesperante, acerca de la valía de lo que habían encontrado Monty y Naomi en el maltrecho cuerpo de Marcos de Castro. Las bacterias epidérmicas jamás podrían ser las causantes de una alteración del comportamiento y de la conducta como la que había llevado a tantas personas a la muerte por voluntad propia. Pero tendría que esperar a ver qué era exactamente lo que aguardaba bajo los microscopios del laboratorio I-3.

3

Confirmado. Mis peores temores se han confirmado y de qué manera. Lidia Dengra tenía un lío con el padre del Italiano. Así nos lo ha relatado una vecina de toda la vida, Almudena Sosa.

Almudena esa una de esas personas que le confieren a un pueblo una identidad, una imagen, ella es lo que en términos deportivos se diría «un jugador de equipo», los que se tiran toda su vida deportiva en el mismo club aunque más de la mitad de esa vida se la hayan pasado arrastrándose de mala manera por los terrenos de juego.

Su rostro aparece en las fotos de todas las fiestas populares, no se pierde una, sobre todo si dan algo gratis. Se deja ver en el mercado, en los parques, en el supermercado, pequeños comercios locales, juntas vecinales y plenos populares. Siempre cacareando todo lo que le han contado y a su vez sustrayendo información de una manera muy hábil, casi con maestría. Eso es algo que no deja de sorprenderme y de parecerme gracioso, porque todos en el pueblo saben que la señora Sosa es algo así como «la chivata del pueblo», «la alcahueta». Aun así confían en ella y en la información que ella suministra, siempre a cambio de otra información, por supuesto. Es como una especie mercadera de chismes, de historias populares. Cambia unas historias por otras y en su simpática chepa parece guardar el baúl de las miserias humanas de Baladrar.

Todo el mundo conoce a Almudena Sosa, la eterna solterona. Todo el mundo sabe que lo que no quieras que se sepa, no se lo cuentes a Almudena. Pero tarde o temprano, todos tenemos alguna razón para recurrir a ella, como el ex alcohólico que recae y dice, «fue un momento de debilidad, solo uno».

En esta ocasión yo personalmente he tenido que hacerle un breve resumen de lo que ha sido mi vida durante los últimos cinco años y no me cabe la menor duda de que esa información ya debe estar recorriendo todos los rincones de mi adorado pueblo. Sí, ya sé que podría haberle soltado cuatro mentiras para que se callara la boca, pero nunca sabes lo que Almudena sabe realmente, y si eso ocurre, si te pilla tratando de engañarla, se acabó la información para ti, para siempre. En sus ojos he visto que a ella lo que realmente le interesaba era Alexandra, no le quitaba sus grandes ojos de huevo duro de encima, quién era esa chica a la que no había visto en la vida y qué estaba haciendo en Baladrar, su pueblo, su territorio. De la vida de mi hermano parecía estar al tanto, sobre todo cuando ha dicho:

—¿Qué tal, Enrique? ¿Claudia todavía no te deja ver al pequeño Mateo? Espero que a tu hermana le vayan mejor las cosas con Javier, porque la última que los vi la cosa no pintaba nada bien, nada bien.

A mi hermano se le ha quedado cara de haberse tragado una croqueta de pollo hirviendo. A mí se me ha quedado cara de: «¿qué me he perdido aquí?». No tenía ni idea de que Carmina y Javier estuvieran atravesando una crisis, mi hermano no me ha mencionado nada. Luego he recordado que todavía no he podido ver a mi hermana desde que estoy aquí y eso me está empezando a mosquear bastante.

Almudena no solo nos ha asegurado que Lidia y el padre del Italiano jugaban a hacer bebés, sino que mi añorada vecina Lidia también se trajinaba a Raimundo Quiroga, el abuelo de mi amigo el Mapache. Un madurito, como dicen hoy en día, y también el número cuatro en la lista de los doce. Sí, ya sé, ya sé, que eso lo cambia todo. Ahora ya no me cabe la menor duda de que debe de haber algún tipo de conexión sexual entre las víctimas. Demasiadas coincidencias, ¿no? Estoy

convencido de que si seguimos rascando en la memoria del pueblo y empezamos a sacar los trapos sucios, es muy probable que todas y cada una de las víctimas estén íntimamente relacionadas, y no estoy hablando solo de las del verano del miedo, sino también de las actuales.

De todas formas todavía no sabemos qué es lo que se transmite de una persona a otra, pero Alexandra dice que eso es solo cuestión de tiempo, y que Karen dará con ello tarde o temprano. He visto cómo los verdes ojos de Alexandra se iluminaban cuando ha hablado de Karen, realmente siente por ella una gran y profunda admiración. Después de todo, si se confirma la existencia del patógeno infeccioso, tendrá que disculparse ante su mentora porque, obviamente, Karen tendría razón.

También hay algo de lo que no he hablado con Alexandra ni con mi hermano y no sé si ellos han pensado en ello. Tampoco es que yo lo haya hecho muy a menudo en los últimos tiempos, pero no puedo olvidar que yo también fui una potencial víctima de la llamada Epidemia de Verano. Una de las pocas que vive para contarlo, a pesar de que no recuerdo absolutamente nada de lo que pasó, y por tanto no tengo casi nada que contar. Pero el caso es que yo no he tenido relaciones sexuales en bastante tiempo, y bastante tiempo son cinco años aproximadamente, sí, podéis pensar que soy un romántico o un retrasado mental, pero no he tenido relaciones íntimas con ninguna otra mujer desde que Cristina y yo decidimos darnos un tiempo. Así que, si yo estuve infectado y no tuve relaciones sexuales previas, el modo de transmisión no puede ser ese, ¿no? Debe de ser otro, sí, ¿pero cuál? O a lo mejor, tampoco podemos descartar que sí sea ese el modo de transmisión pero no sabemos ni cuándo ni bajo qué condiciones desarrolla uno la enfermedad. Algo así a lo que ocurre con el virus del SIDA, hoy contraes a ese virus del demonio, pero puedes no de desarrollar la enfermedad hasta dentro de muchos años.

Esta maldita epidemia no sé si va a terminar por matarnos a todos de pena antes de que lo haga por su modus operandi habitual, porque cada vez que parece que estamos cerca de encontrar la causa, de conocer el remedio a todo esto, aparece otro nuevo obstáculo en el camino. Me siento como si hubiese una gran fuerza oculta que no quiere que lo solucionemos, que se está empleando a fondo, que está jugando con nosotros y nos despista con falsos señuelos, me pregunto, muy en serio, si en realidad estamos preparados para sobrevivir a esto, ¿lo estamos?

4

—No, por supuesto que no, Monty, ni estamos preparados ni creo que lleguemos a estarlo nunca —dijo Karen con un ligero temblor en el párpado inferior de su ojo izquierdo.

—Querida... me parece que estás sacando las cosas de quicio, no es tan grave como parece... y no voy a permitir que digas que no vamos a superar esta pequeña crisis...

—¿Que no? ¿En serio? Joder, Monty, joder, dijiste que ya lo tenías, que ya lo teníamos, joder, eso fue lo que dijiste —Los ojos de Karen parecían estar a punto de perderse para siempre en la oscuridad que llevaba tiempo cerniéndose sobre ella.

—Sí, querida, de hecho lo teníamos, teníamos algo, ¿pero quién iba a suponer que en esa maldita mina descubriríamos una bacteria que es prácticamente una alienígena y que no tiene nada que ver con la Epidemia de verano? Al menos hemos descubierto algo...

—No me consuela, Monty, no me consuela en absoluto, no es tiempo de descubrimientos ni de curiosidades científicas, es tiempo de parar esto como sea, y estamos igual que al principio, maldita sea.

Las puertas del laboratorio I-3 se abrieron y el largo y delgado cuerpo de Naomi Ure se acercó hasta ellos con una carpeta bajo el brazo y una marcha pendular. Balanceándose ligeramente hacia los lados, ese era el caminar que adoptaba cuando había estado bebiendo. Bebiendo a base de bien, en plan profesional del licor de cereza.

—Doctora Schneider, doctor Spencer, acabo de revisar por tercera vez el tejido cerebral de Marcos de Castro y no he hallado la presencia de proteínas priónicas —La voz de Naomi Ure les llegó titubeante, más gangosa de lo habitual y envuelta en una terrible mezcla de alcohol y caramelo con sabor a menta. Sus ojos parecían que se le fueran a cerrar de un momento a otro y que estuviese realizando un esfuerzo descomunal para mantenerlos abiertos. Cuando Naomi bebía, bebía.

—Lo que imaginaba —dijo Karen muy apagada.—Todavía hay esperanza, doctora

Schnneider, la bacteria hallada por el doctor Spencer aún no sabemos qué es capaz de hacer.

Karen tuvo que separarse con disimulo de la doctora Ure aproximadamente medio metro. La peste a alcohol fermentado que desprendía por su boca le estaba provocando unas desagradables ganas de vomitar.

—Naomi, la bacteria del doctor Spencer no ha sido capaz de sobrevivir en ninguno de los medios de cultivo que le hemos preparado. Sencillamente se alimenta única y exclusivamente de materia inerte, de cosas muertas, por eso solo la hemos encontrado en la epidermis, sobreviviendo a base de carroña y de piel muerta, así que permítame, doctora, que albergue serias dudas acerca de lo que puede o no puede hacer esa «fantástica bacteria» aparte de hacernos perder nuestro valioso tiempo observando su atípica forma de vida.

Naomi y Montgomery se miraron con preocupación y una total convicción acerca de lo que Karen les estaba exponiendo. La intensa investigación que estaban llevando a cabo no había servido para nada, tan solo, siendo muy optimistas, para descartar qué era lo que no estaba matando a la población mundial de esa forma tan cruel y rápida. Ninguno de los tres expertos en medicina infecto-contagiosa se había enfrentado nunca a algo similar, ni ellos ni sus predecesores. La historia estaba repleta de horribles y fulminantes plagas, pero ninguna presentaba los números de la Epidemia de Verano, ninguna se había acercado ni por asomo a una cifra tan alta de víctimas en tan poco tiempo.

La cifra de muertos crecía a un ritmo tan alto que ni tan siquiera eran capaces de llevar a cabo un recuento ni eficaz ni real del número total de finados. Las últimas estimaciones que habían recibido de forma exclusiva en el Instituto, vía fax con procedencia directa de la OMS, era de unos veinte mil muertos en todo el mundo, la mayoría de ellos en Val y España, pero empezando a extenderse en el extranjero. Los entierros se hacían de forma masiva, ni tan siquiera había lugar para llorar a los que ya no estaban como es debido, con respeto. Karen sabía perfectamente que a estas alturas, con ese nivel de propagación y de extensión mundial, aunque diesen con la causa en ese preciso momento, aquello iba a ser muy difícil de parar, las medidas de contención tardaban un tiempo en hacer su efecto y es posible que su tiempo ya hubiese terminado, que tan solo les quedase esperar, esperar a que esa gran ola que llevaban un mes viendo venir, a lo lejos, en el horizonte, terminase por alzarse ante ellos para llevárselos hacia su océano de olvido, de sueño infinito.

—Lo siento, yo me rindo, lo dejo —dijo la doctora Schnneider dejándose caer en el sillón que utilizaba para descansar cuando llevaba horas y horas sin parar de trabajar. Sus piernas ya no podían más.

—¿Lo dejas? ¿De qué estás hablando? ¡No puedes dejarlo! —gritó Spencer en un arrebato de

agresividad que muy pocas veces mostraba.

—¿Ah no? Pues yo creo que sí, Montgomery, de hecho estoy pensando que no voy a mover ni un dedo más, no sé lo que nos puede quedar de vida a todos nosotros, pero desde luego ese tiempo lo quiero vivir, doctor Spencer, vivir, ¿sabes lo que eso significa? Porque yo no, yo hace tiempo que no lo sé.

—Doctora Schneider, creo que su forma de actuar no está siendo la adecuada Todavía nos queda mucho por hacer, podemos lograrlo, juntos, podemos hacerlo —dijo Naomi Ure con los globos oculares totalmente inyectados en sangre.

—No, Naomi, no podemos, mi decisión es firme e irrevocable, siento si os he fallado, pero lo único que ahora quiero es estar con mi hija, y eso es precisamente lo que voy a hacer, vosotros podéis hacer lo que queráis, el Instituto está en vuestras manos, yo me voy.

—Karen... querida, relájate, tómate una noche de descanso, sal a cenar conmigo, emborráchate, diviértete, pero por lo que más quieras, no lo dejes, no ahora, no puedes, no debes, Karen.

La voz de Montgomery se templó, trató de ser cercana, de llegar al centro mismo donde Karen, en su interior, tomaba las decisiones. Pero su decisión era firme, como todas las que tomaba.

—Lo siento, Monty, pero no puedo.

5

—¿No puedes? En serio, Brenda, te creía más fuerte...

Stuart Hicks no aceptaba un no por respuesta. Sus empleados no se iban, nunca, los echaba él.

—Lo siento, Stuart, pero no puedo, quiero volver a casa, con mi familia. Me prometí a mí misma que si llegaba el día en que mi trabajo se convirtiese en algo más importante que mi propia vida, lo dejaría. Lo dejaría todo y volvería a empezar de cero, a mi hogar, y eso es justo lo que me ha ocurrido, Stu, y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Brenda Harris se había pasado toda su vida tratando de ser la mejor en todo, de llegar la primera a la meta, de superar cada uno de sus retos con excelencia, pero cada una de esas victorias había dejado un buen puñado de víctimas a su paso. *Las batallas no se ganan sin un buen baño de sangre, querida*, había dicho su abuelo, el viejo profesor de historia Castor Harris. Y esas víctimas, en el caso de Brenda, eran sus amigas, como Linda Lonegan o Nicole Kurtz, sus compañeras de universidad, como Jessica Moon o Claire Monroe, y también chicos a los que llegó a pensar en ellos como «mi novio». Jason Ford, Oliver Gray o Trevor Bolton, por citar solo a unos cuantos. Su vida no era su trabajo, no era su cuenta bancaria, no era pagar doscientos dólares por unos zapatos o tener diez míseros minutos al mes para hablar con sus padres mientras conducía. Su vida no era nada de eso.

—¿Familia? ¿Lo dices en serio? Vamos, Brenda... la galería Wilson... toneladas de coltán... vagonetas volando a toda velocidad y echando chispas por cada curva de ese maravilloso entramado de vías que hemos creado tú y yo, juntos... sí, eso es, a toda velocidad, como en una montaña rusa, sí eso es, es excelente Brenda, lo que hemos creado...

El tiburon Hicks, sacando su enorme dentadura a relucir, le hablaba a Brenda a unos dos o tres centímetros de su cara, proyectando con sus manos figuras imposibles en un horizonte imaginario. Su bailongo flequillo rubio le caía por el lado derecho de la cara como las hojas de una palmera. Se había desabotonado los dos botones de su americana de cuello en uve. La corbata, como un péndulo, o quién sabe, como la larga lengua de un perro sediento, daba bandazos aquí y allá y no

hacía más que desviar la mirada y con ello la concentración de Brenda. El tiburón siempre usaba corbatas largas y anchas, de colores vivos y llamativos, parecidas a las que usan los payasos del circo. Eso debía servir como «toque personal», como decía su ex educadora particular Carmela Oswald. «Uno siempre tiene que dar su toque personal a las cosas que hace, querido Stuart, de esa forma, esas cosas adquieren una singularidad única, de esa forma, construye uno su propia identidad, querido. Identidad, querido, esa la clave».

Carmela Oswald dejó grandes frases en el frente de ataque de Stuart, que él reproducía constantemente como esa cinta que escuchamos tan solo porque se ha quedado atascada en el reproductor y no podemos cambiarla por otra. Otra de las enseñanzas de Carmela y de la que Stuart se sentía más orgulloso era cómo hacer el nudo de una corbata. Stuart adquirió una gran habilidad con el nudo Windsor, el Eduardo VII, el Victoria, el Asctot o el Mariposa, que era su preferido y el que llevaba en estos momentos, una auténtica maravilla, a su juicio.

Muchas veces Stuart se preguntaba cómo habría sido su vida si Carmela Oswald no hubiese muerto de esa forma tan espantosa y prematura y en lugar de ello hubiese podido terminar la fabulosa educación que le estaba dando. Maldito Jackson, ese gigantesco pastor belga negro se cruzó a propósito entre las piernas de Carmela justo cuando iba a bajar las escaleras de la casa Hicks. Carmela dio tres o cuatro volteretas y al aterrizar se partió el cuello, su postura era tan antinatural que a Stuart, cuando la vio, le recordó a una cruz esvástica. También pudo ver en los ojos de Jackson, cruzando de lado a lado como una estrella fugaz, el brillo de la victoria, y en su boca, por mucho que su padre le dijera que eso no podía ser, una sonrisa como la que nunca antes había visto. Una sonrisa que, literalmente, nacía en una oreja y terminaba justo en la otra. Nunca tuvo ninguna duda de que Jackson, probablemente por un tema de territorios, conservación de su estatus, o tal vez incluso celos puros, había tirado a Carmela a propósito.

—Stuart, de verdad, no me lo pongas más difícil, todo esto me sobrepasa, está muriendo mucha gente y lo que pasó ayer en la mina... fue espantoso, Stuart, espantoso... no puedo, no puedo, de verdad.

—Vamos, mujer, eso no fue nada, la gente muere todos los días. Gente que nace y gente que muere, es así, señorita Harris, así de sencillo. Espera y verás, espera y verás, Brenda, lo que tengo que enseñarte...

—No, Stuart, no, en serio, no quiero que me enseñes nada...

—Mira esto, míralo bien, Brenda, qué te parece, eh, qué te parece, ¿no es excelente? Claro que sí, claro que lo es, tú míralo bien, Brenda, míralo...

El tiburón había sacado el folleto publicitario de una lujosa cabaña frente a una playa paradisíaca. De fondo se veían árboles frutales, una tortuga salía de darse un baño matutino, los primeros rayos del amanecer iluminaban el cielo desde el horizonte hasta donde estaba una hermosa pareja, de espaldas, cogidos de la mano. Ella apoyando con ternura la cabeza sobre el hombro de él, y él sumido en una profunda, larga y eterna inspiración, absorbiendo la felicidad, saboreando la paz en su interior.

—No, Stu... de verdad...

Brenda no se había puesto esa mañana una de esas blusas en las que el último botón peligra. Se había colocado una desenfadada camiseta verde de tirantes de escote cuadrado en la que apenas podía verse el nacimiento de sus pechos. Eso era una muestra más hacia el tiburón Hicks, de que ella ya no trabajaba para él, de que ella ahora tomaba sus propias decisiones.

—¿Te he dicho hoy que estás preciosa? ¿Eh? ¿Te lo he dicho? No pienses que no me he dado cuenta de que hoy no te has puesto la blusa para provocarme, para que me fije en ese par de

maravillas que tan bien escondes ahí debajo.

Stuart, con el flequillo del lado derecho totalmente desarbolado por su frente y mostrando su enorme dentadura se había acercado hasta Brenda. Muy hábilmente se había situado detrás de ella, con una mano sujetaba el folleto publicitario delante de sus ojos, y con la otra trataba de abrirse paso toscamente por la camiseta de Brenda, concretamente a la altura de sus pechos.

—No, te lo digo en serio, Stuart, este juego ha terminado, me marcho —dijo Brenda apartándole las manos al rubio canadiense.

—Espero que sepas lo que haces, querida, porque te aseguro que si te marchas ahora no vas a volver, y olvídate también de finiquitos, cartas de recomendación, o de cobrar el paro, si te vas ahora, te vas sin nada —dijo el tiburón cobrando distancia entre los dos y apuntándola con un dedo.

—Sé lo que hago, Stuart, créeme, lo sé perfectamente.

Brenda salió del despacho de Stuart Hicks y al entrar en el ascensor, rompió a llorar de felicidad.

CAPÍTULO 19

1

En el último comunicado oficial, Jaime Martel, el todavía ministro del interior, ha dado una serie de nuevas recomendaciones sobre cómo se debe afrontar la Epidemia de Verano. No sé si alguien todavía cree en ellas, a mí personalmente me da la impresión de que cada uno ha optado por hacer lo que su corazón le dicta, ya sea hacerse biblicionista, negacionista o extraterrestrial. La cuestión es intentarlo, a la manera de cada cual, pero intentarlo al fin y al cabo. Hasta el final.

Las mascarillas, las gafas de protección, los guantes, o incluso los trajes de aislamiento de cuerpo completo, permanecen como medidas estándar. Hay que aplicarlas siempre que se vaya a entrar en contacto con otra persona de la cual no tengamos ninguna referencia o si esa persona ha estado en contacto con algún afectado por la Epidemia de Verano. En esta ocasión, Jaime, a quien se le veía mucho más cansado y abatido de lo normal, también ha hecho bastante hincapié en la importancia de utilizar el preservativo si se van a mantener relaciones sexuales. Del resto de métodos anticonceptivos no ha hablado, únicamente el preservativo, siempre, sea quien sea la persona con la que se haga. No lo ha querido decir explícitamente, pero ha dejado caer que aquellas mujeres que tuvieran en mente quedarse embarazadas, sería bueno que se fueran olvidando por un tiempo.

Pero sin duda alguna, lo más novedoso ha sido cuando el ministro del interior menos popular de la historia de este país, don Jaime Martel, ha dicho que era muy, muy importante que a partir de ahora la gente debe pasar el menor tiempo posible en solitario. Que es absolutamente necesario que adquiramos plena conciencia del problema y que nos vigilemos unos a otros en todo momento. Evitar permanecer en solitario más tiempo del estrictamente necesario, no ha matizado qué es lo estrictamente necesario, y tener bajo control a todos nuestros familiares, amigos, conocidos y allegados. Martel ha remarcado que es muy importante que aquellas personas que vivan solas busquen un lugar donde quedarse mientras dure la crisis. La cuestión es estar acompañados y estar pendientes de cualquier comportamiento extraño de las personas que tengamos a nuestro lado para frenar cualquier intento de suicidio.

El ministro ha querido tranquilizar a la población diciendo que existen pruebas e indicios suficientes para pensar que aquellas personas que «ya lo han intentado una vez», y que han fracasado, no vuelven a intentarlo más. Es muy probable que eso sea debido a que han desarrollado una inmunidad frente al patógeno. Resulta un poco graciosa la cara de arruga que se le pone cuando dice «patógeno». Se ve a las claras que no tiene ni la menor idea de lo que está hablando, pero al parecer le imprime todo el carácter que se le debe de conferir al malo de la película, al que todos odian, al que todos quieren ver muerto.

También ha vuelto a recordar lo importante que es que todo el mundo mantenga la calma, que continúe llevando la misma vida de siempre, y que es tiempo de que todos nos comportemos como personas civilizadas. Ha dicho que el gobierno de este país no va a perdonar los actos vandálicos, como el saqueo, el robo y «otro tipo de acciones de gente que quiere lucrarse y sacar partido de la delicada situación que está atravesando el estado».

Alexandra, Enrique y yo nos hemos quedado mirándonos con cierto asombro y perplejidad, sin

saber qué coño decir a parte de: «¿alguien quiere otra cerveza?». Lo cierto es que a pesar de estar viviendo en primera persona todo lo que está ocurriendo, cada vez que escuchamos uno de esos comunicados oficiales la sangre se nos hiela. No podemos evitar pensar si no seremos nosotros los próximos.

Alexandra lleva dos días paseándose por casa en bragas tipo culotte y con camisetas de tirantes sin sujetador. Vale que hace calor, mucho calor, y que mi hermano y yo andamos sin camiseta, pero no sé si es lo apropiado, desde luego que los tres somos ya adultos. Y a lo mejor es precisamente por eso por lo que me planteo si esto es normal, si está mal, si es lo correcto, teniendo en cuenta que mi hermano está casado, y yo enamorado. Quiero pensar que es una cuestión de confianza, de cercanía, pero a veces mi hermano pone un cojín sobre su regazo, y a veces también he tenido que hacerlo yo, otras he visto cómo Alexandra apoyaba la piel desnuda de su pierna sobre la mía, en un gesto que parecía inocente, cotidiano, pero lo cierto es que no sé si la inocencia y la cotidianidad tienen cabida cuando se es plenamente consciente de lo que cada gesto significa.

El grito de una mujer pidiendo socorro nos llega desde la calle hasta nuestra pequeña burbuja de estupor. Nos asomamos a la ventana y vemos cómo tres o cuatro jóvenes están metiendo a la fuerza a una mujer en el interior de un coche, antes de que nos dé tiempo siquiera a asimilar lo que acabamos de ver en vivo y en directo, el coche arranca El motor se revoluciona, da dos sonoras e irregulares vueltas sobre sí mismo levantando una pequeña humareda gris oscura, y sale de allí a toda velocidad entre gritos primitivos y bocinazos al claxon.

Nos quedamos petrificados. Nadie ha salido a socorrer a la chica. Imagino que por miedo, o por abatimiento, o porque quizá la mayoría ya estén muertos. Acabamos de ver el secuestro de una mujer en directo y lo peor de todo es que en el fondo, tampoco lo vemos tan extraño. Sigue pareciéndonos algo abominable, pero lo que antes era algo fuera de lo normal, ahora se está acercando peligrosamente a la cotidianeidad. Así de mal están las cosas.

—Me gustaría ir a ver a Cristina —digo mientras me pongo en pie. Hace días que debería haberlo hecho pero por alguna razón, cobardía tal vez, todavía no había encontrado el momento.

Enrique me mira como si supiese que yo iba a decir eso, como si lo estuviese esperando.

—Me parece bien, Guillermo, yo creo que voy a ir a ver a Claudia y a Mateo, hace días que no los veo.

—Claro, dales un beso de mi parte, y diles que tengo ganas de verlos.

—Sí, tranquilo, lo haré, dale recuerdos tú también a Cristina, es una buena chica. —dice mi hermano con un ligero brillo en los ojos. Creo que es nostalgia, de esa que a veces te arranca unas cuantas lágrimas.

—Gracias Enrique.

—Puedo acercarte si quieres —pregunta mi hermano. Es una pregunta extraña, que huele a despedida, de esas que se dan dos adolescentes enamorados al final del mejor verano de sus vidas.

—Vale, ¿no te viene un poco a desmano?

—No pasa nada, para eso están los hermanos, ¿no?

—Claro, te lo agradezco, Enrique.

Los dos nos quedamos mirando a Alexandra. Está sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. No nos mira, pero no me cabe la menor duda de que ha estado escuchando todo lo que acabamos de decir. Ella no tiene a nadie a quién ir a ver, indudablemente, no es de aquí. Ella ha venido aquí sola, a enfrentarse a esto de lo que mi hermano y yo parecemos estar huyendo. Siento

lástima por ella. Está jugueteando con el teléfono móvil. Pero ya hace días que no hay cobertura, ya hace días que los móviles solo funcionan durante unos escasos minutos al día, cuando les da por conectar con las antenas un poco. No sé para qué la verdad, imagino que para que nos entretengamos con algo y no nos volvamos aún más locos. No hay que olvidar que hace tan solo unos días nadie de nosotros podíamos vivir sin un teléfono móvil, ¿eh?

—¿Funciona? —digo mirando a Alexandra. Su cara está parcialmente iluminada por la pantalla LED.

—No, ahora mismo no, es posible que de aquí un rato vuelva la señal.

—¿Quieres acompañarme? —pregunto con pena, esperando un no por respuesta. Ella se da cuenta, Alexandra es una mujer muy inteligente.

—No, Guillermo, no te preocupes, ve a ver a tu novia, yo me quedaré aquí un rato. No sé, tal vez salga a dar una vuelta más tarde —Su voz suena más seca de lo habitual, algo triste y apagada. Cuando ha dicho la palabra «novia» incluso me ha parecido ver cómo apretaba un poco las cejas, cerrando ligeramente los párpados. Ha sido solo un destello, fugaz, pero sin duda alguna con un significado.

—De acuerdo, Alexandra, nos vemos más tarde, ¿vale?

—Claro, Guillermo, más tarde, seguro, luego nos vemos —dice tratando de sonreír, fingiendo sonreír, de hecho.

Salimos de allí Enrique y yo y tengo la sensación de que algo no va bien. De que es posible que no vuelva a ver a Alexandra. El verde de sus ojos parecía haber desaparecido, sus hombros totalmente caídos, su voz y su entusiasmo, una mera sombra de lo que eran. Pienso en el comunicado del bueno del ministro Martel y me hace gracia que mi hermano y yo acabamos de cagarnos en eso de «vigilaos mutuamente», «no estéis solos ni solas más allá del tiempo estrictamente necesario». Acabamos de hacer justo lo contrario y creo que los dos pensamos exactamente lo mismo, ¿importa algo lo que hagamos?

Mi hermano me deja a un par de manzanas de la casa de Cristina, me gustaría dar un paseo antes de enfrentarme a ella y tener tiempo conmigo mismo para pensar en todo lo que ha sido de nosotros, de nuestra vida. Me despido de Enrique y tengo miedo de no volver a verlo nunca más, no sé si eso lo soportaría, como tampoco volveré a ver a mis padres, esto es una puta mierda.

2

—Te lo prometo, Cristina, te prometo que no volveré a casa con ese psicópata nunca más —dijo Vera dejándose abrazar por Cristina, a pesar del dolor en sus costillas, a pesar de la vergüenza de la que ha sido salvajemente humillada, ultrajada.

—Tenías que haberlo dejado hace años, Vera, joder, si nunca hubieras permitido que...

—Déjalo, Cristina, qué importa ya.

—No, Vera, a mí sí me importa, si no te hubiésemos involucrado en esa estúpida búsqueda es posible que nunca hubieses estado con él y ahora nada de esto habría ocurrido.

—Eso no lo sabemos, Cristina, no lo sabemos, lo que está hecho, hecho está, lamentarse no sirve de nada, estamos juntas, ¿no?, a pesar de los años, a pesar de las heridas —dijo Vera con el pómulo izquierdo tan hinchado que le deformaba ligeramente el contorno de la cara, sobre todo cuando trataba de gesticular con fuerza, de imprimir pasión a sus palabras.

Cristina la miró con tristeza, haciendo un gran esfuerzo por no llorar, haciéndolo aún más por

tratar de sonreír. Ahora ya no le cabía ninguna duda de que Vera había estado soportando muchísimos más golpes y humillaciones de las que ella llegó a imaginar. Aguantando en el más absoluto silencio, mintiéndose a ella misma y a todo el mundo.

—Esto es una puta mierda, Vera, una puta mierda.

—Ya lo sé, Cristina, ya lo sé —Los labios de Vera temblaban, parecían estar pidiendo permiso para poder romper a llorar. Las costillas seguían haciéndole un dolor casi insoportable.

—Tenemos que ir a que te vea un médico, Vera, en serio, creo que tienes algo roto.

—¿Ah sí? ¿No me digas? —dijo Vera riendo a pequeños trompicones entre muecas de dolor.

—Qué idiota... en serio, Vera, ¿por qué no dejas que te lleve a que te vea un médico?

—¿Y si está allí? Ángel, me refiero. Lo conozco bien, Cristina, y sé que ahora mismo debe de estar buscándome, y que no va a parar hasta encontrarme.

—¿Por qué? ¿Por qué hace eso?

—Es difícil de entender, ni yo misma lo sé. Hubo un tiempo que hablábamos de ello, incluso llegamos a ir a terapia de parejas. «Ataques de ira pasajeros», lo llamaba la terapeuta. Eso es lo que decía que Ángel tenía, por un problema de desatención en su infancia. Me da la risa cómo en esas terapias tratan de buscarle una explicación lógica a cada uno de los problemas con los que se presenta la gente, como si con eso tuvieran el camino hacia la solución medio recorrido. Y todo porque les falta el valor suficiente para decir que esa, o aquella pareja, no tiene razón de ser. Que no tiene ningún sentido que permanezca unida y que la vida está llena de demasiadas bellas personas como para empeñarse en esposarse a una y destrozar toda tu vida por algo que no existe, que ni tan siquiera ha existido nunca.

—Vaya... debes de haberlo pasado fatal, Vera.

—Sí, y no tengas miedo a decirlo, Cristina, yo tampoco he tenido el valor a plantarle cara de verdad, nunca lo he tenido, pero te aseguro que esto ya ha terminado, la próxima vez que quiera hacerme daño tendrá que matarme, porque te juro que no se lo voy a permitir nunca más.

Los ojos de Cristina parpadeaban bajo la tenue luz amarilla de la habitación. El mundo se estaba terminando y lo único en lo que pensaban era en cómo defenderse de Ángel. Qué ironía. La violencia machista por encima de la Epidemia de Verano. El móvil de Cristina tintineó y las sacó a las dos de la nube.

—¿Eso que he oído es tu móvil? —preguntó Vera.

—Sí, eso parece —contestó Cristina con alegría—, creo que ha vuelto la cobertura, al menos momentáneamente.

Vera rebuscó en el enorme bolso que había traído con ella y sacó su teléfono móvil, pero el suyo seguía sin cobertura. Probó a moverlo arriba y abajo sin obtener ninguna respuesta, una pequeña equis roja superpuesta sobre el indicador de la intensidad de la señal móvil se mantenía imperturbable. Intentó apagar y encender el aparato, pero tampoco apreció ningún cambio.

—¿Algún mensaje interesante? ¿Algo importante? —preguntó Vera con pequeños brotes de ilusión en los ojos. Estar con su amiga de toda la vida, en su habitación, ellas dos solas hablando de sus cosas, hizo que por un momento regresara a la adolescencia, a la infancia, antes de que todo lo feo empezara.

—Qué va, si todavía me están entrando mensajes y avisos de llamadas de hace por lo menos dos semanas. La gente es la hostia, de verdad, tiene colapsada toda la red y así es imposible comunicarse. Si envío algo ahora es posible que ese mensaje no llegue nunca o que lo haga a saber cuándo.

Dos golpecitos en la puerta de la habitación de Cristina hicieron que Vera levantara la mirada

con miedo y que sintiera una palpitación en el pecho. Era tal su nivel de alerta que cualquier sonido no esperado hacía que todo su miedo regresara con fuerza.

—¿Cristina? ¿Puedo entrar?

—¿Ese es Juan? ¿Qué hace aquí?—preguntó Vera con un breve susurro mientras Cristina continuaba absorta en el teléfono móvil.

—Sí, es mi hermano, también ha vuelto a casa —dijo Cristina sin levantar la mirada—, pasa, Juan.

—¡Pero Cristina! ¿Por qué le has dicho que pase? —dijo Vera levantando algo más la voz y tratando de arreglar algo su lamentable aspecto en el escaso tiempo que Juan tardó en abrir la puerta.

Juan hacía unos cuantos días que había dejado de ir a trabajar, la empresa para la que trabajaba les había dado «vacaciones» a todos hasta que la Epidemia de Verano estuviese controlada. Acababa de dejar a su novia Patricia Sala en casa de sus padres, últimamente las cosas no iban demasiado bien entre ellos, tanto como para que ambos, de mutuo acuerdo, prefiriesen pasar estos tiempos tan convulsos cada uno con su propia familia en lugar de juntos.

—¿Vera? —preguntó Juan cuando abrió la puerta del cuarto de su hermana.

—Hola Juan, ¿qué tal?

—¿E-e-estás bien? —Juan se quedó perplejo al ver el rostro desfigurado de Vera.

—Podrías llamar antes de entrar, Juan —intervino Cristina al observar que Vera se estaba agobiando un poco con la situación.

—He llamado...

—No, no lo has hecho...

—No importa, Cristina, déjalo, además, sí ha llamado —dijo Vera.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —La expresión de Juan se tensó al apreciar el rastro de unos nudillos en el bello rostro de Vera. Se notaba que el paso de los años y de los golpes había hecho estragos con ella, pero Juan continuaba viéndola igual de guapa que siempre.

—Nada, Juan, un golpe que me he dado.

—¿Un golpe? ¿Te lo ha hecho Ángel?

—¿Quieres dejarla en paz, Juan? Qué pesado eres, estábamos hablando de cosas de chicas ¿sabes? —dijo Cristina levantándose de la cama y echando de allí a su hermano con tímidos empujones.

—Oye, Cristina, ¿qué estás haciendo?

Vera no pudo evitar que se le escapara una sonrisa al ver la tierna escena familiar.

—Lo que estás viendo, largo de aquí, Juan, además, ¿tú no estabas con Patricia? ¿Qué haces aquí tan pronto? —En la voz de Cristina se notaba que la novia de su hermano no le hacía ni pizca de gracia, en realidad no le había gustado ninguna de las novias que había tenido, pero Patricia le resultaba especialmente insoportable. Esa chica apenas comía, estaba muy delgada para su gusto, tanto como para que, a sus ojos, prácticamente todo el mundo estaba gordo. Se dedicaba a, según ella, «modelar», o dicho de otra forma, a posar como modelo de prendas de ropa para promocionar la apertura de alguna nueva tienda de ropa femenina o de lencería. La idea también era, según ella, servir de inspiración a algún gran diseñador.

—Patricia se ha quedado en su casa, Cristina, ya lo sabes, ¿no puedo pasar?

—No, no puedes, sal de aquí, va, venga, fuera.

Vera no podía parar de reír, le había dado un verdadero ataque de risa y se le estaban saltando las lágrimas, Cristina empujaba a Juan para sacarlo fuera de la habitación y él se resistía

agarrándose del marco de la puerta.

—No me voy.

—Joder, Juan, ¿no sabes lo que es la intimidad femenina? ¿No te lo ha enseñado Patricia?

—Me iré cuando me digáis qué ha pasado.

—Joder con el niñato...

—Déjalo, Cristina, a mí no me importa que esté...

—Pues a mí sí...

Cristina seguía empujando a Juan cogiendo impulso con sus piernas, pero Juan se había cogido bien al marco de madera.

—Un momento, callaos un momento —dijo Juan poniéndose de repente muy serio.

—¿Qué pasa? —dijo Cristina con preocupación.

—¿No habéis oído eso?

—¿El qué? —Cristina se atusó el pelo de la cara. Del forcejeo con su hermano sus mejillas se habían avivado y dos finas líneas de sudor aparecieron bajo sus ojos. No era ni por asomo la chica regordeta que fue durante su infancia, de hecho estaba en plena forma, pero su capacidad para sudar seguía estando por encima de la media.

—¡Esto! —dijo Juan lanzándose con un rápido movimiento hacia el interior del cuarto.

—¡Serás idiota! ¡Juan!

Vera no podía dejar de reír, a sus risas se habían unido las de Juan, que trataba de esconderse detrás de ella mientras Cristina intentaba darle caza.

Los tres acabaron con un ataque de risa sobre la cama del cuarto de Cristina cuando el cansancio se apoderó de ellos. Recordando los viejos tiempos, dejándose embriagar por el dulce recuerdo del pasado, del tiempo en el que sobrevivieron al verano del miedo, a ellos mismos, al paso de los años.

—Creo que hacía años que no me reía tan a gusto —dijo Vera con una sonrisa que parecía haber sofocado por unos instantes el tajo de su pómulo.

—Uf, lo mismo digo, cuánta falta me hacía esto —dijo Cristina con sus blanquecinas mejillas al rojo vivo.

—Sois las mejores, chicas, las dos, las mejores del mundo —dijo Juan cerrando los ojos y dejándose llevar por el momento—. ¿Qué os parece si salimos a dar una vuelta los tres juntos? Como aquel verano en el que estuvimos investigando la muerte de los doce. ¿Qué decís? ¿Os apetece?

3

—No sé si es una buena idea, Rober.

—¿Que no es una buena idea? ¿Y eso quién lo dice? ¿Barry el minero?

Rober era el capataz del nuevo grupo de mineros que habían entrado para explotar la galería Wilson de la Cobriza. A pesar de haber entrado al mismo tiempo que Barry y que otras doscientas personas más, había asumido con mucha rapidez, y exceso de mano dura, los galones que le habían dado. Era casi tan alto como Stuart Hicks, y esa era la razón por la que había sido seleccionado para el puesto de encargado. Según el tiburón, la altura era algo primordial para ejercer un puesto de mando, porque según él, esa cualidad les otorgaba la funcionalidad de «torre de control», poder ver y observar más que los demás, más lejos, a mayor distancia.

—No lo digo yo, Rober, nadie quiere bajar ahí abajo, y ya sabes por qué, sabes de sobra lo que ha pasado y lo que hay allí abajo.

—Me importa una mierda lo que ha pasado, Barry, en primer lugar no deberías ni haber subido sin mi permiso, así que, o bajas ahí abajo y te pones a picar, o te pongo de patitas en la calle y te prometo que no vuelves a trabajar aquí en tu vida y que te vas sin cobrar nada —dijo Rober señalando a Barry con un dedo.

Operario y capataz se encontraban en la galería Woods, bajo el vaivén de un pequeño farolillo de luz amarilla, justo al lado del montacargas que comunicaba la galería Woods con la galería Wilson. Se tardaba entre diez y quince minutos en bajar allí abajo, era el tiempo que duraba el recorrido de dos kilómetros que separaba a la galería Woods de la «garganta del infierno». Apodo que los operarios habían puesto al inmenso agujero que se había abierto en el centro de la galería Wilson después de que se desplomara el suelo sin previo aviso y que desaparecieran por él veinte trabajadores. Allí abajo no se veía absolutamente nada, tan solo el abismo, y según decían todavía no habían podido determinar la profundidad que tenía. Era como asomarse por una ventana al espacio exterior, infinito, en continua expansión. Stuart Hicks había ordenado colocar unas pequeñas cintas de seguridad rodeando el perímetro del gran agujero y continuar con el trabajo.

—No me parece justo que tenga que bajar yo solo, Rober, hace días que no voy a casa, ya lo sabes ¿y los demás? ¿Qué pasa con Rai, con Lucas y con Miki?

—Eso no es tu problema, Barry, tú ves bajando y cuando lleguen te los envío, además, allí todavía están los «vencejos», los «canarios» y los «patos», ellos no se quejan y te aseguro que llevan aquí abajo bastantes más días que tú.

Los operarios de Altered Mines estaban divididos en diferentes grupos de trabajo, y cada uno de ellos había sido bautizado con el nombre de un pájaro. El grupo de trabajo de Barry eran los «pelícanos», y él era el último pelícano que quedaba, los demás se los había tragado el gran agujero de la galería Wilson, por eso había regresado.

—Está bien, Rober, vuelvo abajo —dijo Barry después de meditarlo unos instantes. Le aterrorizaba bajar allí de nuevo, pero pensar en la idea de volver a casa sin haber ganado absolutamente nada le era totalmente inconcebible, ¿qué diría Violeta si lo veía venir con las manos vacías?

—Haces bien, Barry, haces bien, únete a los vencejos hasta que pueda formar un nuevo grupo de pelícanos.

Las puertas del montacargas se cerraron y a Barry se le hizo un nudo en la garganta. Se sentó en el sucio suelo de ese ascensor del infierno y cerró los ojos tratando de serenarse, de centrar sus pensamientos, de hacer uso de su gran cerebro, su gran cerebro.

4

El camino hasta la casa de Cristina es una enorme cuesta anegada por una interminable capa de alquitrán, sucia y pegajosa, que atrapa tus pies, que te obliga a parar para revisar si la suela de tus zapatos sigue en su sitio y aún no se ha despegado, y aún no se ha derretido sobre el asfalto. Creo que nunca antes me he encontrado tan mareado, tan cansado. Justo al final de la calle, sobre esa línea que separa la tierra y el cielo, se ha formado una calima que deforma todo cuanto mis ojos alcanzan a ver. Es como si estuviese viendo el mundo a través de unas de esas gafas de grosor infinito.

La humedad es tan alta que al aire le cuesta moverse, de hecho creo que no se mueve, es pesado, semitransparente, pero sobre todo asfixiante. No es la primera vez que lo pienso, esto no es más que una enorme caldera en la que nos están cocinando a todos a fuego lento, poco a poco, sin que nos demos cuenta. El calor empieza a subir desde abajo, por los pies, extendiéndose por todo nuestro cuerpo hasta alcanzar nuestro corazón, y nuestra cabeza. Pero también está en el ambiente, cuando respiras, cuando abres los ojos, lo notas en las orejas. Nuestra temperatura corporal es tan alta que las células de nuestro interior se han puesto de acuerdo para acabar con nosotros antes de que el sufrimiento sea demasiado grande, demasiado insoportable. Esa debe de ser la única razón del porqué de tanto suicidio, la cuestión es evitar el sufrimiento, ese que te acorrala y que hace que desees no haber nacido. Simplemente nos encontramos ante el fin de la raza humana, nuestro tiempo aquí ha terminado y los más inteligentes ya han salido corriendo. Los menos listos todavía estamos aquí, buscando respuestas, buscando sobrevivir, o tal vez irnos de este mundo en paz, solo después de haber hecho lo último que nos quedaba por hacer.

Lidia Dengra, maldita seas, tú fuiste la primera, tú fuiste quien empezó todo esto, en ti está el inicio del fin de los tiempos. A lo mejor es solo una maldición la que cayó sobre ti, sobre todos nosotros, pero en estos momentos solo pienso en que nada de esto habría pasado si tú no lo hubieses iniciado. Raimundo Quiroga, Noelia Fuentes, Julio Samper, Catalina Viedma, Jacinto el Oso, Nuria Belmonte, Alberto Ruiz, Beatriz Solanas, Graciela Bahamontes. Adiós a todos. Yo estoy a punto de abandonar, de bajarme de aquí.

Una niña que no debe de tener más de nueve o diez años está saltando a la cuerda junto al portal de una finca. Lleva el pelo recogido en dos bonitas trenzas que le nacen justo por encima de las orejas. El vestido que lleva debió ser bonito, cuando estaba nuevo, cuando estaba limpio, ahora está lleno de manchas y de pequeños enganchones. Nuestras miradas se cruzan por un instante, sus ojos están llenos de cansancio, parecen los de una persona mayor, pero aún así continúa saltando. Se tropieza cada dos o tres vueltas de cuerda por encima de la cabeza. Se nota que las fuerzas le flaquean, pero no se le ve ninguna intención de parar, creo que ella va a continuar hasta el final, hasta que su cuerpo diga ya no más.

Llego al final de esa enorme cuesta y me arrepiento de no haberle dicho a Enrique que me dejara junto a su puerta, la de Cristina, porque ahora mismo me noto tan vacío, con tan poca energía, que el deseo, los objetivos y mis anhelos, han desaparecido.

Las calles están desiertas. Los contenedores rebosan basura. Esto apesta. Las alcantarillas desprenden un olor tóxico, a infección, parecen ser los poros por los que esta tierra podrida respira. Una mujer, a lo lejos, tres o cuatro fincas más hacia delante, está sentada sobre el poyete de la terraza, igual que en su día lo estaba mi vecina Lidia Dengra. Imagino lo que va a hacer, lo que se está pensando hacer. Veo que dos o tres personas se han asomado a las ventanas, a los balcones de sus casas, por supuesto llevan puestas sus máscaras, nadie hace nada, nadie dice nada, tan solo observan. A lo lejos escucho la cuerda de la niña de las trenzas tropezar contra el suelo una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Creo que de un momento a otro me voy a caer al suelo, me siento cada vez más mareado, las piernas apenas me responden. Esa mujer que está sentada en el poyete balancea las piernas que le cuelgan por la terraza, como si estuviese en el banco de algún parque, coqueteando con alguien. La persiana de una de las ventanas se cierra de un golpe, no se escucha apenas nada, solo un ligero zumbido, y luego mis propios latidos. Todo está borroso ahora, continúo, pero siento que ya no avanzo, tan solo me tambaleo. Me empiezo a desvanecer, dejo de pensar, dejo de moverme, dejo de escuchar, de sentir, incluso de respirar. Siento que esto es el fin, todo se vuelve negro ahora, oscuridad.

Oscuridad.

5

Karen Schneider se había tenido que desviar varias veces del camino hacia Baladrar. Las carreteras principales habían sido cortadas por la policía para evitar el tránsito de vehículos y una posible propagación del virus. El navegador GPS de su Volvo no funcionaba y se guiaba por medio de las señales de tráfico y un viejo mapa de la ciudad en la que no estaban dibujadas las carreteras secundarias. El paisaje era desolador.

Se encontraba atravesando el centro de Saguín, la población que se encontraba justo al lado de Baladrar. Las calles estaban prácticamente vacías. Una furgoneta había chocado contra la pared de una casa y todavía humeaba. Dos jóvenes con una mascarilla de protección puesta estaban desmantelando una licorería. Se quedaron mirándola unos instantes, Karen aceleró un poco y los perdió de vista antes de que ese germen de idea malévola que vio en sus ojos creciera hasta abalanzarse sobre ella como una manada de hienas hambrientas. Tres ancianas estaban sentadas en la acera, junto al portal de una casa. No hacían nada aparte de observar a la forastera con su elegante coche negro metalizado.

Al dejar Saguín, soltó un pequeño suspiro de alivio y enfiló la pequeña carretera que la llevaría, si no había más imprevistos, hasta su destino, hasta su hija. Se cruzó con un coche familiar lleno de trastos hasta arriba. Una niña, desde la ventanilla de atrás, la saludó con la mano, le recordó a su hija, últimamente todo lo hacía. Se preguntó a dónde irían, qué sería de ellos cuando llegara la noche, cuando la Epidemia de Verano los alcanzara, porque no le cabía ninguna duda de que lo haría, tarde o temprano.

Bajó las ventanillas de su coche y apagó el aire acondicionado. Sacó un brazo y aceleró a fondo. Cerró los ojos y enfiló esa recta a toda velocidad. Una carretera que un día cualquiera estaría atestada por un tráfico inhumano, pero ese día no era un día cualquiera, estaba vacía, como casi todas las demás. Pasó de tercera a quinta directamente y de cero a ciento veinte en unos quince segundos, cuando todo está perdido, nada malo te puede pasar.

Al pasar junto a una señal que decía «Bienvenidos a Baladrar», disminuyó la velocidad y se detuvo frente al primer local que vio abierto. En un rótulo medio descolorido por el sol y con los colores oficiales de la Coca-Cola, antes rojos y ahora rosas, podía leerse perfectamente, «Bar Rte. Lauria; tapas y platos combinados».

6

Dani Rojo y Toni «Cuba» Gans habían hecho una compra tan abundante que hasta tuvieron que guardar gran parte de los alimentos y resto de productos adquiridos en las cómodas y armarios reservados para la ropa. La compra había sido más que productiva, mucho más que eficiente, les había salido totalmente gratis. «Cortesía de ComTown, amigos», fue lo que les dijo Puerto Rico cuando se cruzaron con él al entrar al hipermercado. Puerto Rico, Rico para los amigos, y Johnny V, eran como la versión macarra de ellos dos, lo que en cine habría sido las escenas censuradas de una película ya de por sí salvaje. Eran unos años mayor que ellos y con unas ideas sobre lo que está permitido o no hacer bastante distinta a lo que marcaba la ley.

Habían maniatado al vigilante de seguridad y a tres de las cajeras, el resto del personal se habían encerrado por «voluntad propia» en el cuarto de descanso de los empleados, y el hipermercado había pasado a ser un «sírvase usted mismo». Dani y Toni no fueron los únicos que llenaron el carro gratis aquella tarde. Gustavo Buendía, de cincuenta y ocho años, diplomado en música antigua y padre de cuatro preciosas hijas, y hasta ese día uno de los hombres más honrados de Baladrar, llenó dos carros de latas de conserva, cerveza de importación, comida «buena» para sus tres gatos y un montón de guarradas tipo huesitos, donuts, papas y demás productos de comida chatarra para, según él, «tener contentas a las reinas de la casa». Esther Planells y Sergio Ribera se sintieron aquel día como Bonny y Clide, una pareja de auténticos forajidos revelándose contra la ley, contra el mundo civilizado. Llenaron un carro pero también hicieron un buen destrozo reventando botellas de licor barato contra la sección de perfumería, la fiesta duró hasta que Rico se acercó a ellos y les paró los pies diciendo, «si no lo veis a llevar no romperlo, cojones, esto es del pueblo, de´tos´nosotros´bebida´gratis´güena´pa´la´peña´nos´vuelva´ver´tirando´rompiendo ´malgastando´¿queda´claro?». Clarísimo. Rico hablaba un idioma propio, apenas se le entendía, pero al mismo tiempo se le "entendía" perfectamente.

Rico y Uve imponían respeto, la gente les tenía algo de miedo. Puerto Rico era el que solía llevar la iniciativa y Johnny el que todo le parecía bien, hasta tirar una lavadora balcón abajo para no tener que bajarla por las escaleras. Todo el mundo sabía en Baladrar que se dedicaban a la compra venta de tabaco, tabaco ilegal para ser más exactos. Nadie tenía ni idea de dónde traían la mercancía. Al principio, cuando la gente preguntaba, Rico respondía que de Canarias, que allí no se pagaban los mismos impuestos y por eso salía más económico. Tiempo después, cuando «el Soplete» vino de las islas diciendo que eso era mentira, que él había estado allí y el tabaco valía solo un poco menos, entonces Rico empezó a decir que lo traían de Gibraltar. Hubo más posibles destinos, como Marruecos, Andalucía o China, pero la realidad es que nadie a parte de ellos dos sabía de dónde demonios venía ese tabaco tan barato que sabía a «plutonio», llevaba «mierda de conejo» y que era «insano», probablemente «cancerígeno». «¿Qué hacéis fumando eso? ¿Qué pasa con lo Chester, los Wins o los Marlo? ¿Por qué no fumáis de una puta vez cigarros sanos?» Fue lo que pregonó en una ocasión «el Mocarro» viendo lo bien que le iba el negocio a Rico y a Uve. La marca que trataban de imitar esos paquetes no estaba serigrafiada en la cajetilla, sino pintada, el Soplete dijo en una ocasión que incluso se le había derretido la tinta en el bolsillo del pantalón y que a él le había tocado un paquete que tenía las boquillas como chupadas. «Si no os gusta no compréis, cojones, Rico no obliga a nadie, Rico vende tabaco´güeno´sano´barato´auntentico ´robao». Cuando Puerto Rico se enfadaba se ponía a la defensiva y sus frases se convertían en una mera sucesión de palabras inconexas que todo hay que decirlo, solían disuadir a los insurrectos.

A pesar de la experiencia en ComTown, Dani Rojo y Cuba continuaban sin hablarse, pero al menos se ponían de acuerdo con la mirada. Con las acciones que cada uno hacía, sobraba. Si Dani ponía la mesa, Toni la recogía. Si Toni buscaba en el televisor si en el algún canal estaban dando alguna noticia interesante, Dani se sentaba a su lado, en silencio, compartiendo ese momento. Se comportaban como ese matrimonio qué ha discutido pero que los dos están deseando arreglarlo y se pasan las horas o los días previos a la reconciliación tratando de agradar al otro, haciendo esos esfuerzos que no hacen habitualmente. Ay que ver lo que uno es capaz de hacer cuando quiere algo, cuando necesita algo.

Para aliviar más la presión entre los dos, Dani, por iniciativa propia, había desatado a la mujer que tenían secuestrada desde hacía ya una semana y la había metido en la ducha para que se lavara ella misma. Ahora descansaba vestida con una ropa de hombre que le quedaba enorme en un

rincón del salón, sin amordazar, aturdida, recuperando energías con un bol de cereales remojados en batido de fresa, cortesía de ComTown. A Cuba ese gesto le gustó, le hizo pensar que quizá Dani no tenía tanta maldad dentro después de todo, que tal vez, atravesar con él el umbral del infierno tampoco era tan mala idea. Estaban juntos, siempre lo habían estado, siempre lo estarían, ahora lo sabía con certeza, hasta la muerte. Pero todavía no había encontrado ese momento en el que romper el silencio, eso llevaba tiempo, así que escogió esperar. Porque esperar es siempre el mejor momento y porque el momento idóneo llega cuando menos te lo esperas, eso lo sabía él y lo sabían todos.

7

Violeta había visitado tres de los diez destinos que tenía marcados con un círculo rojo en el mapa de Baladrar. Intentó darle vueltas al mapa, mirarlo al revés, estirando los brazos al sol para observar si se dibujaba alguna extraña figura como por arte de magia, como se hace con una radiografía cuando alguien tuerce un poco el labio, ladea una ceja y te dice, dame, a ver si se ve algo, y te deja a ti a la altura de las cucarachas. Con un lápiz había trazado diferentes tipos de conexiones entre los puntos rojos. A veces, en las series de televisión y en los libros de aventuras, alguien descubría que esos puntos eran en realidad las puntas de una estrella hebrea, o judía, o incluso celta, y en el centro de la misma era donde se encontraba alguna especie de santuario secreto que era la base del mal, el lugar desde donde emergía toda la enfermedad. Pero nada de eso encontró en ese mapa. Los puntos eran solo puntos, nada más.

La visita a casa de Lidia Dengra, el caso cero como lo llamaban en aquel documental de ámbito local que tanto revuelo causó, «el verano del miedo», le había dejado un buen puñado de pistas que anotar en su cuaderno de bitácora. Matías, el abuelo de Lidia, le había dicho que no era la primera persona que pasaba por allí haciendo las mismas preguntas, que habían pasado hacía «muy muy poquito» otras personas de las que apenas pudo decirle nada. Violeta escuchó al viejo Matías, lo que quiso contarle sobre su nieta y los continuos escupitajos sanguinolentos que el antiguo minero había estado arrancando desde lo más profundo de sus pulmones hasta un tiñoso pañuelo de tela. Menos mal que estaba protegida con las gafas y la mascarilla, porque cada vez que el viejo sepultaba un pedazo de moco en el dobladillo del pañuelo a ella le volvían las taquicardias.

Violeta subrayó dos de las cinco anotaciones que había escrito en su libreta antes de visitar el siguiente punto rojo:

1. «Lidia acababa de ser abandonada por su novio, él se había ido con otra, estaría triste, muy triste, había sido despechada. Comprobar si había sido humillada recientemente, si había tenido algún aborto o incluso si estaba embarazada cuando se tiró, muchas chicas de su edad atraviesan momentos de oscuridad total cuando descubren que están solas en este mundo»

Violeta sumergió la cabeza en un su particular pozo de tristeza y negrura antes de pasar al siguiente punto importante.

2. «Lidia no era una joven como las demás. En las paredes de su cuarto todavía hay pósteres de grupos del metal que podrían estar relacionados con algún colectivo pagano. Quizá era una gótica o algo parecido, de las que llevaban anillos con calaveras, las uñas y los labios pintados de negro y botas de cuero de caña alta. Pero por aquel entonces esa tribu urbana apenas se conocía y menos en un pueblo como Baladrar.

Importante: Investigar tribus góticas en Baladrar y en Val a principios de los años noventa».

3. «Lidia adoraba los minerales, la naturaleza, tanto como para tener en el centro de su cuarto un gran pedrusco negro plateado de coltán, según Matías, piedra extraída directamente de La Cobriza.

Investigar procedencia exacta de la piedra y si podría tener algún significado a parte del sentimental».

4. «Lidia era una fanática de la tecnología, igual que su padre. Se había matriculado en la carrera de informática y tenía escondido en su armario uno de esos antiguos teléfonos móviles que necesitaban estar constantemente conectados a una batería del tamaño de un brick de leche y también un viejo ordenador de los que cargaban los programas a través de un radiocasete.

Comprobar si utilizaba ese teléfono para comunicarse con alguien en particular o si tenía algún otro uso que ella desconocía».

5. «El padre de Lidia, según Matías, se dedicaba a la instalación de torres eléctricas de alta tensión y de telecomunicaciones.

Tratar de establecer contacto con los padres de Lidia o con algún otro pariente cercano».

La siguiente parada fue la casa en la que vivió la pareja que murió tras saltar a las vías del tren. Los números dos y tres en la lista; Rocío Briz y Fabricio Laíz Bassuro. Según contaban en el documental, oficialmente Rocío y Fabricio se habían caído a las vías del tren, pero varios de los testigos entrevistados afirmaban haber visto perfectamente cómo saltaban de forma premeditada. La casa donde habían vivido tardó en venderse, y durante un tiempo se hablo de leyendas. Se habló de fantasmas que danzaban a la luz de la luna, de espíritus malos, de muertos vivientes. En la actualidad la casa era propiedad de F. Castillo y J.R. Lasa, al menos eso era lo que ponía en el trozo de aluminio azul que había sobre el timbre de la puerta siete. Violeta insistió unas cuantas veces hasta que la vecina del piso de arriba asomó la cabeza por la ventana y gritó: «¡No están! ¡Se fueron! ¡¿No ves que no están?! ¡Se fueron!». Después de eso la vecina volvió a esconder la cabeza como el muñeco de los sustos de una atracción de feria, y Violeta se quedó medio pasmada sin haber tenido tiempo siquiera de contestar, ni de preguntar. Pensó durante unos segundos qué hacer y al final decidió que lo mejor sería visitar su próximo destino.

Raimundo Quiroga era el siguiente en la lista, el número cuatro. Era abuelo de una tal Laura Millet. Estrelló su coche contra un árbol, un nogal para ser más exactos, en el que días después se colgaría con una soga Julio Samper, el enterrador del pueblo. El «árbol de la muerte», apodo acuñado por la misma Violeta, fue talado días después de estos dos «incidentes» por Manila. Manila era un inmigrante Filipino que llevaba viviendo en Baladrar desde que casi todo el mundo tenía uso de razón y que apenas sabía hablar el castellano. Ni tan siquiera sabía pronunciar bien su nombre, por eso todo el mundo lo llamaba Manila. Hasta él mismo se hacía llamar Manila, que era la capital de Filipinas, o «Filipas», como decía el propio Manila. Manila era un empleado del pueblo al que se le encargaban todo tipo de trabajos manuales, desde talar un árbol a hachazos hasta dirigir el tráfico un día de lluvia. «Manila corta árbol grande con sierra. Con hacha. Solo Manila corta árbol malo. Árbol no bueno, árbol malo malo malo, Manila corta solo. Hacha. Sierra. Manila no sabe. Solo corta. Solo hace lo que él dice. Corta árbol malo. Manila». Esas fueron las pocas palabras que Manila decía en la entrevista que le hicieron para el documental. Se las habían hecho en una especie de callejón, entre sombras, la cámara no dejaba de moverse y en algunos de los planos el objetivo se acercaba mucho a los ojos de córnea amarilla de Manila. Entrevistador y entrevistado parecían estar huyendo de algo, Manila daba la impresión de estar asustado y tener mucha prisa. «Manila marchar ya. Manila miedo. Salvar Manila». Según se

afirmaba en el documental, oficialmente habían dicho que Raimundo había muerto porque se había quedado dormido al volante tras sufrir una especie de derrame cerebral, pero la realidad era que la autopsia no reveló nada de eso. No había sufrido ningún daño previo, el informe del perito policial dejaba en el aire la causa de la muerte y en la carpeta azul añil que se mostraba en el viejo vídeo estaba escrito en letras grandes: ¿SUICIDIO?, seguido de: CONFIDENCIAL.

Obviamente esta parte del documental dolió mucho, ponía en jaque a la policía, al equipo médico encargado de realizar la autopsia y a la información facilitada por los medios de comunicación, que naturalmente desmintieron semejante información y acusaron al realizador del vídeo de delitos de difamación, contra el honor de los difuntos y contra la propia imagen.

Violeta se dirigió a casa de la tal Laura Millet, cuya dirección la había averiguado ella solita. Baladrar no dejaba de ser un pueblo, y cierta información podía ser accesible para todo el mundo a poco que se hiciesen unas cuantas preguntas. Violeta se sentía muy orgullosa de sí misma por los avances que estaba realizando sin la ayuda de nadie. Empezó a sentir un cosquilleo interno que la llevó a pensar que ella era realmente la elegida para parar todo aquello, que ese era su destino. Su camino. Destinada a enfrentarse a esa fuerza maligna, de origen extraterrestre, de origen pagano, cuya única intención era acabar con la raza humana.

Al llegar allí le abrió la puerta una mujer de entre sesenta y setenta años. Pelo cano, algo encorvada, entrada en carnes, enormes bolsas bajo los párpados y las uñas de los pies engrosadas y amarillentas como un trozo de corteza de cerdo. Violeta era una fanática de los pies, del calzado, de todo lo que estaba en contacto con el suelo y servía para desplazarse.

Esa mujer dijo llamarse Tulsa Quiroga y ser la hija de Raimundo Quiroga y madre de Laura Millet.

—Pues no, no está mi hija, qué quieres.

—Hablar.

—¿Hablar? ¿Por qué no te quitas esa máscara y esas gafas, chiquilla?

—Me protegen.

—¿Te protegen? ¿De qué?

—Señora, de la Epidemia de Verano, ¿de qué si no?

—¿De la Epidemia de Verano? Eso es una estupidez, no existe ninguna epidemia, estamos siendo asesinados por el gobierno, idiota, por nuestro querido y gran gobierno de hijos de puta —Tulsa, con la alteración, levantó el brazo con el que mantenía cerrada la bata de andar por casa y dejó ver el principio de dos enormes pechos caídos, no llevaba nada debajo. Violeta, al ver aquello, volvió a fijar la mirada en las cortezas de cerdo de sus pies.

—Ya, puede que tenga razón, Tulsa, pero el caso es que me preguntaba si la muerte de su padre pudo estar relacionada de algún modo con las muertes que están habiendo ahora, ya sabe, el mismo *modus operandi*—Violeta intentó sacar a relucir una expresión de complicidad, de conexión especial entre mujeres. Pero entre la mascarilla y las gafas de protección apenas se hubiera podido distinguir si estaba riendo, llorando, era hombre o mujer.

—¿*Modus operandi*? ¿Muerte de mi padre? Mira, chiquilla, no sé quién eres ni lo que quieres, pero te aconsejo que no sigas por ahí...

—Quiero ayudar, nada más.

—¿Ayudar?

—Sí, ayudar a detener esto de una vez, a que todas estas muertes acaben.

—¿Acaben?

Joder con la vieja loca. Pensó Violeta, que se estaba empezando a poner nerviosa de tanto

escuchar cómo Tulsa repetía cada una de sus palabras.

—Sí, acabar con todo esto, Tulsa, y creo que su padre y el resto de personas que murió aquel verano de mil novecientos noventa lo hicieron por la misma causa, la misma que está matando ahora a casi todo el mundo.

—¿La misma causa? ¿A casi todo el mundo? —Los ojos de Tulsa se habían ido hinchando y ahora parecían dos pelotas de golf—. Mi padre murió en un accidente de tráfico, chiquilla, y fue una enorme desgracia para toda la familia, incluida mi hija Laura, que en paz descanse —Tulsa se santiguó mirando al cielo en un gesto tan rápido como carente de simbolismo y mucho menos de significado—. No sé por qué volvéis siempre con la misma mierda, una y otra vez, una y otra vez, ¿qué se supone que queréis saber? ¿Eh? ¿Que mi padre se acostaba con la zorra bruja del pueblo? Pues sí, lo hacía, ¿y quieres saber lo que pienso, chiquilla? Que esa puta y los demás, incluido el tontorrón de mi padre, tuvieron lo que se merecieron, y que si no murió más gente fue solo porque aquel verano se fueron todos los que estaban en el ajo.

—¿En el ajo? ¿Zorra bruja del pueblo? ¿Se puede saber de qué está hablando, Tulsa? —Ahora fue Violeta la que repitió las palabras de Tulsa. No esperaba semejante respuesta de la vieja loca exhibicionista.

—Lo que has oído, chiquilla, esa zorra rubia era una maldita bruja, y no te hagas la tonta conmigo porque sabes perfectamente a quién me refiero y a qué se dedicaba. La muy cochina los tenía medio embobados y suya fue la culpa de lo que pasó. Los tenía embrujados y cuando ella se mató se desató la locura, los remordimientos, lo hizo a propósito, ¿sabes, chiquilla? A propósito. Seré vieja, pero no idiota. Sé perfectamente lo que hacían, todos ellos estuvieron jugando con fuego hasta que el fuego acabó abrazándolos entre sus brasas.

—¿Entre sus brasas? ¿De qué fuego está hablando, Tulsa? Por favor, ¿podría empezar por el principio? Le prometo que no sé de qué me está hablando, esa chica rubia, ¿se refiere a Lidia Dengra? ¿La chica que saltó desde la terraza de un quinto piso? ¿La primera del verano del miedo?

Los arrugados párpados de Tulsa se apretaron contra sus ojos, parecían estar a punto de soltar un escupitajo de bilis. Uno de sus brazos lo tenía apoyado en el marco de la puerta, parecía estar sujetándola, con el otro apuntó a Violeta con un dedo turbio y deformado. La bata se abrió de nuevo, los pechos se irguieron levemente, una gota de sudor caía entre ellos, cuatro gruesos y blancos pelos señalaron el inicio del pubis, eso sí, protegido por unas viejas bragas-faja color carne.

—Tú... eres como todos ellos... tú... sé lo que quieres, a qué has venido, ¿quieres llevarme? ¿Quieres llevarme con ellos, maldita zorra? Sí, tú... sé quién eres, a qué has venido, ¿quieres llevarme a mí también? ¿Quieres llevarme con ellos?

El dedo acusador de Tulsa había empezado a temblar, sus pechos parecían estar a punto de caerse al suelo y algo de babilla se había acumulado alrededor de sus labios. Si no estaba a punto de sufrir un ataque es que estaba a punto de atacar.

Joder con la vieja loca. Pensó de nuevo Violeta.

—Tulsa, cálmese, por favor, no sé quién cree que soy, pero le aseguro que solo quiero ayudar, saber qué fue lo que le pasó a su padre y al resto de personas que murieron aquel verano.

—No, jovencita, tú no quieres nada de eso, tú solo quieres lo que querían todos ellos, solo quieres vivir como lo hacían ellos. Eres una bruja, como la zorra esa de Lidia. Una bruja que ha venido a maldecirnos a todos nosotros con el pecado, con tu magia negra, ¿pues sabes que te digo? Espera y verás, jovencita, espera y verás lo que tengo preparado para ti, maldita bruja.

Tulsa cerró la puerta de un manotazo y Violeta no esperó a ver qué era eso que tenía preparado para ella. Desapareció de allí con el corazón apretando sus tuercas y con la sensación de que estaba acercándose a algo importante, de que estaba sobre la pista correcta. Su próximo destino era Noelia Santos, la número cinco, la que la llevaría directamente al barrio de los cobrizos, a su hogar.

CAPÍTULO 20

1

Montgomery Spencer atravesó el laboratorio I-3 como un tornado. Lo único que le importaba ahora era el papel que llevaba en la mano. Los resultados definitivos. ¿Cómo podían haber estado tan ciegos? ¿Su propio ego tal vez? Acostumbrados a hacer lo imposible, a casi tener que inventarse la evolución, los porqués de la ciencia, no se les pasó por la cabeza a ninguno de ellos que la respuesta correcta pudiera estar tan cerca, tan a mano. La respuesta más sencilla suele ser la correcta, eso es verdad, pero también suele ser la más difícil de ver. Eso no es que sea verdad, es que de eso nadie duda.

Desde que Karen se había largado, Montgomery no había dejado ni un solo segundo de trabajar, de buscar. Apenas se sostenía en pie, su bigote manija ya no ofrecía el mismo dibujo delimitado de siempre, su pelo a secador ahora le caía por toda la frente y la camisa hecha a medida de cuello americano la llevaba por fuera del pantalón y llena de manchas de café. Necesitaba que alguien confirmara su hallazgo, alguien que ratificara que estaba en lo correcto y que no se había vuelto completamente loco.

Entró en las dependencias privadas que Karen había cedido a Naomi Ure sin molestarse en llamar a la puerta.

—¡Naomi! ¡Lo tenemos! ¡Lo he conseguido!

El doctor Spencer voló hacia el dormitorio, la cama donde Ure debía dormir la mona estaba deshecha y las puertas del armario abiertas de par en par. Tropezó con algo y al mirar al suelo vio un bonito conjunto de lencería fina color ocre. Alzó la vista y sobre la cama había otro conjunto parecido pero de color verde pistacho. Para rematar, de la lámpara de la mesita de noche colgaba un body de seda color burdeos. Monty sentía una gran debilidad por la ropa interior femenina y su imaginación empezó a navegar por aguas turbulentas, pero decidió continuar buscándola antes que zambullirse de lleno en los mares del deseo, la lujuria y el desenfreno. Naomi no era su tipo, su tipo era Karen, además que la doctora Ure era una alcohólica en potencia y eso lo echaba mucho para atrás, pero... ¿y si resultaba que al final Naomi y él...?

No. Monty. No.

—¡Naomi! ¡Tienes que ver esto, querida! ¡De hecho, lo tenemos, querida!

La boca de Monty era una mueca constante en la que se daban encuentro algo de cansancio, algo de alegría, y un ligero aire a psicópata latente que lleva años esperando a que alguien lo despierte para que saque su hacha a pasear. Tiró de la puerta del baño, escuchó el agua correr tras la mampara de la ducha, al cuerno con la intimidad doctora Ure. Desplegó la mampara en un acto reflejo con la esperanza de tropezarse con un cuerpo desnudo de mujer, su segunda mayor debilidad después de la lencería fina. Pero allí no había nadie, tan solo una pastilla de jabón consumiéndose bajo la cascada de agua iluminada por unas suaves lucecitas azules de neón. A Monty se le torció ligeramente la ceja derecha y el bigote manija le empezó a picar.

—¡¿Naomi?! ¡Doctora Ure, por el amor de Dios, déjese de jueguecitos y salga de una vez! ¡Esto es importante! ¡¿Dónde demonios se ha metido?!

Spencer pasó por delante de lo que identificó como «zona de confort» de las dependencias de

la doctora Ure. Dos pequeños sillones de piel, una mesa de centro de cristal templado y un moderno mueblebar con su puerta de apertura vertical desplegada y adornada con una bonita colección de botellas alcohólicas de diversos tipos vacías. Naomi se había estado empleado a fondo. De eso no cabía ninguna duda.

Los pasos de Spencer se volvieron lentos, cautelosos, vio la puerta del pequeño balcón abierta y las cortinas de color blanco y bordados ornamentales se movieron tímidamente en un balanceo casi pasional. Pocas cosas hay tan sugerentes y simbólicas como ver el contoneo de una cortina mecerse al son de una tórrida noche de verano.

—¿Naomi! ¿Estás ahí fuera?

Spencer se deslizó entre esas lujosas cortinas y salió al exterior. Su sangre se heló por completo a pesar de que su corazón había empezado a latir con fiereza. Naomi estaba sentada en el pequeño murete de arte moderno y rematado en pizarra que delimitada el balcón. Tenía una copa en la mano y parecía estar esperándolo.

—¿Naomi? Por Dios, baja de ahí ahora mismo, ¿has estado bebiendo, verdad?

Naomi sonrió desde la lejanía, algo así como el que sonríe al contemplar aquella bonita foto de la infancia en la que jamás hubiésemos pensado cuando nos la hicieron que allí quedaría atrapada para siempre nuestra inocencia, el elixir de nuestra vida. Percibió algo de miedo en la voz del doctor Montgomery Spencer y eso hizo que su rictus se afeara algo más de lo normal. Naomi siempre supo convivir con lo que ella llamaba «su dolor», pero jamás soportó el sufrimiento ajeno.

—¿Quieres subir, Montgomery? No pasa nada, ven, sube, no pasa nada, estamos solo Montgomery, tu y yo, no pasa nada, ven, sube.

La voz de Naomi era dulce, cálida, acogedora. Parecía feliz, más que feliz, parecería haber encontrado la paz. Llevaba puesto un picardías negro semitransparente que dejaba entrever perfectamente sus menudos pechos y la diminuta braguita negra que llevaba debajo. Su blanca piel resplandecía bajo la luz de la luna. Estaba descalza y tanto las uñas de sus pies como las de sus manos las llevaba pintadas de un rojo intenso.

¿Por qué esto ahora, Naomi? Las mujeres tan delgadas no eran su tipo, pero esa extraña delgadez, tan corrupta, tan al borde de ese precipicio, físico y mortal, ahí, frente a él, justo ante él, de pronto le pareció atractiva, de pronto le pareció irresistible.

—Naomi, lo tengo, lo he encontrado, la solución, baja y deja que te lo enseñe y te prometo que después beberemos juntos hasta el amanecer. Juntos. Tú y yo, Naomi —Los ojos de Spencer brillaban, resplandecían, los de Naomi, no.

—¿Tienes miedo, Montgomery? No tengas miedo Monty, ven, sube, no tienes por qué tener miedo Monty, ya no, nunca más.

—Por favor, Naomi, baja de ahí, querida, baja de ahí —La voz de Monty no pudo disimular la súplica, el miedo, el verdadero y auténtico miedo a ver la muerte tan de cerca.

—No pasa nada, Monty...

—Naomi, no lo hagas, he encontrado la solución, ¿no te das cuenta? Creo que estás infectada, pero te prometo que pasará si me das ahora mismo la mano. Todo se arreglará, te lo prometo, pero tienes que darme ahora mismo la mano…

Montgomery se había acercado poco a poco a Naomi, que lo miraba con esa extraña tranquilidad. Su cuerpo desprendía paz, sus ojos eran dos oscuros y profundos agujeros negros que apenas reflejaban nada sobre ellos.

—Monty, no tengas miedo, no pasa nada, de verdad, el miedo no significa nada...

—Naomi, por favor... por favor...

Spencer tenía el flequillo completamente pegado a la frente. Los pies de Naomi se balanceaban con gracia. Monty estiró una mano, casi podía tocarla, pero no quería asustarla, quería ir con cuidado. Naomi apuró la copa de vino de un trago y la dejó sobre el murete de piedra del balcón con delicadeza. Sus pies seguían con su balanceo constante, indecisos, quizá como los de la que está a punto de armarse de valor y lanzarse hacia su último baile.

—Lo siento, Monty, pero me tengo que ir ya...

El rostro de Naomi Ure se tensó de repente, sus facciones se endurecieron, sus ojos recobraron parte de su brillo natural, y sus pies y manos parecieron aferrarse con fuerza a la piedra de pizarra del pequeño muro del balcón. Tensó sus muñecas y antebrazos, apretó la mandíbula, y se impulsó con fuerza hacia atrás como hacen los buzos cuando se sumergen en alta mar. Los ojos de Montgomery se abrieron como los de un niño en su primera película en el cine. Naomi acaba de saltar desde el ático del Instituto Schnneider delante de sus propias narices y él parecía estar en una especie de trance del que le costó varios segundos salir y ser consciente de lo que acababa de suceder. Ese tiempo, tal vez, fue el suficiente para evitar ver con sus propios ojos el terrible impacto de la doctora Ure sobre el cemento.

—¡Naomi!

Spencer se abalanzó hacia el balcón con tanta fuerza que tuvo que parapetarse con sus brazos para no caer él también. Dos gotas de sudor volaron con la inercia hacia ese oscuro y miserable cielo, aquello no podía ser posible, debía tratarse de algún tipo de broma. Pero por desgracia no lo era. El cuerpo de Naomi Ure yacía espachurrado en el suelo de la parte trasera del Insituto Schnneider, el lugar donde solían aparcar los altos cargos. Había caído de espaldas, sus ojos permanecían abiertos y parecía que todavía fueran capaces de ver, de mirar la vida pasar. De la cabeza de Naomi se extendía un enorme charco de sangre oscura que avanzaba lentamente como una mancha de humedad en una camisa recién lavada. El picardías, durante la caída, se le había subido hasta la mitad del pecho y desde allí arriba se veía prácticamente desnuda, tan solo la minúscula braguita negra, el picardías negro arremangado, y su piel blanca resplandeciente rodeada de sangre roja y espesa.

Montgomery entró de nuevo al interior del ático, nunca antes se había sentido tan abatido, tan adentro del estómago de la derrota. Se dejó caer en uno de los sillones de la zona de confort de Naomi, miró de reojo el papel que todavía sujetaba en su mano derecha, y después volvió a mirar hacia esas cortinas que continuaban con su particular contoneo. Las mismas que habían acariciado la piel de Naomi tan solo unos minutos antes. Cerró los ojos y rompió a llorar como no creía que todavía fuera capaz de hacerlo, como nunca creyó en la vida que fuera capaz.

2

Pero lo cierto es que uno nunca sabe lo que es capaz de hacer ni cuantas lágrimas puede llegar a derramar hasta que no se ve en la situación exacta. Hasta que no se ve en la situación más oscura, más horrenda. Barry aprovechó el trayecto de quince minutos, que era lo que se tardaba en descender hasta la galería Wilson, para descargar todas esas lágrimas que llevaba acumulando durante tantos años. Se había portado mal con Violeta, lo había hecho francamente mal con ella, y estaba completamente seguro de que acabaría dejándolo, y que con ello, su vida sería única y exclusivamente miseria.

Se sentía incapaz, impotente, como si su verdadero yo, sus verdaderas intenciones, sus auténticos pensamientos y sus más legítimas emociones y sentimientos, estuviesen encerrados en alguna parte de ese cuerpo suyo.

Cuando las puertas del montacargas se abrieron, se caló su casco de plástico. Reforzado con una segunda piel de acero ultrafino y coronado con una luz LED el centro, como el único ojo de Cíclope. Se cargó el pico a la espalda y se dirigió hacia la zona de las vagonetas, no sin antes ajustarse bien el braguero de nylon que hacía las veces de arnés y que practicaba la magia negra con sus testículos si no lo ajustaba bien a los orígenes de la entrepierna. Entró en la Eagle 93, la primera de las vagonetas disponibles, y accionó la palanca de movimiento. La zona de explotación D se encontraba a unos cuatrocientos cincuenta metros de distancia. Metros y metros de raíles que descendían ligeramente para después volver a subir, que torcían a izquierda y a derecha y hacían que la iluminación amarilla de las irregulares paredes excavadas e improvisadas en piedra viva ganaran intensidad a su paso bajo ellas. A lo lejos pudo ver cómo bailaban en la oscuridad las cintas de plástico a rayas negras y amarillas que delimitaban la llamada «garganta del infierno». Las cintas parecían estar balanceándose como en medio de una danza macabra, como espíritus invisibles que se cogen de la mano y se mueven en círculo al son del almizcle y las velas. A Barry el corazón le dio un pequeño respingo, como ese leve pero intenso dolor que sentimos cuando alguien nos da un buen apretón de manos, tan bueno que a punto está de costarnos un hueso.

Tiró de la palanca de movimiento hacia atrás y la Eagle 93 se detuvo casi en seco. Alzó la barrera de seguridad y se apeó en pos del rastro de algún vencejo o carpintero. Según el ceñudo del capataz Rober debía unirse a alguno de ellos hasta que reconstruyera a los pelícanos. Al pasar junto a la garganta del infierno trató de no pensar en ello, de detener en seco sus recuerdos, trató de seguir hacia delante, hacia su destino, pero una extraña fuerza hizo que se girara, que aminorara su marcha, que se detuviera justo enfrente de la garganta. Esa fuerza era como la hermana mayor de esa otra que durante toda su vida había estado conduciéndolo hacia las malas decisiones, hacia las decepciones y el descontrol.

Se preguntó qué habría allí abajo. Se preguntó si habría vida después de aquello, si el resto de pelícanos, flamencos o gaviotas, seguían vivos en algún lugar al final de ese agujero que parecía ser el último lugar en la Tierra. Una lágrima resbaló por su mejilla y se evaporó justo antes de que pudiera alzar el vuelo y desprenderse de su piel. Una suave brisa, como delicados dedos de mujer, acarició su nuca. La piel de sus antebrazos se arrugó como cuando sales de la ducha en una fría mañana de invierno. Se acercó un poco más al borde de la garganta. La punta de sus pies le dolía, hacía días que no calzaba otra cosa a parte de las duras y pesadas botas de seguridad. Le pareció escuchar algo que provenía de allí abajo. Un poco más, más cerca. Inclinó su cuerpo hacia delante. El que dice que el exceso de luz deslumbra es porque no ha visto la oscuridad de verdad, es porque no la ha mirado a los ojos como lo estaba haciendo Barry en ese momento. Su visión se perdía ante lo que parecía una eternidad de negrura. Y fue entonces cuando todo ese mar de oscuridad pareció estar afanándose en penetrar en su interior.

—¿Violeta? ¿Eres tú? ¿Violeta?

El ruido de los raíles vibrar se empezó a escuchar a lo lejos. El termómetro de seguridad marcaba sesenta y cinco grados. El refrigerador número cinco, el que Brenda Harris había hecho comprar en último lugar, nunca llegó a funcionar, continuaba precintado junto a una de las paredes recién improvisadas, recién levantadas sobre las entrañas de esas tierras del color del cobre y el gris plata.

—Espérame, Violeta, ya voy.

Los pies de Barry se acercaron más al borde de la garganta. Un par de piedras rodaron hacia abajo y en apenas un segundo desaparecieron de su vista, como si acabaran de ser engullidas por algo que carecía de toda lógica.

3

—Pero... eso es imposible, imposible, nada desaparece así como así, nada.

Stuart, el tiburón Hicks, llevaba muchas horas sin salir de su particular búnker. Su despacho de cien metros cuadrados equipado con muchas de las comodidades con las que la mayoría de sus empleados solo podían disfrutar desde las páginas de un catálogo de decoración de interiores. Se aferraba con firmeza a los reposabrazos de su sillón *directive* y no le quitaba el ojo de encima a esa ciudad que se levantaba frente a él, tras ese gran cristal a través del cual parecía estar presenciando desde una posición privilegiada cómo todo se venía abajo. Todo.

—Señor Hicks, ya sé que resulta difícil de creer, pero es lo que me han dicho los que están allí abajo. Los dos equipos que enviamos para que exploraran la gargan..., digo, el agujero de la galería Wilson, han desaparecido sin dejar ni rastro apenas unos segundos después de iniciar el descenso —Chester hizo una pequeña pausa antes de continuar, esperando algún tipo de respuesta, esperando a que el tiburón moviera ficha, pero el tiburón parecía estar ausente, parecía estar a miles de kilómetros de allí—. Las cuerdas que estaban enganchadas a sus arneses habían sido cortadas, un corte limpio, usted ya me entiende, a navaja, señor —Chester plegó sus párpados otra vez y esperó de nuevo un par de segundos antes de continuar, había oído decir que el tiburón no era muy amigo de la gente que lo avasallaba con información. Él había sido escogido para ocupar la vacante que acababa de dejar Brenda Harris, y no se sentía preparado—. ¿Quiere que haga algo, señor Hicks?

—¿Algo?

Chester apretó de nuevo sus párpados, como el que espera un bofetón. Se dijo: Cagada.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

Los más de dos metros de humanidad proveniente de Canadá hicieron girar las ruedas del sillón *directive* y se alzaron ante Chester, el inmaduro sustituto de Brenda Harris.

—¿Cuál es el problema, Chester?

—¿Qué problema? —La mano derecha de Chester había empezado a temblar y su calor corporal había hecho que el boli que asomaba por el bolsillo de su camisa de lino dejara escapar algo de tinta azul.

—¿Qué problema?

—¿Qué problema? —Una gota espesa de sudor brotó del centro de la frente de Chester a modo de tercer ojo.

—¡Eres estúpido, Chester! ¡Estúpido! ¡Te pregunto cuál es el maldito problema!

—El problema es la garg..., el agujero, señor, ese es el problema. Ha muerto gente, señor Hicks, mucha gente, nadie quiere bajar allí abajo... el agujero les da miedo, señor, lo llaman la garganta del infierno, así es como lo llaman, nadie quiere estar cerca de allí, señor Hicks...

—¡¿Qué significa eso?! ¿Le has dicho que voy a despedirlos a todos y que los voy a denunciar por abandono del puesto de trabajo?

—Sí, señor Hicks, eso mismo les he dicho, pero han respondido que no les importa, que solo quieren volver a casa con sus familias...por favor, señor, entiéndalo, tienen miedo... —Las dos

manos de Chester temblaban, las tenía cruzadas a la altura de su cintura y apenas las podía mantener unidas. El aroma a abeto venido de Canadá hizo que abriera bien los ojos. Lo tenía frente a él.

—Quiero que desaparezcas inmediatamente de mi vista, Chester, quiero que bajes hasta allí y que cierres ese maldito agujero de una vez, ¿es eso lo que les da miedo? ¿Un estúpido agujero? Sois todos unos blandos.

—¿Tapar el agujero, señor?

—¡Sí!

—Pero señor...

—¡Qué!

—El agujero, señor... la garganta es enorme, más de veinte metros de largo y al menos quince de ancho... ¿cómo voy a taparlo?

—¡Joder! ¡Estúpido! ¡Como se tapan los malditos agujeros! ¡Poniendo algo encima!

Chester carburó unas milésimas de segundo antes de responder, no podía permitirse más pasos en falso.

—De acuerdo, señor, ordenaré que tapen el agujero —En realidad Chester no tenía ni la menor idea de cómo acometer tal propósito, ni tan siquiera si era posible hacer algo así. En ese momento se imagino que a lo mejor, con una especie de lona…

—¡Inmediatamente!

—Claro, señor, inmediatamente —Chester se inclinó hacia delante a modo de reverencia y se giró para marcharse del despacho del tiburón.

—¡Chester! ¡A dónde crees que vas!

El temblor de las manos de Chester se había extendido hasta sus piernas y había empezado a subir hacia sus intestinos.

—¿Si, señor? ¿Qué desea?

Stuart llevaba dos días sin darse una buena ducha y el aroma salvaje de Canadá era difícil de soportar.

—¿Dónde está, Brenda?

—¿Brenda? Brenda se ha marchado, señor, creía que lo sabía...

—Ya sé que se ha marchado, estúpido, ¿y Paula?

—¿Su secretaria?

—Claro que mi secretaria, cabeza hueca.

—Hace horas que no la veo, señor, ¿quiere que le diga algo cuando la vea?

—Sí, dígale que suba inmediatamente, y haz por que sea pronto, por tu bien, Chester —Stuart dijo «Chester» como si estuviese sujetando una cuchilla de afeitar entre los dientes, luego permaneció con esa expresión mirándolo fijamente—. Puede retirarse.

Los ciento sesenta centímetros de Chester Milo salieron del despacho de Stuart Hicks sabiendo que Paula hacía ya bastantes horas que le había dicho que abandonaba. Y lo hizo con un tierno beso en los labios, qué labios. Le dijo que se marchaba a su casa para reunirse con su familia y, también, que allá en La Cobriza, habían desertado gran parte de los operarios y que la mayoría de los que no lo habían hecho, o andaban incomunicados, o estaban muertos. Pero Chester no se había atrevido a darle esa información al tiburón Canadiense, enfrentarse a ese abeto de cejas rubias que le sacaba casi medio metro era lo último que le apetecía en esos momentos.

De camino al ascensor deseó volver a algún punto anterior al día en el que le concedieron esa

maldita beca en ingeniería industrial que había terminado llevándolo hasta allí. Deseo volver a algún lugar de su vida antes de que se decidiera por la ingeniería en lugar de la medicina, qué día. O tal vez, incluso, a algún punto indeterminado de su infancia, el que fuera, antes de que sus padres se divorciaran. Pero nada de eso era posible, nada de eso sucedería y él tendría que continuar con esa vida, por dura e insoportable que ahora mismo le resultase, porque los viajes en el tiempo no eran posibles, nunca lo habían sido, ¿verdad?

4

—Bueno, eso será porque tú lo digas —dijo Karen dándole un buen trago a su cerveza de trigo y tratando de no mostrarse excesivamente hostil con ese aldeano de mirada taurina y ojos pequeños. Había visto una y mil veces cómo una mujer de sus características trataba de mostrarse fría y distante con la gente del pueblo y esa actitud era precisamente la que más los violentaba. Y ser descortés con alguien que te pregunta si no te vendría bien algo de compañía después de sentarse a tu lado en la barra de un maloliente bar, no era precisamente la postura más inteligente si su pretensión era salir de allí con alguien que le prestase la ayuda que tanto necesitaba.

—Pues claro que porque lo digo yo, ninguna mujer como tú debería beber sola, ninguna mujer como tú debería entrar a un local como este en un tiempo como este, sola...

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Ángel, me llamo Ángel Bocanegra, preciosa, pero si quieres me puedes llamar «mi Ángel».

—Verás, Ángel, el caso es que necesito ayuda, ayuda urgente —Karen se humedeció los labios después de darle otro trago a la cerveza de trigo. El camarero limpiaba la barra con un trapo lleno de oscuras manchas de humedad mientras alzaba discretas miradas hacia ellos. Ese hombre tenía los ojos de hielo.

—Te escucho.

—Tengo que encontrar a una persona, y tiene que ser cuanto antes —Karen cruzó sus muslos en un gesto tan natural como sensual, el derecho sobre el izquierdo. Ángel bajó la mirada casi por obligación.

—Claro, ¿y esa persona tiene nombre? ¿Tiene una cara? —dijo mirándola a los muslos.

Karen sacó el móvil del bolso, lo desbloqueó y le enseño una foto de Alexandra. Una del día que cumplía veinticinco años.

—¿La has visto? ¿Se llama Alexandra, y es posible que vaya acompañada de otro joven?

—Le aseguro que si la hubiese visto la recordaría, es toda una monada.

Ángel se pasó una mano por el enorme chichón de su frente y recordó que su verdadera misión esa noche era encontrar a Vera y acabar con ella de una maldita vez. Pero esa chica de la foto y esa mujer que vestía tan elegante frente a él... Después de todo, si Vera vivía un día más tampoco pasaba nada.

—¿Y a éste? ¿Lo conoce? —dijo Karen mostrándole una foto de Guillermo. En su teléfono móvil llevaba una copia del expediente de todos los pacientes con los que había estado investigando durante el último mes—. Se llama Guillermo.

—Sí, a este sí lo conozco, de hecho lo he visto por el pueblo después de un montón de años sin dar señales de vida —Ángel se pasó una mano por la incipiente barba de cuatro días—. Y me parece que sé de un par de sitios por donde podríamos empezar a buscar...

El exclusivo perfume de Karen olía de una forma tan exquisita que Ángel se había ido

acercando lentamente hasta estar prácticamente rozando piel con piel con. Su cuerpo le pedía darle un buen mordisco a esos interminables muslos que, a pesar de la edad, se veían bien prietos, como a él le gustaban. La última edición de *Les Larmes Sacrées*, el valioso perfume que Karen se había puesto, contenía entre otras sustancias exclusivas, esencia de almizcle natural, auténtica feromona pura animal de Ciervo Almizclero.

—Pues no se hable más, nos vamos —Karen remató la cerveza de un trago y echó un rápido vistazo a la curiosa clientela del Bar Lauria. No había tenido siquiera tiempo para pensar lo que aquellas figuras masculinas debían estar pensando, fantaseando a cada trago y con cada calada. Bajó del taburete en el que estaba sentada tratando de que su vaporoso y corto vestido no dejasen más a la vista de lo que aquellas mentes pudiesen soportar. «Cicatriz», nombre por el que todos conocían a Bartok, el camarero de Europa del este que estaba tras la barra, se había acercado hasta el lugar que Karen había escogido para sentarse antes de la molesta llegada de Ángel.

—Yo también poder acompañarla si usted desea —dijo Cicatriz con un claro acento balcánico al decir «ugsted» y al hacer un desastroso uso de las tiempos y formas verbales.

Ángel apuntó su estrecha mirada hacia Cicatriz, que a su vez le devolvió una mirada tan solemne como una bolsa de guisantes congelados. Karen observó cómo los dos hombres se batían en silencio, sintió cómo el sudor masculino desprendía testosterona a raudales.

—Me parece que no hay motivos para que nadie salga de aquí herido, ¿no os parece, chicos? —dijo karen tratando de enfriar el asunto. Pero al juntar los labios para decir «chicos»... ay... eso los provocó aún más.

—Cicatriz, métete en tus asuntos y dedícate a lo que mejor sabes hacer, esconderte tras esa asquerosa barra —dijo el mayor de los Bocanegra, de los hijos del Chatarra.

En Baladrar prácticamente todo el pueblo conocía la historia de Cicatriz, o mejor dicho, la no historia de Cicatriz. Tres años atrás había aparecido en el pueblo cubierto de sangre y con una de esas bolsas de cartón con suficiente dinero dentro como para pagar el traspaso al contado del modesto y ruinoso Bar Lauria. Desde entonces lo único que se sabía de él era que tenía el cuerpo cubierto por enormes cicatrices, cuya procedencia nadie conocía ni tampoco se atrevía a preguntar. Según decían, algunas de ellas cruzaban su espalda de arriba abajo y de lado a lado, como enormes cruces de brazos infinitos. Otras tenían el grosor de un rotulador y, al parecer, una de ellas tenía el tamaño de una pelota de tenis, la que se encontraba justo en el lado izquierdo de su pecho, más o menos a la altura del corazón. Pero en estos momentos, la que más impresionaba a Karen, que era la que tenía a la vista, era la que partía su entrecejo en dos y que parecía tener la forma exacta que deja en la piel el impacto de una bala.

—Os propongo una cosa, a ver qué os parece, ¿qué tal si vamos los tres juntos? ¿Eh? ¿Qué decís?

—Parecer bien —dijo Cicatriz mirando a Ángel y soltando el mugriento trapo húmedo sobre un rincón de la barra.

—Psssss... Te diré algo, cosa con cicatrices, no se te ocurra tocarme ni un pelo, no se te ocurra pensar que la dama es tuya, no se te ocurra que somos amigos, por esto ni nada por el estilo, ¿te queda claro, cosa con cicatrices?

5

—Sí, me ha quedado claro, ¿algo más, poli? —dijo Puerto Rico arrastrando mucho la «i» y

echándose hacia atrás su enorme cresta Mohawk.

Vicente Maupoey, el Mapache, llevaba días buscando desesperadamente a Carmina. No había vuelto a saber de ella desde su último encuentro y no sabía cómo decirle a su marido y a sus hijas que no había descansado ni un solo segundo desde su desaparición, porque para ello tendría que explicar alguna que otra cosa y hasta el momento no había visto el momento idóneo de enfrentarse a la cruda realidad. Cuando le dijeron que Puerto Rico y Johnny Uve habían estado haciendo de las suyas por Baladrar, no dudó en ir a apretarles las tuercas. No los creía capaces de hacer algo tan salvaje como secuestrar a una mujer para aprovecharse de ella, pero tampoco hubiese creído hacía tan solo unos días que el mundo estaba a punto de acabarse. Aún así, ese par de traficantes estaban al tanto de casi todas las ilegalidades que se cometían en Baladrar, así que si ellos no habían sido, es posible que al menos hubiesen oído algo.

Cada vez que lo llamaban para recoger un par de nuevos cadáveres su corazón se aceleraba esperando no encontrarse cara a cara con el cuerpo sin vida de su amada. Le parecía injusto, pero la policía no podía renunciar a su trabajo como había hecho ya a estas alturas casi todo el mundo, muy injusto. Para "la mierda" que cobraba tener que dedicarse día y noche a ir por ahí cargando cuerpos en la parte de atrás de la camioneta policial, controlando los cada vez más frecuentes actos vandálicos que estaban convirtiendo Baladrar en un maldito pueblo sin ley. Pero era lo que había si no quería enfrentarse a un consejo de guerra o, quién sabe, tal vez hasta una de cadena perpetua. Antes de visitar a Puerto Rico y a Uve se había cargado a las espaldas nada más y nada menos que doce cuerpos; dos ahorcados, tres precipitados, una desangrada y cuatro envenenamientos. Cuerpos que descansaban en la parte de atrás de la camioneta oficial esperando ser llevados al enorme mortuorio municipal que había sido improvisado por el ayuntamiento en una antigua nave abandonada. Los cuerpos debían ser incinerados por orden de la OMS y del CDC, así que una interminable e incesante pira ardía día y noche en algún lugar del sur de Baladrar desde hacía días.

—Rico... espero que no me estés ocultando nada, porque te juro que aunque sea lo último que haga en este mundo, vengo aquí y te pego un tiro. Puede que todo se esté yendo a la mierda y que esté muriendo mucha gente, pero necesito encontrar a esa mujer, así que si has visto o has oído algo, te recomiendo que me lo digas, ahora.

—Tranquilo, eh, cojones, eh, Rico´sabe´lo´dicho´no´sabe´más´cojones´no´me´jodas´me´los ´toques´armo´la´de´dios´aquí´eh.

—Tranquilo estoy, pero te juro por mi puta vida que te clavo un tiro en el centro de esa estúpida cresta que llevas si me entero de que sabes algo más y que te has callado la puta boca. Llevo dos años haciendo la vista gorda con vuestra asquerosa venta de tabaco de mierda ilegal, porque prefiero eso a que vayáis por ahí robando o vendiendo cosas todavía peores. Así que ni se te ocurra pensar que no estoy a loro de lo que vosotros hacéis o dejáis de hacer —La frente y las axilas del Mapache estaban completamente cubiertas de sudor. Su camisa oficial distaba mucho de la que solía llevar antes de que todo ocurriese, tan planchada, tan recta.

—Rico´sabe´lo´dicho´poli´cabrón´amenazas´a´tú´puta´madre´pregunta´en´el´Lauria´Cuba´Dani ´Soplete´peña´chunga´nosotros´buenos´cabrón´en´la´Cobriza´también´locos´todos´güey.

Tanto Rico como su amigo Uve sudaban a mares. Uve se había parapetado detrás del alto Mohawk mordiéndose las uñas. Apestaban a cerveza, a comida basura y a días sin lavarse los pies. Pero habían abierto la boca de una santa vez.

—Está bien, Rico, voy a ir a ver a esas personas y te recomiendo que no se te pase por la calva avisarlos de algún modo. Y espero que ellos sepan algo, porque como te hayas estado

riendo de mí, te juro que vuelvo y te meto un tiro en la cresta.

Vicente abandonó el piso en el que vivían Puerto Rico y Johnny Uve y pudo escuchar cómo a lo lejos, se cagaban en él y en todo el cuerpo de policía, eso hizo que por primera vez en todo el día se le escapase una ligera sonrisa. Se sentó al volante de la camioneta y enchufó el aire acondicionado.

Esa ciudad era un páramo. La carne de la parte de atrás estaría ya empezando a burbujear, lentamente. La grasa corporal a derretirse contra el metal, como en una barbacoa. Las calles eran un desierto de alquitrán, coches abandonados, un lugar en el que las manchas del suelo no eran del aceite que desprenden algunos coches, sino de la sangre que desprenden los cuerpos cuando caen desde muy alto. No había forma de pararlo, todo el mundo sabía eso ahora, todo el mundo se había hecho o debía estar haciéndose a la idea ahora. Pero él tenía que encontrar a esa mujer que debía estar en algún lugar, la mujer de la que llevaba enamorado desde niño, desde que su hermano Guillermo y él se hicieron amigos.

¿Qué demonios era todo aquéllo? *¿Tú lo sabías, verdad Guillermo? Sí, por supuesto que sí, tu lo sabías, y aún así dejaste que ocurriese*. Se dijo el Mapache recordando algunos momentos de su infancia.

Vicente aceleró a fondo y dudó unos instantes entre los posibles destinos que Puerto Rico le había largado. Al final se decidió por ir al Lauria, después pasaría por casa de Cuba y Rojo, y luego por la del Soplete, en estos momentos lo último que le apetecía era meterse en el barrio de los cobrizos. Nunca le gustó ir allí, pero ahora menos.

6

Pero no le quedaba otra que hacerlo, que regresar al barrio que la había visto nacer y crecer. Allí se encontraban el número cinco y el número diez de la lista de “los doce” del documental del “verano del miedo”, primero fue Noelia Santos, y después su marido, Jacinto «el Oso».

Al menos ahora Violeta tenía compañía. Una hembra de Beagle se le había pegado al culo tras su encuentro con Tulsa Quiroga y todavía no había encontrado la forma de deshacerse del chucho. Cometió el error de echarle un trozo de bocadillo y unos tragos de agua, y el animal debió interpretar eso como un gesto de absoluta bondad por parte de Violeta. Ahora era como si se sintiese en deuda con ella o algo parecido. Y lo cierto era que si no llega a ser por la chica del pelo morado, es posible que hubiese muerto esa misma noche. Cuando la vio apenas podía moverse, su deshidratación era extrema, no tenía fuerzas ni para aguantarse sobre sus patas, y solo supo que todavía estaba con vida porque vio cómo movía los ojos de lado a lado como un cuco.

Nube, ese era el nombre que estaba inscrito en el elegante collar que llevaba puesto la Beagle, debía de llevar varios días vagando por esas calles que no concedían ni un solo respiro. Porque el estado en el que se encontraba no se conseguía con tan solo unas horas. A Violeta le costó un poco acostumbrarse a la presencia del animal, el tiempo exacto que tardó Nube en mostrarle todo su afecto y arrearle cuatro untuosos lametazos por toda la cara. Violeta no fue consciente hasta ese momento de la falta que le hacía aquello, un poco de cariño, de amor sincero, aunque fuese canino, ¿importaba eso?

Estaba anocheciendo, pero el calor seguía percutiendo sobre su cabeza de forma incesante. Se sentía como en el interior de una sandwichera. Un par de veces incluso le pareció que el Sol, allá en lo alto, brillaba con más fuerza que nunca. Había tratado de alzar la mirada hacia el cielo hasta

en dos ocasiones y las dos había quedado completamente cegada, una ceguera de la que había tardado minutos en reponerse por completo.

Después de su visita a casa de Tulsa había decidido que por el momento solo llevaría la máscara; los guantes y las gafas las tendría a mano para cuando estableciese contacto con alguien. Al menos eso haría que el calor fuese algo más llevadero y la sensación de ahogo menos asfixiante. A pesar de ello, cada pocos minutos tenía que pararse junto a algún portal o lugar que ella considerase a cobijo para quitarse también la máscara durante unos segundos porque, ciertamente, cada vez le costaba más respirar. La sensación de ahogo era tan molesta que hasta se había llegado a plantear si no estarían entrando en una especie de fase dos de esa letal plaga. Una nueva fase consistente en la evaporación total y completa del oxígeno en la Tierra, eso sí que sería una buena faena, ¿eh? Ese pensamiento le arrancó una sonrisa que borró rápidamente de su cara por miedo a que sus pensamientos se convirtiesen en presagios y, estos, a su vez, en la cruda y dura realidad.

Nube caminaba con la lengua fuera, Violeta la refrescaba de tanto en tanto echándole agua por el cuello y por la espalda y dándole también de beber formando un pequeño cazo con sus propias manos. De momento las fuentes públicas seguían funcionando en Baladrar y si algo tenía ese pueblo del infierno eran fuentes públicas.

Por su cabeza no dejaban de cruzarse las posibles teorías acerca de la causa de la Epidemia de Verano. ¿De verdad los extraterrestres se habían tomado la molestia de viajar hasta el planeta Tierra solo por el placer de ver cómo toda una especie se suicidaba? Cada vez le parecía más inverosímil esa postura. Aunque también es cierto que el agente extraterrestre en cuestión podía haberse colado en la Tierra como el octavo pasajero después de uno de esos viajes espaciales, igual que en Alien. En ese caso la colonización no sería fruto de un ataque premeditado, sino más bien de algo más “casual”.

La teoría bíblica tampoco le convencía demasiado. Sí era cierto que muchas de las cosas que estaban ocurriendo parecían estar textualmente reflejadas en los libros del apocalipsis, pero también era verdad que esos textos habían sido escogidos casi a medida para explicar lo que estaba ocurriendo en estos momentos. Además, si ese Dios tan poderoso al que tanto temían era el responsable de todo aquello, entonces es que también era lo suficientemente poderoso como para mandarlos a todos a paseo sin la necesidad de andarse por las ramas con esa extraña plaga. Después de pensar en eso, de ese tímido ninguneo a ese dios todopoderoso, oculto y furioso, sintió cómo un escalofrío, repentino y eléctrico, tensaba toda su espina dorsal. Nube debió percibir algo extraño en ella porque le soltó dos tiernos ladridos y se cruzó entre sus piernas para tranquilizarla. Hay que ver qué animal tan expresivo, tan sensitivo, a Violeta le entraron unas terribles ganas de llorar al ver aquello y decidió, allí y en ese preciso momento, que jamás se separaría de Nube, nunca.

Al entrar en los Cobrizos tuvo la sensación de que llevaba más tiempo fuera de allí del que realmente había estado. Las calles le parecieron más pequeñas, más de lo que ya lo eran, las casas más humildes, mucho más todavía, los ventanucos más estrechos, los coches aparcados de mala manera sobre las aceras, más viejos, como de otra época. Su barrio era una verdadera porcatera y no tenía ninguna intención de volver allí. Dudó en si debía pasar a ver qué tal estaba su madre, en si pasar a ver cómo le iba a Barry en la Cobriza, pero precisamente esas eran dos de las personas de las que había decidido alejarse por un tiempo por su propio bienestar, su propio equilibrio espiritual y su salud mental. Pero al verse en ese barrio, en esas calles que conocía palmo a palmo, que parecía que desde algún lugar la llamaran, sintió como si esa parte de ella que siempre

recaía, esa que siempre tropezaba con los mismo errores, cobrara fuerza, se abriese camino en su voluntad, y estuviese a punto de empezar a tomar sus propias decisiones por encima de las de ella.

Casi sin pensar, tomó el camino que la llevaría a la antigua casa de Noelia y Jacinto. A veces pensar era justo lo que nos llevaba directos a tomar las peores decisiones. En la casa de los Rial Santos, vivía ahora Richi, su único hijo, que había vuelto al pueblo tras unos años en un misterioso y extraño exilio que muy pocos conocían. Unos dijeron que si había estado en un manicomio, otros que en un reformatorio, incluso otros que había estado en una cárcel para menores y más tarde también en una para mayores.

El timbre no funcionaba, dio dos golpes en la desconchada madera y esperó a que alguien le abriera. Nube alzó la mirada y a Violeta le pareció que la Beagle le preguntaba: «¿Se puede saber qué demonios se nos ha perdido aquí?». Un sonido a hierro viejo deslizándose por el pasador, otro a bisagras desalineadas y pesadas, y un tercero a madera hinchada estallando sobre sí misma, la pusieron a la alerta. La cara de Richi apareció ante sus ojos, entre la penumbra de esa casa que nunca en la vida se hubiera atrevido a llamar hogar.

Ricardo Rial Santos, alias "Richi", o "Richi el Loco", estaba pálido como una muñeca de porcelana. Ojeroso, con el pelo muy grasiento y recogido en una coleta. Estaban separados por al menos un metro de distancia, y Violeta llevaba puesta la mascarilla, ahora también los guantes y las gafas, pero en el instante en el que ese portón se abrió, pudo percibir cómo llegaba hasta sus orificios nasales un pútrido olor a sudor rancio y a basura acumulada y fermentada. No llevaba ni dos segundos cerca de Richi y ya sabía que no podría aguantar demasiado tiempo cerca de él, los malos olores eran algo contra lo que Violeta no podía enfrentarse.

—¿Qué quieres?

—¿Eres Richi, verdad?

—Sí, soy Richi de verdad, ¿qué se te ha perdido aquí?

—Verás, soy Violeta, vivo unas cuantas calles más allá, y...

—Ya sé quién eres y dónde vives, este barrio es una cloaca y hay pocas chicas con el pelo violeta. ¿Qué es lo que quieres?

Nube tenía la lengua fuera y alternaba miradas a Violeta y a Richi. Estaba nerviosa, no le gustaba el barrio de los cobrizos, no le gustaba Richi, quería irse de allí. Ya. Movió el rabo a izquierda y a derecha.

Violeta se pasó una mano por la frente, ¿qué hora sería? Se imagino que debían ser cerca de las diez de la noche, pero el sol parecía que todavía apretaba con la misma fuerza. Tenía que decidirse entre ser cortés, o ser práctica. Resolvió que la situación era lo suficientemente urgente como para ahorrarse los pilares de la buena educación.

—Necesito hacerte unas preguntas, Richi, sobre lo que les pasó a tus padres.

Richi la observó con un mal disimulado asombro, no había hablado nunca con esa chica, pero siempre imaginó que era otra de esas nuevas jóvenes estúpidas con ideas estúpidas y con una necesidad y una forma de llamar la atención todavía más estúpida.

—¿No estarás con el idiota, verdad?

—¿Qué idiota?

—El idiota del documental, Guillermo.

—No, de hecho no lo conozco, creía que ya no venía por aquí, que se había ido —Al escuchar el nombre de Guillermo el cerebro le hizo click. Y se dijo: *el chico del tren que parecía estar tan interesado en todo lo relacionado con la Epidemia de Verano? ¿Podría ser el mismo Guillermo del documental que tanto admiro y adoro?* Y tras eso, Violeta pensó que, de ser así, las razones

para pensar que ella estaba destinada a investigar y resolver todo aquello, crecían todavía más. Porque ciertos tipos de casualidades no ocurren porque sí.

—Pues ha vuelto, el muy imbécil.

—Ah, no tenía ni idea.

—Bien. ¿Qué quieres saber exactamente y por qué?

Nube volvió a rozarse con las piernas de Violeta. Luego se tumbó justo entre ellos dos. La boca de Richi olía a desagüe y la sobaquera de la camiseta que llevaba se veía totalmente empapada. La zona axilar había adquirido un color amarillo limón podrido. Violeta decidió de forma inconsciente que antes dejaría morir a toda la humanidad que ceder a un chantaje sexual por parte de ese hombre.

—Primero de todo quisiera mostrarte mis más sinceros respetos y condolencias, Richi, sé que no debió ser fácil para ti...

—No, no lo fue...

—Puedo imaginármelo...

—No, no puedes...

Richi bajó la mirada y cogió algo de aire con dificultad. ¿Y no sería posible que lo que estuviese ocurriendo no fuese más que un cambio en la presión atmosférica? ¿No dicen que allá en los grandes picos del mundo a la gente se le va la cabeza por el exceso de oxígeno y la baja presión atmosférica? Dejó sus divagaciones para más tarde y se centró en Richi, de ahora en adelante, Richi «el cerdo».

—Tan solo quería saber sí hubo algo relacionado con sus muertes de lo que no se habló, algo que solo tú sabes.

—¿Algo que solo yo sé? ¿Estás con el idiota?

—Richi, ya te he dicho que yo no...

—¿Estás con el idiota, verdad?

—Que ya te he dicho que no, Richi, no sé quién es ni tampoco lo conozco, y...

—¿Y cómo que lo que solo yo sé?

—¿Cómo dices?

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, Richi, de hecho yo he venido precisamente a que me aclares unas cuantas cosas porque, aunque todavía no sé de qué va todo esto, sí estoy segura de que hay algo más, de que hubo algo más.

—Ya... sí... claro... lo mismo vino diciendo el imbécil y mira cómo estamos...

Nube se levantó y empezó a mover el rabo con frenesí. Violeta le pasó una mano por la cabeza y la perra se sentó sobre sus patas traseras torciendo un poco la cabeza para tratar de que esa mano enguantada pasase justo por detrás de sus orejas.

—Richi, siento mucho si te he molestado, creo que esto ha sido un error, hasta luego.

En realidad Violeta todavía no se quería marchar, pero tampoco quería rogarle al estúpido de Richi. Dio media vuelta y Nube se incorporó de un brinco para ir tras ella.

—Eh, Violeta, espera un momento.

—Qué.

—¿Qué quieres saber exactamente? —Los ojos de Richi ya no se veían tan hostiles, ahora solo parecían cansados, tristes, durante muchos años.

—Verás, la primera de las personas que murió ese verano de esa forma, Lidia Dengra, no sé si te acuerdas...

—Sí, sé que me acuerdo, el idiota ya se encargó de que ninguno olvidásemos aquella tragedia.

—Pues bien, resulta que Lidia y algunos de los que hicieron eso aquel verano, ya sabes, se conocían.

—Lo que sé es que la gente del mismo pueblo se suele conocer...

—Se conocían... digamos que de forma íntima...

—¿Quieres decir que follaban?

—No sé si esa es la palabra, pero creo que tal vez sí que formaban parte de algo...

—¿Una secta?

—No sé, puede.

—¿Y qué tienen que ver mis padres con todo eso?

—Eso es lo que he venido a averiguar, Richi, si tus padres y el resto compartían algo, qué se yo, tenían algún vínculo que desconociéramos y fue eso lo que les llevo a hacer... ya sabes, lo que hicieron, pues...

—¿Pues qué?

—Que a lo mejor podríamos estar en condiciones de conocer lo que está pasando, Richi, de saber por qué todo el mundo se está quitando la vida. —Violeta no había hablado más en serio en su vida. Richi la miró un momento tratando de atravesar los cristales de sus gafas de protección y colarse en el centro de su alma, donde la gente guarda toda su sinceridad, bajó un poco el cuello y volvió a levantarlo con lentitud. Después de la agresividad y el cansancio, ahora sus ojos proyectaban un pequeño y casi inexistente rayo de esperanza, tan frágil como la última llama de una hoguera a la que se le ha terminado la madera.

—¿Quieres pasar un momento? Creo que lo mejor será que sigamos hablando dentro.

Los ojos de Violeta se expandieron. Nube giró el cuello hacia detrás y después otra vez hacia delante. No quería entrar en esa casa.

Richi pasó primero. Después pasó Violeta. En último lugar entró Nube. Después se cerró la puerta.

Y todo se hizo oscuro.

7

—¿No has dicho que respiraba, Vera? ¡Joder! —dijo Cristina mientras zarandeaba a Guillermo por los hombros y lo abofeteaba tímidamente para intentar despertarlo—. Por favor, Guillermo, por lo que más quieras, despierta, estamos aquí.

—Y lo hacía, Cristina, te juro que hace un momento lo hacía... —Vera tuvo que ponerse una mano sobre los ojos formando una visera, el sol había ido descendiendo por el horizonte, pero justo en ese instante previo al anochecer, parecía estar impulsando toda su energía con más fuerza aún si cabe.

—Vamos, Guillermo, te lo ruego, no me hagas esto, no ahora —Cristina le insuflaba aire en sus pulmones cada cinco compresiones sobre el centro de su esternón. Guillermo estaba totalmente pálido. Cuando lo encontraron en medio de la calle pensaron que estaba muerto. Fue Vera quién dijo que no lo estaba, que aún estaba vivo, “en alguna parte”.

—Cristina, creo que es posible que Guillermo...

—Cállate, maldita sea, Vera, me desconcentras, dijiste que aún estaba vivo, fuiste tú la que dijiste que aún no era demasiado tarde, joder —Cristina estaba muy nerviosa. Totalmente

empapada por el sudor. Juan pidió a Vera «calma» con un sutil movimiento de sus dos manos. —Joder, Guillermo, despierta de una maldita vez, estúpido —Las compresiones de Cristina cada vez eran más fuertes y menos efectivas—. Juan, remójale la frente otra vez, está ardiendo —Cristina levantó una mirada suplicante buscando la presencia de su hermano, la siempre tranquilizadora presencia de su hermano.

—Claro —Juan se arrodilló junto a su hermana y empezó a verter agua sobre la frente de su gran amigo de la infancia. Un coche pasó justo enfrente del soportal bajo el que se cobijaban del inclemente sol y aminoró la marcha para observar bien qué estaba sucediendo allí.

El coche era de policía, y el que conducía era Vicente, Vicente el Mapache. Se quitó las gafas de aviador para observar mejor quiénes eran los del soportal y qué es lo que estaban haciendo. Inmediatamente reconoció al que trataban de reanimar. Guillermo. Su gran amigo. Paró el motor del coche y fue corriendo hasta allí.

—¿Qué le ha pasado? —Bastó ver la expresión de Cristina y el rostro de Guillermo para responderse él mismo—. Hay que llevarlo a un hospital, ahora.

—¿A un hospital? ¿Crees que alguien así llegaría a un hospital? ¿Y qué atención le van a dar? Están colapsados, si es que no los han cerrado ya —Cristina levantó la mirada y ofreció a Vicente un primer plano del pálido rostro de Guillermo. En su voz había pánico. Había verdadero miedo. El miedo más profundo, el que alguien siente a ese dolor que está por llegar y que sabe que cuando lo haga, nada volverá a ser igual.

—¡Guillermo! —gritó Vera señalándolo con un dedo—. ¡Está volviendo!

—¿Qué? ¡Guillermo! —Cristina miró primero a Vera para ver su reacción y después a Guillermo, para comprobar que efectivamente estaba volviendo, pero no vio ningún cambio evidente—. ¿Estás segura, Vera?

—¡Sí! ¡Está ahí! ¡Está volviendo! —Vera no dejaba de moverse, inquieta, se había llevado una mano a la boca. Guillermo había vuelto, ella lo había sentido, lo había «visto», pero no sabía cómo explicarlo.

Y entonces el pecho de Guillermo empezó a moverse arriba y abajo con movimientos débiles. Sus párpados temblaron con brevedad antes de dibujar una maravillosa y fina línea por la que volver a dejar entrar la luz en sus pupilas.

—¡Guillermo! ¡Estamos aquí! ¡Has vuelto!

Una gota de sudor resbalaba por su frente, sus labios se empezaron a abrir con dificultad. Estaba tratando de identificar a los que había a su alrededor, de decir algo, sus primeras palabras después de haber vuelto del extraño lugar en el que se encontraba. Y entonces reconoció a sus amigos, los únicos verdaderos que había tenido.

Es Cristina. Ahora puedo verla con claridad, es ella, y no estoy muerto. Porque lo muertos no piensan, ni tampoco hablan, ¿verdad, Richi? Se dijo Guillermo para sí.

Se mueven como en una nube espesa y densa, arriba y abajo, hacia ambos lados, apenas distingo sus siluetas, pero puedo ver sus caras tras ella. Juan, Vicente el Mapache, Vera. A la otra persona todavía no puedo identificarla, a la que lleva el sombrero.

Están tratando de decirme algo, sus caras son de júbilo, de alegría, se alegran de que esté aquí, con vida, otra vez. Cristina está llorando, pero sus lágrimas son de felicidad, se abraza a Vera, que se ve bastante desmejorada y con una horrible herida en la cara. Juan está intentando incorporarme, veo su rostro al revés, está a mis espaldas y me ha cogido por los hombros. Deja caer mi cuerpo sobre una pared de piedra, y la siento caliente, cómo no, como un radiador. La voz

de Vicente empieza a llegarme con claridad, pregunta si estoy bien, si puedo oírlo, si sé quién es él, si sé quién soy yo. Respondo a todo que sí. Ahora mismo soy feliz, como hace tiempo que no recordaba, he vuelto, Cristina está aquí, a mi lado, y el hombre del sombrero se está alejando, con su largo bastón y su larga capa, se aleja, se pierde en la oscuridad, vacía y negra. Y yo estoy vivo.

Vivo.

INTERLUDIO

Nota del autor/Instrucción de verano

Sí habéis llegado hasta aquí, es el momento de hacer una pausa para coger aire, descansar y reflexionar. Se informa y se advierte que los acontecimientos que se van a suceder a partir de este momento pueden herir gravemente la sensibilidad del lector. Si estáis pasando calor es el momento de airearse, tomar algo fresco, o darse una ducha. La cuestión es que hacer que la temperatura de nuestro cuerpo descienda, porque los hechos que se van a narrar a continuación harán que todo en vuestro interior arda.

¿Estáis listos?

El momento de la verdad ha llegado.

PARTE III

Temblar de miedo

CAPÍTULO 21

1

Karen no había dejado de observar ni un solo instante a Cicatriz, que era el que iba sentado en el asiento trasero de su Volvo, justo en el centro del reflejo de su espejo retrovisor central. Ese hombre le transmitía inquietud, le imaginaba un pasado tan extraño como traumático. Las partes de su cuerpo que estaban al descubierto estaban llenas de finas cicatrices, excepto la del centro de su entrecejo, que era bastante más gruesa que las demás. Le confería un aspecto grotesco y agresivo a pesar de que sus ojos azul turquesa parecían un mar en calma. Pensó en el origen de cada una de esas cicatrices, de las que estaban a la vista y de las que solo intuía su existencia, perdiéndose bajo las mangas de su camiseta o subiendo pierna arriba por el camal de su pantalón. Sintió cómo la piel de sus brazos se erizaba al pensar en el dolor que debió pasar con cada una de ellas. El miedo que debió sentir cada vez que la afilada y quirúrgica hoja de acero, probable causa de muchas de esas marcas, se disponía a recorrer de nuevo su cuerpo.

Ángel iba en el asiento de copiloto y no paraba de sudar y de fumar. Dirigía constantes y fugaces miradas a las piernas de Karen, cada vez con menos disimulo, aprovechando cada una de las veces que le decía «gira por aquí», o «sigue recto y no te desvíes hasta que yo te lo diga». Ella, sin duda, se había dado cuenta, pero pensó que era mejor dejar al perro ladrar antes que arriesgarse a que le diese un mordisco si lo intentaba acallar. Son solo miradas, Karen, miradas de aldeano, se dijo en su fuero interno.

La noche había empezado a caer, pero la temperatura ambiental apenas había descendido un par de grados. Las calles continuaban semivacías, pero algo más de movimiento se había empezado a atisbar, a pesar de que el estado de excepción incluía un toque de queda que empezaba a las diez la noche. Una pareja de unos sesenta y tantos había salido a pasear al perro. Un joven los adelantaba en moto después de haberse detenido unos segundos junto a la ventanilla de Karen, observándola y pensando vete tú a saber el qué. Una pandilla de niños caminaban calle arriba, uno de ellos llevaba una pelota en la mano. Un coche de policía se cruzaba con el de ella y en la minúscula fracción de tiempo en el que ambos vehículos permanecían a la misma altura en la carretera, le pareció ver cómo el policía la observaba a ella pero sobre todo al que tenía al lado, a Ángel.

Antes de llegar a la casa de los padres de Guillermo, lugar dónde Ángel le había dicho que podía esconderse con su hija Karen, tuvo tiempo de recordar el caso de aquella extraña enfermedad que habían descubierto en la selva de Nueva Guinea. Se la conocía como Kuru, palabra que en lenguaje indígena significaba «temblar de miedo». Esa enfermedad estaba provocada por un prion, una proteína infecciosa que podía tardar hasta treinta años en despertar, en provocar la enfermedad. Su periodo de incubación era tan largo que alguien podía estar casi toda su vida infectado y no ser consciente de ello hasta que el terrorífico prion diese la cara. Tal vez ahora se estuviesen enfrentando a algo parecido, ¿no sería posible que alguna de las millones de bacterias que habitan en el cuerpo humano, y que están identificadas como organismos inofensivos para nuestra especie, resultase ser un potencial homicida en serie y que hasta ahora no hubiese hecho más que permanecer en un largo periodo de incubación? Sí, desde luego que era

posible algo así. Sintió pavor solo de imaginarse un panorama semejante. No hay peor virus que el que ya se ha extendido.

Karen pulsó el timbre de la puerta y esperó a que alguien abriese. Ángel estaba a un metro de ella, fumando y lanzándole miradas a sus piernas cada vez más obscenas. A Karen le estaba resultando bastante complicado seguir haciéndose la tonta. Cicatriz aguardaba tras ellos, a un par de metros. Conservaba ese aire glacial, no parecía sufrir el calor como los demás y su respiración era tranquila.

Karen pulsó una vez más. Y luego otra, y otra más. Nadie contestó por el telefonillo. Miró a Ángel buscando una respuesta, lo tenía a un escaso metro de ella, tardó en reaccionar.

—Vámonos, aquí no están.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué, bombón?

—¿Cuál es la siguiente parada?

—La casa del hermano de Guillermo, Enrique, puede que estén allí, además me debe algo de pasta y así aprovecho y recojo lo que es mío.

Subieron de nuevo al coche. Cicatriz no dijo ni una palabra, tan solo acató las órdenes sin perder de vista a Ángel ni un instante.

Karen trató de centrar de nuevo sus pensamientos, a pesar de que se había ido del instituto científico porque se había cansado de investigar, a su cerebro le era imposible seguir haciéndolo.

El pensamiento científico la relajaba, la ayudaba a encontrar la estabilidad, el sentido de las cosas, sobre todo de su vida. La cuestión era, como siempre, evitar pensar más de lo debido en su hija, su única hija, Alexandra. Un par de oscuros y hambrientos cuervos habían empezado a planear sobre su cabeza y daban vueltas a su alrededor esperando el momento idóneo para lanzar su mortífero ataque. Si le había pasado algo malo a Alexandra no podría vivir ni un solo segundo más. Lo tenía más que decidido, no esperaría a ver cómo acababa todo, abriría la guantera, sacaría el treinta y nueve, y se volaría la cabeza sin dudar ni un solo instante.

2

Todavía no sabemos a qué nos enfrentamos. Desde luego. Pero volvemos a estar juntos, como en los viejos tiempos, y eso es bueno. Vamos a ser equipo, rápido y compacto, vamos a ser sombras, como la noche, inmortales, como la luna y el sol. Sin fisuras, sin miedo. No sabemos a qué nos enfrentamos pero sí que nuestro miedo era real, que el miedo es real y que nació aquí, en Baladrar.

Todos me escuchan ahora, después de veinte años, ya nadie duda. Y ahora sobre nuestras espaldas recae una responsabilidad, que nadie elude ni quiere evitar. Este es nuestro destino, este es nuestro lugar, aquí y ahora, nadie nos va a parar, porque es ahora o nunca, porque es aquí donde empieza el final de esta horrible plaga a la que nos vamos a enfrentar, con nuestra vida, con nuestras almas, cuerpo y cerebro. Lo intuyo, lo siento vibrar bajo mi piel, el final se acerca, para bien o para mal, la batalla final se aproxima.

3

Vera está en bastante mal estado, pero dice que se está acostumbrando al dolor, y que lo peor ya ha pasado. Habrá que estar atentos porque, según ella, Ángel acecha, es real y de carne y hueso, y no se detendrá. Vendrá a por ella cuando menos lo esperemos y tal vez golpee con fuerza y con violencia, no solo a ella, es posible que también al resto, a los que estén cerca. La ha sentenciado a muerte y el mayor de los hijos del chatarra no bromea, ninguno de ellos lo hace cuando habla de violencia.

A pesar de toda esa historia con Ángel, sigue siendo ella misma. Si por ella fuera hubiésemos hecho ya la *ouija* tres o cuatro veces desde que estamos juntos otra vez. Dice que ahora es un buen momento, que quizá nunca haya habido uno mejor. Nos cuenta que estamos rodeados de seres que no han podido irse en paz, que nos pueden ayudar. Que los espíritus buenos están de nuestra parte, que necesitamos que el karma actúe. Porque siempre lo hace, para bien o para mal. Pero que al karma hay que ayudarlo, hay que guiarlo, decirle que estamos aquí, que somos nosotros, que es aquí donde tienen que empezar a pasar las cosas buenas. Porque allá a lo lejos, sigue ese espíritu malo acercándose lentamente con su leve y siniestra cojera, con su oscura figura y su terrorífica presencia. El «espíritu malo», lo ha llamado.

En un par de ocasiones ha encendido unas velas, ha cruzado las piernas, se ha sentado sobre ellas, y ha iniciado un balanceo hacia delante y hacia detrás. Dice que así es como se debe meditar, el movimiento ayuda a conectar con el universo y a éste con nuestra mente. El karma, hay que ayudarlo, hay que guiarlo, vuelve a repetir. Me pregunto qué coño es eso del karma y si valdrá de algo. Miro a Vera y luego trato de eliminar esas cicatrices que deforman su rostro. Su pelo; le hago un nuevo corte, de esos que dejan la cara más al descubierto, es guapa pero se empeña en llevar la cara tapada. Luego le quito esa sucia y ancha camiseta de propaganda y se la cambio por una limpia y algo más ajustada. Como estamos en verano, la camiseta que "le pongo" es de tirantes. Continua teniendo una excelente figura pese a los años, pese a los golpes. El pantalón vaquero también se lo quito, no le favorece en absoluto, le hace unas caderas muy anchas y un culo de abuela, caído y sin gracia. En su lugar le pongo un pantalón corto algo más ajustado, a lucir piernas, shorts, los llaman, o una bonita falda un palmo por encima de las rodillas, que corra el aire, estamos en verano, ¿no?

Podría continuar, pero me siento mal pensando tanto en ella, porque mi intención no es otra que la de cogerla de la mano, ponerla frente a un espejo, y decirle, «eh, ¿te has fijado en esa mujer?, ¿en cómo sonríe?, ¿en el brillo de sus ojos y en el resplandor que emite? Pues esa mujer eres tú, no la que se esconde tras esas heridas y se oculta bajo esas raídas prendas, no la que convive con un monstruo día tras día ni la que tiene que pedir perdón cada vez que sonríe». Pero no sé si soy yo el más indicado para ello, no sé si soy yo quién deba hacer algo así. De todas formas ahora, está con nosotros, ahora está a salvo, me consuelo con eso y con soñar con que el tiempo está ahora de nuestra parte.

Vicente está abatido. Lo miro a los ojos y me da la impresión de que ya no es el mismo, de que el Mapache se ha ido. Él apenas me ha mirado y parece evitarme, pero está aquí, se ha quedado con nosotros, a pesar de que se arriesga a un consejo de guerra si no presta sus servicios a la comunidad como policía, eso dijo.

Nos ha dado datos que desconocíamos. El vandalismo ha ido aumentando durante las últimas semanas hasta el punto de que quedan pocas tiendas de Baladrar que no hayan sido saqueadas. El barrio de los cobrizos ha sido con creces el más castigado. Algunos grupos, como los biblicionistas o los extraterrestrials, piensan que «el mal» se esconde allí y que es allí donde hay que actuar, es allí donde la plaga se ha de erradicar. La policía no puede dar abasto con tanta

actividad criminal y los calabozos de la comisaría hace ya bastante tiempo que se llenaron. No ha querido entrar en detalles, pero ha dejado caer que después de todo, el vandalismo puede que sea lo de menos, puede que sea un juego de niños comparado con otro tipo de delitos que se están llevando a cabo.

Dice que están desapareciendo personas, muchas personas, sobre todo mujeres, y que existen indicios suficientes para pensar que el número de secuestros, violaciones, asesinatos y casos de violencia gratuita está aumentando de forma alarmante. Sencillamente, las calles se están volviendo peligrosas, muy peligrosas, ya no son seguras y lo del toque de queda es más recomendable por lo que puedan hacerte «tus vecinos» que por lo que pueda hacerte esa plaga. Según él, «la sociedad que conocemos está a un paso de venirse abajo, de desmoronarse por completo y de volver a una época anterior, muy anterior a la civilización».

Vicente tiene mal aspecto, su pelo a lo James Dean, sus patillas bien recortadas, y sus vaqueros de pitillo le dan un aire antiguo, casi de otro tiempo, legendario. Se enciende los pitillos con respeto, misticismo, exhala cada calada con la boca entreabierta, inhala entrecerrando los ojos. Espero que el Mapache y yo nos acerquemos, un poco, al menos, por los viejos tiempos, por los que están por llegar. Tengo la extraña sensación de echarlo de menos a pesar de tenerlo ahí delante, imagino que todo el mundo ha tenido alguna una sensación similar.

Juan sigue siendo él mismo, una parte de él al menos. Confía en mí, siempre lo hizo. Y eso es algo que me fortalece, que me hace sentir bien. Todavía no ha dicho las palabras mágicas, «miedo», esas que tanta gracia me hacían, «eso es miedo, joder, miedo». Pero espero sinceramente que muy pronto lo haga, porque necesito conectar con el pasado, con mi pasado. Continua muy unido a Cristina, y en cierta manera siento algo de envidia hacia él, es un pensamiento que raya el absurdo ¿verdad? Pero la quiero tanto que me hubiese gustado crecer junto a ella, estar ahí desde bien pequeño para protegerla, para velar por ella.

Por lo visto Juan ha tenido bastante éxito con las mujeres en los últimos años, también en su trabajo como informático, ahora mismo está saliendo con una modelo, o mejor dicho, ex modelo. Se llama Patricia, y a Cristina no le hace ninguna gracia. No la conozco, ni los he visto juntos, pero creo que conozco a Juan lo suficientemente bien para saber que no está enamorado de ella. Y lo pienso por cómo habla de ella, por el brillo de sus ojos cuando pronuncia su nombre. No la quiere, solo está con ella porque en cierta manera lo hace sentir bien, a alguna parte de él. En realidad creo que en el fondo a Juan siempre le hizo algo de gracia Vera, y que sigue haciéndosela, que no la ha olvidado, que aun la desea. Lo he visto en sus ojos, en cómo se preocupa por ella y en las duras palabras que tiene para Ángel. Pero su cobardía le ha impedido enfrentarse hasta ahora a ese tipo de maldad, a su verdad.

Y Cristina. Ni siquiera yo habría podido imaginar que me encontraría tan feliz estando otra vez a su lado. Mis padres ya no están, cosa que me entristece hasta retorcerme los pies y las rodillas. Todavía no he visto a mi hermana ni a mis sobrinas, y eso es algo que me preocupa muchísimo, a mi hermano creo que es al único que tengo controlado, aunque tengo otras razones por las que preocuparme por él. Pero todas estas preocupaciones, todo es dolor que me acosa día y noche, es soportable estando Cristina a mi lado. No sé cómo lo hace, pero es algo que ocurre, que sucede y para lo que no he podido encontrar ninguna explicación razonable. Sí, ya sé, que no debería haberme alejado de esa manera, durante tanto tiempo, pero fue ella la que lo quiso así, y fui yo el que reconocí mi error y aceptó que la separación era lo mejor. Pero ahora estoy aquí, otra vez junto a ella, las cosas han cambiado y no volveré a separarme nunca más.

Todavía guarda un poco las distancias conmigo, y eso significa que voy por el buen camino,

que estamos cerca de volver a ser «nosotros» y de dejar de ser «yo» y «ella». Puedo sentirlo, no es la primera vez que nos ocurre y ya he visto florecer los primeros brotes. Primero nos buscamos con la mirada, en la distancia y con cierto disimulo, ella la aparta algo avergonzada y yo miro al suelo o a la lejanía tratando de parecer profundo, de atravesar la vida y el entendimiento. Luego nos acercamos de forma desinteresada, compartimos estancia o un lugar cercano, o escogemos ir tras los pasos del otro en un acto prácticamente automático. Es algo que ocurre sin pensarlo, pura atracción física y espiritual, es posible que sea eso que llaman «química». Las miradas se intensifican en número y en duración, la cercanía es cada vez más evidente y los dos esperamos a pasar casi al mismo tiempo por un lugar estrecho esperando a que se produzca ese roce, ese sutil contacto que haga encender la chispa de nuevo. Estamos cerca, muy cerca, lo siento, y no veo el momento de que eso ocurra porque no hay nada en estos momentos que desee con más fuerza. Estar junto a ella, abrazarla, besarla, sentirla otra vez junto a mí.

4

Pienso en Alexandra y me digo que no puedo abandonarla de esa manera, que hay que ir a buscarla, hay que ir a por ella. He llamado al teléfono fijo de casa de mis padres y, a pesar de que daba línea, nadie ha descolgado. Eso significa que, o bien ya no está allí, o bien sí está pero no lo ha querido coger. También sería normal, no es su casa. Así que estamos como antes, hay que ir a buscarla.

Cuando he preguntado por el resto de amigos de la infancia me han dicho que Raúl el Casco está como medio ido, sus padres se separaron y él sigue viviendo con su madre. Por lo visto, aquella vez que se coló en el garaje de la casa de Niven para entrar en el Mercedes donde murió su madre, lo marcó para siempre, lo cambió de alguna forma y nunca más volvió a ser el mismo. No sé qué demonios le pasaría, pero en cierta manera me siento responsable y no me extraña que su madre me odie por ello, que tantas personas me odiasen después de aquello y del resto de cosas que hice, de todo lo que vino con el dichoso documental.

Víctor Nieves, Niven, está casado con Lorena Bel, la que fue la chica más guapa del colegio. Intuyo que Lorena debe seguir siendo muy bella porque Cristina y Vera hablan de ella como si fuese el mismo demonio. No tienen hijos, al parecer Niven se ha convertido en un gran empresario. La empresa de calzado de sus padres ya daba grandes beneficios cuando éramos niños, pero él ha invertido gran parte de su capital en Altered Mines, la empresa propietaria de La Cobriza, la misma que decidió reabrirla hará un año aproximadamente. Por lo visto, las acciones de la empresa energética minera se han disparado, convirtiendo a Niven en alguien todavía más rico.

Nadie de los que aquí estamos tiene relación alguna con Niven y con Raúl, aunque según dicen, ellos dos sí que tienen trato entre ellos. Al parecer, Raúl empezó pidiéndole perdón a Niven por haber entrado en su casa y, éste, a su vez, desarrolló algún tipo de sentimiento de culpa al ver en qué se estaba convirtiendo después de haberse colado en su propia casa.

De Richi el Loco me han dicho que es una especie de bicho raro, un lunático, satánico, quizá. Vive en la antigua casa de sus padres, en el barrio de los cobrizos, y según dicen aprovecha la mínima oportunidad para empezar una pelea, para buscar bronca. Imagino que los tiempos que corren no son los más idóneos para que Richi se reforme, no es este el momento de empezar a ir por el buen camino.

5

Les digo a todos que hay que ponerse en marcha, que no hay tiempo que perder, me siento eufórico, lleno de fuerza y vitalidad, siento que nada ni nadie me puede parar y que esa maldita plaga la vamos a derrotar, pero hay que empezar, hay que ponerse en movimiento ya porque cada muerto que se va, no vuelve más.

—¿Entonces cuál es el plan? —pregunta Juan ilusionado.

—Tal y como os he dicho, los doce del noventa estaban conectados de algún modo. Lidia conocía a algunos de ellos y tengo motivos para pensar que es posible que mantuviesen algún tipo de relación íntima, así que si podemos confirmar que eso era así, entonces tan solo es cuestión de averiguar dónde pudo contagiarse Lidia o cualquiera del resto. Puede que ella saltara la primera, pero a lo mejor no fue ella la primera en contagiarse, no sé si me seguís...

—¿En serio? ¿Lidia se follaba a los padres del Italiano? —dice Cristina con su habitual forma de hablar, tan directa, tan obscena, tan excitante. Ella va a lo suyo.

—A los dos no creo, mujer, pero apuesto a que al padre, sí. También es posible que al abuelo de Laura Millet, a Raimundo Quiroga, y quién sabe a cuántos más. Luego ellos debieron hacer el resto con sus respectivas parejas y, quién sabe si con otras terceras personas.

—¿Entonces crees que se transmite por el sexo? ¿Que es ese el medio de transmisión?

Al escuchar al Mapache, ahora imitador de James Dean, recuerdo las palabras de la chica que conocí en el tren que me trajo de vuelta a Baladrar, Violeta; «¿sabes una cosa?, dicen que es posible que se transmita a través del sexo; no lo creo Violeta, no lo creo». Esa fue mi respuesta entonces.

—Tal vez —Esta es mi respuesta ahora.

—¿Tal vez? —responde Vicente de nuevo, arqueando las cejas— O sí, o no, tal vez no nos vale Guillermo.

—De acuerdo, pues entonces, sí, se transmite por el sexo, aunque puede que hayan más cosas, no solo el sexo... —respondo eso y en realidad no tengo ni la menor idea, pero no lo puedo evitar, no puedo retener a esa parte de mí que miente, que necesita que los demás crean en mí aunque para ello haya tenido que mentir.

—¿Qué cosas? —interviene Cristina, cada vez más cerca de mí.

—Todavía es pronto para saberlo, pero puede que haya algo más, algo que se nos escapa y que tiene que ver con Baladrar...

—Pero Guillermo, perdona que me meta, la Epidemia de Verano se está extendiendo por todo el mundo, ¿cómo puede algo de Baladrar extenderse de esa forma tan rápida? ¿No crees que sí eso fuese así, ya nos habría matado a todos nosotros primero?

—Puede que sí, o puede que no, Juan. Para empezar ya os he contado cómo a mí me «atacó» lo que sea eso y cómo mi cuerpo, o mi mente, o lo que sea, consiguió repelerlo de algún modo. Así que lo que pienso es que no a todo el mundo le afecta por igual, eso está claro. No todo el mundo se contagia, de hecho pienso que a lo mejor, el vivir aquí precisamente no has hecho a algunos de nosotros especialmente invulnerables, nos ha hecho en cierta manera más resistentes.

—¿Eso crees? ¿En serio? —Vicente me presiona de nuevo con la mirada.

—Sí, eso creo, ¿se te ocurre algo mejor, Vicente?

—¿Se te ha ocurrido a ti algo mejor a parte de decir estupideces, molestar a la gente, y salir huyendo?

—No lo sé, tal vez decida que sería mejor idea hacer como tú y ponerme a contar cadáveres en la parte de atrás de mi coche para ver cuántos quemo cada noche.

Vicente se levanta al escuchar eso y se coloca frente a mí como si quisiera pegarme. Si no recuerdo mal, creo que esta es la tercera o cuarta vez que alguien intenta algo así desde que estoy aquí, y me pregunto cuál debe ser la razón de toda esta aversión hacia mí.

—Vicente, tranquilízate, por favor —Cristina se ha levantado y se ha situado frente a él, que continua mirándome impasible, con las cejas ligeramente arqueadas y los labios apretados en una diminuta línea arrugada.

—Por favor, no podemos discutir ahora —Vera ha tomado la palabra después de un par de horas de balanceo y de meditación—. Tenemos que estar unidos, recordar quiénes éramos, más que nunca. Tenemos que ser fuertes, no podemos consentir que el espíritu malo se acerque, no podemos permitir que llegue hasta nosotros, hasta ninguno de nosotros. Porque es eso lo que quiere, dividirnos, que nos peleemos, debemos de estar unidos, otra vez, ¿no os dais cuenta? El espíritu malo ha vuelto, ahora se ha hecho fuerte, y viene a por nosotros, a por todos nosotros. Lo intentó con Guillermo y lo intentará con el resto, quiere separarnos otra vez, disolvernos —Las palabras de Vera hablan de cosas que a todos nos quedan un poco lejos, habla en términos místicos, espirituales, pero de alguna forma nos tranquilizan. Vicente vuelve a sentarse, estira las piernas y coloca un pie encima del otro, se enciende un pitillo y vuelve a mirar a la lejanía.

—Bien, supongamos que tienes razón —dice Juan tomando la palabra, nunca se lo reconoceré, pero creo que es el más inteligente del grupo sin ninguna duda, siempre lo pensé aunque que me resistiera a admitirlo—. La Epidemia de Verano empezó aquí en Baladrar hace veinte años, haciendo que Lidia Dengra primero y el resto de los doce después, se quitaran la vida.

—Eso es, continua.

—Bien, según tú, Lidia o alguno del resto de los doce se debió contagiar con algo y ese algo es lo que hizo que los matara.

—Sí, así es, aunque lo del contagio no creo que sea tan sencillo...

—Un momento, Guillermo, déjame acabar. Cuando Catalina Viedma murió, la última de los doce, terminó el ciclo porque nadie repitió eso durante aquel verano y que nosotros sepamos tampoco durante los que vinieron después.

—¿A dónde quieres ir a parar, Juan? —De pronto me siento algo perdido al no ser yo quien lleva la voz cantante. Pero supongo que tendré que acostumbrarme.

—Estoy tratando de entender cómo funciona, Guillermo, de entender las posibilidades reales de que tengas razón en cuanto a lo de que todo empezó aquí. Porque no termino de entender una cosa, si Lidia se contagió aquí en el noventa, y ella contagió al resto...

—De eso no he dicho que estuviese seguro...

—No importa el orden, la cuestión es que si empezó aquí, y paró aquí en el noventa, ¿qué demonios te hace pensar que lo que está ocurriendo ahora tiene su origen aquí? Vale, tienes razón en lo de que puede que la causa de la muerte de los doce sea la misma que la que está amenazando a la población mundial, ¿pero no podría ser como otra cepa del mismo virus o bacteria o lo que sea? No sé, pero no termino de ver la conexión, Guillermo, no sé por qué tendría que estar relacionado con Baladrar...

—¿Ah, no la ves? Pues yo si lo veo, Juan, perfectamente, además. Siempre la he visto y te recuerdo que fui yo el primero en decir que algo raro había tras esas muertes. Y también fui yo

quien tuvo que marcharse al exilio para que no lo colgaran por las pelotas por seguir investigando. Así que, si te digo que es la misma causa, es porque es la misma, maldita sea —digo eso elevando mi voz y terminando las frases mirando hacia abajo y a la derecha, como siempre que me enfado. Me ha jodido que me ponga en duda.

—Tranquilo, Guillermo, yo solo quería ayudar. No era mi intención poner en duda tus méritos, pero si queremos hacer esto juntos, me parece que vas a tener que aguantar las dudas y las propuestas de los demás, ya no tenemos doce años, ¿no crees? Todos tenemos un punto de vista, una forma de ver las cosas.

Todos nos miran. Esperan una respuesta por parte mía que esté a la altura. Este es un momento delicado porque de él depende mi credibilidad, que sigan confiando en mí. Y sí, me jode reconocerlo, pero Juan tiene razón.

—Perdón, Juan, no he debido hablarte así, esto es de todos y todos debemos trabajar unidos para parar esto que nos está matando. Tienes razón en lo de que hay que trabajar en equipo y respetar el punto de vista de todos —Siento que mi respuesta satisface al resto. No sé si han llegado a pensarlo, pero tengo la impresión de que estaban pendientes de lo que yo dijera para continuar o no a mi lado. Si no me equivoco, creo que acabo de superar nuestra primera crisis grupal, acabo de evitar una moción de censura—. Creo que lo mejor es que nos pongamos manos a la obra cuanto antes, y sí, podemos considerar que es posible que tengas razón y que no haya nada que podamos hacer nosotros, que en Baladrar no exista ni el origen ni la causa de todo esto, pero ahora mismo creo que no tenemos nada mejor y es a lo que tenemos que agarrarnos, en lo que tenemos que confiar.

Juan asiente y admite mis disculpas.

—¿Y por dónde propones empezar? —dice Cristina con esa mirada verde cristalina.

—Fui a ver al abuelo de Lidia el otro día y me dijo algunas cosas interesantes, como ya os dije. Tal vez podríamos volver y empezar todos juntos desde allí, o tal vez podríamos continuar por cualquiera de los doce, la cuestión es ver qué demonios tenían en común, indagar sobre los lugares que frecuentaban, dónde se reunían, cualquier cosa que los uniera.

—¿Os parece si empezamos por la madre de Niven? —dice el Mapache en un tono algo más tranquilo.

—Claro, por supuesto —digo apoyando la propuesta de Vicente.

El resto también asiente y salimos de allí dispuestos a enfrentarnos a la verdad.

CAPÍTULO 22

1

«Te aconsejo que si alguna vez te sobresaltas en mitad de la noche y te despiertas sin saber muy bien por qué, te aconsejo, de verdad, que no busques entre las sombras de tu habitación. En serio, no trates de buscar figuras extrañas ni que tus ojos se acostumbren a la oscuridad, tú solo cierra los ojos, ciérralos y concéntrate en volverte a dormir. Pero por lo que más quieras, no se te ocurra buscar figuras entre las sombras, porque es posible que veas algo de lo que te arrepientas, algo que incluso, es posible, sea lo último que veas. Tú solo quédate quieta y concéntrate en seguir respirando, quédate quieta, y por lo que más quieras, que no veas cómo el hombre del sombrero se acerca».

Las palabras de Richi todavía retumbaban en el interior de Violeta. En el interior del sucio y oscuro lugar donde se encontraba. Le contó lo que su padre le dijo antes de morir, algo que solo le había contado a Guillermo, el idiota, o el imbécil, como él lo llama, y desde entonces no había pasado un día en el que no se arrepintiese. Porque ese momento era suyo, sentía que era algo más profundo que la vida, más intenso que la propia existencia, y que al contárselo al imbécil es como si hubiese perdido parte de esa magia. Como si el idiota le hubiese robado parte de su vida, parte de él y de su padre, de su familia, eso es lo que le había dicho.

Le dejó muy claro que si se lo contaba era porque confiaba en ella, eran del mismo barrio, la había visto crecer y sus ojos eran honestos. Pero lo que no le contó fueron los planes que había estado urdiendo bajo esa mata de pelo grasienta mientras Violeta escuchaba atenta.

«Mi padre, momentos antes de morir, de hacer eso, rogó por su vida ¿sabes?, al hombre del sombrero. Le suplicó que por lo que más quisiera dejara en paz a su hijo, a mí. Ya se había llevado a su mujer y ahora se lo estaba llevando a él. Cuando yo me acerqué a él los hilos que lo sujetaban al mundo de los vivos eran ya muy finos, apenas eran ya segundos, ¿sabes? Me dijo que me alejara de aquí, que nunca más volviera a este lugar, y que no me atreviera a preguntar por él, por el hombre del sombrero, ni a buscarlo, ni tan siquiera a pensar en él. Desde entonces no habido noche en la que no me despertase sobresaltado, sudando y llorando. Sé que está ahí, al acecho, que me quiere a mí también, pero no se lo permitiré. Porque yo tengo algo que él quiere, yo tengo alimento para él, un buen pedazo de carne fresca, Violeta, eso es lo que ahora eres, preciosa, carne fresca para darle de comer a la bestia».

Las últimas palabras de Richi las recordaba algo confusas, como esos recuerdos de una noche de borrachera que no atinas a identificar como reales o irreales, como propios o ajenos. Richi «el Cerdo», o «el Loco», como todos lo conocían allí, debió poner algo en la bebida que le ofreció y que ella aceptó de buena gana porque estaba muerte de calor y porque había vuelto a hacer uso del manual de los pilares de la buena educación.

Al menos Nube se encontraba encerrada con ella, en esa sucia habitación sin ventanas, sin un pomo o manivela en la puerta, tan solo la cerradura por la que el malnacido de Richi había echado la llave con una doble vuelta. Allí apestaba a rancio, a sudor, a materia orgánica en descomposición. Tres o cuatro moscas gigantescas zumbaban a su alrededor y le impedían relajarse ni un solo segundo, moscas verdes, con el cuerpo abultado y granulado, realmente

asquerosas. Nube también estaba de los nervios y se desesperaba tratando de darles caza. El animal jadeaba y miraba a Violeta con un interrogante en la mirada, «¿y ahora qué hacemos, Violeta?».

Pegó una oreja en la puerta y sintió algo pegajoso, quizá restos de barniz, maldito calor que todo lo derrite, quizá restos de comida, o de grasa humana, quién sabe lo que habría tocado esa puerta antes que ella. No escuchó nada, absolutamente. Un vacío hueco y profundo. ¿Dónde demonios la había encerrado ese tarado?, se preguntó al borde de la histeria.

Gritó tan fuerte como pudo. Pidió ayuda. Maldijo a Richi. Se pasó una mano por la frente. Se quitó la mascarilla, los guantes y las gafas. Estaba recuperando todas sus facultades y empezaba a hiperventilar. Empezó a caminar arriba y abajo por el diminuto espacio que quedaba libre entre el roñoso colchón de muelles y las irregulares y sucias paredes de esa claustrofóbica habitación. Necesitaba pensar. Necesitaba salir de allí cuanto antes porque no sabía qué es lo que se proponía ese enfermo mental. Nube jadeaba con la lengua fuera y la seguía arriba y abajo, estaba nerviosa, casi tanto como ella.

—¡¡¡Richiiii!!! ¡¡¡Abre esta maldita puertaaa!!!

Pegó de nuevo la oreja a la puerta y lo único que escuchó fue su propia respiración, el crujir del interior podrido de la madera. Hacía calor. Le dolía la cabeza. Su cuerpo estaba empapado y necesitaba una ducha, necesitaba agua.

El ruido de algo deslizándose, arrastrándose, hizo que se pusiera en alerta, se apartó instintivamente dos metros de la puerta y vio cómo introducían un papel por debajo.

«Ponte en el rincón, justo en la esquina que hay tras el colchón. Sujeta a la maldita perra y estate quieta. Haz lo que te digo si quieres comer y no intentes nada, porque te juro que os pego un tiro a las dos. Tienes veinte segundos a partir de ahora. Si cuando abra la puerta no estás donde te digo, no comerás nada hasta mañana».

En cuanto Violeta terminó de leer esa escueta y mal escrita nota escuchó cómo despasaban primero un cerrojo y después cómo daban vueltas a una llave. Abrió los ojos con fuerza, cogió a Nube y de un salto se situó tras el colchón, tal y como le habían ordenado, el punto más alejado de la puerta.

La puerta se abrió del todo y ante ella apareció la figura ojerosa y pálida de Richi, pudo sentir su fuerte olor corporal de nuevo. A sus pies había una bandeja amarilla pastel con un cuenco de plástico lleno de algo que parecía agua, un plato también de plástico con arroz blanco, un buen pedazo de pan y un buen pedazo de tarta de chocolate.

Los dos se quedaron mirándose durante un par de tensos segundos.

—¿De qué coño vas, Richi? ¿Por qué me has encerrado?

Richi dibujó una enfermiza sonrisa con sus casi inexistentes y amoratados labios.

—¿Lo has visto?

—¿El qué?

—Ya sabes, al hombre del sombrero.

—No sé de qué me estás hablando, Richi, pero te aseguro que o me sueltas ahora mismo, o...

—¿O qué? ¿Eh? ¿Qué vas a hacer? Viniste aquí para meterte en mi vida ¿no? Igual que el imbécil, pues eso es precisamente lo que tienes, ahora estás en mi vida, ¿te gusta lo que ves?, yo llevo así más de veinte años, ¿qué te parece? ¿Te gusta mi vida?

—Me parece que estás como una puta cabra, Richi, déjame salir, te lo advierto, no sabes de lo que soy capaz.

—No sé de lo que eres capaz.

—Richi, en serio, aún estás a tiempo de hacer lo correcto, déjame salir ahora y te juro que no diré nada.

—Yo también te juro que no dirás nada y que estoy haciendo lo correcto.

—Richi, por favor, déjame salir, ahora, y te prometo que lo olvidaré todo.

—Te prometo que lo olvidarás todo, en cuanto veas al hombre de negro...

—¿Pero se puede saber de qué estás hablando, loco de mierda?

—Sé de qué estoy hablando, ¿no querías respuestas? Ya te las he dado, ya las tienes, el hombre del sombrero se llevó a mis padres, igual que hizo con el resto y que está haciendo ahora con todos nosotros, bueno, con casi todos.

Richi volvió a sonreír tímidamente. En su dentadura se dibujaron cuatro o cinco huecos, el resto de dientes tenía un aspecto asqueroso. Estaban como corroídos por la raíz, por la parte en la que se unen a la encía, y eso hacía que se vieran una multitud de espacios vacíos entre diente y diente. Espacios por los que su pútrido olor se filtraba hasta impregnar cada centímetro de esa habitación.

—No sé quién es el hombre del sombrero, Richi, pero te puedo asegurar que aquí dentro solo estamos tú, yo y la perra.

—No te preocupes, vendrá, te lo puedo asegurar.

Richi empujó la bandeja con el pie hacia el interior de la habitación.

—Tienes que empezar a comer, estás muy delgada, al hombre del sombrero le gustan con más carne, por eso a mí no me come...

Richi volvió a sonreír y Violeta se fijó en cómo los huesos de su cara parecían tratar de abrirse paso a través de su fina y desnutrida piel.

—En serio, Richi, puedo ayudarte, te juro que te ayudaré en todo lo que pueda, pero por lo que más quieras, déjame salir, necesitas ayuda, Richi, ¿no te das cuenta?

—No, tú eres la que necesita ayuda, no yo, ahí tienes la bandeja de comida, en unas horas vendré con más y te aseguro que como no te la hayas terminado pagarás las consecuencias.

Richi se hizo hacia atrás ocultándose de nuevo en la penumbra de la casa y cerró la puerta de un fuerte golpe.

—¡No, Richi, por favor, espera! —Violeta se abalanzó contra la puerta pero sus intentos por abrirla fueron totalmente en vano. La puerta se abría hacia dentro y no tenía por dónde cogerla. Escuchó cómo Richi tiraba del pasador y daba dos vueltas a la llave. Después de eso la luz del estrechó cuarto se apagó y todo se hizo oscuro de nuevo.

Estaban solas, ella y Nube. Se dejó caer al suelo y rompió a llorar mientras Nube gimoteaba y trataba de darle lametazos para consolarla. No tenía ni idea del lío en el que se había metido, ni si podría salir con vida de allí. De repente, Nube se calló de golpe, inmóvil. Violeta alzó sus empañados ojos y miró al fondo, en la pared de enfrente, una extraña sombra había empezado a dibujarse en el suelo. Tragó saliva y contuvo la respiración. ¿Qué demonios era aquello?

2

Víctor Nieves, abrió la puerta de la casa de Raúl el Casco con su propia llave. Hacía ya bastantes años que Adriana, la madre de Raúl, le había hecho entrega de la copia de un juego completo de llaves. Según ella, «esa también era su casa» porque alguien que había estado tan cerca de su hijo, y «de ella», y más aún después de todo lo que había pasado, de todas las desgracias que habían

estado azotando a su familia, merecía el privilegio de entrar y salir de su casa cuando quisiese. Porque «esa también era su casa».

Niven atravesó el recibidor y Adriana escuchó desde la cocina el repiqueteo de los caros zapatos de piel que solía calzar. Se aflojó ligeramente el cinturón de la bata de seda que el propio Víctor le regaló las últimas navidades y continuó fregando los platos como si tal cosa. Mentalmente empezó a contar los pasos que restaban para que él llegase hasta donde ella estaba, su corazón se empezó a agitar.

Cuando Víctor llegó hasta la cocina la vio allí de pie, de espaldas, con esa bata que tan bien dibujaba sus nalgas y sus caderas, moviéndose rítmicamente al compás de los movimientos que hacía con las manos al fregar los platos. Realmente se intuía una agradable vida bajo la fina y deslizante bata de seda. Se acercó a ella sigilosamente, puso su nariz en la base de su cuello y aspiró profundamente entrecerrando los ojos, luego continuó recorriendo la suave y aterciopelada piel de su nuca. Adriana apoyó las manos en el contorno de la pila del fregadero y suspiró humedeciéndose los labios, dejando el agua del grifo correr.

—Qué estás haciendo, Víctor, ya te he dicho que esto no está bien... —susurró Adriana mientras sus caderas habían empezado a contonearse con sensualidad, casi con vida propia.

Víctor deslizó una mano por la suave tela de la bata, desde la cintura de Adriana hasta la parte anterior de sus muslos, acariciándola, jugueteando con la parte interna, donde se cerraba sobre sus piernas. Adoraba esos muslos, desde siempre, desde hacía muchos años. Adriana tenía casi veinte años más que él, pero se conservaba estupendamente bien, aunque eso no lo era todo. Ella tenía algo, casi incomprensible, algo que hacía que Víctor se volviese completamente loco, desde siempre, desde el día en el que perdió la virginidad con ella.

—Por favor, Víctor... para... mi hijo está en casa y puede escucharnos... no tienes derecho... por favor, Víctor...

Victor continuaba mordisqueando el cuello y la nuca de Adriana. Una mano seguía tratando de abrirse paso entre sus muslos, hacia ese lugar situado justo en el centro de sus piernas. Un poquito más abajo de su ombligo y que ella trataba de mantener fuera de su alcance, apretando bien fuerte las piernas. La otra mano se había colado por la parte superior de la bata y jugaba libremente con sus pechos, amasándolos cada vez con más fruición. Ella había empezado a emitir débiles e incontrolables gemidos, él estaba empezando a sentir una potente erección bajo sus pantalones.

—No, Víctor... pero qué estás haciendo... Raúl es tu amigo... por lo que más quieras, para de una vez... por favor, no lo hagas... no me hagas esto... soy una mujer casada... mi marido llegará en cualquier momento... Víctor... Víctor...

Adriana se separó de su marido poco después de que naciera su hijo Raúl, y desde entonces no había vuelto a saber de él. Disfrutaba imaginando que ese malnacido llegaba en cualquier momento y la descubría rozándose y magreándose con un hombre más joven y atractivo que él, con un hombre más rico que él, con un hombre con una polla infinitamente mejor que la de él.

Víctor sacó la mano del interior de la bata de Adriana y se bajó la bragueta con un rápido tirón, introdujo la otra en el interior de los muslos y tiró de uno de ellos con fuerza, hacia fuera, separando sus piernas. A ella se le escapó un gemido más fuerte, primitivo, casi de extremo peligro. Él le acabó de desanudar la bata y la levantó por su parte posterior, dejando a la vista ese maravilloso culo que parecía tener vida propia, que parecía estar llamándolo con sutiles movimientos, diciéndole ven con el dedo, invitándolo a pasar dentro. Ella se cogió con fuerza al fregadero, sabía lo que venía ahora, lo esperaba con ansiedad, con necesidad. Él la penetró con fuerza y cerró los ojos un instante, pegando la cara en la tersa piel de su espalda.

—Víctor, no... no puedes hacer eso... podría ser tu madre... Víctor...

Víctor se agarró con fuerza a los dos pechos de Adriana y empezó a embestirla desde atrás, con profundidad, con rapidez. Ella empezó a gimotear, le costaba sujetarse a la pila del fregadero.

—No, Víctor... tienes que parar...

Adriana hablaba entre susurros, entre gemidos cada vez más sonoros, cada vez menos reprimidos, más fuertes, con más placer.

Víctor empezó a moverse con más rapidez, estaba a punto de terminar. Gotas de sudor habían empezado a caer sobre la espalda de Adriana, cada vez se agarraba de sus pechos con más fuerza, estaba en otra dimensión.

—Víctor... no... Víctor... por lo menos haz el favor de correrte fuera... por lo que más quieras, no te corras dentro, Víctor... dentro no, por favor...

Después de escuchar esas palabras, Víctor no tardó en terminar, efectivamente, dentro de ella. Acto seguido ella terminó en un fuerte y largo gemido que debió escucharse a lo largo y ancho de todo el edificio donde vivían. Se quedaron unos segundos en esa postura. Él detrás, ella con los ojos cerrados sintiendo cómo poco a poco empezaba a escurrirse por sus piernas el semen de Víctor. Los dos recuperando poco a poco la respiración.

Víctor se echó hacia atrás dándole un tierno beso en la espalda, se subió la bragueta al tiempo que ella se giraba.

—Hola, Adriana...

—Hola, Víctor... pensaba que no volvería a verte, que te había pasado algo...

—No digas tonterías —dijo él dándole un tierno beso en los labios, a ella por poco se le saltan las lágrimas—. ¿Está Raúl arriba, verdad?

—Sí... está arriba, con sus cosas, ya sabes —dijo ella poniendo sus manos con delicadeza sobre el pecho de él.

—Subo un momento, ¿te parece?

—Claro, esta es tu casa, ¿te vas a quedar a cenar?

—No puedo, Adriana, Lorena está últimamente muy pesada y ya sabes que tenemos a mi padre en casa, pero te prometo que vendré a verte más a menudo, ¿te parece?

—Claro, ven cuando quieras Víctor, ya sabes que esta es tu casa y que Raúl está deseando que vengas a verlo, ¿en serio no te puedes quedar a cenar? Puedo hacer vuestro plato favorito, y luego... ya sabes... a lo mejor puedes colarte en mi habitación y sorprenderme durmiendo desnuda a medianoche... cuando Raúl duerma profundamente... —Adriana se mordió el labio inferior con pasión, cruzó una pierna sobre la otra al sentir un pequeño cosquilleo en su bajo vientre.

—No seas mala, Adriana, no me tientes, de verdad que no puedo, subo un momento a ver cómo está y me marcho, en serio.

Víctor le dio un fuerte beso en los labios que la dejó medio atontada. Subió las escaleras que daban acceso al piso de arriba y tocó por educación la puerta del cuarto de Raúl, antes de que contestara ya había entrado.

—Hola, Rául, ¿qué tal estás?

Raúl estaba sentado en un puf en mitad de la habitación mientras, absorto, mataba marcianitos con la videoconsola.

—¿Qué hay, Víctor? —respondió sin apartar la vista de la pantalla.

—Tengo un trabajo para ti, Raúl —dijo Víctor poniéndose delante de la pantalla del televisor.

Raúl tardó unos dos segundos en dejar el mando de la videoconsola y alzar la vista recorriendo cada centímetro de las dos piernas que se levantaban frente a él. Una gota de sangre

había empezado a resbalar por su nariz, tardó otros dos segundos en sentir el suave cosquilleo de su lento recorrido y limpiársela con el dorso de la mano.

—Claro, Víctor, tú dirás.

—Hay que tapar un agujero, uno grande.

3

El sucio y espeso aire golpea mi frente con sus toscos y oleosos dedos. Nos dirijimos a casa de Niven rodando por la Avenida de los Poblados, alguien se ha ido trabajando a los contenedores de todo Baladrar y ahora descansan con sus mandíbulas de plástico reforzado desencajadas. Algunos locales comerciales han sido completamente abandonados y se han convertido en el alimento de curiosos, saqueadores y moradores de los lugares y las propiedades ajenas. Los neumáticos chillan en cada curva. Luego me pregunto qué demonios debe estar transportando esa pareja de sudamericanos bajo esa envoltura de alfombra y esa forma espantosamente enrollada en un cilindro de aproximadamente dos metros de largo.

Vicente el Mapache al volante, su tupé cinematográfico es como una ola que nunca rompe. Cristina está sentada detrás de mí, su hermano Juan en el otro extremo de la fila de asientos traseros y Vera en el centro, controlando la respiración y suplicando al «espíritu bueno» que nos ayude. Y yo me pregunto desde el asiento de copiloto si nosotros, si estos cinco cuerpos que navegan a la deriva en un mar que está empezando a ser propiedad única y exclusiva del pasado, tienen algo que ver con aquellos cinco niños que veinte años atrás jugaron a descubrir el mundo. Los mismos que se dejaron guiar por la ilusión y por el convencimiento de que algo grande esperaba, aguardaba, tras una esquina, o revoloteando en el brillo de unos ojos que no escondían nada, que lo daban todo. Tal vez esos cinco niños existan todavía, o tal vez se hayan ido para siempre. A lo mejor nos encontramos cerca del lugar donde lo dejamos, del tiempo en que nos perdimos y tal vez, solo tal vez, permanezcan contenidos en algún lugar de nuestra memoria esperando a ser rescatados por algún ser extraño, como por ejemplo nosotros mismos.

Vicente ha detenido el coche frente al bar Lauria.

—Enseguida vuelvo, tengo que hacer un par de preguntas ahí dentro —dice Vicente sin mirar a nadie, sin pedir permiso. Él es la ley, de eso no cabe duda.

—¿Algo importante? ¿De qué se trata? —pregunto antes de que el Mapache me cierre la puerta en las narices.

—No, rutina —dice haciendo una pequeña pausa y mirándome desde ese enigmático lugar en el que ahora se encuentra su mente.

Vicente desaparece tras la puerta del Lauria y los cuatro que permanecemos en el coche tardamos apenas unos segundos en decidir que es mejor esperar fuera que dentro.

Cristina está poco comunicativa y al parecer todas sus preocupaciones se centran casi exclusivamente en su hermano y en Vera. Un par de veces incluso me ha parecido que ignoraba mis intervenciones, como si estuviese molesta por algo que yo hubiese hecho, pero no algo del pasado, sino de algo reciente.

El aire es inexistente, un anciano arrugado y sin camisa está medio sentado en un taburete que hay justo en la puerta del bar Lauria. Fuma. Tiene los ojos casi cerrados para evitar que el sol se los queme por completo. Lleva uno de esos mini puros que muchos hacen durar varias horas, juega con él paseándolo entre sus labios. La mirada del aciano es ancestral, es viejuna, y como todo lo

viejo, contiene pozos de sabiduría. Nos aguanta la mirada sin desafío pero con cierto orgullo, para qué demonios iba a apartarla a estas alturas ya.

Vicente sale del Lauria dando un portazo, tiene la cara medio agriada por la decepción, golpeada por el cansancio.

—¿Todo bien, Vicente? —pregunta Juan con preocupación.

—No, no hay nada bien en este maldito pueblo —dice Vicente volviendo a meterse dentro del Honda.

—¿Nos vamos? —dice Vicente echándonos una mirada por la ventanilla.

—¿Algo de lo que preocuparnos? —pregunta Vera lastimera.

Vicente la mira a ella y no puede evitar mirarme a mí también.

—No, nada aparte de que el mundo se está yendo a la mierda, pero intuyo que eso tú ya lo sabes —Cuando ha dicho «tú» no ha podido evitar que sus ojos se posaran en mí.

4

Al llegar a la casa de Niven no puedo evitar que los recuerdos me posean durante unos segundos. Se adueñen de mi consciencia y me manden directo al verano de mil novecientos noventa. Cuando nos colamos en ese garaje en el que presuntamente había un fantasma auténtico, real, el de la madre muerta de un chico con el que nos habíamos medio criado, jugado de sol a sol y compartidos algunos de los momentos más memorables de nuestra infancia.

Vicente ha tocado ya tres veces al timbre obteniendo siempre el mismo silencio por respuesta. Por mi mente empieza a sobrevolar la posibilidad real de volvernos a colar allí dentro. Sí, sé que es una locura, ya no somos unos críos, entrar en una casa que no es nuestra es un delito grave, pero, qué narices, ¿acaso no es grave la situación? Miro tras de mí y veo desafío en los ojos de Cristina, un mechón de pelo sobrevuela sus finas y perfectamente arqueadas cejas. Veo excitación en el rostro de Vera, se ha cruzado los brazos y acaricia su propia piel con algo de descaro, apuesto a que ahora mismo debe de tener la piel de gallina ante la posibilidad de profanar nuevamente ese garaje fantasmagórico. Juan mira para otro lado y veo «miedo» en sus enjuagar de labios. Por último, Vicente parece estar cincelando mi moralidad con sus ojos escrutadores, pero a la vez me parece ver algo del Mapache allá al fondo, donde (creo que) habita su verdadero yo.

No tardo en llegar a la conclusión que ya no hay nada que podamos perder.

—¿Os parece si entramos? —pregunto con convicción, casi con devoción. Los repaso a todos con la mirada y veo cómo en el reflejo de sus ojos se ha empezado a erigir un nuevo líder—. Necesitamos entrar ahí dentro y peinar hasta el último centímetro de esa casa en busca de algo que pueda hilar con el resto de casos —Hago una ligera pausa y veo que nadie se arranca a hablar—. Bien, yo voy a ir a la parte trasera, al garaje, esta vez entraré yo, si alguien se apunta estaré encantado de que me acompañe—. El resto me mira y después se miran entre ellos. Cristina y Vera se buscan con la mirada, Juan las busca a ellas y después me mira a mí, quiere volver a confiar, lo necesita, volver a creer, pero hay algo en él que no le deja. Vicente no me quita el ojo de encima, pero es el único que abre la boca.

—Está bien, yo voy contigo, pero me quedaré fuera vigilando por si viniera Niven o Lorena.

Tras el sí de Vicente todos se apuntan. ¿Tal vez es él y no yo el nuevo líder que se está erigiendo? Juan y Verá se quedarán en la parte delantera, donde nos encontramos ahora mismo, vigilando desde ese ángulo por si se aproxima alguien, y Cristina... Todavía no me lo creo, pero

Cristina acaba de decir que entrará conmigo. Aunque lo ha dicho sin mirarme a los ojos, da igual, el caso es que viene.

Salto la verja exterior yo primero y aguardo a que salte Cristina. Le ofrezco mi ayuda para bajar, pero la rehúsa con educación y contundencia.

El plan es el mismo que el de hace veinte años, así de sencillo. Uno se cuela por la estrecha ventana superior por la que respira el garaje y le abre la puerta al otro desde dentro, luego se peina la casa con rapidez y salimos por la puerta trasera como si tal cosa.

Pero no todo es tan sencillo como hace veinte años. La ventana no se abre. Está perfectamente sellada, es una de esas de doble cristal con cierre hermético para conseguir un buen aislamiento térmico y acústico. Al menos no han instalado una reja. Mis pies apenas encuentran apoyo en las bonitas piedras que hay encastradas en la pared bajo la ventana, y mis manos se aferran como pueden al alféizar. Miro hacia abajo y veo a Cristina esperando a que no la defraude otra vez.

—Eh, Guillermo, prueba con esto —Vicente, desde el otro lado de la verja, susurra lo suficientemente alto para que pueda escucharlo, y en cuanto me giro, todavía colgado de la ventana, me lanza una especie de cuchillo que aterriza en el césped del jardín de Niven. Cristina lo recoge y me lo pasa. No es un cuchillo, es una navaja.

Despliego su robusta hoja y la introduzco en el lugar en el que la hoja de la ventana se cierra sobre el marco de metal. No sé cómo demonios piensan que voy a abrir la ventana con esto.

—Guillermo, introduce la hoja a la altura del centro de la ventana más o menos, después ves jugando moviéndola arriba y abajo. Notarás que te topas con una especie de pieza metálica, en realidad es como un gatillo, tienes que conseguir que baje hacia abajo.

Vicente me hace indicaciones desde fuera, asoma la cabeza entre los barrotes de la verja exterior mientras apoya cada una de sus manos en dos de esos cilindros de acero. Me recuerda a uno de esos presos que ven la vida que les ha sido arrebatada a través de la jaula que los separa del mundo exterior. De repente tengo miedo a que venga Niven. Tengo miedo a que venga alguien y me sorprenda tratando de colarme en una casa que no es mía. El sudor hace que se me resbalen las manos y no consigo hacer que el gatillo del que habla Vicente se mueva.

—¿Quieres que pruebe yo? —dice Cristina de forma casi inaudible.

La miro y veo en sus ojos que sufre, ahora mismo está sufriendo. Quiero pensar que sufre porque no quiere verme fracasar.

Me dejo caer al suelo y le paso la navaja a Cristina.

—¿Te ayudo a impulsarte hacia arriba?

—Vale —Ese mechón, nuevamente cruza su frente de lado a lado y tras él, sus verdes ojos me miran y me seducen. Todavía no ha saltado la chispa entre nosotros y ahora mismo no sé si nos estamos acercando o alejando.

Entrelazo mis dedos para que Cristina ponga un pie sobre ellos, hago fuerza hacia arriba y ella no tarda en alcanzar el alféizar. Con un codo se mantiene ligeramente en vilo, yo desde abajo sujeto sus pies, ella empieza a juguetear con la navaja y esa ventana como si llevase toda la vida haciendo eso mismo. Sus movimientos son hábiles y precisos. Ha encontrado un punto en el que anclar la punta de la navaja. Desde abajo veo que la introduce como un centímetro más, coge el mango con las dos manos, aprieta un poco los labios, y tira con fuerza hacia abajo. Sensualidad natural. Se escucha un clic. Ella se gira y me sonríe, tiene las mejillas encendidas. Acaba de abrir la ventana y antes de que me empiece a caer la baba ya tiene medio cuerpazo dentro.

Estamos dentro. De nuevo.

Víctor Nieves llevaba un día de locos. Las cosas no iban nada bien. Stuart Hicks estaba muy pesimista y le había transmitido sus peores miedos y temores. Todo su dinero, hasta el último céntimo del patrimonio de los Nieves, había sido invertido en esa mina que estaba destinada a ser la fuente de la vida de las nuevas tecnologías. Pero la inoportuna Epidemia de Verano lo estaba mandando todo a paseo. Los transportistas habían echado el freno y ya nadie quería transportar nada. Las empresas contratistas se habían tomado un «periodo para la reflexión» hasta ver cómo evolucionaba todo. Obviamente, con el mercado mundial actual en parada cardiorrespiratoria, a nadie se le pasaba por la cabeza seguir llenando las tiendas de productos que ni funcionaban y que ni mucho menos se vendían. El tiburón Hicks le había dicho literalmente a Niven que sus asesores de Nueva York le habían «conferenciado» un panorama muy negro, intransitable, a decir verdad. Una de las primeras cosas que Niven aprendió en la facultad de empresariales es que un mercado paralizado, es un mercado necrótico, y necrosis significa muerte. Muerte que se extiende y que hace peligrar la vida de todo aquello que la rodea. Además estaba el asunto del agujero de la mina. Hicks había insistido en que urgía tapar esa fosa infinita para que los trabajadores no pararan, porque si ellos también contribuían a paralizar el mercado sería como estar cavando su propia tumba financiera.

Entró en casa rascándose la entrepierna y pensando en Adriana. Luego le vino a la cabeza su hijo Raúl, y no supo qué pensar si tratando de tapar ese agujero de la Cobriza le pasaba algo malo. Su madre, la mujer con la que llevaba años manteniendo una relación en secreto, no se lo perdonaría en la vida. Él tampoco se perdonaría en la vida que esa mujer de la que, en cierta manera estaba enamorado, sufría la pérdida de un hijo por su culpa. En su fuero interno se planteó seriamente irse a vivir con ella para siempre.

—¿Lorena? —Niven recorrió la planta de abajo aflojándose el nudo de la corbata y volviendo a incidir en su entrepierna, un picor se había instalado entre sus testículos desde su último encuentro con Adriana. Se le pasó por la cabeza si no le habría pasado ladillas o algún otro repelente microbio. Pero acto seguido se dijo que Adriana no le haría eso, no se acostaría con otros hombres. Él era su hombre.

—¿Lorena? ¿Dónde te has metido? —El aire acondicionado estaba apagado. Apretó el botón de encendido, un par de moscas empezaron zumbar alrededor de su frente. Un fuerte olor a humedad estancada llegó hasta su nariz y el ruido a un pesado objeto moviéndose desde algún lugar de la parte posterior de la casa hizo que sus dos orejas se reorientaran hacia esa dirección.

El garaje. Alguien debía haberse colado allí dentro y lo que es peor, ni Lorena ni sus hijas daban señales de vida. Peligro. Su corazón empezó a subir la intensidad de las contracciones, podía sentir ligeros pinchazos en el centro del pecho. Se descalzó para no hacer ruido. Deslizó sus pies con suavidad hasta el salón y abrió la caja fuerte que tenía escondida detrás de la litografía metálica de «los relojes» de Dalí. Sacó la Beretta de 9mm made in USA. Comprobó que el cargador estaba en su sitio y se dirigió hacia la parte trasera de la casa con un dedo en el gatillo y una gota de sudor resbalándole por el centro de su frente.

+

No puedo decir que el garaje de la casa de Niven está tal y como lo recordaba porque yo no entré en aquella ocasión, lo hicieron Raúl y Juan. Raúl se quedó como atrapado desde aquel día y cambió para siempre su atlético cuerpo por una vida de encierro y aislamiento social. Juan, por contra, solo recordó «el miedo», y otra cosa más, algo que él mismo definió como «muy extraño». Tiempo después matizaría esas palabras, tal vez cuando encontró el momento adecuado para

hablar de ello sin parecer un bicho raro, porque eso «muy extraño», en realidad fue una imponente sensación de que había alguien más allí con ellos, algo raro, porque esa sensación era diametralmente opuesta a la certeza de que obviamente, allí dentro estaban ellos dos solos. Vera dijo que debía ser «una presencia», los demás se rieron de él o lo acusaron de estar inventándose eso para hacerse el interesante y, quién sabe, tal vez servirle incluso de gancho para acercarse un poco más a Vera. Intuyo que yo no era el único que sospechaba que le gustaba, de hecho Ángel le llegó a decir que dejara de contar de una maldita vez esa historia porque no era cierta y porque «le calentaba la cabeza» a «su novia».

A mí lo que me pareció entonces es que esa presencia era real, y pertenecía al espíritu de Graciela, la madre de Niven. Y lo que me está pareciendo ahora... eso es algo que todavía no puedo definir.

El calor aquí dentro es descomunal. Es un horno crematorio. El aire es irrespirable. El generador no deja de trabajar y hace un ruido atronador, constante, apabullante. El rotor, incesante, no deja de girar y de chillar. Las palas de la turbina parecen estar luchando por salir volando, y los pequeños orificios de evacuación del aire escupen pequeños géiseres de un humo denso y caliente, tóxico y grisáceo.

De momento no hemos encontrado nada aquí dentro, nada que nos de alguna pista para conectar la muerte de Graciela con la del resto de los doce.

Hay algo que tanto a mí como a Cristina nos ha puesto los pelos de punta. En el centro de este garaje infernal hay una figura de más de cuatro metros de largo y al menos uno y medio de ancho. Es un vehículo, está tapado con una funda gris de alta calidad, nada de plásticos ni de poliésteres ni mierdas por el estilo. El señor coche está envuelto con una tela que supera con creces la calidad de todas mis camisas. Incluso debe de estar hecha a medida, porque se ajusta a casi todas sus curvas, igual que la seda a las caderas de una supermodelo.

Levanto la funda y Cristina no me quita ojo de encima, sostiene la respiración, yo contengo los latidos de mi corazón. El Mercedes. Es el Mercedes en el que Graciela se quitó la vida, no me cabe la menor duda. Lo que me pregunto ahora es, ¿por qué demonios querría alguien conservar algo así durante tantos años?

Cristina se está agobiando. Aquí dentro no hay nada. Noto cómo su respiración se hace cada vez más ruidosa. Está nerviosa. A mí me está entrando algo de ansiedad. La iluminación es muy débil, la bombilla que cuelga en el centro del garaje ha empezado a mecerse ligeramente y eso hace que las sombras cobren vida propia.

—Cristina, tenemos que salir de aquí —Las palabras salen de mi garganta con la inseguridad.

Ella parece ausente.

—Cristina, ¿me has oído? Hay que salir de aquí o me da la impresión de que nos vamos a quedar fritos en cualquier momento. Creo que aquí hay algo tóxico, no se puede respirar...

—Espera un momento, por favor, no hemos venido aquí para nada, ¿no? Tiene que haber algo, Guillermo, tiene que haberlo, tú lo dijiste...

—Sí, yo lo dije, pero si no cogemos aire puro ahora mismo nos vamos a quedar sin oxígeno, y sabes qué sucede cuando eso pasa, ¿verdad?

Los ojos de Cristina se están apagando, el fuego ha dejado paso a las cenizas. No dicen nada. Ella tampoco. Solo me mira y se pasea por el garaje de Niven buscando algo que ni ella misma sabe. La camiseta se le pega al cuerpo. Sudor. Yo no puedo evitar fijarme en los bonitos detalles que se transparentan de su ropa interior. Rodea el Mercedes mejor vestido del mundo, se agacha, le veo la tira de las bragas, mira debajo. Centra su atención en los armarios de resina y en el

banco de madera maciza para las herramientas que decoran el rincón del mecánico perfecto. Yo no dejo de seguirla con la mirada y me entretengo quitándole prendas con mi sucia mente. El calor, si no me pone agresivo, me pone frenético, y si no completamente loco.

Ahora se ha quedado pasmada mirando cómo tiembla el generador eléctrico. Cómo suelta calor a presión y chilla y chirría y parece estar tratando de excavar un agujero en el suelo con tanto traqueteo. El bicho me recuerda a simple vista a uno de esos carritos para los helados que los americanos gustan tanto de pasear calle arriba calle abajo.

Luego se vuelve a girar y se agacha nuevamente para mirar bajo el coche. Lo ha hecho sin pensar, o porque piensa que se ha dejado algo en el tintero cuando ha mirado antes allí abajo.

Yo ya no le digo nada, tan solo contemplo, casi desde el aturdimiento, cómo la piel de su cintura se queda al descubierto. Lujuria.

—¿Se puede saber qué estás buscando otra vez allí abajo, Cristina?

—Espera un momento, Guillermo, creo que acabo de encontrar algo...

Mis manos no paran de sudar. Mi cerebro trata de asimilar las palabras que acaba de escuchar.

—¿En serio? ¿Qué has encontrado? —No puedo evitar entusiasmarme. La emoción me embarga.

Cristina sale de debajo del coche y yo aprovecho para deleitarme con el escote que durante uno o dos segundos se hace más holgado y deja ver hasta más allá del ombligo, cerca de la línea prohibida. No sé qué me pasa, pero yo no soy así, o al menos yo antes no era así. Desesperación.

—Mira... —dice Cristina enseñándome una especie de sobre envuelto en un trapo grasiento. Lo destapa. Efectivamente es un sobre, amarillento y viejo. Algo acartonado y con manchas de humedad. Lo abre y en su interior hay dos cosas. Una carta y una llave. Mi corazón palpita.

—Déjame —digo tratando de arrebatarle a Cristina su valiosa presa.

—Eh, qué haces, lo he encontrado yo —dice ella frunciendo el ceño y apretando los labios, qué bien le sienta eso.

—Perdón, perdón, pero léela ya, a ver qué dice, por favor... —Ella me mira como si la hubiese injuriado en público.

Un ruido a madera crujiente me saca del estado de semiinconsciencia en el que me encuentro. Alguien viene. Cristina está totalmente hipnotizada. Lee en voz baja y yo solo consigo escuchar un murmullo, cómo sus labios susurran palabras que son solo aire.

—Si movéis un solo pelo os pego un tiro a los dos.

Mierda. Niven. Qué cojones hace este aquí y por qué no nos han avisado los que se supone que estaban montando guardia. Pero, sobre todo, qué pone en esa carta.

—Ey, Víctor, no dispares, somos nosotros —digo levantando las manos a la altura de la cabeza. Acto reflejo.

—¿Guillermo? ¿Cristina? —dice apretando los párpados. La luz tambaleante de la bombilla incandescente lo ciega ligeramente—. ¿Se puede saber qué coño hacéis en mi casa? —Ahora aprieta más la pistola. Se fortalece. Su voz se vuelve tosca y dura.

—Por favor, Víctor, déjame que te lo explique, estamos aquí por una razón, una muy importante —Mis manos tratan de calmarlo, mi voz parece conseguir justo el efecto contrario. Detrás de mi oreja derecha escucho cómo Cristina respira, suspira, mejor dicho. Está nerviosa.

—Que te expliques y una mierda, cabrón, ¿vienes aquí después de ni se sabe cuántos años y tienes los huevos de colarte otra vez en mi casa? ¿Con permiso de quién? ¿Después de todo lo que hiciste? ¿Me has tomado por gilipollas o qué?

—Víctor, no es lo que parece, en serio... —dice Cristina detrás de mí.

—Tu calla, zorra, no estoy hablando contigo.

—No te pases, Víctor —digo yo mientras siento cómo se tensan mis hombros.

—Me paso lo que me da la gana, gilipollas, esta es mi casa y vosotros no tenéis ningún derecho a estar aquí ¿y dónde cojones está mi mujer y mis hijas? ¿Qué habéis hecho con ellas?

—¿Tu mujer y tus hijas? No tenemos ni idea, Niven, nosotros solo hemos estado en el garaje, lo juro. Y te puedo asegurar que acabamos de entrar —digo tratando de acercarme un poco a él—. Vamos, Víctor, somos nosotros, baja esa pistola, anda...

—Sí, ya sé que sois vosotros, y por esa misma razón no me da la puta gana bajar la pistola, coño... —Se está poniendo nervioso—, poneos en el suelo, boca abajo, ya.

—¿Pero qué estás diciendo, Víctor? ¿Se te ha ido la cabeza o qué? —dice Cristina acercándose más a mí. Ahora puedo sentir perfectamente cómo sus pechos se pegan a mi espalda.

—Al suelo, los dos, ya, joder.

Suda. Su voz se afila. La mano le tiembla.

—Víctor... es sobre lo que le pasó a tu madre... es importante, de verdad... —digo eso y antes de que termine la frase se escucha un ruido ensordecedor que rebota en todas las palabras del garaje. Un fogozano como la luz de un relámpago, de un flash fotográfico. Niven acaba de disparar.

—¿Pero te has vuelto loco, Víctor? —grita Cristina a mi espalda.

Yo me llevo las manos al estómago en un acto reflejo. Todavía no sé muy bien lo que pasa pero el miedo me invade. Me atraviesa de arriba abajo como uno de esos rayos en mitad del campo.

—Tu calla, zorra, ¡calla!

Yo no digo nada, el miedo me atenaza.

—¿Guillermo, estás bien? —Cristina me observa de cerca—. Deja que te vea —Me aparta las manos. Sus ojos hablan por sí solos—. ¡Te ha dado Guillermo! ¡Ese cabrón te ha dado!

—Solo lo he rozado joder, no seas exagerada, coño —dice Niven parapetado tras la pistola sin dejar de sudar, de temblar.

—Y una mierda lo has rozado cabrón, le has dado, joder, le has dado —dice Cristina entre lágrimas tratando de ver bien la herida. Yo creo que estoy a punto de desmallarme, no quiero mirar hacia abajo. De reojo, observo cómo de mis manos ha empezado un goteo constante de sangre. Cristina se afana en presionar la herida, contener la hemorragia.

Un ruido seco nos saca a todos de nuestra pequeña nube tóxica. La puerta del garaje de Niven se abre de golpe y la figura del Mapache empuñando su arma se aproxima hacia donde nosotros estamos de forma decidida. Todo ocurre tan rápido que apenas tengo tiempo de asimilarlo.

—Suelta el arma, Víctor, ya, y pon las manos donde pueda verlas —dice Vicente apuntando justo al centro de la frente de la cabeza de Víctor.

Víctor está nervioso, nos mira a nosotros, después mira a Vicente. Duda a quién de entre todos nosotros debería apuntar. Se decide por seguir apuntándome a mí y a Cristina.

—¿Qué cojones haces tú aquí, Vicente? ¿Estás con ellos, joder? —dice Niven cada vez más nervioso.

—Suelta el arma ya, Víctor, acabas de disparar a una persona, suelta la pistola y pon las manos donde pueda verlas.

La voz del Mapache es serena. No pestañea. Su cuerpo entero ha quedado momentáneamente paralizado. Cristina jadea, gimotea, yo sigo tragando saliva a duras penas, acojonado y sin valor para mirar aún ahí abajo, al agujero de mi estómago.

—Y una puta mierda, dispárame si tienes huevos, cabrón, pero te juro que como falles me

cargo a la zorra y a tu amiguito.

—Está bien, no la bajes, pero deja que ellos se vayan, no compliques más las cosas Víctor, no tiene porqué morir nadie más, deja que lo lleve a que lo vea un médico —El Mapache es listo, astuto, sabe lidiar con este tipo de soluciones. Debe pensar que es mejor un muerto que dos. El problema es que en estos momentos, me temo, que ese único muerto soy yo.

—Sí, claro, y en cuanto os de la espalda me disparas, ¿no?

—No, Víctor, tienes mi palabra, mira, ¿ves? —Vicente levanta su arma y deja de apuntar a la cabeza de Víctor. Un gesto de buena voluntad, supongo, o quién sabe, a lo mejor es temeridad.

Víctor duda. Suda. Mira a Vicente y después a nosotros. Su labio superior se arruga, aprieta los dientes, su camisa se empapa de sudor y la pistola se nota que le pesa, no está acostumbrado a llevar un arma.

—Está bien, largaos de aquí de una puta vez, venga, y no se os ocurra volver a venir por aquí porque os mato, joder, a los tres —Niven se apodera de nuevo con la voz. Coge fuerza.

Vicente sostiene su arma con la mano derecha, ligeramente levantada, apenas se mueve, apenas respira, nos dice «vamos» con la mirada. Cristina coloca uno de mis brazos por detrás de sus hombros y prácticamente me empuja a caminar junto a ella hacia la puerta.

No puedo evitar mirar de reojo a Víctor al pasar junto a él, en sus ojos veo un temblor, en sus párpados, el miedo, la rabia, la ira, el dolor.

Salimos de allí y por suerte no se escuchan más disparos. Estaba convencido de que alguien aparte de mí iba a morir allí dentro.

Me meten a duras penas en el coche. Vera y Juan están atónitos.

—¿Qué ha pasado? ¿Es grave? —pregunta Juan asustado, cagado de miedo.

—¿Se puede saber dónde coño estabais? ¡Se supone que vosotros dos teníais que vigilar la puerta delantera, joder! —grita Cristina mientras termina de meterme a empujones en el coche.

Juan y Vera se miran, sus ojos se entrecierran, ella se muerde los labios, él no puede evitar mirar hacia abajo.

El Mapache de nuevo al volante. Arranca y sale de allí quemando neumático. Cristina no deja de mirarme, Juan, desde el asiento de copiloto, no deja de girarse. Y Vera, entre siseos, no deja de rezar.

Yo en cambio, ahora mismo, no puedo pensar en otra cosa que en la carta y en la llave que Cristina se ha guardado en el bolsillo de atrás de pantalón. Y sonrío. Siento que estamos cerca. Cada vez más.

CAPÍTULO 23

1

Fue Nube quien la despertó a lengüetazos. El primer impulso de Violeta fue golpear, gritar, quitársela de encima. Pero fue incapaz al ver la inocencia en esos ojos redondos y bondadosos con los que la preciosa Beagle la miraba. En lugar de eso le sacó una sonrisa. Sincera. Profunda. Se levantó como pudo del rincón en el que había estado durmiendo durante las últimas horas, quién sabe si del día o de la noche. Totalmente encogida. El cuello lo tenía rígido. Las rodillas le crujieron cuando las estiró por completo. Nube volvió a enredarse entre sus piernas, y Violeta trató de orientarse.

El hombre del sombrero no había venido a llevársela, todavía no, pero es posible que si hubiese ido a visitarla. Se durmió viendo algo extraño, una sombra alargada, deforme, que no se parecía a nada. Quizá aquello solo fue un producto de su imaginación, de sus miedos, quién sabe. El caso es que de momento permanecía con vida, y tendría que aprovechar su próximo encuentro con Richi si quería salir de allí sana y salva. Tal y le dijo, él no sabía quién era ella ni de lo que era capaz en situaciones extremas. No tenía ni idea.

Le dolía la cabeza, la bandeja de comida estaba vacía, Richi no había vuelto desde la última vez, o si lo había hecho, no había traído nada con él.

Se acercó de nuevo a la puerta. No tenía pomo en la parte interna y el grueso acolchado de piel sintética y relleno de espuma compacta con el que estaba revestida, no le dejaban demasiadas opciones para salir de allí. Intentó introducir sus uñas por las rendijas del marco, pero fue inútil. Dio un par de vueltas por la habitación. Nube la seguía y se relamía, movía el rabo nerviosa y no se despegaba de ella ni un solo instante, se había convertido en su sombra. Se quedó asombrada admirando las sinuosas vetas blancas que recorrían su pelaje marrón chocolate, sobre todo esa que rodeaba el cuello de la perrita como un elegante pañuelo de seda o de angora. Levantó la cabeza y vio un pequeño espacio vacío en la pared, vacío de mugredad, para ser exactos. Tenía forma rectangular, y probablemente se había formado después de haber descolgado algún antiguo cuadro. En el centro de dicho "claro" destacaba un pequeño y ennegrecido gancho, el que debía haberlo sujetado.

Una idea apareció en el centro de su cabeza, entre sus cejas. Una posibilidad de escapar.

Se quitó el cinturón con rapidez, con fuerza, Nube se quedó embobada viendo cómo el brazo de Violeta describía una bonita curva en el aire. Alzó la vista nerviosa y miró hacia la puerta. Un ruido cercano, a pasos. Sus dedos temblaban. Nube la observaba y gimoteaba alterada. Se pasó el cinturón por el cuello, introdujo el extremo de la correa por el interior de la hebilla plateada y apretó con fuerza hasta sentir la presión, la sensación de ahogo.

—Voy a entrar, pequeña florecilla, espero que estés presentable, porque te aseguro que como intentes provocarme con tus artes de zorra lo vas a pagar muy caro. Tienes tres segundos para desaparecer de la puerta y dejar de intentar lo que creas que estás intentando —Richi le aceleró el pulso desde el otro lado de la puerta. Segundos.

Nube empezó a ladrar mirando a la puerta. Violeta corrió hasta la pared bajo la que debió de colgar aquel antiguo cuadro y trató de atinar a introducir el último ojal de la correa en el pequeño

gancho clavado en la pared.

—Uno...

El tono de voz de Richi era molesto. Agudo y desagradable. Las manos le temblaban demasiado y podía sentir cómo de la presión, su cara se hinchaba y sus dedos se acorchaban. Torpes e insensibles.

—Dos...

Arrastró mucho la ese. Nube no dejaba de ladrar en el centro de la habitación observando a Violeta y esperando al que iba a entrar por esa puerta, parecía estar cubriéndole las espaldas, ayudándola a su manera. Se rasgó la piel de dos dedos con ese gancho oxidado. Su garganta se cerraba y empezó a escuchar un molesto ruido al respirar. Su tráquea inmovilizada.

—Y tres... voy a entrar, pequeña florecilla...

Dos vueltas de cerradura. Bisagras. Una pequeña ráfaga de aire hediondo. Un gemido difuminado y atrincherado de la Beagle.

—¿Florecilla? —dijo Richi más cercano.

Violeta se amorataba colgada ligeramente del cuello, los pies apenas a un centímetro del suelo, el cinturón se cerraba milímetro a milímetro sobre su garganta. Richi la observó con incredulidad, una mueca de malestar. Miró a la perra, que no dejaba de mover el rabo a izquierda y a derecha, la lengua fuera, ladraba con rabia, le pareció incluso que lloraba. Dejó en el suelo la bandeja de comida que traía, arroz, patata hervida y algo de agua. Y chocolate para engordarla.

—Florecilla... ¿pero qué has hecho? Ya casi estabas lista, ya casi te tenía —dijo Richi acercándose más a Violeta. El hedor que desprendía era todavía más fuerte—. Florecilla... tú debías ser especial, no tenías por qué hacer eso... —dijo Richi acariciando el rostro amoratado de Violeta con sus largas uñas.

A Richi le pareció ver cómo el pecho de Violeta se movía. Alzó la vista para verla con mayor atención. Detenimiento. Pegó una oreja a su pecho. Nube empezó a ladrar con más fuerza.

—¿Florecilla? ¿Estás ahí? —dijo Richi observándola con recelo.

Nube le hincó los dientes en el bajo del pantalón y empezó a tirar con fuerza, como si él fuese su presa. Richi miró al suelo y sus ojos se abrieron, descargó varias patadas al aire, pero la perra no se soltaba.

—¡Suéltame, chucho asqueroso! ¡Suéltame!

Richi lanzó una fuerte patada al aire que mandó a Nube al otro extremo de la habitación. Cuando aterrizó soltó un lamento de dolor, de impotencia, desgarrador.

Richi se giró de nuevo hacia Violeta y tuvo el tiempo justo de ver cómo sus ojos se abrían antes de que un fuerte manotazo se estrellara contra su garganta. Violeta se aflojó la correa del cuello mientras Richi hacía muecas de dolor, se quedaba sin respiración y se llevaba las manos al centro de la garganta. Boqueaba.

—¡Nube! —dijo Violeta al ver en un rincón de la habitación a la perra. Todavía recuperando el aliento.

—¡Te voy a matar, maldita zorra! —La voz de Richi se escuchó apenas medio segundo antes de que se abalanzara sobre Violeta, que tuvo tiempo suficiente de revolverse y darle una fuerte patada en los testículos, inmediatamente su cuerpo se plegó hacia delante y soltó un gemido ahogado, casi tímido.

Violeta comprobó que lo de Nube no era nada serio y se apresuró a salir de allí lo antes posible.

—¡¿A dónde crees que vas, maldita zorra?! —dijo Richi recomponiéndose a duras penas y

cogiendo a Violeta por un brazo cuando ya se disponía a salir con la perra en brazos.

Instintivamente se dio la vuelta y mordió el brazo de Richi, le clavo los dientes con todas sus fuerzas. Él soltó un grito de rabia, de dolor, los mordiscos producen un dolor intenso, lacerante. Ella volvió a soltarle otra patada en los testículos, más fuerte que la anterior. Esta vez su cuerpo no se plegó, esta vez se arrodilló de dolor.

Salió de aquella insana habitación con Nube y cerró la puerta tras de sí de un fuerte golpe. Estaba nerviosa, todavía no podía creer que hubiese escapado. Le costaba coger aire y a sus ojos acostumbrarse a la luz. Miraba hacia todos lados. Antes de salir vio su mochila tirada en el centro del salón. Se la colgó a la espalda y salió con Nube escuchando antes de dar el portazo cómo Richi todavía gritaba.

—¡Florecilla! ¡Voy a matarte, florecilla! ¡¿Me has oído?! ¡Acabaré contigo!

Violeta se alejó de aquella calle lo más rápido que pudo. Nube parecía estar bien y corría a su lado. Todavía tenía miedo, todavía no podía creer que lo hubiese logrado, que hubiese vencido a su captor. Algo en su interior empezó a crecer con fuerza. Una gran confianza en ella misma, ciega, una creencia. Definitivamente, en ese momento, creyó con todas sus fuerzas que estaba destinada a hacer algo grande, que su vida merecía realmente la pena, que era ella quien terminaría con esa letal plaga que estaba exterminando a la población de la Tierra.

2

La noche se me ha hecho muy larga. Apenas he dormido. La herida de bala en realidad casi no ha sido nada, en eso Niven tenía razón, tan solo me rozó. Cristina y Vera hicieron un buen trabajo desinfectándola y cubriéndola con un bonito vendaje que ahora rodea mi abdomen. Me sentí bien mientras cuidaban de mí. De momento seguimos sin noticias ni de mi hermano, ni de mi hermana, ni de Alexandra.

La carta que Cristina encontró bajo el antiguo Mercedes de Graciela, la madre de Niven, nos ha dejado a todos algo descolados, pensativos y estupefactos. No era lo que esperábamos. Es del año mil novecientos noventa, del verano del miedo, cómo no. La escribió Jacinto, el padre de Richi, unos días antes de que se cortase el cuello con la vieja navaja de afeitar y de que la propia Graciela se asfixiase en el interior de su coche.

Jacinto estaba muy asustado. Su caligrafía era irregular, las letras torcidas y las frases con muy poco orden, algunas absolutamente incoherentes. Decía que no iba a poder aguantar mucho tiempo más, que estaba desesperado, «lo» había visto acercarse durante la noche en más de una ocasión, deslizándose entre las sombras, y que tarde o temprano todos acabarían igual que el resto, que pagarían por todos sus pecados. Se habían estado riendo de los muertos y ahora «el recaudador» venía a por ellos. Lamentaba haber conocido a Catalina Viedma, se refería a ella como «la bruja», también a Lidia Dengra, a la que se refería directamente como «el diablo».

Hemos leído y releído la carta varias veces y no sabemos si son las divagaciones de un loco, un hombre desesperado, o si es posible que haya algo de verdad en todo aquello. Se despedía de Graciela haciéndole entrega de «la llave» porque él ya no podía ser «el guardián» durante más tiempo y alguien tenía que hacerse cargo de sus «cosas», destruirlas o velar por que nadie nunca diese con ellas. También decía que no tratara de hablar con él «de la otra forma», porque él se iba a deshacer de su «equipo» antes de que a su hijo le diese por heredar sus mismas aficiones. No tenemos ni idea de a qué se refería con lo de «la otra forma» ni con lo de su «equipo». Juan dice

que es posible que fuera un teléfono, un walkie, una radio o algo parecido. Antes de la irrupción de internet esos eran medios de comunicación relativamente frecuentes en algunos sectores de la población. Nada que contradecir a las palabras de Juan, el experto en comunicaciones del equipo.

Vicente el Mapache se fue anoche porque tenía algo muy importante que hacer. Eso fue lo que dijo. Me miró con cautela antes de marcharse, con cierta distancia. Todo en Vicente parece un misterio. Juan se fue con él para no preocupar a sus padres y porque quería ver a Patricia, su pareja. Cristina y yo nos quedamos observando la reacción de Vera cuando se marchó por la puerta. Todavía no han aclarado qué demonios estaban haciendo cuando llegó Niven. Han dicho simplemente que se habían alejado un momento porque habían escuchado algo cerca, un ruido, a todos nos ha parecido extraño. En realidad lo que nos ha parecido, al menos a mí y también a Cristina, es que se habían alejado para estar un momento a solas, besarse tal vez. Entre ellos dos hay algo, siempre lo ha habido y puede que finalmente se hayan atrevido a dar el paso.

Después de pensar mucho en la carta de Jacinto, todos convenimos que el siguiente paso debería ser hacer una visita a la antigua casa de Catalina, después le haríamos una visita a Richi, a ver si él sabía algo de las «aficiones» de su padre. Aunque la visita a casa de Catalina entraña un pequeño problema. Hace años que se vendió a otra familia, totalmente ajena a ella. La «bruja», como la apodaba Jacinto, no tenía familia, al menos que en el pueblo se le conociera.

Era una de esas mujeres que siempre cuentan que su marido murió en la guerra y que no pudo tener hijos y que sus hermanas murieron también como consecuencia de una infección, en el parto, o simplemente mientras dormían. Aunque sí tenía una amiga. Dolores Buendía. Yo mismo tuve la ocasión de hablar con ella y apenas soltó prenda, habrá que volver a intentarlo y apretarle bien las tuercas, si es que sigue con vida.

De todas formas habrá que tratar de entrar a la antigua casa de Catalina por si los nuevos propietarios supiesen algo. Tendremos que ir con cuidado, porque Ángel, nuestro querido Ángel, era vecino suyo, gracias a él conseguimos entrar en la casa de la número doce en mil novecientos noventa. Si bien es cierto que ahora ya no vive allí, dado que se mudó a un piscucho con Vera. Pero sus padres, el Chatarra y su mujer, sí continúan en ese piso, y a lo mejor da la casualidad que tanto a Ángel como a su hermano Armando les ha dado por hacerles una visita a papá y a mamá. Nunca se sabe con los Bocanegra, nunca se sabe con los hijos del Chatarra.

En cuanto venga Vicente iremos a por Juan y después a ver si tenemos suerte en la casa de «la bruja».

3

—Hay que hacer algo con ella, Dani, está en muy mal estado y paso de que se muera aquí dentro. Yo creo que ha pillado algo, a lo mejor la Epidemia esa de Verano. —dijo Toni Cuba viendo el lamentable estado en el que se encontraba la mujer a la que tenían ya varios días secuestrada, Carmina.

—¿Qué propones? —contestó Dani mientras se encendía un cigarro y revisaba que el cañón de la Smith and Weson que había adquirido recientemente estaba limpio.

—Ya sabes lo que yo propongo, soltémosla.

—No...

—¿No? Joder, Dani, ¿pero se puede saber para qué coño la quieres? ¿No has visto cómo está? —Toni lo miraba fijamente, Dani inspeccionaba su arma con suma tranquilidad, casi en un estado

cercano a la paz.

Carmina empezó a toser y trató de abrazarse a sí misma, acurrucada, de frotar sus hombros con sus propias manos. Estaba hecha un ovillo en un rincón del salón. Temblaba. Tenía un color de piel céreo, la diminuta camiseta de tirantes empapada en sudor, las bragas sucias y con manchas de sangre seca.

—Claro que he visto cómo está, esperaremos a que se muera y después la dejaremos en algún contenedor como hacen todos con sus amigos y familiares —respondió Dani con seriedad—. Es lo que hay, y deja ya el tema, joder, estoy ya cansado de escuchar siempre lo mismo. Nadie dirá nada si dejas a una muerta ahí tirada, en cambio si habla…

Toni alzó la vista de nuevo. Carmina seguía acurrucada en el suelo. Debía de tener la fiebre muy alta, tosía y temblaba. Luego miró de nuevo a Dani. Indignación. Rabia.

—Voy a soltarla, Dani, me da igual cómo te pongas, pero no quiero que esa mujer se muera en nuestro salón —dijo Toni dirigiéndose hacia Carmina con determinación.

La cogió por un brazo y trató de alzarla. Estaba fría. Muy débil. Ella parecía estar dándole las gracias con la mirada, pero su cuerpo no colaboraba, tan solo quería que la taparan, una manta.

—Venga, levanta, te marchas a casa —dijo Toni tratando de levantarla. Ella le devolvió una mirada de miedo, cansada, tiritaba. Tenía la piel completamente helada, los dientes le repiqueteaban.

—Eh, qué coño haces, te he dicho que de aquí no se mueve y no se mueve —dijo Dani levantándose.

—Venga, levanta de una vez, ¿es que ya no te quieres ir? —Toni ignoró las palabras de Dani y continuó tratando de despertar a Carmina.

Dani amartilló la pistola a un par de metros de Toni.

—Te he dicho que la dejes donde está, Toni, no me hagas que te lo repita otra vez.

—¡Joder, Dani! ¿Pero se puede saber qué coño te pasa? ¡Esto es una guarrada, joder! ¿Qué falta te hace ella aquí? ¡Tú y yo no somos así!

—Primero, a mí no me grites, y segundo, ¿quieres que esa furcia vaya a contarle a todo el mundo que la hemos tenido aquí encerrada y la hemos usado a nuestro antojo todo lo que nos ha dado la gana? Te recuerdo que tú también te la has follado, así que te callas y te aguantas, y esperas a que la zorra se muera, luego ya haces con ella lo que quieras.

—Mierda, Dani, ¿se te ha ido la olla o qué? ¿Qué cojones va a decir? ¿Y además, qué pasa si dice algo? ¡Todo se ha ido a la mierda! ¡Ya no hay justicia, muy pronto ya no habrá nada!

—Mira, gilipollas —dijo Dani poniéndose más serio. Su postura se irguió y los músculos de su cuello se tensaron—. Esa zorra que ves ahí tan blandita ahora, tuvo la ocasión de ayudar a mi madre en una ocasión, ¿entiendes? Mi vieja necesitaba una medicación que no podía pagar y esa puta farmacéutica se la negó, y ahora mi madre está muerta, ¿entiendes? ¡Muerta! Esa gran hija de puta se merece todo lo que le está pasando, créeme. Su marido, es otro hijo de la gran puta, ¿sabes a que se dedica? A la banca, el muy cabrón ha perdido la cuenta de la gente a la que ha estafado aquí en el pueblo con sus mentiras y sus mierdas de acciones preferenciales. Así que no, no soltaré a la puta y veré en primera fila cómo muere, y créeme, disfrutaré porque se lo merece y porque zorras como esta se han pasado la vida tratándonos como si no valiésemos nada, como si fuésemos una mierda, pues te diré una cosa, ahora las cosas han cambiado y somos nosotros los que estamos al mando.

Toni resopló y se pasó una mano por la boca. Luego volvió a mirar a Carmina, ahora con otros ojos.

—No sabía nada, Dani, podías haberme contado todo eso antes, no tenía ni idea de que tuvieses motivos personales, no sabía nada de lo de tu madre ni que conocieses a esta mujer de antes.

—Bien pues ahora ya lo sabes —dijo Dani sentándose de nuevo en una silla. Dejando perder su mirada en el vacío.

Los golpes de alguien llamando a la puerta hicieron que los dos se sobresaltaran. Se buscaron con la mirada. Tres nuevos golpes. Nudillos sobre la puerta.

Dani le pidió a Toni que guardara silencio con el dedo. Se levantó con sigilo y se acercó a la puerta de puntillas, conteniendo el aliento. Justo antes de pegar su ojo a la mirilla escuchó de nuevo cómo aporreaban la madera. Dani comprobó que la Smith and Wesson seguía amartillada y escondió el brazo por detrás de la espalda.

—¿Sí? —dijo Toni tragando saliva con dificultad.

Durante dos segundos solo se escuchó el movimiento de las aspas del ventilador del salón.

—Policía, abran.

Dani y Toni se miraron nuevamente. Dani le pidió de nuevo a Toni que guardase silencio, que se acercó hasta donde estaba Carmina y se puso tras ella, cerrándole nariz y boca con una mano y sujetándole las muñecas con la otra.

Dani abrió la puerta despacio, haciéndose ligeramente hacia un lado y escondiendo su brazo derecho por detrás de la puerta.

—Hola, ¿Dani, verdad? —dijo el Mapache escrutándolo con la mirada.

—Hola, ¿qué pasa? —Dani estiró un poco el cuello hacia delante.

—¿Puedo pasar?

—No.

A Vicente se le dibujó una pequeña sonrisa en los labios. Apenas había dormido, pero estaba tranquilo esa mañana. Dio una fugaz ojeada a Dani y reparó en que ocultaba un brazo tras la puerta.

—¿Es que tenéis algo que ocultar?

—¿Quién?

—Tú y tu amigo Toni, porque vive aquí contigo, ¿verdad? Por cierto, ¿no está?

Dani evaluaba la situación. Conocía a Vicente y su fama de no involucrarse en mierdas chungas y dejar que la propia calle se limpiase sola. Pero había algo en sus ojos, en su actitud de aquella mañana, tal vez solo fuese el cansancio, la situación, o tal vez algo en él había cambiado.

—No, no está.

—¿Ah no? ¿Y dónde está? ¿Se ha ido a hacer la compra?

—Exacto, eso mismo, ¿qué quieres, Vicente? ¿A qué has venido?

—Mejor hablamos dentro y te cuento —dijo Vicente con naturalidad. Bajó un poco la mirada, sonrió y trató de abrirse paso hacia el interior de la casa, pero Dani le cerró el paso—. ¿Qué haces? —dijo Vicente alzando la mirada.

—Sabes que no puedes entrar sin una orden, Vicente, dime qué quieres saber y lárgate de una vez.

Al Mapache le hizo gracia lo de la «orden». Que un delincuente de poca monta le hablase a él de lo que podía o no podía hacer era una ironía que siempre le había picado por dentro.

Carmina había escuchado la voz de Vicente a lo lejos, colarse por los insanos pasillos de esa casa y llegar hasta sus oídos como un brote de esperanza. Reunió fuerzas como pudo y trató de escabullirse, pero Toni Cuba la tenía bien amarrada, le apretó las muñecas con más fuerza y la

nariz y la boca para impedir que pudiese gritar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Vicente tratando de mirar por encima del hombro de Dani.

—¿El qué?

—No te hagas el idiota conmigo, el ruido que se acaba de escuchar.

—Yo no he oído nada, habrá sido el viento, quién sabe, o una rata... —dijo Dani con una sonrisa macabra.

—Así que una rata, eh... —dijo Vicente haciendo ademán de sacar algo de la parte trasera de su pantalón.

—Ni se te ocurra, Vicente —Dani lo apuntó con la Smith and Wesson antes de que al Mapache le diese tiempo a enseñarle la foto que llevaba guardada en el bolsillo de atrás de su pantalón.

—Tranquilo, Rojo, tranquilo... yo solo quería saber si habíais visto a esta mujer —dijo Vicente con una sonrisa constreñida mientras ponía una foto de Carmina delante de las narices de Dani Rojo—. Por cierto, ¿tienes permiso para llevar eso? —apuntilló con sorna mirando la pistola.

—Claro, faltaría más.

—¿Claro qué? ¿Que has visto a la chica? —dijo Vicente sujetando la foto.

—Que tengo permiso, la chica no sé quién es —Dani echó una mirada fugaz a la foto y después volvió a mirar a Vicente.

—¿Estás seguro? Mírala bien, Dani, hazme ese favor —El rostro de Vicente se endureció. Su voz era desafiante. Autoritaria.

Dani volvió a mirar la foto, la observó durante un par de segundos, tragó saliva y alzó nuevamente la vista hacia Vicente.

—Ya te he dicho que no, no sé quién es esa mujer.

En el otro extremo de la casa, Carmina todavía lo intentaba, pero cada vez con menos fuerza, su energía se agotaba, Toni la tenía muy bien amarrada. Le soltó las muñecas y pasó su brazo izquierdo alrededor de su cuello, con su mano derecha seguía cerrándole nariz y boca, luego le susurró algo al oído. Si seguía resistiéndose la estrangularía allí mismo.

—Está bien —dijo Vicente guardándose la foto de Carmina nuevamente—. Dani...

—Qué.

—Espero que no me hayas mentido, porque si es así, si por alguna de aquellas descubro que sabes algo y no me lo has dicho, te juro por todos mis muertos que te mataré, acabaré contigo de la peor forma posible —La mirada de Vicente era de piedra, acero forjado.

—Sí, lo que tú digas... —dijo Dani antes de cerrarle prácticamente la puerta en las narices.

Esperó unos segundos tras la puerta apuntando su arma a la altura de la mirilla. Después comprobó que Vicente ya no estaba y volvió al salón con sigilo.

Encontró a Toni de pie, estaba pálido, en el suelo estaba tirada Carmina, no se movía.

—¿Qué ha pasado? ¿Te la has cargado? —dijo Dani acercándose.

—No lo sé, joder, no paraba de patalear y de revolverse, y después ha dejado de moverse, no sé si la he matado, joder, mierda... —Toni estaba muy nervioso. Nunca había matado a nadie, se pasó las manos por la cabeza y empezó a caminar arriba y abajo. La ansiedad había empezado a subirle por la nuca, instalándose en el centro de su cabeza.

Dani le dio un par de patadas a Carmina en las costillas, su cuerpo se movió como un muñeco de trapo y los dos observaron otro importante detalle. Tenía los ojos medio abiertos, pero allí no había ni parpadeo ni ningún otro signo de vida aparente.

—Qué ironía, quién iba a decir que al final ibas a ser tú quien se cargara a la zorra. Me hubiera gustado ser yo, pero qué se le va a hacer, muerta está, que es lo que importa. Cuando caiga

la noche la enrollamos en una sábana y la bajamos al basurero, con los de su especie —dijo Dani volviéndose a guardar la pistola en la cintura y encendiéndose un cigarrillo. A Toni se le revolvieron las tripas, miró a Carmina y después a Dani, y deseó por un momento que lo mejor para el mundo, para el universo, hubiese sido que toda su vida no hubiese existido nunca.

Vicente se sentó al volante y pensó qué hacer durante unos segundos. Dani Rojo mentía, ocultaba algo, pero no sabía hasta qué punto podía estar relacionado o no con la desaparición de Carmina. Cogió aire a fondo. Le costaba un poco respirar. Ansiedad. Pensó seriamente en volver otra vez allí arriba y liarse a tiros con esa chusma. Basura. Luego trató de calmarse, de ser positivo. Mejor sangre fría. Se encendió un cigarrillo, arrancó el motor y se puso en marcha en dirección a casa de Guillermo. Harían unas visitas y después continuaría su búsqueda. Continuaría buscando a su amada, a la mujer de su vida.

4

Las calles están medio desiertas. Me asomo a la ventana y apenas veo a nadie cruzar la calle. Recuerdo aquellos tiempos en los que el movimiento de personas era constante. Es un auténtico horror lo que estamos viviendo, apenas hemos tenido tiempo de pensar detenidamente en ello, en nuestros muertos, pero no sé qué va a pasar si conseguimos pararlo, no sé de qué manera se van a poder reconstruir los restos.

El gobierno hace días que no emite comunicados, y eso hace que todo empeore. La gente siempre ha necesitado un guía, alguien de quien fiarse, aunque en el fondo sepa que todo lo que le diga es pura mentira. Pero es peor cuando no hay nadie que alumbre el camino, es infinitamente peor cuando las normas y la ley desaparecen para dejar paso a la ley antigua.

El suministro de agua potable está empezando a fallar. Esta mañana las cañerías han empezado a temblar y han pasado unos segundo hasta que el grifo ha empezado a escupir agua a sacudidas. Primero marrón, luego algo más clara. El suministro eléctrico va por el mismo camino. La intensidad de la luz descendió anoche de forma brusca en varias ocasiones y esta mañana ha saltado el diferencial tres veces. Es como si el planeta entero se estuviese apagando poco a poco, como una vela que se va quedando sin cera y a la que solo le queda esa diminuta mecha y la tenue llama que se apaga segundo a segundo.

Vicente ha tardado en llegar más de la cuenta. Su rostro era sombrío. Adusto. Me ha costado arrancarle unas palabras. De todos nosotros a Vicente es al que menos reconozco, es como si llevase puesta una máscara que no deja ver su verdadera cara. Ha traído con él a Juan, y ni Cristina ni yo hemos podido evitar fijarnos en la expresión de él y de Vera cuando se han visto. Definitivamente hay algo entre los dos. Algo fuerte. Yo me he sonreído ligeramente y he buscado a Cristina con la mirada, ella también sonreía, incluso por un momento me ha parecido verla feliz, pero a los dos segundos de verme su rostro se ha entristecido y ha bajado los ojos al suelo. Todavía nos falta algo de tiempo. Demasiado resentimiento.

Decidimos que antes de ir a la antigua casa de Catalina pasaremos por la casa de Dolores Buendía, su antigua mejor amiga.

Tocamos a la puerta y la espera se nos hace espesa. El Sol aprieta y el minúsculo rellano en el que esperamos es humilde, estrecho, no corre el aire y nosotros somos cinco adultos, casi los

mismos que hace veinte años.

Se escuchan unos pasos arrastrados. Como si alguien estuviese moviendo un pesado saco. Se abre la puerta y tras ella aparece el arrugado rostro de una anciana muy entrada en años.

—¿Dolores? —pregunto con amabilidad. La anciana no responde. Se humedece los labios. Me mira solemne, como alguien que ya no le teme a la muerte—. ¿Es usted Dolores Buendía, verdad? ¿Le importa si pasamos? Necesitamos hablar con usted de un tema muy importante, señora, así que si es usted tan amable...

Otra vez. En ocasiones genero rechazo, desconfianza. La anciana me mira de arriba abajo y después escruta al resto con esos ojos apagados.

—¿Eres Guillermo, verdad? Me acuerdo de ti, tú vivías junto al parque, ¿no es cierto? —La voz de Dolores es bastante más fina de lo que hubiese podido imaginar. Si no le estuviese viendo la cara podría pasar por la voz de una mujer de unos cincuenta o sesenta, en cambio ella ya debe de estar pasando con facilidad de los ochenta.

—Sí, así es, y es allí donde estoy ahora, en la casa de mis padres, que en paz descansen.

—Sí, siento mucho lo que les pasó, lo escuché hace unas semanas, es una gran pena lo que les ha pasado.

—¿Podríamos hacerle unas preguntas, Dolores? ¿Le importa?

—Sobre qué.

—Catalina Viedma, según tengo entendido ustedes dos eran muy amigas, ¿cierto?

—De eso hace ya muchos años, además, ¿qué puede importar ahora nada que tenga que ver con Catalina? ¿Y no viniste preguntando eso mismo hace unos años? —Dolores se endereza tímidamente.

—Dolores... —Hago una pausa porque quiero encontrar las palabras idóneas, no quiero asustarla, no quiero fallar—. Creo, bueno, en realidad estamos seguros de que la muerte de Catalina y la de otra serie de personas ocurridas en el verano de mil novecientos noventa están relacionadas de alguna manera con lo que está pasando ahora...

—Vale, sí, de acuerdo, veo que algo sabes del asunto y no me apetece que ni tú ni yo nos andemos con rodeos —dice Dolores de pronto. A todos nos sorprende su cambio de actitud—. Catalina no murió de un derrame cerebral, ni de una angina de pecho, como dijeron, se quitó la vida, ¿de acuerdo? Esa pecadora cobarde se quitó la vida y ahora estará pudriéndose en el infierno como el resto, como todos los que deciden optar por ese final tan abominable —En las palabras de Dolores hay mucha reprobación. Condena. Me ha sorprendido que supiese lo del suicidio de Catalina. Y yo que pensaba que era el secreto mejor guardado.

Me giro para asegurarme de que todos siguen ahí tras de mí. Guardan silencio. Me dicen «continúa» con la mirada.

—Sí, así fue, Dolores, Catalina se quitó la vida, pero creemos que hubo algo detrás, algo que la relacionaba directamente con el resto de personas que ese verano también se quitó la vida y que puede que sea lo mismo que está acabando con todos ahora.

—¿De qué personas estás hablando? ¿Qué verano? ¿Y se puede saber quién eres tú y a qué has venido? Márchate ahora mismo de mi casa si no quieres que llame a la policía inmediatamente, venga largo, maleante.

Las palabras de Dolores nos cogen a todos por sorpresa. Se está alterando mucho. Debe padecer algún tipo de alzheimer o de demencia, o directamente se le acaban de cruzar los cables en este preciso instante.

—Por favor, Dolores, cálmese, hemos venido a ayudar, a hablar con usted, de su amiga

Catalina, ¿se acuerda? —Trato de ser amable, transmitir bondad, paz.

Dolores parece tranquilizarse un poco, baja la mirada y frunce el ceño. Los dedos con los que sujeta la puerta están torcidos, son artritis, son muchos años de vida, de angustia y de dolor.

—Catalina, sí... claro, ¿la has visto? ¿Cómo está mi Catalina? Hace días que no la veo... ¿eres un familiar suyo? ¿Un nieto? —El rostro de Dolores se dulcifica. Hay algo en sus ojos que es pura ficción, fantasía. Me mira a mí, pero no tengo ni la menor idea de lo que está viendo en estos momentos, pero desde luego no soy yo porque la forma que tiene de enfocar es totalmente antinatural. Bucea en algún lugar de su pasado.

—Sí, eso es, Dolores, soy un familiar de Catalina y necesito que me diga una cosa, necesito saber dónde podría encontrarla ahora —Trato de adentrarme en su mundo de fantasía.

Dolores se queda pensando un instante, arruga la frente y aprieta los labios, luego me mira a mí con esa visión de ciencia ficción.

—Mira, hijo, no sé por qué tu abuela está haciendo lo que está haciendo, pero me preocupa ¿sabes? Me preocupa y yo no sé cómo decirle que la gente con la que se junta no es buena, ni tampoco eso que hacen cuando están juntos ¿entiendes? Pero ella no quiere escucharme, lo he intentado, pero no quiere escucharme —La voz de Dolores es lamento, lágrimas del pasado que todavía reflotan en el presente.

—¿Y qué es eso que hacen, Dolores?

—Ay, hijo mío, qué pena más grande tengo y qué angustia me da que mi Catalina esté haciendo eso... ¿me prometes que no le dirás a nadie que te lo he dicho? —Suplica con la mirada, pide perdón con la voz, pero el deseo y la necesidad de soltar la enorme carga de ese secreto son más fuertes que su fidelidad.

—Le prometo que no diré nada, Dolores, tiene mi palabra —Le acaricio la mejilla con el dorso de la mano, ella entrecierra los ojos y deja escapar una lágrima, solo una. Tiene los ojos completamente secos, a esas alturas de la vida, el paso del tiempo lo ha dejado ya todo yermo.

—Catalina lleva demasiado tiempo jugando con fuego, ¿sabes? Jugando con demonios, y eso no es bueno, hijo, no es bueno reírse de los muertos, no es bueno quebrantar su sueño eterno...

—¿Qué ha querido decir exactamente, Dolores? ¿Cómo que jugando con demonios?

—Ay, hijo mío, a tu abuela hace tiempo que le ha dado por reunirse con esa gente y tratar de despertar a los muertos, ¿no te das cuenta? Lo hacen con la tabla esa y la furcia esa de Lidia...

Yo me giro y miro a Vera, la experta en «ouija». Ella tiene fuego en los ojos, apuesto a que ahora mismo tiene la piel de gallina.

—¿Qué sabe de Lidia?

—Esa zorra la utilizan para que el demonio se meta dentro de su cuerpo y poder comunicarse con él, lo vi una vez con mis propios ojos, con mis propios ojos lo vi... —dice Dolores antes de romper a llorar desconsoladamente, llevaba mucho tiempo aguantando ese llanto que ahora no sé si será capaz de parar.

—¿Y sabe dónde se reúnen? ¿Sabe dónde podría encontrar ahora a Catalina? Es muy importante que se acuerde, Dolores, necesito encontrar como sea a Catalina...

Dolores alza la mirada cubierta en un espeso manto de lágrimas. Quiero llorar con ella, compartir algo de su dolor, puedo imaginar cómo se siente ahora y lo que debe de ser pasar por todo esto completamente sola.

—No sé si estarán ahora allí, pero sé que a veces van, la vi esconderse allí una vez...

—¿Dónde, Dolores? ¿Dónde es ese lugar? —Tengo el corazón en un puño, todos aguantamos la respiración.

—En una casa vieja del barrio ese de mineros, no sabría decirte cuál, pero la vi marchar hacia allí varias veces y debía ser un lugar cercano. Aunque ahora que lo pienso... —Dolores vuelve a enfocar sus ojos al infinito—. Espera un momento, ¿no era... ? Era un antiguo almacén de tus padres ¿no es cierto? Si no me equivoco esa fue la primera casa que compraron tus padres cuando llegaron a Baladrar, ¿verdad? Allí vivieron con tu abuela antes de que todo se torciera y discutierais de esa manera... ay hijo, qué pena más grande, qué pena más grande —Dolores habla entre lamentos y lloriqueos—. Tenéis que arreglar las cosas con tu abuela Catalina, no podéis seguir así, no podéis...

Yo me giro para cerciorarme de que los demás continúan detrás de mí y acaban de escuchar lo mismo que yo, porque si Dolores no delira, lo que está queriendo decir es que efectivamente, Catalina sí tenía familia en Baladrar.

—Dígame una cosa, Dolores, ¿se acuerda usted cómo me llamo?

—¿Cómo te llamas? Clarooo, clarooo que me acuerdo, sí... tú eras... espérate un momento... tú eras... ay, hijo mío, qué cabeza tengo...

—Por favor, Dolores, haga un esfuerzo por recordar, es muy importante, inténtelo, hágalo por su amiga Catalina...

El rostro de Dolores se endurece. Se está empleando a fondo. Estruja cada una de las neuronas que aún le quedan activas. Lo pasa mal.

—Sí... claro... ya me acuerdo, tú eres Armando ¿verdad? El pequeño de los hijos de los Bocanegra, claro... cómo se me había podido olvidar algo así...

—Armando, claro, el mismo. Muy bien, Dolores, lo ha hecho muy pero que muy bien...

Nos despedimos de Dolores y mientras bajamos por la escalera escuchamos cómo vuelve a despedirse de mí llamándome Guillermo, mi verdadero nombre. Su cabeza es un verdadero lío, de eso no cabe duda, pero tanto a mí como al resto nos da que hay algo de verdad en todo lo que ha dicho, puede que confunda las cosas, pero no parecía estar inventándoselas. Si lo que ha dicho era cierto, Catalina, Lidia y los demás jugaban a molestar a los muertos en algún lugar del barrio de los cobrizos, y ese lugar puede que aún pertenezca a su descendencia, a su verdadera familia carnal que por alguna razón no querían que se supiese de su relación. El problema es que esa familia son los Bocanegra, el Chatarra y sus hijos, Ángel y Armando. Y será muy difícil tratar con ellos, por no decir imposible, pero tendremos que averiguarlo cuanto antes y ese es justo el destino al que nos dirigimos en estos momentos.

CAPÍTULO 24

1

Karen Schnneider estaba empezando a perder la paciencia. Hasta el momento no había obtenido rastro alguno de su hija Alexandra, y estaba empezando a pensar seriamente que tal vez podría haberse marchado ya de ese pueblo perdido en la nada, o peor aún, que ni tan siquiera hubiese estado nunca ahí. El día que se marchó fue el día que el gobierno empezó a cerrar de forma masiva todas las carreteras, grandes vías y los medios de transporte público. Alexandra podría haberse quedado atrapada en algún punto intermedio entre las instalaciones del Instituto y Baladrar. Completamente sola. Incomunicada y desamparada. Esa idea la horrorizaba.

Los «ayudantes» que se había buscado no le habían servido de mucha ayuda hasta el momento, pero no había podido encontrar nada mejor. Cicatriz le producía cierto respeto, su aspecto físico era muy llamativo y su introvertido carácter le confería una imagen infranqueable, glacial. En cambio Ángel le daba algo más de miedo, lo veía como alguien totalmente impredecible que podía tener en el momento menos pensado un acceso de violencia, violencia verdadera.

Se ajustó el pantalón vaquero por encima de las botas de piel de búfalo. Se ciñó la camisa a la cintura, sujetador reductor de copa completa y tejido blanco de alta densidad. Volvió a tensar su cuidada melena en la elegante cola que se había hecho y abandonó la habitación que Cicatriz le alquiló de las que había disponibles en la parte superior del Bar Lauria.

Cuando entró al Bar para reunirse con sus dos escuderos y proseguir la búsqueda de su hija sus ojos se encontraron con una imagen que hizo que su cerebro, por un momento, se detuviera por completo.

Cicatriz yacía en el centro del bar con media cara destrozada. Herida de escopeta recortada a bocajarro. Algunos dientes en el suelo. Restos de piel, tejido sanguinolento y astilla de hueso goteaban por entre algunas de las botellas que había tras la barra.

Antes de abrir la boca vio la silueta de Ángel apoyado en un extremo de la barra. Saboreaba un cigarro y sonreía sin decir nada. Sobre su hombro izquierdo, a modo de azada, descansaba una escopeta de doble cañón.

—¿Lo has matado? —preguntó Karen tratando de permanecer entera, de que su voz se mantuviera serena.

—¿Yo? No, qué va, se ha resbalado fregando el suelo y se ha golpeado con la barra. En fin, cosas que pasan —dijo Ángel tirando el humo con satisfacción—. ¿No vamos ya o quieres tomarte algo antes? Venga, aprovecha, que hoy invita la casa... —dijo Ángel con una sonrisa maléfica.

Karen reprimió como pudo el vómito y salió de allí con ese hombre dispuesta a huir o acabar con él en cuanto tuviera la primera ocasión. Ella era una mujer fría que había visto y hecho cosas horribles en la vida. Se dijo que lo único que tenía que hacer era conservar la calma, utilizar su capacidad de análisis, probabilidad y consecuencias. Para después aprovechar la mínima ventaja que encontrara a su favor para ser implacable. Letal.

2

El sonido de un claxon, inoportuno y maleducado, hizo que Raúl el casco dejase la taza de leche con cereales en la mesa y se levantase como un resorte. Se cargó la mochila a la espalda y se despidió de su madre Adriana con un tierno beso en la mejilla.

—¿Pero se puede saber a dónde vas con tanta prisa, hijo? —preguntó Adriana algo preocupada. Su hijo nunca salía, desde hacía muchos años. Concretamente desde «el accidente», como se referían en casa al día en que se colaron él y sus amigos en el garaje de Víctor Nieves.

—Víctor me espera, tenemos algo de prisa, mamá, espero estar en casa a la hora de cenar —Raúl abrió la puerta de casa y antes de salir, se giró nuevamente para observar otra vez a su querida madre. Para él ella lo era todo.

Adriana torció ligeramente el cuello y apretó un poco los labios. Nostalgia y pena. Ese día había amanecido cansada, abatida y muy vacía.

—Raúl, espera... —dijo Adriana acercándose de nuevo a su hijo.

—Qué...

—Nada, es solo que vuelve a sangrarte la nariz —dijo Adriana mientras trataba de limpiar una espesa y roja gota de sangre que descendía hacia los labios de su hijo—. Hacía tiempo que no te pasaba...

—Ya... no te preocupes, es el calor, ya sabes que siempre me lo agudiza. Hasta luego, mamá.

—Hasta luego, hijo.

Su hijo Raúl desapareció de su vista y se sintió muy fría. Entró en casa y trató de coger aire con profundidad, pero tan solo consiguió inflar el pecho de forma improductiva. Se había levantado muy triste esa mañana y en esos momentos pensó que no sabía cómo acabaría el día.

3

El día no podía haber empezado mejor. El encuentro con Dolores Buendía ha supuesto un verdadero empujón en nuestra investigación, hacia el objetivo al que nos dirigimos. Los doce del verano del miedo debían formar parte de una especie de secta satánica o algo parecido. Vera ha dicho, segura y tajante, que eso no tiene por qué ser así, que simplemente pueden ser un grupo de gente en busca de respuestas, con una gran necesidad de respuestas, unas respuestas que solo es posible obtenerlas del otro lado, del más allá. «Lo que tú digas, Vera». Tampoco es necesario resolver ahora esa cuestión. Lo importante es saber cuál es esa casa en la que se reunían y buscar si se encuentra allí la cerradura que abre nuestra llave, la que encontramos escondida bajo el Mercedes de Graciela, la madre de Niven. Es posible que, dentro de lo que sea que mantenían oculto, encontremos algunas respuestas. Algo que nos pueda conducir hacia aquello que hizo que enfermaran.

De camino a casa de los Bocanegra pasamos por la tienda de antigüedades de Rafael Segrelles, ahora con las puertas desvencijadas. Un piano de cola se ha quedado, con dos patas rotas, en mitad de la acera, alguien ha intentado llevárselo pero en el último momento ha pensado que tal vez pesaba demasiado.

Veo la licorería «Daniel´s», allí fue donde compramos las botellas responsables de nuestras primeras borracheras. Ron, Licor 43 y Licor de cereza. El señor Daniel´s, natural de Nueva Zelanda, ha reforzado las puertas con enormes travesaños, debe pensar que pase lo que pase con el mundo, él sigue teniendo reservado el derecho de admisión a su establecimiento. Bien por el

señor Daniel´s.

«Frutas y Verduras Rosita» es ahora una prolongación más de la acera, ya no tiene ni puertas ni escaparate ni nada que recuerde al establecimiento original de la señora Rosita.

En el restaurante ecológico «Estocolmo» entran y salen jóvenes de entre quince y veinte años con objetos y útiles de todo tipo, desde sillas con una línea de diseño nórdico hasta salmones enteros cargados al hombro como si fuesen un saco de cemento. En el suelo vemos revolverse a Gunnar, el propietario y chef de Estocolmo. Desde algún lugar de su mata de pelo rubio platino ha empezado a correr la sangre a borbotones y su cara está cubierta por finos y serpenteantes hilos de sangre. La gente de piel tan clara como él, cuando sangra, da la impresión de que lo hace con más fuerza, con más ansia. Miro a Vicente y le pregunto si no sería plan de parar para ayudar a Gunnar, el Mapache me mira con ese rostro suyo de eterna preocupación y me dice que no con la mirada. Intuyo que debe pensar que aunque sea triste y doloroso, tenemos ahora mismo cosas más importantes que hacer que socorrer a Gunnar. En realidad tenemos cosas más importantes que hacer.

Me digo para mí que, antes de que acabe el día, pasaremos nuevamente por la casa de mi hermana Carmina y por la de mi hermano Enrique, necesito verlos, saber que están bien.

Paramos delante del edificio donde viven los Bocanegra, los padres de Ángel y Armando. A Vera se le debe haber congelado al menos la mitad de su sangre. Su maltratador, su pareja, puede que ande muy cerca. Juan parece leerle el pensamiento y le coge la mano. La acaricia y le transmite fuerza. Bien, Juan, eso está bien.

No hemos tenido tiempo para hablar, ni tan siquiera para pensar con claridad. Pero en mil novecientos noventa, es posible, muy posible, que Ángel supiera perfectamente que Catalina era su abuela y decidiera callárselo. Y que hizo todo el teatro de colarse en su casa por la ventana del deslunado para hacerse el valiente y tener a Vera en deuda con él, y a nosotros también. En estos momentos pienso en esos pequeños detalles, esas pequeñas decisiones que condicionan toda nuestra vida y de los cuales solo somos conscientes cuando el tiempo ha pasado ya por encima de todos nosotros.

Estamos delante del piso donde vivía Ángel. De momento nadie nos abre. Guardamos silencio. En ese mismo rellano, veinte años antes, nos colamos en una casa que no era nuestra, una casa en la que se acababa de quitar la vida una mujer y de la que ahora sabemos, practicaba extraños ritos con los muertos. La piel de los brazos se me eriza, imagino que el resto debe estar sintiendo algo parecido, nadie dice absolutamente nada desde hace rato.

La puerta se abre y aparece el Chatarra. Lleva puesta una camiseta de tirantes, antes blanca, ahora amarilla. Las uñas de sus dedos son muy largas y están completamente negras, parecen auténticas garras. Sus mejillas papel de lija, lleva una barba de varios días irregular y con restos de comida. La expresión de su cara es hostil, agria. Dureza y rabia.

—¿Qué pasa? —dice el Chatarra con la voz áspera. Whisky barato y tabaco negro.

Vicente me hace a un lado, prefiere hablar él y yo no me opongo.

—Hola, Leandro, soy Vicente, amigo de su hijo Ángel, ¿le importa si hablamos un momento dentro?

—¿Vicente? ¿El que se hizo policía?

—Sí, el mismo.

—Y qué quieres.

—Que hablemos un momento.

—Sobre qué, ¿Ángel?

—No, sobre la persona que vivía ahí delante hace unos... veinte años, para ser exactos —dice Vicente señalando con la mirada la puerta de la antigua casa de Catalina, justo enfrente de la del Chatarra.

El chatarra abre un poco los ojos. Sus pupilas se dilatan. Sus negras uñas rascan su abombado abdomen. Es un cuervo, o mejor, una hiena. Me digo que el Chatarra fue una hiena en su anterior vida y esa vida debió estar conducida por un estilo de supervivencia ruin y mezquina.

—No sé quién vivía ahí hace veinte años.

—Venga, Leandro, haz un poco de memoria, seguro que sí sabes quién vivía ahí.

El chatarra respira hondo. La camiseta que recubre su abdomen se tensa. Su boca es un pozo negro y oscuro, suciedad y bacterias. Un aire muerto y fermentado se filtra a través de sus pocos dientes y llega hasta nuestra nariz.

—Qué quieres, qué es lo que quieres saber.

—Quiero saber cuál era la casa del barrio de los cobrizos a la que iba Catalina a jugar con sus amigos y amigas, tú ya me entiendes, según tengo entendido esa casa era tuya, tuya y de tu mujer, Adelina, y creo, si no me equivoco, que Catalina era familia vuestra.

El Mapache es un buen negociador. Entiende la jerga. El lenguaje de la calle. Sabe hablar «la lengua», como la llaman en el cuerpo de policía. Yo no habría tenido nada que hacer con alguien como el Chatarra. Lo hubiese alterado. Violentado.

—Yo no sé nada de ninguna casa, hace años que no voy a ese barrio de marginados —dice Leandro escupiendo en el suelo, en el portal de su propia casa.

—Venga, Leandro, por los viejos tiempos.

El Chatarra saca una lengua medio amoratada. Venosa. Ancha y gruesa. Se relame sus labios endurecidos y rajados. Mueve los ojos para observar bien al resto. No sé qué se propone, pero si está pensando en atacar, lo último que me apetece ahora es recibir otra bala. Intuyo que la próxima vez no tendré tanta suerte.

—Catalina era la madre de mi mujer, de Adelina, por qué sacas ese tema ahora y por qué tendría que contarte nada —dice el Chatarra mientras la cara se le agría todavía más.

—Vamos, Leandro, sabes perfectamente quién soy, nunca me he metido en tus asuntos ni en los de tus hijos, y si estoy aquí ahora es porque es importante, muy importante. Puede que no te creas ni una palabra de lo que voy a contarte, pero te aseguro que es real. Lo que nos está matando a todos ahora, la maldita Epidemia de Verano... —Vicente hace una pausa, le cuesta decirlo, todavía no se lo acaba de creer, pero tiene que sacar fuerzas para convencer al Chatarra—. Puede... quiero decir, estamos convencidos de que empezó aquí, en Baladrar, de alguna forma que todavía desconocemos. Empezó aquí en mil novecientos noventa y es posible que Catalina fuese una de las víctimas, la última de las doce que hubo aquel verano para ser exactos. Necesitamos saber a qué lugares iba, con qué personas, a qué se dedicó en sus últimos días...

El rostro del Chatarra es impenetrable. Apenas se inmuta. El aire entra y sale de sus pulmones atravesando una maraña de molestos ruidos.

—Catalina dejó de ser de nuestra familia hace muchos años por motivos que a ti no te importan. La casa a la que te refieres del barrio de los cobrizos hace tiempo que la vendimos, ya no es nuestra, de todas formas te puedo asegurar que no sé a qué se dedicaba, ni si iba allí ni con quién, es todo lo que te voy a decir —Leandro termina la frase y hace ademán de cerrar la puerta, pero antes de que eso suceda aparece tras él su mujer, Adelina. Su rostro es enjuto, lívido, su ojo derecho está hinchado y amoratado. Mira a su marido con temor, luego a nosotros con una brizna de valentía.

—Mi madre iba allí a reunirse con los muertos, iba allí a despertar a nuestros antepasados, que en paz descansen, y a los de tantos otros, ay, Dios mío... ¿de verdad todo esto es culpa suya? ¿Todo lo que está pasando es culpa de mi madre? —Adelina tiene los ojos hundidos. Su cara son años de penas y de tristezas. Las lágrimas no le salen porque no le quedan. Toda una vida al lado del Chatarra y sus dos hijos la han consumido, devorado por dentro. Es un milagro que aun esté viva.

—No, Adelina, no lo creo, lo que está pasando ahora no creo que sea culpa suya ni de nadie, pero necesitamos saber, necesitamos deshacer sus últimos pasos —intervengo yo para calmar a esa mujer que intuyo, nunca ha sido feliz—. Por favor, Adelina, ¿sería tan amable de decirnos a qué casa iba Catalina y a quién se la vendieron? Le prometo que no la molestaremos más...

Adelina nos mira con temor, con pena, mira a su marido, que le dice «calla» levantando un poco el labio. Nos vuelve a mirar con decisión, inclina un poco la cabeza hacia un lado y su boca es toda una mueca retorcida. Represión y miedo.

—La casa se la vendimos a Dalia Maya, en aquella época era muy joven, estaba embarazada y tuvo muchísimo interés en cuanto la pusimos a la venta, se la dejamos a buen precio, la casa estaba hecha polvo, pero la chica no tenía dinero para nada más y nosotros queríamos deshacernos de esa propiedad... —Las palabras de Adelina apenas se escuchan, se ha quedado medio afónica, no sé si de los nervios de la situación, o del miedo a la que le va a caer encima en cuanto nos marchemos de allí.

—Muchísimas gracias, Adelina, no sabe cuánto agradecemos su colaboración, ¿podría decirme si todavía vive Dalia allí?

—Sí, me parece que sí, todavía vive allí, no lleva muy buena vida, ¿sabe usted? La pobre Dalia nunca lo tuvo fácil, cuidar ella sola de su hija no debió de ser fácil, su marido las abandonó muy pronto...

Nos despedimos del Chatarra y de Adelina y antes de llegar a la planta baja, antes de salir por el portal del edificio ya se pueden escuchar los desgarradores gritos de Adelina. Leandro se debe estar empleando a fondo, a sus ojos ha sido traicionado por su mujer, y ahora se está resarciendo. Ojo por ojo es el lema de los Bocanegra.

Antes de subirnos de nuevo al coche, Vicente se detiene en seco. Nos mira con preocupación, cansancio. Hace días que está agotado. En su mirada hay destellos de ira, rabia, en su cara irrumpe la violencia.

—Esperad aquí un momento, enseguida vuelvo —dice Vicente adentrándose de nuevo en el edificio donde viven los Bocanegra.

A ninguno nos da tiempo a reaccionar, ni siquiera a preguntar. En cuestión de un par de minutos vemos aparecer de nuevo a Vicente de entre la penumbra que envuelve la puerta del número treinta y cinco de la calle Santa Clara. Su tupé de James Dean se ha deshecho ligeramente, tiene la camisa por fuera del pantalón y los puños llenos de sangre. Entra en el coche, todos le seguimos con la mirada, se enciende nervioso un pitillo, las manos todavía le tiemblan, nadie pregunta ni dice nada. Arranca y, antes de salir de esa calle, podemos ver cómo Armando, el pequeño de los Bocanegra, acaba de salir de su coche, aparcado a unos metros de donde teníamos el nuestro. Sujeta una bolsa de víveres en cada mano y nos escruta y observa con la mirada. Tiene una mirada prehistórica, primitiva.

Salimos de allí y todavía puedo verlo observándonos a lo lejos, en el reflejo del espejo retrovisor. No me apetece pensar en su reacción cuando entre a su casa y encuentre a su adorado padre, el Chatarra. Tampoco sabemos qué ha pasado entre él y Vicente, aunque intuimos que nada

bueno.

CAPÍTULO 25

1

Cuando Violeta escapó de casa de Richi se fue directamente a la suya. Movió el mueble del recibidor para afianzar la puerta. Richi podía ir a buscarla allí, en el barrio de los cobrizos todos sabían dónde vivían todos. Se había vuelto completamente loco y lo creía capaz de todo.

Encontró a su madre tal y como la dejó la última vez que la vio. Habían pasado un par de días y apostaba a que ni tan siquiera se habría dado cuenta de su ausencia. Siempre y cuando no se hubiese quedado si bebida, claro.

Estaba tirada en el sofá, boca abajo, las bragas medio bajadas, un pecho por fuera de la camiseta interior, roncaba profundamente y se había formado un pequeño charco de baba junto a su boca. El salón apestaba. El aire turbio e irrespirable. Las persianas estaban totalmente bajadas y la única bombilla que quedaba sana parpadeaba. Su madre hacía ya mucho tiempo que había decidido que para ella todos los días serían noches. Eternamente. En la mesa del salón no cabía ni una sola lata de cerveza más. Tres botellas de ginebra vacías habían sido alineadas bajo el reposabrazos del sofá, y un cenicero del tamaño de una ensaladera rebosaba colillas, tanto rubias como negras.

Violeta sintió una pequeña oleada de ansiedad. No tan fuerte como el día que decidió abandonar a su madre, pero parecida. Se encerró en su habitación y se dio una ducha de agua fría. El encierro en casa de Richi el loco y los largos trayectos que había tenido que recorrer a lo largo de todo Baladrar le habían dejado el cuerpo lleno de sudor reseco. Pegajoso.

Le llenó un cuenco de agua fresca a Nube y el animal estuvo unos dos minutos sin levantar la cabeza del suelo.

Luego sacó su cuaderno de bitácora y repasó lo que tenía hasta el momento y cuál debía ser su próximo paso. Puso la televisión de su cuarto de fondo y escuchó nuevamente ese informativo que emitían constantemente en bucle en el que se recomendaban las medidas de prevención que debía adoptar toda la población. Entonces recordó que sus gafas, su mascarilla y sus guantes de piel, se habían quedado en casa de Richi. Eso hizo que su ansiedad volviera ligeramente.

Había estado hablando con Tulsa Quiroga, la hija de Raimundo Quiroga, el hombre que se estrechó contra el «árbol de la muerte» en el que un par de días después se colgaría Julio Samper, el enterrador del pueblo. También tuvo una agradable conversación con Matías, el abuelo de Lidia Dengra, la primera de los doce. Y por último con Richi “el Loco”, el hijo de Jacinto el Oso y Noelia Santos. No pudo establecer contacto alguno con la pareja que saltó al tren.

Repasó la poca información que había descubierto y decidió que tenía que seguir la única pista que hasta el momento los unía, que parecían tener los doce en común; debían formar parte de alguna especie de secta. Tanto el abuelo de Lidia Dengra como Tulsa Quiroga habían insinuado que sus fallecidos familiares del año noventa practicaban algún tipo de actividad relacionada con el ocultismo, quién sabe si con el mismo satán. Además, el grado de locura en el que se encontraba Richi y esa supuesta llegada del «hombre del sombrero», le hacían pensar que era muy probable que en casa hubiese visto cosas cuando era pequeño, cosas extrañas, relacionadas con lo oculto y que uno no olvida. También había cierto grado de enigma en esas conversaciones que

mantenían en secreto. Por lo que vio en casa de Lidia y también en la de Richi, debían utilizar aparatos de radioaficionado o algo similar.

Tenía pendiente la casa de Graciela Bahamontes, la mujer que se asfixió en su propio coche, la pareja que se quemó viva en su propia casa y de la cual no había quedado rastro. Al propio Julio Samper, «el enterrador». A Nuria Belmonte, la que dejó dos hijas pequeñas, Estrella y Malena, antes de cortarse las venas. Y por último a Catalina Viedma, la última de los doce. La pareja que se quemó viva había oído decir que no tenían familia en el pueblo y que su casa había quedado reducida a cenizas, por lo que por el momento decidió descartar esa visita. De entre los otros tres trazó un línea más o menos recta entre sus domicilios o antiguos domicilios y decidió empezar por el que más cerca le quedaba partiendo desde su casa. Nuria Belmonte. La mujer que dejó a un hombre prematuramente viudo y a dos hijas pequeñas huérfanas de madre.

Se calzó unas botas de montaña, hacía calor, pero si las cosas se volvían a poner mal, necesitaba un buen calzado con el que correr, con el que patear y en el que esconder fácilmente una pequeña linterna de dinamo, un mechero y una navaja multiusos. Apenas cortaba, apenas había servido nunca para nada, pero después de la experiencia con Richi, contar con una herramienta así podría salvarle la vida en un futuro.

Se colgó su mochila a la espalda después de meter dentro una botella de agua, su cuaderno de bitácora y un par de manzanas. Nube parecía disfrutar viéndola tan animada, tan llena de vida, de esperanza. Violeta volvió a refrescar el lomo de la Beagle y se aseguró que había comido y bebido lo suficiente para emprender nuevamente el viaje.

Antes de salir de casa, la voz arrastrada y gangosa de su madre hizo que se detuviera bajo el umbral de la puerta.

—¿A dónde crees que vas, puta asquerosa?

Su madre estaba de pie frente a ella. Abría y cerraba los ojos para tratar de que su visión se adaptase a los rayos de luz que entraban desde la puerta. Las rodillas le temblaban, su pelo se veía como más negro. Sucio y grasiento. Se acercó hasta Violeta con pasos muy cortos, estaba descalza y arrastraba los pies, las uñas sucias y largas, enroscadas. Dos enormes legañas luchaban por desprenderse de sus lagrimales, restos de baba seca decoraban su cara. Vista de cerca parecía que se acabase de comer un merengue.

—¿Qué quieres, mamá? —dijo Violeta tratando de evitar que se le notase su nerviosismo al hablar.

—¿Que qué quiero? ¿Me preguntas que qué quiero? —Su madre se acercó un poco más y un fuerte olor a meado llegó hasta la nariz de Violeta—. Te recuerdo que yo soy tu madre, tu madre, y lo que quiero, lo que exijo, es que te quedes aquí y cuides de mí. ¡De mí!

—Lo siento, mamá, pero tengo que marcharme, no me puedo quedar, y tú hace tiempo que dejaste de tener poder sobre mí. Te prometo que lo he intentando —Violeta estaba a punto de romper a llorar, después de todo, a quien tenía enfrente era a su madre, y en cierta manera todavía la quería, aunque la destrozase día a día. Un fuerte olor a pescado podrido volvió a irrumpir en sus fosas nasales—. Lo he intentado de todas las formas posibles, pero contigo no hay manera, contigo no hay quien pueda, mamá. No sé qué es lo que te pasa, ni tampoco por qué narices necesitas estar todo el día borracha, pero me hacías faltas ¿sabes? Me hacías falta y nunca estuviste, así que no, no tienes derecho a exigirme nada, porque tú a mí nunca me has dado nada.

—¿Pero cómo te atreves? ¿Cómo te atreves? No eres más que una maldita puta desagradecida, te recuerdo que yo te di la vida, ¡te di la vida! —Su madre estaba perdiendo los estribos, de su boca salían despedidos salivazos al hablar, la señalaba constantemente con un dedo y se

tambaleaba peligrosamente. Sus ojos se movían hacia todos lados tratando de encontrar el equilibrio, un asiento en el que quedarse quietos, enfocando—. ¿Quién eres tú si se puede saber? ¿Quién te has creído que eres? No has conseguido nada en la vida, tan solo eres una fracasada más que ni tan siquiera es guapa, que ni tan siquiera tiene nada de especial, ¡yo sí era especial! ¡Yo era alguien antes de que tú llegases! ¡Alguien importante!

Violeta pudo observar cómo del cuello de su madre colgaba una antigua medalla de oro, de oro olímpico. Tenía la figura de una atleta grabada y una inscripción;
Dalia Maya
Primer puesto en 400 metros lisos
JJOO 1988
Seúl

No era la primera vez que veía esa medalla. De hecho se sabía de memoria cada una de sus líneas, cada una de sus muescas y grabados. La historia que la acompañaba. Había escuchado infinidad de veces lo buena atleta que era, los éxitos que consiguió a tan corta edad, pero sobre todo, por qué tuvo que abandonar su prometedora carrera.

Violeta no quiso seguir más con esa conversación. En realidad, de haber continuado, se habría quedado completamente sin fuerzas. Nunca podía, nunca podría con su madre. La odiaba y la amaba a partes iguales, la echaba de menos y la quería tan lejos de su vida como fuera posible. Así era como se sentía.

Abandonó ese barrio sucio y oscuro con Nube frotándose entre sus piernas y tratando de volver a centrar su mente en su objetivo primario, para el que había nacido. Justo cuando llegó al barrio nuevo, recordó que, con tanto ruido, con tanto acontecimiento, no había tenido tiempo ni de tan siquiera pensar en Barry, en cómo estaría.

2

Temblaba. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba en esa postura. Temblando. Barry se había acurrucado en un rincón próximo a la garganta del infierno y había perdido totalmente la noción del tiempo. Meado de arriba abajo. Hasta los topes de hollín y arena negra.

Se había estado tambaleando en el borde de la garganta durante un tiempo indeterminado. Era como si algo allí abajo lo estuviera llamando, los estuviera llamando a todos. Un enorme agujero, un espacio abierto, desconocido, negro e infinito.

No podía moverse, no se atrevía. En esa mina había algo que no era humano, había algo acechando entre las sombras. Dispuesto a acabar con él ante el mínimo movimiento que hiciera. Lo sentía, lo había sentido cuando se acercó y lo sentía respirar cerca de él. Puede que tuviera forma humana o que solo se lo había parecido, pero se le había a antojado ver la alargada sombra de alguien con un sombrero, un elegante bastón y una larga capa.

Apretó aún más las rodillas contra su pecho y sintió cómo la roca se clavaba un poco más a su espalda. El calor allí abajo era insoportable, insuperable, pero hacía ya bastante rato que su sudor era frío.

Escuchó unas voces a lo lejos y trató de contener la respiración, de no hacer el menor ruido. Reconoció que una de ellas era la de Rober, el capataz.

—Van a empezar a traer ahora el material que pediste, y tanto el personal que has visto arriba, como dos nuevos equipos de diez hombres, están al caer —dijo Rober con su habitual tono

autoritario.

—¿Y el hormigón? —dijo la persona que estaba con Rober.

—¿Qué pasa con el hormigón?

—Sin hormigón no hacemos nada, necesitamos hacer un forjado sólido, además, el agujero es mucho más grande de lo que Víctor me había dicho y tengo mis dudas de que podamos taparlo... al menos tan pronto como él quiere...

—Vale, vale, ya lo he oído, el hormigón también está en camino, por cierto, qué es eso que tienes...

—¿El qué?

—Creo que te está sangrando la nariz.

Raúl el casco se pasó el dorso de la mano por encima del labio y observó a la débil luz de la galería Wilson su mano llena de sangre oscura.

—Sí, me pasa a veces.

—Bueno, yo voy a volver arriba que estos inútiles no saben hacer absolutamente nada sin mi supervisión.

—De acuerdo, no tardes, yo iré tirando las líneas de anclaje de las vigas y la malla de acero. La verdad que esto da un poco de miedo.

Raúl el casco rodeó con la mirada la magnitud de la galería Wilson y la inmensidad de ese agujero que se había abierto en el suelo de la noche a la mañana. Se lo había contado Víctor en un par de ocasiones, con pelos y señales, pero ahora que lo veía de cerca, estaba completamente seguro de que no había nada igual en la Tierra, aquello era algo totalmente insólito. Él se pasaba el día en casa, apenas había participado una o dos veces en algún trabajo de campo que el propio Víctor le había pedido, pero en cuanto a conocimiento teórico no tenía límites. Conocía todos los misterios de la arquitectura y de la geología, sobre todo la que tenía que ver con la historia antigua y la inexplicable. Y nunca, jamás, en todos sus años de estudio, había oído hablar de algo parecido.

—Ah, se me olvidaba, una cosa más —dijo Rober.

—Qué.

—Toma, es posible que te encuentres a alguien aquí abajo, si eso pase ni te lo pienses, le pegas un tiro y santas pascuas, al fondo de la garganta.

—¿Cómo dices? Víctor no me había dicho nada de esto, ¿quién hay aquí abajo? —La voz de Raúl denotaba nerviosismo, miedo.

—Renegados, insurgentes, desertores, gente que no está bien, que se le ha ido la olla, pero ya te digo que tú por eso no te preocupes, ahora vas armado, si ves a alguien sospechoso le disparas y santas pascuas.

Raúl se quedó sujetando el revólver viendo cómo Rober se subía a la Eagle 94 y emprendía el camino hacia la próxima galería. Sintió cómo nuevamente, la sangre descendía desde su nariz y ya casi podía rozar sus labios.

3

El camino hacia la Cobriza ha sido silencio. Un verdadero ejercicio de introspección. Ha ocurrido algo, un pequeño detalle, un gesto casi inapreciable pero que me ha hecho sentir tan bien como hacía tiempo que no recordaba. Yo estaba sentado en el asiento de copiloto, observando en

primera fila los desperfectos de unas calles destrozadas, Cristina estaba sentada justo detrás de mí, al lado de Vera. En algún momento de ese viaje hacia la nada he sentido cómo su mano se deslizaba por mi nuca. Cómo sus dedos acariciaban mi pelo, recorrían mi cuello y me daban ese calor que tanto echo de menos. Yo no le he dicho nada, tampoco ella a mí, pero creo que ya es un principio, un primer acercamiento físico, y espero que no sea el último.

Juan ha dicho que tenía algo importante que decirnos. Se pasa el día estudiando números. Suma, multiplica, divide, resta y deriva. Él es así, le encanta el cálculo, siempre le ha encantado, y creo que incluso confía más en la estadística que en las personas. Para él la estadística y los números son vida. Es la manifestación del cosmos, la madre naturaleza, la voluntad del mismísimo Dios.

Luego nos ha dicho eso tan importante que ha descubierto. Dice que lo que buscamos es algo que no afecta por igual a los ancianos, tampoco a los niños. Por alguna razón ellos no se contagian igual, porque no están en contacto con lo que sea eso, o simplemente, porque su organismo no responde de la misma manera al mismo estímulo. A su juicio es un dato que hay que tener muy en cuenta porque la estadística nunca falla, y cuando hay una evidencia significativa de que algo sucede, de que el fenómeno en cuestión, objeto del estudio, se concentra en un sector concreto de la población, es porque ese sector tiene algo que los demás no tienen.

Nadie le ha discutido a Juan. Nadie ha tratado de quitarle la razón, pero tampoco se la han dado. Simplemente aceptamos esa información, ¿por qué no? Y esperamos a ver qué es eso que nos depara el barrio de los cobrizos.

De todas formas, sus divagaciones me han llevado a pensar en el tema de la transmisión sexual como mecanismo de contagio. Porque es cierto que ni los ancianos ni los niños mantienen, a priori, relaciones sexuales, así que ambas cosas son en realidad bastante lógicas. Espero que después tengamos algo más de tiempo para pensar en ello.

Hacía tiempo que no iba al barrio de los cobrizos, mucho tiempo. Todavía recuerdo la vez que salimos de aquí, cabizbajos y con el final del verano a nuestras espaldas. Ese día en el que nos colamos en casa de Richi el Loco para acabar encontrando un enigmático mensaje en el espejo del cuarto de baño en el que, primero su madre, y después su padre, se habían quitado la vida. El mensaje escrito en el espejo hablaba sobre ese hombre del sombrero, esa enigmática figura de la cual no me atrevo a hablar con nadie, la misma a la que yo mismo vi hace tan solo unos días, cuando me recogieron tirado en mitad de la calle. Creo que en el fondo pienso que no es más que una de esas leyendas urbanas, que aquello que yo vi tan solo era fruto de una mente al borde del desfallecimiento. Me niego a creer algo que no tiene ninguna lógica ni explicación. No quiero.

Hacemos unas cuantas preguntas para ver cuál es esa casa que el Chatarra y Adelina le vendieron a una joven embarazada veinte años atrás.

Nos cierran las puertas. Hay miradas de miedo y desconfianza tras las ventanas. Cortinas que ondulan y se mueven a nuestro paso por esas calles desangeladas.

El sonido de las chicharras gritar es especialmente molesto. Espeluznante. El aire en el barrio de los cobrizos es cálido y pesado. Los coches son viejos. El alquitranado de mala calidad. Los baches y desperfectos de la calzada convierten las calles casi en intransitables. El cableado eléctrico general cuelga de algunas fachadas como si fuese la decoración de Navidad. A lo lejos, tras esas casas y calles de otra época y al borde del derrumbe, se puede ver la Cobriza, la puerta de entrada a la Cobriza, mejor dicho. Y a las decenas de camiones y Jeeps de Altered Mines. Me pregunto en qué situación se encontrarán ahora las acciones de la multinacional canadiense.

Por fin alguien nos abre. Ese alguien estaba en deuda con el Mapache por un no sé qué del cual

no nos han querido dar ningún tipo de detalle. Se llama Cándido Duro y sus manos son por lo menos de la edad de piedra. Su cara una pared agrietada. En su mirada guardaba esa eterna sospecha, ese eterno miedo que tienen los delincuentes inseguros o con conciencia. Ha tardado cero en decirnos cuál era esa casa y de quién. Dalia Maya. El número veintitrés de la calle trece. Ya no me acordaba, pero en los cobrizos las calles no tienen nombre, tienen número, imagino que cuando levantaron el barrio no pensaron que se fuera a consolidar para siempre, debieron pensar que vivir así, en un lugar así, solo podía ser de forma temporal. Que el barrio acabaría desapareciendo igual que había aparecido. Pero no fue así. Desde luego que no.

Cándido Duro nos ha dicho que Dalia es rara. Extraña. Se relaciona con poca gente y apenas sale de casa. Cada vez menos. Llegó al barrio hará unos veinte o veintiún años, no recuerda si ya preñada o sin preñar. También ha dicho que cuando llegó sí se relacionaba con gente, aunque no recordaba muy bien con quién. Luego ha estado diciendo que los del barrio nuevo ya no somos bien recibidos en los cobrizos, que ese ya no es nuestro pueblo, y que es por todo lo que han estado haciendo «los nuestros». Han quemado casas. Han contaminado el suministro de agua. Les han cortado la luz una infinidad de veces, los camiones de la basura hace tiempo que por allí ya no pasan, menos aún la policía. Dice que es por ese grupo de fanáticos religiosos que afirma que en los cobrizos reside la culpa de todo, que allí se practica el ocultismo y se hacen ritos paganos, ritos con el diablo.

Dejamos ese asunto para más tarde, pero la sangre se me hiela por completo, primero porque me aterra lo que la gente «normal» es capaz de llegar a hacer en situaciones extremas, y segundo porque no me quiero ni imaginar que algo de todo eso pueda ser cierto, lo de los ritos y el culto al diablo. Luego Cándido nos ha pasado un par de latas de cerveza. Regalo de la casa. Dice que si queremos hablar con Dalia hay que ofrecerle algo a cambio, y esa mujer solo hace tratos con el alcohol.

En el barrio de los cobrizos apenas hay edificios de viviendas. Todo son casas pequeñas, parecen esas construcciones de barro que levantaban las poblaciones nómadas.

Nos sentimos extrañamente observados mientras esperamos a que Dalia nos abra la puerta. No se escucha ningún ruido, me aterra tanta quietud, tanta calma. Al final de la calle se ve un par de casas que al parecer han ardido recientemente, imagino que las que nos ha dicho Cándido.

Cristina se queda mirándolas y frunce un poco el ceño. Vicente respira tranquilo, los tres cigarros que se ha fumado de camino le han sentado bien. Ahora se está enciendo un cuarto. Vera y Juan esperan algo más atrás, desde, digamos esta mañana, aprovechan la mínima ocasión para distanciarse unos metros del grupo, se les escucha murmurar entre ellos, incluso en alguna ocasión sonreír. No tenemos ni la menor idea de lo que se dicen, pero imagino que tratan de recuperar el tiempo perdido.

La puerta se abre. Ante nosotros aparece Dalia Maya. Sus ojos están medio cerrados. La luz la está deslumbrando, pone una mano sobre su frente para atenuar la sobredosis de sol. En su pierna derecha, a la altura del muslo, un músculo no para de vibrar Microcontracciones. También se suma su mano izquierda, que cuelga a lo largo de su cuerpo como un pedazo de carne muerta. La parte de abajo solo son bragas. Visiblemente sucias al igual que los pelos negros que sobresalen por los laterales de la goma. La parte de arriba, una camiseta de tirantes llena de restos de comida, no lleva sujetador y tiene los pechos bastante arriba, bastante firmes para el estado en el que se encuentra. Obviamente no es una mujer mayor, calculo que unos siete u ocho años más que yo, a lo sumo.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué queréis? —La voz de Dalia transmite lo mismo que el resto

de su cuerpo, dejadez y abandono.

—Queremos hacerle unas preguntas, Dalia, es muy importante, es sobre todo lo que está pasando ahora, sobre la Epidemia de Verano —digo yo adelantándome a Vicente. Tenemos que darnos prisa.

—¿Estáis con mi hija?

—¿Cómo dice?

—Mi hija, la loca de mi hija, ¿estáis con ella o no?

—No sabemos quién es su hija, Dalia, nosotros hemos venido por nuestra cuenta —digo yo mientras Dalia deja caer su mirada al par de cervezas que se balancean de la mano de Vicente.

—¿Y qué queréis? —repite de nuevo Dalia.

—Hablar, serán solo un par de preguntas, Dalia, se lo prometo —digo yo poniendo mi mejor cara, esa con la que siempre consigo poner nervioso a los desconocidos.

Dalia nos mira con los ojos entrecerrados y vuelve a mirar las cervezas del Mapache.

—¿Esas cervezas son para mí?

—Sí, son para ti, Dalia, un detalle de cortesía.

—¿Solo un par de preguntas, no?

—Lo prometo, un par de preguntas y nos marcharemos.

—Pues que así sea, podéis pasar, y tú deja de llamarme por mi nombre de una maldita vez como si fuésemos amigos o me conocieses de algo, ¿está claro?

Joder, no sé cómo lo hago para acabar siempre generando mal rollo.

—Sí, sí, está claro, Da..., clarísimo, señora.

Al pasar por su lado me dedica una mirada asesina. No le he caído nada bien.

Su casa es como una pequeña mazmorra. Apesta a tabaco, alcohol reseco, humedad, comida podrida, cañerías embozadas y también a papel apolillado y mal conservado.

Le pido a Dalia si es tan amable de encender la luz y ella me responde que ya está encendida, luego me vuelve a mirar con desprecio. Rechazo.

Aquí dentro no sé ve casi nada, la única diferencia con la oscuridad total es una bombilla que parpadea y que pierde intensidad segundo a segundo.

Dalia se abre la primera lata de cerveza y se bebe media de un trago. Intuyo que si no nos damos prisa se beberá las dos latas antes de siquiera haber empezado a hablar.

Cristina se sienta a mi lado, en el sofá, siento el contacto con su piel y por un instante mi mente se queda totalmente en blanco, no pienso absolutamente en nada y es como si me acabase de atravesar un rayo de polvo cósmico. Juan y Vera se sientan en dos sillas que cojean y de las que cuelga el relleno por la parte de abajo. Vicente se queda de pie y parece no fiarse ni un pelo de esa vivienda. Desde donde él está controla el pasillo, el salón, y creo que incluso la puerta de la calle. Es bueno en lo suyo Vicente.

—¿Qué era eso de lo que queríais hablar? —dice Dalia apurando de un trago la primera lata, luego se enciende un cigarro y me echa el humo a la cara.

—Será muy rápido, esta casa, ¿recuerda a quién se la compró?

Dalia inhala humo profundamente, mira al suelo y después me mira a mí, otra vez con esa expresión de desprecio genuino, está claro que no soy su tipo.

—¿Y qué importa eso ahora? La casa la compré y punto, no recuerdo a quién, fue hace muchos años, ¿qué importa eso?

—Importa, Dalia, créame, importa, según hemos podido saber esta casa se la vendieron Leandro el Chatarra y Adelina hará unos veinte años, nos lo han dicho ellos mismos, pero lo que

queremos saber no es eso, es otra cosa.

Dalia me mira unos segundos y luego al resto. Parece que el cigarro y la primera lata de cerveza, lejos de adormecerla, la han despejado. Aprovecha para abrirse la segunda.

—Bien, y si ya sabíais eso, ¿cuál es la maldita pregunta entonces?

—Necesitamos saber si cuando llegaste a esta casa encontraste algo, no sé, una caja fuerte abandonada tal vez, algún aparato de radio, no sé, algo que se saliera de lo normal.

Dalia se enciende otro cigarro y hace crujir su cuello moviéndolo hacia ambos lados.

—Cuando llegué a esta casa solo encontré una casa, nada más. Obviamente había un montón de trastos que tiré a la basura, no sé si entre ellos había una radio, como dices, pero si fue así acabó en el contenedor, eso seguro. Y en cuanto a lo de si había una caja fuerte… te puedo asegurar que si la hubiese, ya la habría abierto yo hace tiempo. Así que…

Dalia le da dos fuertes caladas al cigarro y después se abre la otra cerveza. De un trago se bebe media otra vez.

Me digo que tiene que haber algo en algún rincón de esa casa. Si Dalia no tiró ninguna caja a la basura, y esa es realmente la casa donde se reunían Catalina y el resto de los doce, ¿entonces qué abre la llave que tenemos exactamente?

—¿Le importaría si pegamos un vistazo rápido? —pregunto con naturalidad.

—¿Un vistazo? ¿Dónde?

—Aquí, en su casa.

—Ni hablar, de ninguna manera vais a violar mi intimidad. Y ya he respondido suficiente, así que marchaos de una vez —Dalia se acaba la cerveza y la coloca con delicadeza sobre una cómoda del salón en la que pueden verse unos cuantos trofeos. Se termina el cigarro y lo lanza a la ensaladera de colillas.

—Mire, señora Maya, necesitamos hacer unas comprobaciones, y quiera usted o no las vamos a hacer —dice el Mapache con los nudillos cubiertos por sangre seca.

—¿O qué? —Dalia se acerca a Vicente y saca pecho.

—O nada. Solo le informo de lo que va a pasar a continuación, la situación es crítica, y me parece que hemos sido amables, y que tampoco le estamos pidiendo tanto. Solo echar un vistazo.

Vicente se echa su tupé hacia atrás y se enciende un cigarro. Dalia lo mira de arriba abajo y parece se relame. Se rasca la entrepierna con disimulo. Parece que el tono autoritario del Mapache le ha gustado.

—Está bien, un vistazo rápido y os largáis, guapo. Del cuarto de mi hija os podéis llevar lo que queráis, no va a volver —dice Dalia mirando a Vicente, que asiente echándole el humo a Dalia en la cara. Ella ni se aparta.

En el salón apenas nos detenemos. Durante el poco rato que hemos estado hablando con Dalia nos ha dado tiempo a ver que en esa oscura estancia no parece haber nada que pueda encerrar una caja fuerte. El mueble sobre el que está a tele está completamente desvencijado. Las puertas y cajones rotos. La cómoda sobre la que Dalia ha depositado las latas de cervezas es demasiado pequeña para esconder nada que pueda cerrarse con la llave que tenemos.

En la cocina tampoco hay nada que despierte nuestro interés, tan solo platos y vasos sucios. Botellas vacías y cacerolas con la base requemeda.

Vamos al cuarto que parece ser el de Dalia. Hay ropa interior sucia por todas partes.
Ese cuarto parece en realidad el cuarto de la ropa sucia. Da la impresión de que la cama no la han hecho nunca. Hay un armario de tres puertas muy viejo. Cristina y Vera se afanan en mirar dentro. Juan y Vicente están pegando un vistazo por la cómoda y mesillas de noche. Yo, como ya he hecho

otras veces, trato de hacerme una visión de conjunto. Me quedo en el umbral de la puerta y trato de ver si hay algo más aparte de lo que se ve a simple vista.

El ruido de la puerta de la calle abriéndose hace que nos quedemos todos paralizados.

Vicente, como si de un perro guardián fuese, tensa la postura y me mira a mí, que estoy justo en el umbral de la puerta. Después se lleva una mano a la funda de la pistola, que descansa sobre su cadera derecha.

Después se oyen voces.

4

—¿Y tú qué quieres ahora? ¿No se supone que te habías ido? —Dalia abrió los ojos de par en par al ver a su hija entrando de nuevo en casa.

—Eso a ti no te importa, se me ha olvidado una cosa —dijo Violeta tratando de pasar hacia el interior de la casa para dirigirse a su cuarto. Nube dio un par de ladridos.

Desde que Violeta había salido de allí en pos de su nueva parada en la búsqueda de la verdad, no había dejado de dar vueltas alrededor de las peores calles de los cobrizos. Las más oscuras y estrechas. Richi el Loco andaba tras ella. Al parecer había escapado del cuarto donde lo había dejado encerrado, y ahora estaba armado, y muy enfadado.

Así que, lo que se le había olvidado a Violeta en realidad era coger una buena arma, no esa inofensiva navaja multiusos. Se dijo que un par de cuchillos de cocina estaría bien. Porque lo que tenía era que quedarse encerrada en su casa, con su madre borracha y sin reservas de alcohol, no era una opción. Mejor enfrentarse a Richi que a su propia madre.

El mundo se estaba yendo definitivamente abajo. Pero ya no como consecuencia de la Epidemia de Verano, sino como consecuencia de la brutalidad y la maldad humana. Aparte de los saqueos, el vandalismo, los allanamientos de morada y las viviendas que había visto arder en su barrio, ahora también estaba empezando a ver violencia verdadera. El mal por el mal. Le había impactado muchísimo lo que le estaban haciendo a Manila. Una de las personas que salía en el documental del Verano del Miedo, la misma que cortó el árbol donde murieron Julio Samper y Raimundo Quiroga.

Un grupo de jóvenes de aproximadamente su edad corría detrás de Manila con palos y piedras en las manos. Uno incluso llevaba un bate de béisbol. Gritaban cosas como “negro de mierda”, “todo esto es por vuestra culpa”, o “vais a morir todos, hijos de puta”. A Violeta se le partió el corazón al ver al pobre Manila, ahora ya con cerca de sesenta años, cómo tropezaba y caía al suelo de bruces. El grupo de jóvenes no ha tardado en alcanzarlo. Y cuando lo han hecho, tras unos segundos de duda y ver cómo Manila suplicaba que no le hicieran en su particular idioma plagado de verbos en infinitivo, uno de los chicos, quizá el más pequeño de todos ellos, ha abierto la veda. Le ha tirado una piedra a la cabeza y, tras él, ha empezado el resto. La lluvia de patadas, palazos y pedrazos ha sido espeluznante.

Violeta, cagada de miedo por si le hacían también algo a ella, no ha tenido el valor suficiente para intervenir, para intentar pararlos. No sabe cómo habrá terminado el asunto, pero imagina que con Manila muerto.

En ese momento se dijo que, aparte de la gente que hacía el mal, estaba la gente que sencillamente no hacía nada, como ella. Ese comportamiento ya se había visto muchas otras veces

a lo largo de la historia. Gente que se escondía al ver las tropas pasar o que miraba para otro lado cuando le volaban la tapa de los sesos a su vecino de toda la vida. Había muchas formas de supervivencia, y pensó que correr y esconderse era una de ellas, la que estaba poniendo en práctica ella misma en esos momentos. Pero algo en su interior le dijo que eso no estaba bien, que no era propio de una "elegida" como ella. Y que a partir de ese momento, aunque le costase la vida, la próxima vez se enfrentaría a personas como las que acababan de linchar a Manila. Por eso había vuelto a casa a por una buena arma, para enfrentarse a Richi el Loco, no iba a permitir que le hiciese lo mismo a ninguna otra chica.

Pero justo cuando estaba a punto de entrar en la cocina, vio a alguien en mitad del pasillo. Ese alguien llevaba una pistola, y la estaba apuntando a la cabeza.

—Si das un paso más te pego un tiro —dijo Vicente con determinación.

5

No puedo evitar sentir verdadera pena cuando salgo al pasillo y veo a Violeta, la chica que conocí en el tren cuando llegué a Baladrar. Ha levantado las dos manos y sus piernas tiemblan como las de un anciano. Me dio cierta pena en su día, y me está dando más pena ahora.

—Baja el arma, Vicente, por Dios, es inofensiva —digo mientras me pongo entre Violeta y el Mapache.

Violeta se queda con la boca abierta al verme. Es obvio que no esperaba encontrar a nadie en su casa, menos a mí. Porque está claro que es la hija de Dalia Maya.

—¿Pero… tú, qué haces aquí?

—Perdón por lo del arma, Violeta, tu madre nos ha dado permiso para entrar a buscar una cosa, y bueno, ya sabes cómo están por ahí fuera las cosas, mi amigo Vicente ha pensado que eras una asaltadora. Puedes bajar los brazos, nadie va a hacerte daño.

Violeta baja las manos despacio y Nube, avanzando un poco, empieza a ladrarle a Vicente.

—Tú… tú eres Guillermo, el que hizo el documental del Verano del Miedo —dice Violeta con admiración. Sus ojos están empezando a brillar con luz propia. Hacía mucho tiempo que nadie me miraba así.

—Sí… yo soy el culpable. No me dijiste que lo habías visto. Cuando nos vimos en el tren me refiero.

Violeta se encoge de hombros. Siento la presencia de Cristina detrás de mí. Suspira y pega su cuerpo a mi espalada. Y me digo que debería interpretar eso como un ataque de celos. Eso sería bueno.

—Tampoco tú me dijiste que eras… la persona que había estado investigando todo esto hace años —Ahora soy yo el que me encojo de hombros—. ¿Y qué hacéis aquí, si se puede saber?

—Es una historia muy larga.

—Tengo tiempo.

—Nosotros no.

Violeta se cruza de brazos y me mira con esa chulería juvenil de la que hizo gala en el tren.

—Me parece que tengo derecho a saber qué hacéis aquí, en mi casa.

—No, no lo tienes —interviene Vicente con autoridad.

—¿A no? ¿Quién lo dice?

—¡Deja que miren lo que quieran y que se vayan de aquí de una vez, zorra asquerosa! —Dalia entra en escena y coge a su hija por un brazo con rudeza, que suelta un grito de molestia casi al instante.

—¡Suéltame, ni se te ocurra tocarme!

—Vale, ya está bien las dos. Parad de una vez —digo con firmeza—. Violeta, ¿qué quieres saber exactamente?

—Eso que buscáis, tengo derecho, ¿no crees? Porque tiene que ver con la Epidemia de Verano, ¿a que sí? ¿Y encima en mi casa, no? Me parece que no solo tengo derecho a saberlo, sino que debo saberlo.

Lo cierto es que Violeta tiene razón, y tampoco encuentro ningún motivo para ocultarle la verdad. Además, me quedó claro el día que la conocí que era una fanática de todos los temas relacionados con lo sobrenatural, paranormal, conspiraciones y, en general, todo ese tipo de información que la gente normal no suele saber. Sin ir más lejos de la Epidemia de Verano se había empapado todo lo que había podido.

Me giro y trato de saber qué está pensando el resto. Vicente mira para otra parte mientras se recoloca el tupé. Juna y Vera no está a la vista y ya presupongo que se están metiendo mano en algún cuarto. Y Cristina, simplemente me dice que "adelante" con el cuello. Luego se cruza de brazos y parece que ese ataque de celos todavía le dura. Y sigo pensando que eso es bueno.

—De acuerdo, Violeta, tienes razón, tienes derecho a saber qué buscamos y por qué aquí.

Violeta asiente con una sonrisa de suficiencia y después escucha con atención todo lo que le cuento. Le cuento que estamos investigándolo todo otra vez y ella nos dice que está haciendo exactamente lo mismo. Su cara se llena de felicidad. Da la impresión de que acaba de encontrar a los mejores amigos de su vida.

La joven se entusiasma con la historia del Mercedes de la casa de Niven, incluso me da por enseñarle el disparo que he recibido y ella no puede evitar poner sus manos sobre mi abdomen y ofrecerse a hacerme las curas de esa herida. Eso provoca más suspiros por parte de Cristina a mis espaldas.

Cuando le enseño la llave, Violeta frunce el ceño y después la examina con detenimiento.

—¿Estáis seguros de que era esta la casa donde Catalina Viedma y el resto venían a… hacer espiritismo?

—Nada es seguro hasta el final, Violeta, pero tenemos indicios de peso para pensar que sí lo es.

—Pues no sé qué decir, llevo mis casi veinte años de vida aquí y nunca he visto la puerta que abre esa llave.

Yo miro de nuevo la llave y, ahora que lo pienso, creo que Violeta tiene razón. No abre ninguna caja, sino una puerta.

—No tenéis ningún sótano o trastero que no uséis apenas, o un altillo tal vez.

—No que yo sepa, de hecho esta la única casa de la calle que no tiene só… —Violeta se queda pensando y no termina la frase. Mira a lo lejos como si estuviese teniendo una revelación en otra dimensión. Nube suelta un par de ladridos. De fondo se escucha a Vera reír y decir "para, idiota, que nos van a ver".

—¿Que no tiene qué? ¿Qué es lo que no tiene esta casa? —Mi corazón empieza a palpitar con fuerza, como siempre que nos acercamos a algo importante.

—Que no tiene sótano. Esta es la única casa de la calle que no tiene sótano. Siempre me extrañó, porque si te fijas todas son iguales por fuerza, y todas tienen sótano, menos esta.

Mis neuronas están pensando lo mismo que las de la chica.

—Esta casa no tiene sótano porque es una real mierda. La pareja esa de chatarreros me la vendió deprisa y corriendo porque vieron que tenía necesidad, lo vieron en mi puta barriga de siete meses. Y ahora mira cómo estamos —dice de nuevo Dalia con mucha rabia interior.

Madre e hija se miran y a mí me da una pena terrible. No sé qué le ocurrió a Dalia, ni por qué está tan resentida con la vida, pero sí puedo imaginarme el tipo de vida que habrá tenido Violeta. Uno muy poco deseable.

—Dalia, ¿cuándo compraste esta casa estaba amueblada? —pregunto a la ex medalla de oro olímpico.

—Claro que lo estaba, me la vendieron hasta con la ropa de la vieja. Esto era una real mierda y sigue siéndolo. Hasta los muebles son los mismos. ¿Cómo iba a yo a pagarme otra cosa? ¿Cómo iba yo a permitirme muebles nuevos? —dice Dalia permanentemente enfadada.

Mi cerebro está a punto de escupir una posibilidad, una brizna de esperanza, pero Violeta se me adelanta.

—Vamos a mi cuarto —dice de pronto.

Y tanto yo, como Cristina, como Vicente, que hace rato que no dice nada, vamos tras Violeta.

Cuando entramos a su habitación, por fin los pillamos. Juan y Vera se están besando de forma apasionada. Juan ha metido las manos bajo el pantalón de Vera y acaricia sus nalgas. Vera ha hecho lo propio con la espalda de Juan, y clava sus uñas entre sus escápulas.

—Ejem… —dice Violeta con gracia.

Juan y Vera se sobresaltan y se separan. Sus rostros se cubren de sonrojo.

Violeta los mira como si fuese su madre y después sus ojos se van directamente al suelo.

—Tiene que ser aquí, tras este asqueroso armario. Llevo toda la vida viendo estos horribles rayajos en el suelo, y ahora por fin sé qué significaban. Toda la vida viéndolos… y sin verlo… —dice Violeta con pesar.

Gran parte de una de las paredes de la habitación está ocupada por un viejo armario de cuatro puertas. Uno de esos antiguos, macizos, que llega hasta el suelo y que no hay quien lo mueva. Cerca de una de sus patas se ven unos finos surcos en el suelo. Unos rayajos, como dice Violeta.

—¿Qué se supone que estáis pensando? ¿Ahí abajo no hay nada? ¿Creéis que si hubiera algo yo no lo sabría? ¿Me tomáis por una estúpida? —Dalia, que nos ha seguido hasta el cuarto de su hija, no puede evitar ser un verdadero incordio.

—¿Ese armario estaba ahí cuando llegasteis? —pregunto mirando a Violeta. Es obvio que ella llegó allí en la barriga de su madre, pero aún así, prefiero preguntarle a ella.

—Ese mueble lleva ahí toda mi vida —responde Violeta.

—¿Y nunca lo has movido?

—Nunca.

Yo miro a Vicente, después a Cristina, a Violeta. No tenemos nada que perder moviéndolo, si acaso la enorme esperanza de estar a punto de descubrir algo grande, algo muy importante.

Los cuatro empezamos a mover el gran armario mientras Dalia nos mira sin dejar de decir que perdemos el tiempo.

Cuando por fin conseguimos separarlo como un metro de la pared, nuestras caras se iluminan por completo.

Bajo el armario podemos ver una cerradura encastrada en el suelo.

Cristina se apresura a introducir nuestra llave, le da vuelta, y una compuerta se abre.

6

Bajar a un sótano que lleva veinte años cerrado y del cual nadie de los que estamos presentes conocía su existencia, es algo que de un modo u otro, a todos nos inquieta.

No tenemos ni idea de qué podemos encontrarnos al final de las estrechas y pequeñas escaleras que acabamos de descubrir, pero está claro que, si alguien se molestó en ocultar esa puerta de entrada, es porque no quería que nadie supiese lo que hay ahí abajo.

Vicente insiste en que él bajará primero. Lleva un arma y es policía. Se ha visto en situaciones así muchas veces. Pero tanto yo como Violeta le decimos que sería algo sumamente extraordinario que encontrásemos algo vivo allí debajo después de tantos años. Vicente ni tan siquiera se molesta en respondernos, se guarda el arma y se echa a un lado.

Yo me ofrezco voluntario a ir primero, también Vera, que arde en deseos de ver lo que hay en ese sótano. No duda de que allí hacían sesiones de espiritismo y quiere olfatear una posible presencia de espíritus malignos.

Finalmente, es Violeta quien se impone. Dice que estamos en su casa, que ese es su cuarto, y que ella es "la elegida". Así que la primera bajará ella. Todos nos quedamos de piedra al escuchar eso último. Por lo visto cada cual se está montando su propia película en la cabeza.

Y de esa forma iniciamos el descenso. Primero Violeta. Luego Yo. Luego Vera. Luego el resto. Incluida Dalia Maya, que de momento permanece callada. El perro que iab con Violeta, Nube, se queda en casa. Violeta le dice que es peligroso para ella, y que mejor se queda. El perro obedece.

+

Violeta es inteligente, y está preparada. Lleva una linterna pequeña pero con bastante potencia. Eso nos sirve para no caer rodando escaleras abajo y para poder ver el interruptor de la modesta bombilla que cuelga del techo. Que para sorpresa de todos, funciona.

Nuestros ojos tardan un poco en acostumbrarse a la oscuridad, pero en cuanto lo han hecho, vemos con claridad que lo que Catalina Viedma tenía montado allí abajo era como una especie de segunda vivienda, la sede de un club o algo así.

Hay un par de sofás, unas viejas estanterías llenas de libros, una pequeña nevera que para sorpresa de todos todavía funciona y que alberga un buen número de cervezas Águila Dorada, un televisor con cuernos, un pequeño fregadero con un hornillo de gas al lado y una cama estrecha en un rincón, entre algunas cosas más. Pero lo que más llama la atención de todos es lo que hay en uno de los extremos. Es una gran mesa redonda cubierta por una tela con mucho faldón. Sobre la mesa varias velas sujetas sobre sus respectivos candelabros, en el centro todos pueden ver una tabla *ouija* muy antigua, y frente a algunas de las siete sillas que hay a su alrededor, hay un viejo aparato de radioaficionado.

Todos nos quedamos con la boca abierta. Encontrar este sótano ha sido como hacer un viaje al pasado. Todo está como estaba hace veinte años, cuando yo tenía solo doce.

Cada uno de los que estamos empezamos a inspeccionar ese sótano que ahora mismo es como un tesoro. Una especie de mina de oro en nuestra particular búsqueda de la verdad.

Vera se ha agenciado la tabla *ouija* y la observa con minuciosidad y detalle. Vicente se ha abierto una cerveza de la desparecida marca Águila Dorada y no parece que esté del todo mala. Luego observa los enseres y utensilios de cocina. Dalia, que no se despega de él, lo copia y también se abre una cerveza. Cristina mira en el sofá, en la cama, en el mueble del televisor, en

los cajones de una cómoda que hay en una pared. Juan se ha puesto a inspeccionar esos pequeños y antiguos equipos de radiofrecuencia con entusiasmo. Y Violeta y yo nos dedicamos a inspeccionar los libros de la librería. Hay novelas. Hay revistas tipo “Más Allá” o “Mundos Misteriosos”. Y hay muchos manuales sobre cómo contactar con un espíritu, sobre magia negra, brujería.

Tanto a ella como a mí se nos encoge el pecho cuando encontramos un cuaderno con gomas a su alrededor. Sobre la cubierta, está escrito lo siguiente: “Diario de una bruja”. Violeta y yo nos miramos y ninguno podemos evitar sentir cierta emoción, a los dos nos brilla la mirada. Dejo que sea Violeta quien abra ese cuaderno, percibo que para ella esto no solo va de encontrar lo que nos está matando a todos, para ella es algo más. Su respiración se agita. En el interior del cuaderno lo que hay es estrictamente lo que ponía en la cubierta, el diario de una bruja.

Antes de que podamos adentrarnos entre sus páginas, Vicente nos saca a todos de aquello que capta nuestra atención en estos momentos.

—Eh, mirad todos aquí, acabo de encontrar una puerta. Y esta sí está abierta.

Cuando Vicente la abre, lo único que vemos es oscuridad.

Una ráfaga de un viento cálido y pesado inunda el viejo sótano en el que nos encontramos.

PARTE IV

Recoge tempestades

CAPÍTULO 26

1

La muerte de la doctora Ure había dejado muy tocado a Montgomery Spencer. Se encontraba abatido, cansado, sin ningún tipo de ánimo. Primero se fue Alexandra, pero después se empezaron a ir todos los demás. Incluida Karen, su Karen.

Llevaba rato buscando alguien con quien compartir su hallazgo, pero todavía no había tenido esa suerte. Se preguntaba dónde estarían todos. Ni tan siquiera Ralph y Vincent estaban por allí. La maldita *enterobacteriaceae* que habían encontrado bajo las uñas de Marcos de Castro, y más tarde, sobre el tejido muerto de muchas más personas, sí podía modificar la conducta de la gente, al contrario de lo que pensaba la doctora Karen. Esa minúscula bacteria resistente a todo se iba extendiendo por toda la epidermis, y luego sí pasaba al interior del cuerpo, saltando de una célula muerta a otra. Finalmente, si tenía ocasión y conseguía encontrar pequeñas células muertas sobre las que saltar en el interior del cerebro, es cuando se colaba dentro y, bajo las circunstancias adecuadas, empujaba a las personas a que se quitaran la vida, todo con la intención de tener todo un océano de células muertes con las que seguir alimentándose. Ese era la horrorosa forma de proceder de esa extraña bacteria que parecía resistente a todo.

También había intentado ponerse en contacto con la OMS y con el CDC para comunicarles lo que había descubierto, pero las comunicaciones, cómo no, estaban cerradas. Y menos mal, se dijo para sí. Tras una botella de vino a palo seco, y un sin fin de vueltas por el interior de las instalaciones del instituto, se empezó a sentir como una especie de ser maldito. Acababa de descubrir el secreto mejor guardado, el secreto que podría salvar miles y miles de vidas, tal vez incluso a toda la humanidad, pero no tenía forma de contárselo a nadie.

Y entonces pensó que, si no tenía forma de comunicarse con nadie, tendría que ser él mismo en persona quien portara ese mensaje, a la antigua usanza. Obviamente las oficinas de la OMS o del CDC quedaban a miles de kilómetros de allí. No llegaría ni en una semana. Así que se dijo que a lo mejor, a la doctora Karen se le ocurría algo mejor, que incluso puede que ella encontrase el modo de difundir ese mensaje.

Y sin pensarlo más, Montgomery Spencer cogió una carpeta con todos los esclarecedores resultados que había obtenido, y puso rumbo a Baladrar. Las bacterias

De camino allí no dejó de repetirse para sí: *por favor, Karen, por lo que más quieras, no te acerques a una fuente de coltán*.

2

Alexandra llevaba horas vagando sola. No solo había tenido que correr hasta en un par de ocasiones delante de personas que amenazaban con llevársela, sino que también había sufrido hasta en un par de ocasiones una sensación muy extraña. Como si durante unos instantes se desconectase de la realidad y su cuerpo viajase durante ese periodo de tiempo completamente a la

deriva. Y eso había hecho que pensase en una cosa: ¿sería posible que esa sensación fuese la misma que habían descrito aquellas personas que habían conseguido sobrevivir del suicidio? Recordaba perfectamente que Guillermo relataba algo parecido del momento en el que se subió a aquella azotea. Pero no era el único. De hecho la mayoría de personas supervivientes habían descrito algo parecido, que no recordaban apenas nada, tan solo que de un momento a otro se desconectaban, y a partir de entonces dejaban de ser conscientes de lo que hacían. Y entonces es cuando intentaban quitarse la vida. Esa desconexión tenía una duración variable, algunas personas habían afirmado tener pequeños periodos de consciencia durante el acto de suicidio, los cuales, a veces, habían aprovechado para escribir los escuetos mensajes que algunos de ellos dejaban. Eso mismo también recordaba Alexandra que Guillermo lo había relatado perfectamente en el verano del miedo del noventa.

Le costaba pensar, el calor no cesaba y estaba completamente deshidratada. Pero algo en el interior de su cabeza le decía que lo tenía en la punta de la lengua. Su cadena de razonamientos la llevó a pensar en la siguiente cadena causal:

1. Si la historia de Guillermo es cierta, y todo empezó aquí en Baladrar, y además, que sea este el lugar donde se hayan concentrado la mayor parte de muertes, podría significar que si existe una fuente de contagio o foco infeccioso, es obvio que debe estar en algún lugar de este pueblo. Dado que la forma en la que se extiende "la enfermedad" es muy parecida a la forma que tienen otras plagas de propagarse. Primero afectan de un modo alarmante al foco de donde proceden, luego a los lugares más próximos, y después, poco a poco, van a avanzando al resto de planeta.
2. El problema de este proceso infeccioso es que, al contrario de lo que pasa con otras enfermedades, no se puede saber qué personas están infectadas hasta que se matan. Eso complica mucho las cosas, porque implica que no puedes saber ni quién ni cuándo te ha podido infectar, ni mucho menos la vía de contacto, por lo tanto, todos son posibles "sospechosos", todos son potenciales portadores de la enfermedad. No hay que olvidar que de momento, ni niños, ni personas muy mayores, ni animales, parecen haberse visto afectados. Lo cual no significa que también puedan ser portadores del agente infeccioso. Y ese último pensamiento la ha llevado a pensar en otro muy importante.
3. ¿Y si el tipo de infección al que estuviesen haciendo frente fuese causada por un tipo de agente que, además de no ser detectable en sangre ni en ningún otro tejido celular

vivo, también necesitase de algún tipo de activación para atacar, una activación que por lo que fuese no tuviese lugar ni en niños, ni en ancianos, ni animales? No sería para nada descabellado. De hecho, se conocían muchas enfermedades cuyo agente vírico o bacteriano podía ser portado por una persona durante muchos años y no "activarse" hasta un momento determinado. Dicho momento, todo sea dicho de paso, todavía continuaba siendo un misterio.

4. Así que llegó a la siguiente conclusión, "la enfermedad" está causada por una agente biológico que todavía no han podido aislar, pero podría afirmarse con bastante rotundidad que la fuente está en Baladrar, tal y como afirmaba Guillermo. Por otra parte, dicho agente se está activando de un modo escandaloso ese verano, ella misma ha podido sentir cómo trataba de activarse, así que, ahora lo más importante debería ser conocer cuál es esa fuente de activación. Dado que está visto que el agente infeccioso no lo va a poder aislar si no han podido hacerlo en uno de los mejores institutos de investigación del planeta.

Y con esos razonamientos en la cabeza, empezó a pensar en todo lo que había hecho y sentido los momentos previos a esa sensación de desconexión. Todos los detalles, por pequeños que fuesen, podrían ser determinantes. Y de pronto cayó en la cuenta de uno muy importante, Guillermo no paraba de repetir que aquel verano de 1990 hacía un calor insufrible, uno de los veranos más calurosos que se recuerdan, y eso es exactamente lo que está ocurriendo en estos momentos, un calor insoportable.

La mente de Alexandra empezó a viajar a gran velocidad. Lo tenía cada vez más cerca. El calor debía de ser como un condicionante ambiental, un caldo de cultivo para ese agente biológico, por eso la enfermedad no se había desarrollado en países fríos. Solo le faltaba encontrar una cosa, el desencadenante, el activador del agente.

Y con esa duda en la cabeza, y sintiéndose cerca de resolverla, sacó de nuevo su teléfono móvil, lo encendió, y esperó a tener algo de cobertura para llamar a su madre. Tenía que contarle como fuese las conclusiones a las que había llegado. Ella sabría qué hacer.

3

Pero lo cierto es que no tenía ni idea de cómo librarse de su problema. Del lío en el que se había metido.

Karen se había estado dejando llevar por Ángel a la espera de encontrar la oportunidad para librarse de él, pero esa oportunidad no llegaba, y él hacía ya rato que no estaba buscando a Alexandra. La cuestión era, ¿a dónde la llevaba?

—Baja. Es aquí. Hemos llegado —dijo Ángel cuando pararon el coche frente a una vieja nave industrial propiedad de los Hermanos Bas. La empresa que se había vendido a los canadienses de Altered Mines para elaborar toda la metalurgia que les hiciese falta.

Karen bajó del coche con la respiración entrecortada. Ángel no le había quitado el ojo de encima en ningún momento y no había podido coger su pistola. Tenía miedo, pero si trataba de huir en ese momento o intentaba atacar a Ángel, no tenía ninguna duda de que acabaría como Cicatriz, con media cabeza desparramada por el suelo.

Rodearon la nave, tal y como Ángel ordenó. Y llegaron a la parte de atrás. Ángel no dejaba de recolocarse sus partes en la entrepierna. En su mano derecha sujetaba la escopeta.

Junto a una pequeña puerta metálica había unos contenedores llenos de chatarra. Ese era uno de los lugares más queridos por los Bocanegra, por el Chatarra y sus hijos. Allí es dónde iban a recoger lo que los Hermanos Bas tiraban.

Cuando entraron en la nave, Ángel condujo a Karen al fondo de la gran nave. Pasaron junto a cortadoras, tornos, fresadoras, mesas de corte, de pulido, de soldadura y un sinfín más de maquinaria industrial. Todo estaba lleno de viruta de metal. Allí no había ni un alma.

Llegaron hasta una especie de cuarto de descanso. Algo así como una habitación para jugar timbas de póker entre vasos de whisky y cientos de cigarrillos. La habitación apestaba, al fondo de la misma, junto a una pared, podía verse una pequeña cama.

Las pulsaciones de Karen no dejaban de subir.

—Venga, ¿a qué esperas, quítate la ropa? Quiero contemplar mi premio antes de llevármelo a la boca —dijo Ángel apuntando a Karen a la cabeza—. Vamos, ¿a qué esperas? ¿Prefieres que te la quite yo?

Ángel presionó el cañón de la escopeta contra la cabeza de Karen que, completamente aterrada y sin saber qué hacer, empezó a despasar los botones de su blusa.

—Vamos a pasarlo muy bien tú y yo, preciosa, enseguida lo verás.

En cuanto Karen se hubo quitado la blusa, y empezó a bajarse el pantalón, Ángel se bajó los pantalones y dejó a la vista su miembro de grandes proporciones.

—Venga, ahora las bragas y el sujetador, fuera. Y luego te tumbas ahí y te abres bien de piernas. Y no intentes nada raro porque te juro por lo que más quiero que te machaco la cabeza. Y que después voy en busca de tu hija y no paro hasta que la encuentro y le hago las mil perrerías.

Karen, completamente paralizada por el terror, hizo lo que Ángel le pidió, quien no pudo esconder lo mucho que estaba disfrutando con la situación.

Karen tampoco pudo reprimir el grito de dolor cuando Ángel entró en su interior con todas sus fuerzas.

4

Cuba estaba completamente abatido. Había matado con sus propias manos a una mujer. A una madre cuyas hijas estarían esperándola en algún lugar.

Todo él temblaba, y la actitud de Dani Rojo no ayudaba. Parecía que el asunto le hiciese gracia. Verlo así, tan temeroso, sufriendo tanto por esa por mujer que habían acabado dejando en el interior de la bañera porque no soportaban tener un cadáver en mitad del salón.

—En cuanto se esconda un poco este asqueroso sol, la bajamos, no quiere que pase aquí la

noche. Y de paso vemos a ver si podemos conseguir alguna otra, ¿qué me dices? A lo mejor incluso nos podemos traer dos, una para cada uno —dijo Dani Rojo con una macabra sonrisa en la cara.

A Toni Cuba le costaba coger el aire. Él no era así, él no podía convertirse en lo que Dani Rojo ya parecía haberse convertido: un depredador sin ningún tipo de humanidad. Ya se sentía horriblemente mal por haber violado a esa mujer. No tenía ni idea de por qué ni cómo se había dejado arrastrar. Tal vez el miedo, o la desesperación de estar cerca del final de la vida. Pero desde ese momento no había dejado de maldecirse ni un momento, de flagelarse internamente.

—Otra cosa que podemos hacer es enrollarla en una sábana y bajarla ya. He visto cómo otros lo hacen. ¿Quién iba a notar la diferencia? Todo el mundo baja a sus muertos a la calle a la espera de que venga el camión de la basura o el subnormal ese de Vicente y se los lleve. Ahora mismo debe de haber junto al contenedor de la esquina como cuatro o cinco. ¿Qué me dices, la bajamos ya y vamos en busca de un par más? Tengo ganas de follar.

Dani Rojo fumaba asomado a la ventana. Desde donde estaba podía ver perfectamente lo que acababa de relatarle a su amigo. Tiró la colilla a la calle y se fue en dirección al baño. Cada minuto que pasaba más preso de sus instintos primitivos, y en esos momentos sus instintos le estaban pidiendo copular.

Dani cruzó el salón sin haber obtenido ningún tipo de respuesta por parte de Cuba. Tampoco le importó.

Entró al baño con decisión, apartó la mohosa cortina de la bañera, y entonces fue cuando sus ojos se abrieron de par en par. El cuerpo de esa mujer, el cuerpo de Carmina, no estaba allí.

Durante unos segundos se quedó completamente paralizado. ¿Cómo era posible que no estuviese? No podía haberse ido sola. Dio un par de vueltas sobre sí mismo muy nervioso, pero en ese pequeño cuarto de baño no había nadie.

—¡Toni! ¡Toni! ¡No está! ¡La zorra no está! —gritó Dani con todas sus fuerzas saliendo del baño.

—La zorra sí está, y va a acabar con tu miserable vida —dijo Carmina saliendo de una habitación e interceptando el paso de Dani poniendo un cuchillo en su cuello.

Dani se quedó completamente parado. Miró de reojo a esa mujer y se preguntó si era una especie de zombi o algo parecido.

—Te recomendaría que la próxima vez que quieras deshacerte de alguien, te asegures que está realmente muerto, y no que haya perdido la consciencia.

Carmina, con un aspecto muy demacrado, medio desnuda, sucia, y el cuchillo junto a la piel del cuello de Dani Rojo, parecía realmente un ser venido de otro mundo. Presionó el cuchillo aún más y Dani levantó las dos manos. Temblaba. Entrecerró los ojos.

—¿Qué coño quieres? Suelta ese puto cuchillo ya, o te juro que vas a sufrir lo indecible —dijo Dani con rabia.

—¿Dani? ¿Qué decías? —Toni Cuba apareció en el extremo del pasillo e, inmediatamente, también se quedó paralizado.

—Quítamela de encima, coño. Te decía que no estaba muerta, joder, ¿es que no lo ves? —dijo Dani con las manos en alto.

Toni Cuba miró a Carmina y durante unos instantes sintió cierto alivio. No estaba muerta. Y eso hacía que él no fuese un asesino, pero… ¿Qué iba a pasar a partir de ahora?

—Suelta a mi amigo, te lo advierto. Suéltalo y lárgate de aquí de una vez —dijo Toni Cuba con la esperanza de que todo se resolviese de forma pacífica. Pero en el fondo sabía que la paz ya no

estaba en ninguno de ellos.

Carmina se quedó mirando a Toni unas décimas de segundo y lo que en realidad le pareció ver en ese fondo de ojos es que estaba deseando lo mismo que ella. Acabar con la vida de la persona que tenía amenazada bajo el filo del cuchillo que había cogido de la cocina.

—Claro que lo suelto, ¿por qué no iba a soltarlo? Aquí lo tienes —Carmina empujó a Toni Cuba hacia delante al tiempo que clavaba con fuerza el cuchillo en su piel y tiraba de él hacia detrás. El cuello de Toni Cuba se abrió en canal mientras trastabillaba hacia delante con torpeza.

Se llevó las manos al cuello y empezó a balbucear algo totalmente inaudible. La sangre empezó a salir a chorro. Dio un par de pasos más hacia delante, como el que trata de buscar un punto de equilibrio, y miró a su amigo pidiéndole auxilio con los ojos. Toni Cuba, que nunca antes había visto tanta sangre, se echó hacia atrás cuando su amigo intentó cogerse a él. Eso hizo que Dani cayese de bruces al suelo. Toni miró hacia el fondo del pasillo y se encontró con la impasible mirada de Carmina, que lo miraba a él y miraba cómo su amigo se revolcaba por el suelo en su propia sangre.

Apenas unos segundos más tarde, Dani Rojo dejó de moverse. Carmina dio un par de pasos más hacia delante, se agachó y, de la parte de atrás del pantalón de Dani, extrajo la pistola que llevaba entremetida en la cintura.

Toni Cuba miró atenazado a la mujer que apenas unos minutos antes creía muerta. Sus piernas empezaron a temblar. Alzó los brazos cuando Carmina lo apunto con firmeza, tenía el semblante de alguien que es capaz de todo. Se hizo atrás cuando ella empezó a caminar en dirección a él.

—Dame las llaves del coche —dijo Carmina. El cuerpo de Dani Rojo todavía daba pequeños espasmos en el suelo.

—¿Cómo?

—Las llaves de tu coche, que me las des —Carmina alzó el arma un poco más y tensó su dedo sobre el gatillo.

—Sí, sí, perdona, claro, enseguida —Cuba metió su mano derecha en el pantalón y sacó las llaves de su coche—. Ten, está justo aquí abajo, es un Ford Focus negro.

Carmina cogió las llaves y siguió caminando hacia delante, hacia la puerta de la calle. Toni Cuba siguió retrocediendo con las manos en alto. Cagado de miedo. Con la sensación de que de un momento a otro recibiría un disparo.

Hasta que su espalda chocó con la puerta de la calle. Entonces se hizo a un lado para que Carmina pudiese salir. Y eso fue exactamente lo que hizo. Abrió la puerta sin dejar de apuntarlo y salió por ella. Una vez en el rellano, antes de cerrar de un portazo, se giró y volvió a mirar a Toni Cuba a la cara. Se quedó un par de segundos pensando, alzó un poco más la pistola, y le pegó un tiro en la cabeza.

5

Cuando Armando Bocanegra llegó a casa de sus padres y vio la brutal paliza que había recibido su padre, supo de inmediato quién había sido: Vicente Maupoey. Lo había visto de salir de su propia casa momentos antes de llegar él. Se dijo que en el fondo siempre supo que algún día acabarían teniendo problemas con él. Nunca le gustó. Los que se hacían “polis” después de haber estado en el otro bando, solían ser los peores.

Un odio incontenible llenó su interior por completo. Y por su cabeza empezaron a pasearse las cosas más horribles que había imaginado nunca. Las cosas que le haría a Vicente en cuanto lo viese. Cosas feas. Pero antes de salir y darle caza, tendría que encontrar a su hermano Ángel. No se tomaría nada bien que no le hubiese dado la oportunidad de poder vengar él también a "padre".

Trató de llamarlo pero en ese momento, como en la mayoría de momentos, no había línea. Luego pensó en los posibles lugares en los que podría estar. Y enseguida recordó que le había dicho el día de antes en el Bar Lauria que estaba haciendo de guía-acompañante de una mujer muy elegante y "muy apetecible" que había llegado al pueblo. Y lo primero que se dijo Armando fue que, muy probablemente, su hermano querría "cobrarse" lo suyo en algún momento, y eso lo haría con total seguridad en su picadero preferido: la trastienda de la nave menos utilizada de los Hermanos Bas. Y allí fue donde puso rumbo. Después irían en busca de Vicente al lugar por el que, según su madre le había dicho, había estado preguntando: la vieja casa de la bruja de la abuela Catalina, en el barrio de los cobrizos.

6

El túnel es estrecho y muy largo. Las paredes irregulares y el techo muy bajo. Todos nos magullamos unas cuantas veces, pero tras unos cuantos minutos andando un poco agachados, llegamos.

Juan dice: "miedo".

Y Cristina le responde que por favor no vuelva a decir eso.

Ninguno de nosotros podemos creer lo que estamos viendo.

Ante nosotros hay una especie de cueva llena de velas, por supuesto apagadas. En el centro hay una cama.

Vera dice que es posible que aquí llevasen a cabo algún tipo de ritual de índole sexual. Además del ya consabido juego con los muertos.

Violeta y su madre, que no se despega de Vicente, son los primeros en ver que esa pequeña cueva no es más que una especie de antesala a otra mucho más grande. Pero para acceder a ella se ha de hacer a rastras, por una pequeña abertura que hay en el suelo, algo parecido a un túnel achatado. Y eso es precisamente lo que hacen. Cruzar uno a uno a la otra parte. A la sala grande.

Cristina y yo nos quedamos los últimos. Yo le digo que pase delante, que yo me quedaré el último, y ella me mira de un modo que no sé cómo interpretar. Al principio creo que me va a abofetear porque piensa que entre Violeta y yo hay algún tipo de atracción, y en ese momento siento alivio de que no haya conocido a Alexandra. Pero enseguida veo que no es por Violeta por lo que me mira así, ni por ninguna otra mujer. Me mira así por otra razón.

—¿Qué pasa, Cristina? —pregunto con incertidumbre. Ella se cruza de brazos. Sus pechos se realzan.

—¿A ti qué te parece?

Conozco esa expresión de enfado. Ese candor en sus mejillas.

—No sé a qué te refieres, Cristina, ¿podrías ser más concreta?

Su rostro se tensa todavía más. Luego se relaja un poco. Sus ojos se empañan. Se acerca un poco más a mí. Baja la mirada. Pone sus manos sobre mi pecho. Vuelve a levantar la mirada, esta vez cubierta de lágrimas.

—Pasa que soy una idiota, en el fondo siempre tuve la esperanza de que… ¿todavía sientes

algo por mí?

No puedo creer lo que me acaba de preguntar. No sé si es una especie de trampa o el preámbulo a una discusión. Pero me digo que no puedo desaprovechar la oportunidad de decirle lo que de verdad pienso.

—Cristina… no he dejado de pensar ni un solo minuto en ti desde que me fui. No he vuelto a estar con ninguna otra mujer desde que estuve conmigo. He vuelto aquí, con el único deseo de volver a verte. De estar contigo.

Los ojos de Cristina se llenan de más lágrimas, luego sonríe, después me abraza con todas sus fuerzas.

—¿De verdad?

—No he dicho nada más en serio en toda mi vida.

Ella suelta un suspiro cargado de alivio. Luego pega el lateral de su cara a mi pecho.

—Te quiero, Guillermo, nunca te he dejado de querer.

—Y yo a ti, Cristina, eres mi vida. Y te juro por lo que más quiero que jamás volveré a separarme de ti.

Nos abrazamos tan fuerte que solo somos conscientes de nuestros propios cuerpos, de nada más. Después nos besamos con verdadero amor, con nostalgia, con mucho deseo. Y después alguien nos interrumpe.

—¿Todo bien por ahí? —pregunta Juan a voz en grito desde la otra parte de esa gran cueva.

Cristina y yo nos miramos y sonreímos, no podemos evitar pensar: como en los viejos tiempos.

Después nos volvemos a besar.

—Sí, Juan, todo bien, ya vamos —respondo yo.

Luego cruzamos arrastrándonos hasta la cueva grande.

Cuando erguimos la postura y alzamos la vista, vemos que el lugar en el que estamos es una galería abandonada de la Cobriza.

Estamos en la mina. Y yo no puedo evitar pensar que todo cuadra, que ahí abajo debe estar el lugar donde todo empezó.

El origen del mal.

CAPÍTULO 27

1

Vicente y Juan se encargan de ir encendiendo algunos farolillos de quinqué que van encontrando a su paso, y eso hace que podamos hacernos una idea de todo cuanto hay a nuestro alrededor.

Y lo que vemos nos horroriza.

La galería parece que lleva mucho tiempo abandonada. Quizá tanto como años llevaba cerrada la Cobriza. Podemos ver diferentes tipos de vagonetas a medio llenar. En su interior hay montones de piedras de un color casi negro. Apenas luce, pero todos nos imaginamos lo que debe ser: coltán. Exactamente la misma piedra que tenía Lidia Dengra en su casa, la primera de los doce. El calor aquí abajo es insoportable. Es como meter la cabeza en el interior de un horno.

Pero eso no es lo que más miedo nos da. Lo que nos ha horrorizado. Sino la multitud de esqueletos que nos rodean. Aquello parece un antiguo cementerio. Un lugar donde mucha gente perdió la vida por razones que todavía desconocemos. Aunque a mí me da, y me parece que no debo ser el único, que esas muertes podrían haber sido causadas por lo mismo que hizo que los doce se mataran.

Vicente y Juan, acompañados por Dalia Maya, empieza a inspeccionar los diferentes esqueletos. Parecen estar tratando de saber cómo murieron. Vicente señala con el dedo y Juan asiente. Dalia los sigue muy nerviosa. Allí abajo no parece tan zarrapastrosa como lo parecía arriba. Así a bote pronto me digo que hay por lo menos veinte cadáveres.

Por su parte, Vera está haciendo un extraño recorrido. Va de un esqueleto a otro poniendo sus manos encima, a una distancia de unos pocos centímetros. Luego cierra los ojos y susurra algo que solo ella puede escuchar. Conociéndola, supongo que debe estar intentando establecer algún tipo de contacto con alguno de ellos, cosa que de momento no ha sucedido.

Y Violeta, que se ha sentado sobre una piedra bajo la luz de un candil, no para de leer "el Diario de una bruja" que encontramos en el sótano al que hemos accedido desde su cuarto y desde el que, a su vez, hemos podido llegar hasta aquí. Sus ojos se abren de par en par en un momento dado. Ha visto algo. Después pasa las páginas rápido, trata de leer a mucha velocidad, de llegar pronto al final.

—Esperad. No os mováis —dice Violeta levantándose de la piedra en la que está sentada. Todos nos quedamos mirándola. Le hacemos caso. Su respiración es agitada—. Es este lugar, tenemos que marcharnos cuanto antes, o todos moriremos aquí abajo.

—¿Pero qué estás diciendo? No empieces con tus estupideces —dice su madre con enfado.

Vera frunce el ceño y se acerca hasta ella y le pide permiso con la mirada para leer ese viejo diario. Violeta se lo presta.

—¿Qué es exactamente lo que ocurre, Violeta? ¿Es por algo que has leído en ese diario? —pregunto yo acercándome a ella.

Violeta asiente mientras continúa mirando a su alrededor. Parece que está buscando algo en concreto. Va hasta uno de los esqueletos y rebusca entre sus restos. Entre su ropa. Sus herramientas. Después va hacia otro y hace exactamente lo mismo. Después repite la operación

con dos más. Y después vuelve hacia mí. Jadea. Pero en su rostro puedo ver que está segura de lo que está a punto de decirme.

—Catalina Viedma, Lidia Dengra y algunos más de los doce de mil novecientos noventa, estudiaron jugando a bailar con los muertos hace veinte años. Intentaban establecer un contacto con ellos a través de la tabla *ouija* y de la propia Lidia, que por razones que no se nombran había pasado a ser algo así como la médium del grupo. Por no decir la mascota sexual.

—Continúa —Arengo a Violeta para que nos cuente de una vez lo que ha descubierto. Ella traga saliva. Asiente.

—Pero como ya os podéis imaginar no solo jugaban a lo prohibido, eran algo más. Eran como una especie de club, comuna hippy o secta satánica, qué se yo. Supongo que en el fondo solo buscaban un aliciente a sus vidas, algo de emoción, incluso algo de comprensión o diversión. El caso es que quedaban con relativa frecuencia, hablaban de sus cosas, a veces mantenían relaciones prohibidas, bebían cerveza y luego invocaban a los muertos. Pero un día algo empezó a cambiar. Fue el día que encontraron el pasadizo de la casa donde yo vivo hasta la mina, el mismo que nos ha traído hasta aquí, el lugar donde estamos ahora. Según he podido leer, este tipo de pasadizos los hicieron algunos mineros en los años sesenta para poder llegar a su puesto de trabajo directamente desde sus casas, sin tener que pisar ni siquiera la calle. Así eran de retraídos algunos de ellos —Violeta hace una pausa. Está reordenando sus pensamientos—. Y aquí abajo fue donde Catalina y los demás encontraron los equipos de radio que vimos en el sótano que hay bajo mi cuarto. Por lo visto eran un prototipo, una especie de walkie o de radio que se empezó a utilizar en esta mina para que los mineros pudieran estar comunicados en caso de sufrir algún percance. Tanto Catalina como el resto se llevaron unos cuantos y empezaron a utilizarlos para mantener conversaciones grupales a distancia, al más puro estilo de los radioaficionados. Pero según dicen casi al final del diario, había algo en ellos, algo malo. Era como si esos aparatos los hubiesen hecho enfermar poco a poco. Decían que tenían algo que los poseía, que hacía que se sintiesen muy extraños. Y hay más. Todos los esqueletos que hay aquí abajo y que he podido revisar, llevaban uno de estos walkies con ellos.

Violeta hace una pausa para observar nuestras reacciones. Es consciente de que lo que acaba de decir no tiene apenas sentido. Parece sacado de una película de ciencia ficción. ¿De qué manera unos walkies iban a provocar que alguien se quitase la vida? ¿Es que acaso escuchaban una voz a través de ellos que los poseía? Pero por otra parte, sí es cierto que la mayoría o todas las personas de los doce, tenían uno de esos. Y si los restos de las personas que yacen a nuestro alrededor, además de tener también uno de esos transmisores, se quitaron la vida por voluntad propia… a lo mejor podría ser que sí tuviese algún tipo de relación.

Vicente, que lleva un rato sin decir nada, vuelve a revisar un par de cuerpos y, tras encenderse un nuevo cigarro, se dirige a nosotros.

—Al parecer, los restos de todas estas personas que perdieron la vida aquí abajo… —Vicente hace una pausa. Se recoloca el tupé—. Es posible que lo que está diciendo la joven sea cierto, todo apunta a que se suicidaron. Hay un par que tienen un pico clavado en el cráneo. Otros dos que ingirieron grandes cantidades de coltan. Algunos que murieron como consecuencia de un explosivo que parecían sujetar en sus propias manos. Nada de lo que os cuento puedo asegurarlo al cien por cien, pero diría que al ochenta por cien las cosas ocurrieron tal y como os digo.

—¿Y cuándo crees que murieron?

—Ni idea, pero he visto el DNI de un par de ellos y son de hace bastante tiempo. Me atrevería a decir que perdieron la vida poco antes del cierre, o por esa época, sobre principios de los

ochenta. Supongo que a esto se referían nuestros padres cuando dijeron que La Cobriza cerró porque empezaron a pasar "cosas raras". Pero como siempre, o no supieron muy bien qué pasó, o si alguien lo supo, lo ocultó.

Le doy vueltas al asunto y no me cabe ninguna duda de que estamos en el epicentro del problema. Baladrar. La Cobriza. Los Walkies…

—Juan, tú eres experto en informática y comunicaciones, ¿qué opinas? —pregunto tratando de reunir alguna información que pueda explicar por qué muere la gente. Y no solo aquí, sino en toda Val, parte de España y de otras partes del mundo.

Juan arruga los labios y se acaricia la barbilla. Después coge uno de los walkies y lo observa de cerca. Luego lo zarandea un poco y lo estrella con fuerza contra el suelo. El walkie se rompe en unos cuantos pedazos. Todos lo observamos y esperamos una explicación con impaciencia.

Juan se agacha y empieza a husmear entre los restos del walkie. Se queda mirando los circuitos internos, lo que parece ser la placa base de ese trasto. Luego frunce el ceño. Coge un trozo y lo acerca hasta uno de los candiles.

De nuevo, todos morimos de ganas por saber qué es lo que ha encontrado.

Tras observar bien ese pedazo de walkie, se gira y nos mira a todos con preocupación.

—No sé qué pensar. Es extraño, pero el interior de varias partes de estos walkies está fabricado con coltán.

—¿Coltán? ¿Cómo la piedra que tenía Lidia en su casa que le regaló su abuelo Matías? —pregunto yo con incertidumbre.

—Sí, exacto, como esa piedra.

—No sabía que ya se utilizase por aquel entonces.

—Y no se utilizaba a penas, al menos no en el campo de las comunicaciones. No como ahora. Supongo que estos walkies eran unos prototipos, por eso…

—¿Por eso, qué?

Juan me mira con pavor. También al resto. Lo que está pensando debe ser realmente aterrador.

—Por eso aquí solo murieron estos mineros. Por eso en el verano del miedo solo murieron doce personas, por eso ahora está muriendo tantísima gente…

—¿Qué estás queriendo decir, Juan?

—Lo que quiero decir es que lo que hace que la gente se mate es algo que está en maldito coltán que hay en esta mina, algo que por alguna razón se activa cuando entra en calor. El calor que generan los dispositivos electrónicos cuando están siendo utilizados. O cuando están bajo una fuente de calor natural muy intensa. Eso explicaría por qué en mil novecientos noventa solo murieron los doce. Solo ellos estuvieron utilizando estos equipos que están hasta arriba de coltán. También explicaría por qué está muriendo tanta gente ahora, empezando por aquí. La mina fue abierta de nuevo por Altered Mines hace unos meses cuando descubrió que había un verdadero océano de coltán en su interior, pero no fue hasta poco tiempo después cuando empezó a comercializar el coltán, debidamente procesado por sus empresas colaboradoras, como la Metalurgia de los Hermanos Bas. Y no fue hasta hace ahora unas semanas, cuando ese coltán debió empezar a ser ensamblado en muchos de los teléfonos móviles que todos nosotros tenemos hoy en día. Eso explicaría también por qué los niños, o los ancianos, o los animales, los cuales no suelen utilizar dichas tecnologías, no se han infectado.

Todos nos quedamos de piedra al escuchar lo que nos acaba de contar Juan.

—¿Quieres decir que el coltán que procede de la Cobriza es lo que está haciendo que la gente se mate?

—El coltán, lo dudo, pero sí algo que pueda estar presente en este coltán en concreto, algún tipo de componente tóxico o, quién sabe, de bacteria, que se active con el calor extremo, como el calor que se genera cuando se usa un móvil durante mucho tiempo. Esa es la única explicación que le encuentro a todo esto, cuando "eso" que está en el coltán se activa, por alguna razón que desconozco, es cuando la gente se mata.

Todos guardamos silencio durante unos segundos. Atamos cabos en nuestras cabezas. Y me imagino que, de algún modo u otro, todos llegamos a la misma conclusión. Si lo que mata a la gente se encuentra en el coltán que procede de La Cobriza, y ese coltán, a su vez, ha sido vendido a diferentes empresas de fabricación de teléfonos móviles y otro tipo de aparatos electrónicos que, por su parte, podrían haberlos vendido a cualquier parte del mundo… en ese caso, la plaga podría ser ya en estos momentos imposible de parar. A no ser que…

2

Emitiesen algún tipo de orden que prohibiese el uso inmediato de la telefonía móvil y el resto de aparatos electrónicos que estuviesen fabricados con coltán.

Montgomery Spencer no había dejado de pensar en posibles soluciones al problema que tenían. Soluciones a la plaga que se estaba extendiendo de un modo escandaloso. La persona en la que había podido estudiar la bacteria de forma definitiva, Marcos de Castro, era un directivo de la industria del sector de la metalurgia Hermanos Bas. Había estado en contacto con el coltán que era extraído de la mina de Baladrar, y además era propietario de tres teléfonos móviles corporativos fabricados con ese coltán. Todo el tejido celular muerto de su interior no solo estaba infectado por esa bacteria que proliferaba en climas extremadamente calurosos, como por el ejemplo el clima que suele haber en el interior de la tierra, sino que además, esas bacterias habían sido híperestimuladas por las radiaciones y el calor que emitían los móviles cada vez que los utilizaba.

Dentro de las medidas que le gobierno había tratado de implementar para detener la plaga, una de ellas había sido la paralización de las comunicaciones. Algo que, como habían podido ver, solo había sido efectivo en un ochenta o en un noventa por cien, porque a veces los teléfonos funcionaban. El caso era que, por pura casualidad, dicha medida había sido la responsable el avance de la plaga hubiese decelerado un poco, aunque no por ello dejase de avanzar. Nadie sabía el alcance que podría haber tenido el coltán extraído de Baladrar y los teléfonos móviles fabricados con él.

En la cabeza del doctor Spencer, y en los resultados obtenidos, el problema estaba claro del todo, la solución, no tanto. Lo que sí tenía claro es que el foco principal, es decir, la mina de coltán, tenía que ser destruida inmediatamente.

Tuvo que coger diferentes vías secundarias y caminos forestales para llegar hasta Baladrar. Muchos de los militares que se supone que debían estar custodiando los puntos de control en el cierre de carreteras, no estaban donde debían estar. Quién sabe si debido a que también se habían quitado la vida. Aun así, las carreteras tenían el paso cortado mediante tiras de alambre, coches atravesados o cadenas de pinchos.

Montgomery cruzó la línea imaginaria en la que en un lateral de la carretera podía leerse con claridad en una gran valla publicitaria: "Bienvenidos a Baladrar". A continuación vio una señal que ponía: Metalurgia Hermanos Bas. Y puso rumbo hacia ese lugar. Tenía interés en ver si, tal y

como sospechaba, en esa metalurgia se dedicaban al procesado masivo de coltán. Entretanto seguiría buscando a Karen.

Obviamente, no tenía ni idea de con qué se podía encontrar en el pueblo donde todo había empezado.

3

Cuando Armando Bocanegra llegó a la nave de los Hermanos Bas, donde pensaba que su hermano Ángel podría estar cobrándose lo suyo, no pudo reprimir una sonrisa de orgullo y satisfacción al reconocer su coche aparcado en la puerta.

Aparcó a su lado y después rodeó la nave para entrar por la parte de atrás, donde casi con total seguridad su hermano estaría con esa elegante y apetecible mujer. Armando se dijo que, incluso con un poco de suerte, antes de ir tras Vicente, se la dejaba "probar" un poco.

Antes de entrar comprobó si su teléfono tenía línea. A su hermano no le haría la menor gracia que lo sorprendiese en mitad de "la faena", a él le gustaba tener su intimidad para esas cosas.

Sonrió de nuevo al ver que el móvil de su hermano le daba tono y, antes de entrar, esperó a que descolgara.

4

Con su mano derecha la apuntaba con la escopeta, y con la izquierda la abofeteaba. Todo ello sin dejar de penetrarla.

Ángel estaba sometiendo a esa tortura física y psicológica a la doctora Karen por segunda vez desde que llegaron a esa nave. El calor era muy intenso allí dentro, podría decirse que más aún que en el exterior.

La primera vez, Karen apenas opuso resistencia, se había quedado tan bloqueada por el miedo que no había tenido el valor ni de intentar enfrentarse. Pero la segunda de las veces sí trató de plantarle cara, de escabullirse, y eso le valió unos cuantos bofetones en la cara y un par de golpes con la culata de la escopeta en la cabeza. Tenía el rostro ensangrentado, una brecha en algún lugar de la cabeza, y el lado derecho de la cara completamente hinchado. Y el problema era que los golpes de Ángel no cesaban, a pesar de tenerla bien amarrada. Era como si el uso de la violencia le diese todavía más placer.

Pero de pronto, sin previo aviso, el teléfono de Ángel empezó a sonar. Y él, farfullando algo ininteligible, rebuscó en su pantalón y, sin salir del interior de Karen, descolgó.

Y fue en ese momento cuando, a pesar del sufrimiento, el dolor, y las vejaciones que estaba soportando, la doctora Karen lo vio claro.

No tenía ni idea de lo que estaban diciéndole al oído, lo que sí tuvo claro es que algo en el interior de sus ojos cambió. Parecía como si ese brillo natural que tienen los ojos, desapareciera de golpe. Seguían siendo del mismo color, pero en lugar de tener una superficie brillante, la tenían mate.

El cuerpo de Ángel dejó de embestirla. Su semblante se tornó muy serio. Después dibujó una extraña sonrisa. Luego apretó con fuerza las cejas. Dejó caer el móvil al suelo, alzó la mano derecha, se metió el cañón de la escopeta en la boca, y apretó el gatillo con una expresión de pena

en el rostro.

Los gritos de Karen no tardaron en llegar. Sobre todo cuando empezó a notar cómo la sangre y los trocitos de piel caían sobre su cuerpo desnudo. Sobre todo cuando vio cómo había quedado el rostro de Ángel, que todavía tardó en caer hacia atrás un par de segundos.

Karen se levantó presa del pánico y el terror y vio cómo Ángel, en el suelo, todavía se movía, incluso trataba de decirle algo. Por lo visto el disparo no le había salido por la nuca, sino por un lateral de la cara. Eso había hecho que prácticamente toda su mandíbula izquierda hubiese desaparecido, dejando en su lugar un boquete de proporciones bíblicas. Todavía no estaba muerto, pero ella estimó que no tardaría demasiado en hacerlo.

Y justo cuando estaba a punto de coger sus cosas para salir rápidamente de allí, la puerta de ese sucio almacén se abrió con violencia. Ante ella apareció un hombre en cuya mano derecha sujetaba un teléfono móvil. Un hombre cuyos ojos no tardaron en ir hasta el cuerpo de la persona que se retorcía de puro dolor en el suelo.

Karen supo por sus rasgos que ese hombre y Ángel debían ser hermanos. O al menos emparentados. La pesadilla aún no había terminado.

5

No podía creer lo que estaba viendo, primero su padre, y ahora su hermano Ángel. Su familia se estaba viniendo abajo.

La zorra que tenía delante le había disparado a bocajarro en la cabeza. Y se dijo, ¿qué tipo de persona hacía algo así? Armando apretó los dientes y se acercó hasta ella, quien, desnuda como estaba, no tuvo reparos en agacharse y coger la escopeta de su hermano y apuntarlo a la cabeza. Ángel, por su parte, todavía se revolvía en el suelo.

6

—Si te acercas un paso más te prometo que te mato —dijo Karen con nerviosismo apuntando al hombre que tenía frente a ella.

—Te juro por mi vida y por toda la sangre de los Bocanegra que estás muerta. Que te voy a coger, te voy a violar y después te voy a matar de la forma más horrible que puedas imaginar.

Karen, que con una mano sujetaba la escopeta y con la otra había conseguido coger su ropa. Caminó hacia la puerta de salida sin dejar de apuntar a ese hombre que no dejaba de seguirla con la mirada. Y cuando llegó al exterior, cerró la puerta tras ella y miró a su alrededor. Estaba anocheciendo, pero el sol todavía seguía allí en lo alto.

No tenía ni idea de hacia dónde ir. Toda ella temblaba de arriba abajo, y casi como por arte de magia, escuchó el ruido del motor de un coche parar muy cerca. No pudo evitar que en su cara se dibujara una sonrisa. Alguien acababa de aparcar en la puerta principal de esa nave industrial. Alguien que tal vez podría llevársela lejos de allí.

Así que salió corriendo hacia ese ruido de motor.

7

Y la imagen que vio ante él, fue tan bella como aterradora. La doctora Karen Schneider, la reina de sus sueños húmedos, salió de la parte de atrás de esa nave y corrió hacia él completamente desnuda. Esa fue la parte bonita del asunto. El problema era que también estaba cubierta de sangre, y que en su mano sujetaba una escopeta recortada.

—¡Monty! ¡Monty! ¡Arranca! ¡Arranca! —gritó Karen para mayor desconcierto del doctor Spencer.

Y entonces lo vio claro. Tras ella apareció a lo lejos un hombre que también sujetaba una pistola en la mano. Estaba cargándola. Y antes de atar cabos, estaba apuntándola.

El sonido del primer disparo no tardó en llegar.

8

Eso hizo que Karen aligerase el paso. La bala pasó silbando a su lado. No tenía ni idea de qué hacía Montgomery allí, pero al parecer ese hombre estaba más enamorado de ella de lo que imaginaba. Tal vez había ido a buscarla para pasar junto a ella la última velada. Se dijo: eso sí es romántico.

Otra bala silbó muy próxima a sus caderas y se incrustó en el lateral del Mustang de Monty.

—¡Arranca de una vez! —gritó de nuevo Karen justo cuando ya estaba llegando.

Y entonces sí, Montgomery volvió a meterse en su coche y puso la llave en el contacto.

Y cuando Karen abrió la puerta para entrar en su interior, la tercera de las balas que silbó tras ella, impactó en la parte posterior de sus muslos. El grito de dolor fue ensordecedor. En los ojos de Monty se dibujó el terror. Aun así, con una pierna a rastras, consiguió entrar en el coche y cerrar la puerta tras ella.

El doctor Spencer no tardó en hacer rugir el potente motor del Mustang y sacarlos a los dos de allí. Las balas siguieron silbando tras ellos. Karen suspiró de alivio a pesar del dolor y, Monty, a pesar de la situación, y de la sangre alrededor, no pudo evitar que su mente sucia se fijara en las bonitas piernas desnudas de la doctora Schneider.

CAPÍTULO 28

1

Víctor Nieves estaba fuera de sí. No encontraba ni a su mujer ni a sus hijas por ninguna parte. Temía que les hubiese pasado algo. No se fiaba ni de Guillermo ni del resto de esa estúpida banda. Menos aún de esa terrorífica plaga que en esta ocasión, para desgracia de todos, sí parecía ir muy en serio. Se intentó tranquilizar diciéndose que habrían ido a algún lugar seguro. Que estarían bien.

Por su parte, Stuart Hicks, la persona en la que había conocido todo su dinero, no paraba de decirle que todo se estaba yendo abajo. Que la bolsa se había desplomado y que si no ocurría algún tipo de milagro estarían arruinados. Al menos le había dicho que, a pesar de la situación, y aun aceptando una oferta muy a la baja, había conseguido "colocar" al mercado chino y al americano las miles de toneladas de coltán que ya se encontraban en el lugar de destino. Ni en Norte América ni en Oriente habían declarado la alarma que habían declarado en España, así que allí las fábricas y el día a día seguía siendo más o menos normal. Por lo tanto, muy pronto, miles y miles de teléfonos móviles, baterías de Litio y muchos otros aparatos electrónicos estarían fabricados con coltán de Altered Mines.

Y menos mal, fue lo que le matizó Stuart a Niven. Porque si no llegamos a colocar esa producción, tanto tú como yo seríamos historia.

Antes de ir a ver si Raúl el Casco ya había cerrado "el agujero" de la mina, Niven hizo una parada en casa de su amante. Entró con su propio juego de llaves y, como hacía siempre, localizó el lugar exacto donde se encontraba Adriana por el ruido que estaba haciendo, y sin mediar palabras, fue hasta allí sigilosamente, le bajó las bragas y empezó a penetrarla con muchas ganas.

Adriana, sin dejar de jadear y de suspirar, no dejaba de hacer su juego. Le decía que parase, que no se lo hiciese tan fuerte. Que ella era la madre de su amigo, que aquello no podía ser, y que por lo que más quisiera, no acabara en su interior.

En ese momento, más que en ningún otro, cuando Víctor terminó, lo vio más claro que nunca. Era una locura, pero era lo que siempre había deseado. Ya vería cómo reordenaba después su vida. La besó en los labios y le dijo que cuando todo aquello acabase, se mudaría definitivamente allí con ella. Y vivirían la vida que siempre habían querido.

Adriana se abrazó a él con fuerza y, después de llorar de alegría, le preguntó por su hijo, por Raúl. Le pidió que por favor fuese en su busca, llevaba muchas horas fuera de casa y temía que le hubiese pasado algo. Le dijo que sin su hijo no podría seguir viviendo, que lo necesitaba a su lado.

Víctor le respondió que iría a buscarlo y lo traería de vuelta de inmediato.

Y eso fue lo que hizo, poner rumbo a la Cobriza. Solo esperaba que Raúl ya hubiese terminado de tapar el agujero. Solo esperaba que no le hubiese pasado nada. Ahora que por fin había tomado la decisión que debería haber tomado hacía muchísimos años, no soportaría ver cómo la mujer con la que viviría a partir de ahora, sucumbía ante el dolor de perder a su único hijo.

2

Pero tapar ese agujero no iba a ser posible. Menos aún sin contar con ayuda.

Raúl había tirado las líneas de forjado. Incluso había tirado cables de acero de parte a parte del agujero para crear una primera malla sobre la que ir asentando el forjado y después lo que sería "la tapa" de ese agujero. Pero "los refuerzos" que le había prometido ese capataz llamado Róber.

Por el contrario, sí que había escuchado ruidos muy cercanos. Incluso había disparado un par de veces. Tal y como le había dicho ese capataz, allí abajo podría haber gente que hubiese perdido la cabeza, gente mala, gente de la que tendría que protegerse. Y eso fue lo que hizo, cuando vio cómo una sombra trataba de salir corriendo, más por miedo que por otra cosa, disparó.

3

Y Barry sintió el dolor más grande que había sentido en su vida. La bala impactó de lleno en su pecho. Y rápidamente empezó a sentir cómo su interior se llenaba de sangre, de miedo. Su final estaba próximo.

La persona que le había disparado se aproximó hasta él como el cazador que se quiere asegurar de que le ha dado a su presa.

Temblaba de arriba abajo. No quería irse de este mundo aún. No sin ver otra vez a Violeta. No podía morirse todavía.

Cuando ese joven de aspecto enfermizo estuvo junto a él, y lo apuntó a la cabeza para rematarlo, quién sabe si para evitar que sufriera, tal y como dicen los cazadores, Barry asió con fuerza su pico con su mano derecha y se lo clavó con fuerza en la ingle derecha.

El grito que dio ese hombre fue desgarrador. Volvió a disparar pero en esta ocasión no le dio. Barry, a duras penas, consiguió sacar el pico de la pierna de ese hombre y, tras ver el chorro de sangre que salía por él, volvió a clavárselo, esta vez en la zona de los genitales. El hombre volvió a gritar de dolor, y volvió a disparar. Y en esta ocasión, una de las balas sí fue a parar directamente a la cabeza de Barry.

El hombre se sacó el pico de los testículos y, tras retorcerse de dolor y en su propia sangre, empezó a sentir cómo muy rápidamente, su vida se apagaba.

4

Alexandra llevaba horas buscando a Guillermo y, tras no haber encontrado ningún tipo de rastro, se encontraba en un punto cercano a la desesperación.

Tampoco era fácil en un pueblo en el que, además de ser una "forastera", la proliferación de grupos que defendían sus propias teorías, como los biblicionistas, los extraterrestrials, survivalistas y los saqueadores, había sido muy grande. Y eso había hecho que tuviese que huir de ellos en varias ocasiones. La violencia en las calles estaba creciendo de un modo inimaginable. La crueldad humana parecía estar a punto de conocer un escalón más, y ella parecía haberse convertido en una buena presa para casi todos esos grupos.

Al final, como ocurre muchas otras tantas veces en la vida, no fue ella quien encontró lo que

buscaba, ese encuentro sucedió al revés, y no de la forma que ella esperaba.

—¿Te llevo? —Una voz conocida la sacó de su estupor. Se giró con algo de miedo y, a pesar de no ser la persona que hubiera deseado en un mundo idílico, verle la cara a Enrique le arrancó una sonrisa sincera.

Alexandra corrió hacia el asiento de copiloto y sin dudarlo ni un segundo abrió la puerta y se sentó dentro. Se quedó mirándolo durante un segundo y, tal vez debido a la soledad de las últimas horas, o tal vez debido a la situación límite del momento, se abalanzó sobre él y lo abrazó con todas sus fuerzas. Enrique, que durante un instante no supo cómo reaccionar, no tardó en devolverle el abrazo.

—Pensé que me había quedado completamente sola en este mundo de locos.

—Todavía quedamos algunos.

Alexandra volvió a abrazarlo y, en esta ocasión, no pudo evitar darle un beso en la mejilla.

Enrique suspiró y, tras hacer un gran acopio de fuerza, por primera vez en mucho tiempo, no trató de aprovecharse de la situación. Había ido a ver a su mujer e hijas. Le había rogado que le diese otra oportunidad, una oportunidad de hacer bien las cosas, de cuidar de aquello que quería. Y su mujer, con un llanto sofocado, se la había dado. Le había dado esa oportunidad de volver a ser lo que fueron. Se dijo que no la desaprovecharía.

—Voy a ir a buscar a mi hermano Guillermo, no sé, pero algo en mi interior, quizá ese algo que tenemos los hermanos mayores, me ha dicho que a lo mejor necesitaba mi ayuda. Si quieres venir serás gran ayuda. Seguro que él se alegra mucho de verte. También puedo dejarte en un lugar seguro si es lo que quieres.

—¿Y tu mujer e hijos, está bien?

—Sí, gracias a Dios no les ha pasado nada. Además, he hablado con mi mujer y… vamos a intentarlo otra vez. ¿Y bien? ¿Te llevo a un lugar seguro o…?

—No he venido aquí para esconderme en un lugar seguro, he venido aquí a acabar con una plaga.

Ese comentario le arrancó una sonrisa a Enrique.

—Pues en ese caso, allá vamos. He hecho unas cuantas preguntas y según me indicado, mi hermano y sus amigos podrían estar en La Cobriza.

—¿La Cobriza? —A Alexandra se le erizó la piel al recordar las historias sobre ese barrio que Guillermo había dejado escritas en su diario.

—Sí, a La Cobriza, el lugar más sombrío de la Tierra.

5

Cuando Víctor Nieves llegó al despacho de Stuart Hicks, se encontró a su jefe más nervioso que nunca. Parecía que había perdido la cabeza.

Los casi dos metros canadienses brincaba arriba y abajo a lo largo y ancho de su interminable despacho. Iba sin camiseta, luciendo su torso lechoso y sin apenas bello. Se había anudado una corbata en la cabeza y su cuerpo estaba bañado en sudor.

Niven miró a su alrededor y vio el cuerpo sin vida del pequeño Chester Milo, el que estaba llamado a ser el sustituto de la gran Brenda Harris, tirado en un sofá. Tenía clavada una pluma estilográfica en cada ojo, la tinta azul mezclada con sangre se habían derramado por toda su cara y

parecía que alguien le había pintado una máscara de guerra. A Niven no le quedó del todo claro si Milo se había suicidado de esa horrible manera o si lo había matado su socio. Stuart no era un asesino, pero en ese momento todo le pareció posible.

—¿Sabes algo del agujero? —preguntó Niven con impaciencia.

—¿Qué agujero? —El rostro de Stuart indicaba que no sabía de lo que le hablaba.

—¿Cómo que qué agujero? El agujero de la mina, el que nos está dando tantos problemas. ¿Te han dicho si lo han tapado ya?

Stuart se quedó mirándolo unos instantes y después estalló en una carcajada que rayaba lo surrealista. Luego se quitó los pantalones y empezó a brincar de nuevo por el despacho como si estuviese practicando algún tipo de baile tribal.

Víctor se llevó las dos manos a la cara y después se acercó hasta el escritorio de Stuart, el lugar donde guardaba todos sus papeles. Vio la carpeta donde guardaba los recientes contratos con estadounidenses y chinos, luego vio otra donde había otro tipo de contratos menores donde también se indicaba el coltán vendido a otros países del planeta. Pero no vio nada que contuviese un informe relacionado con el agujero.

Así que, visto que Stuart no iba a poder decirle nada más, se dijo que, muy a su pesar, tendría que ir él mismo a La Cobriza y traer a Raúl de vuelta.

6

Nos ha costado decidirnos. Es normal, la situación es crítica y no es fácil. Tanto yo como Vicente —Me parece que es la primera que pensamos exactamente lo mismo sin tener que forzar la situación—, hemos pensado que si ha sido ahora cuando se ha desatado la plaga es porque el epicentro de esta plaga, el lugar de donde surge, ha sido destapado durante los últimos. Y es importante cerrar la herida cuanto antes.

Pero el resto no pensaba lo mismo. Y por el resto quiero decir Juan, Cristina y Violeta. A estas alturas ni a Vera, y por supuesto, ni a Dalia Maya, las tiene nadie en cuenta. Para ellos lo importante no es cerrar esa herida, lo importante es evitar que se utilice todo el coltán que haya podido suministrarse hasta la fecha. El cual podría ser el responsable de que la plaga se extendiese a todo el planeta de forma masiva.

Juan entiende de comunicaciones, es experto informática y aparatos electrónicos, él mejor que nadie debe saber cuántos aparatos podrían estar fabricados por un mismo kilo de coltán. Él mejor que nadie sabe que hoy en día, la gente vive pegada a los ordenadores, a sus teléfonos, a sus equipos portátiles de música. ¿Qué pasaría si de pronto toda esa gente empezase a morir igual que está pasando en Baladrar? Pasaría que todo el planeta sería un completo caos, igual que lo es ahora Baladrar. Pasaría que los gobiernos mundiales caerían, que la gente huiría de las ciudades para no ser presa de los saqueadores, violadores y asesinos. Pasaría que el mundo dejaría de ser tal y como es, y que entraríamos en otra era. Los hospitales se colapsarían, la justicia desaparecía y, muy probablemente, los sistemas financieros se derrumbarían. Y entonces solo quedaría una cosa: la ley antigua.

Así que, aun estando tan cerca de conocer la verdad, el auténtico foco del problema, decidimos dar marcha atrás e ir a las oficinas de Altered Mines para poder tener una relación exhaustiva de todo el coltán que ha salido de la mina desde que reabrieron y ver si es posible tener una

trazabilidad del mismo. Urge ponerse en contacto con todos los destinatarios para que a su vez, paralicen cualquier tipo de gestión, proceso productivo, o venta de algún producto que tenga que ver con dicho coltán. Sí, ya sé que conseguir esa información va a ser muy difícil, pero más aun lo va a ser convencer a tanta gente de cuál es el verdadero problema de todo esto y que hagan lo que les pedimos.

Pero cuando estamos a punto de subir de nuevo al sótano que hay bajo el cuarto de Violeta, escuchamos algo. Somos como unas voces roncas, a mi me recuerda a la voz del lobo feroz. Todos nos quedamos quietos, y por la pequeña abertura que da lugar al sótano, vemos aparecer la cabeza de Armando Bocanegra. Tras él, con la cabeza cubierta con un trapo que chorrea sangre y el color de piel completamente roto, está su hermano Ángel, "nuestro querido Ángel". No damos crédito. En su mano derecha, tanto el uno como el otro sujetan una recortada. Y en cuanto nos ven, se levantan, apuntan y disparan.

Todo se llena de humo, luz, y olor a pólvora. El ruido es ensordecedor. En ese momento maldigo a los Bocanegra. No tengo ni idea de por qué están aquí y por qué nos disparan, pero tampoco quiero averiguarlo. Miro a mi alrededor y trato de localizar en cuestión de milésimas de segundo si estamos todos bien.

—¡Hay que salir de aquí! —grita Juan con todas sus fuerzas.

Todos corren atropelladamente hacia atrás. La luz escasea. Todavía no sé si los dos disparos han alcanzado a alguien. Veo a Cristina, veo a Vicente, veo a Violeta. Veo a Maya y a Vera. Parece que hemos tenido suerte.

Accedemos a la siguiente galería y tras nosotros volvemos a escuchar dos disparos. La sensación de que a alguno de nosotros nos puedan alcanzar definitivamente es terrorífica. Y de pronto veo el cuerpo de Maya caer. Le han dado en la cabeza. Busco a Violeta con la mirada, ella no tarda en darse cuenta de lo que ha ocurrido. Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Vámonos, ya no podemos hacer nada por ella. Mi madre murió hace mucho tiempo —Sus palabras me llenan de pena.

—¡Vicente, estás muerto! ¡Todos estáis muertos! —grita Armando completamente desposeído.

—¡Veeeeeeeeraaaaaaaaa! ¡Moaldittttttaaa! ¡Zuooraaaaaaa! —El gutural y casi ininteligible grito de Ángel llamando a Vera hace que a todos se nos tense la piel. Como consecuencia de ese descomunal grito, el trapo con el que se ha rodeado parte de la cara empieza a verter más sangre. La imagen es aterradora. Puedo ver cómo Juan, instintivamente, coloca su cuerpo delante del de Vera, protegiéndola.

Los dos hermanos Bocanegra, entre luces y sombras y rodeados de pólvora, vuelven a cargar sus escopetas y vuelven a disparar. Pero ninguno nos quedamos allí para ver dónde impactan esas balas.

Abandonamos a la carrera la galería donde encontramos los walkies y corremos por uno de los diversos túneles que salen de ella. El suelo bajo nuestros pies está lleno de gruesas piedras, de las oxidadas vías que utilizaban las vagonetas en esa parte de la mina. Tropezamos varias veces, nos caemos, nos volvemos a levantar. La luz allí abajo es casi inexistente. Damos gracias a que Violeta, que es la que corre en primer lugar, lleva esa pequeña linterna, y también que Vicente, que es quien va el último, carga con uno de los quinqués. El ruido de dos nuevos disparos detrás de nosotros hace que aceleremos el paso. Los hermanos Bocanegra disparan a lo loco, menos mal, en esta ocasión ni siquiera estamos en su campo de visión. Yo corro detrás de Cristina, me he puesto instintivamente detrás de ella para intentar protegerla, lo mismo que ha hecho Juan con Vera.

Después de estar recorriendo durante unos minutos esos túneles que no tenemos ni idea de a

dónde nos llevan, llegamos por fin a una gran galería. En letras bien grandes y grabadas sobre un tablón de madera, podemos leer las palabras “Galería Woods”. Y muy del mismo, podemos leer otro cartel, en esta ocasión podemos leer las palabras “Vía de acceso a la nueva galería Wilson”. Bajo ese cartel vemos que hay unas cuantas vagonetas de acero de transporte colocadas una detrás de otra. Y sin apenas pensarlo, cuando escuchamos dos nuevos disparos de los Bocanegra y vemos cómo Violeta no ha dudado en subirse en la primera de ellas, todos la imitamos y hacemos lo mismo. Juan y Vera suben juntos en la segunda. Cristina y yo en la tercera. Y Vicente en la cuarta. Vemos cómo Violeta tira de un palanca y pulsa un botón luminoso verde que hay en la pared, su vagoneta se pone en marcha, todos la imitamos. Y el descenso hacia lo desconocido, subidos a un pequeño vagón de tren y rodeados de la más oscura nada, dura unos cuantos minutos. Los disparos a nuestras espaldas no dejan de silbar.

CAPÍTULO 29

1

Cuando Alexandra y Enrique llegaron a La Cobriza, dudaron un par de segundos antes de entrar. Tanto el uno como el otro sintieron una especie de escalofrío malo. Como el preámbulo a un golpe fuerte. Estaba empezando a anochecer y lo peor de todo era que no se escuchaba ningún tipo de ruido procedente del interior. El silencio es muchas veces el sonido más aterrador.

Justo cuando estaban a punto de entrar, el ruido de un coche que se aproximaba hizo que se detuvieran. Un elegante y lujoso Mustang paró muy cerca de dónde ellos estaban. Y de él salieron Karen Schneider y Montgomery Spencer.

—¡Alexandra! —Karen no pudo evitar soltar un grito de alegría al ver allí a su hija, no podía creer que la hubiese encontrado, que estuviese viva. Fue a duras penas hasta ella.

—¡Mamá! Has… ¿has venido a…?

—He venido a buscarte, hija, nos vamos a casa.

Madre e hija se abrazaron ante la atenta mirada de Montgomery y Enrique, que se saludaron con la mirada.

—Ya sé cómo funciona, hija, Monty ha conseguido aislar por fin la bacteria. Es un ser extremadamente extraño que se alimenta de sustancia inerte y que necesita de un medio de cultivo muy caluroso para proliferar, como el que hay en el interior de esta mina. Creemos que por lo que sea se ha estado alimentando de coltán durante mucho tiempo, que vive pegado a él, pero también que ha encontrado la forma de saltar a cualquier tipo de tejido inerte, como por ejemplo las células muertas que hay en nuestro cuerpo. Y yo personalmente he podido ver cómo las radiaciones que emiten los equipos electrónicos cuyos circuitos están fabricados con coltán de esta mina, hacen que esas bacterias empujen a la gente a quitarse la vida, para tener así una nueva fuente de alimento. Su único propósito es crear un mundo muerto. Para así seguir creciendo.

Alexandra atendió con devoción todo lo que su madre le contó, se parecía bastante a las conclusiones a las que ella misma había llegado, con excepción de que ella todavía desconocía cuál era esa forma de activación, que por lo que había podido ver eran las radiaciones móviles. Ella tampoco sabía hasta ese momento que esa bacteria se alimentase de sustancia muerta, pero ahora entendía perfectamente por qué habían tardado tanto en aislarse. Sus estudios se basaban siempre en buscar en la sangre y en los diferentes tipos de tejido celular vivo, pero nunca en los tejidos muertos.

—Hay que cerrar esta mina inmediatamente, si esa bacteria procede del coltán, este es su medio de cultivo —dijo Alexandra apuntando la puerta de La Cobriza.

—No, hija, hay que ir hasta la persona que ha suministrado este coltán a medio mundo y hacer un comunicado urgente a la OMS y al CDC para declaren la alerta mundial y prohíban de inmediato todo tipo de comunicaciones, el uso de cualquier tipo de equipo electrónico que pueda estar fabricado con partes de coltán, al menos hasta que se logre localizar todo el coltán y todos los dispositivos que han sido fabricados con el mismo, y cuáles serían seguros y cuáles no.

—¿Y crees que podrás emitir ese mensaje? Ya sabes, las comunicaciones ya funcionan muy

mal.

—Eso espero, las oficinas de esa empresa puntera de la minería deberían tener algún medio de comunicación alternativo o vía satélite para las emergencias. Y si soy yo quien emite el mensaje, deberían escucharme, te recuerdo que tu madre forma parte del CDC.

Alexandra sonrió con orgullo, luego miró a Enrique, y vio cómo él le sonreía con un aire paternal. A pesar de llevar un tiro en el muslo, de haber soportado dos violaciones, y multitud de golpes, Karen seguían manteniendo ese porte seguro y convincente.

—Ve con tu madre, y salvad al mundo —dijo Enrique viendo que Alexandra no se acababa de decidir.

—¿Y tú, qué vas a hacer? —preguntó Alexandra con pena.

—Yo tengo que encontrar a mi hermano, sé que está ahí dentro, y no puedo abandonarlo. No te preocupes por mí, estaré bien.

Alexandra, con los ojos humedecidos, miró a Enrique y después a su madre. Tenía la pierna derecha empapada en sangre.

—Tenemos que marcharnos ya, Alexandra.

Alexandra dudó unos instantes sobre lo que debía hacer. A un lado estaba su madre, la madre a la que tanto quería, a la que tanto admiraba, la que por fin lo había dejado todo para ir a buscarla. Pero al otro lado estaba la persona que había empeñado toda su vida en una causa que ahora estaba a punto de acabar con él. Sintió la obligación moral de bajar a esa mina y traerlo de vuelta. Traer de vuelta a Guillermo.

—Lo siento, mamá, pero ahí dentro hay alguien que merece ser rescatado. Luego me reúno contigo.

El rostro de Karen se llenó de decepción y pena. Y estuvo a punto de decirle a su hija que se dejase de estupideces y fuese con ella, pero algo en su interior le dijo que ya iba siendo hora de dejar que su hija tomara sus propias decisiones, aunque pudiesen costarle la vida y no fuesen exactamente las mismas que las de ella.

—De acuerdo, hija, lo entiendo, ve con mucho cuidado, por favor, no soportaría que te pasase nada, luego te veo.

Madre e hija se abrazaron con fuerza y después cada una siguió su propio camino. Karen a las oficinas de Altered Mines. Alexandra al interior de la Cobriza con Enrique.

2

—Vamos, joder, Raúl, no me hagas esto, levanta de una vez —Víctor Nieves se encontró a Raúl muy cerca de la llamada Garganta del infierno. Yacía sobre un charco de sangre. Con una mano trataba de cubrirse los testículos, pero en la entrepierna tenía herida de la cual manaba una gran cantidad de sangre.

—No puedo, Víctor, no puedo moverme, joder, me estoy muriendo —La voz de Raúl era muy débil. Tenía la frente fría. Su piel era del color de la porcelana blanca.

—Claro que puedes, nos vamos a marchar ahora mismo de aquí, ¿y quién te ha hecho esto si se puede saber?

—No lo sé, no lo conocía, pero él ha acabado peor que yo —Raúl sonrío con enfermizo orgullo al decir aquello. A un par de metros de donde él estaba, Víctor vio el cuerpo sin vida de

Barry—. Víctor…

—¿Qué?

—¿Cuidarás de mi madre, verdad? ¿Harás eso por mí?

—Joder, Raúl, vámonos ya. Deja que te ayude a levantarme.

—No, Víctor, déjame, en serio, déjame aquí. Y cuida de mi madre, sé que ella te quiere mucho, y tú también a ella. Prométeme que la cuidarás, y que estarás cerca de ella.

Víctor entrecerró los ojos. Odiaba las despedidas. Y más si eran de ese tipo.

—Bien, sí, te lo prometo, pero ahora vámonos —Tras decir aquello, Víctor colocó un brazo de Raúl por detrás de su cuello y lo alzó. Al ponerlo de pie pudo ver cómo de la entrepierna de Raúl, y de la zona genital, caían coágulos de sangre. Raúl sacó fuerzas y soltó un gritó que pudo escucharse a lo largo y ancho de todo la Cobriza.

3

—¿Habéis oído eso? —dice Juan cuando llegamos con las vagonetas al final del trayecto.

—Por supuesto que lo hemos oído, Juan, pero no querrás que nos quedemos aquí hasta que vengan los Bocanegra y se unan a la fiesta, ¿no? —responde su hermana Cristina con severidad. En ese momento, y a pesar de la situación, me digo que no podría seguir viviendo sin ver a Cristina todos los días. A esa niña con pecas en la cara de la que me enamoré perdidamente cuando solo tenía diez años y a la que nadie le decía lo que tenía o no que hacer.

Y tal y como dice Cristina, y escuchando cómo tras nosotros el acero de las vías sigue vibrando, nos ponemos en movimiento y vamos hacia la única dirección posible, hacia delante.

Y tras caminar durante unos cuantos metros, accedemos a una enorme galería y, allá a lo lejos, por fin lo vemos, el lugar donde todo empezó, el lugar de donde procede el mal.

Nos acercamos con el corazón en puño al agujero más grande, descomunal y terrorífico que hemos visto en nuestra vida. A su alrededor se han tomado la molestia de colocar unas de esas tiras amarillas y negras de no pasar. También vemos cómo han tirado diversos cables de acero de un lado a otro del agujero, por lo visto alguien trataba de taparlo.

—¿Se puede saber qué es esto, Guillermo? —pregunta Vicente como si yo tuviese la obligación de saber eso.

Todos me miran aterrorizados y esperan una respuesta. Y yo, como tantas otras veces, digo una pequeña mentira porque en el fondo sé que muchos de ellos es lo que está esperando: una explicación.

—Eso es el lugar de donde procede lo que está matándonos a todos, ahí abajo es donde nadie en su sano juicio querría ir.

Nos acercamos hasta el borde del agujero y podemos sentir que allá, en su interminable fondo, hay algo que quiere que saltemos, algo que de alguna manera nos atrae, nos absorbe. De su interior emerge un aliento inusualmente cálido que llega acompañado por una especie de corriente de aire que trata de decidir por nosotros.

—Separaos todos del agujero, por favor, no es seguro —digo viendo que todos se están arrimando mucho al borde. Vera en concreto, se ha quedado absorta mirando lo negro.

Miro a mi alrededor buscando a la desesperada algo con qué taparlo. Pero eso es absurdo. Hay cosas que jamás se podrán tapar, y ese agujero parece ser una de ellas. También veo que alguien

ya tratado de tirar cable de acero con la intención de crear un forjado, pero por alguna razón ha dejado el trabajo a medias.

De nuevo, pienso que hay que tapar el agujero, que es de allí de donde procede el mal que nos está matando, pero también me digo que es imposible taparlo. Aun así hay que encontrar la forma.

Detrás de nosotros, como no podía ser de otra forma, escuchamos cómo se aproximan nuestros perseguidores. Vicente y yo nos miramos. Nos preguntamos qué hacer, no podemos correr eternamente. Pero ellos tienen dos recortadas, y Vicente solo una pistola.

—Escúchame con atención, Guillermo, seguid vosotros hacia delante mientras yo entretengo a esos dos. Y sí, yo también pienso que hay que cerrar este agujero.

—¿Pero…?

—Pero nada, la única forma es echando toda la mina abajo, seguro que en algún por aquí abajo debe de haber un almacén de explosivos. Los mineros los usan con frecuencia para abrir nuevas vías.

—¿Y tú?

—Ya te lo he dicho, yo voy a entretener a esos dos, luego me reuniré con vosotros. Tú solo encárgate de que todos estén a salvo y de que no quede nadie por aquí abajo, podría haber algún minero despistado. Eso sí tendréis que colocar los explosivos en la parte superior de la mina, cerca de la puerta de entrada, ya que este agujero no va a ser posible taparlo, que nadie pueda volver a llegar aquí abajo.

Durante unos instantes me quedo mirándolo a los ojos. Veo aquel niño sudoroso que lloró a mares cuando yo me enteré de que le había contado a sus padres que habíamos entrado a casa de Niven, que yo les contaba historias para dormir. El mismo niño que me rogó que nunca que dejase de ser su amigo. Me caen dos lágrimas de los ojos y sin pedir permiso me abrazo a él. Vicente tarda un poco en reaccionar, pero después se abraza a mí con todas sus fuerzas y, muy en el fondo, lo escucho llorar.

—Es bueno tu plan, pero te aseguro que no explotaré nada hasta que no te vea regresar, ¿entendido?

Antes de que Vicente responda, los Bocanegra llegan hasta donde estamos.

—Venga, largaos —dice Vicente con prisa.

Yo me llevo al resto del grupo y Vicente se queda con los hijos del Chatarra.

4

Vicente soltó un par de tiros y después se escondió tras un saliente de la pared. Eso sirvió para detener el avance de los Bocanegra, que hasta el momento ni se habían planteado que los demás también pudieran tener armas.

Tras unos minutos de tanteo, cada uno desde su escondite, Vicente alzó la voz y retó a los dos Bocanegra a pelear con él cuerpo a cuerpo, sin armas. No le costó demasiado convencerlos. Los conocía perfectamente, mucho más de lo que nunca hubiera imaginado.

Los Bocanegra salieron de su escondite y Vicente hizo lo propio, los tres dejaron en el suelo sus armas y, tras unos segundos de intensos miradas, iniciaron un infernal carrera para enfrentarse en una pelea a vida o muerte.

Cuando Vicente llegó hasta ellos, frenó de golpe, se agachó y dejó que el cuerpo de Armando

impactara contra su hombro derecho y que de la propia inercia saliese volando por los aires. Con Armando en el suelo, se fue a por Ángel. Con el trapo empapado en sangre, cubriéndole parte del rostro y de la cabeza, daba bastante miedo, la verdad. El hijo mayor del Chatarra empezó a lanzar puñetazos que Vicente trataba de esquivar como podía, hasta que encontró el flanco izquierdo de Ángel desprotegido y lanzó un fuerte puñetazo que impactó en su cara. Vicente sintió cómo su puño se hundía en su cara y se imaginó que bajo esa venda había una herida muy muy fea. Ángel aulló de dolor y empezó a contraatacar con más pasión que estrategia. De nuevo Vicente esquivaba sus golpes, y de nuevo consiguió alcanzarlo por dos veces en ese punto débil. Ángel se llevó las manos a la cara y gritó de nuevo de dolor.

Vicente se dijo que había llegado el momento de rematarlo, localizó una buena piedra, la rodeó con su puño y, cuando estaba a punto de golpear con ella la cabeza de Ángel, sintió cómo alguien hacía lo propio contra él.

Armando, que se había repuesto de la aparatosa caída, se había levantado y tras coger un buen pedrusco, se lo había estampado a Vicente por detrás, que había caído de bruces hacia delante. La sangre no tardó en brotar de la parte posterior de la cabeza del Mapache.

Ángel, roto de dolor, se quitó esa venda de la cara que apenas le dejaba ver, su propio hermano, y también Vicente, lo miraron con algo de temor. Parecía un muerto viviente. Le faltaba casi media cara. Parecía imposible que pudiese permanecer de pie y seguir peleando.

Se lanzó a por Vicente y los dos cayeron al suelo. Ángel empezó darle puñetazos y Vicente trataba de cubrirse como podía. Hasta que uno le dio de lleno en la cara y eso hizo que la parte posterior de su cabeza, de nuevo, impactara con fuerza contra el suelo.

El grito de Vicente se escuchó en toda la mina. Pero no podía dejar que los Bocanegra acabaran con él, cerró su mano sobre el suelo cogiendo un buen puñado de tierra, rápidamente se la restregó a Ángel por ese lado al que le faltaba buena parte de la cara. De nuevo aulló de dolor. En esta ocasión, Vicente aprovechó para darle dos fuertes puñetazos justo en ese lugar, luego cogió una buena piedra y con el canto más agudo, empezó a clavarlo en la cara de Ángel con inclemencia.

Armando trató de darle de nuevo con una piedra al ver que estaban acabando con su hermano, pero Vicente se hizo a un lado y cayó de bruces al suelo. Ángel cayó al suelo y empezó a convulsionar, su cara se retorcía de dolor, y Vicente, con los ojos inyectados en sangre, cogió una piedra y no dudó en rematarlo.

Armando, que pudo ver perfectamente cómo acababan con la vida de su hermano, gritó de dolor y de rabia y se abalanzó contra Vicente. Los dos cuerpos empezaron a rodar por el suelo envueltos en una nube de polvo y piedras. Llegaron hasta el borde del agujero y, tras un intenso forcejeo, y de estar a punto de irse los dos hacia dentro, Vicente consiguió empujar a Armando. Su cuerpo se perdió rápidamente por esa oscuridad total.

El Mapache jadeaba, de la parte de atrás de su cabeza brotaba una buena cantidad de sangre. Se mareó un poco. Pero reunió fuerzas para reunirse con sus amigos. En su cabeza no dejaba de ver una imagen, no dejaba de ver a Carmina, la hermana de Guillermo, la mujer de su vida. No se lo había dicho a nadie, pero luchaba cada segundo de vida por volver a reunirse con ella. En el fondo sabía que debía estar viva.

Cuando Vicente pudo reanudar la marcha, a unos cuantos metros detrás de él, también se puso en movimiento alguien inesperado.

Richi el Loco había ido en busca de Violeta y, preso del odio y la rabia por volver a dar caza a la presa que se le había escapado, había ido hasta su casa. No tardó demasiado en ver el sótano

secreto y después en seguir el rastro que parecía haber dejado. Un rastro que lo llevó hasta la galería Wilson de La Cobriza.

En algún lugar de esa mina estaba y, además, a lo mejor el destino también le permitía vengarse de ese grupo que un día dijo ser amigo suyo.

5

Cuando estamos a punto de llegar a lo que parece ser la zona desde donde un montacargas te lleva hasta la superficie, nos encontramos con alguien que no esperamos. Justo a punto de coger ese montacargas, está Niven y Raúl el Casco, quien a su vez, está muy mal herido.

—¿Qué cojones hacéis vosotros aquí? —dice Niven como si estuviese viendo un fantasma.

—Tenemos que cerrar esta mina inmediatamente, Víctor, es aquí donde se encuentra lo que nos está matando a todos —digo yo tratando de ser convincente.

—Y una mierda, tú no vas a cerrar nada, esta mina es mía y de los canadienses.

—Víctor, escúchame, si no cerramos la mina, no habrá nada que tener, no habrá vida que disfrutar, créeme, esto ya no es algo personal, es algo que nos incumbe a todos. A todo el planeta. Tenemos que cerrar esta mina.

Tras decir eso, trato de acercarme hasta el montacargas, junto a mí está Cristina, y también Juan, Vera y Violeta.

Pero Víctor saca un arma y nos apunta con ella. Suelta a Raúl, que lo tenía sujeto con un brazo, y se cae de bruces al suelo. Está muy mal herido, y en ese momento no puedo evitar pensar cómo hemos podido llegar a esto. Casi todos los que allí estamos, con excepción de Violeta, fuimos amigos de niños, vivimos, crecimos, y nos hicimos grandes juntos, ¿cómo hemos podido llegar a esto?

Todos escuchamos cómo el montacargas se ha puesto en marcha. Alguien baja. Víctor frunce el ceño y se gira para asegurarse que, efectivamente, ese rudimentario ascensor se ha puesto en marcha.

Sin pensarlo más, yo aprovecho para lanzarme contra Víctor con todas mis fuerzas y consigo derribarlo. Él grita de rabia y trata de apuntarme con la pistola, pero consigo evitarlo cogiendo sus manos con fuerza. El forcejeo dura unos instantes, justo hasta que el montacargas llega abajo.

—¡Guillermo! —reconozco la voz de mi hermano Enrique, internamente sonrío. Tras él va Alexandra. Y esto también me hace sonreír.

Víctor aprovecha ese momento de despiste para, definitivamente, apuntarme a la cara con la pistola. Yo veo el cañón y me digo que mi final ha llegado.

6

Karen y Montgomery tardaron un rato en localizar las oficinas de Altered Mines y llegar hasta la oficina del jefe. En la puerta podía leerse el nombre de Stuart Hicks.

Entraron con determinación y vieron a un hombre de casi dos metros de alto, completamente desnudo y muy borracho. Sujetaba una botella en la mano y decía cosas ininteligibles.

Se acercaron hasta él y, tras presentarse, trataron de razonar, pero ese hombre parecía haber

perdido totalmente la cabeza. No paraba de repetir: “es el fin, el fin, todo está a punto de arder”.

Y tras decir aquello, cogió la botella de alcohol que sujetaba en la mano y la estampó contra el suelo. Tanto Karen como Monty cayeron en la cuenta en ese momento de que aquella no era la primera botella que tenía ese final. El despacho entero estaba impregnado en alcohol.

—¿Dónde tienes tus papeles? ¿A dónde ha ido a parar todo el coltán de La Cobriza? —preguntó Monty con desesperación.

Pero la única respuesta que obtuvo fue una carcajada colmada de locura. Karen empezó a buscar por el escritorio mientras Monty continuaba tratando de razonar con ese hombre.

—Déjalo, Monty, ayúdame a buscar si hay un medio de comunicación vía satélite —dijo Karen viendo que tratar de razonar con esa persona era perder el tiempo.

Monty hizo lo que le sugirió su amada y empezó a rebuscar por los cajones del escritorio, por las estanterías, por los muebles de almacenaje.

Los ojos de Karen se iluminaron cuando vieron una carpeta en la que podía leerse perfectamente la palabra “Contratos”. La abrió y, efectivamente, contenía los contratos que Altered Mines había llevado a cabo con otros países. En esa carpeta estaban los destinos del coltán que había salido de La Cobriza. El coltán infectado.

—¡Lo tengo, Monty! ¡Lo tengo! —gritó Karen de pura felicidad.

—Y mira lo que tengo yo, querida —dijo Montgomey alzando un teléfono vía satélite.

Los dos se miraron y, durante unas décimas de segundo, se amaron con todas sus fuerzas.

Pero tras ellos, una voz los sacó de su embrujo.

—Tarde o temprano, todo arde —Y tras decir aquello, Stuart Hicks dejó caer una cerilla al suelo. Las llamas no tardaron alzarse y en llenarlo todo de fuego.

Montgomery y Karen se miraron completamente aterrorizados.

—¡Hay que salir de aquí, Karen! —gritó Montgomery viendo que estaban a punto de calcinarse vivos.

Pero Karen vio que, tal vez ya era tarde para ellos, la zona donde estaba la puerta de entrada estaba envuelta en llamas. En el caso de que lograran escapar, ¿qué pasaría con los papeles, y con el teléfono vía satélite?

—No, Monty, hay que emitir un mensaje de urgencia, hay que avisar antes de que sea tarde.

Y eso fue lo que hizo la doctora Karen Schneider, la llamada más importante de su vida.

Después pensó en su hija Alexandra, se despidió de ella, y vio como todo a su alrededor se llenaba de llamas.

7

El disparo de Víctor no me da en la cara de milagro. Bueno, no es un milagro lo que ha ocurrido, es Cristina, que se ha lanzado contra él y ha impedido que acabase con mi vida.

Después han entrado en escena mi hermano, Juan y el resto.

Y después hemos visto cómo, cubierto de sangre y con bastante mal estado, ha llegado Vicente. Está vivo, ha logrado vencer a los Bocanegra, pero vemos que tras él llega otra persona, alguien que ha recogido un par de armas por el camino, quizá las armas que han dejado tiradas los Bocanegra, y que ha empezado a disparar sin ton ni son.

Ese alguien es Richi el Loco, y como su nombre indica, parece que se ha vuelto completamente

loco. No deja de disparar y durante unos instantes tememos que nos vaya a matar a todos. Pero eso no ocurre, porque mi hermano Enrique se lo impide. Le ha quitado la pistola a Víctor y ha logrado alcanzar a Richi. El problema es que vemos que ha alcanzado a alguien de nosotros, a Vera.

Víctor yace en el suelo inconsciente, al igual que Raúl, y me digo que no podemos dejarlos ahí, tampoco a Vera, a pesar de que le han dado en la cabeza y todos sabemos que está muerta.

Completamente abatidos, los que aún estamos vivos, nos subimos al montacargas y ponemos rumbo hacia el exterior.

Una vez en la superficie, buscamos el almacén de los explosivos y, tal y como dijo Vicente, damos con él. Y tras colocar una cantidad suficiente como para sellar para siempre la entrada de la mina, observamos cómo una explosión de proporciones bíblicas hace que La Cobriza y, lo que esconde debajo, sea tan solo un montón de piedras envueltas en un oscuro humo.

Yo miro a mi alrededor y lo primero que hago es evaluar la situación. Está mi hermano. Está Alexandra. Está Vicente el Mapache y Juan el Molinero. Está Cristina, la mujer de mi vida, y está Violeta, "la elegida". En el suelo yace sin vida Vera, y a un lado, inconscientes, están Víctor Nieves y Raúl el Casco.

Estamos los de siempre, aunque hace tiempo que dejamos de ser quien fuimos. Pero estamos vivos, pese a todo, vivos y unidos.

Y mientras veo cómo ya no queda ni rastro de Sol por el horizonte, veo cómo a lo lejos, arde lo que parecen ser las oficinas de Altered Mines.

Y entonces me digo si, pese a todo, habrá alguien que nos pueda salvar.

Si no habrá llegado ya nuestro final.

EPÍLOGO

Tres meses después

1

Los días son más cortos y la temperatura desciende mucho por la noche. El otoño se ha asentado definitivamente y me pregunto cómo nos adaptaremos al invierno.

Todo ha cambiado, ya nada es como era. Pero no nos queda otra que continuar, adaptarnos y soñar con un mañana mejor.

Karen Schneider y Montgomery Spencer lograron ponerse en contacto con el CDC e informarlos de todo lo relacionado con la Epidemia de Verano. Desgraciadamente no lograron escapar con vida del edificio principal de Altered Mines. Murieron allí dentro junto a su principal valedor, Stuart Hicks.

El CDC, junto con la OMS, tardó lo suyo en hacer sus comprobaciones y en tomar una decisión. Pero lo hizo, y declaró la alarma mundial y, debido a la falta de coherencia de algunos de los datos recibidos por Karen y por Spencer, y a la incertidumbre de si dichos datos serían exactos o no, propusieron que todos los equipos electrónicos del mundo fabricados con coltán procedente de cualquier fuente, dejaran de utilizarse. “Hay que ir a mayores”, fue la máxima de los dos organismos más importantes del mundo en cuanto a la salud y seguridad de la humanidad.

Los gobiernos de todo el mundo no tardaron en reaccionar. Durante los últimos días, la Epidemia de Verano había estallado con fuerza en varias partes del planeta, y no dudaron en adoptar medidas drásticas para acabar con ella como fuera. El miedo era tan grande que no podían permitirse especular. Así que, tal y como propuso la OMS y el CDC, prohibieron el uso de todos los equipos con coltán en su interior, y eso supuso que las comunicaciones de todo el planeta se vinieran completamente abajo.

La telefonía móvil pasó a ser historia en cuestión de pocos días. Nadie se atrevía ni siquiera a encender un teléfono después de escuchar que esa era “la principal causa de muerte” de la Epidemia de Verano.

Pero no solo fue eso. Internet también se vino abajo. La mayoría de equipos de radio. Los equipos informáticos, y gran parte de los medio de transporte del planeta. La desconfianza, sumada a la reacción en cadena de la sociedad, hizo que las medidas drásticas se convirtieran rápidamente en medidas desproporcionadas. De pronto todos los equipos electrónicos “contenían coltán”. O al menos eso fue lo que se empezó a decir. Y la gente empezó a dejar de utilizar gran parte de los aparatos que utilizaba en su día a día.

Y ello supuso que la industria, los servicios, o los sectores financieros, se vinieran rápidamente abajo. Los sistemas sociales y los gobiernos desaparecieron. Las fuentes de abastecimiento de alimentos, suministros eléctricos, hospitales, y las fuerzas de seguridad de los países, se diluyeron con rapidez.

Solo habían pasado tres meses desde que conseguimos cerrar La Cobriza y la OMS y el CDC

decretaran las urgentes medidas que había que tomar, pero por cómo estaba todo, parecía que había pasado mucho más.

La gente empezó a dejar de ver las ciudades como algo seguro, tan a mano de saqueadores, bandoleros, violadores y otras formas de subsistencia que empezaron a proliferar con rapidez. Así la población se empezó a descentralizar, y los pueblos, montes y zonas del interior se empezaron a llenar. Una nueva forma de vida acababa de empezar, una en la que cada uno se buscaba la vida como podía, en la que las normas antiguas ya no servían, una en la que solo imperaba una ley, la ley del más fuerte. La ley antigua. No me cabe ninguna de duda de que, quien siembra vientos, recoge tempestades. Sin duda alguna, no puedo dejar de pensar que, la humanidad, en el fondo tenemos lo que nos merecemos.

2

Por otro lado, empezaron de nuevo a proliferar las creencias en demonios, fantasmas, dioses vengadores y figuras como la del Hombre del Sombrero. Ese al que yo mismo pude ver. Tanto Alexandra como muchos otros expertos en medicina, dijeron que aquello no era más que una proyección de la imaginación y la psique de algunas de las personas que aquejadas de la Epidemia de Verano y en estado de grave deshidratación. Pero eso no fue motivo suficiente para que gran parte de la población continuase creyendo en lo que quería creer.

3

Al fin pude reunirme con mi hermana Carmina. Gracias a Dios logró escapar de unos violadores que la tuvieron cautiva varios días. También pude ver a mis sobrinas, y de nuevo a Javier.

Me llevé una gran sorpresa cuando, tanto Carmina como Vicente me confesaron que estaban "juntos". Al principio me enfadé con Vicente, supongo que son cosas que pasan entre amigos cuando uno de los dos empieza a salir con la hermana del otro. En parte te sientes como si te hubiesen quitado algo tuyo, algo que te pertenece, aunque en realidad eso no sea más otra estupidez más. Porque la realidad es que me alegré de que estuvieran juntos, porque Javier nunca me gustó, nunca me cayó bien, y aunque las cosas estén como estén y ahora él tenga que buscarse la vida por su cuenta, solo puedo decir que es lo que hay, que así son las cosas ahora.

A Juan le costó reponerse de la muerte de Vera, cortó inmediatamente con Patricia y se fue a vivir con nosotros al lugar donde estamos. Igual que mi hermano Enrique con su mujer e hijos. Igual que Alexandra, Violeta y otros tantos más. Igual que Cristina y yo.

De Víctor Nieves y Raúl el Casco no supimos nada más. No los volvimos a ver desde aquel día, y no sabemos si están bien o si están mal, aunque imagino que tal vez los volvamos a ver algún día, quién sabe.

Una nueva forma de vida ha empezado, todavía nos cuesta organizarnos aquí en el monte. Nos ha costado acordonar un perímetro seguro, encontrar fuentes de subsistencia regulares, como agua y alimentos, pero poco a poco nos adaptamos, y de nuevo me digo que estamos juntos, y estamos vivos. Y miramos al futuro con optimismo. Nacemos, crecemos, y morimos. En el fondo, todo sigue siendo lo mismo.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Estimado/a lector/a,

Quisiera agradecerte que hayas escogido este libro entre tantos otros, que lo hayas leído y que hayas llegado hasta el final. Para mí es un grandísimo honor y un motivo de felicidad.

Me gustaría invitarte, si no es mucho pedir, a que me dejaras tu opinión en Amazon y, si puede ser, a mi correo personal: alexander.rhode.escritor@gmail.com – De esta forma, además, podré enviarte a tu correo las novedades acerca de próximas publicaciones.

También me gustaría que me dijeses si te gustaría que esta historia tuviese continuidad, si te gustaría que hubiese una segunda parte. En función de lo que opinéis los lectores, será una realidad o no.

Muchas gracias de nuevo, recibe un sincero abrazo de mi parte.

Alexander.